

Miguel Marín Bosch

Artículos en *LA JORNADA*

25 de febrero de 2003 — 15 de octubre de 2015

ÍNDICE

2003		
Irak ¿por qué ahora?	25 febrero	1
Irak y la ONU: fuera máscaras	19 marzo	3
La guerra y la ONU/I	3 abril	5
La guerra y la ONU/II	6 abril	8
Todos perdimos	17 abril	11
Carta de Nueva York	1º mayo	13
Un discurso revelador	15 mayo	15
México ante la anexión de Austria (1938): una lección para recordar	25 mayo	17
Irak en la cumbre del G-8	12 junio	19
¿Dónde quedó la bombita?	26 junio	21
Brasil con Lula: buen arranque	10 julio	23
Carta de Halifax	25 julio	25
Y ¿el terrorismo internacional? Bien, gracias	7 agosto	27
La ONU en Irak	21 agosto	29
Atole con el dedo	4 septiembre	31
Educación para el desarme	18 septiembre	33
Reforma de la ONU: ¿Queremos más países con veto?	2 octubre	35
¿Reformar la ONU?/I	16 octubre	37
Jugar sin el balón	30 octubre	39
Elecciones en Cataluña: fin de una (larga) época	13 noviembre	41
Los tiempos de Adolfo	27 noviembre	43
¿Para qué tanto brinco?	11 diciembre	45
Reconciliación	23 diciembre	47
2004		
Terrorismo maquilero	8 enero	49
Libia	22 enero	51
Mentiras transatlánticas	5 febrero	53
Pakistán	19 febrero	55
Proliferación nuclear	4 marzo	57
Gracias, Howard	18 marzo	59
<i>Poisson d'avril</i> en marzo	1º abril	61

Ruanda	15 abril	63
Alcaldes para la paz	29 abril	65
Rudeza innecesaria	4 mayo	67
Tormenta ginebrina	13 mayo	69
<i>Cumbritis</i>	27 mayo	71
Mercenarios modernos	10 junio	73
Carta de Barcelona	24 junio	75
Títeres	8 julio	77
México y el desarme	22 julio	79
Hiroshima	5 agosto	81
Atenas	19 agosto	83
Darfur y la intervención humanitaria	2 septiembre	85
Bicentenario	16 septiembre	87
Carta de Seúl	30 septiembre	89
Más secretario que general	14 octubre	91
Carta de Nueva York [reformas ONU]	28 octubre	94
Otros cuatro años de Bush	11 noviembre	96
Vanunu	25 noviembre	98
Un paseo por la reforma de la ONU	9 diciembre	100
Sigue el paseo por la reforma de la ONU	27 diciembre	102

2005

Fin del paseo por la reforma de la ONU	6 enero 2005	104
<i>Tsunami</i>	20 enero	106
Carta de Atlanta	3 febrero	108
Las (otras) potencias nucleares	17 febrero	110
Terrorismo nuclear	3 marzo	112
Consenso	17 marzo	114
Hillary maromera	31 marzo	116
Carta de Washington	14 abril	118
Zonas libres de armas nucleares	28 abril	120
Carta de Nueva York	12 mayo	122
La ONU en apuros	26 mayo	124
Divorcio a la francesa	9 junio	126
Cumbre borrascosa	23 junio	128
Empantanado	7 julio	130
Los Álamos	21 julio	132
Carta de Hiroshima	4 agosto	134

Cachirul	18 agosto	136
Cumbre en la ONU	1° septiembre	138
La embestida de <i>Katrina</i>	15 septiembre	140
Pretensiones nucleares (Irán)	29 septiembre	142
Turquía en Europa	13 octubre	144
De Lisboa a Kioto	27 octubre	146
Carta de Londres	10 noviembre	148
Disturbios en <i>les banlieues</i>	24 noviembre	150
La OCDE tiene Ángel	8 diciembre	152
Tortura	22 diciembre	154

2006

La ONU sesentona	7 enero	156
¿Irán a Irán?	19 enero	158
¿Quién desentona en la ONU?	2 febrero	160
Irán, al Consejo de Seguridad	16 febrero	162
Travesuras nucleares	2 marzo	164
Algo inconcebible	16 marzo	166
Tres años miserables	30 marzo	168
República española	13 abril	170
<i>Hispanics</i>	27 abril	172
El Consejo de Derechos Humanos	1° mayo	174
El <i>Barça</i> y la política	25 mayo	176
El informe Blix	8 junio	178
Material físil	22 junio	180
Timor-Leste	6 julio	182
Un veto <i>inoportuno y pasado de moda</i>	20 julio	184
Hiroshima y Nagasaki	3 agosto	186
Plan con maña	17 agosto	188
Desertores	31 agosto	190
Carta de Nueva York	14 septiembre	192
Carta de Delhi	28 septiembre	194
¿Bomba o bombita?	12 octubre	196
Budapest + 50	26 octubre	198
Intermedias	9 noviembre	200
Carta de El Cairo (Pugwash)	23 noviembre	202
Doble relevo en la ONU	7 diciembre	204
<i>Trident</i>	21 diciembre	206

	2007	
¿Justicia?	4 enero	208
¿Metamorfosis <i>orwelliana</i> ?	18 enero	210
El Tratado de Tlatelolco + 40/I	1° febrero	212
El Tratado de Tlatelolco + 40/II	15 febrero	214
Deporte blanco	1° marzo	216
Carta de Accra	15 marzo	218
Cuatro años miserables	29 marzo	220
Atomos en Viena	12 abril	222
Pena ajena	26 abril	224
<i>Albion try</i>	24 mayo	226
No me defiendas. . .	21 junio	228
Pugwash + 50	19 julio	230
Agosto angosto	16 agosto	232
¿Pa' qué?	13 septiembre	234
Otoño en Nueva York	11 octubre	236
Carta de Bari	8 noviembre	238
Jorge Castañeda + 10	6 diciembre	240

	2008	
<i>One more year!</i>	3 enero	242
¿A quién le vamos?	31 enero	244
Coronación postergada	28 febrero	246
Cinco años miserables	27 marzo	248
Politizar el deporte	24 abril	250
El deber (¿obligación?) de proteger	22 mayo	252
China, Inc.	19 junio	254
<i>Zimbabwe, R. I. P.</i>	17 julio	256
Por Dios, por la patria y el rey	14 agosto	258
El osito travieso	11 septiembre	260
El factor raza	9 octubre	262
El efecto Obama	6 noviembre	264
Sin novedad en la frente	4 diciembre	266

	2009	
Desafío inesperado	2 enero	268
¿La cuarta será la vencida?	29 enero	270

Changaderas	28 febrero	272
Seis años miserables	26 marzo	274
Estreno nuclear de Obama	30 abril	276
Probando... uno, dos, tres... probando	28 mayo	278
<i>Vox populi</i>	25 junio	280
Lunáticos	30 julio	282
Vigencia de derechos	27 de agosto	284
Tarea nuclear	1° de octubre	286
Un consejo para Obama	29 de octubre	288
Del muro a la muralla	25 de noviembre	290
Pitufos y pirinolas	30 de diciembre	292

2010

¡Alelula!	28 de enero	294
Obama en líos	25 de febrero	296
<i>Oy vey</i>	25 de marzo	298
Primavera nuclear	22 de abril	300
Irán sigue en la mira	20 de mayo	302
WASP swap	17 de junio	304
<i>Obamastán</i> y doña Bárbara	15 de julio	306
La era nuclear + 65	12 de agosto	308
Vicentenario y Chentenario	9 de septiembre	310
Tony y Jimmy	7 de octubre	312
Otoño en Nueva York	4 de noviembre	314
La ONU + 65	2 de diciembre	316
Secretos de estado	30 de diciembre	318

2011

Hu en Washington	27 de enero	320
Obama se reconstrute	24 de febrero	322
Alfonso García Robles + 100	24 de marzo	324
Obama <i>dixit</i>	21 de abril	326
La justicia según Obama	19 de mayo	328
<i>Bibi</i> en apuros	16 de junio	330
Pugwash en Berlín	14 de julio	332
Sudando la independencia	11 de agosto	334
Década de guerras fallidas	8 de septiembre	336
Circo republicano	6 de octubre	338

Contra el muro	3 de noviembre	340
Plastilina	1° de diciembre	342
Ahora ellas	29 de diciembre	344

2012

Cuota de pendejadas	26 de enero	346
<i>Transacción española</i>	23 de febrero	348
Nueve (y 11) años miserables	22 de marzo	350
Volver	19 de abril	352
<i>None of the above</i>	17 de mayo	354
Política exterior de Estado	14 de junio	356
Guerra a control remoto	12 de julio	358
La Corte Penal Internacional + 10	9 de agosto	360
Pa que gane Barack	6 de septiembre	362
Relevo sexenal	4 de octubre	364
<i>Trickle or treat</i>	1° de noviembre	366
Gringos blancos y viejos	29 de noviembre	368
Premios de consolación	27 de diciembre	370

2013

Política exterior/I	24 de enero	372
Política exterior/II	21 de febrero	374
Estado de excepción	21 de marzo	376
Obama y Palestina	18 de abril	378
Ventanillas y juguetes	16 de mayo	380
<i>Can Felip</i>	13 de junio	382
No se atrevan (NSA)	11 de julio	384
Obama en blanco y negro	8 de agosto	386
¿Bombero atómico o policía químico?	5 de septiembre	388
Gringo excepcional	3 de octubre	390
JFK + 50	31 de octubre	392
Temas nucleares	28 de noviembre	394
¿Cuates?	26 de diciembre	396

2014

Temas nucleares/II	9 de enero	398
Temas nucleares/III	6 de febrero	400
Temas nucleares/IV	6 de marzo	402

¿Ruleta o montaña rusa?	3 de abril	404
Temas nucleares/IV	2 de mayo	406
Sufragio efectivo	29 de mayo	408
Sigue siendo el rey	26 de junio	410
Ni fu ni FIFA	24 de julio	412
La gran guerra + 100	21 de agosto	414
Escocia de la libra esterlina	18 de septiembre	416
Obama en apuros	16 de octubre	418
Nazis en Estados Unidos	13 de noviembre	420
Política contaminada	11 de diciembre	422

2015

¿Obama se reinventa?	8 de enero	424
El huracán Charlie	5 de febrero	426
<i>Bibi</i> el travieso	5 de marzo	428
Jamás Hamas	2 de abril	430
Comes y te quedas	30 de abril	432
La farsa del desarme nuclear	28 de mayo	434
Bakú juega	25 de junio	436
Notable acuerdo nuclear con Irán	23 de julio	438
70 años de pesadilla nuclear	20 de agosto	440
La ONU + 70/I	17 de septiembre	442
La ONU + 70/II	15 de octubre	444

Irak: ¿por qué ahora?

25 de febrero de 2003

La posibilidad de una acción militar de Estados Unidos (con mucho o poco apoyo de otros países) en contra de Irak, ha dado pie a un intenso (y saludable) debate en México y en el resto del mundo. Se discute si Saddam Hussein está cumpliendo con la resolución 1441, aprobada en noviembre pasado con el apoyo de los 15 miembros del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y, de no ser el caso, si es menester una nueva resolución autorizando el uso de la fuerza.

El jefe de los inspectores de la ONU y el director general del Organismo Internacional de Energía Atómica han indicado que no han recibido plena colaboración de las autoridades iraquíes, pero que a últimas fechas hay indicios de mayor cooperación. Por tanto, Hans Blix y Mohammed el Baradei han pedido que se les permita continuar con sus inspecciones. Y la gran mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad y de los 191 miembros de la ONU comparten esa opinión.

Empero, hay una minoría de países que en esta última quincena de febrero ha dado repetidas muestras de una hiperactividad en favor de una segunda resolución del Consejo de Seguridad que autorice desde ahora (o dentro de un plazo perentorio) el uso de la fuerza en contra de Hussein. Encabezada por Estados Unidos y el Reino Unido, esa minoría cuenta ya con el apoyo de España y Bulgaria en el consejo y aspira a conseguir el voto de algunos de los seis países susceptibles de presión: Chile, México, Pakistán, Angola, Camerún y Guinea. Otros cinco ya han pintado su raya en contra: Alemania, China, Francia, Rusia y Siria.

Una segunda resolución es importante para muchos países, incluyendo al Reino Unido, donde, como en el resto de Europa, la opinión pública está decididamente en contra de lo que consideran una acción unilateral de Estados Unidos. Pero para conseguir una segunda resolución, esa minoría deberá convertirse en una mayoría de nueve votos a favor en el Consejo de Seguridad. De ahí la visita a Los Pinos del presidente del gobierno español la semana pasada y el intenso programa de llamadas telefónicas del presidente de Estados Unidos. De ahí también los viajes relámpago del primer ministro del Reino Unido a varias capitales y al Vaticano (para contrarrestar la opinión de los arzobispos de las iglesias anglicana y católica en Inglaterra).

En este debate, sin embargo, tanto los políticos como los comentaristas parecen haber dejado de lado dos aspectos que consideramos fundamentales. El primero es cómo afectará una acción militar en contra de Irak las prioridades que se ha fijado la comunidad internacional: la lucha contra el terrorismo internacional, una solución justa y duradera al conflicto entre palestinos e israelíes, un final feliz a la aventura de Corea del Norte con las armas nucleares y sus vectores y, en cuarto lugar, la necesidad de destruir las armas de destrucción en masa en Irak. Es obvio que si empezamos por tratar de resolver unilateralmente la cuarta prioridad, se debilitará la coalición en contra del terrorismo internacional, mismo que, según algunos dirigentes árabes, habrá de intensificarse.

La segunda consideración que ha sido menospreciada es ¿por qué ahora? Se nos ha dicho que la existencia de armas de destrucción en masa y sus vectores (misiles) en Irak constituye una amenaza desde hace más de una década. Una amenaza, ¿para quién?, ¿para sus vecinos?, ¿para Estados Unidos? Se nos dice que para todos, y es más, Saddam Hussein tiene vínculos con Al Qaeda. Este último argumento es difícil de aceptar.

Pero supongamos que sea cierto que desde hace años las armas de destrucción en masa de Hussein han sido una amenaza para Estados Unidos. Lo importante es saber ¿desde cuándo?, ¿desde 1998, cuando Saddam Hussein echó a los inspectores? Entonces, ¿por qué no hizo nada el presidente Clinton?, ¿por qué no hizo nada el propio presidente Bush cuando asumió el poder en enero de 2001?, ¿por qué esperó hasta después de los horribles atentados del 11 de septiembre de 2001 y de la guerra en Afganistán, paso fundamental en la cruzada contra Osama Bin Laden? ¿O será que, aparte del ajuste de cuentas que quedó pendiente entre Bush padre y Saddam Hussein, que Bin Laden sigue vivo y que la economía de Estados Unidos está en plena recesión y que tampoco quiere que la opinión pública le preste demasiada atención a los casos de Enron y otros de corrupción corporativa? Lo triste es que, aun si quisiera, el presidente Bush ya no podría dar marcha atrás. *Alea jacta est*. Lo importante es que no arrastre a la ONU en su rodada.

Irak y la ONU: fuera máscaras

19 de marzo de 2003

Haré unas observaciones iniciales y luego un comentario sobre la forma en que Estados Unidos, el Reino Unido y España nos engañaron en el caso de Irak.

Después de treinta y cuatro años de servidor público en la Secretaría de Relaciones Exteriores y casi un cuarto de siglo como embajador, inicio una nueva etapa. Por serias diferencias de forma y fondo con el entonces canciller Jorge G. Castañeda, renuncié a mi cargo de Subsecretario para África, Asia, Europa y el sistema de Naciones Unidas. Se lo informé el 6 de agosto de 2002 pero, a petición de él, no se hizo efectiva hasta el 31 de octubre.

Nunca pensé que me iría tan bien fuera del gobierno. Cuando el Rector de la Universidad Iberoamericana se enteró de que había presentado mi renuncia, me hizo una generosa oferta y desde el 1° de febrero estoy a cargo de un proyecto de investigación sobre pobreza, paz y desarme. En agosto empezaré a dar un curso sobre desarme y seguridad dentro del Departamento de Estudios Internacionales. Hace unos días vino la invitación de la Directora de este periódico para colaborar quincenalmente. Doy las gracias a ambos por los espacios que me han abierto.

En esta columna abordaremos temas internacionales, algunos relacionados con la política exterior de México, otros con el desarme y la seguridad internacional. Nos referiremos también a ciertos aspectos del servicio exterior mexicano. De antemano pido disculpas por los callos que pueda pisar.

En vísperas de mi jubilación pensé que sería útil hacerme un examen médico para ver si realmente estaba en condiciones de retirarme. Mi médico, el doctor Fantasía, me dijo que padecía de algo mucho más fuerte que el estrés. Le contesté que lo que le sigue al estrés es el *escuatro*. De ahí el título de esta columna.

El lema de la Universidad Iberoamericana es: La verdad nos hará libres. Ahora que me he liberado del servicio exterior, a ver si consigo acercarme a esa otra libertad.

* * *

El pasado domingo, en la llamada cumbre de las Azores en la base militar de Lajes en la isla de Terceira, el presidente George W. Bush, el primer ministro Tony Blair y el presidente del gobierno español, José María Aznar, finalmente dieron color. La reunión fue, ni más ni menos, un consejo de guerra. Acabaron así con la pantomima de la supuesta diplomacia multilateral en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el lunes anunciaron que la “ventana de la diplomacia” se había cerrado. El ataque militar de Estados Unidos y el Reino Unido a Irak es inminente.

El domingo anunciaron y el lunes confirmaron que ya no iban a someter un segundo proyecto de resolución al Consejo de Seguridad. Su acción militar no requería un nuevo aval del Consejo. Según ellos, la resolución 1441 de noviembre pasado ya lo había otorgado. Dijeron que la amenaza del veto francés aconsejaba que no se presentara el nuevo proyecto. Pero no fue la posibilidad de un veto lo que los disuadió, sino el hecho de que no contaban con los nueve votos afirmativos que se requieren para la aprobación de una resolución. Es más, la mayoría de los quince miembros del Consejo de Seguridad estaban en contra del uso de la fuerza militar en las presentes circunstancias. Abogaban por darle más tiempo a los inspectores y lograr así el desarme de Saddam Hussein por la vía pacífica.

El lunes por la noche, el presidente Bush lanzó un ultimátum a Hussein y en breve empezarán los bombardeos. Una de las primeras víctimas del conflicto será el propio primer ministro Blair. Ya le renunció Robin Cook, su ministro portavoz en la Cámara de los Comunes que había sido su ministro de relaciones exteriores en su primer gobierno. ¿Se acuerdan de esas primeras declaraciones de Blair y Cook sobre una política exterior ética? En su carta de renuncia, Cook dice: “No puedo aceptar la responsabilidad colectiva de la decisión de comprometer a Reino Unido en una acción militar en Irak sin consenso internacional o respaldo interior”.

Lo cierto es que Estados Unidos nunca buscó un “consenso internacional” en el Consejo. Lo que intentó es obligar a los miembros del Consejo a aceptar su plan militar en contra de Irak no sólo para desarmar a Hussein sino para asegurar también un cambio de régimen. Pero los miembros del Consejo lo rechazaron. Ahora los estudiosos del Derecho Internacional empezarán a discutir la legalidad del ataque a Irak. Otros describirán la ocupación de Irak como el primer paso de las pretensiones hegemónicas de la única super potencia militar. Hace unos días el presidente Bush había anunciado que sometería a una votación el segundo proyecto de resolución. Dijo que quería que los demás ensañaran sus cartas. Lo que ha hecho ahora es enseñar las suyas.

La guerra y la ONU/I

3 de abril de 2003

Una señora llega a su casa y encuentra a su hijo con la televisión prendida.

—¿Qué haces? — le pregunta la madre.

—Nada, viendo la guerra — responde el niño.

La guerra —para los que la sufren en Irak y para los que la vemos por televisión— será un hito importante del siglo que ahora empieza. Es una guerra muy planeada, muy esperada y largamente programada.

Tras los ataques aéreos y la invasión terrestre a Irak, se ha suscitado un intenso debate sobre la legalidad de la acción militar de los Estados Unidos y el Reino Unido (y de los demás miembros de la llamada coalición cuya contribución es, salvo en el caso de Australia, meramente simbólica). Se ha discutido el papel (o no papel) de las Naciones Unidas. En éste y el siguiente artículo plantearé una serie de consideraciones que quizás nos ayuden a comprender mejor lo que está pasando en este mundo unipolar en el que una sola potencia se arroga el derecho de decidir por los demás miembros de la comunidad internacional.

La ilegalidad de la guerra

Entre muchas otras cosas, el siglo XX será recordado por dos acontecimientos que inciden de manera directa en la crisis de Irak. Por un lado, se logró la prohibición del uso de la fuerza salvo en situaciones determinadas por el Consejo de Seguridad de la ONU. Por el otro, aparecieron, se desarrollaron y proliferaron las armas de destrucción en masa (biológicas, químicas y nucleares) y sus vectores (los proyectiles para transportarlas).

La Carta de la ONU señala que son únicamente dos las circunstancias en que se podría autorizar el uso de la fuerza. La primera es el resultado de una determinación del Consejo de Seguridad de la existencia de una “amenaza a la paz, quebrantamiento de la paz o acto de agresión”. La segunda es el derecho de legítima defensa que puede ejercer un país siempre y cuando lo comunique inmediatamente al Consejo de Seguridad que, a su vez, decidirá lo procedente.

En 1950, por ejemplo, el Consejo de Seguridad *determinó* que Corea del Sur había sido víctima de una agresión por parte de Corea del Norte y, por ende, autorizó el uso de la fuerza. Así empezó la Guerra de Corea. Cuarenta años después, en 1990, el Consejo *determinó* que Kuwait había sido víctima de una agresión por parte de Irak y volvió a autorizar el uso de la fuerza. El resultado fue la Guerra del Golfo.

Las discusiones en la ONU que culminaron en la acción bélica contra Irak se remontan al discurso del Presidente George W. Bush, el 12 de septiembre, en el debate general de la sesión anual de la Asamblea General. Dedicó casi la totalidad de su alocución al tema de Irak y a la supuesta amenaza que representa para su región y el mundo entero. Concluyó anunciando que Estados Unidos trabajaría con el Consejo de Seguridad para que se adoptaran las resoluciones necesarias, mismas que el Consejo tendría que hacer cumplir “o será inevitable que tomemos medidas”. Ahí estaba el anuncio de lo que vendría.

Siguieron semanas de negociaciones en el Consejo de Seguridad y, por fin, el 8 de noviembre de 2002 se aprobó por unanimidad la resolución 1441. En ella se decidió que “Irak ha incurrido y sigue incurriendo en violación grave de sus obligaciones” conforme a las diversas resoluciones adoptadas desde 1990 y se le dio “una última oportunidad de cumplir con sus obligaciones en materia de desarme”. Para esto último, se instauró un régimen de inspección

reforzado (UNMOVIC). Tras una larga lista de condiciones, la resolución 1441 concluyó que, si Irak sigue infringiendo sus obligaciones, “se expondrá a graves consecuencias”.

Pasaron los meses de noviembre y diciembre y no todos los miembros del Consejo de Seguridad estuvieron satisfechos con los avances de las inspecciones de UNMOVIC. Los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido perdieron la paciencia y, junto con Bulgaria y España, promovieron a principios de año un segundo proyecto de resolución. Estados Unidos no estaba convencido de la necesidad de una segunda resolución, pero el Primer Ministro del Reino Unido insistió en que era necesario para apaciguar a su opinión pública que pedía que la ONU autorizara el uso de la fuerza. Sin embargo, el proyecto de resolución no incluyó la idea de que el Consejo de Seguridad hubiera determinado que Irak constituía una amenaza a la paz y seguridad internacionales y, por consiguiente, se podría recurrir a la acción militar.

La mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad no estuvo de acuerdo con el planteamiento de Estados Unidos y el Reino Unido y el proyecto de resolución nunca fue sometido a votación. Ante la imposibilidad de conseguir nueve votos en el Consejo (el mínimo requerido para la aprobación de una resolución), Estados Unidos optó por actuar al margen de la ONU. Y el 17 de marzo el Presidente Bush lanzó su ultimátum al gobierno de Irak y el primer ataque se realizó en la mañana el 20 de marzo.

Muchos han coincidido con la afirmación del Secretario General de la ONU en el sentido de que la acción militar en Irak es ilegal sin el aval del Consejo de Seguridad. Se equivocan. Es ilegal, punto. Para que fuera legal el Consejo tendría que *determinar* que Irak y sus armas de destrucción en masa constituyen una amenaza para la paz y seguridad del mundo. Pero la mayor parte de los miembros del Consejo no comparten esa apreciación. Por eso Estados Unidos y el Reino Unido no consiguieron la aprobación de una nueva resolución.

Estados Unidos no ha invocado el artículo 51 de la Carta de la ONU que trata de la legítima defensa. Simplemente, con sus seguidores ha decidido actuar unilateralmente poniendo en marcha su nueva doctrina militar en la que se arroga el derecho de atacar de manera preventiva a un supuesto enemigo. Busca derrocar al gobierno de Irak y desarmarlo.

Por eso hizo bien el Presidente Fox, en su mensaje a la nación el 17 de marzo pasado, en distanciarse de la decisión unilateral del gobierno de los Estados Unidos de declararle la guerra a Saddam Hussein. Puso énfasis en la vía multilateral y en el peligro que entraña la proliferación de las armas de destrucción en masa y sus vectores.

Lo que procede ahora es que los miembros del Consejo de Seguridad que se oponen a la guerra presenten un proyecto de resolución que declare ilegal el uso de la fuerza por Estados Unidos y su coalición. Eso sería un acto de congruencia. Los gobiernos que defienden el Derecho Internacional deben actuar en consecuencia. El movimiento se demuestra andando.

Sin duda Estados Unidos y el Reino Unido vetarían ese proyecto de resolución. Cuando eso ocurra, el siguiente paso sería trasladar el tema a la Asamblea General de la ONU, valiéndose de la resolución 377 (V), conocida como “Unión pro paz” que Estados Unidos impulsó en 1950 ante los reiterados vetos de la entonces Unión Soviética en el Consejo de Seguridad. Dicha resolución contempla la posibilidad de que la Asamblea General, ante la parálisis del Consejo de Seguridad, examine “inmediatamente el asunto, con miras a dirigir a los miembros recomendaciones apropiadas para la adopción de medidas colectivas, inclusive, en caso de quebrantamiento de la paz o acto de agresión, el uso de fuerzas armadas cuando fuere necesario, a fin de mantener o restaurar la paz y la seguridad internacionales”.

En 1980, tras la invasión de Afganistán por la Unión Soviética y ante la parálisis del Consejo de Seguridad, México, acompañado por Filipinas (otro miembro no permanente), tomó la iniciativa de llevar la cuestión a la Asamblea General conforme a la resolución “Unión pro paz”.

¿Por qué no se hace lo mismo ahora?

El martes pasado México asumió la presidencia del Consejo de Seguridad, cargo que se rota mensualmente entre sus quince miembros siguiendo el orden alfabético en inglés. Es un momento complejo para la ONU. El margen de acción del presidente del Consejo es limitado pero, si actuamos con firmeza y somos consecuentes con los principios y propósitos de la Carta de las Naciones Unidas, podría convertirse en una magnífica oportunidad para contribuir a definir el rumbo de la Organización que anhelamos.

No se trata nada más de asegurar la ayuda humanitaria a Irak o de proteger a su población civil o de preservar sus pozos petroleros o su integridad territorial. Todo eso está muy bien. Pero es menester algo más si las Naciones Unidas van a recuperar un poco de lo mucho que han perdido. Ese será el tema del siguiente artículo, que aparecerá dentro de quince días.

La guerra y la ONU /II

6 de abril de 2003

Hace unos días planteamos la necesidad de que, ante una guerra ilegal, los defensores del derecho internacional deberían presentar un proyecto de resolución al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenando el uso de la fuerza militar en Irak. Hoy abordaremos el tema de la ONU: ¿y ahora qué?

Con la acción bélica en Irak de la coalición que encabeza Estados Unidos se ha puesto de moda otra vez la discusión sobre el futuro de la ONU, su relevancia o irrelevancia, discusión que invariablemente se decanta hacia el tema de la necesidad de reformar las Naciones Unidas. En las semanas recientes se han escuchado muchas voces pidiendo cambios en la estructura de la ONU. Al analizar ese tema es necesario subrayar que la ONU no es una entidad independiente con vida propia. Es la suma de las voluntades de sus 191 miembros. Para aquilatar la actuación de la ONU debemos partir de la siguiente premisa: no podemos pedirle, y mucho menos exigirle, a otros países o a la ONU algo que no estamos dispuestos a hacer nosotros.

Si nosotros no somos capaces de defender el derecho internacional, no podemos pedirles a otros que lo hagan. Ejemplo:

El 12 de julio de 2002 el Consejo de Seguridad adoptó por unanimidad la resolución 1422 relativa a la entrada en vigor (el 1° de ese mes) del Estatuto de la Corte Penal Internacional. Originalmente el asunto fue planteado por Estados Unidos al solicitar que el Consejo de Seguridad les concediera inmunidad a sus ciudadanos que formaban parte de operaciones establecidas o autorizadas por la ONU. La reacción inicial de aquellos países que se habían adherido al estatuto fue muy negativa. ¿Cómo era posible que se pidiera al consejo que concediera inmunidad a los nacionales de Estados Unidos? Muy pronto, sin embargo, el consejo decidió, con base en el artículo 16 del estatuto, concederles inmunidad al personal de todos los países que no han suscrito el Estatuto y que trabajan en las operaciones establecidas o autorizadas por la ONU. Dicho de otra manera, en el momento que entró en vigor el Estatuto de la Corte Penal Internacional, un viejo anhelo de la comunidad internacional que la ONU había promovido, la propia ONU suspende la aplicación del mismo para todos aquellos que, como Estados Unidos y otros países, lo han rechazado.

Al aprobar la resolución 1422, el Consejo de Seguridad actuó contra la misma ONU y ninguno de sus 15 miembros se atrevió a decirlo. Se limitaron a endosar la posición de Estados Unidos. Otro ejemplo del unipolarismo actual.

Es cierto que la *guerra fría* definió en gran parte los límites de la acción de la ONU hasta 1990. La desaparición del mundo bipolar ha obligado a sus miembros a replantear toda una serie de cuestiones que la rivalidad ideológica entre los dos bloques militares había definido, de una manera u otra, para el resto de la comunidad internacional.

La llamada "nueva realidad internacional" se puso de manifiesto en la reunión cumbre que celebró el Consejo de Seguridad el 31 de enero de 1992. Ahí se volvió a tratar la necesidad de ampliar la composición y de aumentar el número de miembros permanentes del Consejo de Seguridad. El presidente de Venezuela habló de la necesidad de adecuar la estructura de la ONU a las nuevas realidades internacionales. El primer ministro de India señaló que el número de miembros de la Asamblea General se había triplicado desde 1946 y que el consejo no podía seguir del mismo tamaño. El primer ministro de Japón fue aún más lejos al recordar que la contribución de su país al presupuesto ordinario de la ONU era más que el total de

Francia y Reino Unido. Como era de esperarse, los miembros permanentes no aludieron a esta cuestión que cada día cobra más interés para los demás.

Son dos los aspectos centrales del tema de la composición del Consejo de Seguridad. En primer lugar, es obvio que refleja una concepción caduca del concierto de naciones, ya que hace tiempo que Alemania y Japón rebasaron a algunos de los "cinco grandes" de 1945. Esa expresión suena rara en estos momentos, sobre todo a la luz del poderío económico de esos dos países que, por cierto, sufragaron buena parte del costo de la Guerra del Golfo.

Tras su reunificación en 1990, Alemania empezó a actuar de manera más independiente en sus relaciones internacionales. Claro ejemplo de ello fue su reconocimiento apresurado de las repúblicas de Croacia y Eslovenia. Su opinión pública también empezó a criticar la composición del consejo, calificándola de anacrónica.

La reforma del Consejo de Seguridad se ha convertido en el símbolo de la adaptación de la ONU a las nuevas realidades del mundo después de la *guerra fría*. Se habla de "democratizar" su estructura. Algunos buscan eliminar el veto de los miembros permanentes; otros quieren ampliar su número. El debate se intensificó en vísperas de 1995, año del quincuagésimo aniversario de la organización. Pero en 1994 el comité de la Asamblea General encargado con esta cuestión no pudo llegar a recomendaciones acordadas. Poco después Japón inició una campaña abierta para conseguir un puesto permanente en el consejo. Alemania hizo lo propio.

La pregunta pertinente es: ¿cuál es el perfil de un miembro permanente del Consejo de Seguridad? El debate surgió a raíz del creciente poder económico de Japón y Alemania, pero ahora han aparecido o reaparecido otros candidatos. India, por ejemplo, estuvo a punto de ser miembro permanente en 1945. Brasil, y en menor medida Argentina, también se consideran candidatos. Lo mismo ocurre con Nigeria y ahora Sudáfrica. El debate ya no es sólo cómo dar cabida a Japón y Alemania, sino cómo modificar el número de miembros, tanto permanentes como no permanentes del consejo a fin de que su composición refleje mejor la nueva realidad internacional.

Lo cierto es que la ONU no puede existir sin la presencia activa de las principales potencias militares y/o económicas, y éstas no participarán en sus trabajos si no tienen el derecho al veto.

En el Consejo de Seguridad recae la responsabilidad principal de la ONU para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. En los años recientes el consejo ha ido multiplicando sus operaciones de paz y actividades conexas. Al mismo tiempo, su composición no refleja las nuevas realidades internacionales. Más aún, sus decisiones no siempre gozan del apoyo decidido de los demás miembros de la ONU. He ahí la clave del problema que tendrá que resolverse pronto si la organización ha de convertirse en un verdadero instrumento multilateral de paz, y así cumplir con los nobles objetivos que sus fundadores se fijaron en 1945. Y la solución a este problema tendrá que buscarse en un equilibrio entre el reconocimiento del papel de las grandes potencias, por un lado, y la necesidad de que actúen conforme a la voluntad de la mayoría de los miembros de la ONU, por el otro.

La ONU se encuentra una vez más activamente involucrada en la búsqueda de soluciones a muchas crisis internacionales. En la última década del siglo xx dejó de ser un foro de debates casi olvidado para convertirse en otro cada vez más activo y relevante. Su imagen ha cambiado y, al igual que a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, hoy se le

considera, con razón o sin ella, como la poseedora de la respuesta a muchos de los problemas mundiales.

La opinión pública mundial no siempre es consciente de lo que razonablemente se le puede pedir a la organización. Con frecuencia es vista como una institución independiente de sus estados miembros. Y cuando las cosas salen mal, hay quienes, sin saberlo, critican a "la ONU" como si ésta tuviera una vida propia. El problema se complica más al no contar con reglas claras para guiar sus múltiples operaciones para la consecución y el mantenimiento de la paz. El público y los medios de comunicación no siempre pueden distinguir entre una fuerza observadora de la ONU enviada para prevenir el inicio de hostilidades entre dos bandos antagónicos, y una fuerza militar de la ONU, parecida a un ejército nacional, con un mandato para restablecer la paz en alguna región.

A menudo se pide al Consejo de Seguridad que emita un juicio acerca de determinada situación y luego éste aparece impotente para componerla. Además, las tropas que los estados miembros deciden poner bajo el mando de la ONU son vistas por algunos como parte de un ejército humanitario, mientras que otros las consideran como un indicio de un proyecto intervencionista o punitivo. Y no debería pedírsele a la organización que, en un determinado conflicto, lleve a cabo misiones humanitarias (parecidas a las que, con neutralidad muy estudiada, viene desarrollando desde hace más de un siglo el Comité Internacional de la Cruz Roja) y, al mismo tiempo, exigirle que tome partido en el mismo.

En suma, la ONU debería resistirse a asumir misiones paralelas y con frecuencia contradictorias en torno a un mismo problema. Y aún más importante sería evitar convertirse en un "actor complementario" en la solución de crisis, encargado de recoger los trastos de otros, como en Somalia, Ruanda o Haití. La ONU tampoco debería prestarse a jugar un papel de "frente" para cubrir la intervención de otros, como en los casos de Bosnia-Herzegovina y Kosovo, en los que la Organización del Tratado del Atlántico Norte dirigió la misión de la ONU. En Afganistán la historia ha sido otra y ahora en Irak se ha puesto en duda una vez más la capacidad de la ONU para resolver situaciones difíciles.

Al suscribir la Carta de las Naciones Unidas, los miembros de la organización se comprometieron a cumplir y hacer cumplir sus propósitos y principios. No todos lo están haciendo. Pero será imposible que la ONU avance hacia sus metas mientras aquellas naciones que sí creen en la organización no sigan los dictados de sus conciencias. Hay que predicar con el ejemplo y, mientras más ejemplos haya entre los 191 miembros de la ONU, mejores resultados cosecharemos para la organización.

Todos perdimos

17 de abril de 2003

Los que abogaron por la invasión de Irak y una victoria rápida ganaron la apuesta. Muchos nos equivocamos cuando creímos que la operación militar llevaría por lo menos un mes. Pero no fue así. En poco más de tres semanas las tropas estadounidenses y británicas entraron en Bagdad y capturaron las demás principales ciudades irakíes. En 1991 la primera Guerra del Golfo concluyó a las seis semanas. Ahora duró la mitad.

Pero hubo altibajos. En un principio parecía que la llamada coalición iba a dar un paseo tranquilo por el desierto y luego pasaría un fin de semana largo en la capital de Irak. Los bombardeos masivos de las primeras noches tuvieron consecuencias inmediatas. Sin embargo, al cuarto o quinto día de la invasión, empezaron a surgir dudas acerca del operativo desplegado y más de un dirigente político de la coalición se apresuró a señalar que quizás la guerra sería más larga de lo previsto. A los quince días hubo otro cambio repentino y la resistencia irakí se desmoronó. La victoria de la coalición nunca estuvo en duda. La pregunta siempre fue cómo y cuándo vencerían.

Sin embargo, antes de que la coalición hubiera pacificado completamente a Irak, las baterías de la retórica de los altos funcionarios de la administración del presidente Bush se apresuraron a identificar otro posible blanco de la doctrina de ataque preventivo. El primer ministro Tony Blair no tardó mucho en distanciarse de las acusaciones de la Casa Blanca en contra de Siria: su supuesto apoyo al terrorismo internacional, su supuesto programa para desarrollar armas químicas y el supuesto asilo que habría otorgado a miembros del gobierno de Saddam Hussein. Y si ocurre otro Irak, ¿qué podrán decir los miembros de la ONU que guardaron silencio a partir del inicio de los ataques en contra de Bagdad?

La invasión de Irak, ya sea el final de las aventuras de la coalición o el principio de una cadena de operaciones militares unilaterales de Estados Unidos, ha resultado ser un fracaso. Todos hemos perdido.

En primer lugar, los ciudadanos irakíes sufrieron los embates del poderío militar estadounidense. Hubo miles de víctimas, incluyendo a combatientes pero, sobre todo, entre la población civil.

El segundo perdedor es Estados Unidos. Aparte de sus bajas en el campo de batalla (y fuera de él), ha conseguido amalgamar el repudio de la opinión pública mundial y de buena parte de sus propios ciudadanos. Está más aislado que nunca. Sus relaciones con el mundo árabe, con Turquía y buena parte de Europa están por los suelos. Internamente también ha sufrido un duro golpe.

Hay dudas en el gobierno acerca del rumbo que está fijando el presidente Bush. Como lo dijera en su carta de renuncia en febrero pasado el consejero político de la embajada de Estados Unidos en Atenas, John Brady Kiesling: “Cuando nuestros amigos nos temen en lugar de acompañarnos, es tiempo de preocuparse. Y ahora tienen miedo. ¿Quién habrá de convencerlos de que Estados Unidos es, como lo que fue, un faro de libertad, seguridad y justicia para nuestro planeta”.

La lista de perdedores es larga: la búsqueda de una solución justa y duradera a la situación de los palestinos; la ONU y su Consejo de Seguridad; el Derecho Internacional en general y las leyes de guerra en particular; el derecho a la libre expresión, como lo atestigua el caso de Peter Arnett y la cadena de televisión NBC de Estados Unidos; la credibilidad de los medios de

información, como lo demuestra el triste espectáculo de la cadena Fox cuyo lema (“información verídica y equilibrada”) podría figurar en alguna novela de George Orwell.

La OTAN está fragmentada entre los que se sumaron a la coalición y los que no; la Unión Europea está igualmente dividida y su Política Exterior y de Seguridad Común ha quedado hecha trizas; nadie que apoyó a la coalición ha ganado (la carrera política tanto de Blair como de Aznar se ha quedado en la cuneta); los ambiciosos proyectos para el desarrollo económico de África pierden su carácter prioritario; la lucha mundial contra el SIDA y la pobreza baja en la lista de prioridades; América Latina y el Caribe también se verá relegada con excepción de aquellos casos que tienen obsesionado a Washington (Cuba, Colombia y Venezuela), así como quizás de los tres países que se sumaron al apoyo de la coalición; en Bagdad han desaparecido más de un millón de libros de la Biblioteca Nacional y el Museo Nacional de Irak está vacío tras el pillaje del los irakíes que se desató bajo la mirada tolerante de las tropas invasoras, mismas que, en un principio, se rehusaron a mantener el orden público, y ¿qué decir de las piezas arqueológicas aún sin descubrir que quedaron destruidas por las bombas o el paso de los vehículos militares?

El sentimiento anti Estados Unidos va aumentando; la gran alianza mundial en contra del terrorismo internacional que surgió después del 11 de septiembre de 2001 se ha fracturado; los grupúsculos terroristas en el Oriente Medio incrementarán sus filas y sus actividades.

La invasión de Irak ha tenido (y tendrá) un costo económico enorme. Y la reconstrucción del país también será cara, sobre todo para los propios irakíes.

Quizá la coalición haya ganado la guerra, pero ya está perdiendo la paz.

Carta de Nueva York

1° de mayo de 2003

Estoy en Nueva York. Vine a explorar la posibilidad de organizar para la Universidad Iberoamericana un semestre vinculado a los trabajos de las Naciones Unidas. Se llevaría a cabo cada año, de preferencia en el otoño cuando sesiona la Asamblea General. Pero los alumnos también se asomarían a la Sala del Consejo de Seguridad.

En estos días he podido platicar con muchos conocedores de las Naciones Unidas. Son personas que trabajan en la ONU, en alguna misión permanente o en una organización no gubernamental. Invariablemente la conversación aterriza en cuál será el papel de la ONU después de la invasión de Irak por la llamada coalición encabezada por Estados Unidos. Se trata de una acción militar unilateral llevada a cabo no sólo al margen del Consejo de Seguridad, sino a pesar de la oposición de la mayoría de sus miembros y en contra del Derecho Internacional.

Mis amigos coinciden en que la guerra contra Irak ha sido un duro golpe para la Organización. Hasta ahí están de acuerdo. Luego empiezan las diferencias. Algunos, quizás la mayoría, comparten la opinión del Secretario General Kofi Annan en el sentido de que hay que dejar atrás el debate sobre la legalidad de la acción militar y buscar la unidad del Consejo de Seguridad en torno a la ayuda humanitaria y la reconstrucción de Irak. Desde luego que esto último dependerá única y exclusivamente de los Estados Unidos. ¿Hasta dónde permitirán la participación de otros países y sus compañías en la llamada reconstrucción de Irak? Y la ONU, ¿qué papel le asignará la coalición?

Y aquí se hace patente el enojo de una minoría que no comparte la actitud del Secretario General. Se preguntan ¿cómo es posible que los miembros del Consejo de Seguridad que se manifestaron en contra de la acción militar de la coalición ahora hagan caso omiso de lo ocurrido en Irak y se dediquen a ver qué migajas le corresponden a la ONU en su reconstrucción?

Con el fin del mes de abril terminó también la presidencia de México del Consejo de Seguridad. No ha sido fácil. El ambiente (ya descrito) no es propicio para avanzar en los grandes temas de paz y seguridad. Si bien el Consejo sigue abordando cada mes y de manera discreta el tema del Medio Oriente, hace años que su papel es nulo en el tema. Estados Unidos (y Rusia) se encargaron hace tiempo de marginar a la ONU.

Lo mismo ocurre con otras cuestiones que deberían abordarse en el Consejo. Por ejemplo, la amenaza que representa la posible adquisición de armas nucleares por parte de la República Democrática Popular de Corea es un tema que debería estar en la agenda del Consejo. Inclusive, el gobierno francés habría propuesto una cumbre del Consejo en el otoño para discutir la problemática de la proliferación de las armas de destrucción en masa y sus vectores. Pero China y otros países no quieren que el Consejo trate la cuestión. Y Corea del Norte tampoco le interesa. Lo que quiere es hablar directamente con Estados Unidos para ver qué puede conseguir a cambio de abandonar su proyecto de armas nucleares. Una vez más la ONU y su Consejo de Seguridad se quedan fuera del proceso de búsqueda de soluciones a las grandes cuestiones de seguridad internacional.

Como ya lo dije, en lo que sí están de acuerdo mis amigos en Nueva York es que la ONU atraviesa por un momento muy difícil. No es la primera vez que se le margina. En la época de la Guerra Fría estuvo fuera de muchas jugadas internacionales importantes. Piensen en la guerra de Viet Nam, las pláticas bilaterales sobre desarme nuclear, Afganistán en la década

de los ochenta, las negociaciones económicas entre el Norte y el Sur, y un sinnúmero de otros asuntos de importancia vital para la comunidad internacional.

Pero lo ocurrido ahora es distinto. La guerra contra Irak es el ejemplo más dramático del unilateralismo que ha caracterizado a la administración del presidente Bush desde que llegó al poder en enero de 2001. Hubo algo parecido en los años de Ronald Reagan. Pero la diferencia hoy es que Estados Unidos se acercó al Consejo de Seguridad para resolver el problema de las armas de destrucción en masa de Irak. Se acercó al Consejo y, cuando éste no hizo lo que le exigía, se alejó. Y nadie hizo nada cuando empezó la guerra y nadie parece querer hacer algo ahora cuando ya ha terminado. Vamos a ver qué papel le asigna Estados Unidos al Consejo en la reconstrucción de Irak. Seguro que será aceptable para sus demás miembros. Como me dijo un amigo, el Consejo está apachurrado y Estados Unidos va a aprovechar la presente coyuntura.

Un discurso revelador

15 de mayo de 2003

Hace quince días, mientras en muchos países se celebraba el Día del Trabajo, el presidente de Estados Unidos apareció a bordo de un portaaviones cerca de San Diego para anunciar que había concluido la fase militar de la invasión de Irak. No fue uno de sus mejores discursos. Para algunos resultó un poco largo y a veces confuso. Pero no hay duda de que fue significativo, tanto por lo que dijo como por lo que omitió decir.

Ante todo fue un mensaje de agradecimiento a las fuerzas armadas de Estados Unidos y de los otros miembros de la coalición (sólo mencionó al Reino Unido, Australia y Polonia) que contribuyeron con efectivos militares. Congregó a unos cinco mil de ellos en la cubierta del *U.S.S. Abraham Lincoln* con miras a la campaña para su reelección en 2004 en lo que fue un evento coreografiado al estilo de Hollywood. El presidente, comandante en jefe de las fuerzas armadas, en su uniforme de piloto militar agradeciendo a sus tropas el haber “prevalcido” en Irak (no habló de victoria) y alentándolas a seguir contribuyendo a la lucha contra el terrorismo internacional.

Celebró los avances tecnológicos en materia militar que han reducido a un mínimo las víctimas civiles durante un conflicto y, en una referencia a lo sucedido tras la Segunda Guerra Mundial, alabó la “decencia e idealismo” de Estados Unidos que “convirtió en aliados a nuestros enemigos”. ¿Será éste el destino de Irak?

Habló sobre la amenaza que para Estados Unidos representa el terrorismo internacional. De hecho ese fue el tema central de su discurso. “La batalla de Irak —dijo— es una victoria en la guerra contra el terror que empezó el 11 de septiembre de 2001 y que continúa”. Y se detuvo para recordar detalles de esos trágicos acontecimientos.

Reconoció que la reconstrucción de Irak será un tarea difícil, quizás más complicada aún que la fase militar. No entró en detalles pero el nombramiento reciente de un civil, el diplomático retirado L. Paul Bremen, es un indicio claro de que, con el hasta ahora encargado de la reconstrucción de Irak, el teniente general Jay Garner, y su equipo, no estaban obteniendo los resultados deseados.

Pero hizo caso omiso de algunas cuestiones centrales. No habló de las razones invocadas por la coalición para justificar la invasión de Irak: el supuesto vínculo del régimen de Saddam Hussein con los grupos de Al Qaeda y su supuesto arsenal de armas de destrucción en masa, cuando menos químicas y biológicas. El problema es que nadie ha podido demostrar el vínculo con Al Qaeda y nadie ha encontrado (hasta ahora) armas de destrucción en masa.

No hubo alusión alguna al problema del Medio Oriente salvo en la frase sobre el compromiso de Washington con la libertad en Afganistán, en Irak y “en una Palestina pacífica”. Y ahí agregó que “el avance de la libertad es la estrategia más segura para contrarrestar la atracción del terror en el mundo”.

No mencionó a España pese a que el presidente de su gobierno es ahora un aliado privilegiado de Estados Unidos como lo confirmó su visita reciente a Washington. Tampoco se refirió a Arabia Saudita de cuyo territorio ha decidido retirar a buena parte de sus efectivos militares. No dijo nada de Alemania ni mucho menos de Francia, dos de sus aliados que se opusieron a la aventura de la coalición en Irak.

Peor aún, no hubo una sola mención a las Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad estuvo discutiendo, a instancias de los Estados Unidos, la posibilidad de una acción militar en Irak hasta la víspera de los primeros bombardeos de la coalición el 20 de marzo.

El mensaje del presidente Bush deja entrever cierta satisfacción personal. Confirma que su nueva política de ataques preventivos pasó con éxito su primera prueba. Es más, nadie se opuso a dicha acción militar. No hubo reacción (cuando menos audible) en el Consejo de Seguridad.

Por otro lado, habrá optimistas que dirán que, con lo ocurrido en Irak, Estados Unidos ha instaurado un nuevo sistema de desarme. En menos de un mes hizo desaparecer un régimen político (aunque tarde en sustituirlo) y su aparato militar. Otros dirán que se trata de un experimento cuyo fin es encontrar una fórmula para establecer una sociedad democrática en un país con escasa experiencia en la materia.

Algunos comentaristas estadounidenses se han quejado del uso político que su presidente está haciendo de la guerra contra Irak. A muchos tampoco les gusta que se vista de militar. Pero todo ello no parece afectar a la gran mayoría de los ciudadanos de ese país. Por todos lados y en cualquier pueblo se observan letreros que dicen “Apoyamos a nuestras tropas” y “Que Dios bendiga a Estados Unidos”.

Estados Unidos, cuyos mártires de Chicago dieron en 1887 al movimiento obrero mundial el 1º de mayo, decidió en 1894 celebrar su Día del Trabajo cada primer lunes de septiembre. Estados Unidos nunca quiso ingresar a la Sociedad de Naciones, organización ideada por el presidente Wilson tras la Primera Guerra Mundial. Y otro de sus presidentes fue uno de los principales arquitectos de las Naciones Unidas, cuya existencia Estados Unidos parece haber decidido ahora ignorar (si nos va bien) o socavar (si nos va mal).

México ante la anexión de Austria en 1938: Una lección que hay que recordar

29 de mayo de 2003

En días pasados participé en un acto conmemorativo de la posición asumida por el gobierno mexicano ante la anexión de Austria por Alemania en 1938. Han transcurrido 65 años desde ese 13 de marzo. Para algunos quizá sea tiempo de jubilar el asunto. Para mí sería un error y trataré de explicar porqué.

Hace ya varios siglos que a los habitantes de este planeta nos ha tocado vivir en estados-nación. Estos son el instrumento que permite a los seres humanos organizarse dentro de su territorio y relacionarse entre sí. No es un sistema perfecto pero es el que tenemos y es el que hemos dotado de ciertas reglas. La Carta de las Naciones Unidas codificó muchas de ellas como antes lo había hecho el Pacto de la Sociedad de las Naciones.

A veces un estado-nación se porta mal y rompe una o varias de esas reglas acordadas por la comunidad internacional. Ante tal conducta incumbe a los demás estados reaccionar con miras a desfacer el entuerto. Pero no siempre lo hacen. Las razones de esta inacción pueden ser varias pero ninguna se justifica. Por ejemplo, en una sociedad en la que la justicia es lenta o inoperante, la mordida puede ofrecer una manera expedita para resolver un asunto, pero es un camino equivocado que a la postre redundará en contra de la sociedad justa que se busca.

En 1938, ante el auge del nazismo, muchos gobiernos optaron por hacer caso omiso de los excesos del gobierno alemán. Aún dentro de Austria hubo muchos que aceptaron el *Anschluss*. Y al año siguiente Polonia se convirtió en otra víctima del expansionismo germano.

En 1936, cuando el gobierno fascista de Italia invadió Etiopía, fueron pocos los miembros de la Sociedad de las Naciones que manifestaron su inconformidad condenando dicha agresión. Ese mismo año hubo otra oportunidad para defender las causas justas cuando Francisco Franco se levantó en armas en España para derrocar al gobierno republicano, un gobierno legalmente constituido. Empero, la comunidad internacional hizo muy poco para frenarlo mientras que Alemania e Italia le prestaron ayuda militar.

La Sociedad de las Naciones tampoco pudo detener las ambiciones imperialistas del Japón tras su secuestro de Manchuria en 1931 y su ocupación de China a partir de 1937.

En esos años el representante de México en Ginebra era Isidro Fabela. Revolucionario y carrancista, había sido nombrado por el presidente Lázaro Cárdenas como delegado ante la Sociedad de las Naciones. En esa época el gobierno mexicano desplegó una intensa actividad diplomática con el fin de explicar al mundo lo que estaba ocurriendo en nuestro país. Las medidas tomadas por Cárdenas en relación con el petróleo así lo exigían. Y Fabela se encargaría de coadyuvar a definir y promover la política exterior del gobierno mexicano. Y así lo hizo, defendiendo la causa republicana en España y condenando sin ambages las agresiones de Italia, Japón y Alemania, países que muy pronto se convertirían en las Potencias del Eje.

En su pronunciamiento sobre el *Anschluss*, el gobierno de México insistió en que “la única manera de conquistar la paz y evitar nuevos atentados internacionales como los de Etiopía, España, China y Austria, es cumplir las obligaciones que imponen el Pacto, los tratados suscritos y los principios de derecho internacional”.

En Ginebra Fabela se hizo amigo de los representantes de la España republicana. Ahí estaba el jefe de la delegación, el Ministro de Relaciones Exteriores Julio Álvarez del Vayo, y su alterno, Miguel Marín Luna. La amistad con Fabela hizo posible que mis padres llegaran a esta

tierra en septiembre de 1939. A los pocos años, ya con hijos, se fueron a vivir a Parque Melchor Ocampo 40, un magnífico edificio de Luis Barragán. Ahí aprendí a caminar. Y ahí conviví con numerosas familias europeas que también se habían refugiado en México gracias a la generosidad de su pueblo y de su presidente.

Tuve la suerte de conocer a don Isidro (y a don Julio) y su forma de ver las relaciones internacionales fue uno de los factores que me animó a ingresar a nuestro Servicio Exterior. La clave de la actitud asumida entonces por México en la Sociedad de las Naciones y luego en la ONU —con Luis Padilla Nervo, Alfonso García Robles y Jorge Castañeda (padre), entre otros— es muy sencilla: hacer lo correcto, legal y/o moralmente.

Hace unos meses estuve en Addis Abeba y pasé por la Plaza México. Los etíopes se acuerdan de lo que hizo nuestro país en Ginebra en 1936. Por ello tenemos aquí la Plaza Etiopía.

Hace poco me visitaron varios amigos europeos. Uno de ellos es austriaco. Cuando pasamos por Bellas Artes se dio cuenta de que el Eje Central lleva el nombre de Lázaro Cárdenas. Me dijo que sabía muy bien quién había sido y que no le sorprendía que una arteria capitalina tan importante llevara su nombre.

En política exterior no siempre hemos hecho lo correcto. A veces nos hemos dejado llevar por un pragmatismo mal concebido que a menudo nos orilla a un silencio, un silencio que Fabela jamás hubiera aceptado.

Irak en la Cumbre del G-8

12 de junio de 2003

Durante los primeros tres días de este mes, el G-8 celebró su cumbre anual en Évian-les-Bains en los Alpes franceses. El pueblo es famoso desde principios del siglo XIX por su agua mineral natural. Y ahí se firmaron en 1962 los acuerdos que pusieron fin a la guerra argelina. Se trata, pues, de un lugar de recreo con un dejo del pasado colonialista europeo.

No debe sorprendernos, por lo tanto, que a la reunión se haya invitado a un grupo de doce países no tan desarrollados, en su mayoría africanos. No fue la primera vez. Ya en 2001, en la reunión de Génova, el G-8 había invitado a varios dirigentes africanos para apoyar su nuevo compromiso para el desarrollo de ese continente. Ese gesto obedeció en parte a la recurrente cruda moral de las antiguas potencias coloniales.

La idea de reunir a los dirigentes de los países capitalistas más ricos del mundo se le ocurrió en 1975 al entonces presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing. Invitó a los jefes de estado o de gobierno de Estados Unidos, Japón, Alemania, Reino Unido e Italia a una reunión para analizar conjuntamente la situación mundial en general y, en particular, la crisis económica derivada del precio del petróleo. Al año siguiente, cuando Estados Unidos fue el anfitrión, se había sumado Canadá. Nace el G-7. En la cumbre de 1997 se invitó a Rusia. Se convierte en el G-8.

En un principio las cumbres anuales sirvieron para que las principales economías de mercado del Norte discutieran temas de interés común. Eran los años de las iniciativas de los países del Sur para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (¿lo recuerdan?).

Para la cumbre de Evian, Francia propuso una agenda que incluía algunos aspectos del desarrollo económico (acceso de todos al agua potable, los proyectos para colaborar con los países africanos y el papel de los distintos actores económicos). De ahí la invitación a una docena de dirigentes de naciones con economías menos avanzadas, incluyendo a México. ¿Por fin el diálogo Norte/Sur?

La agenda incluyó también el tema de la lucha contra el terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción en masa. Sin embargo, en las pláticas se trató un tema que no figuraba en la agenda propuesta: Irak.

La cumbre de Evian fue el primer encuentro del Presidente Bush con algunos de sus más duros críticos por su invasión a Irak. Para mostrar su enojo, el Presidente Bush llegó tarde y se marchó, junto con el Primer Ministro Blair, antes de la cena de clausura. Durante la estancia de Bush en Francia, ni el anfitrión (el Presidente Chirac) ni el Canciller Federal Schroeder dijeron nada sobre la acción militar en contra de Irak encabezada por Estados Unidos.

Tras la partida de Bush, sin embargo, el presidente Chirac reiteró que dicha guerra “fue ilegítima e ilegal”. Y agregó que no la había aprobado “y sigo sin aprobarla”. Lo que se le olvidó al Presidente de Francia fue que su gobierno (ni ningún otro) jamás presentó en las Naciones Unidas un texto condenando la invasión de Irak.

Peor aún, escasos diez días antes su gobierno y los demás miembros del Consejo de Seguridad (con excepción de Siria que se “ausentó” de la reunión) legitimaron dicha invasión al aprobar la resolución 1483 en la que, entre otras cosas, se reconoce como la “Autoridad” en Irak a Estados Unidos y el Reino Unido. Algunos países, entre ellos Alemania y Francia, se valieron de acrobacias verbales para justificar su apoyo a la resolución 1483.

Hace poco más de un año que las Naciones Unidas entraron en un claro declive. Se trata, desde luego, del Consejo de Seguridad y no de la ONU en general. El papel de la máxima instancia en materia de paz y seguridad internacionales está siendo minimizado o, más bien, el propio Consejo lo está minimizando. Quien debe juzgar acerca de la legalidad del uso de la fuerza ha decidido guardar silencio en el caso de Irak. Y el que calla otorga.

Supongamos que un individuo acude a un agente del Ministerio Público para solicitar autorización para entrar por la fuerza en una casa. Su inquilino —argumenta el individuo— está armado hasta los dientes y alberga a terroristas. Además, abusa de su familia. El agente dice que primero hay que investigar lo que ocurre dentro de la casa. De otra manera, la invasión sería ilegal. Es más, la invasión sólo podría realizarla el propio Ministerio Público. El individuo pierde la paciencia. Con unos amigos y mucha violencia logra entrar. Los inquilinos se rinden. No se encuentran armas ni terroristas. El individuo anuncia que para reconstruir la casa requerirá de la ayuda de otros. Para ello, vuelve con el agente y éste decide proporcionarle toda la ayuda necesaria y lo reconoce como el nuevo inquilino.

En estos días, tanto Alemania como Francia intentan remontar el marcador en el la ONU. Indican que quizá no acepten la renovación de la resolución 1422, aprobada unánimemente hace un año por el Consejo de Seguridad. Acababa de entrar en vigor el Estatuto de la Corte Penal Internacional y Estados Unidos quería que, conforme a lo dispuesto en el propio Estatuto, el Consejo otorgara por un año inmunidad de la Corte a sus ciudadanos. Los miembros del Consejo que son parte en el Estatuto primero se opusieron y luego terminaron por dar inmunidad a *todos* los ciudadanos de países que no se han adherido al Estatuto. Increíble pero cierto.

Concluyo con una nota personal. A Luis Suárez lo vi por última vez el 4 de abril. Coincidimos en un evento en la embajada de Cuba y conversamos un rato. Me alentó a seguir escribiendo en este espacio. Lo conocí hace medio siglo en las reuniones de las familias de los exiliados republicanos españoles. Siempre tuvo tiempo de platicar con los más jóvenes por chamacos que fuéramos. Leía sus escritos y lo veía en la televisión. Nunca le dije lo mucho que me había ayudado.

En el mundo de los refugiados a veces nos perdíamos los adolescentes. Era tal la pasión de nuestros mayores por lo que habían dejado en España que a menudo no llegábamos a comprender nuestro entorno mexicano. Y ahí Luis fue nuestro maestro.

¿Dónde quedó la bombita?

26 de junio de 2003

La proliferación de las armas de destrucción en masa y sus vectores sigue siendo el principal tema de la agenda internacional de desarme. Los avances científicos y tecnológicos de la primera mitad del siglo XX acarrearón el desarrollo tanto de las armas de destrucción en masa —químicas, biológicas (bacteriológicas) y toxínicas y atómicas o nucleares— como de los medios para utilizarlas —aviones, proyectiles balísticos y otros vectores. El uso de gases asfixiantes y otras sustancias químicas durante la Gran Guerra llevó a los países europeos a prohibir su uso en el Protocolo de Ginebra de 1925. La utilización de las armas atómicas al final de la Segunda Guerra Mundial desató una campaña en contra de todas las armas de destrucción en masa. De ahí que las negociaciones bilaterales y multilaterales de desarme durante la segunda mitad del siglo XX se concentraron en la eliminación total de dichas armas. Tras décadas de negociaciones, la comunidad internacional logró acordar la eliminación de todas las armas biológicas y químicas. En el terreno nuclear los resultados han sido mucho menos alentadores.

Durante las dos décadas que estuvo en el poder en Irak, Saddam Hussein fabricó armas químicas y las utilizó en contra de su propia población y del ejército iraní. Estaba también desarrollando un ambicioso programa de armas nucleares y de misiles de corto y mediano alcance. Todo esto fue posible, en gran medida, a la generosa colaboración de varios gobiernos europeos y Estados Unidos. Estaban dispuestos a ayudar a Saddam Hussein en su lucha contra las nuevas autoridades iraníes. Luego vino la invasión de Kuwait y la guerra del Golfo.

Tras esa guerra, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas inició un largo proceso de inspecciones en Irak. Es (y fue válida) la preocupación de la comunidad internacional ante la posible existencia en Irak de armas de destrucción en masa. Pero la ONU no pudo terminar su trabajo y el Dr. Hans Blix se jubiló.

Estados Unidos y el Reino Unido decidieron ir a la guerra, misma que los miembros del Consejo de Seguridad no autorizaron, y uno de los argumentos más contundentes que esgrimieron fue el de la existencia de armas de destrucción en masa. Así convenció Blair a su parlamento.

A casi dos meses de consumada la ocupación de Irak, las fuerzas de la coalición encabezada por Estados Unidos y el Reino Unido no han encontrado pruebas fehacientes de que Saddam Hussein tenía, en vísperas de los ataques, armas de destrucción en masa. Meses antes de la guerra se nos dijo en Washington y en Londres (y en Madrid también) que había claras pruebas de que el régimen de Hussein tenía armas biológicas y químicas y quizás hasta nucleares. Los inspectores de la ONU no habían encontrado nada pero era necesario invadir a Irak y desarmar a Hussein.

Por esa época, Donald Rumsfeld, el secretario de defensa de Estados Unidos, dijo que sería fácil encontrar esas armas y que seguro habría más de un científico iraní que confirmaría su existencia. Después de la guerra se nos dijo que quizás Saddam Hussein las destruyó antes de la invasión. La semana pasada el presidente Bush indicó que quizás los laboratorios habrían sido saqueados por ciudadanos de Irak. Precisamente para evitar que las armas de destrucción en masa cayeran en manos de particulares, incluyendo grupos terroristas, se atacó a Irak.

Poco a poco van creciendo las críticas a lo que sin duda fue un engaño por parte de los dirigentes de la coalición. Por ahora Blair parece más vulnerable que Bush. Sólo el tiempo nos dirá el costo político que pagarán uno y otro.

Una de dos: o sus respectivos servicios de inteligencia les mintieron a Bush y a Blair o éstos tergiversaron los informes para tratar de justificar la guerra. Si los primeros mintieron, ¿por qué no han sido castigados? Si los segundos engañaron a la opinión pública, ¿por qué no se ha desatado una ola de indignación nacional?

Y pensar que en 1998 hubo decenas de editorialistas estadounidenses y británicos que exigieron la renuncia al presidente Clinton por haber mentido acerca de su relación con una joven-cita.

Brasil con Lula, buen arranque

10 de julio de 2003

Para Luiz Inácio Lula da Silva, la cuarta fue la vencida. Tras tres intentos fallidos (en 1989, 1994 y 1998) alcanzó la presidencia de Brasil en la segunda vuelta de las elecciones del 27 de octubre de 2002. Ese mismo día Lula cumplió 57 años.

Al tomar posesión el 1° de enero de este año, Lula se rodeó de personas competentes y comprometidas con su programa de gobierno. En poco más de seis meses ha echado andar algunas reformas sociales encaminadas a abatir la extrema pobreza, su principal meta de gobierno. Las decisiones que ha tomado se traducen en un mensaje de esperanza para la gran mayoría de los brasileños que ahora están empezando a creer que el cambio sí es posible y que sus vidas mejorarán.

Lula tiene una misión. Suele contar que cada día, cuando se levanta, platica con su esposa Marisa de la importancia de hacer las cosas bien. Cualquier gobierno, insiste, puede equivocarse pero el suyo no tiene ese lujo. La razón, explica, es que él no fue electo con el apoyo de una compañía televisora o de los grandes intereses financieros o económicos. Tampoco, dice, fue electo como resultado de su capacidad o inteligencia. Su elección se debió al alto grado de conciencia política de la sociedad brasileña.

He aquí algunos ejemplos de lo que está ocurriendo en el Brasil de Lula, tanto en lo interno como con en lo externo. A los pocos días de su toma de posesión, llevó a su gabinete a un viaje por algunas de las zonas más pobres del país para que vieran, en vivo y en directo, la miseria que viven millones de personas. Puso en marcha su programa de “cero hambre”. Cumpliendo otra promesa de campaña encaminada a combatir la discriminación social entre blancos y negros, creó una asignatura obligatoria sobre la historia de la cultura negra en todas las escuelas públicas y privadas con miras a fomentar la tolerancia y la igualdad entre las razas. En los primeros días de su gobierno, aplazó un año la compra de 12 aviones cazabombarderos y anunció que los 760 millones de dólares que se ahorrarían se dedicarían a proyectos sociales.

En el plano internacional, Lula ha reactivado la política exterior de Brasil. Auxiliado por Celso Amorim, su capaz canciller, Lula se está convirtiendo en un líder natural del mundo en desarrollo.

Contra los pronósticos de muchos, en enero Lula acudió a Davos, Suiza, para asistir a la reunión anual del Foro Económico Mundial. Se trata de una escala obligada para todo nuevo mandatario. Pero viajó a Davos desde Porto Alegre, sede del Foro Social Mundial, evento paralelo y crítico de lo que transcurre en Davos. Ahí recordó su militancia izquierdista y su pasado sindicalista.

En junio Lula aceptó la invitación del presidente Chirac y estuvo presente en la cumbre del G-8 en Evian, Francia. Él mismo se pregunta ¿por qué visito a los mega empresarios en Davos y me reúno con los líderes de los países más ricos en Evian? Y su respuesta: porque tengo algo que decir. En efecto, en Evian abogó por el diálogo Norte/Sur pero de entrada advirtió que “la solución a nuestros problemas pasa necesariamente por el respeto a nuestras diferencias”.

Para dar seguimiento inmediato a lo conversado por sus respectivos jefes de estado durante la cumbre del G-8 en Evian, el canciller Amorim invitó a Brasilia a sus homólogos de la India y

Sudáfrica y el pasado 6 de junio esos tres países se constituyeron en el Foro de Diálogo que se reunirá cada año.

Quince días después, el 20 de junio, Lula concluía una exitosa visita a la Casa Blanca. Al parecer, dejó muy impresionado al presidente Bush. Los contactos con la India y Sudáfrica, por un lado, y con las principales economías del mundo, por el otro, son parte de una estrategia bien pensada que busca un equilibrio político y resultados concretos en ciencia y tecnología, energía, educación, salud, desarrollo económico, comercio y agricultura.

Mucho de lo anterior es obra del canciller Amorim. Se ha hecho patente su visión del lugar del Brasil en el mundo y su sentido de justicia internacional e interna en su cancillería. Lo primero que hizo como canciller fue designar al embajador en Londres, cargo que él mismo venía ocupando. Nombró a José Bustani, ignominiosamente orillado a dejar su cargo de Director de la Organización para la prohibición de las armas químicas, con sede en La Haya. Su remoción fue parte de la campaña de limpieza de los cargos internacionales en manos de personas no muy dispuestas a acatar las sugerencias de Estados Unidos. Bustani fue una víctima, la Alta Comisionada para derechos humanos de la ONU, Mary Robinson, fue otra.

Brasil con Lula parece que va bien. Desde luego que ha habido críticas. Se dice que ha sacrificado parte de la agenda social en aras de complacer al mercado de capitales y las instituciones financieras internacionales. Pero el rumbo que ha fijado para su país es alentador. Por ello fue galardonado en junio con el premio Príncipe de Asturias de Cooperación como “símbolo de esperanza” y por su compromiso con los más pobres y el propósito de “hacer política con el corazón”.

Concluyo con algo personal. De joven me interesé por Brasil. En la universidad estudié portugués y mi tesis de maestría en Historia fue sobre los intelectuales brasileños a finales del siglo XIX. Hace 35 años di clases de historia del Brasil en la UNAM y el primer artículo que publiqué fue sobre el historiador João Capistrano de Abreu. Hay quienes dicen que Brasil lleva quinientos años siendo el país del futuro. Las últimas décadas han sido duras para toda América Latina y por ello me da tanto gusto lo que está ocurriendo ahora en Brasil con el presidente Lula.

Carta de Halifax

25 de julio de 2003

He pasado esta última semana en Halifax, sede de la quincuagésima tercera conferencia anual del movimiento Pugwash. ¿Pugwash? Se trata de un pequeño pueblo de la provincia de Nueva Escocia, Canadá, que dio su nombre a un esfuerzo de científicos encaminado a poner fin a la competencia nuclear entre Estados Unidos y la entonces Unión Soviética. Hablamos de hace medio siglo, cuando se había pasado de las bombas atómicas a las nucleares y, luego, a las termonucleares. El poder destructor de estas últimas puso en peligro la supervivencia de nuestro planeta y ese peligro empezó a preocupar a muchos científicos, preocupación que sigue presente hoy.

El movimiento Pugwash nació al amparo del manifiesto de Bertrand Russell que fue endosado en 1955 por Albert Einstein poco antes de su muerte y luego firmado por otros nueve distinguidos científicos de cinco países. En él se señalaba que era menester encontrar la manera de poner fin a las armas nucleares y se convocaba a una reunión de científicos con ese fin.

Fue una acción valiente. En plena *guerra fría* el manifiesto Russell-Einstein apareció como una muestra de cordura de un grupo de científicos. Pero la sombra del senador estadounidense Joe McCarthy hizo que muchos lo tildaran de un empeño en contra de Estados Unidos. Eran tiempos difíciles y pocos se atrevían a desafiar a la superpotencia. La anunciada conferencia tardó dos años en verificarse. Nadie quería sufragar los gastos y parecía que la iniciativa sería derrotada. Entonces apareció el empresario Cyrus Eaton.

Eaton había nacido en 1883 en Pugwash. De joven se marchó a Estados Unidos y antes de cumplir 30 años ya era millonario. Luego habría de perder su fortuna, pero muy pronto volvió a acumular otros muchos millones en una variedad de actividades netamente capitalistas. Pero tenía conciencia social e inclinaciones pacifistas. Fue una combinación curiosa que habría de resultar en un hecho insólito: el mismo año que fue proclamado empresario del año en Estados Unidos, la Unión Soviética le otorgaba el premio Lenin.

Eaton se hizo ciudadano de Estados Unidos, pero siempre mantuvo vínculos con su pueblo natal. En la década de los 50 solía reunir a educadores y científicos en su pequeña casa de campo en Pugwash, casa conocida como el Hostal del Pensador. Por tanto, no tuvo nada de extraño que ofreciera esa casa a los científicos vinculados al manifiesto Russell-Einstein. Y así fue que en julio de 1957 se llevó a cabo la primera conferencia Pugwash con la participación de 22 hombres de ciencia (no hubo una sola mujer) de 10 países (Australia, Austria, Canadá, China, Estados Unidos, Francia, Japón, Polonia, Reino Unido y Unión Soviética).

Las conferencias Pugwash se han seguido realizando cada año en distintos países. En México hemos tenido dos. El movimiento ha ido cambiando y hoy abarca muchos otros temas, además de las armas nucleares. En todo el mundo habrá arriba de 3 mil personas que en algún momento u otro han estado vinculadas a Pugwash. El motor del movimiento es su consejo ejecutivo, integrado por una treintena de miembros (del que ahora formo parte). Alrededor de 200 hombres y mujeres asistieron a la conferencia anual en Halifax. Representan distintos campos de la ciencia y las ciencias sociales. Hubo también otras 40 personas del llamado grupo de los jóvenes de Pugwash.

Con una excepción, todos los científicos que asistieron a la primera conferencia ya han desaparecido. La excepción es Joseph Rotblat. En 1939 se fue de Polonia a Londres para seguir sus estudios de física nuclear. Ahí lo pescó la Segunda Guerra Mundial y muy pronto se encontró dentro del grupo británico encargado de fabricar una bomba atómica. Se sabía que los

nazis habían iniciado un programa parecido y así se desató la primera carrera armamentista nuclear. Con la intensificación de los bombardeos a Londres, los científicos británicos se fueron a Estados Unidos y se incorporaron al grupo de científicos reunido en Los Álamos, Nuevo México, en lo que se conoció como el Proyecto Manhattan.

Cuando se supo que los alemanes habían abandonado su proyecto, Rotblat insistió en que debería abandonarse también el de Los Alamos. Pero no fue así, y antes de que se lanzaran las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, Rotblat renunció al Proyecto Manhattan y así surgió el primer acto de protesta en contra de las armas atómicas, que culminó en las conferencias del movimiento Pugwash.

En 1995 Rotblat compartió con el movimiento Pugwash el Premio Nobel de la Paz. El gobierno británico, que hasta entonces lo había tratado mal por su actitud antinuclear, se apresuró a otorgarle el modesto título de caballero. Casi centenario, sir Joseph Rotblat sigue muy activo y en la reciente conferencia en Halifax hizo un vigoroso llamado para que Pugwash se concentre más en los temas de sus orígenes: el desarme nuclear y la eliminación completa de las armas nucleares. Durante la conferencia se organizó una excursión al pueblo de Pugwash. Ahí, en el Hostal del Pensador, Rotblat sigue teniendo su propia habitación.

Y ¿el terrorismo internacional? Bien, gracias.

7 de agosto de 2003

Todo parece indicar que la lucha contra el terrorismo internacional está resultando más difícil de lo previsto. Los ataques terroristas continúan por todo el mundo. Y la guerra contra el terrorismo emprendida por las Naciones Unidas a través de su Consejo de Seguridad, a raíz de los atentados cometidos en los Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, no ha estado teniendo éxito.

En efecto, el 28 de septiembre de 2001 el Consejo de Seguridad adoptó por unanimidad la resolución 1373 (2001). Ahí se identificaron las medidas que cada país debía tomar para coadyuvar en la lucha contra el terrorismo internacional. Dichas medidas han incidido en el ámbito legislativo de cada Estado y en la cooperación internacional. La resolución pide a los Estados que informen al Consejo sobre su cumplimiento y estableció para ello un órgano de seguimiento, el Comité de lucha contra el terrorismo. El punto de arranque de dicha resolución no es hacer frente a un acto concreto sino al terrorismo internacional en general, al que califica sin matices de amenaza a la paz y la seguridad internacionales.

Pero las cosas no van bien. El pasado 26 de junio las Naciones Unidas recibieron malas noticias. En su primer informe, el grupo de monitoreo de las actividades de Al Qaeda indicó que dicha organización terrorista sigue representando una amenaza a la paz y seguridad internacionales, incluyendo el posible uso de armas de destrucción en masa. Al Qaeda sigue actuando y no ha sido posible desbaratar totalmente su sistema de financiamiento.

En Afganistán, el primer objetivo de la guerra contra el terrorismo internacional, Hamid Karzai se queja de la inestabilidad y de los persistentes ataques. La pacificación del país está lejos de lograrse. Los rebeldes de Chechenia siguen atacando dentro y fuera de esa república. En otra decena de países los actos terroristas han cobrado numerosas vidas.

En Irak las fuerzas de ocupación sufren bajas con una regularidad jamás esperada. La resistencia a la presencia de tropas extranjeras ha sido alentada en algunos casos por supuestos mensajes del propio Saddam Hussein.

Lo anterior no debe sorprendernos. El terrorismo, interno o internacional, ha sido una constante en la Historia. Grupos más o menos organizados dentro de una sociedad se han valido de métodos y actos para aterrorizarla. Con la consolidación del estado-nación a partir del siglo XVI —un proceso que coincidió con, y fue alimentado por, la expansión colonial de algunas naciones, sobre todo europeas— se multiplicaron los casos de terrorismo. Las luchas independentistas de muchos pueblos fueron vistas por las metrópolis respectivas como actos de rebeldía que empleaban, entre otros recursos, el terrorismo. Dentro de algunas naciones, también surgieron grupos que recurrieron a las armas y a actos de terrorismo para hacer valer sus reclamos sociales o separatistas.

La cuestión del terrorismo ha despertado sentimientos encontrados. La lucha por la independencia de Irlanda es un ejemplo. El caso de Israel es otro. Hoy la casi totalidad de la sociedad española condena sin ambages los actos de ETA contra el orden establecido, pero su actitud fue otra cuando esos mismos actos estuvieron dirigidos al régimen de Franco. Ello forma parte del debate perenne entre aquellos que califican de terrorista un acto de cierto grupo organizado y los que lo condonan por tratarse de una lucha nacionalista o anticolonialista. Hace unas décadas se solía escuchar la frase: el insurgente de unos es el terrorista de otros (*my freedom fighter is another's terrorist*).

En el siglo xx, la comunidad internacional trató sin éxito el problema del terrorismo. La convención que sobre el tema adoptó la Sociedad de Naciones en 1937 resultó ser letra muerta. En ella se definieron los "actos de terrorismo" como "hechos criminales dirigidos contra un estado y cuyo fin o naturaleza es provocar el terror en personalidades determinadas, en grupos de personas o en el público".

Hoy resulta imposible limitar la definición de terrorismo a delitos contra un estado. Empero, seguimos sin saber en qué consiste el terrorismo internacional. Hasta la década de los ochenta se propusieron más de un centenar de definiciones distintas de la palabra terrorismo, incluyendo una media docena de propuestas de Estados Unidos, todas ellas diferentes.

De ahí que los distintos convenios internacionales aprobados durante los últimos cuarenta años se limiten a algún aspecto específico de terrorismo y de poco sirven para encontrar una definición con alcance universal. Por ejemplo, los convenios para combatir el secuestro de aeronaves en los años sesenta; con el secuestro y asesinato de 11 atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Munich en 1972, el tema se inscribió de inmediato en la agenda de la Asamblea General de la ONU ("Medidas para prevenir el terrorismo internacional que pone en peligro vidas humanas inocentes o causa su pérdida, o compromete las libertades fundamentales, y estudio de las causas subyacentes de las formas de terrorismo y los actos de violencia que tienen su origen en las aflicciones, la frustración, los agravios y la desesperanza y que conducen a algunas personas a sacrificar vidas humanas, incluida la propia, en un intento de lograr cambios radicales") y se estableció un comité especial que fracasó en su intento por definir el terrorismo internacional y causas subyacentes, así como las medidas que había que adoptar para combatirlo; luego aparecieron otros comités con miras a estudiar o tratar cuestiones y aspectos específicos de la lucha contra el terrorismo internacional.

Pese a las posiciones divergentes de los países, la Asamblea General de la ONU sí pudo desempeñar un importante papel en la lucha contra el terrorismo, adoptando cuatro convenciones internacionales que versan sobre crímenes relacionados con el tema. A nivel regional se elaboraron otros instrumentos. Por su parte, el Consejo de Seguridad también ha intervenido en casos puntuales, como el de los acusados de la explosión de un avión de PanAm en el espacio aéreo de Lockerbie, Escocia.

Sin embargo, la comunidad internacional aún no tiene una visión compartida del terrorismo internacional. Y aquí quizás resulten proféticas las palabras del primer ministro británico, Tony Blair, pronunciadas ante el Congreso de Estados Unidos el 18 de julio pasado: "El mundo no podrá ser protegido si primero no se gana su corazón. Estados Unidos debe, por tanto, escuchar así como liderar".

La ONU en Irak

21 de agosto de 2003

A la memoria de Sergio Vieira de Mello. Creyó en la ONU y luchó para mejorarla.

La destrucción de la sede de las Naciones Unidas en Bagdad el pasado martes acabó con la vida de veinte personas que trabajaban para la ONU en la reconstrucción de Irak. El atentado quizá acabe también con la presencia de la ONU en ese país ocupado por la llamada coalición encabezada por Estados Unidos y el Reino Unido.

¿Por qué está la ONU en Irak? Tras la etapa militar, invasión que muchos calificaron de rápida y eficaz, empezó la ocupación del país con miras a su reconstrucción política, económica y social. Esa etapa se inició muy mal debido a la incompetencia del general Jay Garner, el primer estadounidense encargado de la pacificación del país. Luego se ha hecho patente la inexperiencia de los soldados en este tipo de operativo. Y, por último, hay la resistencia de una parte de la población a la ocupación extranjera. Esa resistencia parece tener más apoyo y una infraestructura mucho mayor de lo esperado. Así lo demostró la magnitud del bombardeo del martes.

La guerra contra Irak fue ilegal. El Consejo de Seguridad de la ONU se rehusó a autorizar dicha acción militar. Pero una vez iniciada, ningún miembro de la Organización levantó su voz para protestar y el que calla otorga. Estados Unidos y su coalición se salieron con la suya. Cuando menos así parecía a principios de mayo. Ahora la situación es otra.

Muy pronto tuvieron que buscar el auxilio de otros. Y recurrieron a la ONU y la ONU dio el brazo a torcer. Y el 22 de mayo el Consejo de Seguridad, en su resolución 1483, aceptó la presencia de la coalición en Irak y reconoció su "autoridad". Conforme a esa resolución, el Secretario General nombró a Sergio Vieira de Mello como representante especial para Irak, encargado (por un período inicial de cuatro meses) de coordinar, bajo la mirada de la coalición, las actividades de la ONU y de sus (y otros) organismos especializados para la asistencia humanitaria y reconstrucción de Irak.

En el Consejo de Seguridad recae la responsabilidad principal de la ONU para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales. En la última década el Consejo ha ido multiplicando sus operaciones de paz y actividades conexas. Empero, no todas sus decisiones han contado con el apoyo decidido de los demás miembros de la ONU. He ahí la clave del problema que tendrá que resolverse pronto si la Organización ha de convertirse en un verdadero instrumento multilateral de paz, y así cumplir con los nobles objetivos que sus fundadores se fijaron en 1945. La solución a este problema tendrá que buscarse en un equilibrio entre el reconocimiento del papel de las grandes potencias, por un lado, y la necesidad de que actúen conforme a la voluntad de la mayoría de los miembros de la ONU, por el otro.

En la última década del siglo xx, la ONU dejó de ser un foro de debates casi olvidado para convertirse en otro cada vez más activo y relevante. Su imagen ha vuelto a ser la que tenía a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Hoy se le considera, con razón o sin ella, como la poseedora de la respuesta a muchos de los problemas mundiales.

La opinión pública mundial no siempre es consciente de lo que razonablemente se le puede pedir a la Organización. Con frecuencia es vista como una institución independiente de sus Estados Miembros. Y cuando las cosas salen mal, hay quienes, sin saberlo, critican a "la ONU" como si ésta tuviera una vida propia. El problema se complica todavía más al no contar con reglas claras para guiar sus múltiples operaciones para la consecución y el manteni-

miento de la paz. El público y los medios de comunicación no siempre pueden distinguir entre una fuerza observadora de la ONU enviada para prevenir el inicio de hostilidades entre dos bandos antagónicos y una fuerza militar de la ONU, parecida a un ejército nacional, con un mandato para restablecer la paz en alguna región.

A menudo se le pide al Consejo de Seguridad que emita un juicio acerca de determinada situación y luego éste aparece impotente para componerla. Además, las tropas que los Estados Miembros deciden poner bajo el mando de la ONU son vistas por algunos como parte de un ejército humanitario, mientras que otros las consideran como un indicio de un proyecto intervencionista o punitivo. No debería pedírsele a la Organización que, en un determinado conflicto, lleve a cabo misiones humanitarias (parecidas a las que, con neutralidad muy estudiada, viene realizando desde hace más de un siglo el Comité Internacional de la Cruz Roja) y, al mismo tiempo, exigirle que tome partido en el mismo.

La ONU debería resistirse a asumir misiones paralelas y con frecuencia contradictorias en torno a un mismo problema. Aún más importante sería evitar convertirse en un "actor complementario" en la solución de crisis, encargado de recoger los trastes de otros, como en Somalia, Ruanda o Haití. La ONU tampoco debería prestarse a jugar un papel de "frente" para cubrir la intervención de otros como en los casos de Bosnia-Herzegovina y Kosovo en los que la OTAN dirigió la misión de la ONU. En Afganistán la historia ha sido otra. En Irak el papel de la ONU se ha visto reducido al que le asignó Estados Unidos como la potencia ocupante.

Atole con el dedo

4 de septiembre de 2003

A lo largo de sus casi seis décadas de existencia, la Organización de las Naciones Unidas ha tenido, como cualquier institución sexagenaria, sus buenos y sus no tan buenos momentos. Entre sus aciertos, podemos recordar su contribución al proceso de descolonización. De sus hoy 192 miembros, 94 eran colonias en 1945. La ONU jugó un papel clave en dos aspectos de la descolonización. Primero, fue integrando expedientes con información fidedigna sobre la situación en los distintos territorios, con el fin de convencer a las respectivas metrópolis para permitir que los habitantes de sus colonias ejercieran su derecho a la autodeterminación. Segundo, participó activamente en la administración de muchos territorios en su transición de colonia a estado independiente.

Entre los capítulos de la ONU que muchos quisieran olvidar, se encuentran su triste papel en la guerra de Corea, su parálisis durante la guerra de Viet Nam y su silencio en innumerables casos de abusos de los derechos humanos, empezando por Argentina entre 1976 y 1983. A esa lista tendremos que agregar ahora el caso de Irak.

Hoy la ONU atraviesa por una crisis particularmente aguda. Tras la invasión de Irak por la llamada coalición, el Consejo de Seguridad trató de asignarle a la ONU un papel de administradora de la ayuda humanitaria y algo más. Ese “algo más” lo había ido definiendo sobre la marcha Sergio Vieira de Mello, el representante del secretario general. Con su muerte ese proceso se acabó. “Sólo tenía a un Sergio”, se lamentaría después Kofi Annan.

La situación en Irak es preocupante no sólo para las fuerzas de ocupación, sino también para la comunidad internacional. En estos días los miembros de la ONU discuten cuál debe ser el papel de la ONU en Irak y cómo sacarle el buey de la barranca a la coalición encabezada por los Estados Unidos. Éstos reconocen que necesitan ayuda pero aún no deciden si quieren o no compartir con otros el mando en Irak.

La semana pasada, en medio de esa discusión, el Consejo de Seguridad se pronunció sobre un proyecto de resolución presentado por el gobierno de México. La propuesta mexicana había sido sometida a los miembros del Consejo en la primavera pasada pero fue abandonada debido a la oposición de Estados Unidos. Se trataba de una buena idea a raíz de la invasión de Irak: quienes atentaran contra los encargados de proporcionar ayuda humanitaria (léase el personal de la ONU y sus organismos especializados, así como otras organizaciones humanitarias) serían llevados a la Corte Penal Internacional (CPI) como criminales de guerra. Eso era lo novedoso dentro de una larga lista de resoluciones e instrumentos internacionales sobre la protección de los civiles en los conflictos armados.

Hace unas semanas, tras el ataque a la sede de la ONU en Bagdad, México resucitó el proyecto de resolución. Una vez más, debido a su alergia a la CPI, Estados Unidos se opuso. La respuesta de México (y de los demás copatrocinadores) fue diluir el texto eliminando, por supuesto, toda alusión a la CPI (que, dicho sea de paso, México aún no ratifica, como tampoco ha ratificado la Convención sobre la seguridad del personal de la ONU y personal asociado). Lo que quedó fue una exhortación más a los estados para que hagan todo lo posible para asegurar que sean castigados los autores de atentados de esa naturaleza.

Lo que empezó como un buen proyecto (es decir, un avance en este campo), acabó siendo una mera reiteración de lo ya existente. Por supuesto que la resolución (la 1502 del Consejo) fue aprobada por unanimidad. Al día siguiente, nuestros medios de comunicación hicieron hincapié en los cambios introducidos en el texto a fin de lograr el acuerdo de Estados Unidos

y opinaron que México “había cedido”. Días después, tanto nuestro representante en la ONU, como el subsecretario de relaciones exteriores, salieron a defender el texto de la 1502 con una serie de argumentos difíciles de justificar. Ante el juicio correcto de la opinión pública, lo más aconsejable hubiera sido el silencio. Peor aún, lograron incluir una alusión al tema en el tercer Informe de Gobierno del Presidente el pasado lunes.

Ojalá que la 1502, como otras resoluciones aprobadas en estos últimos años por el Consejo de Seguridad, no redunde en detrimento de la credibilidad de la ONU. Conforme a su Carta, la ONU debe servir de centro para armonizar las opiniones de sus miembros a fin de alcanzar las metas de la organización. Por lo tanto, buscar la unanimidad en el Consejo es loable. El consenso en esa máxima instancia para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales debe procurarse siempre y cuando sea un consenso con sentido. En las circunstancias actuales el consenso se reduce a la opinión de un solo miembro del Consejo. ¿Sigue vigente la tesis de que a Estados Unidos no se le puede regatear nada?

Cuando la ONU está contra las cuerdas, cuando más requiere de un apoyo sincero de todos, no se vale que traten de vendernos gato por liebre ni que nos ofrezcan atole con dedo.

Educación para el desarme

18 de septiembre de 2003

Uno de los escasos resultados positivos de la accidentada presidencia de Mijail Gorbachov en la fase terminal de la Unión Soviética fue su papel de maestro de primaria en... geografía. Gracias a él, muchos niños y niñas aprendieron los nombres de las antiguas repúblicas soviéticas. Algo parecido ha ocurrido a raíz de la invasión de Irak. Se trata de un curso intensivo en materia de armas de destrucción en masa.

En las tres décadas que pasé en el servicio exterior mexicano me dediqué principalmente a los asuntos multilaterales en general y al desarme en particular. Mis maestros fueron Alfonso García Robles y Jorge Castañeda. Durante el sexenio pasado, siendo cónsul general en Barcelona, fui invitado a impartir un curso sobre desarme y seguridad internacional en la Universitat Pompeu Fabra. Lo di durante varios semestres tanto a estudiantes de la licenciatura como del doctorado. Ahora, con el inicio del año académico en la Universidad Iberoamericana, empecé a dar ese mismo curso.

Es una introducción al tema y abarca únicamente el siglo pasado. Sigo un plan cronológico y temático. El propósito es permitir que los alumnos se asomen a una problemática que no suele aparecer en los planes de estudio de las instituciones de enseñanza superior. Lo anterior fue una de las conclusiones del estudio sobre educación para el desarme y la no proliferación que el Secretario General de las Naciones Unidas preparó en 2001 y 2002 con la ayuda de un grupo de diez expertos que tuve el honor de presidir.

El primer día les pido a los alumnos que contesten diez preguntas sobre el tema. Son pocos los que le aciertan a más de seis. Ello sirve para demostrar lo poco que se sabe sobre los armamentos y los distintos desafíos a la paz y seguridad internacionales. En este campo no existe una conciencia semejante a la que se ha venido creando en materia del medio ambiente a lo largo de las últimas décadas. Todo alumno de primaria sabe que es necesario proteger nuestro entorno ecológico. Algo parecido se requiere en materia de desarme y seguridad internacional.

El estudio de la ONU reconoce lo mucho que se ha hecho en el campo de la educación para el desarme, sobre todo a partir de los trabajos de la UNESCO y, en particular, del congreso mundial sobre el tema que llevó a cabo en 1980. El estudio se inscribe también dentro de una larga lista de intentos de la ONU por informar a la opinión pública sobre una variada gama de problemas relacionados con los armamentos. Pero el estudio reconoce también lo mucho que queda por hacer en esta materia.

Es un estudio novedoso por varias razones. En primer lugar, si bien fue elaborado por expertos gubernamentales, éstos decidieron apartarse de los métodos tradicionales de trabajo de la ONU y alentaron la participación en sus deliberaciones de educadores, representantes de las diversas organizaciones que integran la familia de las Naciones Unidas, otras organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales.

En segundo lugar, el estudio contiene una serie de recomendaciones (34 en total) dirigidas no sólo a los gobiernos sino también a los distintos actores de la sociedad civil. El estudio establece además un mecanismo de seguimiento para poder ver cómo se van poniendo en práctica sus recomendaciones. Y, en el centro de ese mecanismo de seguimiento, está el departamento de asuntos de desarme de la propia ONU. En otras palabras, será la ONU la que estará encargada de asegurar que las recomendaciones no se conviertan en letra muerta.

Para empezar, cada país tendrá que designar un centro de coordinación de las cuestiones relativas a la educación para el desarme e informar periódicamente a la ONU sobre lo que ha hecho en este campo. Hace un año que la Asamblea General de la ONU aprobó el estudio. Ojalá que muchos gobiernos, incluyendo el nuestro, estén ya en situación de reportar avances en esta materia. El objetivo de este esfuerzo es ir capacitando a nuestras poblaciones para que contribuyan, como ciudadanos nacionales y del mundo, a la consecución del desarme y, por ende, a un mundo mejor.

Por cierto, he aquí las diez preguntas que les hice a mis alumnos al empezar el semestre: ¿Cuántos miembros tiene el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas? ¿Cuántos países tienen armas nucleares? ¿Cuáles son las armas de destrucción en masa y cuáles han sido prohibidas mediante un tratado internacional? ¿Aproximadamente a cuánto ascienden los gastos militares en el mundo? ¿Qué es el Tratado de Tlatelolco? ¿Cuántos países integran la Unión Europea? Cuando la Unión Europea habla de “PESC” ¿a qué se refiere? En términos militares ¿qué significa la palabra “disuasión”? ¿Qué es la OTAN?

Reforma de la ONU: ¿Queremos más países con veto?

2 de octubre de 2003

Dos han sido los temas que han dominado el inicio de la sesión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas: la situación en Irak y la necesidad de reformar la organización, empezando por su Consejo de Seguridad. En los siguientes dos artículos haremos algunas reflexiones sobre las propuestas presentadas para mejorar el funcionamiento del Consejo de Seguridad. Empero, y en vista de diversas sugerencias para ampliar el número de sus miembros permanentes, quizás sea útil repasar antes la historia del veto en el Consejo de Seguridad.

El pasado 16 de septiembre, Estados Unidos vetó un proyecto de resolución sometido al Consejo de Seguridad en el que se hubiera exigido a Israel a que “abandone cualquier acto de deportación y deje de amenazar la seguridad” de Yasser Arafat. Fue veto número 94 desde la fundación de la organización mundial.

La disposición de la Carta de la ONU que otorga a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad el derecho de vetar cualquier propuesta sustantiva en ese órgano fue, sin lugar a dudas, la que desencadenó la discusión más acalorada en la Conferencia de San Francisco en junio de 1945. Al examinarse el texto propuesto por las llamadas "Cinco Grandes Potencias" respecto al sistema de votación en el Consejo de Seguridad, varias delegaciones expresaron su desacuerdo y, el 11 de junio de ese año, fue necesario proceder a una votación cuyo resultado reflejó dicha diferencia de opinión. De los 50 países ahí presentes, 30 votaron a favor del veto, dos en contra (Colombia y Cuba), quince se abstuvieron (Argentina, Australia, Bélgica, Bolivia, Chile, Egipto, El Salvador, Guatemala, Irán, México, Nueva Zelandia, Países Bajos, Panamá, Paraguay y Perú) y tres se ausentaron (Arabia Saudita, Ecuador y Haití).

Poco antes de la votación el delegado de Estados Unidos había expresado la esperanza de que dicho texto se adoptara "lo más unánimemente posible". Sin embargo, apenas recibió el apoyo del 60 por ciento de los participantes y ello se debió, en gran parte, a una amenaza hecha por el gobierno de ese país el día anterior.

En efecto, el 10 de junio de 1945, ante la insistencia de varias delegaciones, especialmente la de Australia, de que no se aceptara el veto, el delegado de Estados Unidos reiteró la posición de "los Cinco Grandes" en el sentido de que sin el veto no habría Carta. "Ustedes —agregó— pueden regresar a sus respectivos países e informar que han derrotado el veto, pero también tendrán que informar que ustedes destruyeron la Carta".

Según mis cálculos, desde 1946 han habido 295 vetos en el Consejo de Seguridad: 226 sencillos, quince dobles y trece triples. La Unión Soviética (Rusia) ha recurrido al veto 126 veces, Estados Unidos 94, Reino Unido 33, China 24 y Francia 18.

En febrero de 1946, recién estrenada la ONU, la URSS fue el primer miembro permanente en recurrir al veto. Y lo repitió 80 veces en la primera década de la ONU. De éstos, 46 fueron para impedir la admisión de algún país aliado de Estados Unidos, 19 sobre la situación interna de países europeos (España, Grecia, Checoslovaquia, Berlín y Hungría) y 11 sobre el Medio Oriente.

Francia también emitió su primer veto en 1946. China y el Reino Unido no lo hicieron hasta 1955 y Estados Unidos se abstuvo de hacerlo hasta 1970.

La Unión Soviética, en cambio, ejerció su poder de veto unas diez veces por año a finales de los cuarenta. De los 126 vetos soviéticos, 51 fueron para evitar la admisión de nuevos miem-

bros. Luego redujo drásticamente sus vetos y desde 1981 ha emitido sólo cinco.

Durante los años setenta, Estados Unidos recurrió al veto en promedio dos veces por año. En la década de los ochenta ese promedio anual fue de seis y desde 1991 ha sido poco menos de uno.

De los 94 vetos de Estados Unidos, 17 han sido para impedir la elección de un Secretario General (16 contra Salim Ahmed Salim de Tanzania en 1981 y uno para negarle un segundo mandato a Boutros Ghali en 1996). Otros 20 fueron sobre el África meridional, 38 sobre la política de Israel en el Medio Oriente, 11 sobre sus propias acciones en Centroamérica y el Caribe, seis para oponerse al ingreso de nuevos miembros (cinco en el caso de Viet Nam y uno en el de Angola), uno sobre el conflicto en las Islas Malvinas y otro para impedir la renovación del mandato de la misión de la ONU en Bosnia-Herzegovina.

Diez de los 18 vetos franceses fueron sobre temas relativos al África meridional, como lo fueron también 26 de los 33 vetos del Reino Unido.

El primer veto de China fue para impedir la admisión de Mongolia. Era la China de Chiang-Kai-chek. De los 24 vetos chinos, 19 han sido en las votaciones para elegir al Secretario General: en 1971 vetó a Waldheim dos veces antes de abstenerse y permitir su designación; en 1976 lo vetó una vez antes de abstenerse, asegurando su reelección; y en 1981 vetó a Waldheim en 16 ocasiones, evitando así su segunda reelección.

¿Reformar la ONU?/I

16 de octubre de 2003

Con el inicio de la sesión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas, se ha reanudado el debate sobre cómo reformar la organización y, en especial, su Consejo de Seguridad. En el artículo anterior repasamos la historia del veto en el Consejo. Ahora, y en el siguiente artículo, presentaremos algunas ideas sobre las propuestas formuladas para mejorar su funcionamiento.

El pasado 23 de septiembre, el Secretario General de la ONU dijo que había llegado el momento de “realizar cambios radicales” en la organización, incluyendo al Consejo de Seguridad. Habló de ampliar su composición. Ese mismo día el presidente de Francia fue más lejos. Sugirió que se aumentara su composición para incluir a nuevos miembros permanentes. Y agregó: “Francia, naturalmente, está pensando en Alemania y en Japón, pero también en algunos de los principales países de Asia, África y América Latina”. Muchos otros oradores, incluyendo el presidente Vicente Fox, han aludido a la necesidad de reformar el Consejo de Seguridad.

La idea de modificar los principales órganos de la ONU mediante enmiendas a su Carta ha sido planteada periódicamente. Hasta la fecha únicamente se han introducido cambios en los artículos relativos a la composición del Consejo de Seguridad y del ECOSOC. Las propuestas de enmienda van desde las modestas sugerencias para eliminar de la Carta las frases relativas a “estados enemigos”, es decir, los enemigos de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, hasta la concesión del veto a otros países cuyo peso político y económico es igual o superior al de algunos de los actuales miembros permanentes.

La Guerra Fría definió en gran parte los límites de la acción de la ONU hasta 1990. La desaparición del mundo bipolar ha obligado a sus miembros a replantear toda una serie de cuestiones que la rivalidad ideológica entre los dos bloques militares había definido, de una manera u otra, para el resto de la comunidad internacional. La llamada “nueva realidad internacional” se puso de manifiesto en la sesión cumbre que celebró el Consejo de Seguridad el 31 de enero de 1992. Fue la primera (y, hasta la fecha, única) vez que el Consejo se ha reunido a nivel de jefes de estado o de gobierno.

Durante dicha cumbre se volvió a tratar la necesidad de ampliar la composición y de aumentar el número de miembros permanentes del Consejo de Seguridad. ¿Sus 15 miembros son representativos de una organización que cuenta ya con 191? En un principio el Consejo estaba compuesto por 11 (o el 22%) de los entonces 51 miembros de la ONU. De mantenerse esa proporción, ahora tendría unos 40 miembros. ¿Sus cinco miembros permanentes reflejan la verdadera correlación de fuerzas del mundo actual? A este respecto, el primer ministro de Japón recordó que la contribución de su país al presupuesto ordinario de la ONU era más que el total de Francia y Reino Unido. Como era de esperarse, los miembros permanentes no aludieron a esta cuestión.

Es obvio que la composición del Consejo de Seguridad refleja una concepción caduca del concierto de naciones, ya que hace tiempo que Alemania y Japón rebasaron a algunos de los “Cinco Grandes” de 1945. Esa expresión suena rara en estos momentos, sobre todo a la luz del poderío económico de esos dos países que, por cierto, sufragaron buena parte del costo de la primera Guerra del Golfo.

La reforma del Consejo de Seguridad se ha convertido en el símbolo de la adaptación de la ONU a las nuevas realidades del mundo después de la Guerra Fría. Se habla de “democrati-

zar" su estructura. Algunos buscan eliminar el veto de los miembros permanentes; otros quieren ampliar su número. El debate se intensificó al acercarse al quincuagésimo aniversario de la Organización. Pero en 1994 el comité de la Asamblea General encargado con esta cuestión no pudo llegar a recomendaciones acordadas. Poco después Japón inició una campaña abierta para conseguir un puesto permanente en el Consejo. Alemania hizo lo propio.

La pregunta pertinente es, ¿cuál es el perfil de un miembro permanente del Consejo de Seguridad? El debate surgió a raíz del creciente poder económico de Japón y Alemania, pero ahora han aparecido o reaparecido otros candidatos. La India, por ejemplo, estuvo a punto de ser un miembro permanente en 1945. Brasil, y en menor medida Argentina, también se consideran candidatos. Lo mismo ocurre con Nigeria y Sudáfrica. Asimismo, se habla de un puesto permanente para la Unión Europea. Pero esta propuesta se antoja poco viable. Por un lado, Francia y el Reino Unido tendrían que prescindir de su veto. Por otro lado, a la luz de las posiciones encontradas de los miembros de la UE en torno a lo que está sucediendo en Irak, está por verse si algún día habrá una política exterior y de seguridad común europea.

Lo cierto es que la ONU no puede existir sin la presencia activa de las principales potencias militares y/o económicas, y éstas no participarán en el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales si no tienen el derecho al veto. Es obvio que ninguno de los actuales cinco permanentes está dispuesto a perderlo. La pregunta para los demás miembros de la ONU es si debe o no ampliarse la composición del Consejo y, en caso afirmativo, si debe haber también más permanentes y si éstos tendrían un veto.

Jugar sin el balón

30 de octubre de 2003

Hace quince días, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó por unanimidad la resolución 1511. Con dicha resolución el Consejo legitimó la ocupación y, por ende, la invasión de Irak por las fuerzas de la llamada coalición y reconoció la autoridad de las potencias ocupantes. Es más, constituyó una prueba inequívoca de que la comunidad internacional acepta y bendice el mundo unipolar.

A escasos metros de la sala del Consejo se encuentra la imponente sala de la Asamblea General donde se está debatiendo, entre más de un centenar de otros temas, la posible reforma de la ONU. A la luz de ese debate, el Secretario General Kofi Annan anunció hace unos días que nombraría una comisión de personalidades de prestigio mundial para examinar el tema y presentar recomendaciones. No deja de ser irónico hablar de reformas encaminadas a democratizar la institución cuando, al mismo tiempo, se acepta la imposición de la voluntad de una sola potencia.

Lo que ocurre en el Consejo de Seguridad refleja lo que está pasando en todo el mundo: en Irán con su programa nuclear, en el foro económico de APEC con su creciente politización (como lo quiso Clinton desde Seattle) y en la pasada conferencia de seguridad (mal llamada hemisférica).

En el Consejo de Seguridad recae la responsabilidad principal de la ONU para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales. En los últimos años el Consejo ha ido multiplicando sus operaciones de paz y actividades conexas. Sin embargo, decisiones no siempre gozan del apoyo decidido de los demás miembros de la ONU. He ahí la clave del problema que tendrá que resolverse pronto si la Organización ha de convertirse en un verdadero instrumento multilateral de paz, y así cumplir con los nobles objetivos que sus fundadores se fijaron en 1945. Y la solución a este problema tendrá que buscarse en un equilibrio entre el reconocimiento del papel de las grandes potencias, por un lado, y la necesidad de que actúen conforme a la voluntad de la mayoría de los miembros de la ONU, por el otro.

La ONU se encuentra una vez más activamente involucrada en la búsqueda de soluciones a muchas crisis internacionales. En la última década del siglo XX dejó de ser un foro de debates casi olvidado para convertirse en otro cada vez más activo y relevante. Entre 1946 y 1989, el Consejo aprobó un promedio de una resolución por mes. Desde entonces, ese promedio mensual ha sido de cinco. Por consiguiente, su imagen empezó a cambiar y, al igual que a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, hoy se le considera, con razón o sin ella, como la poseedora de la respuesta a muchos de los problemas mundiales.

La opinión pública mundial no siempre es consciente de lo que razonablemente se le puede pedir a la Organización. Con frecuencia es vista como una institución independiente de sus Estados Miembros. Y cuando las cosas salen mal, hay quienes, sin saberlo, critican a "la ONU" como si ésta tuviera una vida propia. El problema se complica todavía más al no contar con reglas claras para guiar sus múltiples operaciones para la consecución y el mantenimiento de la paz. El público y los medios de comunicación no siempre pueden distinguir entre una fuerza observadora de la ONU enviada para prevenir el inicio de hostilidades entre dos bandos antagónicos y una fuerza militar de la ONU, parecida a un ejército nacional, con un mandato para restablecer la paz en alguna región.

A menudo se le pide al Consejo de Seguridad que emita un juicio acerca de determinada situación y luego éste aparece impotente para componerla. Además, las tropas que los Estados

Miembros deciden poner bajo el mando de la ONU son vistas por algunos como parte de un ejército humanitario, mientras que otros las consideran como un indicio de un proyecto intervencionista o punitivo. Y no debería pedírsele a la Organización que, en un determinado conflicto, lleve a cabo misiones humanitarias (parecidas a las que, con neutralidad muy estudiada, viene realizando desde hace más de un siglo el Comité Internacional de la Cruz Roja) y, al mismo tiempo, exigirle que tome partido en el mismo.

En suma, la ONU debería resistirse a asumir misiones paralelas y con frecuencia contradictorias en torno a un mismo problema. Y aún más importante sería evitar convertirse en un "actor complementario" en la solución de crisis, encargado de recoger los trastes de otros, como en Somalia, Rwanda o Haití. La ONU tampoco debería prestarse a jugar un papel de "frente" para cubrir la intervención de otros como en los casos de Bosnia-Herzegovina y Kosovo en los que la OTAN dirigió la misión de la ONU. En Afganistán la historia ha sido otra. En Irak el papel de la ONU se ha visto reducido al que le viene asignando Estados Unidos como la potencia ocupante.

Ahora los demás miembros de la ONU tendrán que ingeniársela para tratar de asegurar que la organización recupere su relevancia en materia de paz y seguridad internacionales. En el fútbol se dice que hay que saber jugar sin el balón. En la ONU ya sabemos quién es el dueño del balón.

Elecciones en Cataluña: fin de una (larga) época

13 de noviembre de 2003

El próximo domingo los catalanes acudirán a las urnas para elegir a los 135 miembros de su *Parlament*. Se trata de las séptimas elecciones autonómicas desde la restauración de la democracia tras la muerte de Franco en 1975. Las encuestas indican que ninguna de las dos principales fuerzas políticas obtendrá la mayoría absoluta. Ni Artur Mas de *Convergència i Unió* (CiU), ni Pasqual Maragall del *Partit dels Socialistes Catalans* (PSC, la rama catalana del PSOE), conseguirá los 68 escaños necesarios para gobernar solos. Comparado con los resultados de 1999, el avance más significativo será de *Esquerra Republicana* (ERC) con Josep Lluís Carod-Rovira. El Partido Popular (PP) con Josep Piqué avanzaría un poco, como también lo haría la coalición de *Iniciativa per Catalunya* (ICV) con Joan Saura.

Lo que sí es seguro es que Jordi Pujol ya no será el *President* del gobierno de la *Generalitat*. Es el fin de una época.

Cuando llegué a Barcelona como cónsul general en el verano de 1995 hice las visitas protocolarias a las autoridades locales, empezando por el *President* Pujol y el entonces alcalde de la ciudad, Pasqual Maragall. Pujol llevaba quince años en el poder y Maragall doce. Con el segundo hice buena amistad (nuestras madres habían sido amigas) pero con el primero la relación fue muy accidentada. El día que fui al Palau Sant Jordi, sede de la *Generalitat* en la Plaza de San Jaime en el magnífico barrio gótico, Pujol me recibió muy bien pero a los pocos minutos nuestra conversación se volvió un tanto ríspida.

Oiga □me dijo□ no cree usted que el PRI lleva demasiado tiempo en el poder. Soy □agregó□ un creyente en la alternancia política y le haría bien un cambio a México.

Puse cara de circunstancia y, como representante de un gobierno priísta, le empecé a platicar de los cambios que se estaban gestando entonces en mi país. Pero me interrumpió.

Aquí también □se apresuró a decirme□ lleva demasiado tiempo gobernando Felipe (refiriéndose a Felipe González, ya en su doceavo año al frente del gobierno español). No es que quisiera que ganara el Partido Popular (encabezado por José María Aznar) pero... y volvió a referirse al principio de la alternancia en el poder.

No pude resistir y lo interrumpí.

Senyor President □le dije□ aquí, en Cataluña, ¿se aplica también ese principio de alternancia?

El *President* cambió el tema. Sin embargo, semanas después, durante un almuerzo en honor del gobernador de Oaxaca en el que me sentaron al lado de Pujol, me volvió hacer el mismo comentario sobre el PRI y Felipe González.

No por mucho repetir la misma pregunta □le dije□ le voy a cambiar la respuesta. ¿Se aplica o no en Cataluña el principio de la alternancia?

Al año de esa plática el PP estaba en La Moncloa y en el 2000 el PAN llegó a Los Pinos. Pujol seguía de *President*.

A diferencia de los demócratacristianos de *Unió*, *Convergència* no es un partido típico. Es más bien un estado de ánimo, una actitud en torno a la figura de su dirigente. Y durante casi un cuarto de siglo, Pujol ha sabido moverse bien, recorriendo toda Cataluña para conocer personalmente a sus habitantes (sobre todo la mitad de la población que habla catalán y suele votar en las elecciones autonómicas), manipulando la alianza de CiU, menospreciando al di-

rigente de Unió (el socio minoritario) y encargándose en *Convergència* de poner fin, de una manera u otra, a la aspiración de otros por sucederlo. Y fueron muchos los que se quedaron con las ganas.

Artur Mas ha resultado ser el único títere con cabeza y quién sabe si logre suceder a Pujol. Médico de profesión, Pujol se conduce como un abarrotero atendiendo a sus clientes. Sus pláticas con sus electores son amenas y no deja de preguntarles cómo está la familia y si les alcanza el sueldo o la jubilación.

Es pragmático. Cuando conviene, enarbola la bandera catalana. En otras ocasiones opta por un nacionalismo *light*. En el último gobierno del PSOE, le dio los votos de CiU para que Felipe González tuviera una mayoría en las Cortes. En su primer gobierno, el PP tampoco obtuvo la mayoría y, otra vez, Pujol salió al quite para que José María Aznar pudiera gobernar. Con los medios de comunicación tiene una relación única. Los torea, los apapacha y, cuando hacen alguna pregunta que lo incomoda, su respuesta es clara: *Avui no toca* (hoy no se hablará del tema planteado).

Las elecciones del próximo domingo serán muy reñidas y son muchas las posibles combinaciones para lograr alianzas que permitan que Mas o Maragall lleguen a presidir la *Generalitat*. A diferencia de Pujol, este último ha buscado también el voto de los catalanes que no hablan catalán, los que llegaron de otras regiones de España y cuyos votos en Barcelona han garantizado la permanencia de alcaldes del PSC durante los mismos años que Pujol ha estado al frente de la *Generalitat*.

Maragall propone un "nuevo catalanismo" integrador ("con acento extremeño, andaluz o asturiano") para que los catalanes que hablan español en su casa se identifiquen con Cataluña. Éstos son los que Pujol ha cultivado poco. Ya desde joven se había manifestado en contra de los recién llegados de otras regiones de España. Con el tiempo tuvo que ir cambiando su actitud, como también lo han tenido que hacer de sus partidarios, muchos de los cuales aún no han aceptado totalmente la presencia en Cataluña de los inmigrantes y sus descendientes.

Maragall también ha anunciado que, de triunfar en las elecciones, buscaría una sola reelección para un total de ocho años. Así lo hizo Aznar y quizás sea la manera de garantizar la anhelada alternancia en el poder.

Los tiempos de Adolfo

27 de noviembre de 2003

La remoción de un embajador suele ser un asunto penoso tanto para el afectado como para su gobierno. El caso de Adolfo Aguilar Zínser no fue una sorpresa. Fue más bien la crónica de una remoción anunciada.

El pasado 17 de noviembre el canciller Luis Ernesto Derbez formuló una escueta declaración a la prensa en la que anunció que el embajador Adolfo Aguilar Zínser sería removido de su cargo como representante permanente ante las Naciones Unidas el 1° de enero de 2004. El 20 de noviembre, Aguilar Zínser adelantó su salida al presentar su renuncia al presidente Fox en una carta ampliamente difundida por los medios de comunicación.

Estos dos últimos años no han sido fáciles para Adolfo. A finales de 2001, ante la inminente clausura de su oficina de consejero de seguridad nacional, tuvo que reubicarse y recaló en Nueva York bajo las órdenes de su amigo, Jorge G. Castañeda, a la sazón secretario de relaciones exteriores. Por razones que no viene al caso reseñar, ahí se acabó la vieja y buena amistad entre ellos. Con su peculiar estilo de gobernar, Castañeda le dio la espalda al nuevo representante permanente ante la ONU, ya no le dirigió la palabra e hizo cuanto pudo para complicarle la existencia. Se valió de artimañas administrativas que algunos calificarían de terrorismo burocrático.

Quien terminó siendo el interlocutor de Adolfo en la Secretaría de Relaciones Exteriores fue el subsecretario para Naciones Unidas. Y la llevamos bien durante casi un año. Tuve que capear las indicaciones descabelladas del secretario quien, día con día, se iba irritando debido al creciente protagonismo del embajador en los medios de comunicación y su incontinencia verbal. Trató de obligarlo a dejar de escribir su columna semanal y a aceptar no hacer declaraciones a los periodistas.

Más que las cuestiones de forma, fueron los temas de fondo los que incomodaron a nuestro embajador ante las Naciones Unidas. Tuvo serias diferencias con algunas instrucciones que recibió de la cancillería. Las acató pero en privado, y a veces no tan en privado, dejó entrever su inconformidad. De hecho, estoy convencido de que Adolfo *n'était pas bien dans sa peau*. Y lo entiendo.

Tras el fin de la guerra fría, el Consejo de Seguridad empezó a recobrar algo de su legitimidad original como foro primordial encargado de velar por el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales. El problema es que algunos países han querido usarlo para sus propios fines y los demás, tanto los miembros no permanentes como algunos de los permanentes, no han sabido siempre resistir las enormes presiones de que son objeto.

Cuando llegas a la ONU y te sientas en el lugar de México tienes la sensación de que realmente estás representando a nuestro país. Recuerdo que, cuando Santiago Roel llegó por primera vez como canciller a la sede de la Organización en el otoño de 1977, se impresionó a tal grado que se volteó para decirle a su secretaria: Pellízcate, Julieta, estamos en las Naciones Unidas.

La impresión es aún mayor cuando te sientas en el Consejo de Seguridad. Ahí estás participando en la solución de los grandes problemas internacionales que tienen que ver con la paz y la guerra. Uno se codea con los representantes de países poderosos desde el punto de vista militar y económico y puede llegar a creer que su papel es importante y quizás hasta determinante.

En el tiempo de Adolfo, el Consejo de Seguridad aprobó nada menos que 129 resoluciones sobre una variada gama de asuntos, incluyendo las operaciones de mantenimiento de paz, el Medio Oriente, Irak, el terrorismo internacional, la Corte Penal Internacional, un sinnúmero de complicadas situaciones en África, etc. La lista es larga. Si la comparamos con las 38 resoluciones aprobadas en el bienio 1980-1981, tendremos una idea de la actividad del Consejo en estos años.

Quizás Adolfo quiso compensar con declaraciones públicas fuera del Consejo de Seguridad lo que tuvo que callar dentro de él. Quizás consideró que no debimos haber votado a favor de la resolución 1422 del 12 de julio de 2002 en la que el Consejo golpeó al derecho internacional en general y a la Corte Penal Internacional en particular. Ahí fue cuando decidí pedir esquiná como subsecretario. Pero hubo cuando menos otras dos resoluciones aprobadas este año que, estoy seguro, incomodaron a Adolfo: la 1487, que prorrogó por un año la incoherencia de la 1422, y la 1511 que legitimó la invasión de Irak por las fuerzas de la llamada coalición. No suele ser muy difícil adivinar cuál es el camino correcto a seguir en el Consejo de Seguridad. Y cuando lo sabes, te duele que no se siga.

Como me lo dijo hace unos días un amigo que desde un principio cuestionó la conveniencia de buscar un puesto en el Consejo de Seguridad: lo que empieza mal, acaba mal. He ahí el tema del siguiente artículo.

¿Para qué tanto brinco?

11 de diciembre de 2003

En tres semanas México dejará uno de los dos puestos no permanentes que el Grupo latinoamericano y del Caribe (GRULAC) tiene asignados en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Chile habrá de continuar otro año y Brasil ocupará nuestro lugar en el principal foro multilateral encargado del mantenimiento de la paz y seguridad internacionales.

Cuando ingresamos al Consejo el 1° de enero de 2002, el gobierno nos dijo que era “una oportunidad para revigorizar la presencia de México en los foros multilaterales” y “para poder desempeñar un papel activo en el diseño de la nueva arquitectura internacional.” Dos años después vemos que, lejos de participar en el diseño de una supuesta nueva arquitectura internacional, coadyuvamos a socavar lo poco de bueno que aún le queda a la organización que habíamos venido apoyando desde su fundación.

Desde 1946 se ha debatido en México la conveniencia de participar o no en los trabajos del Consejo de Seguridad. En general, ha prevalecido la tesis de que era mejor mantenerse al margen del Consejo y privilegiar los trabajos de la Asamblea General. De hecho, entre los miembros originarios de las Naciones Unidas, México es uno de los países que menos ha buscado entrar al Consejo de Seguridad. En 1946 fue elegido miembro no permanente por un año y en 1980-1981 ingresó al Consejo a raíz del impasse creado por las candidaturas de Colombia y Cuba, ninguna de las cuales obtuvo los votos necesarios. Ambos países pidieron entonces a México que ocupara el lugar al que ellos aspiraban. En 1991, obtuvimos el endoso del GRULAC para el bienio 1992-1993 pero la negociación del TLCAN nos llevó a retirar nuestra candidatura. En efecto, sólo fue en el año 2001 que México realizó, por primera vez en su historia, una campaña abierta para lograr ingresar al Consejo. Y la campaña fue intensa y costosa.

El paso de México por el Consejo de Seguridad ha sido muy aleccionador. Ha puesto en evidencia cuán limitados son los espacios que tenemos para desarrollar una política exterior acorde con nuestros principios.

En el pasado artículo hicimos hincapié en la gran actividad desplegada por el Consejo en estos dos últimos años. La cantidad y variedad de los temas examinados y sus respectivas resoluciones son producto, en gran medida, del fin de la guerra fría y la nueva correlación de fuerzas en el mundo. También identificamos aquellas resoluciones que, a instancias de Estados Unidos, han debilitado la autoridad de la ONU y redundado en detrimento del derecho internacional.

La primera vez que dimos el brazo a torcer fue en julio de 2002 cuando apoyamos la resolución 1422. El 1° de julio había entrado en vigor el Estatuto de la Corte Penal Internacional (CPI), un instrumento jurídico largamente anhelado por la comunidad internacional para poner fin a la impunidad de los criminales de guerra. La ONU había abogado vigorosamente por la Corte y el gobierno del presidente Fox había sometido el Estatuto al Senado de la República para su ratificación. Estados Unidos estaba en contra de la Corte y pidió que el Consejo de Seguridad le concediera inmunidad a sus nacionales conforme un procedimiento contemplado en el propio Estatuto. Tras discutirse el tema y escuchar opiniones muy contrarias a la petición de Estados Unidos, el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad la resolución. En ella se concedió inmunidad no sólo a los ciudadanos estadounidenses sino al personal de cualquier Estado que no sea parte en el Estatuto de la Corte Penal Internacional y aporte contingentes o personal a operaciones establecidas o autorizadas por las Naciones Unidas. Por un

lado, la ONU se felicitó de la entrada en vigor del Estatuto de la CPI y, por el otro, decidió que no se aplicaría cabalmente. Debimos haber votado en contra o, cuando menos, abstenernos.

Este año hubo otros votos equivocados: uno fue en la resolución 1487 que prorrogó por un año la inmunidad concedida en la resolución 1422 y otros dos votos tuvieron que ver con la invasión de Irak. En todos los casos hicimos declaraciones que nos distanciaron de las respectivas resoluciones. Pero lo que cuenta es lo que haces, no lo que dices.

Es obvio que, dada la naturaleza de las cuestiones que se tratan en el Consejo, todos sus miembros, permanentes o no, son objeto de muchas presiones. Es cierto también que sus miembros, especialmente los permanentes, tienen sus propias agendas cuya defensa a veces produce fricciones entre ellos y salpica a los demás.

Durante su estancia en el Consejo de Seguridad, los miembros no permanentes suelen tener ocasión de pronunciarse sobre unas tres o cuatro cuestiones de importancia fundamental para la ONU. Y así nos ha ocurrido en estos dos años. Sin embargo, nuestra conducta en el Consejo ha sido poco decorosa. ¿Para qué le peleamos a la República Dominicana el lugar en el Consejo? ¿Por qué convertimos nuestro ingreso al Consejo en una prioridad de política exterior?

En la Secretaría de Relaciones Exteriores, siempre me identifiqué con el grupo que apoyaba nuestra participación en el Consejo de Seguridad. Cuando asumí el cargo de subsecretario estuve de acuerdo con la decisión, tomada semanas antes de mi nombramiento, de buscar un puesto no permanente en el Consejo para el bienio 2002-2003. Pero señalé que deberíamos ajustar nuestra actuación a los principios de nuestra política exterior y a fortalecer a la ONU. En pocas palabras, deberíamos hacer lo correcto. Ahora me doy cuenta que fue una equivocación. Salimos muy raspados.

Hacia el final de *Las buenas conciencias*, Carlos Fuentes pone en boca del personaje principal de la novela una frase que resume su opinión sobre el sentido de la vida y que quizás nos sirva también para describir el bienio que estuvo México en el Consejo de Seguridad: “aquí se viene a rellenar el tiempo que casualmente nos regalaron con palabras rápidas y acciones ligeras”.

Reconciliación

25 de diciembre de 2003

Entre los pueblos, como entre las parejas, la reconciliación puede producir resultados tangibles. En el caso de las parejas puede ser un hijo. Entre los alemanes y franceses, por ejemplo, nos trajo la Unión Europea.

Dentro de una nación, empero, la reconciliación suele ser un proceso más difícil, a veces muy complicado y siempre doloroso. Recuerdo que en los años sesentas mi madre le preguntó a uno de mis amigos de la universidad en Estados Unidos, un muchacho originario de Alabama, hasta cuándo iba a durar el rencor entre la población negra y blanca en ese país. Mi amigo le contestó que todo cambiaría cuando desapareciera la generación de sus abuelos. Pero no ha sido a sí de fácil.

El pasado 1° de diciembre, el Congreso de los Diputados de España rindió un homenaje a las víctimas del franquismo. Participaron todas las fuerzas políticas excepto el Partido Popular (PP), una especie de nieto político del franquismo. El homenaje coincidió con el vigésimo quinto aniversario de la promulgación de la Constitución española y el PP justificó su ausencia argumentando que el homenaje no tenía nada que ver con el aniversario y que, además, “las heridas de la guerra civil están cerradas”.

Los representantes de los demás partidos, junto con las asociaciones de víctimas — representando a los *niños de la guerra*, presos políticos, guerrilleros, exiliados, familiares de víctimas y los llamados “represaliados” — criticaron la ausencia del PP y corearon consignas contra la guerra de Irak.

En el acto un orador calificó el homenaje de una deuda histórica para “impedir el olvido y la desmemoria”. Otro insistió en que “olvidar es un inmenso error”. Se escuchó una y otra vez el lema: “Perdonar, sí; olvidar, no”. Se habló de del exilio, las cárceles, los fusilamientos y las fosas comunes.

En Argentina y Chile tampoco se ha logrado cicatrizar las heridas del pasado. En Sudáfrica, emprendieron un camino a la reconciliación tras la desaparición del régimen de *apartheid*. Optaron por no perseguir a nadie que estuviera dispuesto a decir la verdad de su papel en los abusos del pasado. Con la detención de Saddam Hussein, Irak tendrá que encontrar su propio camino, una tarea complicada por las divisiones étnicas y religiosas ya existentes y la presencia de tropas extranjeras.

Quizá no exista un país en el mundo en el que no haya la necesidad de un proceso de reconciliación nacional. Algunos casos son más obvios que otros. Irlanda y el Reino Unido parecen haberse reconciliado, mas no los habitantes de Irlanda del Norte. Alemania tiene un doble problema: su pasado Nazi y cuarenta años de división impuesta. También piensen en Francia y el papel de sus ciudadanos durante la ocupación Nazi. Casi todo francés se enorgullece de tener a un *maquisard* en su familia. Empero, si uno visita algún museo de la Résistance, como el de Vercors cerca de Grenoble, y camina por su cementerio, se dará cuenta de que estamos hablando de muy pocas personas. Tras dejar la presidencia, François Mitterrand confesó, sin aparente remordimiento, que él, como muchos otros franceses, había colaborado con los invasores alemanes.

Aquí, en México, apenas hemos empezado a esclarecer lo ocurrido el 2 de octubre de 1968 y su secuela, la llamada *guerra sucia*. El fallo reciente (5 de noviembre de 2003) de la Suprema Corte de Justicia en torno a la imprescriptibilidad del delito que hoy se conoce como desapa-

rición forzada nos permite pensar que quizás se llegue a tener una mejor idea de ese triste capítulo de nuestra historia reciente.

Vuelvo al caso español. Cuando tomé posesión del cargo de Cónsul General de México en Barcelona en 1995 me impactó mucho la discreta pero ubicua presencia de Franco. No lograba entender cómo, a veinte años de su muerte, seguían utilizándose monedas con la efigie del dictador bajo el lema de “Caudillo de España por la G. de Dios”. Por suerte, a principios de 1997 dejaron de circular. Luego, en la contra esquina del edificio en el que viví hay una residencia de estudiantes con el nombre de “Muñoz Grandes” en enormes letras en la fachada. Se trata del general que fue el primer ministro de defensa de Franco y antes el que encabezó la División Azul, el contingente militar español que luchó con el ejército Nazi en contra de la Unión Soviética. En Barcelona hay un hospital militar con el nombre del “Generalísimo”. Más preocupante aún fue comprobar la vasta ignorancia de los jóvenes en cuanto a la España de antes de 1975. Entiendo muy bien que muchos crean que España siempre ha sido como ahora. Eso ocurre en otros países también. Pero en muchos otros hay memoria histórica y esa memoria se transmite de padres a hijos y sobre todo se enseña en las escuelas, cuando menos en las públicas. No comprendo cómo los sucesivos gobiernos no han ofrecido a los alumnos de primaria y secundaria una idea más fidedigna de lo que ocurrió en España entre 1936 y 1975. Resulta inconcebible que haya toda una generación de españoles jóvenes que desconozca su pasado y confunda, a pregunta expresa, a Franco con “otros presidentes del gobierno” como Felipe González y José María Aznar.

Terrorismo maquilero

8 de enero de 2004

A Sean P. Diddy Combs se le conoce más por su música hip-hop que por su defensa de los derechos laborales. A Lydda Eli González casi nadie la conoce fuera del pueblo de Choloma, en Honduras (en la zona de libre comercio denominada San Miguel). Desde luego que Sean Combs no sabía de su existencia. Esto es, hasta hace poco.

Resulta que Lydda Eli trabajaba en Setisa, fábrica de ropa que cuenta entre uno de sus mejores clientes a Sean Combs. Digo "trabajaba" porque el verano pasado perdió su empleo, junto con otras 14 costureras que trataron de sindicalizarse. La fábrica es propiedad de Southeast Textiles, con sede en Carolina del Norte, compañía que hace unos años decidió trasladar sus operaciones a Honduras debido a presiones derivadas del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica. Cuando el National Labor Committee, una organización no gubernamental, se enteró de lo que ocurría en Choloma, invitó a Lydda Eli a viajar a Nueva York para que contara su historia. Y así lo hizo junto con otras dos compañeras de trabajo.

En la fábrica trabajan 380 personas que producen, entre otras cosas, decenas de miles de camisetitas adornadas con las letras SJ o Sean John, la ropa que comercializa Sean Combs y que se vende en 40 dólares la pieza. Las costureras ganan 90 centavos de dólar por hora, tienen prohibido hablar mientras trabajan, requieren de permisos especiales para pasar al baño y son despedidas si se embarazan.

"Mi propósito", dijo la señorita Lydda Eli González, "es representar a todas las costureras de Honduras y poner fin a la humillación y violaciones a nuestros derechos laborales. Sean Combs es un hombre con mucho poder e influencia y creemos que debería ayudarnos y acabar con estas violaciones."

Tras unas semanas en Nueva York las tres costureras regresaron a Honduras en noviembre. Dijeron que era vergonzoso tener que "ir a otra parte a denunciar, porque aquí no se escucha". Su denuncia fue aplaudida por unos y duramente criticada por otros. Se les acusó de "terroristas de la maquila, mentirosas, traidoras y vendepatrias". Pero no se arrepintieron.

En las últimas décadas han proliferado las empresas maquiladoras en todo el mundo. Y en muchas hay violaciones de los derechos fundamentales de los trabajadores. Peor aún, algunas se valen de la mano de obra infantil, sobre todo en Africa y Asia, donde se concentra 90 por ciento de la fuerza laboral de los menores de 15 años. De cada 100 niños en el mundo, 16 trabajan y la gran mayoría lo hace en las peores condiciones. ¿Cómo se puede luchar en contra de estas prácticas? La Organización Internacional del Trabajo hace lo que puede, junto con centenares de organizaciones no gubernamentales. Pero, aun en los casos más visibles y debatidos, no se ha logrado avanzar mucho. Por ejemplo, hasta hace diez años a nadie le preocupaba la procedencia de los balones de fútbol. Cuando se descubrió que las grandes empresas de equipo de deporte estaban fabricándolos en maquiladoras de Asia meridional empezó el debate. Sin embargo, pese a las denuncias constantes, en India y Pakistán menores de edad siguen cosiendo los balones que se exportan a todo el mundo.

Lydda Eli González tiene 19 años y trabaja desde los 11. Si fuera mexicana quizá habría interpuesto su denuncia con base en el Acuerdo de Cooperación Laboral de América del Norte (ACLAN) que, al igual que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), entró en vigor hace una década.

El ACLAN se firmó para asegurar que los tres gobiernos del TLCAN velaran por el respeto de los derechos de los trabajadores en sus respectivos países. Y ha habido denuncias que podrían acarrear sanciones, tanto en México como en Estados Unidos y Canadá. Pero ninguna de las más de 50 denuncias presentadas desde 1994 ha prosperado.

Lo único que les queda a los trabajadores inconformes con las condiciones de su empleo es denunciarlas públicamente. Y si la denuncia es en contra de una empresa vinculada a los "ricos y famosos", como Sean Combs, quizá logre interesar a los medios de comunicación. Con la difusión de los abusos laborales quizá se consiga también sancionarlos, cosa que ha sido imposible hasta ahora en América del Norte dentro del marco del ACLAN. En el caso Lydda Eli González los resultados están a la vista. Sean Combs reaccionó rápidamente y ya se están haciendo cambios en la fábrica Setisa. El sindicato de las trabajadoras ha sido reconocido. Se ha instalado un sistema de aire acondicionado. Las costureras serán inscritas en el seguro social hondureño, lo que se traducirá en atención médica y medicinas gratis para ellas y sus hijos. Se eliminarán las pruebas de embarazo y ya no se requiere permiso para ir al baño.

Ahora que ya pasaron las fiestas de fin de año y se repartieron los regalos, habría que echarle un ojo al país de origen de los juguetes. Quizá las manos que los hicieron pertenecen a niños más pequeños que quienes los recibieron.

Libia

22 de enero de 2004

En un comunicado insólito emitido el pasado 19 de diciembre, la Gran Jamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista anunció que abandonaría sus programas de armas de destrucción en masa y que reduciría el alcance de sus misiles a una distancia de 300 kilómetros. Dicho comunicado sorprendió a casi todo el mundo. Quizás sea útil repasar aquí un poco de historia.

Los avances científicos y tecnológicos de la primera mitad del siglo XX acarrearón el desarrollo tanto de las armas de destrucción en masa —químicas, biológicas (bacteriológicas) y tóxicas y atómicas o nucleares— como de los medios para utilizarlas— aviones, proyectiles balísticos y otros vectores. La utilización de gases asfixiantes y otras sustancias químicas durante la Gran Guerra llevó a los países europeos a prohibir su uso en el Protocolo de Ginebra de 1925. La utilización de las armas atómicas al final de la Segunda Guerra Mundial desató una campaña en contra de todas las armas de destrucción en masa. De ahí que las negociaciones bilaterales y multilaterales de desarme durante la segunda mitad del siglo XX se hayan concentrado en la eliminación total de dichas armas. Tras décadas de esfuerzos, la comunidad internacional logró acordar la eliminación de todas las armas biológicas y químicas mediante sendos tratados multilaterales, concluidos en 1972 y 1993, respectivamente. En el terreno nuclear los resultados han sido mucho menos alentadores.

En cuanto a las armas biológicas y químicas, la decisión de eliminarlas de los arsenales de los estados tuvo un mismo origen: Estados Unidos. A finales de los años sesenta, el gobierno estadounidense decidió renunciar unilateralmente a las armas biológicas a raíz de una recomendación de su cúpula militar. Ésta había llegado a la conclusión de que el uso de dichas armas podría tener también efectos catastróficos para los efectivos que las utilizaran. Y el corolario de esa decisión unilateral fue una propuesta encaminada a asegurar que el resto de la comunidad internacional también se comprometiera a eliminar dichas armas de sus arsenales mediante un tratado multilateral. ¿A quién se le encomendó que presentara la propuesta? Por supuesto que al Reino Unido, lo que nos demuestra que el papel de Tony Blair en el caso de Irak no tiene nada de original.

Las armas químicas no fueron prohibidas en esa ocasión porque aún eran consideradas útiles en la guerra de Viet Nam. Sin embargo, a principios de los noventa la Guerra del Golfo demostró a los militares estadounidenses que un ejército grande como el de Irak, aún uno supuestamente equipado con armas de destrucción en masa, no era rival alguno para las armas convencionales de alta tecnología. Estados Unidos llegó a la conclusión de que no necesitaba armas químicas y, por ende, era obvio que nadie más debía poseerlas. De ahí el tratado de 1993.

Por lo que hace a las armas nucleares, la situación es muy distinta. En 1970, cuando entró en vigor el Tratado de no proliferación (TNP), el mundo se dividió en dos clases. Por un lado, están los más de 180 países que aceptaron nunca jugar la carta nuclear; por el otro, están los cinco poseedores de armas nucleares reconocidos como tales en el propio TNP (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia). Los primeros están comprometidos a aceptar inspecciones periódicas del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) con sede en Viena para asegurar que no están violando el TNP, mientras que los cinco están obligados a alcanzar el desarme nuclear. A estos últimos hay que agregar a la India, Israel y Pakistán. En años recientes el OIEA ha instaurado un sistema de inspecciones sorpresa, que se realizan sin previo aviso.

La producción de armas nucleares es un proceso caro y complicado. Es mucho más fácil (y barato) desarrollar armas biológicas o químicas y no son pocos los países que lo han hecho. Ahora debemos incluir a Libia en esa lista.

A raíz del anuncio de Libia del mes pasado, se ha especulado acerca de las motivaciones que condujeron a Muammar el Gaddafi a confesar que tenía un programa en ciernes. Según algunos comentaristas, el anuncio se hizo poco después de la captura de Saddam Hussein que lucía una barba que pronto desapareció. Sin embargo, la llamada metamorfosis de Gaddafi había empezado tiempo atrás, antes de la invasión de Irak e, inclusive, antes del 11 de septiembre de 2001. Tras entregar a los presuntos culpables, aceptó indemnizar a las familias de las 270 víctimas del avión de PanAm que agentes libios hicieron estallar en 1988 sobre Lockerbie, Escocia. Hace poco también llegó a un acuerdo con los deudos de las 170 víctimas de un avión francés que explotó en 1989 sobre Níger. Gaddafi había estado en contacto no sólo con sus socios comerciales europeos (principalmente Italia, Alemania y España a quienes les vende el 70 por ciento de todas las exportaciones de Libia), sino que hacía tiempo que había entablado pláticas con Washington y Londres. Se habla también de unos supuestos contactos con Israel.

Con todo ello, Libia buscaba que se levantaran las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad en 1992. Y lo consiguió el año pasado. Ahora, con el gesto unilateral de abandonar sobre sus programas para desarrollar armas de destrucción, pretende que Estados Unidos levante las sanciones que hace décadas le impuso unilateralmente.

Se desconoce el estado de esos programas. Pero sin duda los relativos a las armas biológicas y químicas estaban más avanzados que el nuclear. Para subrayar la bondad de sus intenciones, Libia se ha apresurado a ratificar el TNP y ha aceptado las nuevas inspecciones del OIEA. Tras casi 35 años en el poder, Qaddafi no ha perdido su capacidad de sorprender.

Mentiras transatlánticas

5 de febrero de 2004

Hace un año nos preguntamos en este espacio a qué se debía la prisa del presidente George W. Bush por invadir a Irak. Tanto Washington como Londres (y luego Canberra y Madrid) dijeron que, entre otras razones, las armas de destrucción en masa de Saddam Hussein constituían una amenaza real para muchos países, incluyendo a Estados Unidos. No les creímos entonces y nos les creemos hoy. Ahora sabemos (porque nos lo ha dicho Paul O'Neill, el ex secretario del tesoro) que desde el primer día de su administración, Bush tenía la intención de invadir a Irak. También sabemos que sus motivos eran otros: se trataba de una asignatura pendiente de su padre y también del petróleo, como lo muestran los contratos ya adjudicados a las compañías vinculadas a su vicepresidente y secretario de defensa.

Es obvio que Bush y Blair no sólo exageraron la amenaza sino que quizás hasta la inventaron. Pero un juez en Londres no lo vio así. La semana pasada Lord Hutton exoneró a Blair y lanzó duras críticas a la BBC, causando una cadena de renunciaciones. Blair aplaudió esas renunciaciones, diciendo que los dirigentes de la BBC tenían que pagar por los errores de uno de sus corresponsales ¿Bueno para Blair y malo para los medios de comunicación que dudaron de las supuestas pruebas? Ahora, siguiendo el ejemplo de Washington, Blair se ha visto obligado a pedir una investigación de cómo y de dónde surgió el error de sus fuentes de inteligencia sobre Irak. Y, cuando tenga los resultados, ¿creen que seguirá el ejemplo de los dirigentes de la BBC? El caso de Irak provocó hace un año la renuncia de dos miembros del gabinete de Blair y mucha turbulencia dentro de su partido. Por ahora Blair se ha salvado. El tiempo nos dirá qué tan pírrica fue esta victoria sobre la BBC.

El tiempo también nos ayudará a aquilatar en su justa medida el grado de cinismo que ha surgido en Washington. Hace exactamente un año el secretario de estado Colin Powell, acompañado del director de la CIA, George Tenet, afirmó ante el Consejo de Seguridad de la ONU que Irak tenía grandes arsenales de armas químicas y biológicas, estaba reconstituyendo su programa de armas nucleares y construyendo misiles tecnológicamente avanzados. Agregó que lo que había presentado eran “hechos” y no conjeturas.

La semana pasada, David Kay, el encargado de las inspecciones en Irak tras la invasión, confesó que se habían equivocado al pensar que Saddam Hussein tenía armas de destrucción en masa. Días antes, Colin Powell había dicho lo mismo. Y ahora resulta que el propio Bush quiere conocer “los hechos” acerca de cómo surgió la información sobre esas armas. El acusado es ahora el acusador. No es mala táctica política en este año de elecciones. Pese a su resistencia inicial, Bush ha tenido que aceptar que se investigue el caso. Pero lo ha hecho con maña. Entre las personas que él mismo ha designado como miembros “independientes” de la comisión investigadora se encuentran amigos de su familia y, desde luego, el informe correspondiente no se presentará hasta mucho después de las elecciones del próximo 2 de noviembre.

Hace más de seis décadas que Estados Unidos y el Reino Unido tienen lo que Winston Churchill, tras su primera entrevista con Franklin D. Roosevelt en 1941, bautizó de una relación especial. Esa relación ha tenido sus altibajos, casi todos derivados del uso de la fuerza. La lista de ejemplos de colaboración incluye la segunda guerra mundial, la guerra de las Malvinas (en la que, después de un titubeo, Washington proporcionó armamento e información que aseguraron la victoria británica), la primera guerra del Golfo, la invasión de Afganistán y ahora de Irak.

Los casos más notorios en que hubo serias diferencias entre los aliados fueron la crisis del canal de Suez en 1956 y la guerra de Viet Nam. El primero causó una enorme tensión transatlántica. Cuando Nasser decidió nacionalizar el canal, Israel, Francia y el Reino Unido trataron de retomarlos por la fuerza. La campaña militar británica fue montada sin consultar a Washington. El presidente Eisenhower se quejó públicamente de que no fue consultado, ni siquiera informado. Agregó que Estados Unidos estaba en contra del uso de la fuerza para resolver los problemas entre países. Retiró su apoyo a la libra esterlina y, pocos meses después, el primer ministro Anthony Eden tuvo que renunciar. En cuanto a Viet Nam, sucesivos gobiernos británicos hicieron caso omiso de las reiteradas peticiones de Washington para que Londres enviara tropas.

La relación personal entre los presidentes estadounidenses y los primeros ministros británicos ha ido de muy mala (Eden y Eisenhower) a muy buena (Thatcher y Reagan). John Major la llevó tan bien con Bush padre que intervino descaradamente a favor de su reelección en los comicios de 1992. Clinton nunca se lo perdonó. Con Blair, Clinton tuvo una excelente relación, al grado que lo reclutó para que lo defendiera cuando surgió el escándalo de la Lewinsky. Con Bush hijo, Blair ha desarrollado una curiosa relación de dependencia mutua. Ahora se encuentran unidos en la defensa de unos argumentos espurios para justificar su aventura militar en Irak.

Hace casi siglo y medio Abraham Lincoln dijo que se puede engañar a todo el mundo durante cierto tiempo y que también se puede engañar a unos cuantos todo el tiempo, pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

Pakistán

19 de febrero de 2004

Hace quince días el gobierno de Pakistán sorprendió al mundo al declarar que sus científicos habían compartido con otras naciones cierta información secreta acerca del diseño de armas nucleares. Concretamente se habló de Corea del Norte, Irán y Libia. Y quien hizo la confesión fue Abdul Qadeer Khan, el padre de la bomba pakistaní y un héroe nacional en su país. ¿Por qué?

Simplemente porque era un secreto a voces que el doctor Khan había estado vendiendo esa información desde hacía más de una década. De ahí que en 2001, a instancias de Estados Unidos, el general Pervez Musharraf se vio obligado a remover a Khan de su cargo al frente de los laboratorios que llevan su nombre. Pero no lo mandó a su casa. Lo incorporó a su círculo de influyentes generales y consejeros. De ahí también que, tras la confesión, Musharraf lo perdonara por temor a que un juicio en su contra salpicara a otros, incluyendo a más de un militar.

Compartir secretos nucleares con otros países no tiene nada de nuevo. China le pasó algunos a Pakistán, como antes lo hizo la Unión Soviética con China. ¿Y qué decir de la larga cooperación entre Estados Unidos y el Reino Unido en materia de armamentos nucleares? Lo insólito es venderlos por motivos de lucro personal. Y aquí se pone interesante el caso de Khan.

Fabricar un artefacto nuclear no es nada fácil. A diferencia de las otras armas de destrucción masiva —biológicas y químicas— las nucleares requieren de mucho dinero e instalaciones difíciles de improvisar. Aparte de los conocimientos científicos para su diseño, hay que conseguir material fisionable como el uranio, un elemento metálico radiactivo. Sin embargo, el uranio en sí no es suficiente, hay que enriquecerlo en un centrifugador, un aparato que funciona como el último ciclo (exprimir) de una lavadora de ropa. Pero aún hay más. Para que la amenaza que representa un arsenal nuclear, por pequeño y primitivo que sea, llegue a ser creíble es necesario contar con un sistema para transportar las bombas, de preferencia un proyectil balístico. La clave es, pues, el binomio material fisionable y misiles.

Nacido en Bhopal, el doctor Khan emigró de joven a Pakistán poco después de la partición de la India en 1947. Egresado de la universidad de Karachi, se fue a estudiar metalurgia en Alemania occidental y Bélgica. A principios de los años setenta fue contratado para trabajar en una planta de la compañía Urenco, un consorcio alemán, británico y holandés. La planta se dedicaba a enriquecer uranio. Pero, por esas fechas ocurrió algo que cambiaría radicalmente su vida.

En 1974, tras años de desviar material fisionable de los reactores que le había entregado Canadá, la India detonó un artefacto nuclear. Pakistán no se podía quedar atrás y el entonces primer ministro, Zulfikar Ali Bhutto, enlistó los servicios del doctor Khan y lo puso al frente de un muy secreto programa nuclear. Cuando Khan llegó a Pakistán en 1976 traía sus conocimientos científicos y algo más. Tenía la tecnología necesaria para construir centrifugadores. Varios gobiernos, incluyendo el holandés, lo acusaron de robo de secretos científicos. Pero la demanda no prosperó y, pese a los estrictos controles de exportación de muchos gobiernos, hubo varias compañías de esos mismos países que se apresuraron a venderle a Khan la maquinaria y tecnología necesarias para producir material fisionable. Algunas de esas compañías son las mismas que en los años setenta y ochenta le vendieron a Saddam Hussein. *Business is business.*

El programa nuclear dirigido por Khan fue todo un éxito. La prueba es que en mayo de 1998, a las pocas semanas de los ensayos nucleares de la India, Pakistán detonó con una precisión impresionante cinco artefactos. Había empezado una nueva carrera de armas nucleares y Pakistán había superado el trauma de 1974.

Aparte de salvar el honor nacional ante la India, Khan había logrado otras dos cosas. Primero, a cambio de secretos nucleares relativos a la producción de material fisionable (el primer requisito para un arsenal nuclear creíble), consiguió de Corea del Norte la tecnología para construir misiles (el segundo requisito). Segundo, se hizo muy rico. Esto último lo hizo a través de una complicada red de comercio en centrifugadores. Y ahí es donde lo pescaron.

Cada vez que importaba maquinaria y tecnología para enriquecer uranio en Pakistán, lo hacía por partida doble. Un juego era para el programa pakistaní y el otro era para ser vendido al mejor postor. En Malasia instaló una fábrica de centrifugadores que iba entregando a sus compradores en Corea del Norte, Irán y Libia. El material era transportado en buques de carga y fue precisamente un cargamento destinado a Libia que acabó con Khan. El buque fue interceptado en alta mar por Italia en octubre del año pasado y lo que transportaba no era “maquinaria usada” sino mil centrifugadores.

El caso del Dr. Khan ha despertado sentimientos encontrados en Pakistán. Algunos acusan al gobierno de haberlo sacrificado para encubrir a un grupo de militares que traficaban con secretos nucleares. Otros han pedido que se esclarezca lo ocurrido y que se enjuicie a Khan. Musharraf no la tiene fácil.

Desde la aparición de las armas nucleares en 1945, y sus trágicas consecuencias en agosto de ese año, la comunidad internacional ha venido buscando la manera de evitar su proliferación. Y lo ha conseguido a medias. No son tantos los países que poseen dichas armas como se temía hace medio siglo. Sin embargo, los que las tienen —Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Francia y China, así como India, Israel y Pakistán— no quieren eliminarlas. Y mientras existan armas nucleares, el mundo correrá el peligro de su proliferación a otros estados y quizás a otros actores no estatales. Este será el tema del siguiente artículo.

Proliferación nuclear

04 de marzo de 2004

Pese a los ingentes esfuerzos de buena parte de la comunidad internacional, la proliferación de las armas nucleares continúa. Los casos de Corea del Norte y Libia están a la vista, al igual que las travesuras de algunos funcionarios pakistaníes en este campo, a las que nos referimos hace quince días.

Por proliferación nuclear se entiende la adquisición de armas nucleares por más y más estados. Este tipo de proliferación se suele identificar como horizontal. Pero hay otro tipo de proliferación nuclear que se denomina vertical, es decir, la acumulación de más y mejores armas por un país: la proliferación cuantitativa y cualitativa.

En cuanto a la existencia misma de las armas nucleares, las naciones del mundo están divididas en tres grupos. Una amplia mayoría se ha comprometido a no adquirirlas, busca eliminarlas y, año tras año, se pronuncia en ese sentido en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esa mayoría de países ha logrado también que la Corte Internacional de Justicia declarara, en su opinión consultiva de 1996, que su uso o amenaza del mismo sería contrario al derecho internacional. Un segundo grupo está compuesto por aquellos países que las poseen —Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Francia y China, así como India, Israel y Pakistán. Algunos han declarado que nunca serán los primeros en utilizar esas armas, mientras que otros, encabezados por Estados Unidos, se reservan el derecho de usarlas cuando quieran. El tercer grupo de países son los que no tienen armas nucleares pero forman parte de alianzas militares con países que sí las tienen, como la OTAN, y por tanto defienden su eventual uso.

Para combatir la proliferación nuclear horizontal, se ha recurrido a distintos enfoques. Tras la crisis de los misiles en Cuba en octubre de 1962, los países latinoamericanos crearon una zona libre de armas nucleares a través del Tratado de Tlatelolco de 1967, un ejemplo que otras regiones han seguido (África, el sudeste asiático y el Pacífico sur). De hecho, el hemisferio sur constituye una vasta zona libre de armas nucleares con excepción, naturalmente, de la alta mar.

Aparte del enfoque regional, la comunidad internacional ha venido construyendo un régimen universal de no proliferación de las armas nucleares. Y el instrumento jurídico fundamental de ese régimen es el Tratado de no proliferación (TNP), que entró en vigor en 1970. El TNP, que hoy agrupa a más de 180 naciones, fue un pacto entre los que tenían arsenales nucleares y los que no los tienen. Estos últimos se comprometieron a nunca jugar la carta nuclear a cambio de que los otros entablaran negociaciones encaminadas al desarme nuclear.

Para verificar el cumplimiento del TNP las partes cuentan con dos mecanismos. Por un lado, el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) inspecciona periódicamente las instalaciones nucleares de aquellos países que no tienen armas nucleares para asegurarse de que el material fisionable empleado en actividades con fines pacíficos no se está desviando hacia fines militares. Hoy en día dichas inspecciones son bastante rigurosas y pueden realizarse sorpresivamente.

Por otro lado, el TNP ideó un mecanismo —las llamadas conferencias quinquenales de examen— cuya finalidad principal, mas no declarada, es aquilatar los avances en el campo del desarme nuclear. Invariablemente se llega a la conclusión de que falta mucho por hacer en este terreno. Es más, en la citada opinión consultiva, la Corte Internacional de Justicia señaló que los países poseedores de armas nucleares no sólo deben emprender de buena fe dichas negociaciones sino que están obligados a *concluirlas*.

Al margen del TNP, algunas potencias nucleares han creado, junto con algunos de sus aliados más industrializados, otros mecanismos para controlar la exportación de material y maquinaria susceptible de ser empleado en la fabricación de armas nucleares. Pero no todas las compañías han cumplido con esas restricciones. Baste recordar las ventas que hicieron en la década de los años ochenta a Saddam Hussein.

Implícito en todo lo anterior es el papel del estado. Fabricar un artefacto nuclear no es nada fácil y, hasta hace unas décadas, nadie pensaba en una proliferación nuclear entre actores no estatales. El derrumbe de la Unión Soviética provocó un debate entre algunos observadores acerca de qué tan resguardado estaba su arsenal militar y si habría militares dispuestos a vender algunas armas a grupos terroristas.

Después del 11 de septiembre de 2001, más de un dirigente político ha vinculado los peligros de la proliferación nuclear con el terrorismo internacional. Hace apenas unas semanas el presidente Bush se refirió al tema en un discurso pronunciado en la National Defense University. Ahí dijo que la principal amenaza que enfrenta la humanidad es la posibilidad de un ataque secreto y sorpresivo con armas químicas o biológicas o radiológicas o nucleares. Se refirió al caso de Pakistán para subrayar la creciente facilidad con que grupos terroristas podrían adquirir en el mercado negro los materiales necesarios para fabricar armas nucleares. Recordó que Estados Unidos había propuesto, junto con una quincena de países, una iniciativa para prohibir e interceptar el transporte de materiales letales.

En ese discurso del 11 de febrero pasado, el presidente Bush anunció un ambicioso programa encaminado a detener la proliferación de armas de destrucción en masa, incluyendo las nucleares. Habló de criminalizar la proliferación y fortalecer los controles sobre la exportación de ciertos materiales. Pidió que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobara una resolución en ese sentido, anunció que iba a pedir más fondos para ayudar a Rusia a desmantelar sus arsenales e insistió en fortalecer el sistema de inspecciones del OIEA.

Al día siguiente, el director del OIEA, Mohamed ElBaradei, dijo que lo anunciado por el presidente de Estados Unidos estaba muy bien pero que había pasado en silencio algunos aspectos fundamentales del problema de la proliferación nuclear. El primero era el compromiso de los poseedores de armas nucleares de desarmarse conforme al TNP. Además, habría que examinar las causas profundas de la inseguridad, sobre todo en lugares como el Medio Oriente. Y agregó que resulta inaceptable que las potencias nucleares sigan tachando de criminales a aquellos países que tratan de hacerse de armas nucleares cuando ellas mismas las consideran indispensables para su propia seguridad. Insistió en que la única manera de combatir la proliferación nuclear es eliminando dichas armas mediante un tratado internacional, como ya se ha hecho con las otras armas de destrucción en masa —las biológicas y las químicas.

Gracias, Howard

18 de marzo de 2003

El domingo pasado, tras una campaña electoral corta y algo aburrida, los españoles le pasaron la factura al gobierno de Aznar. Convencidos de que el Partido Popular estaba utilizando la autoría de los horribles atentados del 11 de marzo con fines electorales, muchos españoles, sobre todo jóvenes, acudieron a las urnas para apoyar al PSOE. Los atentados, la torpeza del PP y la oposición a la guerra en Irak se combinaron para que el partido en el poder perdiera unas elecciones que tenía ganadas el 10 de marzo. Oposición a cómo se dio la guerra en Irak y el entusiasmo de los jóvenes fueron también dos factores importantes en el éxito inicial de Howard Dean en el muy largo proceso electoral en Estados Unidos.

Cada año bisiesto se llevan a cabo elecciones federales en los Estados Unidos. Se renueva la totalidad de la cámara de representantes y una tercera parte del senado y se elige al presidente. Para conseguir el apoyo de uno de los dos principales partidos políticos, los aspirantes a la presidencia deben contender en una serie de elecciones estatales (las llamadas primarias) que sirven para ir depurando la lista de candidatos.

No es nada fácil obtener el endoso de un partido. Para empezar, es un proceso caro que no suele favorecer a aquellos aspirantes fuera del círculo de poder en Washington y menos aún a los que se resisten a dar el brazo a torcer a los llamados intereses especiales. Luego es difícil manejarse al margen de los grupos dominantes dentro del partido y tratar de ir directamente al electorado con un mensaje fresco y atractivo. El sistema no suele permitirlo. Recuerden el caso del senador John McCain cuando, hace cuatro años, decidió irse por la libre en las primarias del partido republicano. Cuando empezó a cosechar victorias, se movilizaron los representantes de los poderosos intereses económicos de ese partido para asegurar el triunfo del entonces gobernador de Texas, George W. Bush. Y éste les devolvió el favor al nombrar a Dick Cheney como candidato a la vicepresidencia.

Este año les tocó a los miembros del partido demócrata someterse a este proceso de selección por eliminación. En otras ocasiones les ha correspondido a los del partido republicano y a veces a ambos, como ocurrió en el 2000. Todo depende si el inquilino de la Casa Blanca va de salida o pretende reelegirse.

En un principio hubo nueve aspirantes presidenciales del partido demócrata. Las encuestas iniciales favorecieron a Howard Dean, el ex gobernador del minúsculo estado de Vermont. Su espíritu independiente y estilo poco ortodoxo empezaron a calar en el electorado. Además, había acumulado unos 40 millones de dólares, casi todos recaudados con pequeñas aportaciones de un amplio número de ciudadanos. Pero muy pronto se tropezó con el aparato del partido demócrata que ciertamente prefiere a un candidato más tradicional como el senador por Massachusetts, John Forbes Kerry (¿otro JFK?). Y lo que tenía que pasar pasó. Hace quince días Kerry tenía amarrada la nominación de su partido. Resulta insólito que un candidato consiga el apoyo de su partido casi seis meses antes de la convención convocada para nominarlo y nueve meses antes de las elecciones presidenciales.

En las últimas semanas han habido repetidas muestras de la unidad del partido demócrata. Ello obedece a varias razones, pero la principal es el deseo de sacar a Bush de la Casa Blanca y el electorado demócrata pensó que Kerry, más que el simpático senador John Edwards, era el candidato mejor situado para derrotar a Bush en noviembre. Ahora habrá un largo mano a mano entre ellos.

En la prolongada campaña presidencial se intensificará el debate entre liberales y conservadores. Estos últimos están intentando, además, que los candidatos definan sus posiciones sobre una variedad de temas de la agenda social, desde el papel del cristianismo a los matrimonios entre personas del mismo sexo. En medio de este debate, reaparece otro tema que hace temblar a muchos conservadores: la creciente presencia de los hispanos (mayoritariamente mexicanos) y su resistencia a asimilarse a los usos y costumbres del país en que residen. El tema lo aborda Samuel Huntington en un texto reciente que ha causado mucho revuelo en ambos lados de la frontera. Preocupado por la creciente hispanización de su país, Huntington defiende el proyecto de nación definido a finales del siglo XVIII: blanco, anglosajón y protestante, conocido como WASP por sus siglas en inglés. Desde luego que no todos tienen que ser WASPs pero, cuando menos, deben asimilar sus valores y cultura (empezando por su idioma).

Huntington es un profesor de la universidad de Harvard que, junto con la de Yale, ha sido un semillero de políticos cuya visión del país (y del mundo) estuvo formada por profesores como él. La actual generación de dirigentes políticos tiene alrededor de 60 años y quizás sea la última con esa visión. Cuando Bush, Lieberman, Kerry y Dean estudiaron en Yale, cada año ingresaban unos mil alumnos (todavía no admitían a mujeres) cuyo perfil era un espejo de los prejuicios de la élite social de la época. Yale seguía siendo una universidad de hombres y para hombres. Unos 800 de los mil alumnos de nuevo ingreso eran blancos, protestantes y de ascendencia anglosajona. El ingreso seguía basado en sistema de cuotas que “aceptaba” la presencia de un centenar de judíos y unos 50 católicos. Sólo una treintena eran extranjeros y no había más de cinco o seis negros.

La visión WASP de Estados Unidos (y del mundo) era dominante en la universidad y aún prevalece en algunos círculos académicos, como lo demuestran los escritos de Huntington. En lo político, se refleja en el apego de Bush y Kerry al *establishment* tradicional. Por fortuna no es el caso de Dean. Y si Kerry (pese a la sombra de Ralph Nader) tiene el éxito de un Rodríguez Zapatero será, en parte, gracias al voto joven que consiguió inicialmente Dean al atreverse a decir lo que pensaba del *establishment* y de la guerra en Irak.

Poisson d'avril en marzo

1° de abril de 2004

La semana pasada Estados Unidos hizo dos cosas en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que retratan muy bien la actitud de la administración del presidente George W. Bush hacia el derecho internacional y los foros multilaterales. Primero, hace ocho días vetó un proyecto de resolución en el que el Consejo hubiera condenado a Israel por el asesinato de Ahmed Yassin, líder espiritual del movimiento de resistencia palestino Hamas. Cuando menos la Comisión de Derechos Humanos sí logró aprobar una resolución condenatoria de ese crimen cometido por un estado.

Segundo, el día anterior al veto, Estados Unidos había empezado a distribuir entre todos los miembros el Consejo de Seguridad un proyecto de resolución sobre un tema muy distinto. Elaborado en Washington, el texto pretende que el Consejo legisle a nivel mundial para criminalizar las actividades de terroristas y otros actores no estatales en el campo de la proliferación de las armas biológicas, químicas y nucleares —las armas de destrucción en masa (ADM)— y sus vectores. En particular, se refiere al tráfico ilícito de ADM y sus vectores, así como de materiales conexos. Por actor no estatal se entiende un individuo o una entidad que actúa fuera de la ley del estado. Por vector se entiende un misil, proyectil u otro sistema capaz de transportar ADM. Por material conexo se entiende materiales, equipo y tecnología que podrían utilizarse en el diseño, desarrollo, producción o uso de ADM y sus vectores.

El proyecto de resolución fue copatrocinado inicialmente por el Reino Unido (¡qué sorpresa!) y consultado previamente con los otros tres miembros permanentes (China, Francia y Rusia), todos ellos poseedores de armas nucleares. El texto recoge las propuestas presentadas el pasado 11 de febrero por el presidente Bush en su discurso en la National Defense University y ahora está siendo discutido por los demás miembros del Consejo. Ya tiene el visto bueno de España y Rumania (flamante nuevo miembro de la OTAN). Por lo tanto, los otros ocho miembros no permanentes (Angola, Alemania, Argelia, Benin, Brasil, Chile, Filipinas y Pakistán) tendrán que espabilarse y presentar sus puntos de vista, incluyendo enmiendas, sobre el fondo del asunto. Dada la importancia del tema, ojalá que el Consejo acepte la idea de llevar a cabo un debate público en el que puedan participar todos los miembros de la ONU.

El proyecto de resolución plantea varios retos a la ONU y a aquellos países que, como México, han venido abogando, no por el llamado control de las ADM, sino por su eliminación, es decir, por un genuino desarme. La comunidad internacional ya ha acordado, en sendos tratados negociados multilateralmente, eliminar las armas biológicas y químicas. Falta prohibir las nucleares.

En el pasado, el Consejo de Seguridad ha abordado el tema de la proliferación de las ADM. Pero lo ha hecho con otro enfoque. Por ejemplo, el 31 de enero de 1992, el Consejo aprobó una declaración de su presidente al término de lo que fue su primera (y, hasta hoy, única) reunión a nivel de jefes de estado o de gobierno. En dicha declaración se celebró el fin de la guerra fría y se reiteró el compromiso de todos a respetar el derecho internacional, empezando por la Carta de la ONU. Se auguró una nueva y mejor época para la ONU y se hizo hincapié en la necesidad de evitar la proliferación de las ADM y cumplir con las obligaciones en materia de desarme. Esto último no se menciona en el proyecto de resolución que ahora ha presentado Estados Unidos.

¿Qué propone el proyecto estadounidense? De aceptarse su redacción actual, el Consejo exigiría a todos los estados a aprobar leyes y aplicarlas cabalmente para prohibir que un actor no

estatal fabrique, adquiera, posea, desarrolle, transporte, transfiera o utilice ADM y sus vectores. Reconoce que quizás habrá estados que no estén en situación de hacerlo y, por tanto, insta a los estados a ayudarles a cumplir con las obligaciones emanadas de la resolución. Además, el Consejo verificaría el cumplimiento de la resolución y estaría dispuesto a tomar medidas para asegurarlo. Es más, se alienta a los estados a combatir, individual o colectivamente, el tráfico ilícito en ADM, sus vectores y materiales conexos. Ese combate podría traducirse en inspecciones arbitrarias de buques de carga en alta mar.

El proyecto estadounidense empieza afirmando que la proliferación de las ADM y sus vectores “constituye una amenaza a la paz y seguridad internacionales”. De acuerdo, pero ¿qué se entiende por proliferación? El proyecto emplea el término en función de la necesidad de evitar que otros obtengan dichas armas, es decir, con un enfoque encaminado a controlar los armamentos que dista mucho del concepto de desarme. Volvemos al debate perenne entre los que buscan el desarme y los que insisten en controlar los armamentos.

El proyecto de resolución presentado por Estados Unidos no sólo pasa en silencio la cuestión del desarme, sino que permitiría también que el Consejo de Seguridad legislara en un campo que tradicionalmente está reservado a aquellos foros multilaterales encargados de negociar acuerdos internacionales en la materia. Asimismo, autorizaría que algunos estados se arrogaran el derecho de convertirse en la policía encargada de combatir el tráfico ilícito en todo lo relativo a ADM. Además, legitimaría una serie de acuerdos sobre el control de exportaciones relativas a las ADM y sus vectores que un grupo de países, encabezados por Estados Unidos, han concluido al margen de la ONU.

Por esas y otras razones, Estados Unidos debió haber presentado su propuesta hoy, *April Fools' Day*, su día de los santos inocentes.

Ruanda

México D.F. Jueves 15 de abril de 2004

El pasado 7 de abril fue el décimo aniversario del inicio del genocidio en Ruanda. En Kigali el presidente Paul Kagame encabezó una ceremonia a la que asistieron setenta mil personas, incluyendo a muchos sobrevivientes de la masacre. En la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, otra sobreviviente recordó como durante 100 días perecieron más de 800 mil seres humanos en lo que sin duda fue la peor ola de barbarie de la historia. Recordó también que la ONU no hizo nada para prevenirla. En Ginebra, Kofi Annan, el secretario general de la organización participó en otro acto para conmemorar lo que ahora se conocerá como el día internacional de reflexión sobre el genocidio de 1994 en Ruanda. Annan anunció un plan para prevenir futuros genocidios y alertó sobre la peligrosa situación en la región de Darfur en el Sudán.

En Kigali, se reunieron no pocos jefes de estado africanos y un solo dirigente europeo, Guy Verhofstadt, el primer ministro de Bélgica, la antigua potencia colonial. Francia, que hace años reemplazó a Bélgica como el principal acreedor de Ruanda, envió a un funcionario de segundo nivel que no tardó en retirarse de la ceremonia tras escuchar al presidente ruandés repetir la acusación de que el gobierno francés había sido cómplice de las milicias hutus que cometieron esas atrocidades.

Lo cierto es que hace diez años nadie hizo nada para prevenir esa tragedia. Ni la ONU, ni ningún gobierno, ni los medios de comunicación hicieron caso de lo que estaba ocurriendo en Ruanda pese a que en todo el mundo se transmitieron por televisión imágenes de esa matanza. Lo triste es que hoy tampoco hay mucho interés en lo que ocurre o deja de ocurrir en Ruanda y otros lugares parecidos. ¿A quién le puede interesar un país de unos 8 millones de habitantes, divididos entre una mayoría hutu y una minoría tutsi, con un territorio del tamaño de Nayarit, perdido en el África oriental y con escasos recursos naturales? La respuesta es a casi nadie, como lo demuestran las primeras planas de nuestros periódicos de hace ocho días.

Ruanda se independizó de Bélgica en 1962. Tres años antes la mayoría hutu había depuesto al rey tutsi y enviado al exilio a más de 150 mil miembros de esa minoría. Los hijos de esos exiliados crearon el Frente Patriótico Ruandés (FPR) y en 1990 estalló una guerra civil.

Se sabe que a finales de 1993 un grupo extremista dentro del gobierno hutu del presidente Juvenal Habyarimana quería aterrorizar a los tutsis y aquellos hutus que consideraban demasiado moderados. Se oponían también al acuerdo de paz firmado en Arusha, Tanzania, en agosto de ese año. Para esas fechas la ONU ya había despachado a una modesta fuerza militar, la UNAMIR, de menos de tres mil efectivos para tratar de mantener la paz. Había también un contingente belga.

El detonador de la masacre fue el asesinato del presidente Habyarimana el 6 de abril de 1994. Su avión, en el que viajaba también el presidente de Burundi, fue derribado y los extremistas hutu encontraron la excusa que buscaban para iniciar la matanza. Durante los siguientes 100 días habrían de perecer 800 mil seres humanos, casi la mitad niños.

Entre los que asistieron a la ceremonia en Kigali la semana pasada se encontraba Romeo Dallaire, el general canadiense que había encabezado las fuerzas militares de la ONU. Acusó a Estados Unidos, Francia y el Reino Unido de indiferencia ante los actos de genocidio de hace una década. En efecto, por esas fechas la Casa Blanca, a sugerencia de Richard Clarke (el mismo que hace poco denunció la inacción inicial del presidente Bush en contra del terrorismo internacional) y a pesar de la opinión contraria de Madeleine Albright, la embajadora an-

te la ONU, decidió pedir el retiro inmediato de la UNAMIR. ¿Por qué? Porque los hutus habían asesinado a diez soldados belgas y Bruselas quería retirar el resto de sus tropas, pero quería compañía en su huida. Washington accedió y pidió que el Consejo de Seguridad redujera a menos de 300 el número de efectivos de UNAMIR. Y así se hizo. En Estados Unidos algunos han argumentado que la experiencia en Somalia aconsejaba abstenerse de intervenir en Ruanda. Es más, no querían seguir aumentando los presupuestos de las operaciones de mantenimiento de paz de la ONU. Lo cierto es que no había nadie en los corredores del poder en Washington que le interesara lo que acontecía en Ruanda.

Desde Kigali, Dallaire estaba pidiendo refuerzos. Es más, en enero había enviado a la ONU un mensaje urgente en el que manifestó su preocupación por el entrenamiento de milicias hutu y la acumulación de armas, incluyendo machetes. El mensaje llegó a la oficina Kofi Annan, a la sazón el subsecretario para operaciones de mantenimiento de paz, pero fue ignorado. Cuando Dallaire pidió autorización para registrar los lugares donde los hutus escondían sus armas, Annan se la negó.

En julio de 1994 el FPR, encabezado por Paul Kagame, entró en Kigali y puso fin a la masacre y a más de treinta años de gobiernos hutu. Huyeron de Ruanda más de dos millones de hutus y poco después se estableció el Tribunal penal internacional para Ruanda que entró en funciones en 1996.

Sólo Bélgica y Sudáfrica han pedido perdón por su inacción ante el genocidio en Ruanda. “Todos fracasamos en nuestra misión —dijo el primer ministro Verhofstadt— en vez de quedarnos y asumir nuestra responsabilidad, preferimos ignorar el horror. Incumplimos nuestro más elemental deber de humanidad”.

Alcaldes para la paz

29 de abril de 2004

El anhelo de toda sociedad es vivir y desarrollarse en paz. Y la primera obligación de todo mandatario es velar por la seguridad y el bienestar de sus conciudadanos. Para lograrlo es menester crear las condiciones necesarias. En Irak, Estados Unidos está aprendiendo cuán difícil es esa tarea. En Brasil, el estado de Río de Janeiro ha recurrido a las autoridades federales para lograrlo. En todas partes y a todos los niveles -municipal, estatal y federal- la seguridad es la condición *sine qua non* para que los gobernados midan el éxito de los gobernantes.

Ese es el punto de partida de una agrupación de alcaldes que encabeza Tadatoshi Akiba, de Hiroshima. Ese movimiento nació en 1982 y hoy abarca a casi 600 ciudades en más de 100 países. Está muy identificado con los esfuerzos encaminados a la eliminación de las armas nucleares de las organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil en general.

Akiba es el primer alcalde de Hiroshima que nació después del 6 de agosto de 1945, es decir, no es *hibakusha*, como se conoce a los sobrevivientes de la bomba atómica que destruyó la ciudad en esa fecha y la de Nagasaki tres días después. Es natural, por lo tanto, que uno de los propósitos de los alcaldes sea asegurar que el mundo no se olvide de la pulverización de esas dos ciudades y la incineración de buena parte de sus habitantes hace casi seis décadas.

Hoy quedan unos 90 mil *hibakusha* en Hiroshima y otros 60 mil en Nagasaki. Su promedio de edad es de 70 años. En unas décadas habrán desaparecido por completo y el alcalde Akiba está empeñado en que no desaparezca también la memoria histórica de esas víctimas. Compara el caso con el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Este último cuenta con museos y monumentos en todo mundo. En no pocas universidades se otorgan grados académicos en estudios sobre el holocausto. No hay nada parecido para Hiroshima y Nagasaki, aparte de los museos y eventos anuales en esas dos ciudades.

En octubre del año pasado, el comité ejecutivo de los alcaldes para la paz decidió emprender una campaña de emergencia para abolir las armas nucleares. La campaña se vinculó con la conferencia quinquenal de las partes en el tratado sobre la no proliferación de armas nucleares (TNP), a celebrarse en Nueva York en abril de 2005. La idea es que un centenar de alcaldes acuda a esa conferencia para ejercer presión sobre las delegaciones gubernamentales. También se organizarán actos públicos en Hiroshima y Nagasaki en agosto del año entrante: 60 aniversario de las bombas atómicas.

En estos días se está llevando a cabo en Nueva York la última etapa de los trabajos preparatorios de la conferencia de 2005 del TNP. Una veintena de alcaldes acompañó a Akiba en una ronda de reuniones con altos funcionarios de la ONU, representantes de los 188 estados que han ratificado el TNP y portavoces de las numerosas organizaciones no gubernamentales que el 1º de mayo participarán en una manifestación para exigir la abolición de las armas nucleares.

¿Por qué se vincularon los alcaldes con el TNP? Principalmente por dos razones. La primera es que se trata del único instrumento multilateral en que las naciones poseedoras de armas nucleares se han comprometido a lograr acuerdos para su eliminación total. De hecho, el TNP, que entró en vigor en 1970, es considerado la piedra angular del régimen para la no proliferación de dichas armas. Y aquí hay que insistir en el doble sentido de no proliferación: la no proliferación horizontal (prevenir que otros país las adquieran) y la vertical (asegurar que los que ya las tienen se desarmen).

La segunda razón es que el TNP cuenta con un mecanismo que obliga a las partes a examinar cada cinco años el cumplimiento de sus disposiciones. Y el tema central de esas reuniones quinquenales es el desarme nuclear.

Los alcaldes para la paz buscan involucrar a la sociedad civil en general y a sus ciudades en particular en los esfuerzos por lograr la abolición de las armas nucleares. Y en esta lucha el legado humano de los *hibakusha* resulta indispensable.

Los alcaldes también están demostrando que las ciudades pueden jugar un papel activo en la búsqueda de soluciones a los grandes problemas internacionales. Y el tema del desarme nuclear es demasiado importante para dejarlo sólo en manos de los gobiernos nacionales. Es necesario movilizar a la sociedad civil, y las ciudades son un buen vehículo para hacerlo.

Dentro de un año, los alcaldes para la paz regresarán a Nueva York para insistir en la necesidad de que se inicien negociaciones para la eliminación de las armas nucleares. Su delegación estará encabezada por un grupo de 10 o 15 alcaldes de las ciudades más pobladas del mundo. Ojalá que nuestra ciudad forme parte de ese grupo.

Rudeza innecesaria

4 de mayo de 2004

La celeridad con que el gobierno cubano deportó a Carlos Ahumada sorprendió a muchos funcionarios del gobierno mexicano. Pensaron que el proceso de extradición iniciado por nuestro país llevaría meses y quizás hasta años. Nadie pensó que terminaría tan rápido. El regreso de Ahumada llega en un momento delicado en el ya prolongado pleito entre el PAN y el PRD y entre el presidente de la república y el jefe de gobierno capitalino. Pero su regreso a México se inserta también en otro pleito, el de las relaciones políticas entre México y Cuba, que se agravó pero no se inició con la llegada de la administración de Vicente Fox. Los dos pleitos parecían independientes el uno del otro, pero ahora Ahumada se ha encargado de entrelazarlos.

Cuba —sus habitantes, su historia, su revolución y sus indiscutibles logros sociales— ocupa un lugar muy especial en el ser colectivo de los mexicanos. Sólo Estados Unidos (y, en épocas pasadas, España) despierta una reacción parecida (mas no idéntica) entre nosotros. A veces vemos en Cuba lo que pudo haber sido la revolución mexicana, a veces nos identificamos con Cuba cuando vemos los repetidos actos de agresión en su contra por las mismas fuerzas que nos agredieron en el pasado. Querámoslo o no, lo que ocurre en Cuba y entre nuestros dirigentes políticos nos afecta, a veces de manera muy directa.

En los últimos años hemos sido testigos de repetidas muestras de falta de oficio de los encargados de conducir nuestras relaciones con Cuba. La lista es larga. Con el presidente Zedillo hubo un claro distanciamiento, pero le correspondió al primer canciller de Fox conducir la política hacia Cuba que, partiendo de una vigorosa acción en materia de derechos humanos, se mezcló. Desafortunadamente, con un resentimiento personal hacia los dirigentes cubanos, dejando así en la cuneta cuatro décadas de cuidadosa práctica diplomática. Como en toda relación de amistad y respeto, hubo altibajos en esos cuarenta años. Pero la cancillería supo actuar de manera que se preservara lo fundamental. El gobierno cubano hizo lo propio. Hubo casos de espionaje de México en Cuba, diferencias en no pocos temas de derechos humanos y acusaciones de injerencia de cubanos en las turbulencias sociales en México. Sobre México y los derechos humanos en Cuba hablaremos en nuestro próximo artículo quincenal. Ahora abordaremos algunos aspectos de la relación entre nuestros dos países.

El meollo del asunto parecería ser que nuestros gobernantes recientes no han sabido reconciliar el supuesto “paso a la modernidad” de México con nuestros lazos tradicionales de amistad con Cuba. Los dirigentes cubanos siempre han tenido muy presente nuestra difícil interacción con Estados Unidos. Nosotros también supimos encontrar la manera de asegurar una buena relación con Cuba y Estados Unidos. Pero desde antes del 2000 empezamos a confundir la gimnasia con la magnesita y pensamos que un apretón de manos con Fidel Castro podría disminuir la inversión extranjera en México. Peor aún, la consigna parece ser que no se vaya a enojar Washington.

Independientemente de las consecuencias que pueda tener para el gobierno mexicano la deportación de Ahumada a nuestro país, no cabe duda de que nuestras autoridades están actuando con poco tino en el manejo de nuestras relaciones con Cuba.

Hace un cuarto de siglo, en vísperas de la cumbre norte/sur que México, junto con Austria, organizó en Cancún, fue menester informar a Castro de que no sería invitado a la misma, pese a su condición de presidente del movimiento de países no alineados. Se sabía que el presidente Reagan no vendría a Cancún en octubre de 1981 si estaba Castro. ¿Qué hizo el presi-

dente López Portillo? Ciertamente no le habló por teléfono. Le escribió una carta y le pidió a su secretario de relaciones exteriores que se la entregara personalmente. En el curso de una entrevista maratónica que duró buena parte de una noche, Jorge Castañeda (padre) pudo entablar un diálogo con Castro y se retiró tan amigo del comandante como antes de su llegada a La Habana. Dos décadas después tuvimos el desaguisado de la cumbre de Monterrey. La diferencia entre ambas cumbres fue que la primera la organizó México y como anfitrión pudo seleccionar a los invitados, mientras que la segunda fue una cumbre de las Naciones Unidas que se celebró en México. Por tanto, cualquier miembro de la ONU pudo asistir sin necesidad de ser invitado. Pero también hubiera sido preferible que se entablara un diálogo con Castro antes de la reunión.

En el momento actual, hubiera sido aconsejable que, tras la deportación de Ahumada, el presidente Fox hubiera despachado a alguien de su confianza para platicar con las autoridades cubanas sobre este caso. No hay que olvidar que Fox es el presidente de todos los mexicanos y somos muchos los que pensamos que las relaciones con Cuba no deben convertirse en una víctima de los pleitos entre los partidos políticos.

Tormenta ginebrina

13 de mayo de 2004

La semana pasada el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas reeligió a México por otro trienio (2005-2007) como miembro de la Comisión de Derechos Humanos (CDH). Hemos sido miembro de este foro de composición restringida ininterrumpidamente desde 1981. Antes lo habíamos sido entre 1955 y 1960 y de 1971 a 1973. Nuestro reingreso en 1981 obedeció a la política activa que, en materia de derechos humanos, llevó a cabo el gobierno del presidente López Portillo. Durante la segunda mitad de su sexenio y a instancias de su canciller, nuestro país ratificó un buen número de instrumentos multilaterales sobre la materia. Para darle mayor realce a nuestra participación en la CDH, se designó a don Luis Padilla Nervo como jefe de la delegación y al embajador Antonio González de León como su alterno.

Desde hace casi seis décadas la CDH se ha venido reuniendo en Ginebra cuando menos una vez al año durante seis semanas al principio de la primavera. Es una de las reuniones más folclóricas de la ONU. Son muchas las propuestas que se presentan y muchas las organizaciones no gubernamentales que asedian a los delegados. Son muchas también las presiones sobre los gobiernos ahí representados y cada uno tiene su agenda particular y su blanco predilecto.

Durante la década de los años ochenta, la delegación mexicana, junto con algunas europeas, abogó por el respeto a los derechos humanos en el Chile de Pinochet. Año tras año la CDH aprobó sendas resoluciones condenando a ese régimen. No recuerdo que en esa época en México se haya criticado al gobierno por su postura abiertamente intervencionista en los asuntos internos chilenos (como antes lo había hecho en las postrimerías del franquismo).

El fin de la guerra fría tuvo un fuerte impacto en los trabajos de la CDH. El equilibrio de fuerzas dentro de la comisión cambió cuando los países del antiguo bloque de Europa oriental se pasaron al bando occidental. Aparecieron (o reaparecieron) ciertas cuestiones que la guerra fría había impedido que se examinaran en la CDH.

En la CDH persiste una dicotomía que ha caracterizado durante décadas cualquier discusión en torno a los derechos humanos. Hay gobiernos que defienden más los llamados derechos humanos colectivos, incluyendo el derecho al desarrollo, mientras que otros han privilegiado las llamadas garantías individuales. Estos últimos suelen preocuparse más por el estado que guardan los derechos humanos en un determinado país e invariablemente, por bien intencionada que sea la propuesta, acaba por politizar la cuestión. Los casos nacionales son, por lo tanto, los más tormentosos en Ginebra.

Antes de abordar algunos aspectos de lo ocurrido este año en la CDH, hay que señalar que en sus trabajos se abusa de una práctica parlamentaria a la que también se recurre en otros órganos de la ONU: la moción de no acción. Ante un proyecto de resolución que quizás fuera aprobado si se sometiera a votación, cualquiera de las 53 delegaciones que integran la comisión puede pedir que no se proceda a una votación. Entonces la comisión se pronuncia sobre esa moción de no acción. Siempre he pensado que, al margen de los méritos de la propuesta de fondo, debería evitarse esta práctica que equivale a tratar de imponer una mordaza a la CDH. No debe negársele a las delegaciones su derecho a pronunciarse sobre una propuesta de fondo por incómoda que pueda resultar.

En la pasada sesión de la CDH hubo cuando menos cuatro mociones de no acción. Tres lograron su propósito y, por ende, la comisión no pudo pronunciarse sobre los proyectos de re-

solución sobre la situación de los derechos humanos en China, Zimbabwe y Sudán. En el caso de este último, la CDH logró aprobar un proyecto distinto. La cuarta moción fue derrotada y la CDH pudo dictaminar sobre la situación en Belarús. Aquí nuestro país se abstuvo en la moción para luego apoyó la resolución. Por otro lado, la comisión rechazó (con la abstención de México) un proyecto de resolución sobre la situación en Chechenia. De hecho, México se abstuvo en todas las mociones de no acción. Por lo tanto, no dio color en los casos de China, Zimbabwe y Chechenia.

Si la cantidad de resoluciones es un indicio de productividad, entonces la pasada sesión de la CDH fue todo un éxito. Aprobó 91 resoluciones, de las cuales 40 se sometieron a una votación: 31 se aceptaron con más de 30 votos a favor, mientras que sólo 9 se aprobaron con menos de 30 votos afirmativos. De éstas, la relativa a Cuba fue sin duda la más peleada (22 a favor, 21 en contra y 10 abstenciones).

Hace más de una década que la CDH se viene pronunciando de una manera u otra sobre el caso de los derechos humanos en Cuba. En el pasado México se había rehusado a apoyar los textos presentados por diversos países, casi todos obrando a control remoto de Estados Unidos. Esa práctica de abstención se siguió en el 2001. En la cancillería hubo algunos funcionarios que abogaron por un voto condenatorio de Cuba, entre otras razones para marcar una diferencia con los gobiernos anteriores. Pero prevaleció la cordura, inspirada en parte en una razón de índole práctica: México aspiraba ingresar al Consejo de Seguridad y Cuba nos iba a ayudar a lograrlo, sobre todo abogando por nuestra causa entre los países africanos. Al año siguiente, habiendo ingresado al Consejo, pasamos de una abstención a un voto afirmativo, mismo que repetimos en 2003 y el mes pasado en Ginebra. Una vez más nuestro voto provocó la ira de La Habana y sirvió para complicar el actual sainete político que estamos padeciendo.

Cumbritis

27 de mayo de 2004

El mundo atraviesa por un momento muy complicado y los próximos quince días nos servirán para medir la voluntad política de algunos de los principales actores internacionales. Desde el lunes pasado el Consejo de Seguridad viene examinando un proyecto de resolución presentado por Estados Unidos y el Reino Unido con miras a “internacionalizar” su ocupación de Irak y ayudarlos a sacar el buey de la barranca.

Mañana se inicia en Guadalajara la tercera cumbre de la Unión Europea (UE) y América Latina y el Caribe y no parece haber indicios de que sus resultados vayan más allá de la retórica ya muy conocida desde las cumbres de Río de Janeiro de 1999 y Madrid de 2002. Se hablará del tema de la cohesión social y de la necesidad de establecer de una alianza estratégica entre las dos regiones. La UE está bien organizada y trae un equipo con diez jugadores adicionales. América Latina y el Caribe, en cambio, aún no ha logrado ponerse de acuerdo sobre qué tipo de relación quiere con la UE. La cumbre de Guadalajara será eclipsada muy pronto por otras cumbres. De hecho estamos pasando por una época de *cumbritis* aguda.

El 6 de junio habrá un encuentro masivo en Normandía para conmemorar los 60 años del desembarco de los aliados. Fue el principio del fin de la segunda guerra mundial y de las potencias del eje. Cada diez años los dirigentes de los países que participaron en esa epopeya han encabezado las ceremonias. Para muchos veteranos, ya octogenarios, quizás sea la última a la que acudan. Pero, para los estadounidenses, tendrá un significado especial ya que se llevará a cabo una semana después de la inauguración del monumento dedicado a los que lucharon en la segunda guerra mundial. No deja de ser extraño que Washington, una ciudad repleta de monumentos, haya tardado tanto en reconocer su esfuerzo. Hace años que los que combatieron en Corea y Vietnam tienen sus monumentos.

Otro aspecto importante de la ceremonia en Normandía será la presencia de Gerhard Schroeder y Valdimir Putin. Es la primera vez que los dirigentes de Alemania y Rusia han sido invitados. Los tiempos han cambiado.

Además, del 8 al 10 de junio se llevará a cabo en Sea Island (en el estado de Georgia) una cumbre más del G-8. Unos días antes, el 3 de junio, habrá una sesión de OPEP para examinar lo que está ocurriendo en los mercados de petróleo. A ver si los demás miembros de esa organización hacen caso de la propuesta de Arabia Saudita encaminada a bajar el precio de la gasolina en este año en que el presidente Bush busca su reelección.

El intento de involucrar a la ONU en Irak es una confesión de que la ocupación de ese país ha sido un fracaso, además de un escándalo mayúsculo para quienes se ostentan como los grandes defensores de los derechos humanos. También es un esfuerzo por encubrir la ilegalidad de la invasión de hace un año. El desprecio por el derecho internacional de la administración del presidente Bush, en particular de su secretario de defensa, es en parte el producto de una confusión jurídica muy generalizada. Un ejemplo. Hace unas semanas el senado de Estados Unidos ratificó a John D. Negroponte como embajador ante el gobierno de Irak. Y aquí aparece Kafka (u Orwell, si se quiere). Cuando se quiere enviar a un embajador a un país, lo primero que se hace es consultar si la persona que ocuparía el cargo es aceptable para el gobierno receptor. Esto se hace discretamente por la vía diplomática. Pues bien, ¿a qué gobierno se le consultó el nombramiento de Negroponte?

El derecho internacional simplemente no es un referente válido para Washington. De ahí que Rumsfeld afirme que los convenios de Ginebra de 1949 no se pueden aplicar en Irak. De ahí

también que Estados Unidos insista en que su personal en ese país no puede acabar en la Corte Penal Internacional. A quince meses de la invasión y a un año de que el presidente Bush proclamara el fin de la fase armada de la ocupación, el proyecto sometido al Consejo de Seguridad “determina que la situación en Irak sigue constituyendo una amenaza a la paz y seguridad internacionales”. ¿Cómo es posible que, tras una invasión militar relativamente fácil, “la situación en Irak” esté tan enredada? Y ahora quieren que la comunidad internacional aporte una fuerza multinacional, contingentes militares, personal civil y muchos fondos para la reconstrucción de Irak.

Así que la próxima quincena pinta entretenida. Se irá definiendo la llamada transición en Irak. Varios dirigentes europeos se la pasarán viajando: primero a Guadalajara, luego a Normandía y otro brinco trasatlántico para llegar a Sea Island. Para algunos de ellos será cosa de sonreír mucho mientras guardan su distancia de Washington o aceptan un reacomodo.

En Guadalajara veremos como los países ricos de la UE dirán que los fondos de que disponen se irán hacia los de recién ingreso antes que a otras regiones. En Nueva York veremos hasta dónde países como Rusia, Francia, Alemania y España (ahora con Rodríguez Zapatero) están dispuestos a echarle la mano a la coalición encabezada por Estados Unidos en Irak. Veremos también hasta dónde la OPEP está dispuesta a propiciar la reelección de Bush. Y veremos a Bush, rodeado de otros jefes de estado o de gobierno, recordando (y quizás envidiando) la hazaña del 6 de junio de 1944, para luego encontrarlo en Sea Island, encabezando otra reunión de los países más ricos y digiriendo lo que pasó o dejó de pasar en el Consejo de Seguridad de la ONU y en la reunión de la OPEP.

Mercenarios modernos

10 de junio de 2004

El escándalo inicial y ahora crisis mayúscula del abuso y tortura en la prisión Abu Ghraib cerca de Bagdad ha tenido consecuencias inesperadas. Ha sacado a la luz pública un aspecto poco conocido de la invasión de Irak por las fuerzas de la coalición encabezada por Estados Unidos.

Ahora resulta que, entre los acusados inicialmente de malos tratos a prisioneros, figuran dos individuos que no son miembros de las fuerzas armadas estadounidenses. Son parte de un creciente cuerpo de civiles contratados por el Pentágono. Se sabe que, tan solo en actividades de seguridad en Irak, hay unos 20 mil empleados que han sido reclutados a través de compañías privadas, los llamados “contratistas militares”. Por ejemplo, los encargados de la seguridad personal de L. Paul Bremer son ciudadanos particulares.

Para poder trabajar para en el ejército estadounidense en tareas de seguridad, análisis político, interrogaciones a presos y traducción, es menester contar con una autorización previa del gobierno. Actualmente hay arriba de 200 mil individuos esperando esa certificación del Pentágono. El trámite tarda un año.

Uno de los civiles acusados en el caso de la cárcel de Abu Ghraib es un traductor contratado de una compañía vinculada a la Titan Corporation, con sede en San Diego, California. Fundada en 1981, Titan es un proveedor de servicios y productos militares. Es un negocio exitoso ya que en el primer trimestre de este año obtuvo ganancias por más de 450 millones de dólares, un incremento del 21%.

Con el fin de la *guerra fría*, se ha venido acelerando el desarrollo de una nueva y poco conocida industria. Se trata de compañías proveedoras de servicios militares privados que se agrupan bajo el rubro de la industria militar privatizada. Por ejemplo, hace un par de años el Foreign Office publicó un estudio en el que señalaba la posibilidad de que el gobierno británico recurriera a los servicios de una compañía privada en un conflicto o que lo hiciera una organización internacional como la ONU.

No se trata de mercenarios en el sentido clásico de la palabra. Esos son los que se inmiscuyeron en las crisis que vivieron varios países africanos tras su independencia. Tampoco son como los veteranos de playa Girón y Viet Nam que luego aparecieron en las guerras centroamericanas de hace dos décadas. Los mercenarios de hoy son personas que no sólo han recibido un buen entrenamiento y están bien organizadas, sino que forman parte de una compañía legalmente constituida que ofrece sus servicios a gobiernos, grandes corporaciones y organizaciones no gubernamentales.

El estudio más completo de esta industria militar privatizada quizás sea el libro que publicó el año pasado Peter Singer, titulado *Corporate Warriors*. En un mundo en que los ejércitos de las principales potencias militares no se dan abasto, no es extraño que muchos dirigentes políticos empiecen a pensar en contratistas militares. Pero una cosa es proporcionar ayuda logística, inteligencia militar, tareas policíacas, intérpretes o alimentos y otra, muy distinta, es participar en operaciones de combate. Y aquí es donde Singer insiste en la necesidad de establecer unas reglas del juego claras. Cuando los integrantes de un ejército nacional cometen crímenes de guerra, su propio ejército se encarga de juzgarlos. Pero ¿quién juzga a los contratistas, sobre todo cuando son de diversas nacionalidades? Singer también plantea la posibilidad, al igual que el Foreign Office, que quizás sería útil que la ONU considerara contra-

tar a compañías militares privadas para llevar a cabo aquellas operaciones de mantenimiento de paz en las que los miembros de la organización se resisten a participar.

No son muchas las compañías que han participado en combates. Una de ellas se llamaba Executive Outcomes (EO). Participó en varias operaciones militares en África y tuvo un sonado éxito en Sierra Leona cuando, en 1995, evitó la derrota del ejército del gobierno ante los rebeldes del Frente Revolucionario Unido (FRU). EO había sido contratado por el gobierno de Sierra Leona por tres meses, pero logró sus objetivos en un par de semanas.

Fundada en 1989, EO tenía su sede en Sudáfrica. Con el fin del régimen del *apartheid*, reclutó a muchos militares de la South African Defence Force a los que les pagaba muy bien. De pronto, a finales de 1998, EO dejó de existir. Nunca se supo la razón de su desaparición pero se cree que su imagen de ejército de la era del *apartheid* no era compatible con los esfuerzos del gobierno de Nelson Mandela.

Hoy en día hay varios centenares de compañías como EO. Operan en más de 100 países y sus ganancias anuales suman más de 100 mil millones de dólares. En México, como en Colombia, se dice que hay compañías militares privadas que asesoran a algunos de los cárteles de drogas. Algunas corporaciones grandes de nuestro país, como José Cuervo, han contratado a ejércitos privados. Pero hay una afirmación en el libro de Singer que preocupa más y quizás amerite una investigación a fondo. Dice que "... el gobierno mexicano negoció con Executive Outcomes para conseguir ayuda para apaciguar la rebelión en Chiapas". ¿Será cierto?

Carta de Barcelona

24 de junio de 2004

Entre mayo y septiembre se está llevando a cabo en Barcelona el Fórum de culturas 2004, un mega evento quizás sin precedente histórico. A esta ciudad siempre le han gustado las ferias. Cada año se dan cita en aquí ciudad decenas de agrupaciones comerciales que exponen en la Fira (feria en catalán) sus productos, desde libros a alimentos, pasando por desfiles de modas, antigüedades y juguetes. En 1888 y 1929 hubo exposiciones universales que, al igual que los juegos olímpicos de 1992, sirvieron de acicate para un sinnúmero de importantes proyectos arquitectónicos y obras públicas. Pero no se tiene memoria de algo parecido al Fórum 2004.

Desde hace casi una década se ha venido organizando el Fórum en estrecha colaboración con la UNESCO y con el apoyo del gobierno catalán y de la ciudad, así como del gobierno español. Durante más de 20 semanas se llevarán a cabo una notable variedad de eventos, incluyendo mesas redondas, espectáculos, juegos, exhibiciones, muestras culinarias, etcétera.

El Fórum gira en torno a tres ejes, acordados por la UNESCO: diversidad cultural, desarrollo sostenible y condiciones de paz. Diversas instituciones internacionales han decidido celebrar su reunión anual en Barcelona y se han hecho cargo de organizar los llamados “diálogos” o mesas redondas. Tal es el caso del International Peace Bureau (IPB), cuya sede está en Ginebra. Junto con la Fundació per la Pau de Barcelona, el IPB ha organizado del 23 al 27 de este mes un diálogo bajo el lema “Hacia un mundo sin violencia”.

Los temas centrales de ese diálogo son cinco: la prevención y la resolución no violenta de los conflictos armados, la economía y los preparativos de guerra, el desarme, la diseminación por todo el mundo de programas de educación para la paz, y el concepto de la seguridad humana. El cuarto tema está muy vinculado a la UNESCO y Federico Mayor lo impulsó mucho cuando fue su director general.

El Fórum es parte de un proyecto urbanístico para desarrollar algunos barrios del litoral al norte de la ciudad. Y se invirtieron cantidades fuertes. La meta del proyecto fue prolongar la Diagonal, la principal avenida de Barcelona, hasta el mar. Y ha sido todo un éxito. Cuando menos esa es la opinión mayoritaria. Sin embargo, no todos los habitantes de esta ciudad opinan lo mismo del Fórum.

Para empezar, se dice que lo que ocurre dentro del Fórum, sobre todo los diálogos, no se conoce fuera de ese recinto. El resto de la ciudad no se entera de nada o casi nada. El problema es que para entrar al recinto hay que pagar el equivalente a 300 pesos. Una vez dentro siguen los gastos. Por ejemplo, la entrada a una de las sesiones de los diálogos puede llegar a costar 800 pesos. Los espectáculos tampoco son baratos. El resultado es que la asistencia no es muy alta. Dicen que más de 700 mil personas ya han visitado el Fórum. Pero entre esos visitantes hay muchos niños cuyas escuelas los llevan a pasear a un lugar que algunos críticos equiparan a un parque de atracciones.

Pese a sus detractores, el Fórum ha despertado el mimetismo de otras ciudades y en unos años habrá otro. Entre los candidatos está Monterrey y sus autoridades han propuesto como tema central las ciencias del conocimiento y el desarrollo económico. Hace poco estuvieron en Barcelona unos funcionarios regiomontanos para conocer de cerca lo que se hizo para el Fórum 2004.

Es obvio que el Fórum 2004 ha sido un experimento. Como tal, ha tenido efectos positivos y otros no tan positivos. Como parte de un magno proyecto urbano ha servido para estimular el

desarrollo de una parte olvidada de Barcelona. Como manifestación artística y cultural quizás haya resultado demasiado ambicioso. Si la entrada al Fórum y a sus distintos eventos fuera gratis (o muy barata) la relación entre éste y los habitantes de Barcelona quizás hubiera resultado menos difusa.

Hay muchos aspectos del Fórum que los organizadores de eventos parecidos deberán tener presente. Quizás el más importante sea el impacto que pueda tener sobre la ciudadanía. No es posible organizar un evento que dura tanto y abarca mucho sin asegurar que los habitantes de la ciudad tengan acceso fácil y puedan sentir que de alguna manera están participando en el mismo. Convertir un evento como éste en un negocio no es aconsejable. Un ejemplo bastará.

En un principio los visitantes al Fórum no podían entrar con comida o bebidas. Por otro lado, si salían del recinto y luego querían regresar, se les volvía a cobrar la entrada. Esta práctica convertía a los visitantes en clientes obligados de los restaurantes del Fórum. Hubo protestas y los organizadores tuvieron que ceder. Ahora uno puede entrar con su torta y refresco y, si decide salir, puede regresar sin tener que pagar otra entrada.

Títeres

8 de julio de 2004

Tal fue la prisa de L. Paul Bremer por salir de Bagdad que el procónsul estadounidense se trepó a un avión a escasas horas de haber traspasado la soberanía de Irak al primer ministro interino, Iyad Allawi. Y lo hizo dos días antes de la fecha prevista. Poco después llegaba a Bagdad John Negroponte, el nuevo titiritero disfrazado de embajador.

Que raro (y hasta feo) suena la frase “traspaso de soberanía”. Este periódico utilizó la expresión transferencia de poder que quizás sea mejor pero tampoco convence. Algunos portavoces de las fuerzas de ocupación hablaron inclusive del traspaso de “plena soberanía”, como si se tratara de un bien material, algo tangible que se puede cuantificar. Al igual que una mujer no puede estar parcialmente embarazada, un país es soberano o no lo es. Y la soberanía emana del pueblo y reside en él y la ejercen sus representantes.

Es obvio que el gobierno de Allawi no es soberano. Pero, por si acaso pensara que lo es, Bremer se encargó de atarle las manos. Bremer gobernó a basa de decretos y promulgó más de cien en total. En uno de los últimos se decreta que no podrán ser candidatos a cargos de elección popular los miembros de partidos políticos vinculados con milicias armadas. En otro decreto, Bremer aseguró que la inmunidad que tenían los 160 mil soldados de la coalición hasta el 28 de junio no sólo continuará durante el gobierno interino, sino que también se hará extensiva a miles de agentes de seguridad y al resto del personal privado contratado por la fuerza multinacional.

De hecho, las leyes decretadas por la ya disuelta Autoridad Provisional de la Coalición (APC) seguirán en vigor hasta bien entrado el 2005 cuando, se supone, los iraquíes se dotarán de un gobierno federal democrático. En teoría el gobierno interino podría modificar y hasta anular las leyes emanadas de la ocupación. Al parecer el gabinete interino ya decidió reinstaurar la pena de muerte, suspendida por Bremer pero que muchos iraquíes quisieran se le aplicara a Saddam Hussein. Sin embargo, para cambiar muchas de las leyes es menester el voto favorable de dos tercios de la asamblea nacional interina que habrá de constituirse por recomendación de una asamblea de notables que aún no ha sido convocada.

Lo más probable es que muchas de las leyes Bremer sigan en vigor, ahora bajo la mirada del embajador de Estados Unidos. De hecho, Negroponte encabezarará una embajada en la que trabajarán más de 3 mil personas, más del doble de todo el personal del servicio exterior mexicano.

El caso del juicio a Saddam Hussein es el ejemplo más claro de que el poder que ejercía la APC, como potencia ocupante, lo sigue ejerciendo Estados Unidos. En una descarada manipulación de los medios, Saddam Hussein compareció ante un juez iraquí. Pero hasta ahí llegó el ejercicio de soberanía, ya que todo lo demás fue orquestado por militares estadounidenses. Éstos primero se negaron a permitir que el video se pasara con audio pero luego tuvieron que rectificar.

El supuesto traspaso de soberanía ha afectado la condición jurídica de Saddam Hussein. Él y los demás detenidos por Estados Unidos han dejado de ser prisioneros de guerra, protegidos por los convenios de Ginebra. Al concluir un conflicto los prisioneros deben ser liberados a menos que hayan sido acusados de algún crimen. Saddam y once sus colaboradores fueron acusados formalmente por el juez iraquí. Se le imputan “crímenes contra la humanidad” por el gaseamiento de kurdos en el norte de Irak en 1988, el aplastamiento de la rebelión chíf al

sur del país en 1991, el enterramiento de opositores en fosas comunes en 1991, la guerra contra Irán (1980-1988) y la invasión de Kuwait en 1990.

Se anunció que Irak tenía la custodia legal de Saddam. Pero la custodia real sigue en manos de Estados Unidos. Es más, al parecer, ni siquiera lo tienen preso en su país. Se dice que está encarcelado en Qatar.

El primer ministro Iyad Allawi no la tiene fácil. Debe simular independencia cuando depende totalmente de Estados Unidos. Tras trabajar con Saddam Hussein en su partido Baaz se marchó al exilio donde colaboró con los servicios de inteligencia de Washington y Londres. Experiencia no le falta.

Los próximos meses serán complicados para los iraquíes. Su país está custodiado por Estados Unidos cuyo presidente estará cada vez más preocupado por su reelección que por el bienestar de los iraquíes. Y la situación en Irak se puede complicar aún más.

Siguen actuando pandillas organizadas y grupos fieles a Saddam. Cada día hay un nuevo recordatorio de que aún están activos. Parte del territorio nacional está bajo el control de fuerzas contrarias a la ocupación. La ciudad de Fallujah es una isla independiente. Hay grupos de oposición que Allawi quiere incorporar a su gobierno. Se habla, inclusive, de antiguos miembros del partido Baaz.

Estados Unidos ha montado un circo en Irak que habrá de durar hasta que haya elecciones democráticas a principios de 2005. Por ahora, será necesario seguir con la ficción de un Irak soberano.

México y el desarme

22 de julio de 2004

Voy a resistir la tentación de comentar lo que se ha convertido en el pasatiempo predilecto de los medios de comunicación: pegarle al gobierno en general y al presidente en particular. También dejaré para otra ocasión una respuesta a las preguntas de algunos lectores acerca de qué es Desarmex. Platicaré, en cambio, sobre el papel de México en el desarme, un tema poco conocido en nuestro país y en la propia cancillería pero muy reconocido en los foros multilaterales.

¿Cómo fue que nuestro país cobró buena fama en los esfuerzos de las Naciones Unidas en el campo del desarme? Parte de la respuesta es muy sencilla. México ha sido una de las naciones más fieles a los principios y propósitos de la ONU. Y el desarme, junto con la descolonización, los derechos humanos y el desarrollo socioeconómico, constituye una de las principales metas de la organización. Abogar por el desarme es procurar un mundo menos violento y más justo.

Otra parte de la respuesta no es tan sencilla. El gobierno federal nunca decidió que nuestro país desempeñara un papel proactivo en los esfuerzos multilaterales de desarme. El gobierno tampoco intentó convertir el desarme en un capítulo central de su política exterior. Por ejemplo, no sé de ningún presidente que haya planteado la cuestión del desarme a su contraparte estadounidense. Y aquí incluyo a Miguel de la Madrid que participó activamente en un grupo de seis países que propugnaron el desarme nuclear. Ojalá me equivoque y que sí haya mencionado el tema en alguna plática con Ronald Reagan.

Lo cierto es que México se empezó a identificar con la causa del desarme casi por accidente. Corrían los últimos años de la década de los cincuenta (y los primeros del sexenio de Adolfo López Mateos) cuando el ex canciller Luis Padilla Nervo regresó a Nueva York como representante permanente ante la ONU y se hizo amigo de su colega de la India, el embajador Arthur Lall. La guerra fría estaba en pleno auge y la desenfrenada carrera de armamentos llegaba a su cenit y amenazaba con extenderse al espacio ultraterrestre.

Desde un principio el Consejo de Seguridad había establecido sendos comités para las armas nucleares y los armamentos convencionales, respectivamente. Hacia 1960 todos los temas de desarme se trataban en un solo comité compuesto de diez países, cinco de la OTAN y cinco del Pacto de Varsovia.

El problema era que los miembros de las distintas alianzas militares casi ni se hablaban. Para propiciar las negociaciones de desarme entre ellas, Padilla Nervo y Lall propusieron que el comité de los diez se ampliara a 18 con la inclusión de 8 naciones no alineadas o neutrales que sirvieran de puente entre los dos bandos. La propuesta fue aceptada y así nació en 1962 la conferencia de desarme con sede en Ginebra. Desde luego que México y la India quedaron incluidos en el grupo de los 8, cuyos otros miembros fueron Birmania, Brasil, Egipto, Etiopía, Nigeria y Suecia.

Con el tiempo la conferencia de desarme se ha ido transformando y sus miembros han aumentado a 66. Ha tenido sus buenas y sus malas épocas. Hace ocho años que padece una parálisis, complicada ahora por la actitud poco favorable a los organismos multilaterales de la actual administración en Washington.

En 1964 don Luis Padilla Nervo fue elegido juez de la Corte Internacional de Justicia. A principios de ese año Alfonso García Robles dejó la embajada en Brasil para ocupar una

nueva subsecretaría en la cancillería dedicada a los temas multilaterales. Fue entonces que García Robles empezó a interesarse en las cuestiones de desarme. Es más, se hizo cargo de las negociaciones que culminaron en la firma en 1967 del tratado que estableció en América Latina y el Caribe la primera zona libre de armas nucleares en una región densamente poblada. Sus esfuerzos fueron reconocidos en 1982 al recibir el premio Nobel de la paz. El embajador García Robles se hizo cargo, junto con el embajador Jorge Castañeda, de los trabajos de la conferencia de desarme y habría de representar a México en la misma hasta 1990. Fue también en 1978 uno de los artífices del éxito de la primera sesión extraordinaria de la Asamblea General de la ONU dedicada exclusivamente al desarme.

Tuve la suerte de trabajar muchos años con el embajador García Robles y tuve el honor de ocupar la silla de México en la conferencia de desarme a partir de 1990. Nuestro país aún conserva algo del prestigio que obtuvo con las contribuciones de García Robles y otros diplomáticos mexicanos a la causa del desarme. Desafortunadamente, nuestra cancillería nunca se ha propuesto la preparación sistemática de jóvenes en esta materia. Pese a esa carencia, durante décadas se mantuvo una buena y eficaz presencia en los foros de desarme. Es menester entrenar a las nuevas generaciones. De ahí la idea de establecer Desarmex, una organización no gubernamental dedicada, entre otras cosas, a educar a estudiantes universitarios y al público en general sobre temas de desarme. De Desarmex hablaremos otro día.

Hiroshima

5 de agosto de 2004

Mañana se cumplen 59 años del lanzamiento de la primera bomba atómica. Fue en Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Tres días más tarde estallaría en Nagasaki la segunda (y última) bomba.

Nadie sabe a ciencia cierta cuántas bombas nucleares se han construido desde 1945. Algunos expertos en la materia han calculado que los ocho estados poseedores de dichas armas (Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia, China, Israel, India y Pakistán) han producido un total de alrededor de 130 mil bombas, cuyo poder destructor es inimaginable. Sin embargo, los primeros dos de esa lista han fabricado el 98 por ciento de todas las bombas: Estados Unidos con 70 mil y la Unión Soviética (ahora Rusia) con 55 mil. Lo increíble de la era nuclear que nació en 1945 es que tan pocos países hayan producido tantas bombas, de las cuales sólo dos se hicieron estallar.

La situación relativa a la no proliferación de las armas nucleares es hoy bastante complicada. Se han registrado mejoras significativas tanto en su diseño y fabricación, y lo que fue un monopolio de una, luego dos, tres y eventualmente ocho naciones, ahora está al alcance de muchas otras. Lo que uno inventa hoy para mejorar su seguridad luego tiende a reaparecer en otra parte como una amenaza. El desarrollo de nuevos y más sofisticados armamentos y sistemas de armas suele tener el efecto de un bumerán. Parecen ofrecer seguridad hasta que otro los desarrolla. Y luego el ciclo se repite.

Suele olvidarse que el mundo fue una vez una zona libre de armas nucleares. Y la meta debería ser la de volver a ese status cuanto antes. ¿Cómo ocurrió que seres humanos al parecer racionales acabarían por justificar la adquisición, el uso y el desarrollo continuo de estas armas de destrucción en masa?

Hacia 1940 los gobiernos del Reino Unido, Canadá y Estados Unidos acordaron emprender en Londres la ingente tarea de construir una bomba atómica. Decidieron reclutar a científicos de todo el mundo, sobre todo europeos, mismos que, a raíz de los bombardeos alemanes, se trasladarían a Los Álamos, Nuevo México. El proyecto Manhattan fue mantenido en secreto al grado que el vicepresidente Truman sólo se enteró del mismo en abril de 1945 cuando asumió la presidencia tras la muerte de Roosevelt.

Se sabe que Alemania también trataba de fabricar una bomba atómica. En efecto, a mediados de los años cuarenta los esfuerzos de Estados Unidos y sus aliados por construir una bomba atómica fueron vistos en el contexto de una cruzada contra las potencias del Eje. Para el verano de 1945, sin embargo, la Guerra había terminado en Europa y estaba por concluir en el Pacífico. No obstante, la bomba fue ensayada en julio y utilizada en agosto. En ese momento la relación con el “arma máxima” cambió en Estados Unidos y en otros lados. Aunque pareciera increíble, la bomba se convirtió en algo aceptable para los dirigentes de muchas naciones. La Guerra Fría sólo serviría para ofuscar el argumento moral. Pero, ¿qué hubieran dicho si el primero en conseguir la bomba hubiera sido la Alemania Nazi en vez de Estados Unidos? Probablemente, “arma del mal en malas manos”. Tan solo recordemos la reacción de occidente al primer ensayo de la Unión Soviética en 1949. En suma, no hubo entonces justificación legal o moral para adquirir y usar las bombas atómicas, y no la hay hoy en día.

En sus memorias, Truman confesó que nunca tuvo dudas acerca de la necesidad de emplear las bombas atómicas para acelerar la rendición de Japón. Pero más de uno de los científicos del proyecto Manhattan criticó su uso en Japón cuando se habían fabricado para hacer frente

a la amenaza alemana. Es más, cuando se supo que Alemania había fracasado en su intento de fabricar una bomba atómica, hubo científicos en Los Álamos que abogaron por abandonar el proyecto Manhattan.

Durante años ha habido mucha discusión sobre la legalidad de las armas nucleares. Hace más de tres décadas que la Asamblea General de la ONU empezó a examinar esta cuestión y ha venido considerándola desde entonces. Existe, por ejemplo, una resolución anual pidiendo que la Conferencia de Desarme en Ginebra inicie negociaciones sobre un proyecto de convención que prohíba el uso de las armas nucleares en cualquier circunstancia. Más aún, en 1993 la Organización Mundial de la Salud solicitó una opinión consultiva a la Corte Internacional de Justicia sobre la legalidad del uso de dichas armas en vista de sus efectos sobre la salud y el medio ambiente. En 1994 la Asamblea General de la ONU solicitó otra opinión a la Corte sobre la cuestión más amplia, “¿El uso o amenaza del uso de las armas nucleares está permitido en alguna circunstancia bajo el Derecho Internacional?” Y la opinión consultiva que la Corte emitió el 8 de julio de 1996 ha proporcionado una nueva base jurídica para cuestionar la amenaza o el uso de las armas nucleares y, por ende, la posesión misma de dichas armas

Hace doscientos años el mundo enfrentó un dilema moral parecido. La odiosa institución de la esclavitud, a pesar de que muchos la apoyaban y defendían, se convirtió en el objeto de crecientes ataques y al final del siglo XIX había sido abolida casi por completo. Hoy nadie osaría defenderla; parece tan ajena a nuestros valores compartidos. Pero la esclavitud fue apoyada por dirigentes políticos, al igual que hoy hay quienes defienden la posesión de las armas nucleares y su posible uso.

Atenas

19 de agosto de 2004

Los juegos olímpicos están nuevamente en Atenas, donde renacieron en 1896. Eso no es noticia. Lo que sí es noticia es lo muy sorprendidos que están algunos observadores con lo bien que les está saliendo el numerito. No es fácil organizar unos juegos olímpicos. Afortunadamente Atenas lo consiguió y, como dicen los letreros repartidos por toda la ciudad: bienvenidos a casa.

En la edición de 1896 participaron trece países y 311 atletas (todos hombres ya que las mujeres no empezaron a competir hasta 1900 en París). En esta ocasión hay más de 10,500 atletas de 202 países. Es la olimpiada más grande de la historia y se celebra en un país relativamente pequeño. Sólo Finlandia (Helsinki, 1952) tenía menos población.

En la olimpiada de 1896 Australia y Estados Unidos fueron los únicos países no europeos. Se disputaron unos 40 eventos (comparado con los más de 300 de hoy en día) y si bien Estados Unidos ganó una medalla de oro más que Grecia, los anfitriones arrasaron en la competencia, obteniendo cuando menos una medalla en casi todos los eventos.

Hace casi 20 años que Atenas aspiraba a ser nuevamente la sede de los juegos olímpicos. Y quería serlo en 1996, el año del centenario, pero perdió ante Atlanta. Ahora por fin lo consiguió y se está luciendo. La espléndida (y didáctica) ceremonia inaugural en el majestuoso estadio olímpico fue una señal inequívoca de que las cosas les saldrían bien. Muchos lo celebran al tiempo que confiesan que nunca pensaron que los griegos fueran capaces de un espectáculo como el del viernes pasado. Algunos observadores llegaron a decir que el “carácter mediterráneo” está reñido con la noción del tiempo y las dotes de organización. Vaticinaron que los estadios no estarían terminados y que los juegos serían un fracaso. Qué bueno que los griegos demostraron lo contrario.

Los gritos, gestos y hasta lágrimas de alegría de los vencedores nos confirman una vez más que lo importante no es competir sino triunfar. E inmediatamente se intensifica el nacionalismo. Parecería que los asistentes a los diversos eventos están obligados a traer una bandera de su país y sentarse junto a sus compatriotas. Inclusive los locutores de las televisoras de distintos países se la pasan alentando a sus connacionales en las distintas pruebas. En la época de la guerra fría las rivalidades políticas de los dos bloques militares se incrementaban en los juegos olímpicos. Hoy siguen las rivalidades que, en algunos casos, se van intensificando. La indiscutible prepotencia de algunos atletas y equipos estadounidenses ha provocado en otros un verdadero enojo. Tal es el caso de algunas pruebas de natación o del llamado *dream team* de basquetbol.

Los juegos olímpicos suelen convertirse en un escaparate de la ciudad y hasta del país anfitrión. Durante dos semanas los ojos del mundo están puestos en un solo lugar. Y puede haber consecuencias inesperadas. Recuerden lo mal que nos fue en vísperas de los juegos de 1968. Luego, en el mundial de fútbol de 1970, nos fue mejor pero nuestras olimpiadas seguirán vinculadas a la tragedia del 2 de octubre.

Desde hace años el movimiento olímpico se ha visto amenazado por dos flagelos: el comercialismo y el dopaje. El primero se puso en evidencia en las dos olimpiadas celebradas recientemente en Estados Unidos (Los Ángeles en 1984 y Atlanta en 1996). En ambas los organizadores echaron mano de la iniciativa privada para hacerse de los fondos necesarios. En Atenas el presupuesto para preparar los juegos (construir o modernizar la infraestructura) y para realizarlos (presupuesto operativo) ha salido principalmente del gobierno griego. El pre-

supuesto operativo, inflado debido a las impresionantes medidas de seguridad, es de unos 2 mil millones de dólares de los cuales el Comité Olímpico Internacional (COI) reembolsará al gobierno griego poco más de la mitad, una suma conseguida en la venta de los derechos de transmisión y de patrocinadores de todo el mundo. Pero les ha salido muy caro a los griegos.

Hace unos meses se llevó a cabo en Portugal la Eurocopa 2004. Ahí también se gastaron enormes sumas, sobre todo en la construcción de varios estadios de fútbol. No sé que arreglos hizo el gobierno portugués con los dueños de los equipos que ahora jugarán en esos estadios. Pero, por lo pronto, son los impuestos del pueblo portugués los que sufragaron la construcción de estadios para la iniciativa privada.

El segundo azote es el creciente dopaje entre los atletas. Bajo presión de cosechar muchas medallas, hay entrenadores que suministran sustancias prohibidas a sus atletas, a veces sin su conocimiento. Recuerdan los casos de la desaparecida República Democrática Alemana. El tema del dopaje irrumpió en los juegos de Atenas desde el primer día en relación a dos velocistas griegos. Acabar con los problemas del dopaje se ha convertido en una de las principales metas de Jacques Rogge, el nuevo presidente del COI. Hay quienes alegan que el dopaje ha existido desde la primera olimpiada hace casi tres mil años. Se dice que algunos atletas comían testículos de cabra para mejorar su rendimiento deportivo. Peor aún, si sigue avanzando la ciencia, podría darse el caso que los atletas fueran dopados genéticamente, cosa que sería imposible de detectar.

En teoría son ciudades las que organizan los juegos olímpicos. Pero en un país pequeño como Grecia los juegos son de todos sus habitantes y motivo de orgullo nacional.

Darfur y la intervención humanitaria

2 de septiembre de 2004

A la memoria de Víctor L. Urquidi, con respeto y afecto.

El lunes pasado venció el plazo de 30 días fijado por el Consejo de Seguridad para que el gobierno del Sudán pusiera fin a las atrocidades que las milicias árabes (Janjaweed) están cometiendo contra los negros cristianos en la región de Darfur. Se habla de 50 mil muertos y más de un millón de personas que se han visto obligadas a abandonar sus pueblos. La Unión Africana decidió enviar tropas para proteger a la población desplazada en Darfur pero sólo han llegado 150 soldados de Ruanda y se esperan otros 150 nigerianos.

Ahora el Consejo de Seguridad tendrá que decidir si el gobierno de Jartum ha cumplido con las promesas que formuló a principios de julio. Lo más probable es que el Consejo llegué a una conclusión negativa. Hoy el Consejo recibirá un informe de Jan Pronk, el representante especial de Kofi Annan para el Sudán. ¿Qué puede hacer las Naciones Unidas en caso de que Jartum siga negándose a desarmar a los Janjaweed? Se menciona la posibilidad de sanciones diplomáticas y económicas contra el Sudán.

El gobierno del Sudán no desarmará a la milicia árabe. Le resulta útil para hacer frente a los diversos grupos de rebeldes en el sur del país. Hace un año Jartum alentó a la milicia a atacar a esos rebeldes y el resultado es la actual crisis humanitaria. En ese caso ¿intervendrá la ONU para evitar otra tragedia como la de Ruanda?

Hace unos tres lustros que se empezó a hablar en serio de la intervención humanitaria. El principal proponente de esa acción internacional fue el francés Bernard Kouchner. Desde luego que los casos de violaciones masivas de derechos humanos son un tema legítimo de debate en los foros internacionales. Sin embargo, no todo el mundo comparte las ideas de Kouchner y sus seguidores.

¿Qué es lo que hay detrás de la idea de la intervención humanitaria que incomoda a tantos abogados de los derechos humanos? Una de las fuentes de esa inquietud es ¿quién decide cuándo intervenir y dónde? La respuesta inmediata es: el Consejo de Seguridad.

¿Cuál es la supuesta razón humanitaria por la que debe intervenir el Consejo? ¿En aquellos casos en que se están cometiendo atrocidades? Pues bien, en ningún momento actuó decididamente en la agonía prolongada de Bosnia-Herzegovina. ¿Debería pronunciarse en aquellos casos en que un gobierno se comporta de manera abiertamente contraria a los valores humanos compartidos? Pues bien, no hay ejemplo más claro de discriminación institucionalizada que el régimen de *apartheid* en Sudáfrica, y el Consejo jamás contempló una intervención en ese caso. ¿Hasta qué punto tiene que degenerar la situación en Israel y en los territorios que tiene ocupados para que se empiece a hablar de una posible intervención humanitaria?

Para encontrar el inicio del llamado derecho de intervención por razones humanitaria hay que remitirse al siglo XVI. Habiéndose topado con una enorme población de indios, la Corona española se apresuró a encontrar una justificación a su invasión y conquista de América. Y los Reyes Católicos hallaron intelectuales dispuestos a justificar esa conquista en términos espirituales y jurídicos. Y los kouchners de principios del siglo XVI se valieron de los escritos de los juristas españoles, especialmente Francisco de Vitoria. Uno de los fundadores del derecho internacional y de las leyes de guerra, sus tratados plantaron las semillas del derecho de intervención humanitaria de hoy. Vitoria escribió que la conquista era difícil de justificar, pero que era permitida si se llevaba a cabo para proteger a los inocentes del canibalismo y de

los sacrificios humanos. La guerra se justificaba si se libraba para difundir la fe. Más aún, la guerra no tenía justificación a menos que fuese en defensa contra una agresión o para corregir algo que estaba muy mal.

En su afán por difundir la fe y proteger a los inocentes del canibalismo y del sacrificio humano, los españoles literalmente diezmaron la población indígena de América. Tan solo en México, los 25 millones de habitantes que había en 1500 se redujeron a 2 millones en 1700. Ciertamente la intervención humanitaria puede tener consecuencias inesperadas.

El caso de Darfur que ahora se discute en la ONU quizás sirva para aclarar el concepto de intervención humanitaria y para definir los límites de una eventual acción del Consejo de Seguridad. Existe ya una extensa bibliografía sobre el tema. Muchos autores defienden la intervención humanitaria con argumentos de carácter ético. Y algunos son muy convincentes.

El problema es que en el Consejo de Seguridad están representados gobiernos nacionales que rara vez actúan sobre la base de consideraciones morales. Recuerden que en 1997, cuando llegó Tony Blair al poder, él y su canciller, Robin Cook, anunciaron que el gobierno del Reino Unido tendría una política exterior ética (*ethical foreign policy*). Eso significaba, entre otras cosas, actuar conforme al derecho internacional y no vender armas a regímenes represivos. La idea era anteponer el respeto a los derechos humanos a cualquier consideración de carácter económico. Cook empezó a tener sus roces con Blair y, tras la reelección en 2001, fue designado líder de la cámara de los comunes. Robin Cook aguantó todo lo que pudo pero, a raíz de la invasión de Irak, se salió del gabinete. Dijo que era una guerra contraria al derecho internacional, carente de apoyo internacional o nacional.

Bicentenario

16 de septiembre de 2004

En seis años estaremos conmemorando el bicentenario de nuestra independencia y, que yo sepa, nadie parece estar organizando los festejos del 2010. Desde luego que se habla del bicentenario en algunos círculos académicos, pero a nivel gubernamental aún no hay movimiento. Tenemos fama de buenos improvisadores pero hay algunas cosas que sencillamente son imposibles de lograr en el último momento.

Hace 100 años el gobierno de Porfirio Díaz echó la casa por la ventana. Además, cada estado organizó festejos durante el mes de septiembre y principios de octubre. A sus 80 años Díaz llevaba más de tres décadas en el poder y buscaba otra reelección. Pero en 1910 se le atravesó Francisco I. Madero y a la rebelión del 20 de noviembre habría de seguir una década revolucionaria. Los actos conmemorativos del primer centenario fueron los últimos eventos que presidió Díaz. En mayo del año siguiente se marchó al exilio.

Díaz invitó a los gobiernos con los que México mantenía relaciones diplomáticas a que enviaran delegaciones especiales. Y así lo hicieron casi todos. Hubo muchos obsequios. Alemania, Francia e Italia, por ejemplo, donaron a la ciudad de México las estatuas de Humboldt, Pasteur y Garibaldi, respectivamente.

Hubo procesiones cívicas, una de las cuales reunió a más de 20 mil personas. Se celebraron varios congresos internacionales sobre los temas más diversos y se organizaron concursos literarios, así como un sinnúmero de exposiciones artísticas.

Se inauguraron muchos edificios públicos y educativos, además de varios monumentos, dos de los cuales Porfirio Díaz inauguró en esta fecha en 1910: el Hemiciclo a Juárez y el monumento a la independencia. Este último se empezó a construir en 1902. Por cierto, fue reinaugurado un día como hoy en 1958 ya que la escultura de la Victoria Alada, que conocemos como el Ángel de la Independencia, se derrumbó durante el terremoto del 27 de julio de 1957 y su reconstrucción se llevó más de un año.

En vista de lo anterior, resulta extraño que el gobierno nacional y el del Distrito Federal aún no hayan empezado a organizar los festejos del bicentenario. Quizás estén pensando más en el 2006 que en el 2010. Por ello nos atrevemos a sugerir que el presidente Fox, en consulta con el Congreso de la Unión y el gobierno del Distrito Federal, nombre una comisión organizadora de la celebración de las fiestas del bicentenario de nuestra independencia. Dicha comisión, en la que estarían representados los principales sectores de la sociedad, tendría la encomienda de formular sugerencias de cómo debería festejarse el bicentenario. Desde luego que la composición de la comisión podría ajustarse tras las elecciones del 2006. Por otro lado, cada estado debería establecer su propia comisión.

Una cosa que podría hacer la comisión a nivel nacional (y que no se hizo hace un siglo) es sugerir una serie de metas políticas que deberían lograrse antes de 2010. Podría empezarse con algunas relativas a la reforma del estado. En lo económico, sería recomendable buscar la manera de reducir radicalmente la pobreza en nuestro país. También sería aconsejable que hubiera un acuerdo nacional acerca de cómo mejorar la educación en todos los niveles. A este respecto, el informe reciente de la Organización Para la Cooperación y el Desarrollo Económicos es contundente.

Para los festejos del bicentenario el gobierno debería emitir monedas y timbres postales conmemorativos. Su diseño podría ser el resultado de un concurso público. Además, entre

muchas otras cosas, se podrían convocar concursos literarios y artísticos. ¿Por qué no se convoca a otro concurso para encontrar un monumento emblemático. Todo ello lleva tiempo.

Otra propuesta que sin duda resultará polémica sería la de cambiar el himno nacional. Hace unos días cumplió su sesquicentenario y últimamente se ha visto envuelto en una polémica entre políticos. En efecto, en 1854 Antonio López de Santa Anna convocó a un concurso para poner música a la letra de una elegía a su propia persona que había escrito Francisco González Bocanegra. La composición ganadora fue del músico catalán, Jaime Nunó. Los siguientes gobiernos se olvidaron del himno hasta que Porfirio Díaz lo resucitó. En 1910 se eliminaron las estrofas dedicadas a Santa Anna e Iturbide, respectivamente. En 1943 se redujo a su actual extensión.

La letra y la música del himno nacional son muy marciales. No es menester aludir a la guerra para exaltar los sentimientos nacionalistas. A Juárez nunca le gustó y lo tildó de conservador. Desde luego que no se trata de hacer el himno a un lado simplemente porque contiene ideas y valores decimonónicos.

No por ser del siglo xix se debe descartar. Piensen en el nuevo himno canadiense, adoptado en 1980 pero escrito un siglo antes. La letra de ese himno tiene sentido para los canadienses de hoy. La letra del nuestro no tiene mucho sentido para la mayoría de los mexicanos.

¿Por qué no se convoca a un concurso para dotarnos de un nuevo himno nacional que podría cantarse oficialmente por vez primera el día del bicentenario? Sería bueno pero no indispensable que su letra y música fuesen originales. Un concursante podría proponer un poema ya escrito o una música ya compuesta. Lo importante es que todos podamos identificarnos con la letra que alude a nuestra suave patria.

México será el tercer país Americano que celebra su bicentenario de independencia. Antes lo hicieron Estados Unidos y Haití. Ojalá que nuestras autoridades federales y locales se pongan las pilas y empiecen a organizar los festejos, aprovechando el viaje para limar asperezas políticas y encaminar a este país.

Carta de Seúl

30 de septiembre de 2004

Pugwash es una organización creada hace más de medio siglo por Bertrand Russell y Albert Einstein para promover la abolición de las armas nucleares. En estos días su consejo ejecutivo celebra su reunión anual en la capital de la República de Corea o Corea del Sur. A la luz de los acontecimientos recientes en la península coreana, la decisión del consejo podría calificarse de visionaria. Originalmente el consejo pensó en ir a Seúl para luego trasladarse a la capital norcoreana y platicar con las autoridades de ese país acerca de la telenovela diplomática que desde hace más de una década viene protagonizando Pyongyang, junto con Washington, Beijing, Tokio, Seúl y Moscú. Pero las revelaciones recientes de los sudcoreanos han cambiado el guión de la telenovela. Vamos por partes.

A principios de este mes Seúl confesó que hace cuatro años un grupo de sus científicos había enriquecido pequeñas cantidades de uranio. Al parecer no hubo intención de fabricar bombas nucleares. Los científicos, según el gobierno surcoreano, lo hicieron por pura curiosidad. Aparte de los países poseedores de armas nucleares, son varias las naciones que han tratado de encontrar nuevas tecnologías para enriquecer uranio para así dejar de depender de las potencias nucleares para el suministro de ese material para fines civiles. Brasil es un país que lo sigue haciendo. Muchos observadores creen que desde hace varios años Corea del Norte o la República Democrática Popular de Corea (RDPC) tiene un programa secreto para enriquecer uranio. De hecho es muy probable que la RDPC ya haya fabricado unas cuantas bombas nucleares. Esto, aunado a los misiles que ha venido desarrollando, es una fuente de preocupación en la región y más allá.

En un principio, la telenovela giró en torno a una serie de travesuras del ya desaparecido Kim Il Sung, el padre de la patria. Empezó a insinuar que la RDPC se retiraría del Tratado de no proliferación de armas nucleares (TNP) precisamente para iniciar la construcción de un arsenal nuclear. El TNP contempla la posibilidad que un país se retire debido a acontecimientos extraordinarios que considere que han comprometido sus intereses supremos. Para ello hay que dar aviso con una antelación de tres meses.

Ante los pronunciamientos de Kim Il Sung, Seúl y Tokio instaron a Washington a que los tres entablaran un diálogo con Pyongyang, pláticas que se iniciaron con la llegada de la administración del presidente Clinton. En efecto, fue Warren Christopher, su secretario de estado, quien recomendó que se hablara con la RDPC. Pero ésta quería negociar únicamente con Estados Unidos. Al final aceptó que las negociaciones incluyesen a Beijing y Moscú, además de Seúl y Tokio.

Los países no poseedores de armas nucleares que han firmado el TNP se comprometen a no adquirir dichas armas. Para verificar que no hacen trampa, el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) supervisa un sistema de inspecciones periódicas. En vista de los recientes casos de posible proliferación nuclear (Irak, Irán, Libia, la RDPC y ahora Corea del Sur), el OIEA ideó unas inspecciones sorpresa que se realizan a los escasos días de su anuncio. Para aceptar esas inspecciones los países deben suscribir un protocolo con el OIEA. De ahí las presiones recientes para que tanto Irán como Brasil firmen dicho protocolo. Se especula que Seúl, que ya aceptó el protocolo, confesó sus pasados intentos por enriquecer uranio por temor a que los inspectores del OIEA lo descubrieran. Según el TNP, cuando se constata que un país ha violado una de sus disposiciones, es menester informar al Consejo de Seguri-

dad de las Naciones Unidas. Así se hizo a principios de año en el caso de Libia y ahora se hará en el caso de la República de Corea.

Seúl ha insistido que las cantidades de uranio que se enriqueció son mínimas y su nivel de enriquecimiento fue muy por debajo del que se requiere para un arma nuclear. Pero el anuncio de que había violado el TNP ha provocado una fuerte reacción en Tokio y Pyongyang. Una editorial reciente en el influyente periódico *Asahi Shimbun* estuvo intitulada: “¿Qué? ¿En Corea del Sur?” En Estados Unidos la reacción fue muy tranquila, cosa que enfureció a Pyongyang que acusó a Washington de medir los peligros de la proliferación nuclear con dos varas distintas.

La administración del presidente Clinton llegó a un acuerdo con la RDPC, mediante el cual Pyongyang abandonaría su programa nuclear a cambio de la construcción de una central nuclear para la generación de electricidad. Estados Unidos construiría la central y Seúl sufragaría su costo. Pero nunca se concretó. Murió Kim Il Sung y su hijo, Kim Jong Il, siguió la política del diálogo hasta 2001 cuando el presidente Bush decidió suspenderlo, al igual que muchas otras cosas que olían a Clinton. Hace dos años Pyongyang decidió retirarse del TNP y poco después Bush aceptó reanudar el diálogo.

La posibilidad de que una de las Coreas o las dos llegaran a dotarse de armas nucleares se viene discutiendo desde hace más de treinta años. En la década de los años setenta Estados Unidos presionó al dictador de Corea del Sur, Park Chung-hee, para que abandonara sus pretensiones nucleares. Pero en las dos Coreas se sigue pensando en un futuro nuclear.

Una de las novelas más populares en Corea del Sur es *La rosa de Sharon ha florecido*, una obra épica en tres tomos que ha vendido más de tres millones de ejemplares desde su publicación hace una década. Es la historia de un científico nuclear surcoreano que trabaja en Estados Unidos y quiere ayudar a su país a construir una bomba nuclear. Pero se muere misteriosamente. La novela concluye con una descripción de un programa nuclear que Seúl y Pyongyang desarrollan conjuntamente para repeler una invasión de los japoneses. La actual telenovela tendrá un final muy distinto.

Más secretario que general

14 de octubre de 2004

Hablar de la sucesión del secretario general de las Naciones Unidas se antoja prematuro. Kofi Annan concluirá su segundo mandato de cinco años el 31 de diciembre de 2006. Semanas antes se elegirá a su sucesor. Sin embargo, al igual que en México, el calendario electoral de la ONU se está adelantando. Los auto destapes ya han empezado y, contrario a lo que aconsejaba Fidel Velázquez, podría ser que si uno no se mueve ahora no saldrá después.

Hace unas semanas el ministro de relaciones exteriores de Indonesia anunció que sería candidato para suceder a Kofi Annan. Su razón de peso fue que le corresponde a Asia y que él sería un representante de los musulmanes moderados. ¿Desde cuando incide la religión, por moderada que sea, en una elección a secretario general? Otro auto proclamado candidato es Surakiart Sathirathai, el ministro de relaciones exteriores de Tailandia que recientemente obtuvo el respaldo de los 10 países que integran la ASEAN que, por cierto, incluye a Indonesia.

¿Por qué un asiático? Porque desde hace más de 30 años existe un acuerdo no escrito que la secretaría general de la ONU se iría turnando entre los distintos grupos regionales. Europa occidental la ocupó de 1946 a 1961 y luego de 1972 a 1981; Asia de 1961 a 1971; América Latina y el Caribe de 1982 a 1991; y África desde 1992. Parecería que le corresponde una vez más a Asia. Sin embargo, más que su origen geográfico es la capacidad de la persona que debería ser el factor determinante. Los secretarios generales han tenido un desempeño muy desigual.

El papel del secretario general ha sido motivo de un debate constante entre los miembros de la ONU. La Carta lo describe como "el más alto funcionario administrativo de la Organización" y es nombrado por la Asamblea General a recomendación del Consejo de Seguridad. Su elección, por lo tanto, está sujeta a la aprobación explícita de los cinco miembros permanentes del Consejo. He ahí la clave para comprender cuán reducido es su margen de acción dentro de la Organización. El talento de alguien cuyas actividades requieran de entrada de la aprobación o, cuando menos, de la neutralidad de los cinco miembros permanentes, está coartado desde un principio.

Obviamente no todos los miembros de la ONU comparten esa visión del papel del secretario general. Podría decirse, inclusive, que la gran mayoría desearía que él o ella fuese una persona más enérgica y con más iniciativa. Pero el veto en el Consejo de Seguridad y la renuencia explicable de sus miembros permanentes a ceder parte de sus privilegios, han hecho que el puesto recaiga en personas poco dispuestas a tomar iniciativas contrarias a los intereses de algún miembro permanente.

Los que han ocupado el cargo de secretario general han sido nacionales de Noruega, Suecia, Birmania (ahora Myanmar), Austria, Perú, Egipto y Ghana. El nombramiento del noruego Trygve Lie (1946-1952) obedeció a la fuerza de los países de Europa Occidental dentro de las Naciones Unidas, pero no se hubiera dado una vez iniciada la Guerra Fría. En 1950 su designación fue renovada por la Asamblea de manera poco ortodoxa (sin pasar por el Consejo de Seguridad) por un periodo de tres años. Pero, debido a la oposición soviética, se vio obligado a renunciar sin terminarlo. Antes de asumir el cargo, había sido un dirigente sindical en su país. Sus sucesores, en cambio, han sido cinco diplomáticos de carrera y un funcionario público internacional.

El sueco Dag Hammarskjöld (1953-1961) trató de imprimirle al cargo un dinamismo y autonomía que fueron duramente criticados por los miembros permanentes del Consejo de Segu-

ridad. La crisis del Congo en 1960 sirvió para definir los límites del papel del secretario general. En diciembre de ese año y ante la parálisis del Consejo de Seguridad, Hammarskjöld anunció que él mismo se haría cargo de la fuerza de paz establecida por el Consejo. Ese anuncio fue duramente criticado por varios miembros de la ONU. La Unión Soviética aconsejó a Hammarskjöld a que prestara atención a la voz de los gobiernos y de los pueblos en lugar de irse por la libre.

Desde entonces los secretarios generales han sido mucho más cautelosos. Si bien U Thant (1961-1971) y Pérez de Cuéllar (1982-1991) buscaron atender la voz de los pueblos, a la postre tuvieron que hacer lo que Waldheim (1972-1981) hizo mejor que nadie: prestar una mayor atención a la voz de los gobiernos y muy particularmente a la de los cinco miembros permanentes. U Thant y Pérez de Cuéllar se retiraron voluntariamente tras dos periodos de cinco años. En cambio Waldheim buscó un tercer mandato pero no pudo reelegirse en 1981, debido a la oposición de China que puso su veto en el Consejo de Seguridad al servicio de un candidato del Tercer Mundo y de preferencia un africano. Los tres miembros permanentes occidentales, sin embargo, jamás aceptaron al candidato más popular, Salim Salim de Tanzania. Y después de decenas de votaciones, Pérez de Cuéllar surgió de la nada como un candidato de compromiso.

Durante todo su mandato, Pérez de Cuéllar tuvo que hacer frente a Estados Unidos. Primero porque el presidente Reagan alentó al Congreso de Estados Unidos a adoptar una actitud sumamente crítica hacia la ONU, atizada por los ataques feroces de organizaciones ultra conservadoras como la Heritage Foundation. Ello condujo al Congreso de Estados Unidos a cortar buena parte de los fondos que ese país estaba obligado a pagar a la ONU. Y en segundo lugar, porque el presidente George Bush decidió recurrir a la ONU en 1990 para lograr que la comunidad internacional autorizara el uso de la fuerza militar para sacar a las tropas iraquíes de Kuwait.

Durante décadas los países africanos habían buscado abiertamente el cargo de secretario general. En 1971 esa campaña se intensificó tras la selección de otro europeo. Dos lustros más tarde apareció un candidato latinoamericano que rompió el *impasse* en el Consejo de Seguridad. En 1991, cuando fue necesario encontrar un sucesor a Pérez de Cuéllar, muchos pensaron que, en vista de los cambios en el mundo, sería una persona muy cercana a Estados Unidos, quizá hasta un europeo. Se mencionó la amistad entre el presidente Bush y el príncipe Sadruddin Aga Khan. Sin embargo, los países africanos insistieron en que el nuevo secretario general fuera nombrado de sus filas. Bernardo Chidzero de Zimbabwe tuvo mucho apoyo en el Consejo de Seguridad, pero no logró el de Estados Unidos. Boutros Ghali, en cambio, sí lo obtuvo.

Egipcio de nacimiento y francés de formación, Boutros Ghali (1992-1996) se esforzó por sacar a la ONU de su crisis financiera. Pero sus reformas, y su estilo de gobernar, no fueron del agrado de Estados Unidos y en 1996 vetaron su reelección. Los países africanos se movilaron para asegurar que otro africano lo sucediera y así ocupar el cargo durante dos periodos, como había sido la práctica desde U Thant. Y, pese a cierta renuencia de Francia, lo consiguieron en la persona de Kofi Annan, un funcionario del sistema de las Naciones Unidas quien, a la sazón, era el encargado de las operaciones de mantenimiento de la paz.

La gestión inicial de Annan (desde 1997) fue tan exitosa, sobre todo en sus relaciones con el Congreso de Estados Unidos, que en 2001 fue reelecto unánimemente seis meses antes de que terminara su primer mandato. Además, ese año obtuvo, junto con la ONU, el Premio

Nobel de la Paz, la misma distinción de la que en 1961 había sido objeto de manera póstuma Hammarskjöld. La ONU parecía haber recuperado su prestigio en la opinión pública mundial, incluyendo en Estados Unidos. Sin embargo, en los pasillos de la ONU se especula que, para asegurar su reelección, Annan tuvo que acceder a varias peticiones de Estados Unidos, entre ellas, despedir a la señora Mary Robinson (encargada de los derechos humanos) y a Jayantha Dhanapala (subsecretario para asuntos de desarme). Todo tiene su precio.

Carta de Nueva York

28 de octubre de 2004

Hace poco se develó en Nueva York una estatua de Benito Juárez. Se encuentra en Bryant Park, atrás del imponente edificio de la biblioteca pública, sobre la sexta avenida entre las calles 41 y 42. La estatua, que fue un obsequio del gobierno de Oaxaca, tiene un defecto: es de tamaño natural y, por ende, sumamente pequeña para el espacio en que fue colocada. Peor aún, está muy cerca de la estatua de José Bonifacio Andrade e Silva, uno de los próceres de la independencia del Brasil. Fue donada por el gobierno de ese país hace medio siglo y sus dimensiones hacen de Andrade un impresionante inquilino del Bryant Park. La estatua del Benemérito de las Américas es apenas visible.

La relación entre las estatuas de Juárez y Andrade debe ser del agrado de los diplomáticos brasileños que laboran en la misión permanente de su país ante las Naciones Unidas. Les debe gustar porque es una expresión física de la diferencia entre las aspiraciones de los gobiernos de México y Brasil para ocupar un puesto permanente en el consejo de seguridad. En efecto, en fechas recientes se ha intensificado el debate en torno a la reforma de la ONU en general y de la composición del consejo de seguridad en particular. Y, en cuanto al consejo, varios países han venido insistiendo en que se amplíe su composición y el número de asientos permanentes. Los más vocíferos aspirantes a un puesto permanente han sido, desde hace años, Japón y Alemania, seguidos en fechas más recientes por la India, Nigeria, Sudáfrica y Brasil. Hasta hace poco, México se había pronunciado a favor de un aumento en la membresía del consejo pero se había opuesto categóricamente a un incremento en los países con derecho a veto. Es más, durante muchos años abogamos por reducir el número de miembros permanentes en el consejo. Ahora hemos declarado que no descartamos la posibilidad de ocupar uno de esos puestos.

La reforma de la ONU es uno de varios temas que han dominado los debates, públicos y privados, en este arranque de la sesión anual de la asamblea general, sin duda el foro más representativo de la comunidad internacional. Otro de esos temas es el relativo al posible escándalo en torno al programa de la ONU en Irak, denominando petróleo por alimentos, que se inició en 1996 y concluyó con la invasión de ese país en 2003 por la coalición encabezada por Estados Unidos. Es una cuestión que hace tiempo que apareció en los medios de comunicación pero que en la ONU se discute más bien en los pasillos y en privado.

Cinco años después de la guerra del golfo, y ante la creciente presión de muchas organizaciones humanitarias y no pocos gobiernos, la ONU estableció un programa que permitió a Saddam Hussein comprar alimentos y ciertos bienes que el consejo de seguridad calificó de humanitarios. Y se adquirieron con los ingresos obtenidos de la venta de petróleo.

El número y monto de las transacciones fue enorme. Se calcula que unas 250 compañías erogaron casi 65 mil millones de dólares en la compra de petróleo a Saddam Hussein y que más de 3.500 compañías vendieron alimentos y otros bienes por un total de 33 mil millones de dólares en aquella parte de Irak controlada por Saddam Hussein. Hubo otras mil compañías que hicieron lo propio en el norte del país, en las regiones controladas por los kurdos. Los principales proveedores de bienes humanitarios fueron compañías de Rusia, Francia y Egipto.

Con tantos actores involucrados y con tanto dinero de por medio, no debe sorprendernos que hubiera algunos casos de corrupción en el programa de alimentos por petróleo. Eso mismo lo estamos viendo ahora en los esfuerzos de Estados Unidos por mejorar la seguridad de Irak y

continuar con su reconstrucción. Resulta que ese gobierno ha descubierto que ciertas compañías que había contratado para llevar a cabo esas tareas han venido inflando muchísimo sus costos.

Cuando empezaron a surgir rumores de corrupción en el programa alimentos por petróleo, el secretario general de la ONU trató de enterrar el asunto. Pero no pudo y acabó optando por una investigación a fondo que encabeza Paul A. Volker, antiguo dirigente de la reserva federal de Estados Unidos. Hace poco Volker indicó que no sería hasta fin de año cuando estaría en situación de responder a las acusaciones de corrupción en contra de funcionarios de la ONU. También anunció que su informe definitivo no estará listo hasta mediados del año entrante. Por último, dijo estar muy molesto con ciertas especulaciones en la prensa británica acerca de los vínculos del hijo de Annan con una de las compañías acusadas de corrupción en Irak.

En el informe reciente de la CIA acerca de las armas de destrucción en masa que nunca se encontraron en Irak, también se habla de la corrupción en el programa de alimentos por petróleo. Se dan los nombres de las compañías e individuos en Rusia, Francia, Belarús y Estados Unidos (y una decena más de países) que recibieron vales para la compra de petróleo de Irak. Se piensa que el gobierno de Saddam Hussein entregaba esos vales para ganarse el apoyo de ciertos individuos. Se habla inclusive de políticos franceses y rusos que se beneficiaron de estos vales. De ahí que haya quienes especulen acerca de los verdaderos motivos de Francia y Rusia al oponerse a principios de 2003 a la invasión de Irak. Se dice que hubo individuos que recibieron vales de petróleo hasta por nueve millones de barriles. Pero todo eso podría resultar falso. De cualquier modo, como lo dijo el propio Kofi Annan, pase lo que pase este episodio ha dañado la imagen de la ONU.

Otros cuatro años de Bush

11 de noviembre de 2004

En la mañana del pasado miércoles, 3 de noviembre, el senador John Kerry no se vio bien. Se tardó demasiado en aceptar su derrota. Ante la imposibilidad de revertir el resultado de la elección en el estado de Ohio, Kerry debió haber actuado con cierta celeridad. Desde luego que el fantasma de Florida en 2000 influyó en su decisión de quizás esperar hasta que se hubieran contado todos los votos, pero fue un acto de prudencia exagerada. Cuando los hechos son incontrovertibles, no hay que darle largas a una decisión que es obvia.

Los demócratas no sólo perdieron la presidencia sino que también retrocedieron en el senado y la cámara de representantes. Bush sabe como hacer campaña. Lo demostró hace años en Texas y en el 2002 cuando, desafiando los pronósticos, logró aumentar la mayoría republicana en la cámara baja. Y, nos guste o no, su mensaje (con tonos religiosos y en defensa de ciertos valores morales) sí hizo mella en el electorado y atrajo a una creciente proporción del voto hispano. Bush también se presentó como el líder idóneo para seguir con la guerra contra el terrorismo. En cambio, Kerry no pudo o no supo transmitir sus ideas y propuestas de una manera coherente, sencilla y entendible para los votantes. Y esta vez hubo muchos más votantes, una tendencia que se pensó debería favorecer a Kerry. Pero no fue así. Un dato curioso de cómo se dividió el electorado: una mayoría significativa de las personas casadas votó por Bush, mientras que Kerry obtuvo más apoyo entre la población soltera.

Aunque seguirá en el senado, Kerry desaparece como el portavoz del partido demócrata. Tendrá que empezar de cero si aspira a repetir como candidato de su partido a las elecciones presidenciales de 2008. John Edwards también dejará de figurar ya que se quedó sin su curul de senador al optar por presentarse como candidato a vicepresidente en lugar de buscar la reelección como senador. Para sorpresa de muchos, el líder de la minoría demócrata en el senado, Tom Daschle de Dakota del Sur, perdió su escaño. Así que tendrá que surgir una nueva cabeza del partido demócrata. Hace una semana uno de los candidatos más atractivos para convertirse en esa cabeza (el senador Christopher Dodd de Connecticut) anunció que no aspiraba a ello. Pero habrá otros. Y quizás haya llegado el momento que Hillary Clinton esperaba para empezar a buscar la candidatura demócrata en 2008. Si lo intenta, será un largo y complicado camino.

La victoria de George W. Bush en la elección presidencial en Estados Unidos el pasado martes, 2 de noviembre, es una mala noticia para la mitad del electorado estadounidense y para una amplia mayoría de los habitantes del planeta, incluyendo los amigos del multilateralismo en general y las Naciones Unidas en particular. En lo interno, otros cuatro años de Bush podrían afectar la salud de la economía de Estados Unidos si sigue bajando los impuestos y aumentando el déficit.

Otros cuatro años de Bush tampoco pintan bien para la ONU. En temas sobre el medio ambiente, la Corte penal internacional, la cooperación para el desarrollo económico y muchos temas sociales, empezando por el de los derechos humanos (que Bush ha logrado politizar a un grado casi sin precedente) no se vislumbran avances.

En materia de desarme seguirán estancadas las negociaciones en la conferencia de Ginebra. Hace ocho años que esa conferencia ni siquiera ha podido ponerse de acuerdo sobre los asuntos que podrían negociarse multilateralmente. Por otro lado, en menos de seis meses los signatarios del Tratado de no proliferación de las armas nucleares celebrarán su conferencia quinquenal para discutir el funcionamiento de este acuerdo. En la última conferencia en 2000

un grupo de países, incluyendo el nuestro, propuso una serie de medidas que los estados deberían tomar con miras a la aplicación cabal del tratado. En particular, se logró que las potencias nucleares aceptaran esas propuestas encaminadas a lograr avances en materia de desarme nuclear. Con Bush en la Casa Blanca los resultados de la conferencia de 2005 serán muy pobres.

En cuanto a la paz y seguridad internacional, Bush seguirá desafiando al consejo de seguridad de la ONU. La victoria en las elecciones de la semana pasada sin duda ha hecho más intransigente su posición en cuanto a Irak y la guerra contra el terrorismo. Empero, algunos creen que tendrá que tenderles la mano a ciertos países europeos como Alemania. Si se le siguen complicando las cosas en Irak, tendrá que buscar quién le ayudará a sacar el buey de la barranca. Pero si persisten los actos de violencia, difícilmente se puede pensar en una amplia participación de la ONU en la reconstrucción de Irak.

En la guerra contra el terrorismo es imposible prever lo que hará Bush. Mientras no mejore la seguridad en Irak, no se atreverá a invadir otros países que supuestamente albergan o protegen a terroristas. Pero no cabe duda de que su reelección le ha dado más confianza y ahora está más seguro que nunca que lo que está haciendo es bueno para Estados Unidos y para todo el mundo. Se sabe que a Bush no le gusta que le expliquen demasiado las cosas. Se aburre y, además, es contrario a su filosofía política: no pienses mucho y sigue tu primer impulso. *Four more years.*

Vanunu

25 de noviembre de 2004

Se habla poco de las armas nucleares existentes y se habla mucho de las inexistentes. De repente aparece alguna nota periodística acerca de las pláticas bilaterales entre Estados Unidos y Rusia sobre sus arsenales nucleares. Pero es rarísima la nota sobre las armas nucleares del Reino Unido, Francia o China. Suele hablarse relativamente más de los arsenales nucleares de la India y Pakistán que del arsenal de Israel. En cambio, está nuevamente de moda hablar del peligro de que otros países adquieran armas nucleares. Se hablaba hace poco de Irak y Libia, como ahora se mencionan a Irán y Corea del Norte.

Si hace un año les hubiera preguntado a mis alumnos universitarios acerca de Mordejai Vanunu, ninguno hubiera sabido qué responder. Hoy quizás uno que otro tendría una idea que se trata del técnico nuclear israelí que estuvo en prisión 18 años por haber alertado al mundo sobre el programa de armas nucleares de su país. El pasado 21 de abril salió de la cárcel y hace 15 días fue arrestado nuevamente por la policía israelí. Fue el mismo día que se anunciaba que Yasser Arafat había fallecido. Los medios tenían sus reflectores puestos en esa noticia. ¿Mera coincidencia?

En 1986, tras más de una década de trabajar en la central nuclear de Dimona, en el desierto del Neguev, Vanunu decidió revelar al mundo el secreto de la bomba atómica de Israel. Y lo hizo por medio de una entrevista que concedió a Peter Hounam, un periodista del *Sunday Times* de Londres. Hounam había conocido a Vanunu en Australia y acordaron viajar juntos a Londres. Ahí fue la entrevista y ahí empezó una historia muy enredada.

El *Sunday Times* tardó unas semanas en publicar la entrevista. Quiso cerciorarse de la veracidad de lo dicho por Vanunu. Unos años antes el periódico hizo el ridículo al publicar los supuestos diarios de Hitler que resultaron falsos. La información de Vanunu iba acompañada de dos rollos de fotografías. Los expertos consultados por el periódico llegaron a la conclusión de que Israel poseía varias decenas de ojivas nucleares.

Durante este tiempo Vanunu, acompañado por varios periodistas, se iba cambiando de hotel en Londres para esconderse de los agentes del servicio secreto (Mossad) de Israel. Sin proponérselo, al retrasar la publicación de la entrevista, el *Sunday Times* facilitó la captura de Vanunu al dar más tiempo al Mossad para planear su secuestro.

A raíz de la publicación de la entrevista el gobierno israelí calificó a Vanunu de traidor a la patria y ordenó su detención. Para entonces, sin embargo, el Mossad ya le había tendido una trampa. Despacharon a Londres a una atractiva mujer que, como “turista”, habría de conocer a Vanunu “de pura casualidad”. La pareja inició un romance que, a sugerencia de la mujer, continuó en un hotel de Roma donde era mucho más fácil que en Londres capturar a Vanunu y llevarlo a Israel sin el conocimiento de las autoridades italianas. Así ocurrió.

Hubo protestas por los métodos empleados por Israel en la captura de Vanunu, pero Tel Aviv hizo caso omiso. Londres y Roma también guardaron silencio. Vanunu fue juzgado en secreto y encarcelado. Tenía 32 años y no saldría hasta los 50. De esos 18 años, 11 los pasó en solitario e incomunicado. Estando en la cárcel tuvo contactos con representantes de la iglesia anglicana ya que Vanunu, de origen marroquí, se había convertido al cristianismo. Además, fue “adoptado” por una pareja estadounidense que, junto con su hermano Meir y Peter Hounam, encabezaron las protestas por su arresto y dirigieron la campaña para liberarlo. Los cuatro estuvieron cerca de la prisión, junto con centenares de admiradores, cuando Vanunu fue puesto en libertad.

Pero fue una libertad muy relativa. Se le negó un pasaporte, se le prohibió viajar fuera del país durante un año, sólo con un permiso especial podría hablar con extranjeros, no podía acercarse a una embajada (se temía que pidiera asilo) ni dar entrevistas a los medios de comunicación extranjeros. Se fue a vivir en un hostel en los terrenos de una iglesia anglicana en Jerusalén. Y fue ahí donde hace 15 días irrumpieron entre 30 y 50 policías para arrestarlo nuevamente.

El obispo anglicano protestó por la invasión de su iglesia. Dijo que una docena de agentes uniformados y armados con ametralladoras, acompañados por varias docenas de agentes vestidos de civil, entraron en el hostel a las 9 de la mañana cuando los huéspedes estaban desayunando, registraron la recámara de Vanunu, le confiscaron sus cuadernos y aparatos electrónicos y se lo llevaron, acusándolo de revelar secretos y hablar con la prensa extranjera. Vanunu alegó que ya no tenía secretos que divulgar aunque nunca escondió el hecho que hablaba muy seguido con periodistas extranjeros.

Son muy pocos los israelíes que simpatizan con Vanunu. Las personas que lo apoyan son en su gran mayoría extranjeros vinculados a los movimientos por la paz y el desarme. El propio Vanunu ha dicho en repetidas ocasiones que, al revelar que Israel dispone de armas nucleares, quiso prevenir una catástrofe en el Medio Oriente y promover el desarme nuclear en esa región.

Lo cierto es que no todos los gobiernos juegan derecho al abordar la problemática nuclear. ¿Por qué tanto ruido acerca del supuesto arsenal nuclear de Irak o de las supuestas intenciones secretas de Irán o Corea del Norte y por qué tanto silencio acerca del arsenal nuclear israelí? Algún día quizás se sabrá si Vanunu hizo un buen servicio al mundo al tratar de hacer avanzar el desarme nuclear. De lo que no puede haber duda hoy es que el gobierno de Israel sigue obsesionado con este caso.

Un paseo por la reforma de la ONU

9 de diciembre de 2004

La semana pasada el secretario general de las Naciones Unidas recibió un importante documento elaborado por un grupo de 16 distinguidas personalidades internacionales. Se trata del estudio sobre el futuro de la ONU (las amenazas, los desafíos y el cambio) que el propio Kofi Annan solicitó el año pasado. Bajo el título de “Un mundo más seguro: la responsabilidad que compartimos”, el informe busca una respuesta a la pregunta: ¿qué tipo de ONU queremos para el siglo que empieza? La verdad es que el origen del informe seguramente es otro y obedece a una inquietud del propio secretario general. Ante las actividades unilaterales de Estados Unidos y tras la invasión de Irak en marzo de 2003, Kofi Annan se preguntó ¿dónde quedó la ONU?

Partiendo de dicho informe, hoy iniciaremos un paseo por la reforma de la ONU. Empezaremos con algunas observaciones generales y luego examinaremos el contenido del nuevo informe, incluyendo las propuestas para reformar a la ONU.

Presidido por Anand Panyarachun (ex primer ministro de Tailandia) el grupo de alto nivel incluyó a otras 15 personas de los siguientes países: los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia), Noruega, Australia, India, Japón, Pakistán, Egipto, Ghana, Tanzania, Brasil y Uruguay.

Los intentos por reformar a la ONU han sido una constante en su historia. Su propia Carta contempla la posibilidad de introducir cambios en la organización. Su artículo 109 dispone que los miembros de la ONU pueden convocar a una conferencia para examinar el funcionamiento de la organización y, en su caso, proponer enmiendas a la Carta. Es más, en 1945 cuando se redactó la Carta en San Francisco, se acordó que, si para 1955 aún no se había celebrado dicha conferencia, se debería convocar. Esas disposiciones fueron incluidas en la Carta por las principales potencias de la época para calmar a aquellos países cuyas propuestas no habían sido aceptadas. La idea era hacerles pensar que sí se discutirían en un futuro cercano. Pero esa conferencia nunca se celebró y las únicas enmiendas aprobadas por la ONU en sus seis décadas de existencia fueron las que aumentaron el número de miembros del Consejo de Seguridad (de 11 a 15) y del ECOSOC (de 18 a 27 y luego a 54).

Cualquier enmienda a la Carta requiere de la aprobación de dos tercios de los 191 miembros de la ONU, incluyendo a los cinco permanentes del Consejo de Seguridad. Dado que la Carta es un tratado, cualquier enmienda a la misma debe ser ratificada por los miembros conforme a sus procedimientos constitucionales. Si para llevar a cabo las reformas recomendadas por este nuevo estudio es menester enmendar la Carta, será un proceso largo y complicado.

El propósito del informe es el de propiciar un debate en la Asamblea General con miras a llegar a un acuerdo sobre la reforma de la ONU en la sesión cumbre de 2005, el sexagésimo aniversario de la organización.

El informe es largo. Sus 110 páginas están divididas en cuatro secciones: hacia un nuevo consenso en materia de seguridad; la seguridad colectiva y el desafío de la prevención; la seguridad colectiva y el uso de la fuerza; y unas Naciones Unidas más eficaces para el siglo XXI.

La seguridad en general y la seguridad colectiva en particular constituyen, por lo tanto, el tema principal del estudio. Ahí se define el concepto de seguridad más allá de la seguridad del estado. Incluye, además, una larga descripción de las “nuevas amenazas” a la seguridad

internacional. Las agrupa bajo seis rubros: 1) las amenazas económicas y sociales, como la pobreza, las enfermedades infecciosas y la degradación ambiental; 2) los conflictos entre estados; 3) los conflictos internos, como la guerra civil, el genocidio y otras atrocidades en gran escala; 4) las armas nucleares, radiológicas, químicas y biológicas; 5) el terrorismo; y 6) la delincuencia organizada transnacional. Y, para hacer frente a estas nuevas amenazas a la seguridad, el estudio hace un llamado para la acción preventiva, es decir, recomienda que se actúe rápida, decisiva y colectivamente. Esto último ha despertado no pocas sospechas, ya que algunos lo inscriben en la nueva política de acción preventiva de Estados Unidos.

Con razón, en su nota introductoria, el Secretario General afirma que los miembros del grupo “no vacilaron en encarar las cuestiones más difíciles que nos dividen”. Y agregó que, si el grupo, con una composición tan diversa, pudo llegar a un consenso sobre sus recomendaciones, los miembros de la ONU deberían hacer lo mismo. ¿Qué tan factible será que se pongan de acuerdo los 191 países que integran la ONU? ¿En qué reformas puede haber coincidencias y en cuáles simplemente nunca las habrá? He ahí el tema de nuestro siguiente artículo.

Concluyo con dos asuntos muy distintos. La postulación del canciller Luis Ernesto Derbez a la secretaría general de la OEA marca un cambio importante en la actitud tradicional de nuestro país hacia la organización regional. Será interesante ver la posición que en torno a esa candidatura asumirá Brasil, sobre todo a la luz de la disputa por un puesto permanente en el Consejo de Seguridad. Ojalá que no le muevan mucho el piso al canciller.

Por último, los dejo con un dato curioso y algo nostálgico para algunos. El próximo domingo 12 de diciembre, el día de la virgen de Guadalupe, se cumplen 30 años de la aprobación por la ONU de la Carta de los derechos y deberes económicos de los estados. ¿Se acuerdan? ¡Cómo ha llovido!

Sigue el paseo por la reforma de la ONU

27 de diciembre de 2004

El informe sobre la reforma de Naciones Unidas que el secretario general distribuyó a principios de este mes contiene un centenar de recomendaciones. Sin duda la que más interés ha despertado es la relativa al aumento en el número de miembros del Consejo de Seguridad. Hace más de una década que se viene discutiendo este asunto en el seno de la ONU. Algunos países (Alemania y Japón) han hecho intensa campaña para conseguir un puesto permanente en el consejo. Otros (como India, Nigeria, Sudáfrica o Brasil) han sido más discretos, pero no han quitado el dedo del renglón.

Originalmente el Consejo de Seguridad estaba integrado por 11 países. En 1965 entró en vigor la enmienda que amplió su composición a los actuales 15 miembros: los cinco permanentes y 10 que se eligen por dos años sin posibilidad de reelección inmediata. Se acordó también repartir a los miembros de la ONU en cinco grupos regionales. Esa división se hizo, entre otras cosas, para facilitar las elecciones a órganos de composición restringida. En el caso del Consejo de Seguridad se decidió que sus 10 puestos no permanentes se distribuirían así: uno para Europa oriental, dos para América Latina y el Caribe, otros dos para Europa occidental (y otros) y cinco para las naciones afroasiáticas. Los países que más tiempo han estado sentados en el Consejo son Brasil y Japón con 18 años, seguidos por Argentina con 16, y Canadá e India con 12 cada uno.

Ahora el panel que elaboró el informe que nos ocupa propone aumentar en nueve la composición del Consejo de Seguridad. Pero, para llegar a 24 miembros, nos plantea dos posibilidades: la primera sería agregar seis puestos permanentes (pero sin veto) y tres no permanentes; la segunda consistiría en agregar ocho puestos con un mandato renovable de cuatro años y uno más de dos años no renovable.

Desde luego que muchos países celebran que no haya ninguna propuesta para aumentar los miembros permanentes con veto. Sin embargo, esas propuestas nos permiten entrever la intención de los miembros del panel, que incluyó a nacionales de Brasil, India y Japón. Ante la imposibilidad de convencer a dos tercios de los 191 miembros de la ONU de aceptar más países con veto en el consejo, el panel ideó a unos permanentes sin veto o a unos semipermanentes que se sentarían en el consejo durante ocho años seguidos. El resultado será la creación de más tipos de países en la sociedad de castas de la ONU. Hoy hay dos: los cinco permanentes con veto y los 186 no permanentes sin veto. De aceptarse la primera propuesta, Naciones Unidas agregaría la casta de los seis permanentes sin veto; en el caso de la segunda propuesta, tendríamos la casta de los casi permanentes. ¿De dónde salen estas propuestas?

Su origen es el criterio enunciado por el propio panel para las reformas del Consejo de Seguridad: hay que dar mayor participación en el proceso de adopción de decisiones a quienes más contribuyen a la ONU financiera, militar o diplomáticamente. Y aquí se trata también de quién da cuánto para las operaciones de paz. Asimismo, el panel señaló la importancia de aquellos países que hayan logrado la meta internacionalmente convenida de asignar 0.7 por ciento del producto nacional bruto a la asistencia oficial para el desarrollo. En este renglón sólo algunos países escandinavos lo hacen hoy en día.

Lo anterior está reñido con otro de los criterios del panel para reformar al Consejo de Seguridad: hacerlo más democrático. Pues bien, ¿cómo se puede pretender tornarlo más democrático al proponer más castas basadas, en gran medida, en el poder económico de los estados? La

esencia de la democracia es que el voto de un millonario cuenta (o debería contar) igual que el de cualquier otro ciudadano.

Y, hablando de dinero, el informe del panel ha sido uno de los más caros de la historia de la ONU. Imagínense a 15 chipoccludos que, en el curso de este año, se reunieron durante tres días en seis ocasiones: tres veces en Estados Unidos y una vez en Suiza, Austria y Etiopía, respectivamente. Muchos viajes y muchos viáticos. Pero esos gastos, que corrieron por cuenta de la ONU, fueron una pequeña parte del costo total del informe.

Además de los 18 días de reuniones formales del panel, hubo más de 40 consultas regionales y seminarios. Estas consultas y seminarios se llevaron a cabo en Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Brasil, Noruega, Suiza, China, Singapur, Etiopía, Sudáfrica, Polonia, Italia, Dinamarca, India, Japón y Egipto. Sus gastos fueron sufragados por los gobiernos, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, organizaciones regionales o universidades de esos países. En la ciudad de México también hubo una de esas reuniones que se llevó a cabo en mayo pasado bajo el título de "Gobernanza, democracia y mercados libres". La organizaron el Instituto Tecnológico Autónomo de México, la Friedrich Ebert Stiftung y la Fundación pro Naciones Unidas.

Hay que subrayar que la propuesta del panel para reformar el Consejo de Seguridad afectaría el actual sistema de grupos regionales en la ONU. Se propone que los 24 puestos en el Consejo se repartan equitativamente entre cuatro (y no cinco) regiones: África (con 53 miembros), América (35), Asia-Pacífico (56) y Europa (47). Es cierto que el informe insiste en que esta fórmula de cuatro grupos geográficos sólo se aplicaría a las elecciones para el consejo y que los actuales cinco grupos regionales seguirían operando en todo lo demás. Pero no sería la primera vez que la excepción se convierte en regla.

El informe del panel contiene muchas otras recomendaciones, algunas de las cuales comentaremos en la próxima ocasión.

Fin del paseo por la reforma de la ONU

6 de enero de 2005

El informe sobre la reforma de las Naciones Unidas que el secretario general distribuyó hace un mes contiene un centenar de propuestas que están siendo analizadas por los gobiernos de los países miembros de la organización. En el curso de este año habrá una discusión en la ONU con miras a ver cuáles de las recomendaciones del informe podrían ser aceptables. Se dedicará mucho tiempo a la posible ampliación de la composición del Consejo de Seguridad, tema de nuestro pasado artículo. Pero también será necesario estudiar con cuidado todo lo relativo a los criterios que habrán de seguirse para emprender una acción militar.

En la primera mitad del siglo pasado, la comunidad internacional acordó (y luego la Carta de la ONU codificó) que un estado sólo podría recurrir al uso de la fuerza militar si lo hacía en defensa propia. Un ejemplo claro fue cuando el Consejo de Seguridad autorizó el uso de la fuerza para sacar a las tropas de Saddam Hussein de Kuwait en lo que fue la primera guerra del Golfo Pérsico.

El panel que elaboró el informe le dedicó muchas páginas al tema de la seguridad colectiva y el uso de la fuerza. Como amenazas a la seguridad colectiva el panel identificó la pobreza, las enfermedades infecciosas y la degradación ambiental; los conflictos entre estados y los conflictos internos; las armas de destrucción en masa; el terrorismo; y la delincuencia organizada internacional. Luego el informe examina el papel de las sanciones.

Por otro lado, el panel afirmó que existe una responsabilidad internacional colectiva de proteger y, por lo tanto, de intervenir, inclusive militarmente, por razones humanitarias.

¿Cuándo se puede recurrir al uso de la fuerza? El panel identificó cinco criterios que el Consejo de Seguridad debería tomar en cuenta al considerar el posible uso de la fuerza militar. En primer lugar, habría que aquilatar la gravedad de la amenaza. Y aquí el panel señaló que la amenaza puede ser a la seguridad de un estado o del ser humano y la pregunta que hay que responder es si la amenaza es de índole tal y es suficientemente clara y grave como para justificar a primera vista el uso de la fuerza militar. Luego hay que saber si el propósito del uso de la fuerza militar es el correcto para poner fin a la amenaza o evitarla. En tercer lugar hay que recurrir al uso de la fuerza como último recurso, cuando se han agotado todas las opciones no militares. Cuarto, tiene que haber proporcionalidad de los medios. La escala, la duración y la intensidad de la acción militar que se contempla debe ser el mínimo necesario para hacer frente a la amenaza. Quinto y último criterio es el balance de las consecuencias de la acción militar para que sirva para disipar la amenaza y no resulte peor que el no haber hecho nada.

Las recomendaciones que se refieren al posible uso de la fuerza han dado pie a distintas interpretaciones. Para algunos, la conclusión principal del informe es que ningún estado puede recurrir al uso de la fuerza sin la autorización explícita del Consejo de Seguridad. Y esta interpretación está reñida con la doctrina de la guerra preventiva del presidente George W. Bush. ¿Cómo —se preguntan los neoconservadores en Washington— se puede dejar en manos de la ONU el derecho de Estados Unidos de hacer frente a una amenaza de la manera y en el momento que mejor le convenga?

Muchas de las recomendaciones del panel tienen que ver con temas que se empezaron a debatir en San Francisco en junio de 1945. Se trata de la relación entre el individuo y el estado. En efecto, la Carta de la ONU encierra una tensión fundamental entre el individuo y el estado-nación. Por una parte, insta a los pueblos del mundo a defender y promover una serie de

principios universales. Por la otra, reconoce y aun amplía muchos de los derechos que los estados-naciones se han venido arrogando durante siglos.

Durante siglos los habitantes del mundo han aceptado la idea de que, de una manera u otra, cada nación es única y por lo tanto distinta a las demás. Quizás esta tendencia nos hubiera ya abrumado de no haber sido por los constantes conflictos militares, especialmente las dos contiendas mundiales del siglo pasado.

Provocadas por ciertas manifestaciones de nacionalismos exagerados y amenazadores, esas guerras dieron pie, paradójicamente, a una acendrada cruzada en pro de los valores humanos universales y la solidaridad internacional. La ONU fue un producto de ese renovado internacionalismo, inspirado en metas humanas compartidas que, por un momento, parecieron sumergir supuestas diferencias nacionales. Empero sus fundadores no pudieron conducir a la organización internacional hasta el final del camino: una autoridad mundial. Ese es el tramo que aún debemos recorrer.

La historia de la ONU es, en cierto sentido, la historia del conflicto entre nacionalismo e internacionalismo. Sus capítulos más tristes han sido obra de los nacionalistas; sus páginas más felices han sido redactadas cuando sus miembros han reconocido la comunidad de sus sueños y aspiraciones. La Carta es un ejemplo de esa contradicción inherente: en su preámbulo proclama las metas altruistas de la humanidad, mientras que en una disposición tras otra preserva intactos los derechos y prerrogativas de los estados. Los críticos de la Organización invocan estas disposiciones; sus defensores aluden con más frecuencia al preámbulo. Los debates en la ONU han reflejado frecuentemente esa dicotomía que, en no pocas ocasiones, ha producido tensiones y fricciones entre los participantes. Esos debates continuarán este año al discutirse las reformas propuestas.

Tsunami

20 de enero de 2005

El mundo tardará mucho tiempo en comprender la magnitud de los efectos del terremoto y posterior maremoto que azotó a una docena de países con costas en el océano Índico. Será imposible que se olvide el impacto de este desastre natural con la facilidad que la comunidad internacional dejó de pensar en el terremoto que arrasó a la ciudad china de Tangshan el 28 de julio de 1976 cobrando más de 240 mil vidas. A diferencia de Tangshan, las dramáticas e impactantes imágenes de la destrucción de vidas y poblaciones enteras en Asia del sur han dado varias vueltas al mundo y han despertado un movimiento solidario de individuos y gobiernos quizás sin precedente en la historia.

Las dimensiones de esta tragedia humana tardaron en reconocerse. De ahí la tibieza de algunas promesas iniciales de ayuda, sobre todo de los países más ricos. Pero luego, cuando empezaron a difundirse las fotografías y testimonios personales de lo acontecido, la actitud de la comunidad internacional, gubernamental y no gubernamental, cambió radicalmente. Lo anterior ocurrió en muchas naciones.

Por ejemplo, Estados Unidos cometió dos errores iniciales que pronto corrigió. Primero, de entrada ofreció una cantidad irrisoria para las víctimas, monto que luego aumentó a 35 millones de dólares y luego a diez veces más (y seguirá subiendo). Segundo, quiso convertirse en el “coordinador” de la ayuda para el sur de Asia. Invitó a tres países (Australia, India y Japón) para que auxiliaran en esa tarea de coordinación. Esto irritó al Reino Unido (su más cercano aliado) por no haber sido incluido en ese grupo y también molestó a las Naciones Unidas, la organización mejor preparada para llevar a cabo la coordinación de la ayuda humanitaria. Muy pronto Estado Unidos tuvo que echar marcha atrás y el 6 de enero, en la conferencia de Yakarta, disolvió el grupo al aceptar que la ONU asumiera el papel de coordinador.

Hoy la administración del presidente George W. Bush cometerá un tercer error al no cancelar los eventos (o cuando menos reducir la escala de los mismos) que se han organizado para festejar su segunda toma de posesión. Se trata de una gran celebración pública para la cual se han recaudado unos 40 millones de dólares en donaciones privadas. Para poder asistir hay quienes han pagado hasta 250 mil dólares por boleto que incluye un almuerzo con el presidente y su vicepresidente. Pero también se gastarán muchos fondos públicos. ¿Cuánto costarán las rigurosas medidas de seguridad? Algunos comentaristas han criticado el derroche de dinero que debería utilizarse para ayudar a las víctimas del maremoto en Asia meridional. Otros dicen que Washington tampoco debería estar organizando fiestas fastuosas mientras tenga a 150 mil elementos de sus fuerzas armadas en Irak.

El secretario general de la ONU calcula en unos mil millones de dólares el costo de la ayuda inicial durante el primer semestre de este año para hacer frente a la emergencia humanitaria que afecta a más de 5 millones de personas en el sur de Asia. Kofi Annan también ha insistido en que se hagan efectivas las promesas de ayuda de los diversos gobiernos. No quiere que ocurra lo mismo que pasó tras el terremoto en Irán cuando hubo muchas promesas incumplidas.

Es cierto que el ser humano ha sabido hacer frente a los desastres naturales que periódicamente azotan a nuestro planeta: huracanes, inundaciones, terremotos y avalanchas. Pero nadie estaba preparado para lo ocurrido en el océano Índico. Algunos observadores han comparado la devastación sufrida por ciertas poblaciones con los efectos de las bombas atómicas lanzadas hace casi seis décadas sobre Hiroshima y Nagasaki. Pero existe una diferencia fun-

damental entre los dos casos. Si bien hay millones de seres que lo han perdido todo, es posible hacerles llegar agua y comida, medicinas y viviendas temporales debido a que el *tsunami* no destruyó toda la infraestructura (aeropuertos y carreteras) necesaria para su transporte. Un ataque nuclear, en cambio, acabaría con toda esa infraestructura y haría imposible atender a los sobrevivientes.

La pérdida de vidas humanas a causa del *tsunami* ha llegado a más de 220 mil, el equivalente a la población de Córdoba, Veracruz. En caso de epidemias y pandemias la cifra podría aumentar notablemente.

Los medios de comunicación han puesto mucha atención en la tragedia humana del océano Índico. Nos han mostrado escenas que desafían la imaginación. Y nos han reseñado los sufrimientos de las víctimas, tanto de las que desaparecieron como de las que sobrevivieron. Los medios también ayudaron, pero en menor grado, a que la comunidad internacional cobrara conciencia de lo que está ocurriendo en la región de Darfur en el Sudán. Pero no han hecho nada parecido en la república democrática del Congo (antes Zaire) donde cada día mueren mil seres humanos, un total de 3 a 4 millones en lo que va del siglo, la gran mayoría de hambre o de enfermedades contagiosas.

Volviendo al tema de la solidaria y generosa reacción de la comunidad internacional ante la tragedia del océano Índico, hay que recordar que la semana pasada 19 de los países más ricos del mundo se reunieron en la capital francesa para tratar el tema de la deuda externa de los países afectados por el *tsunami*. Estos últimos les deben a los integrantes del club de París 5 mil millones de dólares anuales por el servicio de esa deuda. A instancias del Reino Unido y del G-7 que preside, se les ofreció congelar de inmediato esos pagos. Jamás pensaron en condonarlos. Sólo Indonesia, las islas Seychelles y Sri Lanka aceptaron la oferta. Los demás la declinaron por tener deudas relativamente pequeñas o por temor a que les afectara su capacidad de conseguir créditos en el futuro.

Carta de Atlanta

3 de febrero de 2004

En estos días se viene reuniendo en el Carter Center de la ciudad de Atlanta un grupo de personas preocupadas por el futuro del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). Se trata de unas consultas promovidas por la llamada Iniciativa de las Potencias Medias (IPM), una coalición de ocho organizaciones no gubernamentales que se fundó en 1998 para apoyar a un grupo de países que buscan reactivar las negociaciones de desarme nuclear. Esos países son Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelandia, Sudáfrica y Suecia.

¿Cómo se puede inducir a los países con armas nucleares a que se sienten a negociar un tratado para prohibir su existencia y asegurar su eliminación? Pero antes hay que preguntarse, ¿dónde y cuándo se comprometieron a deshacerse de sus arsenales nucleares? La respuesta es el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) que entró en vigor en 1970 y que hoy cuenta con casi 190 estados partes. En efecto, es el más universal de los instrumentos multilaterales de desarme. Los únicos países que siguen fuera del TNP son India, Israel y Pakistán que adquirieron armas nucleares después de 1970. Corea del Norte se retiró del tratado hace unos años.

Al suscribir el TNP, China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia asumieron el compromiso de concluir acuerdos encaminados a reducir y luego eliminar sus respectivos arsenales nucleares. Y el primer paso que dijeron que darían fue un tratado que pondría fin a todos los ensayos nucleares, mismos que sirven para mejorar el diseño de las armas.

A cambio de desarmarse, esos cinco países exigieron que todos los demás se comprometieran a nunca recibir o desarrollar armas nucleares. Pero hubo dudas acerca de las intenciones de las naciones con arsenales nucleares. ¿Cómo asegurar que se desarmarían? Hubo dos propuestas presentadas por Italia, Suecia, Suiza y otros países, incluyendo a México. La primera fue que, a diferencia de otros tratados, el TNP no tuviera una vigencia indefinida. Italia, por ejemplo, sugiere una vigencia inicial de 10 años. Al término de ese plazo se evaluaría lo que los países nucleares hubieran hecho en materia de desarme. La segunda propuesta fue que hubiera conferencias quinquenales de las partes para examinar el funcionamiento del TNP.

Se acordó que habría esas reuniones quinquenales y los países nucleares aceptaron además que el TNP tuviera una vigencia inicial de un cuarto de siglo y luego se decidiría si se transformaba en una vigencia indefinida o se prorrogaba por otro periodo definido. Así fue que en 1975 se llevó a cabo la primera conferencia de examen del funcionamiento del tratado. Hubo otras en 1980, 1985, y 1990. En todas ellas las naciones que se habían comprometido a no jugar la carta nuclear criticaron ferozmente a los cinco países con arsenales nucleares por no haber hecho nada o casi nada en materia de desarme.

En 1995 se celebró otra conferencia quinquenal en la que se discutió también la cuestión de la vigencia del TNP. Ahí se acordó su prórroga indefinida a cambio de unas promesas vagas en materia de desarme por parte de los cinco países poseedores de armas nucleares.

Inconformes con ese resultado, varias organizaciones no gubernamentales se juntaron para alentar a países como las llamadas potencias medias a que presionaran a los estados nucleares a que avanzaran en el camino hacia el desarme. Así nació la IPM y el grupo de los siete países mencionados al principio. En la conferencia quinquenal de 2000 ese grupo consiguió buenos resultados al lograr que los países nucleares aceptaran 13 pasos concretos y prácticos para promover el desarme nuclear. Dadas las posiciones asumidas por el presidente George W. Bush en materia de tratados multilaterales en general y los acuerdos de desarme en parti-

cular, algunos de esos pasos han adquirido una mayor importancia. Por ejemplo, en 2000 se aceptó el principio de la irreversibilidad de los acuerdos de desarme nuclear (y convencional también). Piensen en lo que ha hecho Washington en materia de aquellos tratados que podrían inhibir el desarrollo de un sistema de defensa contra misiles (la *guerra de las galaxias*) o en lo que pretende hacer en cuanto a los ensayos nucleares (reanudarlos y socavar el tratado de 1996 que prohíbe todos los ensayos).

Desde 2000 no se han registrado avances en materia de desarme nuclear. La conferencia de desarme en Ginebra está pasando por su peor época desde que fue creada en 1962. Este es el noveno año en que no se logra ni siquiera un acuerdo para iniciar las negociaciones sobre los diversos temas de su agenda, empezando por las cuestiones nucleares.

De ahí nuestras consultas en Atlanta. Pero no han dado pie a mucho optimismo acerca de los posibles resultados de la conferencia quinquenal del TNP que se llevará a cabo en Nueva York el próximo mes de mayo. Peor aún, muchos temen que Washington tratará de echar a bajo el acuerdo en torno a los 13 pasos prácticos que todas las partes suscribieron en 2000. Pero eso fue en época del presidente Clinton y, según el actual inquilino de la Casa Blanca, no necesariamente compromete a la presente administración.

Además de la actitud de la delegación estadounidense, la conferencia del TNP tendrá que hacer frente a otros desafíos. Uno será la posición que asuman las otras potencias nucleares. Otro será la situación en la península coreana y un tercero será la evolución de la relación de Irán con la comunidad internacional en cuanto a sus actividades en el campo de los usos pacíficos de la energía nuclear.

Las (otras) potencias nucleares

17 de febrero de 2005

Aparte de China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia, que se han comprometido en el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) a deshacerse de sus arsenales nucleares, hay otros tres países que se sabe que poseen esas armas: India, Israel y Pakistán. Los tres se han mantenido al margen del TNP y no han suscrito ningún acuerdo multilateral que les obligue a desarmarse.

Además de esos ocho países, hoy otros que algunos creen que están tratando de fabricar armas nucleares. Es muy probable que Corea del Norte, que se salió del TNP, ya tenga una media docena de esas bombas. También ha fabricado unos misiles de mediano alcance. De ahí la inquietud de algunos de sus vecinos, principalmente Corea del Sur y Japón. Estados Unidos cree, inclusive, que quizás Pyongyang haya empezado a vender parte de su material nuclear. Desde hace una década, Washington ha venido negociando, esporádicamente y con la ayuda de Corea del Sur, Japón, China y Rusia, con Corea del Norte. El tema central de esas conversaciones es buscar una fórmula mediante la cual Pyongyang abandone su programa nuclear militar a cambio de un paquete atractivo de ayuda económica. La semana pasada Corea del Norte anunció que sólo platicaría con Estados Unidos sobre el tema.

Muy distinta es la actitud de Washington hacia otro país del que algunos tienen sospechas en cuanto a sus programas nucleares. Irán sigue en el TNP, pero no sólo tiene proyectiles sino que también está desarrollando la tecnología para enriquecer uranio y así conseguir el material necesario para fabricar armas nucleares. Irán alega que ese material es para uso en sus centrales nucleares y no quiere depender de otros países para conseguirlo. En su discurso del pasado 2 de febrero, el presidente George W. Bush se refirió a Teherán de la siguiente manera: “Hoy Irán sigue siendo el principal estado del mundo que patrocina el terrorismo, buscando hacerse de armas nucleares mientras niega a su población la libertad que quiere y se merece. Estamos trabajando con aliados europeos para insistir que el régimen iraní abandone su programa para enriquecer uranio y cualquier plutonio reprocesado, y que ponga fin a su apoyo al terrorismo”.

El primer ministro Tony Blair no tardó en sumarse a la posición de Washington. El 8 de este mes dijo que compartía la opinión de que Irán patrocina terrorismo y que debería cumplir con sus obligaciones en materia de no proliferación nuclear. Los otros gobiernos europeos, especialmente Alemania y Francia, que están en pláticas con Irán, han adoptado una actitud más matizada.

Al día siguiente de la declaración de Blair, la secretaria de estado de Estados Unidos, Condoleezza Rice, advirtió a Irán que, si no daba muestras de buena voluntad de cumplir con sus compromisos internacionales en materia nuclear, su país llevará el caso al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¿Por qué la ONU? Desde un principio se pensó que, si hubiera dudas acerca de las intenciones de alguna de las partes en el TNP, se podría plantear el caso en el Consejo de Seguridad, donde da la casualidad que sus cinco miembros permanentes y con derecho de veto son también las cinco potencias nucleares reconocidas como tales por el propio tratado. Y aquí quizás sea oportuno repasar dos aspectos del TNP. Uno es la verificación de los compromisos y el otro tiene que ver con el uso de la energía nuclear con fines pacíficos.

El tratado no dispone nada en cuanto a la verificación del cumplimiento de los compromisos adquiridos por los países signatarios. Son más bien los inspectores del Organismo Interna-

cional de Energía Atómica (OIEA) los que se encargan de visitar periódicamente las plantas nucleares de las distintas naciones para cerciorarse de que no se está desviando material nuclear (uranio enriquecido o plutonio) hacia fines militares (la construcción de un artefacto nuclear). Esas visitas se rigen por acuerdos suscritos entre el OIEA y los estados miembros del TNP. Pero, ante los casos de posibles proliferadores, se redactó otro acuerdo que permite a los inspectores realizar visitas de manera sorpresiva.

La tarea principal del OIEA, sin embargo, es fomentar el uso pacífico de la energía nuclear. Hace cuarenta años, cuando se negoció el tratado, el mundo creía más en la utilización de la energía nuclear con fines civiles. El TNP tiene varias disposiciones para asegurar que los países sin armas nucleares tendrán acceso a la tecnología y materiales nucleares necesarios para desarrollar sus actividades con fines civiles. Es más, el tratado habla de la posibilidad de llevar a cabo las llamadas explosiones nucleares pacíficas. Por ejemplo, en esa época el gobierno de Nicaragua estaba pensando en que quizás se podría realizar una de esas explosiones para facilitar la construcción de un segundo canal interoceánico.

Cuando Londres y Washington insisten en que Teherán cumpla los compromisos que asumió en el TNP, le están exigiendo algo que ellos mismos se han negado a hacer. Ninguno de los dos ha cumplido con las disposiciones del tratado en materia de desarme nuclear. Lo cierto es que mientras el mundo no se encamine hacia la eliminación completa de las armas nucleares seguirá presente el peligro de la adquisición de esas armas por más y más países. Y no importa si hoy son miembros del TNP. Piensen en lo que está haciendo Corea del Norte. Piensen también en Japón que posee la tecnología y el material necesarios para construir armas nucleares en unos cuantos meses o semanas. Asimismo, consideren el caso de la India que durante medio siglo abogó intensamente por el desarme nuclear, presentando propuestas concretas para conseguirlo. Pero Nueva Delhi se cansó de esperar y un buen día en 1998 decidió jugar su carta nuclear.

Terrorismo nuclear

3 de marzo de 2005

El 12 de noviembre de 2001 el vuelo 587 de American Airlines se estrelló en el mar cerca de Rockaway, Nueva York, pocos minutos después de despegar del aeropuerto JFK con destino a la República Dominicana. El avión se partió en dos y la versión oficial del accidente fue que el aparato tenía algunas fallas estructurales que cedieron ante la turbulencia causada por un B-747 que acababa de despegar. Recuerdo bien el caso porque yo había emprendido un viaje a México unos minutos antes. En esos días la prensa especulaba si el avión había sido derribado por un misil tierra-aire. Esa hipótesis ha sido planteada en varios de los accidentes aéreos ocurridos en la última década cerca de JFK.

Hace unas semanas la prensa, tanto en Washington como aquí, habló de una posible venta en el mercado negro de alrededor de 80 misiles tierra-aire SAM-7 que aún tiene Nicaragua y que fueron adquiridos por los sandinistas hace décadas. Los posibles compradores son guerrilleros, narcotraficantes y grupos terroristas, los llamados actores no estatales. Es bien sabido que en Colombia las FARC cuentan con armas convencionales muy sofisticadas, incluyendo misiles tierra-aire. Éstos son portátiles, pesando apenas unos 10 kilos.

Los actores no estatales siempre han podido conseguir armamentos convencionales. Hoy en día es relativamente fácil hacerlo. A lo que no han tenido acceso hasta ahora son las armas de destrucción en masa que se desarrollaron en el siglo XX: biológicas, químicas y nucleares. Empero, la situación parece estar cambiando.

El 20 de marzo de 1995 hubo un ataque terrorista en el metro de Tokio. Unos individuos dispersaron gas sarín en una estación, causando la muerte de 11 personas e hiriendo a más de 5 mil. El sarín es un agente neurológico, una de las armas químicas más letales. En el campo de las armas biológicas, son varios los casos en que se ha utilizado el ántrax. En cambio, aún no se ha dado un solo caso en que un actor no estatal haya atacado con material nuclear.

Hace años que se viene debatiendo en círculos académicos y científicos la posibilidad que un grupo de personas construya o consiga un arma nuclear. Desde luego que se trata de los grupos terroristas mejor organizados y de un artefacto relativamente pequeño, como las llamadas armas nucleares tácticas. Se especula que uno de los proyectos de Al Qaeda era conseguir una bomba nuclear de Pakistán.

Por otro lado, las autoridades rusas han confesado que desconocen el paradero de 84 de los llamados “artefactos nucleares de maletín” de la época soviética. Se trata de bombas nucleares de un kilotón fabricadas en forma de una pequeña maleta muy fácil de cargar. Al derrumbarse la Unión Soviética, había 250 de esas bombas. La explosión de un arma nuclear se mide en kilotones. Un kilotón equivale al poder destructivo de mil toneladas de un explosivo corriente como dinamita o TNT. La bomba que destruyó Hiroshima en 1945 era de 12 kilotones. También es posible construir una bomba sucia, sin poder explosivo pero que dispersa material radiactivo. Una posibilidad adicional sería la de estrellar un avión en una central nuclear. Si, en lugar de chocar con las torres gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, uno de esos aviones se hubiera incrustado en la planta nuclear de Indian Point, las víctimas hubieran sido muchas más.

Un arma nuclear podría ser robada o comprada a científicos de países como Rusia, Pakistán o Corea del Norte. También sería posible construir un arma pequeña. Para ello sería indispensable conseguir algunos kilos de uranio enriquecido o plutonio (el material indispensable para fabricar un artefacto nuclear). Las fuentes de esos materiales pueden ser los casi 130 reac-

tores nucleares que están hoy operando en más de 40 países, no todos con el grado de seguridad necesaria para prevenir que “desaparezcan” unos kilos.

¿Qué tan difícil sería transportar plutonio o uranio enriquecido? Hace algunos años una cadena de televisión de Estados Unidos puso a prueba la capacidad de las aduanas de ese país para detectar un cargamento de material nuclear. Uno de sus reporteros viajó a Indonesia y compró siete kilos de uranio empobrecido (que tiene las mismas características del uranio enriquecido sólo que no sirve para construir un artefacto explosivo). Empacaron el material en una maleta y le pidieron a una compañía de transportes que llevara la maleta al puerto de Los Ángeles. Ahí fue recogida por el reportero y llevada al centro de convenciones de la ciudad. Con ello demostró lo fácil que sería que un grupo de personas consiguiera uranio enriquecido.

En los últimos años las agencias de inteligencia de Estados Unidos han alertado en más de una ocasión acerca de un posible ataque nuclear en Nueva York. En octubre de 2001 el director de la CIA informó al presidente Bush que era muy probable que hubiera una bomba nuclear en manos de terroristas en esa ciudad. No fue cierto. Pero la detonación en Times Square de una bomba nuclear de 10 kilotones mataría instantáneamente a medio millón de personas.

En vista de lo anterior, no debe sorprendernos que el jueves pasado, en su reunión en Bratislava, los presidentes Bush y Putin hayan decidido hacer un renovado esfuerzo para evitar que armas nucleares cayeran en manos de terroristas y de países soberanos como Irán y Corea del Norte. También firmaron un acuerdo para combatir el terrorismo nuclear al restringir el traspaso de misiles tierra-aire capaces de derribar aeronaves. Asimismo, insistieron en acelerar sus trabajos para “proteger las armas nucleares en sus respectivos países y en todo el mundo”.

Consenso

17 de marzo de 2005

La semana pasada la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una declaración sobre la clonación humana. De los 191 estados miembros de la ONU, sólo 155 participaron en la votación que arrojó el siguiente resultado: 84 a favor, 34 en contra y 37 abstenciones. Es obvio que ese voto refleja las posiciones muy distintas de los países sobre la cuestión. La ONU se fragmentó: la Unión Europea (que suele votar parejo) se partió en dos; América Latina y el Caribe se dividió en tres bloques (a favor, en contra y abstención); lo mismo ocurrió en los demás grupos regionales. Hacía años que países con posiciones políticas muy afines no discrepaban tanto.

México votó a favor y la Secretaría de Relaciones Exteriores indicó que, “en la negociación de este instrumento”, nuestro país “se guió por la necesidad de alcanzar un consenso en un tema de interés mundial, que asegurara el respeto a la dignidad humana en la aplicación de la ciencia”.

En un principio se había propuesto que la ONU negociara una convención internacional sobre la clonación humana. Dicho acuerdo multilateral hubiese tenido un valor jurídico muy superior al de una mera declaración de la Asamblea General. Pero el horno no estaba para bollos y, dadas las profundas divisiones entre los países, desde el otoño pasado se decidió optar por una declaración. Es obvio que persisten esas divisiones. De ahí que quizás se antoje un tanto ingenua la idea de buscar un consenso sobre esta materia. Empero, esa es una de las tareas básicas de la ONU: tratar de lograr el acuerdo más amplio posible sobre los distintos temas de su agenda.

Hace años que se discute la posibilidad de que la Asamblea General tome sus decisiones “por consenso”. Durante las primeras décadas, la Unión Soviética trató de trasladar a la Asamblea General su poder de veto en el Consejo de Seguridad. En la década de los setenta, Estados Unidos empezó a hacer lo mismo. Con el apoyo de algunos de sus aliados de Europa occidental, Washington inició una campaña para cambiar o, cuando menos, reinterpretar las disposiciones de la Carta y del Reglamento de la Asamblea relativas a la toma de decisiones. Y tuvo bastante éxito ya que hoy son bien pocas las resoluciones que se someten a una votación. En efecto, en sus sesiones anuales desde 2001, la Asamblea General ha aprobado por votación menos del 20% de sus resoluciones. Éstas suelen ser las relativas a los distintos aspectos de la cuestión del Medio Oriente, algunos temas de desarme y otros sobre los derechos humanos. En cambio, son bien escasas las resoluciones que se someten a un voto en las cuestiones de carácter económico o social o aquellas relativas al presupuesto de la ONU.

Sin embargo, se sigue hablando con insistencia de la conveniencia de que la Asamblea General apruebe todas sus resoluciones “por consenso”, término difícil de definir, porque significa “acuerdo generalizado” o falta de oposición abierta. En otras palabras, uno puede no estar muy convencido de una propuesta o un proyecto de resolución, pero su oposición no es tal que le obligue a disentir abiertamente. En algunos foros de negociación, como los de desarme, impera el consenso, es decir, en teoría cada país tiene un veto. En la práctica, pocas naciones pequeñas o medianas se atreven a ejercer ese veto.

En la ONU el argumento es que una resolución aprobada sin objeción declarada de nadie tiene más valor. No cabe duda de que un “acuerdo generalizado” tiene su atractivo. Hay que recordar que uno de los objetivos de la ONU es el de “servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones por alcanzar” los propósitos de su Carta. Y el consenso podría interpre-

tarse precisamente como un proceso hacia esa armonización de posiciones. Es un medio para lograrlo, no un fin en sí mismo. En otras palabras, debe ser un consenso con sentido y no, como lo interpretan algunos miembros permanentes del Consejo de Seguridad, un veto.

Pero no hay que tenerle miedo a las votaciones. No hay que olvidar que la propia Carta de la ONU fue votada, artículo por artículo, en la Conferencia de San Francisco en 1945. Tampoco vamos a hacer de lado aquellas resoluciones que fueron aprobadas por votación. De hecho, muchas de las decisiones más importantes de la Asamblea General fueron aprobadas mediante un voto. La Declaración Universal de Derechos Humanos no fue "un texto de consenso", como se diría hoy, sino el producto de una votación en 1948. El Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares fue aprobado por votación en 1968. Y hay muchos otros ejemplos.

En otros organismos y foros también existe la posibilidad de una votación. A veces se matiza con una frase como "sólo si se han agotado las demás posibilidades". Algunos de los países que más defienden la toma de decisiones por consenso en la Asamblea General, son los mismos que se opondrían a eliminar las votaciones en foros como los que se ocupan de los derechos humanos. Si en ellos se aplicara la ley del consenso, no habría resoluciones sobre la situación de los derechos humanos en distintos países. Por último, si el consenso es tan bueno ¿por qué no se adopta como regla en el Consejo de Seguridad? Ahora que se habla tanto de democratizar el Consejo, ¿por qué no dar a todos sus miembros los mismos derechos en materia de toma de decisiones?

Hillary maromera

31 de marzo de 2005

El pasado 2 de noviembre, poco después de que el senador John Kerry reconociera su derrota, Hillary Rodham Clinton decidió buscar la postulación del partido demócrata para las elecciones presidenciales estadounidenses en 2008. Pero algo extraño le está pasando a la senadora por el estado de Nueva York en su camino hacia la Casa Blanca. Parece que ha decidido dejar de lado o, cuando menos, matizar sus posiciones en temas políticos y sociales. Dicho de otra manera, se está convirtiendo en una maromera.

En 1992 su marido, Bill Clinton, se coló a la Casa Blanca en unas elecciones que muchos otros y mejor conocidos demócratas prefirieron no competir dado que la popularidad del presidente George Bush (padre) casi le aseguraba la reelección. Pues bien, Clinton llegó a la presidencia por dos razones principales. Primero, un tercer candidato espontáneo (Ross Perot) le restó muchos votos a Bush. Segundo, Clinton fue adaptando su mensaje centrista a las inquietudes de un electorado que ya había expresado su opinión acerca de los candidatos demócratas tradicionales como Mondale en 1984 y Dukakis en 1988. Y la primera de esas inquietudes se resumió en la frase celebre de su campaña: se trata de la economía, estúpido. En efecto, la popularidad que Bush padre había alcanzado a raíz de la victoria sobre Irak, en la que fue la primera guerra del golfo pérsico, se fue esfumando ante los planteamientos de Clinton (y también de Perot) en aquellos temas que afectaban el bolsillo de los votantes.

En 1996 Clinton volvió a ganar con una plataforma centrista. Los viejos demócratas no estuvieron muy contentos pero otros políticos, en otros continentes, empezaron a imitarlo. Tal fue el caso de Tony Blair y su *New Labour* que se autoproclamó la “tercera vía”. Así ganó en las elecciones de 1997 y 2001. Veremos si repite este año pese a las profundas divisiones en su partido a causa de la invasión de Irak y sus secuelas. Kerry también jugó la carta centrista en muchos temas y no le fue muy bien. Ahora es el turno de Hillary Clinton. Y hay que ver lo que está haciendo.

En los primeros meses de este año la senadora Clinton ha viajado por Estados Unidos pronunciando discurso tras discurso. Sus planteamientos reflejan lo que muchos comentaristas consideran una actitud más conservadora del electorado. Para no pocos demócratas, el triunfo de Bush en gran parte fue el resultado de un creciente activismo de lo que suele llamarse la derecha religiosa. Para otros, se debió más bien a lo confuso del mensaje sociopolítico de Kerry y a su mimetismo de Bush en cuanto a Irak. Estos últimos suelen ser seguidores de Howard Dean, el ex pre candidato y ahora presidente del partido demócrata.

No cabe duda de que la religión y los valores morales pesaron mucho en las elecciones del 2004. Y esas son las cuestiones que la senadora Clinton suele abordar en sus discursos. A menudo se refiere a Dios, la fe, la importancia de orar y la necesidad de ser más tolerante con aquellas personas que se oponen al aborto y a los matrimonios gay debido a sus creencias. En una ocasión dijo que había pasado buena parte de su vida analizando cuestiones religiosas. En otra, insistió en que sería un flaco servicio hacer caso omiso del hecho de que muchos estadounidenses acudieron a las urnas debido a su oposición a los matrimonios gay. La gente — dijo — tiene sentimientos muy profundos.

Hace poco Hillary Clinton reveló que a menudo le preguntan si suele rezar. Su respuesta es que se crió en una familia metodista que rezaba y aprendió sus oraciones desde muy pequeña. Luego agrega algo que sólo se puede comprender a la luz de las infidelidades de su marido:

“de no haber sido una persona que rezaba antes de llegar a la Casa Blanca, sin duda me hubiera convertido en una”.

Los críticos de la senadora la tildan de oportunista, empeñada en adaptar su plataforma política a los sentimientos religiosos de la mayoría del electorado. Los políticos más conservadores han sido particularmente duros con ella.

Según sus amigos, Hillary Clinton siempre ha sido una persona muy religiosa. En efecto, creció en el seno de una familia muy creyente. En Little Rock, Arkansas, donde su marido inició su carrera política, enseñó en las escuelas dominicales. El problema es que su discurso había sido otro, más liberal y progresista, sobre todo en temas sociales.

Pero hay que recordar que ya en 2000, como candidata por Nueva York al senado de Estados Unidos, dio muestras de lo que eufemísticamente se podría catalogar de flexibilidad política. Años antes había sido una defensora de la independencia e integridad territorial de Palestina. Pero durante su campaña cambió de canción y empezó a criticar a los palestinos y a defender las acciones del gobierno israelí en los territorios ocupados. En esa misma campaña habló poco del tema del aborto, en torno al cual no hay mucha división en Nueva York. En cambio ahora, insiste en que hay que buscar una posición intermedia entre los que defienden el derecho al aborto y los que lo quieren prohibir.

Falta mucho para las elecciones presidenciales del 2008, pero Hillary Clinton ya está en campaña. Será interesante ver qué ideas manejará en su intento de reelección al senado en 2006. Para entonces ya se habrá dado la batalla para ver el tipo de partido que quieren los demócratas. Si esa decisión se la dejan a Howard Dean, será partido muy distinto al que ahora está propugnando la senadora.

La segunda acepción del vocablo maromero es “político astuto que varía de opinión o partido según las circunstancias”. ¿Astuto?

Carta de Washington

14 de abril de 2005

Hay muchas maneras de negociar un tratado multilateral. Por lo general y a instancias de uno o varios países, alguna organización internacional decide que se discuta un tema concreto con miras a la elaboración de un documento que refleje el acuerdo al que se llegue. Dicha discusión y eventual negociación se le encomienda a un reducido grupo de países o a la organización en pleno. Hace quince días, por ejemplo, el comité encargado de redactar un tratado para evitar que armas nucleares caigan en manos de grupos terroristas concluyó su trabajo. En 1998 Rusia planteó el tema en las Naciones Unidas en gran parte para contrarrestar las acusaciones y notas periodísticas que alegaban la desaparición de material fisionable tras el derrumbe de la Unión Soviética. Ahora el proyecto de tratado esta siendo considerado por los 191 miembros de la ONU. De aprobarse, se convertirá en la décimo tercera convención sobre terrorismo y la primera que se concluye después de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

Puede darse el caso que no todos los miembros de una organización estén dispuestos a entablar una negociación sobre un determinado asunto. Tal fue el caso de la Convención que prohíbe las minas anti personas. La negociación no pudo llevarse a cabo dentro de la ONU y, por iniciativa del gobierno canadiense, se hizo en Ottawa.

En las cuestiones relativas al medio ambiente la experiencia ha sido un tanto distinta. En 1988, la Organización Mundial Meteorológica y el Programa de la ONU para el Medio Ambiente crearon el panel intergubernamental sobre cambio climático (PICC) en el que pueden participar todos los miembros de la ONU. El PICC contribuyó de manera directa en la negociación de la Convención marco sobre cambio climático, aprobada en la cumbre de Río de Janeiro en 1992, y su papel fue clave en la elaboración del protocolo a dicha Convención, firmado en Kioto en 1997. Dicho protocolo entró en vigor hace apenas dos meses. No todos los principales países industrializados lo han ratificado, pero ahí está.

El ejemplo del PICC quizás sea seguido, con una importante variante, en la búsqueda de una solución a la complicada cuestión del material fisionable —uranio altamente enriquecido (UAE) y plutonio— para armas nucleares u otros artefactos explosivos nucleares. En estos días nos hemos reunido en Washington un grupo de individuos interesados en el tema. Se trata de explorar la posibilidad de establecer un panel internacional sobre material fisionable. A diferencia del PICC, este panel no sería intergubernamental desde un principio. Quizás más adelante se podría interesar a algunos gobiernos e, inclusive, lograr que uno de ellos siga el ejemplo de Ottawa en el caso de las minas anti personas.

Este grupo sobre material fisionable está encabezado por el profesor Frank von Hippel de la universidad de Princeton y por José Goldemberg, un físico nuclear brasileño que fue ministro de ciencia y tecnología de 1990 a 1992 en el gobierno del presidente Fernando Collor de Melo y ahora es el encargado del medio ambiente en el estado de Sao Paulo. Por ahora el grupo esta integrado por media docena de ciudadanos de Estados Unidos y sendos nacionales de los siguientes países: Alemania, Noruega, Reino Unido, Rusia, Suecia, Corea del Sur, China, India, Israel, Japón, Pakistán, Brasil y México. Casi todos los miembros de este panel sobre material fisionable son científicos. Su composición tendrá que ajustarse ya que aún no cuenta con un francés y quizás se tendrá que invitar a físicos de otros países como Argentina y Canadá. El problema con los científicos de ciertos países es que muchos de los que saben no hablan y algunos de los que hablan no saben.

¿Qué pretende este grupo y cuál es la importancia del tema? En el mundo hay mucho material fisionable que se utiliza tanto para fabricar armas, como con fines pacíficos, en reactores de investigación, centrales nucleares que generan electricidad y combustible para ciertos submarinos. Se calcula que en el planeta hay unas 2,400 toneladas de UAE y plutonio. Con esa cantidad se podrían fabricar unas 200 mil armas nucleares. Y el 80 por ciento está en manos de Estados Unidos y Rusia. Casi todo el resto está en países que poseen armas nucleares. Pero también hay mucho en naciones altamente industrializadas como Japón. Además, desde hace medio siglo Estados Unidos ha prestado o vendido unos 17 mil kilos de UAE a decenas de países dentro del programa de usos pacíficos de la energía nuclear. Pero sólo ha logrado la devolución de menos de 3 mil kilos. Mucho de ese material se traspasó a países de Europa occidental y aliados militares. Pero la mitad sigue en manos de países como Irán, Israel, Jamaica, México, Pakistán y Sudáfrica. Cabe recordar que con apenas 10 kilos de material fisionable se puede fabricar una bomba nuclear.

Hace más de una década que la ONU viene insistiendo en la negociación de un tratado “no discriminatorio, multilateral y verificable internacional y efectivamente por el que se prohíba la producción de material fisionable para armas nucleares u otros artefactos explosivos nucleares”. Un problema con esa propuesta es que se trata de prohibir la producción *futura* de ese material. Países como India, Israel y Pakistán quieren seguir produciéndolo para incrementar sus arsenales nucleares. En cambio, hace tiempo que las principales potencias nucleares dejaron de producirlo y, por ende, quisieran que los demás hicieran lo propio. Otro problema es que la administración del presidente George W. Bush ha decidido que el cumplimiento del tratado no podría verificarse y ha perdido interés en la materia.

La tarea del panel sobre material fisionable será complicada.

A la memoria de Ruth Adams, tenaz luchadora contra el armamentismo.

Zonas libres de armas nucleares

28 de abril de 2005

Hoy concluye en la cancillería una muy breve pero importante reunión internacional. Se trata de la primera conferencia de los estados partes y signatarios de tratados que establecen zonas libres de armas nucleares (ZLAN). Y resulta muy apropiado que dicha conferencia, que empezó el martes por la tarde, se lleve a cabo en las instalaciones de la secretaría de relaciones exteriores en Tlatelolco y que la ceremonia de clausura, al igual que la inaugural, se realice en el auditorio que lleva el nombre de Alfonso García Robles.

México no inventó el concepto de una ZLAN, pero sin duda ha sido el país que más ha contribuido a su desarrollo mediante la promoción y conclusión en 1967 del Tratado para la proscripción de las armas nucleares en la América Latina y el Caribe, mejor conocido como el Tratado de Tlatelolco. Alfonso García Robles, a la sazón subsecretario de relaciones exteriores, fue su principal arquitecto, un esfuerzo que le valió el Premio Nobel de la Paz en 1982.

Una de las primeras propuestas para el establecimiento de ZLAN fue la relativa a Europa central en la década de los años cincuenta. Pero no prosperó debido a la intensificación de la *guerra fría*. En 1959 se concluyó el Tratado Antártico que convirtió a ese continente en una zona desmilitarizada y, por ende, libre de armas nucleares.

En 1962 el gobierno del Brasil inició gestiones para prohibir las armas nucleares en América Latina. Su iniciativa fue apoyada por Bolivia, Chile y Ecuador. Dichas gestiones se intensificaron a raíz de la crisis de los misiles en Cuba en octubre de ese año. El 29 de abril de 1963, a instancias del presidente Adolfo López Mateos, los jefes de estado de Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México suscribieron una declaración conjunta en la que proclamaron su intención de convertir a la región en una ZLAN.

El horizonte político del grupo de cinco países cambió radicalmente tras el golpe militar en Brasil el 1º de abril de 1964. A partir de entonces, México llevó la batuta y, tras casi tres años de negociaciones sumamente complicadas que sólo se concluyeron con éxito debido al esfuerzo tesonero de García Robles, el Tratado de Tlatelolco se abrió a la firma el 14 de febrero de 1967 y entró en vigor dos años después. Fue el primer tratado que estableció una ZLAN en una región densamente poblada. Hoy cuenta con el apoyo de los 33 estados independientes de la región latinoamericana y caribeña. Esos países se han comprometido a no fabricar ni adquirir armas nucleares.

El tratado tiene dos protocolos adicionales. En el primero, las naciones que *de jure* o *de facto* administran territorios dentro de la zona cubierta por el tratado se comprometen a aplicar el estatuto de zona militarmente desnuclearizada a esas posesiones. Se trata de Estados Unidos, Francia, Países Bajos y Reino Unido.

En el segundo protocolo adicional, los estados poseedores de armas nucleares se comprometen a no amenazar ni utilizar dichas armas contra los países de la región. Cuando se concluyó el tratado, esos estados eran China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia. Ahora habría que ver qué se hará con Israel, India, Pakistán y quizás Corea del norte. ¿Se les pedirá que se adhieran al segundo protocolo?

El tratado de Tlatelolco y sus protocolos adicionales ha servido de modelo para otras regiones: los países del Pacífico sur (en el tratado de Rarotonga de 1985), los miembros de la asociación de naciones del sudeste asiático (Bangkok, 1995) y los estados del continente afri-

cano (Pelindaba, 1996). Además, Mongolia se ha declarado una ZLAN y se han iniciado pláticas para establecer otra zona en Asia central.

¿Cuál es la relación entre esas ZLAN? Uno de los principales propósitos de la conferencia que hoy concluye en nuestra ciudad es idear mecanismos que fomenten una mayor coordinación entre tales zonas. Hay dos cuestiones en las que debería haber un acuerdo más amplio entre los integrantes de ZLAN: el tránsito de armas nucleares por dichas zonas y la intensidad con que se busca el desarme nuclear. La declaración que hoy aprobarán los participantes en la conferencia aborda ambas cuestiones en las que existen posiciones muy distintas entre algunos países. Ello explica que ciertos estados hayan preferido no asistir a la conferencia.

La cuestión del tránsito de armas nucleares por ZLAN es un problema que ninguno de los tratados ha podido resolver satisfactoriamente. De ahí que en la declaración que se aprobará hoy se acepten las disposiciones del derecho internacional relativas a la libertad de navegación en de las áreas marítimas cubiertas por dichas zonas. Pero, de ahí también que haya posiciones encontradas cuando se intenta el derecho de todo estado de una ZLAN de decidir si permite que aeronaves extranjeras aterricen en su territorio o lo sobrevuelen o que buques extranjeros atraquen en sus puertos o transiten en sus aguas territoriales.

En cuanto al desarme nuclear, la conferencia hará un vigoroso llamado para que los estados que tienen arsenales nucleares procedan a negociar su reducción y eventual eliminación. Este llamado es particularmente oportuno en vista de la proximidad de la quinquenal del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares, a celebrarse en Nueva York del 2 al 27 de mayo.

Como lo afirmaba a menudo Alfonso García Robles, la meta de las ZLAN es la de convertir a los territorios de los estados poseedores de armas nucleares en una especie de islotes contaminados, sujetos a un régimen de cuarentena que a la postre conduzca al desarme nuclear y asegure un mundo libre de esas armas de destrucción en masa.

A la memoria de Juana María Szyszlo de García Robles.

Carta de Nueva York

12 de mayo de 2005

Durante el presente mes de mayo se está llevando a cabo en esta ciudad una muy concurrida conferencia sobre todos los aspectos de la problemática nuclear. Desde el pasado 2 de mayo (y hasta el 27 del mes) los representantes de los 189 estados partes en el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) están examinando el funcionamiento de ese instrumento multilateral. Con ese mismo fin se han venido reuniendo cada cinco años desde 1975.

Al igual que en las ocasiones anteriores, la presente conferencia ha atraído mucho interés por parte de aquellas ONG dedicadas a promover el desarme y la no proliferación nuclear. En esta ocasión se registraron más de 1500 representantes de la sociedad civil, que participaron en la manifestación que organizaron la víspera de la inauguración, el domingo 1° de mayo. Los manifestantes marcharon por las calles de la ciudad y se concentraron en el Central Park. Se calcula que hubo varias decenas de miles de personas, incluyendo a más de 100 alcaldes del movimiento alcaldes para la paz que encabezan los presidentes municipales de Hiroshima y Nagasaki. Además, asistieron algunos sobrevivientes (conocidos como *hibakusha*) de los ataques atómicos sobre esas ciudades hace casi 60 años.

Sin embargo, a diferencia de las anteriores conferencias quinquenales, la presente reunión ha tenido un arranque muy complicado. En efecto, hasta hace un par de días ni siquiera había podido llegar a un acuerdo sobre su agenda. Y, sin agenda, no se puede hacer nada. Esto quizás sea lo que buscan algunos gobiernos.

Esa parálisis inicial fue el producto de las profundas diferencias que existen entre las partes acerca de la finalidad del TNP. En efecto, hay interpretaciones muy distintas sobre el alcance de las disposiciones del tratado. Para la inmensa mayoría de las partes, el TNP es un pacto con un doble fin: primero, evitar que más y más países adquieran armas nucleares y, segundo, asegurar que los estados que ya las tienen las vayan eliminando. La expresión “la no proliferación de las armas nucleares” tiene dos significados: la proliferación a otros estados (proliferación horizontal) y la eliminación de los arsenales existentes (proliferación vertical). En otras palabras, el TNP se negoció para hacer de nuestro planeta (una vez más) una zona libre de armas nucleares. Esta opinión ha sido avalada en las pasadas conferencias del TNP, la asamblea general de las Naciones Unidas y la Corte Internacional de Justicia.

Pero hay otra opinión, muy minoritaria y encabezada por la administración del presidente George W. Bush, que sostiene que el TNP es única y exclusivamente un tratado para prevenir la proliferación horizontal de las armas nucleares. De ahí que, en sus contactos con los medios de comunicación, Washington haya enfatizado que la actual conferencia debe centrarse en el peligro que representan tanto Pyongyang como Teherán y la amenaza del terrorismo nuclear que podrían perpetrar actores no estatales. De ahí también que se resista a aceptar una agenda que refleje la opinión de la inmensa mayoría de los estados partes.

También hay importantes diferencias en torno a otro aspecto del TNP: el uso con fines pacíficos de la energía nuclear. Cuando se negoció hace cuatro décadas, la comunidad internacional abrigaba la esperanza de que se podrían derivar muchos beneficios de la energía nuclear. Inclusive, el TNP contempla la posibilidad de realizar explosiones nucleares con fines pacíficos. Por ejemplo, en la construcción de canales. Con el tiempo, no pocos países abandonaron sus proyectos nucleares no militares. Algunos han decidido clausurar sus centrales

nucleares. Empero, dado el precio del petróleo, hoy se vuelve a hablar de las bondades de la energía nuclear.

Pero la conferencia del TNP no ha podido iniciar la discusión de los temas anteriores. Las ONG presentes en Nueva York han ofrecido sus buenos oficios para ayudar al presidente de la reunión, el embajador Sergio Duarte del Brasil, a encontrar una salida al problema. Varios grupos de países también han tratado de auxiliarlo. Entre esos estados están los siete que integran la coalición de la nueva agenda (Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelandia, Sudáfrica y Suecia). Esa coalición es la que en la conferencia del 2000 logró que todos los gobiernos, incluyendo la administración del presidente Bill Clinton, aceptaran la interpretación mayoritaria del TNP, especialmente en lo que se refiere a la obligación de avanzar hacia el desarme nuclear. Ninguno de los cinco estados poseedores de armas nucleares que han ratificado el TNP ha cumplido con esa obligación. Hablamos de China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia.

En las últimas décadas muchos países se han adherido al TNP y hoy es casi universal. Sin embargo, las naciones que lo integran aún no han logrado ponerse de acuerdo sobre cómo hacer frente al desafío que representan los tres estados con arsenales nucleares (India, Israel y Pakistán) que se han mantenido al margen de dicho instrumento. He ahí otro tema de debate.

Dada la actitud de Washington hacia los foros multilaterales en general y los tratados de desarme en particular, se antoja complicada (por no decir imposible) la tarea del presidente de la conferencia. Ante un posible fracaso de la reunión, será muy importante que quede muy claro quienes fueron los culpables. Y aquí será fundamental el papel del presidente. En vista de la influencia de Estados Unidos sobre los medios de comunicación, será difícil difundir una versión fehaciente de lo ocurrido estas semanas en Nueva York. Pero el presidente tendrá que hacerlo.

La ONU en apuros

26 de mayo de 2005

En los pasillos de las Naciones Unidas se platica mucho acerca del futuro de la organización. Está muy de moda el tema de la reforma de la ONU, especialmente en lo que atañe a la composición del consejo de seguridad. También se habla de la reunión cumbre de la asamblea general este otoño para celebrar los 60 años de la organización. En esa ocasión se hará un corte de caja en cuanto a lo que se ha hecho para alcanzar las llamadas ocho metas del milenio, fijadas en 2000. Para algunos observadores, el futuro de la ONU dependerá de lo que pueda lograr en relación a esas metas. Y son muy ambiciosas: erradicar la pobreza extrema y el hambre; lograr la enseñanza primaria universal; promover la igualdad entre géneros y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; mejorar la salud materna; combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades; garantizar la sostenibilidad del medio ambiente; y fomentar una asociación mundial para el desarrollo. En su momento abordaremos la cuestión de esas metas.

Esa cumbre será la última que le tocará organizar (y orientar) a Kofi Annan. En un año y medio el secretario general de la ONU concluirá su segundo y último mandato quinquenal. Annan tuvo mucho que ver con el establecimiento de las metas del milenio y su legado estará ligado a lo que se haga en ese renglón. Pero la recta final del mandato de Annan ha entrado en una etapa de turbulencia política que amenaza con empañar ese legado.

La gestión de Annan al frente de la ONU está siendo cuestionada por distintas razones y motivaciones. Hay quienes sencillamente se divierten pegándole a la organización, cosa que se convirtió hace años en un pasatiempo favorito de algunos grupos conservadores de Estados Unidos. Pero ahora, en pláticas con funcionarios internacionales y diplomáticos que por lo general defienden a la ONU, se escuchan duras críticas a Kofi Annan.

En lo que va de este año se ha confirmado la validez de ciertas acusaciones y no pocas especulaciones acerca de la gestión de Annan al frente de la ONU. La más dañina es sin duda la de la corrupción en el programa de petróleo por alimentos que la ONU administró en Irak de 1996 a 2003. Ese programa permitía a Irak la venta de petróleo para comprar alimentos y medicinas con miras a atenuar los efectos de las sanciones económicas impuestas por el consejo de seguridad.

El pasado mes de febrero fue especialmente penoso para la ONU. En medio de las acusaciones de corrupción, hubo otro incidente que sirvió para socavar aún más su imagen en la opinión pública mundial. El 21 de ese mes, Ruud Lubbers, el alto comisionado para los refugiados (y ex primer ministro de los Países Bajos), le propinó otro golpe a la ONU, cuando se vio obligado a renunciar a su cargo al ser acusado de acoso sexual.

También hay quienes les preocupa la manera en que Annan fue reelegido en 2001. En junio de ese año, seis meses antes de que terminara su primer mandato, el presidente George W. Bush decidió confirmar a Annan en su cargo. ¿Qué precio se pagó? Algunos especulan que, entre otras cosas, tuvo que pedirles la renuncia a varios funcionarios que no sintonizaban con la nueva administración en Washington. Pronto rodaría la cabeza de Mary Robinson, la encargada de los temas de derechos humanos, y luego fue el turno de Jayantha Dhanapala, quien se ocupaba de los asuntos de desarme. Hubo también otros gestos para complacer a quienes le aseguraron un segundo mandato.

Pero en poco tiempo Washington le perdió la confianza a Annan. En algunos medios de comunicación estadounidenses hubo una concertada embestida en contra de la ONU en general y

de Annan en particular. Los ataques se multiplicaron en la medida que se iban conociendo algunos de los detalles del escándalo de la corrupción en el programa de petróleo por alimentos. Funcionarios de varios gobiernos también se han visto salpicados por ese temblor, cuyo epicentro es la ONU. El secretario general se vio lento ante las acusaciones provenientes de varios periódicos y de la cadena de televisión FOX de Estados Unidos. El congreso de ese país se apresuró a crear grupos para investigar esas acusaciones.

Finalmente Annan tuvo que ceder ante las presiones de algunos gobiernos y de los medios de comunicación y estableció un panel investigador de la propia ONU encabezado por Paul Volcker, quien fuera presidente de la reserva federal (banco central) de Estados Unidos de 1979 a 1987. Para entonces el congreso de Estados Unidos ya había avanzado mucho en su propia investigación y la situación de Annan se había complicado.

A principios de febrero Volcker presentó un informe preliminar sobre los malos manejos del programa petróleo por alimentos. En dicho informe se examinó el proceso de selección de los principales contratistas encargados de inspeccionar las exportaciones de petróleo de Irak, la importación de ayuda humanitaria y cómo se administraron y gastaron los fondos. Las cantidades que manejó el programa durante sus siete años de existencia rebasan los 64 mil millones de dólares (una suma que equivale a 50 veces el presupuesto ordinario anual de la ONU). La investigación de Volcker continúa.

En la ONU está lloviendo sobre mojado. Muy pronto Annan seguramente tendrá que lidiar con el nuevo representante de Estados Unidos ante la ONU, John R. Bolton, sin duda uno de los más violentos críticos de la organización. Se le sigue complicando la vida al secretario general.

Divorcio a la francesa

9 de junio de 2005

Mucho se ha escrito recientemente sobre el futuro de Europa a raíz de los resultados de las consultas populares en Francia y Holanda acerca de la propuesta de constitución de la Unión Europea (UE). Tras la aprobación por varios países, la constitución fue rechazada por el 55% de los franceses el pasado 29 de mayo y por más del 60% de los holandeses el 1° de junio.

El caso de Francia es particularmente doloroso para muchos dirigentes políticos europeos. Junto con Alemania, Francia ha sido (¿había sido?) el motor de la UE y ahora sus habitantes han puesto en tela de juicio ese papel. Se vaticinan días difíciles para la UE y se subraya el creciente escepticismo entre los europeos. En algunos países hace años que existe una fuerte corriente de los llamados euro escépticos. En otros, en cambio, el camino parecía fácil para seguir consolidando la unión entre los europeos, cosa que la proyectada constitución hubiese fortalecido.

Esa constitución es un tratado que requiere de la aprobación de los 25 países de la UE. Algunos gobiernos optaron por la vía del referendo o consulta popular, otros lo sometieron al parlamento para su ratificación y hay gobiernos que aún no deciden el camino a seguir. Tras el tropiezo francés y luego holandés, hubo países que decidieron posponer sus respectivos referendos. Pero José Manuel Barroso, el presidente de la comisión europea, ha insistido en que no se tomen decisiones hasta después de la cumbre de la UE, a celebrarse en Bruselas los días 16 y 17 de este mes.

¿Qué se pierde al no aprobarse la nueva constitución? Además de una bandera y un himno, por lo pronto no habrá un presidente de la UE. La constitución hubiera consolidado en un solo texto todos los tratados ya acordados (primero por la comunidad europea y luego por la UE). También se habría sistematizado una serie de procedimientos y reglamentos que ahora existen por separado. Se hubiera creado el cargo de presidente del consejo europeo, elegido por mayoría cualificada por el mismo consejo por un mandato de dos años y medio. También se hubiera creado un nuevo ministro de asuntos exteriores de la UE y se hubiera autorizado al parlamento europeo a fijar las pautas de la política exterior de la UE.

En mayo del año pasado la UE pasó de 15 a 25 miembros (y hay cuatro candidatos más). Esa ampliación ha debilitado el proceso de cohesión de los países que componen la UE. Pero ya antes de esa ampliación había claros indicios de que no todos los países querían o podían integrarse al mismo ritmo. De hecho ya existían Europas de distintas velocidades. Sólo 12 de los entonces 15 miembros habían adoptado el euro como su moneda nacional. También había diferentes enfoques acerca de la migración desde fuera y dentro de la propia UE. La presencia desde hace años en los países más ricos (como Francia, Italia, Alemania y Holanda) de no sólo ciudadanos de los nuevos miembros de Europa del este, sino también de Asia y sobre todo de África, ha dado pie a tensiones raciales. No cabe duda de que esto último fue un factor importante en el resultado del referendo en Holanda. También hay quienes no están muy de acuerdo con un eventual ingreso de Turquía a la UE.

En Francia el rechazo de la constitución fue en parte una respuesta a la política económica y social del gobierno del presidente Jacques Chirac. De inmediato Chirac le pidió la renuncia al primer ministro Jean-Pierre Raffarin (que ya estaba de salida) y nombró a Dominique de Villepin en su lugar. Pero hubo otros factores, incluyendo la cuestión de la inmigración. En Francia los extremos se unieron en su rechazo a la constitución: la izquierda votó en contra de Chirac porque teme perder sus beneficios sociales, le preocupa la tasa de desempleo y no

quiere una mayor invasión de mano de obra barata de los diez países recién ingresados; la extrema derecha se opuso porque desde siempre ha estado en contra de la UE en general.

Ahora la UE tendrá que trabajar con las antiguas reglas, diseñadas para una organización mucho más pequeña. Con esas reglas la toma de decisiones será más difícil. Por ejemplo, será más complicado aprobar el nuevo presupuesto para los próximos siete años. Y es probable que se retrase el ingreso de los cuatro aspirantes.

Con los resultados de los dos referendos recientes, los rumanos, búlgaros y croatas están preocupados y los turcos, sin duda, están enojados.

Pero la UE ahí estará. No hay razón para dudarlo. Los funcionarios de la UE seguirán en la nómina y el euro no desaparecerá.

Es cierto que no se logrará una mayor integración económica y quedarán pendientes varias cuestiones sociales que el proyecto de constitución hubiera resuelto. Pero ahí estarán los 450 millones de habitantes de los 25 países de la UE cuya economía seguirá siendo la mayor del planeta (el 25% del PNB del mundo).

Resulta obvio que sería una pérdida de tiempo y recursos organizar referendos en otros países. En vista de las votaciones en Francia y Holanda, será necesario ajustar el texto del proyecto de constitución para asegurar su aceptación. Dinamarca seguramente tendrá que posponer el referendo que tenía previsto en septiembre. Más importante aún es que el primer ministro Tony Blair del Reino Unido ya no será el malo de la película. En el corto plazo, un referendo en ese país sobre una posible constitución europea carece de sentido. Blair no tendrá que jugársela por ahora.

Cumbre borrascosa

23 de junio de 2005

¿Crisis profunda o calambre pasajero? Hace una semana los dirigentes de los 25 integrantes de la Unión Europea (UE) se dieron cita en Bruselas para tratar de dar respuesta a esa pregunta. Pero la cumbre de dos días fue un fracaso rotundo.

La UE está dividida en torno a varios temas. El más inmediato es el relativo al proyecto de constitución europea. Los resultados negativos de los referendos en Francia y Holanda han reabierto cuestiones que parecían resueltas, incluyendo el problema de las llamadas “visiones encontradas” de algunos gobernantes. ¿Debe seguir el proceso de consultas populares en los países que aún no se han pronunciado al respecto? La respuesta de los 25 es que quizás deba seguir ese proceso pero no ahora. En Bruselas decidieron abrir un compás de espera o “período de reflexión” que durará un año. Pero lo cierto es que el proyecto de constitución en su actual redacción ha sido rechazado. Quizás se aprueben por separado algunas disposiciones, pero el proyecto en su conjunto ha resultado inaceptable para muchos europeos. En este caso, posponer equivale a enterrar.

El resultado del referendo en Francia ha causado mucho malestar en los círculos políticos de ese país. El ex presidente Valéry Giscard d’Estaing, el arquitecto del proyecto de constitución, calificó de error la actitud asumida por sus compatriotas. Agregó que la posición de Francia en Europa se había debilitado mucho a raíz del rechazo de la constitución. Pero también criticó al actual gobierno del presidente Jacques Chirac por falta de liderazgo político. Según Giscard d’Estaing, que ya se veía como el primer presidente de la UE, Chirac simplemente no hizo su tarea.

En Bruselas tampoco fue posible zanjar las distintas posiciones en torno al presupuesto de la UE. Aquí se enfrentaron varios dirigentes pero en particular el primer ministro Tony Blair y Chirac. Al discutirse el presupuesto, Francia indicó que ya era tiempo que el Reino Unido dejara de recibir el llamado “cheque británico” que viene percibiendo cada año desde 1984. Se trata de una devolución de dinero (que ahora asciende a más de 5 mil millones de euros) que recibe para compensar el hecho de que no se beneficia de algunas políticas comunitarias y muy concretamente de la política agrícola común. Esta última se traduce en unos enormes subsidios a los agricultores de algunos países que acaparan casi la mitad del presupuesto de la UE. Los dirigentes de otras naciones argumentan que ese dinero debería invertirse en proyectos de investigación científica y tecnológica, un campo en el que la UE está muy atrasada. Blair dijo que sólo aceptaría discutir el tema del “cheque británico” si otros dejaban de defender los subsidios agrícolas. Como ex ministro de agricultura, Chirac jamás aceptará ser el responsable del fin de esos subsidios (que en el caso de Francia suman más de 11 mil millones de euros).

A Chirac lo calificaron de dinosaurio, mientras que a Blair lo tacharon de poco solidario con los nuevos miembros, ya que éstos aportan dinero al “cheque británico”. Se insistió también en una redistribución de las contribuciones al presupuesto anual. Todo dependerá del resultado de las negociaciones del presupuesto para el período de 2007 a 2013. Antes de la ampliación de 15 a 25 miembros, había países que pagaban mucho más de lo que recibían. El déficit de Alemania es superior a los 8 mil millones de euros. Al otro extremo, está España cuyo superávit es una suma parecida al déficit alemán.

El presupuesto de la UE quedó en el aire, pero aún hay tiempo para lograr un acuerdo. Por cierto, los 10 nuevos miembros trataron de salvar las negociaciones sobre el presupuesto al

proponer que estaban dispuestos a renunciar a parte de lo que les corresponde en ayuda a fin de que algunos de los países más ricos pudiesen seguir teniendo saldos positivos. El caso de la constitución es muy diferente ya que no tiene arreglo. La cumbre de Bruselas puso en evidencia que no hay una visión común de lo que se quiere que sea Europa.

Algunos comentaristas han dicho que se trata del fin de un capítulo de la historia de la UE, un capítulo que fue dominado por el motor inicial de Francia y Alemania. Otros han ido más lejos y han proclamado el derrumbe del liderazgo de París. Según éstos, lo ocurrido en Bruselas es algo parecido a lo que pasó cerca de esa ciudad cuando, por estos días pero hace 190 años, se esfumó en Waterloo el sueño napoleónico.

Otros observadores han sido menos sanguinarios. Empero, no cabe duda de que sea necesario un esfuerzo colectivo de los dirigentes de los 25 países para remontar el marcador y encaminar a la UE hacia un futuro más promisorio. Quizás los cambios políticos que se avecinan en algunos de los principales miembros coadyuven a asegurar pasos positivos. A Chirac le quedan sólo dos años más en la presidencia. En Alemania y el Reino Unido también puede haber relevo de personas sino de partidos políticos.

Se tendrá que recuperar la idea de Europa como proyecto, idea que prevaleció durante décadas entre todos (o casi todos) los dirigentes. También será necesario hacer un balance de cómo la UE se va a relacionar con el resto del mundo. En Bruselas hubo dos fracasos importantes pero otras cuestiones se quedaron en el tintero o no recibieron la atención esperada (China e Irán, por ejemplo). Está por verse también que tan rápida será la negociación con Bulgaria y Rumania que supuestamente ingresarán en enero de 2007. Por otro lado, en Bruselas hubo quienes insinuaron la posposición de la negociación con Turquía que debería empezar a fines de este año. Quizás el “período de reflexión” sirva así mismo para despejar algunas de estas incógnitas.

Empantanado

7 de julio de 2005

El pasado 28 de junio, el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, viajó a Fort Bragg (en Carolina del Norte) para pronunciar un discurso en ocasión del primer aniversario de la transferencia de poder a las autoridades civiles en Irak. Ante las fuerzas que llevan a cabo misiones especiales, Bush trató de convencer a la opinión pública de su país de los méritos de seguir por el camino que su administración se ha trazado en Irak. Pero no lo logró. Sigue resbalándose en la encuestas. El 53 por ciento de los estadounidenses considera que fue un error el envío de tropas a Irak y un 61 por ciento cree que Bush no tiene una idea clara para hacer frente a la violencia que día con día azota a ese país.

La falta de una idea clara de lo que está ocurriendo en Irak se refleja en las declaraciones contradictorias de los altos funcionarios de la administración del presidente Bush. Mientras que el vicepresidente Dick Cheney aseguraba el 30 de mayo que la insurgencia en Irak “está en las últimas”, un mes después el secretario de la defensa, Donald Rumsfeld, aseveró que seguía fuerte y confirmaba que hay contactos con esos grupos que hace meses había tildado de terroristas. Rumsfeld dijo que esas pláticas con la insurgencia iraquí eran para tratar de separarla de los insurgentes extranjeros.

En su discurso, Bush instó al pueblo estadounidense a no perder la fe en la guerra de Irak y la vinculó a la guerra contra el terrorismo. En un uso descarado de la tragedia del 11 de septiembre de 2001, invocó esa fecha en cinco ocasiones. En cambio, sólo mencionó a Afganistán de pasadita y sin referirse al hecho que ahí el ejército de Estados Unidos ha sufrido bajas importantes en días pasados.

Bush insistió en que no enviará más tropas a Irak, a pesar de que las actuales resultan insuficientes para acabar con la violencia. Subrayó la importancia de entrenar a los efectivos iraquíes. Pero no dijo una palabra sobre los errores militares cometidos por su secretario de la defensa tras la invasión. Recordemos que desmanteló el ejército iraquí y empezó la persecución de los supuestos aliados de Saddam Hussein.

Tampoco se refirió Bush a la escena grotesca sobre un portaaviones en mayo de 2003 cuando proclamó “Misión cumplida” en Irak. Pero todo depende de lo que se entienda por “misión”. Si la misión era ocupar Irak, se cumplió. Ahora, dos años más tarde, Bush ya no está tan seguro de cuál es (o debe ser) la misión de Estados Unidos y sus aliados en ese país. Habla de la necesidad de terminar lo iniciado pero no tiene idea de cuándo será. Dice que quizás va para largo, pero se niega a esbozar un calendario para el fin de la ocupación. ¿Por qué? Porque fijar un calendario artificial enviaría una señal equivocada a los iraquíes y a los soldados estadounidenses, ya que ambos quieren que Washington logre la pacificación completa de Irak.

Según Bush, Estados Unidos debe cumplir su misión en Irak y así honrar la memoria de los soldados caídos. Pero lo que no dice es que hay muchos miembros de sus fuerzas armadas que no están de acuerdo con esa afirmación y que están en contra de su presencia en Irak.

Bush pintó un cuadro de la situación en Irak que poco tiene que ver con la realidad cotidiana en ese país. Exageró los supuestos éxitos militares pero no quiso admitir los efectos reales y psicológicos de los bombazos que cada día azotan a la población y a las fuerzas armadas. Pero la violencia que los insurgentes parecen administrar con cuentagotas pero de manera implacable ya está haciendo mella en la opinión pública de Estados Unidos.

Para muchos observadores, el discurso de Bush fue, más que una exposición de motivos, un llamado a continuar en la pelea. Pareció una de esas reuniones que se organizan antes de un partido para incentivar a los jugadores. Peor aún, hubo momentos en que dio la impresión de que estaba hablando de otro país y otro conflicto.

Hace un par de días, camino a Escocia para asistir a la cumbre del Grupo de los Ocho (G-8), Bush, hizo una escala en Dinamarca. En Copenhague agradeció a las autoridades de ese país el envío de 500 soldados a Irak. Pero también fue recibido por manifestantes daneses que se oponen a la guerra. La cumbre del G-8 empezó ayer en Gleneagles y examinará cuestiones relativas al cambio climático, el comercio mundial y la deuda externa de los países africanos. Ojalá que los otros jefes de estado o gobierno encuentren un momento para platicar con Bush y ofrecerle su evaluación de lo que está ocurriendo en Irak.

Hace casi 40 años en Estados Unidos se puso de moda una palabra para describir lo que estaba ocurriendo en Viet Nam. Esa guerra —se decía— se había convertido en un pantano (*quagmire*). Hoy más de un político estadounidense emplea esa palabra al aludir a Irak. Al presidente Bush le quedan tres años y medio en la Casa Blanca. Quizás resulten los años más largos de su vida.

Los Álamos

21 de julio de 2005

Hace unos días se cumplieron 60 años de un acontecimiento que cambió el curso de la historia. Poco antes del amanecer del 16 de julio de 1945, Estados Unidos detonó la primera bomba atómica en Alamogordo, Nuevo México, a unos 140 km al norte de El Paso y a casi 400 km al sur de Los Álamos, el lugar secreto al que acudieron los científicos para diseñar y construir el artefacto.

Desde el principio de la segunda guerra mundial se desató una competencia entre Alemania y los aliados (Canadá, Estados Unidos y Reino Unido) para ver cuál de los dos bandos sería el primero en construir una bomba atómica. Ya antes de la guerra, Albert Einstein había alertado al presidente Franklin Delano Roosevelt acerca de la recién descubierta fisión nuclear y de la posibilidad de una explosión con la energía producida. En Europa se temía que Hitler estuviese cerca de hacerse de una de esas bombas. De ahí la decisión de los aliados de concentrar en Londres a un grupo de científicos de todo el mundo para intentar ser los primeros en construir una bomba atómica. Sin embargo, los bombardeos de la *Luftwaffe* aconsejaron trasladar los esfuerzos a Estados Unidos.

Así empezó el proyecto Manhattan bajo la dirección del general Leslie R. Groves. Pero los científicos estaban dispersados por todo el país. El italiano Enrico Fermi estaba en la universidad de Chicago mientras que otros se encontraban en Boston, Nueva York y California. El general Groves decidió juntar a todos los científicos y técnicos en un solo lugar bajo las órdenes de J. Robert Oppenheimer, quien recomendó Los Álamos, una aldea perdida en una meseta en las montañas Jémez, a unos 60 km de Santa Fe. En esa época sólo era accesible por tren o por un angosto camino de terracería. Ahí habrían de convivir una verdadera constelación de estrellas del mundo de la ciencia: con Oppenheimer y Fermi, estuvieron von Neumann, Serge, Bohr, Szilard, Feynman, Serber, Teller, Ulam, Morrison, Wigner, Rabi, Seaborg, Bethe, Lawrence, Alvarez, Weisskopf, Peierls, Bacher, McMillan, Manley, Serber, Allison y Wilson.

A fines de 1942 Washington expropió el único edificio útil para hospedar a los científicos, una escuela preparatoria muy conocida (*The Los Alamos Ranch School*), y empezó la construcción de un laboratorio. Al equipo de Oppenheimer se le encomendó la tarea de convertir la teoría de la fisión nuclear en la realidad de un artefacto explosivo que pudiera ser utilizado para ganar la guerra. Se pensaba en Alemania. Cuando se supo que Hitler había abandonado su proyecto de bomba atómica, hubo científicos en Los Álamos que sugirieron que se hiciera lo mismo. Pero, al seguir con el proyecto Manhattan, algunos científicos, como el físico polaco Joseph Rotblat, decidieron retirarse de Los Álamos.

En julio de 1945, cuando se hizo explotar la primera bomba atómica, Alemania ya se había rendido y la guerra en el frente europeo había terminado. Los aliados seguían luchando en el Pacífico contra Japón. Al presidente Harry S. Truman, quien había asumido la presidencia de Estados Unidos tras la muerte de Franklin en abril de ese año, se le informó de esa primera explosión cuando se encontraba en Potsdam, en la reunión cumbre con Churchill y Stalin. Prueba de lo bien guardado del secreto del proyecto Manhattan es el hecho de que Truman no supo de él hasta que se convirtió en presidente.

Para entonces el papel del Reino Unido en Los Álamos era secundario. En un principio Londres había proporcionado un sinnúmero de físicos británicos y europeos y había realizado

muchos de los trabajos científicos más importantes. Empero, en julio de 1945, Washington ya le había arrebatado la batuta.

En Potsdam, cuando Truman informó a Churchill de lo acontecido en Álamogordo, éste insistió en que se utilizara la bomba contra Japón si ello serviría para terminar la guerra. Truman también se lo platicó a Stalin, cuya reacción fue discreta aunque, al igual que Churchill, insistió en que se usara contra los japoneses. En esos momentos, Truman quería convencer a Stalin de que colaborara con Estados Unidos en la guerra contra Japón. Al decidir utilizar la bomba atómica en Hiroshima y luego Nagasaki, esa colaboración resultó innecesaria.

Hace poco estuve en Los Álamos. El paisaje es majestuoso e intimidador. Se observan algunas de las poses más dramáticas de la naturaleza. Cualquier estructura construida por el hombre resulta insignificante. Pero fue en ese pueblo donde Estados Unidos llevó a cabo con éxito la empresa más secreta y audaz de la segunda guerra mundial. Según Truman, Estados Unidos tenía en su arsenal un arma que iba a “revolucionar la guerra” y alteraría el curso de la historia.

Esa contradicción, entre lo sublime de la naturaleza y los efectos horribles de la bomba atómica construida en ese lugar, hace de Los Álamos un rincón único. Ahí sigue el laboratorio que fundó Oppenheimer (*Los Alamos National Laboratory*). Continúa vinculado a la universidad de California, donde Oppenheimer trabajaba en 1942. Hoy tiene una nómina de más de 15 mil empleados y un presupuesto anual que rebasa los dos mil millones de dólares. Oppenheimer no duró mucho al frente del laboratorio. Egresado de Harvard y con un doctorado en Alemania (la capital de la física y otras ciencias durante la primera mitad del siglo XX), empezó a dudar de lo que había hecho. Se opuso a la bomba de hidrógeno (mucho más potente que la atómica) y el gobierno le perdió la confianza, acusándolo de vínculos con comunistas. Eran los años del macartismo. Oppenheimer siguió en el mundo académico pero empezó a escribir más y más sobre los dilemas éticos de los científicos.

Como lo dijo el general Groves ese 16 de julio de 1945: “Estamos incursionando en un terreno desconocido y no sabemos lo que pueda ocurrir”. Oppenheimer fue más escueto: “Sabíamos que el mundo ya no sería el mismo”.

Carta de Hiroshima

04 de agosto de 2005

El pasado mes de julio se conmemoró el 50 aniversario de uno de los documentos más importantes sobre el peligro que entrañan las armas nucleares. Se trata de la declaración conjunta suscrita por Albert Einstein y Bertrand Russell. Su origen fue una carta que el matemático y filósofo británico envió en febrero de 1955 al que sin duda era el científico más famoso del mundo. Russell invitó a Einstein a alertar a la opinión pública y gobiernos acerca de la amenaza que representaba para la supervivencia del planeta la existencia y acumulación de las armas nucleares. La idea era congregar a un grupo de científicos distinguidos para que firmaran una declaración. Einstein estuvo de acuerdo.

Russell redactó el texto y Einstein, poco antes de su muerte en abril de ese año, le dio su visto bueno. Pero el ambiente de la guerra fría no era el más propicio para convencer a los científicos de la importancia del tema. Muchos se rehusaron a poner los intereses de la humanidad por encima de sus proyectos nacionales. Los científicos de la Unión Soviética y China se negaron a suscribir el documento. Russell logró reunir las firmas de sólo nueve científicos: Max Born de Alemania occidental; Percy Bridgman, Hermann Muller, y Linus Pauling de Estados Unidos; Frédéric Joliot-Curie de Francia; Hideki Yukawa de Japón; Leopold Infeld de Polonia; y Cecil Powell y Joseph Rotblat del Reino Unido.

El 9 de julio de 1955 se hizo público el documento que empezó a conocerse como el manifiesto Russell-Einstein. En él se instaba poner fin a las armas nucleares y se convocaba a una reunión de científicos con ese fin. La reunión se llevó a cabo en 1958, en Pugwash, Canadá, el pueblo natal del empresario Cyrus Eaton, quien sufragó los gastos para el encuentro de 22 científicos de 10 países (Australia, Austria, Canadá, China, Estados Unidos, Francia, Japón, Polonia, Reino Unido y Unión Soviética).

Así nació el movimiento Pugwash, que ha venido celebrando conferencias anuales desde entonces. En esta ocasión nos hemos reunido en Hiroshima en el 60 aniversario del ataque atómico que sufrió esta ciudad el 6 de agosto de 1945 y Nagasaki tres días después.

Con una sola excepción, todos los científicos que firmaron el manifiesto Russell-Einstein o que luego asistieron a la reunión en Pugwash han desaparecido. El único sobreviviente es Joseph Rotblat, el motor e inspiración del movimiento. Desafortunadamente, por primera vez no asistirá a una conferencia anual de Pugwash. Su salud no se lo permite.

Joseph Rotblat nació en Varsovia en 1908 y estudió física en la Universidad Libre de Polonia, doctorándose a los 30 años. En esa misma universidad hizo investigaciones en el campo de la física atómica hasta 1939 cuando se fue a la universidad de Liverpool. Cuando Alemania invadió su país, pereció su esposa y nunca se volvió a casar.

En 1940 fue reclutado por el gobierno británico para trabajar en el diseño y construcción de la bomba atómica. En 1944 llegó a Los Álamos, Nuevo México, para incorporarse al equipo de J. Robert Oppenheimer, el director del proyecto Manhattan. Se separó del mismo cuando se supo que Alemania había abandonado su propio proyecto atómico. No fue el único, pero sin duda fue el más activo en su oposición a las armas nucleares. Y lo sigue siendo.

Rotblat se quedó a vivir en Londres y en 1946 obtuvo la nacionalidad británica. No es de extrañar que haya influido en la iniciativa de su amigo, Bertrand Russell. Fue el principal autor del manifiesto y el promotor enérgico del movimiento Pugwash, del cual es presidente emérito. Lo conozco desde hace casi 30 años cuando asistí a mi primera conferencia Pugwash. Du-

rante las últimas seis décadas ha mantenido su lucha por un mundo libre de armas nucleares. En 1995 compartió el Premio Nóbel de la Paz con el movimiento Pugwash. A sus casi 97 años, sigue lúcido y activo. Hace poco publicó un artículo en el *New York Times*, intitulado “La sombra de 50 años”, que concluyó citando el manifiesto de 1955: “Debemos aprender a pensar de una manera nueva. Debemos aprender a preguntarnos, no qué pasos pueden darse para asegurarle la victoria militar al grupo de nuestra preferencia, porque ya no existen esos pasos; la pregunta que debemos hacernos es: ¿qué pasos hay que tomar para prevenir una contienda militar que sería desastrosa para todas las partes? Ese pregunta —escribió Rotblat— es tan relevante hoy como lo fue hace 50 años. Y también lo es la admonición del manifiesto: “Acuérdate de tu humanidad y olvídate de todo lo demás”.

Los miembros de Pugwash nos hemos congregado en Hiroshima para rendir homenaje a las víctimas de ese ataque atómico y sus sobrevivientes, los *hibakusha*. Aún viven más de 360 mil *hibakusha*, personas que padecen distintas enfermedades causadas por la radiación, incluyendo el cáncer y deterioro genético, y que exhiben desfiguraciones físicas. Han sido víctimas también de discriminaciones y rechazo social. Por otro lado, hay muchos japoneses que temen que, cuando desaparezcan los *hibakusha* (cuyo promedio de edad es de 72 años), se perderá un doloroso recordatorio de los peligros que entrañan los arsenales nucleares.

De ahí el activo papel de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por mantener la memoria histórica de lo acontecido en 1945. De ahí también el papel de liderazgo de Tadatoshi Akiba, el alcalde de Hiroshima desde 1999, al frente de la vigorosa campaña de los “alcaldes para la paz”. Ese movimiento busca la abolición de las armas nucleares y hoy agrupa a más de 600 ciudades en más de 100 países. El movimiento nació en 1982, a propuesta de la asamblea general de las Naciones Unidas, pero Akiba le ha dado un gran ímpetu. Como ex profesor universitario, Akiba también viene impulsando la educación para el desarme en varias instituciones académicas por todo el mundo. Hay que asegurar que los jóvenes tengan una idea clara de lo que significó la fabricación de las armas nucleares y su uso.

Cachirul

18 de agosto de 2005

El 1° de agosto el presidente George W. Bush nombró a John R. Bolton como embajador de Estados Unidos ante la organización de las Naciones Unidas. Lo hizo valiéndose de una disposición de la constitución de ese país que autoriza ese tipo de nombramiento cuando el congreso (el senado en este caso) está en receso. Y el congreso estadounidense estará en receso del 26 de julio y hasta el 6 de septiembre.

La idea de tener a Bolton representando a Estados Unidos en la ONU cayó muy mal desde un principio. Hace unos seis meses la Casa Blanca envió el nombre de Bolton al senado para su ratificación. Muchos demócratas y no pocos republicanos no estuvieron de acuerdo con la designación de Bush y se rehusaron a someterla a votación. De ahí la maniobra del presidente cuando el senado entró en receso.

Otros presidentes se han valido de la misma maniobra en el pasado pero no fueron casos tan discutidos como el de Bolton. Éste podrá quedarse en Nueva York hasta enero de 2007, cuando haya una nueva legislatura en Washington. Entonces tendrá que vérselas otra vez con los senadores.

Cuando se nombra un embajador ante el gobierno de un estado es menester la aceptación (el beneplácito, en términos diplomáticos) de ese gobierno. En los organismos internacionales no existe tal procedimiento. De existir, quizás Kofi Annan no le hubiera otorgado ese beneplácito. ¿Cuál hubiese sido el razonamiento del secretario general de la ONU para rechazar la designación de Bolton? Algunos de sus argumentos hubiesen sido los mismos que avanzaron los senadores demócratas.

Hijo de un bombero, creció en Baltimore. Estudió leyes en la universidad de Yale y, ahí, a finales de la década de los sesenta, se integró a los grupos más conservadores. Estuvo a favor del conflicto en Viet Nam aunque se las ingenió para evitar que lo enviaran a esa guerra. Invitado por James Baker, ingresó al gobierno durante la administración de Reagan, pero su principal padrino político fue el senador Jesse Helms. Defendió las causas más conservadoras y alentó los ataques en contra de la ONU. Con el padre de Bush trabajó en el departamento de estado y durante la época de Clinton estuvo en un bufete de abogados en Washington

En noviembre de 2000 hizo un viaje privado a Corea del Sur pero tuvo que regresarse antes de lo previsto para echarle una mano a James Baker, el encargado del partido republicano en la revisión del conteo de los votos en Florida. A su llegada, Bolton anunció a la prensa que era “miembro del equipo de Bush y Cheney” y que estaba ahí “para impedir un recuento”. Su eficaz intervención fue compensada de inmediato y, a principios de 2001, asumió el cargo de subsecretario de estado para el control de armamentos y seguridad internacional.

El subsecretario Bolton no tardó en empezar a echar abajo una serie de acuerdos y tratados en materia de desarme. Para empezar denunció el Tratado para la prohibición completa de los ensayos nucleares, firmado en 1996 por Clinton. Inclusive, llegó a sugerir que se borrara esa firma. Luego informó a Rusia que Estados Unidos se saldría del Tratado anti balístico, abriendo el camino para la reanudación de lo que años antes se conoció como guerra de las galaxias.

Recién nombrado torpedeó las negociaciones para dotar a la convención de 1972 que prohíbe las armas biológicas con un sistema de verificación parecido al del tratado de 1993 sobre las

armas químicas. Dijo que no era de interés para Estados Unidos y que sólo serviría para que los inspectores descubrieran secretos científicos e industriales.

De la administración de Clinton, el presidente Bush heredó las negociaciones con Corea del Norte sobre sus aspiraciones nucleares. Bolton primero trató de suspender esas reuniones pero a la postre aceptó encabezar la delegación de su país. Pero no duró en el puesto. Resulta que, en vísperas de esas pláticas, Bolton calificó a Kim Jong Il de “dictador tiránico” y el departamento de estado tuvo que retirarlo de las negociaciones.

Otro ejemplo del estilo diplomático de Bolton ocurrió en 2002, durante una conferencia sobre las armas pequeñas y ligeras, cuando tuvo el mal gusto de llegar a la sede de la ONU rodeado de miembros de la *National Rifle Association*.

Durante sus cuatro años al frente de la oficina más importante del gobierno de Estados Unidos en materia del control de armamentos y seguridad, Bolton tuvo la oportunidad de definir (o redefinir) la política de su país en varias cuestiones. Por ejemplo, trabajó mucho para que el consejo de seguridad aprobara en abril de 2004 la resolución 1540 sobre las medidas que tienen que tomar los estados para prevenir la proliferación de las armas de destrucción en masa y sus vectores (proyectiles). Críticos de esa resolución han señalado que algunas de sus disposiciones equivalen a imponer medidas a los estados que sólo sus parlamentos pueden aprobar.

Bolton también fue el responsable de la línea dura que Estados Unidos ha seguido en el caso de Irán y sus actividades en el campo nuclear. Pero poco dijo sobre los programas de otros países que también quieren tener (o ya tienen) los medios para enriquecer uranio para fines civiles.

Bolton llega a Nueva York en vísperas del 60 aniversario de la ONU y de lo que quizás sea la reunión cumbre más concurrida de la historia. Pero también llega en medio del escándalo en torno al programa de petróleo por alimentos que administró la ONU en Irak hasta hace poco.

¿Quién va a cambiar a quién, la ONU o Bolton?

Cumbre en la ONU

1° de septiembre de 2005

En un par de semanas la Asamblea General de las Naciones Unidas iniciará su sexagésima sesión anual. Para conmemorar los 60 años de la organización, su secretario general ha invitado a los jefes de Estado o de gobierno de los 191 países miembros en lo que podría resultar la cumbre más concurrida de la historia. Para que la reunión cumbre no sea meramente protocolaria, se decidió encomendar al actual presidente de la Asamblea General, Jean Ping, de Gabón, la elaboración de un documento con propuestas concretas para reformar la ONU y para hacer un corte de caja en cuanto a lo que se ha avanzado hacia las llamadas "metas del milenio" fijadas en 2000.

El documento que se ha venido negociando durante casi un año es un tanto largo (consta de unas 40 cuartillas) y cubre muchos aspectos del funcionamiento de la ONU. Propone, por ejemplo, el establecimiento de una comisión que auxiliaría a países que han atravesado por un periodo de conflictos. También ofrece una definición de terrorismo que excluye su aceptación como un instrumento de resistencia o liberación nacional. Por otro lado, convertiría la Comisión de Derechos Humanos en un consejo de derechos humanos entre cuyos miembros no podría haber un país que viole esos derechos. Además, se autorizaría la llamada intervención humanitaria en caso de que un gobierno no quiera o no pueda poner fin a un genocidio o *limpieza étnica*.

Ahora, cuando el presidente de la Asamblea General se proponía concluir la redacción del documento con una última ronda de negociaciones, el nuevo embajador de Estados Unidos le está jalando el tapete. En efecto, a su llegada a Nueva York, John R. Bolton empezó a proponer cambios al documento. Unas de esas enmiendas son únicamente de redacción, pero hay muchas otras que alteran el fondo del texto propuesto. Bolton anunció a sus colegas que ya era hora de concluir la redacción del documento que propone cambios institucionales en la ONU. Y luego propuso decenas y decenas de cambios. Esta travesura ha sido interpretada como un intento descarado para echar abajo un año de esfuerzo colectivo.

Lápiz en mano Bolton repasó todo el documento, haciendo sinnúmero de cambios. He aquí una muestra. Cuando se habla de reformar el Consejo de Seguridad para que trabaje de manera más eficiente y transparente sugirió que no se hable de la "eficiencia y transparencia" del consejo. Tampoco quiere que se inste a todos los países a que se adhieran a la Convención de la ONU contra la corrupción.

Algunos de los cambios son el producto de la alergia al multilateralismo de la administración del presidente George W. Bush. Otros obedecen a posiciones que el propio Bolton elaboró durante sus años en el Departamento de Estado. Es bien sabido, por ejemplo, que Estados Unidos se opone hoy a la Corte Penal Internacional. Buscó la manera de garantizar la inmunidad de sus tropas ante un eventual juicio en su contra. Lo hizo primero mediante una resolución del Consejo de Seguridad, pero el plazo autorizado venció en 2004 y no fue renovado por el consejo. De ahí la intensidad de la campaña de Estados Unidos para lograr por la vía bilateral lo que se le negó en un foro multilateral. En efecto, Washington ha firmado acuerdos sobre la inmunidad de sus fuerzas armadas con más de 100 países. Por cierto, algunos de los más de 50 gobiernos que se han negado a concluir un tal acuerdo, incluyendo varios latinoamericanos y caribeños, han visto cómo Estados Unidos les ha venido recortando parte de la ayuda económica que les proporciona.

Es obvio que Washington quiere eliminar toda alusión a la Corte Penal Internacional. Tampoco acepta que se mencione el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares o los protocolos de Kyoto sobre el medio ambiente. Se opone, asimismo, a que el documento reitere el compromiso de los países ricos a dedicar una pequeña parte (apenas 0.7 por ciento) de su producto nacional bruto para la ayuda al desarrollo de los más pobres. En este renglón también insiste en que los que reciben esa ayuda demuestren al mundo que gobiernan con honestidad.

Quizás la reacción más fuerte de los otros países a las propuestas de Estados Unidos haya sido en el campo del desarme. Hace décadas que la ONU no logra ponerse de acuerdo sobre textos que versen sobre el desarme. La última vez fue en 1978, cuando la Asamblea General aprobó el documento final de su sesión extraordinaria sobre el tema. El inquilino de la Casa Blanca era Jimmy Carter, quien dio su visto bueno al ambicioso texto. Hoy Washington ni siquiera acepta la mención de la palabra desarme. Insiste, en cambio, en la expresión "control de armamentos" y, sobre todo, en su interpretación muy particular del concepto de no proliferación de las armas de destrucción en masa.

Bolton parece decidido a entorpecer la aceptación del documento negociado por el presidente de la Asamblea General. Si no hay documento o si resulta muy débil, la cumbre resultará muy deslucida y se habrá logrado aguarle la fiesta a Kofi Annan.

Hace unas semanas, al nombrar a Bolton como su embajador ante la ONU, el presidente Bush dijo que era la persona idónea para lograr una reforma a fondo de la organización. Si lo que ahora está haciendo John R. Bolton en Nueva York es una muestra de lo anterior, los otros 190 miembros de la organización van a sudar la gota gorda.

La embestida de *Katrina*

15 de septiembre de 2005

A finales de agosto el presidente George W. Bush llevaba casi un mes de vacaciones en su rancho en Crawford, Texas. Le gusta su rancho. Desde que llegó a la Casa Blanca ha pasado la quinta parte de su tiempo en Crawford. Las llama “vacaciones de trabajo”. En esta ocasión tuvo que lidiar con la manifestación cerca del rancho que encabezó Cindy Sheehan, cuyo hijo murió en Irak por una causa que no conoce y quisiera que el presidente se la explicara. Tuvo que azotar el huracán *Katrina* las costas de Alabama, Mississippi y Luisiana para que los medios de comunicación estadounidenses dejaran de hablar de la madre del soldado desaparecido. Pero el huracán también azotó la imagen del presidente, quien pospuso unos días su regreso a Washington y tardó en reaccionar a la crisis.

Recordemos las reacciones de los dirigentes políticos ante los atentados del 11 de septiembre de 2001 o los sismos que hace veinte años sacudieron a nuestra ciudad. Nadie puede prepararse para resistir por completo los embates de la naturaleza. Y cuando ocurren, no todos los dirigentes han sabido qué hacer. Algunos comentaristas han tratado de comparar este huracán con los atentados de hace cuatro años. Quizás se debería comparar con el *tsunami* del pasado mes de diciembre en el sudeste asiático.

No cabe duda que el huracán *Katrina* fue el peor desastre natural de la historia de Estados Unidos. Afectó una región del tamaño del estado de Chihuahua (234 mil kilómetros cuadrados) con una fuerza equivalente a la energía producida por 10 o 15 armas nucleares. Por lo tanto, es comprensible que la Agencia federal para el manejo de emergencias (FEMA) se haya topado con dificultades para echar a andar sus operaciones de rescate. FEMA fue creada por el presidente Jimmy Carter precisamente para tener bajo un solo mando la coordinación de las diversas instituciones que se dedican a tareas de rescate. El problema con los principales dirigentes de FEMA es que varios son amigos de Bush y carecen de experiencia en esta materia. Por ejemplo, se sabe que, cuando la gobernadora de Luisiana insistió que su estado “requería todo lo que tuviera FEMA”, esos burócratas recién nombrados empezaron a preguntar de qué disponía la agencia. En su primera visita a Mississippi Bush felicitó a su amigo el director de FEMA y unos días después lo despidió.

La incompetencia de las autoridades federales corre parejo con la de los dirigentes estatales y municipales. Y esto es lo que ha sorprendido a muchos ciudadanos del país más poderoso y rico del orbe. Al resto del mundo también le sorprendió la impotencia del gigante pero aún más le ha impactado las desigualdades socioeconómicas que se pusieron en evidencia en la ciudad de Nueva Orleans.

Cuando se dio la orden de evacuar la ciudad hubo quienes se montaron en sus lujosas camionetas y emprendieron el viaje a otra ciudad o a la casa de amigos y parientes. Pero en Nueva Orleans había más de 60 mil personas sin acceso a un automóvil y las autoridades no supieron o no pudieron organizar un éxodo abordo de autobuses públicos. Los más pobres, en su mayoría negros, se vieron obligados a quedarse en una ciudad cada día más contaminada. Se teme que haya brotes de hepatitis, cólera, tifoidea, tétano y difteria.

Hace años que los habitantes de Nueva Orleans sabían que algún día les pegaría “*The Big One*”. Así se intituló una serie de artículos periodísticos publicados en 2002. En uno de esos artículos, el ingeniero Joseph Suhayda de la universidad estatal de Luisiana describió lo que podría pasar si la ciudad fuera embestida por un huracán de la fuerza de *Katrina*. Y lo que escribió entonces es lo que ocurrió ahora: la tormenta sobre la ciudad y luego su inundación.

Otro aspecto de la catástrofe que ha impactado a la opinión estadounidense e internacional fue la lentitud con que llegó el ejército. Es más, tuvieron que aceptar la presencia de militares extranjeros. Por cierto, ¡cómo nos han impresionado las fotos de soldados mexicanos en territorio de Estados Unidos! Pese a las numerosas medidas de seguridad que Washington ha impuesto desde septiembre de 2001, el ejército no estuvo a la altura y hay muchos que se preguntan qué hubiera pasado si, en lugar del anunciado huracán, hubiera sido un ataque terrorista sin previo aviso. Por otro lado, algunos europeos han señalado que, debido a la importancia del papel del estado en sus países, el ejército y los cuerpos de protección reaccionaron con rapidez y eficacia durante las recientes inundaciones. La respuesta de Washington ha sido que la escala de *Katrina* no es comparable con esos casos. Otros han argumentado que el gobierno no debe dedicarse a labores de rescate.

Lo que nos confirma la tragedia causada por *Katrina* es que en partes de todo país del llamado primer mundo persisten condiciones sociales que se asemejan a las del tercer mundo. También sabemos que en casi todos los países en desarrollo hay lugares con condiciones sociales parecidas a las de los países desarrollados. Lo que quizás muchos no sabían es el grado de desigualdad social que sigue habiendo en Estados Unidos. Hay quienes han utilizado esta situación para retomar unos argumentos que hace décadas vienen avanzando algunos políticos conservadores. La pregunta que se hacen es, ¿por qué hay tantos negros que no han salido de la miseria, mientras que hubo (y sigue habiendo) ola tras ola de inmigrantes que en menos de una generación dieron el brinco a la clase media?

A las autoridades estadounidenses no les ha gustado que los medios de comunicación hayan difundido imágenes de las víctimas del huracán y de la inundación de Nueva Orleans. Y es comprensible. Nos han impactado mucho las escenas de extrema pobreza, colas de refugiados y habitantes de todas las edades y razas saqueando tiendas. La imagen que buena parte del mundo tenía de Estados Unidos ya no es la misma.

A la memoria de Joseph Rotblat

Pretensiones nucleares

29 de septiembre de 2005

El Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) se estableció hace casi medio siglo para promover los usos civiles de la energía nuclear. En esa época había muchas esperanzas en los beneficios potenciales de los llamados “átomos para la paz”. Esa energía nuclear con fines pacíficos iba a mejorar la calidad de vida en todo el mundo, desde reducir la dependencia en el petróleo hasta resolver problemas de carácter médico. Se multiplicaron los reactores nucleares para la investigación científica y la producción de energía eléctrica. Hoy hay reactores nucleares en 44 países.

Empero, con el paso del tiempo y sobre todo a raíz de varios accidentes, muchos gobiernos empezaron a abrigar serias dudas acerca de la seguridad de las plantas nucleares. Suecia, por ejemplo, construyó doce reactores nucleares durante las décadas de los años setenta y ochenta. Pero, a raíz de una consulta popular, el gobierno decidió discontinuar la construcción de reactores y empezar a dismantelar los ya existentes. En 1999 se cerró una planta y este año dejó de funcionar otro reactor. No obstante, las diez plantas restantes siguen produciendo la mitad de la energía eléctrica que consumen los suecos.

También hay numerosos países que no han perdido su fe en la energía nuclear. Francia es uno de ellos. Sigue construyendo centrales nucleares y sus 56 plantas producen el 76 por ciento de su electricidad. Esas plantas funcionan con uranio enriquecido que se obtiene procesando el uranio. Pero el uranio enriquecido sirve también para construir armas nucleares. Ese doble uso del uranio enriquecido no despierta suspicacias en el caso de Francia y otros países que hace años que adquirieron armas nucleares. Muy distinto es el caso de aquellas naciones que no tienen armas nucleares pero sí desarrollan actividades nucleares con fines civiles. Para evitar que la comunidad internacional tenga sospechas acerca de esas actividades nucleares, estas naciones se han adherido al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) y han suscrito acuerdos de salvaguardias con el OIEA. Los inspectores del organismo deben cerciorarse que las actividades de los distintos países en este campo son únicamente con fines pacíficos y que no han desviado material nuclear con miras a la construcción de una bomba. Los estados que han sometido sus instalaciones nucleares a este sistema de salvaguardias están obligados a permitir la visita de los inspectores del OIEA. Además, si se han adherido al protocolo adicional aprobado hace pocos años, esas visitas pueden realizarse sin previo aviso y de un día para otro. Pero los inspectores del OIEA sólo pueden visitar las instalaciones y centrales nucleares que los países han declarado que tienen. Y se sabe que hay gobiernos que no siempre han informado acerca de todas sus instalaciones nucleares. Así ocurrió en Irak y hace unos años el mundo se enteró que durante casi dos décadas Irán había venido procesando y almacenando material nuclear en unas instalaciones secretas. Y Teherán sólo lo confesó cuando, sobre la base de informes de grupos de disidentes políticos y de algunas agencias occidentales de inteligencia, el OIEA supo de su existencia.

De esta manera, Irán se convirtió en el segundo país (Corea del Norte es el otro) cuya actividad en el campo nuclear preocupa actualmente a la comunidad internacional. Sin embargo, se les trata de manera muy distinta. A Corea del Norte, que ha anunciado su retiro del TNP y que ya posee unos cuantos artefactos nucleares, se le tiene mucha paciencia y se le ofrecen incentivos económicos para que dismantele su programa nuclear con fines militares. Hace poco se concluyó otra ronda de negociaciones con Pyongyang en las que participan Estados Unidos, China, Japón, Rusia y Corea del Sur.

En cambio, a Irán, que sigue en el TNP y sigue cooperando con el OIEA, se le trata con amenazas de ataques militares y de sanciones económicas y con la posibilidad de llevar su caso al consejo de seguridad de las Naciones Unidas. En efecto, el sábado pasado la Junta de gobernadores del OIEA adoptó en Viena una resolución sobre las supuestas pretensiones nucleares de Irán. Presentada por Alemania, Francia y el Reino Unido, la resolución fue aprobada por 22 votos a favor, uno en contra y 12 abstenciones. La Junta suele aprobar sus resoluciones sin recurrir a una votación. Ésta fue sólo la tercera vez en más de una década que la Junta somete a votación una de sus resoluciones. Anteriormente lo hizo al tratar el caso de Corea del Norte en 1993 y 2003. De los seis países latinoamericanos que son miembros de la Junta, tres votaron a favor (Argentina, Ecuador y Perú), uno en contra (Venezuela) y dos se abstuvieron (Brasil y México).

Conforme al TNP todo estado parte tiene el derecho inalienable a investigar, desarrollar, producir y utilizar energía nuclear con fines pacíficos. Pero debe someter sus instalaciones y actividades nucleares al sistema de salvaguardias del OIEA cuyos inspectores deben informar al director general del organismo si detectan que un país no ha cumplido con sus obligaciones. A su vez, el director general debe informar lo anterior a la Junta de gobernadores que pueda examinar el caso y pueda, conforme al Estatuto del OIEA, informar al consejo de seguridad y a la asamblea general de las Naciones Unidas. Eso es lo que hizo la Junta el pasado sábado. Irán no está en falta por tratar de enriquecer uranio. Brasil y otros países lo hacen sin que el OIEA se queje. El pecado de Irán fue que mantuvo en secreto su programa durante tantos años. Pero su caso no irá al consejo de seguridad hasta diciembre y quizás pueda demostrar antes que ha descontinuado el programa y así calmar al OIEA. Sin embargo, el nuevo y más conservador gobierno en Teherán ya ha convertido el tema en una cuestión de orgullo nacional.

Turquía en Europa

13 de octubre de 2005

Este año no ha sido bueno para la Unión Europea (UE). En mayo los franceses y holandeses rechazaron la propuesta de constitución y la enterraron en su versión actual. La cumbre de mediados de junio no pudo aprobar el presupuesto para 2007-2013 debido a diferencias en torno a los subsidios agrícolas, sobre todo entre Londres y París. Los resultados de las recientes elecciones en Alemania ponen en entredicho el rumbo de la principal economía de la UE. Y hace diez días Austria se encargó de presentar un triste espectáculo en vísperas del inicio de las negociaciones para el eventual ingreso de Turquía a la UE.

En diciembre pasado la UE acordó empezar esas negociaciones el 3 de octubre de este año. Sin embargo, unos días antes de esa fecha el gobierno austriaco anunció que no quería que Turquía ingresara a la UE como miembro de pleno derecho y pidió que fuera una especie de socio privilegiado, con un régimen de libre comercio de bienes y servicios pero no de personas. Ni siquiera Chipre, cuyo gobierno Ankara no reconoce, se atrevió a presentar objeciones al ingreso de Turquía. Viena acabó plegándose a la posición de los otros 24 países de la UE. Austria lo hizo porque se le ofreció acelerar el ingreso de Croacia, su aliado y uno de los ocho posibles nuevos miembros de la UE. Aparte de Turquía, los otros son Bulgaria y Rumania (que ingresarán en el 2007 o 2008) y los demás países de los Balcanes: Albania, Bosnia y Herzegovina, Macedonia y Serbia y Montenegro.

Desde luego que Austria no es el único gobierno que abriga serias dudas acerca de la conveniencia de incorporar a la UE un país predominantemente musulmán cuya población muy pronto podría rebasar la de Alemania. Según una encuesta sólo el 35% de los habitantes de la UE apoya el ingreso de Turquía. En Austria es apenas el 10% mientras que el más alto es el 50% de Hungría.

Además de la cuestión religiosa, el caso de Turquía ha vuelto a plantear el perenne debate acerca de cuáles son los objetivos de la UE y cuáles deben ser sus límites geográficos. Con el ingreso de Turquía la UE tendría fronteras terrestres con Siria, Irak, Irán, Armenia y Georgia. Hay otras cuestiones que inquietan a los habitantes de la UE. Temen la invasión de mano de obra barata. Insisten en que Ankara reconozca su papel en el genocidio de hace 90 años contra los armenios y que mejore su actuación en materia de los derechos humanos, sobre todo en cuanto a su población kurda. Turquía tendrá que trabajar mucho para convencer a los habitantes de la UE de las bondades de su eventual ingreso.

El caso de Turquía también dependerá de la evolución política en varios países de la UE. En Alemania, por ejemplo, la recién nombrada canciller federal, Angela Merkel, se opone al ingreso de Turquía, al igual que el francés Nicolas Sarkozy, el favorito para triunfar en las elecciones presidenciales de 2007.

La presidencia de la UE se rota cada semestre. Ahora la ejerce el Reino Unido, uno de los promotores más entusiastas de Turquía. Londres ha subrayado la enorme importancia estratégica que tiene Turquía para la UE y ha insistido en la necesidad de “anclar” ese país en Occidente y ofrecerlo como ejemplo de una nación musulmana y, a la vez, democrática y moderna. Curiosamente Austria ocupará la presidencia durante el primer semestre de 2006 y quizás trate de revivir la propuesta de “socio privilegiado”, una idea que tiene muchos seguidores dentro de la UE.

Pero hay turcos que también tienen sus dudas. Es cierto que un 60% de la población favorece el ingreso de su país a la UE. Pero hay miedo de que la sociedad turca se “occidentalice” de-

masiado. Llama la atención que el primer ministro Recep Tayyip Erdogan, cuyo partido llegó al poder en 2002, haya optado por continuar el proceso para adecuar las leyes turcas a los parámetros de la UE. Su partido (el de justicia y desarrollo) es pro islámico y se opone al laicismo del estado turco. Por ejemplo, las mujeres que trabajan en el gobierno tienen prohibido entrar a sus oficinas con la cabeza cubierta con un pañuelo. La esposa del propio Erdogan usa el velo y por lo tanto no asiste a los actos oficiales.

Desde que es primer ministro, Erdogan se ha presentado más como un conservador que un pro islamista. Los dirigentes de los países de la UE así se lo han exigido. Pero hay miembros de su partido que no lo aceptan. Para llegar hasta la mesa de negociación, Ankara tuvo que dar unos pasos que parecían imposibles. Abolió la pena de muerte y permitió que en las escuelas se enseñara en kurdo. Ahora tendrá que empezar a adoptar unas 80 mil páginas de leyes europeas.

El camino para el ingreso de Turquía a la UE será largo y complicado. Jacques Chirac dijo que antes tendría que darse una enorme revolución cultural en ese país. El ex presidente Valéry Giscard d'Estaing, el padre de la rechazada constitución, se manifestó en contra de iniciar las negociaciones con Ankara. Dijo que los holandeses y franceses ya habían dicho lo mismo en los referendos de mayo.

A la postre serán los propios habitantes de la UE quienes decidirán si Turquía puede o no ingresar a su club. Habrá sendos referendos en los 25 países. Pero antes habrán de transcurrir entre 10 y 20 años para negociar las modalidades y condiciones de su ingreso.

De Lisboa a Kioto

27 de octubre de 2005

El próximo martes, 1° de noviembre, se cumplirán 250 años de uno de los acontecimientos más importantes de la Europa del siglo XVIII: el terremoto de Lisboa. De cerca de 9 grados en la escala de Richter y seguido de un *tsunami*, ese desastre natural destruyó la capital portuguesa y sacudió moralmente al resto de Europa.

Lisboa no era una ciudad cualquiera. Era un puerto cosmopolita y rico, una capital que se codeaba con Londres, París y Nápoles. El terremoto de Lisboa tuvo un fuerte impacto en la psique europea. La gente se planteaba cuestiones existenciales. ¿Por qué fue destruida? Hubo explicaciones apocalípticas. Algunos religiosos se preguntaron porqué se salvaron del temblor más burdeles que iglesias. En Inglaterra hubo eclesiásticos que hablaron de una retribución por la eliminación de tantos indígenas en América. Los pensadores de la Ilustración tuvieron una visión más laica y razonada de lo ocurrido ese día de todos los santos, pero muchos también hicieron planteamientos con un contenido moral. Hubo un sinnúmero de escritores, filósofos, poetas europeos, incluyendo a Voltaire, Rousseau, Kant y Goethe, que reflexionaron sobre el significado del terremoto.

El terremoto ocurrió a las 9:30 de la mañana. Su epicentro se localizó a unos 200 Km. al sur de la ciudad. Parece increíble pero tembló durante nueve minutos. Se hundió el muelle matando a unas 600 personas, muchas otras perecieron al quedar atrapadas en los escombros de los edificios que se vinieron abajo. Pero lo peor aún estaba por llegar y llegó en la forma de un *tsunami* generado por el terremoto. La ola del tsunami fue creciendo en la medida que se acercaba a las aguas menos profundas de la boca del río Tajo y al llegar a Lisboa había alcanzado los cinco metros. Superó al malecón y se internó unos 250 metros en la ciudad, ahogando a casi mil personas. Luego empezaría los incendios que destruyeron buena parte de la capital, cobrando otras diez mil víctimas. La pérdida de vidas se estima entre 10 y 60 mil (en una ciudad con 160 a 200 mil habitantes).

Eso fue lo visible. Empero, según el científico Russell Wynn del centro oceanográfico de la universidad de Southampton, hubo una enorme avalancha submarina que transformó la costa portuguesa y cuya corriente acabó con todo rastro de vida en los fondos marinos por varios centenares de kilómetros. Ahora se empieza a tener una idea más precisa de la catástrofe de 1755. Nuestro conocimiento de la destrucción de Lisboa estuvo basado en fuentes históricas, incluyendo cartas de científicos, poemas y sermones religiosos. Gracias al trabajo del Dr. Wynn, tenemos una idea más clara de los daños visibles y no tan visibles como los derrumbes gigantescos de tierra, avalanchas submarinas y enormes oleadas.

Hace unos días el huracán *Wilma* dejó una estela de devastación en su paso por la península de Yucatán. Vivimos una época un tanto extraña en materia de fenómenos naturales. Uno tiene la impresión de que dichos desastres ocurren hoy con mayor frecuencia que hace unas décadas. Piensen en el terremoto y los *tsunamis* de diciembre del año pasado en el sudeste asiático o en el terrible terremoto de hace apenas unos días en Pakistán y la India. La semana pasada en México y Centroamérica tuvimos el trancazo del huracán *Stan*, mientras que en Estados Unidos tardarán años en recuperarse de *Katrina* y *Rita*. La primera causó daños que se calculan por encima de los 150 mil millones de dólares.

Si bien hace 250 años se trató de explicar el terremoto de Lisboa en términos morales y religiosos, hoy hay quienes describen los desastres naturales en función del calentamiento de nuestro planeta. Se nos dice, por ejemplo, que la ferocidad de los huracanas recientes podría

deberse al hecho que la temperatura del mar Caribe y el golfo de México ha aumentado en las últimas décadas.

Hace un mes se dieron a conocer los resultados de un estudio hecho por científicos estadounidenses de la capa de hielo del Ártico. Esa capa suele derretirse un poco durante los meses de verano para luego volver a crecer en el invierno. Su tamaño ha sido estudiado desde 1978 a través de imágenes tomadas desde satélites. Este año descubrieron que esa capa de hielo se había encogido en un 20 por ciento, un área equivalente a dos veces el tamaño de Texas. Los científicos atribuyeron el deshielo a una subida de temperatura que, a su vez, podría ser producto del aumento de los gases de invernadero.

Según muchos expertos, el calentamiento global podría tener consecuencias desastrosas, al causar una subida del nivel del mar y una mayor virulencia de fenómenos naturales como los huracanes. De persistir el ritmo actual de deshielo, en menos de un siglo el Ártico podría carecer de hielo durante el verano.

El cambio climático ha figurado en la agenda multilateral desde hace varias décadas. En mayo de 1992 se aprobó la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el tema. En diciembre de 1997, se acordó en Kioto un protocolo a dicha Convención. Ahí los 35 países más industrializados se comprometieron a reducir para los años 2008-2012 las emisiones de bióxido de carbono y otros gases de invernadero a niveles por debajo de 1990. En febrero pasado entró en vigor el Protocolo de Kioto. Sin embargo, algunos países, como Estados Unidos y Australia, han optado por no ratificarlo.

Lisboa se recuperó gracias al empeño visionario del Marqués de Pombal. En Asia meridional el terremoto ha servido para aflojar las tensiones en Cachemira entre los ejércitos de la India y Pakistán aunque la tragedia humana es de dimensiones sin precedente en esos países. Pero a las víctimas de los huracanes aún les queda un largo camino por recorrer. A diferencia de los terremotos, la fuerza de los huracanes podría depender de lo que haga o deje de hacer el ser humano.

Carta de Londres

10 de noviembre de 2005

El ambiente político en el Reino Unido se ha enrarecido mucho tras la decisión del primer ministro Tony Blair de acompañar al presidente George W. Bush en su aventura en Irak. En las recientes elecciones el partido Laborista perdió muchos escaños en el parlamento pero, aún así, logró darle un tercer mandato a Blair, un acontecimiento sin precedente en los anales de su partido. El primer ministro ya no es el mismo que derrotó a los conservadores en 1997. Irak y los atentados terroristas del pasado mes de julio han tenido un fuerte impacto.

Pero no cabe duda que los británicos tienen lo suyo. Y cada visita al Reino Unido me confirma mi fe en la sociedad civil cuya organización es ejemplar en este país. Su afán por jugar conforme a las reglas establecidas es bien conocido. Y ese sentido de *fair play* conduce a situaciones que serían insólitas en otros países. Por ejemplo, en marzo de 2003 Londres y Washington anunciaron que la invasión de Irak era necesaria porque Saddam Hussein tenía armas de destrucción en masa y vínculos con Osama Bin Laden. Cuando no se encontraron esas armas y nunca se demostraron esos supuestos vínculos con Al Qaeda, la opinión pública británica se lanzó en contra del primer ministro Tony Blair como lo hicieron también varios sectores de su propio partido. En cambio, en Estados Unidos la reacción fue bastante discreta. También es notable la diferencia entre la actitud asumida por aquellos colaboradores cercanos a Blair y Bush que no estuvieron de acuerdo con la decisión de ir a la guerra. Por un lado, de inmediato renunció Robin Cook y, por el otro, hasta enero de este año Colin Powell siguió apechugando en silencio.

En el Reino Unido el sentido de *fair play* incide muy directamente en la sociedad civil. Cuando una organización no gubernamental o un grupo de ciudadanos no está de acuerdo con una política seguida por su gobierno o cualquier otro gobierno, se manifiesta en contra de distintas maneras. A veces se recurre a un mecanismo muy efectivo: un juicio público de la política en cuestión. Recuerden el tribunal internacional de Bertrand Russell sobre la guerra de Viet Nam.

Pues bien, se constituyó en Londres un jurado para examinar una cuestión poco conocida fuera del Reino Unido. Se trata de determinar si Londres ha incurrido en alguna ilegalidad en relación a su arsenal nuclear. Invitado por la organización no gubernamental *Peacerrights* formo parte del jurado de cuatro expertos. Los otros tres miembros son un ex juez de la Corte Internacional de Justicia (nacional de Sri Lanka) y dos profesores (ambos británicos) de derecho internacional. Tras escuchar a un buen número de testigos, nos pronunciamos sobre el tema.

Comparado con los de Estados Unidos y Rusia, el arsenal nuclear del Reino Unido es minúsculo. Se calcula que desde 1952, cuando detonó su primer artefacto nuclear, el Reino Unido ha producido unas 1200 ojivas o cabezas nucleares. Hoy posee sólo unas 200 ojivas repartidas entre apenas cuatro submarinos *Trident*. Cada submarino cuenta con 16 misiles portadores de sólo cuatro ojivas cada uno. El objetivo es mantener un poder de disuasión al tener constantemente un submarino en alta mar. Por lo general, otro submarino está recibiendo mantenimiento y los otros dos están en misiones de entrenamiento o atracados en un puerto.

¿Por qué cuestionar la legalidad del arsenal nuclear británico? Para muchos juristas, todas las armas nucleares son ilegales. Es más, en su opinión consultiva de julio de 1996, la Corte Internacional de Justicia señaló por unanimidad que “No existe en el derecho internacional

consuetudinario ni en el derecho de los tratados ninguna autorización concreta para recurrir a la amenaza o al empleo de las armas nucleares”.

El jurado no abordó el tema de la legalidad de las armas nucleares en general. Lo que hizo fue concentrarse en lo dispuesto en el Tratado de no proliferación de las armas nucleares (TNP) para ver si el Reino Unido está cumpliendo con sus obligaciones. Ahí las potencias nucleares se comprometieron “a no traspasar a *nadie* armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos ni el control sobre tales armas o dispositivos”. En otras palabras no pueden compartir o prestar sus armas nucleares con ningún otro país, incluyendo las otras potencias nucleares.

Londres y Washington tienen desde hace décadas un acuerdo de cooperación en materia de armas nucleares. El diseño del *Trident*, sus misiles y aún sus ojivas está “inspirado” en modelos estadounidenses. Durante años el Reino Unido estuvo llevando a cabo ensayos nucleares en Nevada y sus submarinos reciben mantenimiento en un puerto del estado de Georgia. Aquí el jurado concluyó que Londres está violando el espíritu mas no la letra de la disposición antes citada.

Otra disposición que analizó el jurado fue la relativa al compromiso de las partes en el TNP de negociar acuerdos de desarme nuclear. Y aquí el jurado concluyó que el Reino Unido está violando el TNP dado que no ha propuesto, y mucho menos entablado, negociaciones con miras a reducir y eventualmente eliminar los arsenales nucleares.

Organizaciones británicas han emprendido numerosas investigaciones públicas sobre el arsenal nuclear de ese país. Además, el Reino Unido es la única potencia nuclear cuyo gobierno y habitantes tienen una relación ambivalente con sus armas nucleares. En una época, inclusive, el partido Laborista abogó por el desarme nuclear unilateral del Reino Unido.

En otros países poseedores de armas nucleares, la situación es muy distinta. En Francia, por ejemplo, ningún partido se atrevería a sugerir que se eliminara la llamada *force de frappe*. Son pocos los franceses que se oponen a esa fuerza nuclear. También escasean las organizaciones de la sociedad civil que abogan por el desarme nuclear. Qué diferencia con el Reino Unido.

Disturbios en *les banlieues*

24 de noviembre de 2005

Hace más de 40 años visité las oficinas de un renombrado abogado catalán en Barcelona. Mientras esperaba a que me recibiera, su secretaria me preguntó de dónde venía y le respondí que era mexicano pero que estaba estudiando en una universidad estadounidense.

Ah —me dijo— sin duda me podrá explicar lo que está pasando en Estados Unidos con el problema de los negros.

Estados Unidos estaba en plena efervescencia política y social. Eran los años de la lucha por los “derechos civiles” y hubo un sinnúmero de incidentes abiertamente racistas. Le dije a mi interlocutora que a veces el racismo aflora cuando un grupo étnico empieza a hacer los trabajos que los demás rehuyen.

Es —le dije— algo parecido a lo que está ocurriendo ahora en Cataluña con la llegada de mano de obra barata proveniente de Galicia y Andalucía.

¡Qué me está diciendo! —exclamó la secretaria— lo que padecemos aquí es una invasión de *charnegos*, un grupo de infrahumanos que, sin duda, acabará por destruir nuestra sociedad catalana.

Señora —le dije— me acaba de dar la respuesta a su pregunta.

Décadas más tarde, con la llegada a España de grupos marroquíes, senegaleses y otros, la segunda generación de esos charnegos de la Cataluña (y otras partes de España más avanzadas económicamente) de los años sesenta empezó a despotricar en contra de esos inmigrantes “infrahumanos”. ¿Curioso? Creo que no tanto.

Lo que ocurrió en las afueras de París (*les banlieues*) es, a mi modo de ver, muy distinto a lo antes descrito. Aquí no se trata de competir por trabajos que otros no quieren hacer. Simplemente no hay trabajo y la tasa de desempleo entre ciudadanos franceses adolescentes y de origen magrebí, así como subsahariano, es el triple de los demás. Eso ha sido el principal (pero no único) detonador de la ola de disturbios, los peores en 40 años (y el primer toque de queda en 50). La chispa que prendió la hoguera fue la muerte de dos jóvenes, accidentalmente electrocutados en una subestación eléctrica en el suburbio parisino de Clichy-sous-Bois, cuando pretendían esconderse de la policía. Como ese barrio hay unos 700 en Francia en los que viven 5 millones de personas, el 8 por ciento de la población.

Sin duda que los franceses amanecieron un tanto desconcertados el 28 de octubre, al día siguiente de los disturbios que pronto se esparcieron a otros suburbios de París y a otras ciudades de Francia y Europa. Durante las siguientes semanas se incendiaron miles de automóviles y se saquearon centenares de tiendas y otros negocios.

En su editorial del pasado de 5 de noviembre, *Le Monde* señaló, bajo el título de “Modestia y ambición”, que Francia no es el único país europeo con suburbios que se han convertido en guetos étnicos. Pero —agrega el periódico— nos duele mucho que, siendo la cuna de los derechos humanos y el santuario de un modelo social generoso, Francia no haya podido ofrecer unas condiciones de vida dignas a esos jóvenes franceses, nietos de aquellos inmigrantes que tanto contribuyeron a la construcción de un país moderno. Lo único que les queda en el horizonte a esos adolescentes —concluye la editorial— es el desempleo, la regresión tribal, el racismo.

Ya en 1990, François Mitterrand los había descrito en una de sus frases célebres: ¿Qué puede esperar un ser joven que nace en un barrio sin alma, que vive en un edificio feo, rodeado de

otras cosas feas, con paredes grises en un paisaje gris para una vida gris, rodeado de una sociedad que prefiere desviar la mirada y no intervenir hasta que se ha enojado?

Lo ocurrido en Francia podría ser el síntoma de una profunda convulsión social en la Europa de mañana. Ya vimos como reaccionaron algunos sectores de la población europea al posible ingreso de Turquía a la Unión Europea. Pero también es un ejemplo de los errores del gobierno en materia de atención a los grupos marginados.

A raíz de los daños ocasionados por el huracán *Katrina*, sin duda hubo muchos franceses que observaron, con una fascinación malévol, la presencia en Nueva Orleans de una subclase social compuesta mayoritariamente por estadounidenses negros que fueron filmados saqueando tiendas y desafiando a la policía. Ahora resulta que Francia tiene su propia subclase social capaz de excesos parecidos.

En los últimos años del siglo pasado el tema de los inmigrantes ocupó un lugar importante en los debates políticos en Francia. El Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen obtuvo muchos votos con su discurso de ultraderecha y anti inmigrante. Si bien no ha logrado recuperar el nivel de popularidad que registró en las elecciones presidenciales de 2002, ahora Le Pen insiste en que él había vaticinado que ocurriría algo parecido a los disturbios recientes. Y aconseja que se les retire la ciudadanía francesa a los manifestantes.

Por su parte, el gobierno del presidente Jacques Chirac ha endurecido su discurso. El ministro del interior, Nicolas Sarkozy, reconocido anti inmigrante que se opone al ingreso de Turquía a la Unión Europea, ha encabezado la línea dura e, inclusive, ha pedido la expulsión de Francia de todo manifestante extranjero. Hijo de inmigrantes húngaros y precandidato a la presidencia, Sarkozy sigue subiendo en las encuestas. En efecto, el tema de los inmigrantes ya ha secuestrado el debate político con miras a las elecciones de 2007. Y la pregunta que se hacen muchos franceses es ¿quién es un francés? En una entrevista, un ciudadano francés de origen senegalés decía que había vivido toda su vida en Francia casado con una francesa pero sabía bien que muchos de sus compatriotas no lo consideraban francés.

Hace escasos años, Francia ofrecía al mundo una imagen de armonía social y étnica. Y lo hizo en parte a través de sus triunfos en los campeonatos de fútbol, a nivel mundial y europeo. Bastaba con escuchar los nombres y apellidos y ver las caras de los integrantes de los *Bleus*. Ahora la imagen es muy distinta.

La OCDE tiene Ángel

8 de diciembre de 2005

El pasado 25 de noviembre se anunció en París que José Ángel Gurría Treviño había sido designado director general de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE). Difícilmente se podría haber encontrado a un mejor candidato dentro o fuera de México. Enhorabuena, Ángel.

La OCDE nació en 1961 como sucesora de la Organización para la Cooperación Económica Europea que se creó después de la segunda guerra mundial para administrar la ayuda de Canadá y Estados Unidos bajo el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa. Y la OCDE sigue siendo una organización mayoritariamente europea. Sólo siete de los 30 países que la integran no son europeos: Australia, Canadá, Corea del Sur, Estados Unidos, Japón, México y Nueva Zelanda. El ingreso de nuestro país en 1994 fue una secuela de la negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y, como corolario, por esas fechas dejamos de participar en el Grupo de los 77 países en desarrollo.

En sus 44 años de vida la OCDE ha tenido apenas cuatro directores generales: un danés, un holandés, un francés y un canadiense, Donald J. Johnston, cuyo mandato termina en mayo de 2006. Para sustituirlo se llevó a cabo un proceso de selección.

La OCDE toma sus decisiones por consenso, es decir, cuando ningún país se opone abiertamente. Para sustituir al actual secretario general se fijó un plazo para la presentación de candidatos. Para mediados de año, Australia, Corea del Sur, Francia, Japón, México y Polonia habían presentado sendos candidatos. Se le pidió al decano de los representantes permanentes ante la OCDE (el embajador de Suiza) que llevara a cabo una primera ronda de consultas para medir el grado de apoyo de cada uno de los seis individuos. Se hizo acompañar de sus colegas de Canadá y Dinamarca. En esas consultas se identificaron los tres aspirantes con más apoyos. De ahí el retiro del australiano, coreano y francés. A principios de noviembre, tras la segunda ronda de consultas, la candidata japonesa se salió de la contienda, dejando a Gurría y Marek Belka de Polonia como finalistas. La última consulta se realizó hace quince días y el 25 de noviembre se anunció que el candidato mexicano tenía “una clara mayoría” de los 30 votos. Los países de la minoría aceptaron su designación. Días después el Consejo de la OCDE formalizó el nombramiento de Gurría.

Gurría triunfó porque sin duda era el mejor candidato: políglota y con una sólida formación profesional, así como una amplia experiencia en el campo de las relaciones económicas internacionales. Desde un principio el principal rival del ex secretario de hacienda y relaciones exteriores de México fue Belka, a la sazón primer ministro de Polonia. Inicialmente Belka contó con el apoyo de Alemania y muchos otros países europeos. Pero a finales de octubre, en plena campaña para la dirección de la OCDE, Belka sufrió un descalabro electoral y dejó de ser primer ministro.

Con el retiro del candidato francés, París decidió darle todo su apoyo a Gurría, con lo que Belka vio frustrada su aspiración de convertirse en el candidato europeo. Francia quizás haya tenido sus razones para hacerlo. En junio de 2003, tras la invasión a Irak (a la que se opuso Francia), Belka había sido nombrado jefe del llamado Consejo de Coordinación Internacional (CIC) de la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA), el órgano rector de la administración civil de las fuerzas de ocupación, que incluían un contingente polaco. Belka se pasó un año en Bagdad hasta que fue nombrado primer ministro en junio de 2004. La guerra en Irak le pasó factura al polaco. España, Italia, Reino Unido, entre otros países europeos, siguieron

el ejemplo francés. Inclusive, según el diario *Le Monde*, Alemania se habría pronunciado a favor de Gurría en la última ronda. Lo cierto es que el candidato mexicano logró dividir a los europeos y obtuvo, además, un apoyo importante de los países no europeos, empezando por Estados Unidos.

Con décadas de experiencia en los asuntos financieros internacionales, Gurría era sin duda el más conocido de los candidatos. Su red de contactos en todo el mundo le sirvió para que le abrieran las puertas al más alto nivel en los otros países de la OCDE. Él se encargó de convencer a sus interlocutores.

México ha tenido una modesta presencia al frente de organismos internacionales. Ciudadanos de nuestro país han dirigido la UNESCO, la Organización Mundial de Turismo y la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial y, a nivel regional, lo han hecho en el BID, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y el SELA.

El triunfo de Gurría, al igual que la reciente elección de Bernardo Sepúlveda a la Corte Internacional de Justicia, viene a remontar un marcador que nos había sido desfavorable en los últimos años. No se logró colocar a Jaime Sepúlveda en la OPS, al secretario Julio Frenk en la Organización Mundial de Salud o al canciller Luis Ernesto Derbez en la OEA. La victoria de Gurría fue, por lo tanto, una de cal por tantas de arena.

Cuando asuma su cargo en junio de 2006, José Ángel Gurría empezará a supervisar el trabajo de las dos mil personas que laboran en la secretaría de la OCDE en París, incluyendo a unos 700 economistas, abogados, científicos y otros profesionistas que, repartidos entre una docena de secciones dentro de la organización, elaboran trabajos de investigación y análisis. Pero también tendrá que afrontar varios retos. Uno de ellos será sin duda el de la ampliación de la OCDE. Hace seis años, cuando presidió una reunión ministerial de la organización, invitó a varias naciones en desarrollo para que dialogaran con los países miembros de la OCDE. El llamado “club de los ricos” se tendrá que ir abriendo a otros países, algunos quizás no tan devotos a las economías de mercado y el libre comercio. Uno piensa en Rusia, China, India y Brasil.

Tortura

22 de diciembre de 2005

Concluyo el año con un tema espeluznante: la captura ilegal seguida de encarcelamiento secreto y de posible tortura de personas que las autoridades de Estados Unidos sospechan que podrían ser terroristas. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, el congreso estadounidense aprobó el Acta Patriótica, legislación que le dio al ejecutivo unos poderes muy amplios para llevar a cabo la guerra contra el terrorismo internacional. Dicha legislación vence el 31 del presente mes pero su prórroga no está siendo tan automática como quisiera el presidente George W. Bush.

En el Capitolio hay dudas acerca de la manera en que la Casa Blanca está llevando a cabo esa supuesta guerra. Inclusive, hay quienes consideran que el presidente se está arrogando poderes que no le concede la Constitución aún durante una guerra. El senado ha decidido posponer la votación sobre la renovación del Acta Patriótica y seguir discutiendo ciertas de sus disposiciones que atenten contra las libertades civiles y el derecho internacional.

Lo que está siendo cuestionado es la guerra en Irak y las razones que llevaron a la invasión de ese país. Tampoco se logra explicar cómo, a dos años y medio del anuncio del presidente Bush en el sentido de que las hostilidades habían terminado, siguen luchando y muriendo tropas estadounidenses en ese país. Pero se está cuestionando de manera indirecta.

El detonador del presente debate en Estados Unidos fue la publicación de un artículo en el *Washington Post* sobre los supuestos secuestros de personas de las que se sospecha tienen vínculos con el terrorismo internacional organizado (léase Al Qaeda y sus sucursales). A diferencia de los detenidos en Guantánamo, no existe un juez o un tribunal para examinar las pruebas que pueda tener la CIA al decidir la aprehensión de un supuesto sospechoso. Y es la propia CIA la que decide capturarlo y trasladarlo a un lugar para interrogarlo. Este proceso es conocido como “rendición”.

Se calcula que la CIA ha logrado la “rendición” de unas tres mil personas en su afán por desmantelar organizaciones terroristas, empezando por Al Qaeda. El procedimiento parece ser el siguiente: los agentes de la CIA, vestidos de negro y enmascarados, le vendan los ojos a su víctima, le cortan la ropa que trae puesta y luego le administran un enema y drogas para dormir. Se les pone un pañal y un overol, ya que algunos viajes son largos. Son llevados a centros de detención administrados por gobiernos en Medio Oriente y Asia central, incluyendo Afganistán, o a una de las prisiones secretas que opera la propia CIA en ocho países, incluyendo a varios de Europa oriental.

Nunca sabremos cuántas de esas rendiciones fueron de personas inocentes. Una de ellas fue un ciudadano alemán (de origen libanés) de nombre Khaled Masri. El 1° de enero de 2003, la policía de Macedonia lo detuvo al cruzar la frontera con Serbia. Pensaron que su pasaporte alemán era falso. Lo llevaron a Skopje, lo interrogaron y luego avisaron a la CIA. Los agentes de la CIA no tenían pruebas en contra de Masri pero lo confundieron con un supuesto conocido de uno de los que perpetraron los actos del 11 de septiembre de 2001. Lo trasladaron a una cárcel de la CIA en Afganistán. Cuando la CIA reconoció su error lo llevaron a Albania y lo abandonaron en una carretera sin ninguna identificación. Era finales de mayo.

El tema de las prácticas de Estados Unidos en materia de prisioneros, empezando por las acusaciones de que no pocos han sido torturados, fue el motivo principal del reciente viaje relámpago de la secretaria de estado, Condoleezza Rice, a Berlín, Bucarest, Kiev y Bruselas. Ahí tuvo que ingeniárselas para contrarrestar el alud de críticas de sus socios europeos. Entre

otras cosas, Rice negó la existencia de prisiones secretas de la CIA, pero aceptó que sí se ha obligado a sospechosos a “rendirse”. Agregó que quizás se han cometido excesos, incluyendo tortura, pero que la información que han proporcionado “ha ayudado a salvar vidas europeas”. Además, afirmó que los gobiernos que ahora critican a Estados Unidos estaban al tanto de esas actividades.

Pero también hay críticos en el Capitolio en Washington. El senador John McCain, quien fue prisionero de guerra en Viet Nam, presentó un proyecto de ley para prohibir la tortura de cualquier prisionero en manos estadounidenses en cualquier parte del mundo. Hubo quienes pensaron que dicha propuesta no era necesaria ya que Estados Unidos se adhirió en 1994 a la Convención de la ONU contra la tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanas o degradantes. Además, el trato a los prisioneros de guerra está codificado en las convenciones de Ginebra de 1949. Pero, según el presidente Bush, la propuesta de McCain le ataría las manos a la CIA en su guerra contra el terrorismo y manifestó su vigorosa oposición a esa medida.

Sin embargo, el senador McCain salió con la suya. Hizo algo que los dirigentes europeos no pudieron hacer frente a la secretaria de estado: logró que Bush reculara un poco y aceptara la propuesta de McCain, mismo que el senado aprobó hace ocho días.

La Casa Blanca no está pasando por su mejor momento y el sábado pasado se le complicó aún más su situación. Ese día el presidente Bush tuvo que confesar que su administración, sin la requerida autorización judicial, ha venido interviniendo los teléfonos de ciudadanos que se comunican al extranjero con personas con supuestos vínculos con organizaciones terroristas.

No deja de ser curioso que, mientras en Washington se debaten estas cuestiones, en Londres se discutía también, pero de otra manera, un asunto relativo a la lucha contra el terrorismo. ¿Cuántos días se puede detener sin cargos formales a un sospechoso de terrorismo? El primer ministro pidió 90 días pero el parlamento le autorizó sólo 28.

Algo está ocurriendo con el estado de derecho en Washington, mientras que en Londres se esmeran por conservarlo. En estos días el mensaje de la Casa Blanca parece ser: para defender las libertades es necesario acotarlas.

La ONU sesentona

7 de enero de 2006

El pasado otoño la Organización de Naciones Unidas (ONU) cumplió 60 años. Para festejar la ocasión se decidió que, al inicio de la sesión anual de la Asamblea General, habría una reunión cumbre del 14 al 16 de septiembre. Unos 150 jefes de Estado o de gobierno estuvieron presentes, pero el aniversario no fue muy feliz.

En vísperas de esa reunión, el secretario general había señalado que "la Cumbre Mundial de 2005 es una oportunidad, de las que se presentan sólo una vez en cada generación, de que el mundo se una y adopte medidas acerca de las graves amenazas mundiales que exigen audaces soluciones" a escala internacional. Esas medidas se habían venido plasmando en un documento que se negoció durante casi un año. Abordaban la necesidad de avanzar en las negociaciones de desarme, en la erradicación de la pobreza, en la lucha contra el terrorismo internacional y en la defensa de los derechos humanos.

Sin embargo, para asegurar que ninguna delegación objetara la aprobación del documento fue menester recortar algunas secciones del mismo y eliminar otras por completo, incluyendo la dedicada al desarme. ¿Cómo es posible que la asamblea apruebe una declaración de esta índole en la que no aparece una sola palabra sobre la amenaza de las armas de destrucción en masa? Pero así se hizo debido a la insistencia de Estados Unidos y otros países.

Cuando platiqué lo anterior a un amigo, me preguntó: ¿qué hace la Asamblea General de la ONU? En este espacio y en varios artículos quincenales más trataré de dar respuesta a esa pregunta, examinando la pasada sesión anual.

La Asamblea General es uno de los seis órganos principales de la ONU. Los otros son el Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social, el Consejo de Administración Fiduciaria (cuya razón de ser ha desaparecido con el éxito del proceso de descolonización), la Corte Internacional de Justicia y la secretaría. Del Consejo de Seguridad se habla mucho, pero de los demás órganos los medios de comunicación se ocupan muy poco.

La ONU es casi una organización universal. Sólo el Vaticano y la República Árabe Saharaí (el antiguo Sáhara español) no han querido o no han podido ingresar. Por ende, la Asamblea General es el foro más representativo de la comunidad internacional. En ella participan los 191 miembros de la ONU y, a diferencia del Consejo de Seguridad, lo hacen en pie de igualdad. Todos tienen los mismos derechos y privilegios y nadie tiene un veto. Durante seis décadas la asamblea se ha venido reuniendo anualmente conforme a lo dispuesto en la Carta de la ONU. Esa cadena ininterrumpida de sesiones anuales no tiene precedente en la breve historia de las organizaciones internacionales. Su sesión anual empieza a mediados de septiembre y concluye a finales de diciembre.

Su programa incluye una variada gama de temas que van desde el desarme, la seguridad internacional, la cooperación para el desarrollo económico, la descolonización y la codificación del derecho internacional hasta casos específicos de carácter social, como las violaciones de los derechos humanos en determinado país. También elige a los miembros de los otros órganos principales y aprueba el presupuesto ordinario de la ONU (que este año será de unos mil 900 millones de dólares).

Al término de sus debates, formula recomendaciones sobre cada uno de los temas desahogados, que a su vez se convierten en resoluciones o decisiones. Si bien algunas de sus resoluciones son de mero trámite, muchas otras resultan de suma importancia e inclusive de gran

valor histórico, ya sea por la trascendencia de los hechos desencadenados o porque llegan a constituir un verdadero hito en el devenir de las relaciones internacionales. Entre éstas se incluyen la Declaración Universal de Derechos Humanos, la Declaración sobre la Concesión de la Independencia a los Países y Pueblos Coloniales, la Declaración sobre los Principios de Derecho Internacional referentes a las Relaciones de Amistad y a la Cooperación entre los Estados, de conformidad con la Carta de Naciones Unidas; la Partición de Palestina y el reconocimiento de la República Popular China como legítimo representante de China en la ONU.

De ahí que la Asamblea General constituya una especie de parlamento o legislatura universal, cuyos acuerdos significan la formal expresión de la opinión de todo el mundo. Al igual que en muchos parlamentos, sus resoluciones se adoptan por mayoría de votos o por aclamación, es decir, sin someterse a votación. Por lo general se estima que las resoluciones de la asamblea tienen peso moral y pueden tener impacto político significativo.

Desde 1946, la Asamblea General ha aprobado unas 14 mil resoluciones, de las cuales 60 por ciento se adoptaron sin votación. Desde luego las que se aprobaron por un voto fueron las más controvertidas y las que más interesan para examinar lo que ahí ocurre.

En su pasada sesión adoptó por voto apenas una cuarta parte de sus 267 resoluciones. Esas 66 resoluciones recibieron entre cero y 56 votos en contra. Curiosamente, 83 por ciento de esas resoluciones tuvieron menos de 10 votos en contra. Es más, hubo 19 que se adoptaron con un solo voto negativo. ¿Quién vota en solitario en contra de una resolución de la asamblea? Con la respuesta a esa pregunta empezaremos nuestro siguiente artículo.

¿Irán por Irán?

19 de enero de 2006

Pospongo la continuación del examen de lo ocurrido en la pasada Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU) para abordar un tema que quizás resulte uno de los más importantes de este año: las pretensiones nucleares de Teherán. Irán fue uno de los primeros países en adherirse al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) que entró en vigor en 1970. Como parte en el TNP, Irán tiene “el derecho inalienable de desarrollar la investigación, la producción y la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos sin discriminación”. Pero debe sujetarse al régimen de inspecciones que lleva a cabo el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y declarar todas sus instalaciones nucleares. El OIEA debe cerciorarse periódicamente que las actividades de Irán en materia nuclear son exclusivamente para fines pacíficos.

Hace unos años Teherán confesó que tenía más instalaciones nucleares de las que había informado al OIEA. De ahí las sospechas de que quizás Irán estuviera tratando de construir una bomba nuclear. Para ello es menester cierta cantidad de uranio enriquecido o plutonio, materiales que se utilizan también en los reactores que producen electricidad. El OIEA llevó a cabo unas inspecciones de la planta nuclear que Irán reveló que estaba en servicio.

El OIEA confirmó que todas las instalaciones nucleares de Irán son sólo con fines pacíficos. Pero Teherán anunció que estaba desarrollando la capacidad de enriquecer uranio. ¿Por qué? Normalmente son las potencias nucleares las que suministran el uranio enriquecido a los países no poseedores de armas nucleares y, una vez utilizado en los reactores civiles, se lo llevan. Al igual que muchos otros países, Irán no quiere depender de nadie para el funcionamiento de sus centrales nucleares. Por cierto, Brasil está haciendo lo mismo sólo que llegó a un acuerdo con el OIEA. Lo único que objetaba Brasil de las inspecciones del OIEA era que no quería que se diera a conocer la tecnología que había ideado para enriquecer uranio.

En el caso de Irán se mezclan varios asuntos e intereses, algunos encontrados: primero, el peligro de la proliferación de las armas nucleares en el Medio Oriente (aunque los que insisten en ese peligro no dicen nada del arsenal nuclear de Israel); segundo, el desarrollo de la industria nuclear para fines pacíficos que promueve el propio TNP; tercero, las reservas de petróleo de Irán, segundas en el Medio Oriente después de Arabia Saudita, y sus exportaciones a países europeos, incluyendo Alemania y Francia, y a China; cuarto, las relaciones comerciales en el renglón nuclear entre Rusia e Irán; y cinco, los comentarios inflamatorios sobre Israel del presidente de Irán, Mahmud Ahmadinejad.

Hace tres años que Alemania, Francia y el Reino Unido vienen negociando con Irán. Por su parte, Rusia ha ofrecido enriquecer el uranio de Irán. Pero Teherán insiste en que tiene el derecho de hacerlo por su propia cuenta. El pasado lunes, los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, junto con Alemania, se reunieron en Londres para tratar de acordar una estrategia común para convencer (u obligar) a Irán a discontinuar sus intentos por enriquecer uranio.

Estados Unidos, que hace tiempo que critica los esfuerzos de los tres países europeos de convencer a Irán por las buenas, acudió a la cita en Londres. La visita de la canciller federal Angela Merkel a Washington la semana pasada fue un éxito y el presidente Bush decidió sumarse a las gestiones europeas. Además, parece haber encontrado un nuevo aliado europeo ahora que el primer ministro Blair está de salida.

A instancias de China y Rusia, en Londres se acordó llevar el caso de Irán al OIEA a principios de febrero, en lugar del Consejo de Seguridad. Pero la línea dura que propone Estados Unidos, incluyendo sanciones económicas, no es apoyada por todos los demás. Lo que exigen es que Irán cumpla con sus compromisos bajo el TNP. Y aquí es donde se antoja acertada la travesura que hizo Irán en la pasada Asamblea General de la ONU.

En efecto, en la comisión que se ocupa de los temas de desarme, Irán sometió un proyecto de resolución en el que se pedía que los estados poseedores de armas nucleares cumplan con las obligaciones que han contraído en materia de desarme nuclear. Se trata de un texto que don Alfonso García Robles solía calificar de “alma gloriosa”. Uno no podía sino apoyarlo. Por cierto, así lo hizo nuestro país en la comisión pero luego, por razones difíciles de entender, se abstuvo en la votación en el plenario de la asamblea.

Con ese texto Irán puso el dedo en la llaga. ¿Por qué se les exige a países sin armas nucleares a que cumplan con sus obligaciones conforme al TNP, mientras que los que las tienen no han hecho nada para cumplir con las suyas? Durante su exitosa campaña presidencial de 2002, Luiz Inacio Lula da Silva criticó duramente el TNP. Dijo que era un tratado injusto y agregó: “Si alguien me pide que me desarme y me quedo sólo con una resortera mientras el otro me amenaza con un cañón, ¿qué sentido tiene?” Brasil es parte en el TNP y Lula luego tuvo que aclarar que no tenía la intención de fabricar armas nucleares.

El caso de Irán es distinto porque el presidente Bush lo incluyó en la lista de países que, según él, conforman un *Eje del Mal*. Ahora Teherán sabe que Estados Unidos ha invadido a dos de los países en esa lista (sus vecinos Afganistán e Irak) mientras que no ha adoptado una línea dura en el caso de otro: Corea del Norte. ¿Por qué, se preguntan en Irán? No será que Washington sabe que los norcoreanos ya tienen armas nucleares y no se atreve a provocarlos.

¿Quién desentona en la ONU?

2 de febrero de 2006

Retomamos el examen de lo ocurrido el pasado otoño en la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU). La Asamblea ha tenido a muchos llaneros solitarios, países que se han quedado absolutamente solos en su oposición a resoluciones aprobadas por ese foro, sin duda el más representativo de la comunidad internacional. ¿Adivinen cuál ha sido el más solitario de todos?

Desde 1946, la Asamblea General ha aprobado unas 14 mil resoluciones, de las cuales un 60 por ciento se adoptó sin votación. En su pasada sesión la Asamblea adoptó por voto apenas una cuarta parte de sus 267 resoluciones. Hubo 66 resoluciones que recibieron entre cero y 56 votos en contra. Curiosamente, un 83 por ciento de esas resoluciones tuvo menos de 10 votos en contra. Es más, hubo 19 resoluciones que se adoptaron con un solo voto negativo. ¿Quién vota en solitario en contra de una resolución de la Asamblea?

Son siete los países que el pasado otoño emitieron un voto negativo en solitario. Cinco lo hicieron en una sola ocasión, Israel lo hizo en dos y Estados Unidos en 12. Hace ya muchos años que Turquía viene emitiendo el único voto en contra de la resolución relativa al derecho del mar. Corea del Norte hace lo mismo en relación al informe anual del Organismo Internacional de Energía Atómica. Los otros que se distinguieron al emitir el único voto en contra de una resolución fueron la India (sobre el control de las armas convencionales a nivel regional), Irán (en relación al código de conducta de La Haya sobre la proliferación de proyectiles balísticos) y Siria (al declararse el año internacional de los desiertos).

Las dos ocasiones en que Israel se quedó solo fueron al votarse las resoluciones sobre el Gólán sirio ocupado y la ayuda a los refugiados palestinos, respectivamente. Pero quien se llevó el trofeo del llanero más solitario en la pasada Asamblea General fue Estados Unidos al emitir el único voto en contra de 12 resoluciones. Esas resoluciones versaron sobre una variada gama de temas. Tres fueron sobre asuntos económicos: medidas económicas unilaterales encaminadas a ejercer presión política y económica sobre los países en desarrollo; comercio internacional y desarrollo; y actividades económicas que afectan a los intereses de los pueblos de los territorios no autónomos. Otras dos versaron sobre temas sociales: la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, y los derechos del niño. Siete fueron sobre cuestiones de desarme y seguridad internacional: el Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares; la relación entre desarme y desarrollo; la observancia de las normas ambientales al elaborar de los acuerdos de desarme; los avances en la información y las telecomunicaciones en el contexto de la seguridad internacional; respuesta a las repercusiones negativas humanitarias y para el desarrollo de la fabricación, transferencia y circulación ilícitas de armas pequeñas y ligeras; medidas de transparencia y fomento de la confianza en las actividades relativas al espacio ultraterrestre; y prohibición del desarrollo y de la fabricación de nuevos tipos de armas de destrucción en masa y de nuevos sistemas de tales armas.

Dos de esas resoluciones rechazadas únicamente por Estados Unidos tuvieron un buen número de abstenciones, pero las otras diez recibieron el apoyo casi unánime de los miembros de la ONU. Cabe agregar que Washington también se unió al rechazo de 29 de las 30 resoluciones que tuvieron entre dos y diez votos en contra. ¿Qué hace que un país decida quedarse solo apachurrando el botón rojo mientras que el resto de los países se inclinan decididamente por apretar el botón verde?

Este recuento de las resoluciones rechazadas en solitario es un tanto aburrido pero necesario para aquilatar el grado de desprecio de Estados Unidos hacia la ONU. Ese desprecio se ha incrementado a partir de la llegada a la ONU en el verano pasado del embajador John Bolton, un acérrimo crítico de la organización. Aterrizó en Nueva York con la espada desenvainada y en pocas semanas había echado abajo buena parte del documento que habría de convertirse en la declaración de los jefes de estado que asistieron al sexagésimo aniversario de la ONU. Resultó ser una celebración bastante deslucida.

Una vez iniciados los trabajos anuales de la Asamblea General, Bolton continuó socavando a la organización y logró convencer a su gobierno de aumentar de manera considerable sus rechazos a sus resoluciones. En los primeros cuatro años de la administración del presidente George W. Bush, Estados Unidos rechazó en solitario un promedio de tres resoluciones por año. Con Bolton esa cifra se disparó a 12.

En algunos casos se entiende que un buen amigo de la *National Rifle Association* como lo es Bolton insista en oponerse a todo lo que parezca un intento por controlar el tráfico de armas pequeñas (aunque se trate del comercio ilícito de dichas armas). También puede explicarse la alergia de Washington al Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares. Sencillamente está pensando en la posibilidad de reanudar dichos ensayos. Pero, ¿cómo puede justificarse un voto en contra de los derechos del niño o de una convención que busca la eliminación “de todas las formas de discriminación contra la mujer”?

Desde 1946 ha habido 640 votos en solitario en contra de resoluciones de la Asamblea General y Estados Unidos ha sido el responsable de 256 de ellos. Lo curioso es que 163 de esos 256 votos ocurrieron en la década de los años ochenta, la época de Jeanne Kirkpatrick y el general Vernon Walters. Bolton se está esforzando por alcanzarlos.

Irán al Consejo de Seguridad

16 de febrero de 2006

Las supuestas ambiciones nucleares de Irán siguen siendo tema de discusión en los foros internacionales, las publicaciones especializadas en la materia y los medios de comunicación. Como parte en el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), Teherán tiene el “derecho inalienable” de “desarrollar la investigación, la producción y la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos sin discriminación”.

También tiene el compromiso de no tratar de adquirir armas nucleares. Para asegurar a la comunidad internacional de que no lo está haciendo, debe informar acerca de todas sus instalaciones nucleares y firmar (como lo hizo) con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) acuerdos de salvaguardias, que incluyen inspecciones sobre el terreno. Estas inspecciones son periódicas y se anuncian con cierta antelación. Para mejorar el sistema de salvaguardias, hace algunos años el OIEA elaboró un Protocolo adicional de inspecciones que permite visitas no anunciadas de sus técnicos.

Irán ha firmado pero no ha ratificado ese Protocolo adicional. Es más, durante años no declaró al OIEA todas sus instalaciones nucleares. Ahora, al anunciar que está desarrollando una capacidad para enriquecer uranio, ha alborotado a buena parte de la comunidad internacional. Lo que está haciendo Irán no viola el TNP pero, dada su pasada falta de transparencia con el OIEA, han surgido dudas acerca de sus verdaderas intenciones.

El uranio enriquecido sirve para fines civiles y militares. Puede alimentar a los reactores de investigación y las plantas de producción de energía eléctrica, pero también se utiliza para construir una bomba nuclear. Hace 25 años, cuando Israel (que ya tenía su propio arsenal nuclear pero sin declararlo) alegó que una central nuclear en Irak, cuya construcción no se había terminado, podría producir uranio enriquecido para armas nucleares, decidió bombardear la instalación (en Osirak, cerca de Bagdad). Fue el primer ataque aéreo (y hasta hoy el único) en contra de una central nuclear.

En junio de 1981, a escasos días del ataque, el Consejo de Seguridad lo condenó y reconoció “plenamente el derecho soberano inalienable” de Irak “de establecer programas de desarrollo tecnológico y nuclear” con fines pacíficos. La planta nuclear destruida había sido construida por Francia. Eran los años de la guerra entre Irak e Irán y Occidente le vendía todo lo que podía a Saddam Hussein.

En esa ocasión Consejo de Seguridad también pidió que Israel sometiera “urgentemente sus instalaciones nucleares a las salvaguardias” del OIEA. El Consejo sigue esperando (en silencio) que Israel lo haga.

El primer sábado de este mes, los delegados de los 35 países que integran la Junta de Gobernadores del OIEA en Viena interrumpieron su fin de semana para pronunciarse sobre las pretensiones nucleares de Teherán. Lo hicieron mediante una resolución que apoyaron 27 países. Tres (Cuba, Siria y Venezuela) votaron en contra y cinco se abstuvieron (Argelia, Belarús, Indonesia, Libia y Sudáfrica). Los países latinoamericanos que emitieron un voto afirmativo fueron Argentina, Brasil, Colombia y Ecuador. México no es miembro de la Junta.

Con esa resolución llegaron a su fin los esfuerzos que durante casi tres años habían venido desplegando Alemania, Francia y el Reino Unido por tratar de convencer a Irán a que desistiera de su propósito de enriquecer uranio. Los tres países europeos intentaron armar un paquete de incentivos (léase premios) políticos, tecnológicos, económicos y de seguridad que

fuera lo suficiente atractivo para convencer a Teherán de suspender su programa nuclear. Pero no fue posible ya que Irán no es cualquier país en desarrollo dispuesto a un trueque como el propuesto. Además, la estridencia de los comentarios de Estados Unidos y las respuestas incendiarias del presidente Mahmud Ahmadinejad complicaron el asunto.

Rusia siguió otra táctica, ofreciendo enriquecer el uranio iraní. Pero en los últimos días Teherán le ha dado largas al inicio de las pláticas sobre el tema.

El presidente ha seguido subiendo el volumen de sus declaraciones. El pasado 11 de febrero Ahmadinejad amenazó con retirar a su país del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) si se intenta “destruir los derechos del pueblo iraní” a proseguir con el desarrollo de la energía nuclear con fines pacíficos. Al día siguiente un portavoz de la cancillería se apresuró a insistir en que Teherán no piensa abandonar el TNP, pero agregó que “no aceptaremos” que el TNP sea “utilizado como un instrumento político”.

La resolución de la Junta de Gobernadores del OIEA afirma que la controversia en torno a las intenciones de Irán en el campo de desarrollo nuclear puede resolverse por la vía pacífica. Para ello es menester que Teherán suspenda su programa para enriquecer uranio, actúe con más transparencia, ratifique el Protocolo adicional y tome medidas que fortalezcan la confianza de otros gobiernos en sus actividades nucleares.

Además, la resolución le pide al Director General que informe sobre este asunto a la Junta de Gobernadores cuando se reúna en marzo y luego que acuda al Consejo de Seguridad para que se tomen las medidas del caso. En otras palabras, le están dando un poco más de tiempo a Irán para que cumpla con lo solicitado en la resolución. Este plazo adicional fue acordado a solicitud de China y Rusia que no querían que el asunto se llevara de manera precipitada al Consejo de Seguridad. Además, a instancias de Egipto, la resolución contiene una alusión indirecta a Israel cuando afirma que una solución al asunto iraní “contribuiría a los esfuerzos globales de no proliferación y a la realización del objetivo de un Medio Oriente libre de armas de destrucción en masa, incluyendo los medios para transportarlas”. Ya veremos lo que pueda hacer en marzo el Consejo de Seguridad.

Travesuras nucleares

2 de marzo de 2006

Desde el principio de la era nuclear el debate sobre la energía atómica ha girado en torno a dos cuestiones fundamentales: la primera es cómo evitar que más y más países adquieran armas nucleares (la llamada proliferación horizontal); y la segunda es la promoción de la energía nuclear con fines pacíficos. Esto último fue descrito en 1953 por el presidente Eisenhower como los “átomos para la paz”, tarea que, unos años más tarde, se le encargaría al Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

En 1946 y 1947 hubo una oportunidad para resolver de manera definitiva esas cuestiones pero Estados Unidos, que gozaba de un monopolio de las armas nucleares, se rehusó a eliminar su arsenal mientras no hubiera un sistema internacional que asegurara que ningún otro país podría producirlas. Tras adquirir (y utilizar) armas atómicas en 1945, Estados Unidos se convirtió en un entusiasta abogado de la no proliferación horizontal de dichas armas.

Lo mismo le ocurrió a la Unión Soviética a partir de 1949, año en que detonó su primer artefacto atómico. Por ese camino de proliferar para luego convertirse en un defensor de la no proliferación transitarían el Reino Unido (1952), Francia (1960) y China (1964). No todos los países poseedores de armas nucleares han hecho lo mismo. Israel, que jamás ha confesado tenerlas, y Sudáfrica, que también las desarrolló en secreto (para luego eliminarlas), nunca declararon su vocación en contra de la proliferación horizontal.

La India y Pakistán, en cambio, han seguido el camino trazado hace seis décadas por Estados Unidos. En mayo de 1998, llevaron a cabo una serie de ensayos nucleares. Con ello informaron al mundo que se habían convertido en estados poseedores de armas nucleares. Desde hacía décadas ambos habían venido desarrollando, con la ayuda de muchos otros países, sendos programas de energía nuclear con fines pacíficos. Tras sus ensayos nucleares, ambos declararon que estaban en contra de la proliferación horizontal de esas armas. El principio parece claro: el último en proliferar pide que se les cierre la puerta nuclear a los demás candidatos.

En 1970 entró en vigor el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). Ahí se codificó la idea de que ningún otro país jugaría la carta nuclear a cambio de dos cosas: primero, que las entonces cinco potencias nucleares eliminarían sus arsenales; y segundo, que se promovería la cooperación en el campo de los usos pacíficos de la energía nuclear. Eso mismo hubiera sido mucho más fácil de acordar en 1946 si Washington hubiera aquilatado correctamente la dimensión del problema.

El TNP prohíbe el traspaso de tecnología y materiales nucleares (desde combustible a reactores) a países que no hayan sometido sus instalaciones nucleares con fines pacíficos al sistema de verificación del OIEA. Sin embargo, algunos estados ya habían adquirido esos materiales y tecnología mucho antes de 1970. Tal fue el caso de la India que durante años los había venido comprando a Estados Unidos y Canadá, entre otros. En 1974, al ensayar un llamado “artefacto nuclear con fines pacíficos”, la India demostró al mundo que había desviado esos materiales y tecnología hacia fines militares.

A raíz de esa prueba nuclear de la India, el gobierno de Estados Unidos aprobó en 1978 una ley que prohíbe la exportación de tecnología y materiales nucleares a países que, como India, no hubieran puesto todas sus actividades e instalaciones nucleares con fines pacíficos bajo el

sistema de salvaguardias completos del OIEA. Tras los ensayos nucleares de mayo de 1998, Estados Unidos impuso sanciones económicas a la India y Pakistán.

A principios de su administración, el presidente George W. Bush tuvo la intención de levantar las sanciones a la India pero tardó en anunciarlo. Pocos días después de los atentados del 11 de septiembre decidió levantar las sanciones a Pakistán, que se perfilaba como un aliado clave en la lucha contra el terrorismo internacional, y aprovechó la ocasión para hacer lo mismo en el caso de la India.

Así las cosas cuando, en julio de 2005, Bush decidió cambiar las reglas del juego en lo que hace a los esfuerzos por limitar la proliferación nuclear. En ocasión de la visita a Washington del primer ministro de la India, Manmohan Singh, se anunció que sus dos países construirían una “asociación global”. Entre otras cosas, Bush ofreció que trataría de lograr “una cooperación completa” con India en materia de energía nuclear con fines civiles para así ayudar a resolver sus necesidades energéticas que se han venido multiplicando con su impresionante crecimiento económico del último lustro.

Por su parte, Singh ofreció separar las actividades civiles de las militares de la India en el campo nuclear y poner las primeras bajo los salvaguardias del OIEA. Además, subrayó (y no deja de ser un tanto irónico) que su país se sumaría a la lucha contra la proliferación horizontal de las armas nucleares.

Bush y Singh acordaron que sus representantes tratarían de concluir un acuerdo sobre la cooperación entre sus países en el campo nuclear. La idea era firmar dicho acuerdo durante la visita de Bush a Nueva Delhi en este año.

El gobierno de Manmohan Singh está empeñado en tratar de desarrollar su industria nuclear con fines pacíficos. Para ello tendrá que adquirir la tecnología y materiales nucleares de punta. El pasado 20 de febrero el presidente francés Jacques Chirac estuvo en Nueva Delhi y firmó un acuerdo a este respecto. Fue un negocio redondo ya que, además de venderle tecnología y materiales en el campo de la energía nuclear, logró la venta de 43 aviones Airbus.

Cuando se publique este artículo Bush estará en Nueva Delhi y quizás ya se sepa si fue posible suscribir un acuerdo de cooperación nuclear.

Para algunos analistas lo que está haciendo Washington refleja una estrategia visionaria; para otros se trata de una campaña abiertamente comercial. Hace décadas que el Pentágono viene abogando por una relación más estrecha con India como contrapeso a China. Con su crecimiento económico de los últimos años, la India se ha convertido en un inmenso mercado sumamente atractivo para los productos de Estados Unidos. Resulta obvio que razones de otra índole han modificado la actitud de Washington hacia la no proliferación horizontal de las armas nucleares, cuando menos en aquellos países que resultan ser clientes interesantes e interesados.

Algo inconcebible

16 de marzo de 2006

Por razones que desconozco, he tenido la inquietud o, quizás, la curiosidad de saber cómo una sociedad llega a reconciliarse. Los ejemplos son muchos. Si uno pregunta a un francés cuántos de sus antepasados estuvieron peleando en la resistencia anti alemana, la respuesta será que hubo varios *maquisards* en la familia. Empero, si uno visita los cementerios de los miembros de la resistencia francesa ante la ocupación nazi, se dará cuenta que, cuando menos los enterrados, eran muy pocos. El socialista François Mitterrand tuvo el descaro de confesar, ya al final de su segundo septenio, que había trabajado en el gobierno de Vichy, la administración de los nazis en Francia.

A finales del siglo pasado, cuando fui cónsul general en Barcelona, me sorprendieron muchas cosas. A 20 años de la muerte del generalísimo, seguía habiendo monedas con la efigie de Franco y la leyenda de “Caudillo de España por la gracia de Dios”. Había (y hay) un hospital llamado el “generalísimo”. Años más tarde, cuando le planteé el caso a Narcís Serra (ministro de defensa en el primer gobierno de Felipe González), no tuvo respuesta. Tampoco pude entender cómo, en la contra esquina de mi edificio, había una residencia de estudiantes con el nombre de Muñoz Grandes, el general que encabezó la “división azul” que luchó al lado de los nazis en contra de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial.

Si uno le preguntaba a un alumno de primaria en España quién fue Franco, la respuesta era: presidente del gobierno español. Es decir, lo equiparaban con Felipe González o José María Aznar.

Hace ya algunos años, cuando me preguntaban cuándo terminaría la transición política en México, me atrevía a contestar que sería en el momento en que el secretario de la defensa nacional fuera un civil y, además . . . mujer. Ese paso ya lo han dado algunos países latinoamericanos, incluyendo a Colombia y Chile. En el caso de este último, lo ocurrido en los últimos meses no tiene precedente.

Michelle Bachelet ha parado de cabeza a su país y a su hemisferio. El pasado sábado tomó posesión como presidenta de su país. Abiertamente agnóstica en un país muy católico, no quiso “jurar” sino “prometer” que cumplir y hacer cumplir la constitución de su país.

Parece inconcebible el paso que ha dado la sociedad chilena. Es un ejemplo para el resto de Latinoamérica y para el mundo entero.

Bachelet ha instaurado un gobierno en el que los puestos de mando estarán repartidos con equidad de género. No es el primer jefe de estado o de gobierno en hacerlo pero creo que es la primera mujer que lo hace. Enhorabuena. Empero, creo que deberíamos ser un poco más atrevidos. ¿Por qué no podríamos tener un gabinete presidencial sin hombres? ¿Por qué no dejar que las mujeres gobiernen por un buen rato? Difícilmente lo harían peor que los hombres que hace siglos han estado, por así decirlo, “encargados del despacho” de los asuntos públicos.

Ha habido mujeres que han encabezado con éxito gobiernos. Pero Bachelet parece tener la intención de hacerlo de otra manera.. Además, en Latinoamérica han sido seis las mujeres que ha presidido su país (tres de ellas por la vía electoral). Pero en todos los casos se trató de la viuda de un dirigente político. Bachelet es distinta. Ganó la presidencia a pulso y la ejercerá de manera muy distinta.

Michelle Bachelet fue alentada por Ricardo Lagos, sin duda un dirigente visionario, a “aspirar a la grande”, como decimos en México. Y lo consiguió. En enero, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales obtuvo más del 53% de los votos. No está mal para una mujer que estudió medicina, fue prisionera política que los golpistas torturaron y tuvo que huir su país y vivir en el exilio. Además, es hija de un general de la fuerza aérea que fue encarcelado en 1973, acusado de traición. Su pecado fue ser leal al presidente Salvador Allende, derrocado violentamente por el general Augusto Pinochet. Alberto Bachelet murió en prisión el año siguiente.

Se trata de una persona muy preparada. Tras su regreso del exilio, terminó sus estudios de medicina y luego hizo un pos grado en —aunque usted no lo crea— en defensa continental en el Colegio Interamericano de Defensa en Washington y luego obtuvo el primer lugar en un curso de estrategia militar en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos de Santiago. Habla con fluidez cinco idiomas (además del español, alemán, francés, inglés y portugués).

Fue ministra de salud y luego de defensa. Los militares pronto se dieron cuenta de que sí conocía los asuntos a su cargo. Ahora, como presidenta, ha nombrado a otra mujer al frente del ministerio de defensa. Y ha tenido un gesto muy humano que algunos chilenos han criticado: como subsecretario de defensa y encargado de la fuerza aérea nombró a Raúl Vergara Meneses, un militar que había compartido la celda con su padre tras el golpe del 11 de septiembre de 1973. Estuvo con él cuando murió. Años más tarde se exilió en Nicaragua y fue comandante en las fuerzas aéreas Sandinistas.

Michelle Bachelet ha prometido defender los derechos humanos, luchar contra las desigualdades sociales en su país e implantar la equidad de género a todos los niveles gubernamentales. Además tiene la intención de descentralizar el poder federal

El largo y penoso camino de Chile hacia una reconciliación ha dado un vuelco inesperado con la llegada de Michelle Bachelet a La Moneda. ¡*Chapeau* Chile!

Tres años miserables

30 de marzo de 2006

Aunque parezca increíble, por estas fechas se cumplen tres años de lo que fue una rápida invasión y lo que ha sido una prolongada ocupación de Irak por Estados Unidos y sus cada vez menos aliados. Pocos pensaron que la guerra contra Saddam Hussein durara tan poco, apenas dos meses. Nadie pronosticó que la ocupación resultara tan complicada y larga, tres años y sigue.

A una pregunta de la prensa, Tony Blair (que pronto dejara de ser primer ministro) dijo hace unos días que “Dios y la historia” juzgarán su decisión de enviar tropas británicas a Irak en 2003. Al parecer no perdió la calma.

En cambio el presidente George W. Bush no tuvo suerte. Hace una semana concedió una de sus raras conferencias de prensa (fue apenas la segunda del año). Bush perdió los estribos cuando una reportera insistió en que revelara las verdaderas razones que lo impulsaron a invadir a Irak. La reportera, Helen Thomas no es santo de la devoción de Bush. En pasadas conferencias de prensa había evitado que le formulara preguntas. En esta ocasión sí le dio la palabra.

El intercambio fue el siguiente:

Bush: Helen.

Reportera: Señor presidente, se va a arrepentir [de darme la palabra]. . . . Su decisión de invadir a Irak ha causado la muerte de miles de estadounidenses e iraquíes . . . Cada razón aducida, cuando menos en público, ha resultado ser falsa. Mi pregunta es, ¿por qué quiso usted ir a la guerra? . . . ¿cuál fue su verdadera razón? Usted ha dicho que no fue el petróleo . . . ni Israel. ¿Cuál fue la razón?

Bush: Con todo respeto creo que su premisa es errónea. . . . Pensar que yo quería ir a la guerra es completamente falso, con todo respeto --

Reportera: Todo --

Bush: Espérese un momento, por favor.

Reportera: Todo lo que he escuchado --

Bush: Perdóneme, perdóneme. Ningún presidente quiere una guerra. Quizás lo que ha oído va en ese sentido pero simplemente no es cierto. Mi actitud acerca de la defensa de este país cambió el 11 de septiembre. Cuando nos atacaron prometí en ese momento echar mano de todo lo que estuviera a mi alcance para proteger al pueblo estadounidense. Helen, ese día cambió nuestra política exterior. Usted sabe que antes pensábamos que nuestra seguridad estaba protegida por los océanos y nuestra labor diplomática anterior. Pero el 11 de septiembre de 2001 nos dimos cuenta que asesinos podían destruir vidas inocentes. Y nunca se me olvidará. Y no olvidaré la promesa que hice al pueblo estadounidense de hacer todo lo posible para proteger a nuestro pueblo. Parte de ello fue que deberíamos asegurarnos de que nadie protegería al enemigo. Y esa fue la razón por la nos metimos en Irak. -- Un momento, permítame un momento --

Reportera: Pero ellos [Irak] no le hicieron nada a usted ni a nuestro país.

Bush: Mire -- discúlpeme por un segundo, por favor. Discúlpeme por un segundo. Sí lo hicieron. Los talibanes protegieron a Al Qaeda. Ahí es donde entrenaron --

Reportera: Estoy hablando de Irak --

Bush: Helen, discúlpeme. Ahí es – Afganistán los protegió. Ahí es donde se entrenaron. Ahí es donde conspiraron. Ahí es donde planearon los ataques que mataron a miles de estadounidenses inocentes. También vi una amenaza en Irak. Tenía la esperanza de resolver este problema por la vía diplomática. Por eso fui al Consejo de Seguridad; por eso fue importante la aprobación de la resolución 1441, que se adoptó por unanimidad. Y el mundo dijo desármense, díganos lo que tienen, o habrá serias consecuencias –

Reportera: Una guerra –

Bush: -- y así fue como trabajamos con el mundo. Nos esforzamos para que Saddam Hussein escuchara el mensaje del mundo. Y cuando se negó a que entraran los inspectores, cuando no quiso decirnos lo que tenía, entonces tuve que tomar la difícil decisión de derrocarlo. Y lo hicimos, y como resultado hay más seguridad en el mundo.

Reportera: Muchas gracias, señor secretario Rumsfeld.

La ironía del comentario de despedida de Helen Thomas no escapó a nadie.

Hoy muchos analistas afirman que la ocupación de Irak está degenerando en una guerra civil. Algunos abogan por una solución política que convierta al país en una federación basada en grupos religiosos.

Hace quince años, la superioridad tecnológica en el renglón militar fue determinante en la guerra del golfo para sacar a Irak de Kuwait. Esa batalla se libró en el desierto. A control remoto y con armamento convencional altamente sofisticado, no fue difícil derrotar a un ejército que, se nos dijo, era el cuarto del mundo. Hoy la guerra se libra en ciudades. La ventaja en términos militares se reduce o se neutraliza.

La aventura de Estados Unidos en Irak ha sido (y sigue siendo) muy cara. Nadie sabe cuánto les ha costado a los estadounidenses que pagan impuestos. Hasta ahora, la cantidad autorizada por el congreso en Washington asciende a más de 250 mil millones de dólares, es decir, arriba de 220 millones diarios. Dicho de otra manera, Estados Unidos ha venido gastando semanalmente en la guerra y ocupación de Irak el equivalente del presupuesto ordinario anual de las Naciones Unidas.

Peor aún, la invasión y ocupación de Irak ha cobrado muchas vidas, en su vasta mayoría civiles. Hace guerras que nos hemos acostumbrado a sumar más víctimas civiles que militares. Esto no ocurrió antes de la segunda guerra mundial. Han perecido más de 40 mil iraquíes.

Estados Unidos dice que han muerto más de dos mil de sus efectivos, casi todos en combate. Se calcula que ha habido casi 20 mil heridos, aunque hay organizaciones no gubernamentales que dicen que el total más bien se acerca a los 50 mil. Es un triste capítulo de la historia de Estados Unidos y un trienio miserable para los iraquíes.

República española

13 de abril de 2006

En dos semanas abordaremos el tema de las manifestaciones de la población hispana en Estados Unidos. Hoy nos referiremos a un asunto muy distinto, pero uno que me ha acompañado a lo largo de mi vida.

A pocos pasos de la antigua aduana del pulque de la ciudad de México, el magnífico edificio del siglo XVIII que hoy alberga al Instituto Matías Romero de estudios diplomáticos, se encuentra el Centro de desarrollo de la comunidad “República Española”. ¿De qué están hablando se preguntará más de un transeúnte?

Mañana se cumplen 75 años del día en que los españoles votaron por echar a la monarquía y constituirse en una república. Su vida fue corta, apenas ocho años, de 1931 a 1939. Franco se encargó de acabar con la república e instauró una dictadura que sobrevivió la segunda guerra mundial y duró hasta su muerte en 1975.

El “caudillo de España por la gracia de Dios” dejó como su heredero al rey Juan Carlos. Pero había un pequeño problema: el padre del futuro rey aún vivía. Se hizo a un lado la ley de sucesión monárquica y Juan Carlos I llegó al trono. En efecto, podría decirse que la monarquía regresó a España en lo que fue una especie de golpe de estado. Fue la última voluntad del dictador dos veces golpista.

Tras la muerte de Franco, los españoles se apresuraron a tratar de demostrar sus credenciales europeístas. Hubo altibajos y un acuerdo de no recordar el pasado y de disimular las diferencias de opinión. Así fue la llamada transición. Empero, aún quedan muchos capítulos por escribirse. Por ejemplo, hay quienes piensan que no se ha aquilatado en su justa dimensión el papel decisivo de Adolfo Suárez en los años de la transición. Otros analistas consideran que se ha exagerado el papel del rey Juan Carlos I en la llamada defensa de la democracia tras las locuras del coronel Antonio Tejero el 23 de febrero de 1981.

En mi casa se hablaba mucho de España y de la guerra civil. Era natural ya que mis padres llegaron a México en 1939 en calidad de refugiados republicanos. Mi madre me decía que ese 14 de abril de 1931 fue cuando ella se incorporó a un proyecto político esperanzador. El mes anterior había cumplido 18 años.

La república se proclamó a raíz de los resultados de las elecciones municipales celebradas el 12 de abril. El rey había convocado esas elecciones para medir el apoyo a la monarquía en uno momento de desafíos políticos de grupos republicanos. Ahí se hizo patente que la monarquía contaba con muy poco apoyo en las principales ciudades del país. Es cierto que los concejales monárquicos lograron una considerable mayoría, pero también es cierto que lo que importaba en esa época era la opinión de los habitantes de los centros urbanos y éstos estuvieron decididamente a favor de la república. Alfonso XIII hizo sus maletas y se fue a vivir a París.

La constitución que rigió la república fue un texto de los más avanzados del mundo. Los derechos humanos ocuparon una parte importante del documento. De no haber sido por Franco, quizás España hubiera transitado a la modernidad medio siglo antes.

Cursé parte de la primaria en el Colegio Madrid. Ahí se respiraba un aire muy republicano. La bandera de la España republicana (tres franjas del mismo ancho, roja, amarilla y morada) era muy visible. Muchos de los maestros y padres de familia compartían una visión progresista del mundo.

No cabe duda de que el 14 de abril de 1931 fue una jornada que muchos españoles recordarían toda su vida. Sin embargo, algo pasó tras la muerte de Franco que empañó el recuerdo de ese día.

La república de 1931-1939 fue el segundo intento español en este terreno. La primera, y aún más efímera república, fue la de 1873-1874. Desde luego que en España sigue habiendo organizaciones no gubernamentales y hasta partidos políticos que propugnan el establecimiento de un régimen republicano. Piensen en Izquierda Republicana de Catalunya. Inclusive, hay partidos que conmemoran el día 8 de junio, aniversario de la proclamación por las Cortes Constituyentes, en 1873, de la República federal española. Tal es el caso de Izquierda Unida de Navarra.

Lo que no logro comprender es el por qué del olvido de la república entre tantos que fueron tan republicanos. Quizás ese haya sido el precio de la transición política en España después de la muerte de Franco: olvidarse de lo que fueron unos objetivos no negociables cuando uno era joven. La historia de la vida de muchos republicanos españoles es el relato de un sueño truncado.

Algo extraño le ocurrió a España en su camino a la modernidad en las últimas décadas del siglo pasado. Se olvidó de la república.

Hispanics

27 de abril de 2006

El senado de Estados Unidos reanuda hoy su examen de las distintas propuestas de reforma de las leyes sobre inmigrantes indocumentados. Se trata de los llamados *illegal immigrants* o *illegal aliens*. Suman unos 12 millones de personas cuya gran mayoría es de origen hispano (o *hispanic* para los oídos estadounidenses). Los mexicanos constituyen la mayoría de esa mayoría.

La palabra *alien* significa, entre otras cosas, forastero o extranjero o extraterrestre. Esta última acepción sin duda será la preferida de Samuel Huntington. Y no le falta razón. Para algunos *white anglo-saxon protestants* (WASP), los hispanos son extraterrestres. No es que vengan de otra galaxia o planeta. Sencillamente han roto el patrón de conducta de los recién llegados al país que por antonomasia es la nación de inmigrantes.

Cuando en Estados Unidos se habla de inmigrantes no se piensa en los que llegaron procedentes de Asia para convertirse en las poblaciones indígenas. Tampoco se toman en cuenta los millones de esclavos que fueron traídos de África.

Para los estadounidenses la inmigración empezó a principios del siglo XVII, cuando desembarcaron los primeros indocumentados europeos. Los pasajeros del *Mayflower* no pasaron por una oficina de migración para mostrar su pasaporte debidamente visado por las autoridades de lo que se convirtió en Plymouth, Massachussets. Otros europeos también fueron indocumentados.

En el siglo XIX se intensificó la inmigración a Estados Unidos. Por ejemplo, a partir de 1840 llegaron muchos suecos, arriba de un millón, y no todos con sus papeles en regla. Fue tal la migración sueca que hacia 1910 la quinta parte de todos los suecos en el mundo residía en Estados Unidos.

El 1° de mayo se podría armar la gorda. Por cierto, esa fecha no es feriado en Estados Unidos ya que, en la tierra de los mártires de Chicago, el día del trabajo se celebra el primer lunes de septiembre.

El próximo lunes los *hispanics* van a tratar de demostrar su peso específico en la vida de Estados Unidos al llevar a cabo un boicot en el que no irán a sus trabajos, dejarán de hacer compras y sus hijos no asistirán a la escuela. Algunos organizadores lo llaman *The Great Boycott of 2006*. Otras emplean una variante del título de la película de Sergio Arau, *Un día sin latinos*.

Ese boicot es producto del éxito de las recientes manifestaciones de los hispanos a lo largo y ancho de Estados Unidos. El número de manifestaciones y sobre todo su tamaño sorprendió a muchos estadounidenses, incluyendo a no pocos organizadores de las mismas. Su propósito fue incidir en los debates en el congreso en Washington en torno a una reforma a las leyes de inmigración. El mensaje político también fue claro: hoy en las calles, mañana en las urnas.

Hay dirigentes de grupos hispanos que se oponen al boicot. Abogan, en cambio, por una intensa campaña para empadronar a muchos hispanos para que puedan votar en las próximas elecciones. También temen que crezca la oposición a los indocumentados. Las manifestaciones han producido algunos efectos negativos. El estado de Georgia, por ejemplo, ha aprobado leyes muy duras contra los indocumentados y sus empleadores. A nivel federal también se han tomado medidas para penalizar a ciertas compañías que han hecho caso omiso de la situación legal de algunos de sus trabajadores. Hay quienes también creen que dejar de ir a su

trabajo o sacar a los hijos de la escuela podría acarrear represalias. Unos empleadores ya han despedido a más de un hispano que dejó de trabajar para asistir a una manifestación.

Algunos ultra conservadores tienen ideas bastante radicales. Hay quienes opinan que habría que echar del país a todos los indocumentados. Insisten en que debe levantarse un muro a lo largo de la frontera y que lo deberían construir los propios indocumentados. Dicen que las manifestaciones de los hispanos son ideales para atrapar y deportar a decenas de miles de indocumentados. Desde luego que también piensan que la amnistía de 1986 fue un grave error.

En efecto, hace 20 años Ronald Reagan concedió la primera amnistía a indocumentados en la historia de Estados Unidos. Se regularizó la condición migratoria de casi tres millones de personas. Entre 1994 y 2000 hubo otras seis amnistías, algunas con dedicatoria, como en los casos de los nicaragüenses y otros centroamericanos en 1997 y de los haitianos un año después. Veremos en qué termina el actual debate en el congreso de Estados Unidos. Por cierto, la gestión realizada sobre este asunto por nuestro congreso parece haber tenido cierto impacto positivo en los legisladores en Washington.

A la postre, el debate sobre los *hispanics*, indocumentados o no, podría girar en torno a lo que decíamos al principio de este artículo: se trata de un grupo de inmigrantes que no se ha asimilado a la sociedad estadounidense como lo hicieron los demás. En efecto, cuando los inmigrantes europeos llegaron a Nueva York a finales del siglo XIX y principios del XX, muy pronto se olvidaron de sus costumbres y dejaron atrás su cultura y hasta su idioma. Es más, a muchos las autoridades migratorias les cambiaron hasta el apellido, para que no desentonara con los de los anglosajones. Esos inmigrantes se apresuraron a adoptar los usos y costumbres de su nuevo país. Sus hijos ya no hablarían más que inglés.

Los inmigrantes hispanos en general, y los mexicanos en particular, llegaron con todo su bagaje cultural, mismo que han insistido en preservar. Hay *hispanics* en Estados Unidos que no hablan inglés pero ello no es óbice para que puedan trabajar y funcionar en ese país. Aquí es muy importante el papel de las radiodifusoras y televisoras cuya programación es en español. He ahí lo que irrita a muchos anglosajones, empezando por Huntington.

El Consejo de Derechos Humanos

11 de mayo de 2006

Hace dos días la Asamblea General de Naciones Unidas eligió, en votación secreta, a los 47 estados que integrarán el Consejo de Derechos Humanos. Dicho Consejo fue creado por la Asamblea el pasado 15 de marzo y viene a sustituir a la Comisión de Derechos Humanos, órgano subsidiario del ECOSOC que hace tiempo dejó de desempeñar el papel para el que fue creado hace 60 años.

El Consejo trabajará bajo la tutela de la Asamblea y se reunirá en Ginebra por lo menos tres veces al año, con una sesión principal de no menos de diez semanas.

Los miembros del Consejo están repartidos entre los cinco grupos regionales que la ONU estableció hace cuatro décadas precisamente para poner un poco de orden en las elecciones a órganos de composición restringida. A África le corresponden 13 de los 47 asientos, Asia tiene otros 13, América Latina y el Caribe cuenta con ocho, Europa occidental y otros (Australia, Canadá, Estados Unidos y Nueva Zelanda) con siete y Europa oriental con seis.

El grupo regional en el que hubo más problemas fue el de Europa oriental con 13 candidatos para sólo seis vacantes. El grupo africano fue, como hace años, el más disciplinado al presentar 13 candidatos para las 13 vacantes, asegurando así la elección de todos. México, por cierto, obtuvo 154 votos, quedando en tercer lugar de su grupo, detrás de Brasil y Argentina, y por delante de Perú, Guatemala, Uruguay, Cuba y Ecuador.

A diferencia de la gran mayoría de los órganos subsidiarios de la Asamblea General, los miembros del Consejo de Derechos Humanos no podrán optar por la reelección inmediata después de dos periodos consecutivos. En la desaparecida Comisión de Derechos Humanos no había límite en la reelección. Así, por ejemplo, México formó parte de la misma ininterrumpidamente durante los últimos 25 años.

El Consejo deberá estar compuesto por países que apliquen “las normas más estrictas en la promoción y protección de los derechos humanos” y que cooperen plenamente con el Consejo. Además, “estarán sujetos al mecanismo de examen periódico universal” mientras sean miembros del Consejo. En otras palabras, si un país quiere formar parte del Consejo debe estar dispuesto a recibir, mientras sea miembro del mismo, visitas de los diversos mecanismos e instancias de inspección en la materia.

El propósito principal del Consejo es promover el respeto universal por la protección de todos los derechos humanos y libertades fundamentales de todas las personas, sin distinción de ningún tipo y de manera justa y equitativa. ¡Menuda encomienda! Pero la Asamblea General también le asignó algunas tareas que no tenía la desaparecida Comisión. Una de ellas será la de llevar a cabo un examen periódico universal de la situación de los derechos humanos en los distintos países. Y aquí podrían surgir muchos problemas.

Hay unos gobiernos y no pocas organizaciones no gubernamentales que anualmente emiten un informe en el que califican a los países en materia de derechos humanos. Algunos de esos informes han resultado muy controvertidos debido a que politizan el tema y a la mala calidad de los datos que presentan. De ahí que la ONU haya pedido al Consejo que ese examen se base en información objetiva y fidedigna sobre el cumplimiento por cada estado de sus obligaciones y compromisos en la materia.

¿Cómo lo hará el Consejo? Su antecesora, la Comisión de Derechos Humanos, acabó muy politizada, con muchos casos concretos que se debatían porque así lo quería Estados Unidos

o algunos de sus aliados. Ahora el Consejo tendrá que examinar la situación de los derechos humanos en todos los países del mundo, es decir, habrá unos 200 casos concretos. Se supone que lo hará de manera que garantice la universalidad del examen y la igualdad de trato respecto de todos los estados. Ese “examen periódico universal” habrá de ser, según la ONU, un “mecanismo cooperativo, basado en un diálogo interactivo, con la participación plena del país de que se trate”.

¿Cómo será ese “diálogo interactivo”? Pues dependerá del país. Hay gobiernos que ya tienen un discurso muy afinado en materia de derechos humanos aunque no se hayan distinguido por respetarlos. Hay otros que van a requerir de mucho asesoramiento y asistencia técnica si quieren llegar al nivel que le exigirá el Consejo.

El Consejo tendrá que ocuparse de las situaciones en que se violen los derechos humanos, incluyendo las violaciones graves y sistemáticas. Y tendrá que formular recomendaciones al respecto. Sin duda se topará con muchas situaciones sumamente complicadas. Pensemos en la prisión en Guantánamo. O consideremos la tibieza de la respuesta de las autoridades de San Petersburgo, la sede de la próxima cumbre de los G-8, ante los ataques de grupos neo nazis en contra de personas cuyo color de piel no es lo suficientemente blanco. ¿Abordará el Consejo de manera objetiva cuestiones como éstas?

A Estados Unidos no le gustó el texto de la resolución creando el Consejo que negoció el presidente de la Asamblea General, Jan Eliasson, quien fue embajador de Suecia en Washington de 2000 a 2005 y que hace mes y medio fue nombrado canciller de su país. Cuando se pronunció la Asamblea sobre el proyecto de Eliasson, Estados Unidos votó en contra del establecimiento del Consejo de Derechos Humanos. Quería más control sobre qué países podrían integrarlo. Consiguió que las Islas Marshall, Israel y Palau lo acompañaran en su rechazo, mientras que, por distintas razones, tres países (Belarús, Irán y Venezuela) se abstuvieron. La abrumadora mayoría (170) de los 191 miembros de la ONU se pronunció a favor de la resolución.

Sólo el tiempo nos dirá si el Consejo tendrá éxito. Para ello será menester que muchos países cambien su actitud hacia cuál es la verdadera finalidad de este nuevo mecanismo encargado de velar por el respeto a los derechos humanos de todos los habitantes del planeta.

El Barça y la política

25 de mayo de 2006

El presidente del gobierno español está de plácemes. José Luis Rodríguez Zapatero es hincha del FC Barcelona que este año ha ganado dos importantes trofeos de fútbol: la liga española y, hace una semana en París, la liga europea de campeones. Falló en la Copa de Rey pero esa competencia es *deuxième choix* para muchos seguidores de la liga española.

Las victorias del Barça han tenido un efecto en la política española. Asimismo han incidido en la forma en que Cataluña se relaciona con el resto de España. Pero también tuvieron un resultado negativo cuando las celebraciones públicas degeneraron en actos de vandalismo.

Lo importante del juego del Barça esta pasada temporada es que juega bonito y entretiene. Cuando le ganó al Real Madrid en el Bernabéu el público aplaudió al Barça porque sabe apreciar la calidad independientemente de quien la tenga.

Zapatero estuvo hace ocho días en el Stade de France en París. Fue un acto insólito. Es el primer presidente del gobierno español que se atreve a hacer pública su simpatía por el Barça y ha causado un revuelo político.

Siempre les he tenido cierta alergia a los llamados clubes grandes. Los Yankees de Nueva York ven a un chamaco beisbolero prometedor y sacan la chequera. Los gastos del Barça este año han superado los 120 millones de euros, una décima parte del presupuesto anual de las Naciones Unidas. Hace poco David Beckham dijo que Ronaldinho era lo suficientemente bueno para poder jugar en el Real Madrid. Se antoja altanera la actitud de algunos de los dirigentes y jugadores de los equipos con mucho dinero.

La rivalidad entre el Barça y el Real Madrid es fuerte y viene de lejos. Empero, el buen juego del Barça ha cambiado las cosas este año. En vísperas de la final de la liga de campeones europeos, Raúl González (uno de los jugadores emblemáticos del Real Madrid) dijo que le gustaría que el Barcelona le ganara al Arsenal. Algunos lo habrán fichado de hereje, pero tenía razón y muchos españoles, aun los que ven con recelo el nacionalismo catalán, estuvieron de acuerdo con Raúl. Esto contrasta con el enorme gusto que les da a muchos culés (los seguidores del Barça) que el Real Madrid, el equipo compuesto por los llamados galácticos, se haya hundido estos últimos años.

El Barça no es solamente un equipo catalán (aunque los apellidos catalanes son pocos). Es un equipo que tiene seguidores por toda España y por todo el mundo. Ciertamente el Barça aún no tiene el *caché* (ni mucho menos la mercadotecnia) de un Manchester United o un Real Madrid. Pero tiene lo suyo.

Hay que destacar dos aspectos del fenómeno Barça: su importancia en Cataluña y sus seguidores en el resto de España. Para mucho catalán (catalanista o no) el equipo fue una especie de válvula de escape durante la opresión franquista. En el campo del FC Barcelona era donde uno se desquitaba políticamente.

No deja de ser una curiosa nota a pie de página el hecho de que haya sido precisamente el Barça el que se convirtiera en un símbolo de la identidad catalana. Cabe recordar la cantidad de extranjeros que han pasado por sus filas (a diferencia del Athletic de Bilbao que sólo contrata a jugadores vascos). Cabe pensar también en lo muy extranjero que les pareció el equipo cuando un suizo lo fundó en 1899. De ahí que al año siguiente naciera el Español (ahora Espanyol) para marcar una distancia entre sus jugadores (todos catalanes y españoles) y los extranjeros del Barça. Con el tiempo el Español se convirtió en un símbolo poco catalán. Qui-

zás si lo hubieran bautizado de “Catalán” en lugar de “Español” la historia hubiera sido distinta.

Tras la victoria del Barça en la liga europea de campeones, hubo numerosas manifestaciones públicas. Aparte de Barcelona y de otros centros urbanos de Cataluña, hubo celebraciones en muchos otros puntos de España. Aún en Madrid hubo un modesto acto de apoyo en la fuente de la Cibeles, lugar donde los madridistas festejan sus victorias. En A Coruña hubo algo parecido. Los seguidores del Barça se dirigieron a la fuente de Cuatro Caminos, la misma zona donde se suelen celebrar los éxitos del Deportivo (a los seguidores de fútbol en España les gusta congregarse cerca de una fuente). En Granada centenares de personas acudieron a la fuente de Batallas. Pero, y aquí viene lo triste, hubo violencia en Granada, como también la hubo en Barcelona.

El pasado jueves, un día después de su triunfo sobre el Arsenal, medio millón de personas acompañaron a los jugadores del Barça en su paseo triunfal por la ciudad. Luego hubo una concentración en Canaletes (otra fuente)

Los disturbios arrojaron un saldo de unos 50 detenidos, más de 100 heridos, escaparates destrozados y pillaje de no pocas tiendas. Los partidos de oposición aprovecharon esas escenas de vandalismo para criticar las medidas de seguridad del gobierno socialista de la ciudad. Los comerciantes de la zona han pedido que celebraciones como esa se lleven a cabo en otro lado.

¿Qué ha cambiado con los triunfos del Barça en 2006? Según algunos observadores, las expresiones de júbilo de Zapatero en París tuvieron un impacto más psicológico que político. Al acudir al Stade de France y celebrar públicamente el triunfo del Barça, Zapatero quizás haya trazado un nuevo camino entre Madrid y Cataluña. Es el primer presidente de gobierno que tiende un puente emocional más que político a Cataluña. Y el momento no pudo ser más oportuno.

En estos días, con miras a un referéndum, se debate en Cataluña el texto de un nuevo Estatuto (constitución). Zapatero ha tenido mucho que ver en el asunto y ahora podría haber convencido a muchos catalanes a que lo apoyen. El espectáculo de un buen fútbol ha tenido un impacto político. Mi tío Juan hubiera estado contento.

El informe de Blix

8 de junio de 2006

Hace ocho días Hans Blix presentó a Kofi Annan el informe de la Comisión sobre armas de destrucción en masa (CADM). El título del informe es “Armamento de terror: librando al mundo de las armas nucleares, biológicas y químicas”.

Los medios de comunicación de nuestro país no le han brindado la atención que se merece ese informe. Es el resultado de dos años de trabajo de un grupo de distinguidos internaciona- listas y expertos en desarme. La idea original fue de Jayantha Dhanapala, a la sazón subse- cretario de la ONU para asuntos de desarme.

A la entonces ministra de relaciones exteriores de Suecia, Anna Lindh, le gustó la idea de una comisión y, poco antes de su brutal asesinato en septiembre de 2003, le pidió a Blix que la encabezara. La comisión estuvo compuesta por 14 personas, incluyendo a un latinoameri- cano, el brasileño Marcos de Azambuja. Aparte de sus sesiones formales, la CADM organizó numerosos seminarios, mesas redondas y talleres por todo el mundo.

Hans Blix ingresó al ministerio de relaciones exteriores en 1961 y durante casi dos décadas acompañó a Alva Myrdal a las reuniones de desarme en Ginebra. Ahí lo conocí en 1971 y a sus casi 80 años sigue tan activo como siempre.

Abogado, brevemente ministro de relaciones exteriores (1978-1979), Blix nunca fue santo de la devoción de Washington. No lo fue cuando encabezó el Organismo Internacional de Ener- gía Atómica (1981-1997). Y mucho menos lo fue cuando se convirtió en el jefe de los ins- pectores de la ONU en Irak. Estados Unidos le exigía pruebas de que Saddam Hussein tenía la intención de hacerse de armas de destrucción en masa. Blix no encontró esas pruebas y de- jó el cargo poco después de la invasión de Irak en 2003. Estados Unidos tampoco encontró nada pero nunca le pidió disculpas a Blix. Ahora, con el informe de la CADM, Blix será una persona aún menos grata para Washington.

El informe describe la amenaza que constituyen las armas de destrucción en masa, “las armas más inhumanas” ya que están diseñadas no sólo para destruir sino para aterrorizar. El infor- me parte de una premisa muy sencilla: la mejor solución para el problema de la proliferación de armas de destrucción en masa es que los países lleguen a la conclusión de que ya no las necesitan. Y ello sólo se logrará cuando todos tengan confianza en un sistema de seguridad colectiva anclado en el derecho internacional.

El informe de la CADM es parte de una cadena de esfuerzos internacionales que se iniciaron en las últimas décadas del siglo pasado con el fin de hacer recomendaciones puntuales sobre una variada gama de temas. Recordemos los informes de las comisiones Brandt (inseguridad global y pobreza) o Brundtland (medio ambiente y desarrollo). En particular, el informe de Blix es una continuación del trabajo de 1982 de la comisión Palme sobre seguridad común, la comisión de Canberra en 1996 sobre la eliminación de las armas nucleares y el Foro de Tokio que en 1999 concluyó su estudio sobre desarme nuclear, no proliferación y terrorismo.

Hace un año la universidad de la ONU publicó un libro (*International Commissions and the Power of Ideas*) en el que se analiza el funcionamiento de diversas comisiones del pasado y se proponen ideas acerca del mandato, composición y conclusiones de futuras comisiones. En un apéndice se reproduce la propuesta de Dhanapala sobre la CADM. Una de las conclusio- nes del libro es que siempre debe haber un estadounidense en las comisiones, mismo que debe

endosar sus conclusiones. El informe de la CADM (más no el prólogo de Blix) sí contó con el apoyo del participante de Estados Unidos, el ex secretario de defensa, William J. Perry.

El informe de Blix puede consultarse en línea (www.wmdcommission.org). Contiene un análisis del estado actual de las armas de destrucción en masa y una serie de recomendaciones. En su prólogo Blix describe la complicada situación en torno a la acumulación y mejoramiento por unos y la adquisición por otros de las armas de destrucción en masa. Culpa de manera general a Estados Unidos y de manera particular al presidente George W. Bush por la falta de progreso en el campo del desarme e incluso afirma que desde 2001 se han registrado retrocesos preocupantes causados por Washington.

El informe contiene 60 recomendaciones sobre las armas de destrucción en masa. La mitad de esas recomendaciones tiene que ver con diversos aspectos de las armas nucleares: la prevención de su proliferación (incluyendo los casos de Corea del Norte e Irán); la prevención del terrorismo nuclear; la reducción de la amenaza y el tamaño de los arsenales existentes; y su eliminación.

En el caso de las armas biológicas y químicas la comunidad internacional ya cuenta con sendos tratados para su eliminación. Pero aún no existe un instrumento multilateral para la abolición de las armas nucleares.

En el informe también se analiza el papel del consejo de seguridad de la ONU en relación a las armas de destrucción en masa, incluyendo las medidas que ha adoptado para evitar que dichas armas caigan en manos de terroristas u otros actores no estatales.

El informe insiste en la necesidad de lograr un mundo libre de todas las armas de destrucción en masa. Para ello “será necesario desarrollar una sociedad internacional que esté organizada sobre la base de la cooperación y el derecho en lugar de una sociedad controlada por una fuerza militar abrumadora, incluyendo armas de destrucción en masa”.

Material físil

22 de junio de 2006

En el campo nuclear el material físil (que preferiría calificar de fisionable o, cuando menos, de fisible pero los expertos me criticarían) ocupa un lugar prominente. Se trata del uranio enriquecido o del plutonio que sirven para asegurar el funcionamiento de las centrales nucleares pero también para construir armas nucleares. En el mundo hay demasiado material fisible, pero está mal repartido. He ahí parte del problema.

Se calcula que en el mundo hay más de mil toneladas de uranio enriquecido y más de 200 toneladas de plutonio. Para producir una bomba se requieren unos ocho kilos de plutonio o 25 kilos de uranio enriquecido. Con ello se tiene una idea de la enorme cantidad de armas nucleares que se han producido o que se podrían fabricar.

Casi todo ese material físil está en manos de Rusia y Estados Unidos. Por ejemplo, esos dos países tienen el 95% del uranio enriquecido que se emplea para fabricar armas nucleares. Es más, tienen tanto material físil que no saben qué hacer con él. Peor aún, no han encontrado un método seguro para almacenarlo. Además, hay que tomar en cuenta que ese material tardará decenas de miles de años en descomponerse y convertirse en otros elementos. Esta es una de las mayores pesadillas para quienes se preocupan por proteger el medio ambiente.

Por otro lado, países como Brasil o Irán quieren poder producirlo en su casa con fines pacíficos como lo autoriza el Tratado de no proliferación de las armas nucleares (TNP). No quieren depender de otras naciones para su suministro. Países como India, Israel y Pakistán, las únicas naciones que se mantienen al margen del TNP, quieren seguir produciendo material físil para desarrollar y aumentar sus arsenales nucleares (y para la generación de energía con fines pacíficos).

El mes pasado Estados Unidos presentó un proyecto de tratado para prohibir toda producción futura de material físil. El tema viene discutiéndose en la Conferencia de Desarme en Ginebra desde hace casi 15 años cuando Estados Unidos primero y luego la Unión Soviética, Reino Unido, Francia y China anunciaron que habían puesto fin o suspendido la producción de material físil con fines militares. En 1993 se acordaron las bases para negociar un tratado pero las negociaciones aún no arrancan. Es más, hace una década que esa Conferencia no ha logrado concluir un solo acuerdo. Los ahora 65 integrantes de la Conferencia siguen en la ociosidad, aunque justifican su existencia organizando seminarios y talleres sobre diversos asuntos, cuando lo que tendrían que estar haciendo es negociar acuerdos de desarme.

Lo acordado en 1993 fue que el futuro tratado debería ser “no discriminatorio, multilateral e internacional y efectivamente verificable por el que se prohíba la producción de material fisible para armas nucleares u otros artefactos nucleares explosivos”. De inmediato hubo gobiernos que vincularon el inicio de las negociaciones para prohibir la producción *futura* de ese material con el inicio de negociaciones para reducir y eventualmente eliminar los arsenales nucleares *existentes*. Otros no aceptaron esa propuesta. La parálisis en Ginebra persiste.

La administración del presidente George W. Bush ha venido a complicar la situación en cuanto a una prohibición de la producción de material físil como también lo ha hecho en muchos otros asuntos relativos al desarme. Primero anunció que se oponía a una tal prohibición porque sería imposible verificar su cumplimiento. Sin embargo, luego cambió de opinión y presentó el ya mencionado texto de un proyecto de tratado.

La propuesta estadounidense ha causado un revuelo en Ginebra. Plantea la posibilidad de prohibir la producción futura de material fisible pero pasa en silencio el material ya acumulado ni tampoco contempla un sistema de verificación efectivo e internacional como se acordó en 1993. ¿Quién se encargaría de verificar el cumplimiento de dicho tratado? La respuesta es Estados Unidos mediante lo que eufemísticamente se denominan “los medios nacionales de verificación”, es decir, espionaje, tele observación desde satélites, etcétera.

La propuesta original de Estados Unidos de lograr un acuerdo internacional para prohibir la producción de material fisible y el recién presentado proyecto de tratado revelan dos aspectos típicos de su política en materia de desarme. El primero se ha reflejado en los foros multilaterales de desarme desde hace más de 40 años y podría describirse de la siguiente manera: cuando Estados Unidos llega a la conclusión de que ciertas armas o sistemas de armas ya no le son útiles, decide eliminarlas unilateralmente y luego, como corolario, exige un tratado universal para asegurar que nadie más las tendrá. Ese fue el caso de cuatro de los principales tratados negociados en la Conferencia de Desarme. Son los relativos a la prohibición parcial de ensayos nucleares, la eliminación de las armas biológicas y luego de las armas químicas, y la prohibición completa de los ensayos nucleares. De estos instrumentos internacionales hablaremos en otras ocasiones.

El segundo aspecto de la política de Washington en materia de desarme apareció hace apenas unos cuantos años. Tras el derrumbe de la Unión Soviética y la instauración del llamado mundo unipolar, Estados Unidos se ha venido arrogando el papel de gendarme del mundo. Esa tendencia se ha observado dentro y fuera del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y ahora se ha hecho patente en Ginebra. El mensaje es claro: dejémonos de cuentos multilaterales y permítannos (o, cuando menos, déjennos) que resolvamos de manera unilateral los problemas internacionales (Irak, la verificación del cumplimiento de tratados y cualquier otra situación que consideremos merecedora de nuestra intervención).

Timor-Leste

6 de julio de 2006

Holanda y Portugal llevan siglos compitiendo. Durante casi 400 años lo hicieron enfrentándose en sus posesiones de ultramar, sobre todo en América y Asia. Ahora lo hacen en las canchas de fútbol. La semana pasada nos ofrecieron un espectáculo de lo violento que puede resultar un partido del mundial que se está celebrando en Alemania, cuyo lema es “mi juego es *fair play*”. No cabe duda de que la incompetencia del árbitro alentó esa violencia.

Los primeros roces entre esos dos países europeos (uno con inclinaciones expansionistas y el otro con metas más bien comerciales) se dieron en el norte de Sudamérica. Ahí Portugal llegó primero pero luego Holanda (y otras naciones europeas) quisieron arrebatarse lo que había conquistado. A finales del siglo XV Portugal era una modesta potencia europea. Empero, sus navegantes trazaron el camino de Europa a Asia vía la costa africana y llegaron a lo que hoy es Brasil.

Portugal compitió con España para ver quién se quedaba con el hemisferio occidental, cacho de tierra que se le atravesó a Colón cuando viajaba rumbo a Asia. Luego, durante 60 años, Portugal fue parte de España. En esa época Holanda empezó a tratar de mordiscar los territorios españoles (antes portugueses) de ultramar.

A principios del siglo XVI Portugal empezó a colonizar la isla de Timor, situada en el sudeste asiático y al noroeste de Australia. Es parte del archipiélago malayo. En malayo Timor significa “oriente” o “este”. De ahí que Timor-Leste sea un pleonasma.

Por su parte, hacia finales del siglo XVI Holanda inició la colonización de lo que hoy es Indonesia y empezaron las escaramuzas entre los comerciantes holandeses y pobladores portugueses. En 1859 Portugal acabó cediendo a Holanda la parte occidental de la isla. Tras la revolución de los claveles en 1975, Lisboa abandonó sus colonias y los timorenses orientales proclamaron su independencia. Pocos días después Indonesia invadió a Timor-Leste y lo ocupó durante dos décadas.

La época de lucha contra la ocupación indonesia terminó en agosto de 1999 cuando Yakarta accedió a que se llevara a cabo un referéndum bajo los auspicios de las Naciones Unidas para decidir el futuro de Timor-Leste. Una abrumadora mayoría de los habitantes se pronunció a favor de la independencia. Se calcula que murieron entre 100 y 250 mil personas durante la ocupación por tropas de Indonesia. Su población actual es de alrededor de un millón. Más del 90 por ciento son católicos y un 50 por ciento vive en la pobreza.

Tras el referéndum se desató una ola de enfrentamientos violentos entre las milicias que se oponían a la separación de Indonesia y los independentistas y. Esas milicias fueron apoyadas por el ejército de Indonesia y se piensa que murieron 1500 personas y 300 mil se vieron obligadas a refugiarse en la parte occidental de la isla. Las milicias optaron por una política de arrasar el país, destruyendo buena parte de su infraestructura, incluyendo muchos edificios, casas, sistemas de irrigación y el suministro de agua y electricidad.

A finales de septiembre de 1999 una fuerza internacional encabezada por Australia llegó a Timor-Leste y puso fin al conflicto. La ONU administró la transición a la independencia, misma que la comunidad internacional reconoció el 20 de mayo de 2002 cuando tuvo lugar una modesta ceremonia. Casi todos los invitados tuvimos que dormir en barcos anclados en el puerto de Dili, hoteles flotantes prestados por naciones amigas.

Timor-Leste es un país pequeño. Sus 15 mil kilómetros cuadrados equivalen a la mitad de la superficie de Guanajuato. Su ejército es chiquito, apenas 1500 hombres. En marzo pasado 600 de ellos se declararon en huelga, alegando que eran víctimas de discriminación racial. En el país hay de todo: europeos, malayos, polinesios, papúas, una pequeña minoría de chinos y todas las combinaciones raciales posibles.

El primer ministro Mari Alkatiri montó en cólera y optó por una mano dura. Dio de baja del ejército a los soldados huelguistas. De nuevo hubo brotes de violencia en Dili. Alkatiri, cuya popularidad nunca fue alta desde que asumió su cargo en mayo de 2002, no quiso echar marcha atrás. Muchos timorenses le pidieron que renunciara.

Continuaron los enfrentamientos armados entre los soldados rebeldes y el ejército. Ante la tozudez de Alkatiri, José Ramos Horta, el popular canciller renunció en protesta y el aún más carismático presidente Xanana Gusmão amenazó con hacer lo mismo. Finalmente, y ante una creciente presión internacional, hace diez días Alkatiri abandonó su cargo poniendo así fin a la violencia.

Algunos observadores han señalado que la salida de Alkatiri debilitará al gobierno. Para empezar, Gusmão ha tenido que sacrificar a un importante aliado y habrá quienes busquen ahora socavar la autoridad del presidente. Además, el primer ministro saliente encabezó con habilidad las negociaciones con Australia sobre la cuestión de los yacimientos de petróleo y gas en el mar de Timor.

Ciertos conocedores de la situación en Dili han afirmado que el gran ganador de la renuncia de Alkatiri es precisamente el gobierno de Canberra. Según Alfredo Assunção, un general portugués retirado que fue jefe del estado mayor de la ONU en Timor-Leste en 2000-2001, la crisis en el gobierno de Dili hará posible que Australia aumente su ascendencia sobre el mismo. Agrega el general que lo único que le interesa a Canberra es el petróleo y el gas.

Timor-Leste depende mucho de la ayuda del exterior. Tras la violenta destrucción en 1999 del 70 por ciento de su infraestructura, la comunidad internacional armó un generoso programa de asistencia. Desde entonces, Australia, que envió tropas para acabar con la violencia, es uno de los principales donantes pero también tiene sus propios intereses económicos. Ojalá que el presidente Gusmão pueda superar pronto la crisis política.

Un veto inoportuno y pasado de moda

20 de julio de 2006

Ante la escalada de violencia en Gaza, en Líbano y ahora en el norte de Israel, enfrentamientos que se han recrudecido estos últimos días, el consejo de seguridad de las Naciones Unidas se ha mostrado impotente. La razón de su parálisis es muy sencilla: Washington no quiere que la ONU se pronuncie sobre la situación en los territorios palestinos ocupados por Israel y mucho menos que se autorice el despliegue de una fuerza militar internacional en el sur de Líbano. Dicha fuerza fue sugerida hace unos días por el secretario general Kofi Annan y el primer ministro Tony Blair.

Hace ocho días Estados Unidos vetó un proyecto de resolución presentado por Qatar al consejo de seguridad sobre la creciente violencia e intervención militar en la Franja de Gaza (los ataques israelíes contra Líbano y los misiles lanzados desde el sur de este país hacia Haifa ocurrieron después de que fuera presentado el proyecto de resolución).

Es obvio que una sola resolución del consejo de seguridad no va a resolver un conflicto que el Medio Oriente viene arrastrando desde hace 60 años. Pero al imponer una mordaza a la máxima instancia internacional en materia del mantenimiento de la paz y seguridad internacionales se está alentando a la violencia y degradando a la ONU.

No cabe duda que la llegada de Hamas al poder en los territorios ocupados ha complicado las cosas y quizás haya convertido al desaparecido Yasser Arafat en un dirigente que Israel quisiera volver a tener como interlocutor.

El texto de Qatar pedía la liberación de todos los funcionarios palestinos detenidos por Israel y exhortaba a Tel Aviv a poner fin a sus operaciones militares y al uso desproporcionado de la fuerza. Esto último es lo que más ha impactado a la opinión pública internacional. La respuesta de Israel ha sido la de intensificar el uso de la fuerza, incluyendo la destrucción de la infraestructura de Líbano.

El proyecto de resolución solicitaba a la comunidad internacional ayuda de emergencia para la población palestina, con el fin de aliviar la difícil situación humanitaria. También pedía al gobierno de Israel la restitución y mantenimiento ininterrumpido del suministro de combustible a Gaza, y “actuar expeditamente” para reemplazar los equipos destruidos en la planta eléctrica.

A su texto original Qatar tuvo que agregarle una condena a *todos* los actos de violencia, terror y destrucción (alusión indirecta a los actos de agresión cometidos por palestinos en contra de Israel), así como sendas condenas explícitas al lanzamiento de cohetes desde Gaza hacia Israel y al secuestro de un soldado israelí por grupos armados palestinos. Ese secuestro fue lo que detonó la reacción militar de Israel.

Con esos cambios la propuesta de Qatar resultó más equilibrada y permitió que obtuviera el voto favorable de 10 de los 15 miembros del consejo (Argentina, Congo, China, Francia, Ghana, Grecia, Japón, Rusia y Tanzania, además de Qatar). Por razones difíciles de explicar, Dinamarca, Perú, Eslovaquia y Reino Unido se abstuvieron.

El único voto en contra fue el veto de Estados Unidos. El embajador John Bolton señaló que el texto hizo caso omiso del hecho de que las acciones militares israelíes fueron precipitadas por ataques de los palestinos y exigía “acciones sólo a una parte del conflicto del Oriente Medio, y no a la otra”. Agregó que el proyecto de resolución era inoportuno y pasado de moda. Bolton trató de justificar su opinión señalando que el día antes Hezbollah había secues-

trado a dos soldados israelíes y había empezado a lanzar cohetes desde el sur de Líbano. La solución era fácil. Bolton pudo haber solicitado la inclusión en el texto de Qatar de un párrafo sobre lo ocurrido en la frontera norte de Israel.

Washington también ha insistido en que el grupo Hamas en Gaza y Hezbollah en Líbano no podrían llevar a cabo actividades militares sin el apoyo de Siria e Irán. Tanto Bolton como el propio presidente George W. Bush han apoyado las acciones militares de Israel, insistiendo en que ese país tiene el derecho a defenderse. Sí —responde la comunidad internacional— pero no de manera desproporcionada. La proporcionalidad es un principio de las leyes de la guerra. Cuando uno es atacado con un rifle no responde con armas de destrucción en masa.

Estados Unidos ha recurrido al veto en el consejo de seguridad en 97 ocasiones. Curiosamente no emitió su primer veto hasta 1970, es decir, un cuarto de siglo después del establecimiento de la ONU. Para entonces, la Unión Soviética había echado mano del veto en 108 ocasiones. Cabe subrayar que desde 1970 Moscú lo ha hecho sólo 19 veces. De los 299 vetos que se han registrado desde 1946, el 75 por ciento corresponden a Washington y Moscú. Francia es el miembro permanente que menos vetos ha emitido (18). Le siguen China (24) y Reino Unido (33).

El tema que más vetos estadounidenses ha provocado es precisamente la situación en el Medio Oriente y los intentos del consejo de seguridad por condenar (o, cuando menos, criticar) algunas actividades del gobierno israelí. Lo ha hecho en 42 ocasiones, sobre todo en la década de los años ochenta. Ese total equivale a más del 40 por ciento de todos sus vetos.

Siguen los cohetes lanzados desde Líbano que alcanzan las zonas residenciales de Haifa. Siguen también las incursiones terrestres de Israel en Líbano y sus igualmente indiscriminados ataques aéreos. La evacuación de extranjeros se ha intensificado en Líbano, país que, al parecer, vuelve a sufrir por los actos cometidos por otros.

El pasado jueves en el consejo de seguridad lo que resultó inoportuno y pasado de moda fue el veto de Estados Unidos.

Hiroshima y Nagasaki

Jueves 3 de agosto de 2006

Resulta difícil pasar por alto la cada vez más violenta situación en Medio Oriente. Cada día aumentan las atrocidades y las muertes de civiles, incluyendo a muchos niños. Estados Unidos sigue tratando de ganar tiempo para que Israel pueda cumplir su cometido de acabar con las bases militares de Hezbollah en el sur de Líbano. Día a día aumentan los ataques aéreos y terrestres de Israel que día a día se tornan más indiscriminados. Israel dice que “requiere de una o dos semanas más”. Seguramente las tendrá ya que Estados Unidos tiene maniatado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Tras los ataques a Qana, Israel suspendió por 48 horas sus bombardeos. El pasado lunes, cuando Condoleezza Rice insinuó la posibilidad de un cese al fuego, Hezbollah lanzó unos misiles hacia Israel, el primer ministro Ehud Olmert dijo que no a un cese al fuego e intensificó y amplió los ataques al sur de Líbano

Los ataques aéreos contra la población civil se estrenaron en serio hace siete décadas durante la guerra civil española pero nadie pudo imaginarse los horrores que producirían durante la segunda guerra mundial. Todos nos acordamos de los ataques contra Londres y de la destrucción de Dresden desde el aire. También tenemos muy presente la destrucción de Hiroshima y Nagasaki, no por centenares de miles de bombas convencionales sino por un par de bombas atómicas. En estos días se cumplen 61 años de esas masacres. Pero hace unos meses se cumplieron también 61 años de los ataques sobre Tokio, cuyo impacto en la opinión pública palió ante el embate atómico.

En marzo de 1945, Estados Unidos atacó a Tokio con bombas incendiarias. Los blancos fueron en un 87% zonas residenciales. Se lanzaron más dos mil toneladas de esas bombas. Las autoridades estadounidenses señalaron que nunca en la historia tantas personas habían perecido en el lapso de seis horas que duró el ataque aéreo. Más de 100 mil hombres, mujeres y niños murieron durante la noche de bombardeos, y más de un millón de personas fueron heridas. Lo que diferenció a la bomba atómica de estos ataques indiscriminados en contra de civiles fue el hecho de que una sola bomba fue necesaria para su destrucción.

Ello significó que un avión y su pequeña tripulación podrían destruir una ciudad, a cambio de los más de 300 aviones que llevaron a cabo la matanza de Tokio. Otra diferencia fue el número de muertes que una bomba atómica podría causar: las bombas incendiarias sobre Tokio causaron la muerte de uno de cada diez habitantes; en Hiroshima el porcentaje de muertos fue del orden del 54%. El ejército estadounidense calculó que bomba que destruyó Hiroshima había sido 6,500 veces “más eficiente” (es frase de ellos) en causar bajas que una bomba convencional.

Hacia las dos de la mañana del 6 de agosto de 1945, el coronel Paul Tibbets y su tripulación despegaron del aeropuerto de Tinian, una de las islas Marianas, abordo de un bombardero B-29, bautizado *Enola Gay* (el nombre de la madre de Tibbets). Tenían varios posibles blancos (Hiroshima, Kokura, Niigata y Nagasaki) pero el principal era Hiroshima. Al artefacto que lanzaron sobre Hiroshima a las 8:15 de la mañana, los científicos en Los Álamos le habían puesto el nombre de “niño pequeño” (*Little Boy*). Medía diez metros de largo, con un diámetro de 71 centímetros y pesaba 4 mil 400 kilos. Su carga explosiva era uranio. Fue la bomba más grande construida hasta entonces. Su potencia explosiva era de unos 20 kilotones, es decir, el equivalente a 20 toneladas de TNT, un explosivo de uso común como la dinamita. Esa bomba tenía la potencia equivalente a todas

las bombas convencionales que pudieran transportar 200 de los bombarderos más grandes de Estados Unidos.

Tibbetts había comenzado su carrera de piloto en 1937 y estuvo en Europa y el norte de África antes de ser reclutado para la misión más importante de su vida. Nunca se arrepintió y en alguna ocasión dijo: “Nunca hemos librado una condenada guerra en ningún lugar del mundo sin que matáramos a personas inocentes. Si los periódicos sólo dejaran de publicar mierda: ‘Has matado a tantos civiles’. Ésa es su mala suerte por estar ahí”.

Tres días después de Hiroshima, el comandante Frederick Bock y su tripulación recorrieron abordo de de otros B-29 (llamado *Bock's Car*) la misma ruta que había seguido Tibbetts a Japón desde Tianan. Al acercarse a su blanco principal se les notificó que el cielo sobre Kokura estaba muy nublado. Cambiaron de rumbo para dirigirse a Nagasaki. Así fue como unas nubes sobre Kokura ocasionaron la devastación de Nagasaki.

El artefacto atómico que transportaba Bock era distinto al que había llevado Tibbetts a Hiroshima. Bautizado “Hombre gordo” (*Fat Man*) tenía más de tres metros de largo y un metro y medio de diámetro. Pesaba unos 200 kilos más que *Little Boy* y su capacidad explosiva era de más de 20 kilotones. ¿Por qué esos nombres? Porque una bomba contenía uranio enriquecido y la otra plutonio. La bomba de Nagasaki contenía plutonio. El diseño fue distinto de la primera bomba. Los científicos de Los Álamos querían hacer un experimento y compara los efectos de los distintos materiales físiles.

Según un estudio de la ONU, en Hiroshima perecieron de golpe 78 mil personas, hubo 84 mil heridos y decenas de miles que murieron después a raíz de los efectos de las radiaciones. En Nagasaki las estadísticas fueron igualmente horripilantes: 27 mil muertes al instante y 41 heridos sin contar los que desaparecerían después. “Fue su mala suerte por estar ahí”.

Recordar es honrar.

Plan con maña

17 de agosto de 2006

Algunos se preguntan si lo ocurrido a lo largo del último mes en el sur de Líbano y norte de Israel no fue sino un ensayo de lo que se avecina. Vamos a ver —le dice Washington a Tel Aviv— cómo te las arreglas con un grupo paramilitar, bien organizado y equipado, capaz de pegarte donde te duele. Se dice que Hezbollah es la carta que utiliza Irán para disuadir a Estados Unidos de lanzar un ataque contra sus centrales nucleares. La respuesta no vendría de Teherán sino del sur de Líbano. De ahí las críticas al primer ministro israelí por no haber “completado” la ofensiva.

En efecto, a los militares israelíes les sorprendió la organización, arsenal y capacidad de resistencia de Hezbollah. Pensaron que lo liquidarían en un par de semanas. Pidieron tiempo y sólo Estados Unidos estuvo dispuesto a concedérselo. Hace unas semanas vetó una propuesta en el consejo de seguridad y así permitió que Israel siguiera con su ofensiva. Luego hubo otra propuesta que los países árabes rechazaron.

El uso desproporcionado de la fuerza hizo que fuera aumentando el número de víctimas civiles e inocentes pero Israel siguió con sus bombardeos e incursiones terrestres en el sur de Líbano. Hezbollah resistió los embates que luego llegaron hasta Beirut. Estados Unidos siguió apoyando a Israel que seguía pidiendo más y más tiempo. No pudo con el paquete y la opinión pública internacional se le fue volteando.

Estados Unidos empezó a deslindarse de la acción militar de Israel y el viernes pasado concluyó con Francia la negociación de un texto que se convertiría en la resolución 1701 del consejo de seguridad. Esto ocurrió el viernes antes del sábado. El gobierno israelí no aprobaría el texto hasta el domingo por la tarde. Sábado o no sábado, los ataques se intensificaron durante esos dos días. El mismo sábado tanques y soldados entraron Líbano, triplicando sus efectivos a unos 30 mil y realizando 80 ataques aéreos. Desde el 12 de julio y hasta el martes pasado habían muerto más de mil libaneses y 150 israelíes.

Al plan de Washington se le agregó la maña de Tel Aviv. El titular de *Le Monde* lo dijo todo: “Accord diplomatique à l'ONU, Israël à l'assaut du Liban”. El primer ministro Ehud Olmert llamó por teléfono al presidente George W. Bush para agradecerle “haber salvaguardado los intereses de Israel en el consejo de seguridad”.

Las Naciones Unidas son, en cierto sentido, la casa de las palabras. La redacción de una frase que todos aceptan adquiere un sentido muy especial. Pero cada quien puede interpretar las palabras como quiera. Un ejemplo: hace casi 40 años, a raíz de la guerra de los seis días, el consejo de seguridad aprobó la resolución 242. El texto estuvo basado en una propuesta latinoamericana. La resolución, en su versión española, pide “el retiro de las fuerzas israelíes de los territorios que ocuparon durante el reciente conflicto”. En inglés dice: “*withdrawal of Israel armed forces from territories occupied in the recent conflict*”. Desaparecen los artículos determinados. Ya no son “los territorios” son sólo “territorios”. De ahí la renuencia de Tel Aviv de salirse de todo lo que ocupó en 1967. Los traductores de Naciones Unidas hicieron un pequeño gran favor a los israelíes.

Ahora en la resolución 1701, el consejo de seguridad vuelve a jugar con palabras. No sé cómo Francia accedió a este juego. El primer párrafo de la parte dispositiva dice así: “Pide una cesación total de las hostilidades basada, en particular, en la cesación inmediata por Hizbollah de todos los ataques y en la cesación inmediata por Israel de todas las operaciones militares ofensivas”.

¿Por qué se conformó el consejo de seguridad con “una cesación total de las hostilidades” en lugar de “un cese al fuego inmediato”? ¿Por qué *pedir* cuando debió *exigir*? El gobierno de Líbano y los dirigentes de Hezbollah aceptaron la resolución 1701 al día de su aprobación. ¿Qué hubiese pasado si uno de los dos lo hubiese rechazado? ¿Qué se entiende por “todas las operaciones militares ofensivas”?

En otro párrafo de la resolución el consejo de seguridad “Insta a Israel y al Líbano a que apoyen una cesación del fuego permanente”. ¿Acaso el consejo piensa que no va a durar mucho la cesación de fuego que pidió en el primer párrafo? Y, si así ocurre, ¿qué hará para imponer ese cese al fuego? El consejo no dice nada al respecto.

Lo que sí pide es que Beirut amplíe su control a todo el territorio libanés para asegurar así que no haya armas sin el consentimiento del gobierno de Líbano ni otra autoridad que la de ese gobierno. Precisamente para lograr ese control de su territorio y a raíz de unos ataques de Israel, la ONU desplegó desde 1978 una fuerza provisional en Líbano (FPNUL). *Il n’y a que le provisoire qui dure.*

En esa ocasión el consejo de seguridad exhortó a Israel que cesara “inmediatamente su acción militar contra la integridad territorial libanesa” y que retirara “sin dilación sus fuerzas de todo el territorio libanés”. La FPNUL sigue ahí sólo que ahora se aumentarán de dos a quince mil sus efectivos. Es obvio que el ejército libanés, que enviará otros 15 mil efectivos al sur del país, no puede con Hezbollah. Curiosamente hace años que Israel y Estados Unidos se han venido distinguiendo por ser los únicos miembros de la ONU en votar en contra de las resoluciones sobre el financiamiento de la FPNUL. Ahora sí la quieren y la quieren mucho más grande. Por cierto, ¿quién se interesa por lo que está ocurriendo en la Franja de Gaza?

Desertores

31 de agosto de 2006

Cuando un soldado desampara o abandona su bandera se convierte en un desertor. Los gobiernos suelen castigarlos con mano dura. Hace unos meses el parlamento británico tuvo que decidir si mantenía la pena de cadena perpetua para sus desertores (que los define como aquellos soldados que se niegan a participar en la ocupación de otro país). Decidió hacerlo tras una abultada votación de 442 contra 19. Entre los 19 había miembros del partido laborista y del partido nacional de Escocia. Éstos habían propuesto que la pena se redujera a dos años que consideraron “suficiente para alguien que ha seguido su conciencia”.

Reino Unido mantiene unos ocho mil soldados en Irak. En la invasión (marzo y abril de 2003) murieron 33 soldados. Durante los tres años y medio de ocupación han muerto 115 soldados británicos. El número de desertores, según la BBC, es de mil, cifra que Londres califica de exagerada.

Estados Unidos, en cambio, tiene unos 130 mil efectivos en Irak y ha perdido a más de 2500 de sus soldados, 114 durante la invasión. Las autoridades militares estadounidenses suelen decir que el número de muertes de sus combatientes no compara con los que perecieron en otras guerras. Señalan que tanto en Corea como en Vietnam murieron unos 50 mil. Lo que no dicen esas mismas autoridades es que esa cifra de 50 mil es también el total de civiles muertos en Irak. Y ese número va en aumento: durante el primer año del conflicto murieron en promedio 20 civiles por día; en el segundo año pasó a 30 por día y ahora ha llegado a 36.

Desde el 11 de septiembre de 2001 Washington ha gastado arriba de 440 mil millones de dólares en “la guerra contra el terrorismo” y el 70 por ciento de esa suma lo ha destinado a Irak. Los gastos mensuales de Estados Unidos en Irak superan los 7 mil millones de dólares. Dicho de otra manera, el costo *mensual* de la ocupación de Irak es cinco veces superior al presupuesto *anual* de las Naciones Unidas.

Al igual que Reino Unido, las fuerzas armadas estadounidenses han registrado bajas por deserción. A finales de 2004 el Pentágono anunció que unos 5500 efectivos habían desertado. Hoy se cree que ese número excede los 8000. Se sabe que 150 de ellos viven hoy en Canadá. Ese destino fue el preferido de unos 60 mil desertores durante la guerra de Vietnam. Los números entonces fueron muy superiores porque se trataba de unas fuerzas armadas cuyo alistamiento era forzoso. Hoy son todos reclutas, se alistan libre y voluntariamente. Entonces, ¿por qué las deserciones?

Los que están en Canadá representan un mínima parte de los desertores, que incluyen tanto a hombres como mujeres. La gran mayoría vive en Estados Unidos y muchos de ellos se la pasan escondidos y evadiendo a la policía militar. Algunos se atreven a contar sus historias a los medios de comunicación, arriesgándose así a ser identificados y localizados por las autoridades militares.

Muchos desertores justifican lo que han hecho en términos éticos. Uno de ellos, Jeremy Hinzman, señaló que durante los meses de entrenamiento le decían que “si te dan una orden ilegal o inmoral, es tu deber desobedecerla”. Y agregó que la invasión y ocupación de Irak es ilegal e inmoral.

Hinzman ingresó al ejército a principios de 2001 habiendo firmado un contrato por cuatro años. Durante la etapa de instrucción básica se dio cuenta que lo estaban entrenando para matar y matar y no le gustó la idea. Les dijo a sus superiores que tenía problemas de conciencia.

Lo enviaron a Afganistán para trabajar en una cocina mientras determinaban si era o no un auténtico caso de objetor de conciencia. Luego le informaron que no lo era y que lo trasladaban a Irak. Hinzman decidió escaparse y en 2004 se llevó a su familia a Canadá. Fue el primer desertor que pidió asilo (en calidad de refugiado), petición que las autoridades canadienses le negaron en marzo de 2005. Su caso sigue en los distintos tribunales de Canadá.

Ivan Brobeck aún no cumple 20 años y también se fugó a Canadá. Hijo de salvadoreña y estadounidense, decidió iniciar una carrera militar en 2003 y en marzo de 2004 aterrizó en Irak. Dice que ingresó al ejército porque “quería combatir a los malos”. Le contaron los éxitos de las fuerzas armadas y él se convenció de que quería “defender la libertad”. No le importaba morir en combate siempre y cuando se tratara de una causa buena y noble.

En Irak —confiesa— me di cuenta que yo era parte del problema y no de la solución. Agrega que: “la gente quiere rehacer su vida y llevar una existencia normal, sin el temor de que alguien como yo les dispare. Un malentendido con la población civil puede resultar en varios muertos. De repente con mis compañeros empezaba a dispararle a un coche porque transitaba un poco rápido. La verdad es que lo que quería el conductor era alejarse de nosotros”.

En cuanto a los llamados insurgentes, Brobeck dice que no lo son: “Se trata de personas que lo han perdido todo. Hubo un tipo que estaba furioso con nosotros porque habíamos matado a su familia, a su esposa, hijos, a todos menos él. Quería vengarse. Ése no es un insurgente. Es un hombre desesperado”.

Brobeck nos recuerda el origen de su madre y dice que él está dispuesto a luchar contra una tiranía como la que hubo en El Salvador. Creyó que la guerra en Irak era una guerra justa. Concluye: “Pero no lo fue. Ahora, antes de volver a vestirme de militar, tendré que estar realmente convencido de que alguien con pistola en mano quiere invadir mi país”.

A la memoria de Joseph Rotblat, hace ya un año que lo extrañamos

Carta de Nueva York

14 de septiembre de 2006

Durante esta semana se está desarrollando una intensa actividad en diversas instancias multilaterales. La asamblea general de las Naciones Unidas inició el pasado martes su sexagésima primera sesión. Ha sido una cadena ininterrumpida de reuniones anuales del foro más representativo de la comunidad internacional. En la sede de la ONU en Nueva York empezó hoy un diálogo de alto nivel sobre migración internacional y desarrollo.

Mientras tanto, en La Habana está por concluir la 14^o reunión cumbre del movimiento de países no alineados (MPNA). Hace 27 años la capital cubana fue la sede de la 6^a cumbre. Por cierto, fue en esa reunión de 1979 que México, cuando aún era observador activo del MPNA, anunció que establecería relaciones diplomáticas con la república árabe saharauí democrática. Dos cosas han cambiado desde entonces. Primero, la Unión Soviética ha desaparecido. Su invasión de Afganistán (miembro del MPNA) en diciembre de ese año le complicó mucho a Cuba su gestión al frente del movimiento. Segundo, Fidel Castro no jugará el papel protagónico que requiere el movimiento.

Un asunto que habrá de discutirse este otoño en Nueva York, y que sin duda está siendo examinado en La Habana en estos días, es el de la sucesión de Kofi Annan. El nuevo secretario general deberá tomar posesión el 1^o de enero de 2007 por un periodo de cinco años con la posibilidad de una única reelección. Esto último no está escrito en ninguna parte pero se ha convertido en una práctica ampliamente aceptada.

Hace cinco años, a mediados de 2002, Washington ya le había concedido un segundo mandato a Kofi Annan. Desde luego que tuvo su precio esa reelección adelantada: adiós a la señora Mary Robinson como Alto Comisionado para los Derechos Humanos; adiós al señor Jayantha Dhanapala como el subsecretario de la ONU encargado de asuntos de desarme; y adiós a varios otros funcionarios. Por cierto, Dhanapala es de Sri Lanka y uno de los cuatro candidatos oficiales de Asia para suceder a Annan.

Los otros tres son: Ban Ki-moon, el ministro de relaciones exteriores y comercio de la república de Corea; Surakiart Sathirathai, el viceprimer ministro de Tailandia; y Shashi Tharoor de India y actual subsecretario de la ONU para comunicaciones e información pública. ¿Por qué tanto asiático? Sencillamente porque Asia dice que vuelve a ser su turno. Por alguna razón que nadie puede explicar, hay muchos que creen que el cargo de secretario general de la ONU debe “rotarse” entre los distintos grupos regionales.

Las agrupaciones regionales se inventaron hace 40 años para agilizar los actos protocolarios (habla únicamente un representante de cada grupo) y facilitar la elección de países a los órganos de composición restringida como el recién creado consejo de derechos humanos o el ECOSOC. La presidencia de la asamblea general y de sus múltiples comisiones se va rotando anualmente entre los cinco grupos regionales: África, América Latina y el Caribe, Asia, Europa Oriental y Europa Occidental y Otros. Esos “otros” son Australia, Canadá Estados Unidos y Nueva Zelandia. Hay quienes también quieren aplicar ese principio de rotación al puesto de secretario general. El consejo de seguridad elige al secretario general y la asamblea general ratifica esa elección.

En un principio la Unión Soviética aceptó al candidato de Europa Occidental mismo que apoyaba Estados Unidos. Cinco años más tarde la URSS permitió la reelección del noruego Trygve Lie pero pronto empezó a obstaculizar su trabajo al grado que el secretario general tuvo que renunciar. Luego siguieron Dag Hammarskjöld de Suecia (1953-1961), U Thant de

Birmania (1961-1971), Kurt Waldheim de Austria (1972-1981) Javier Pérez de Cuéllar de Perú (1982-1991), Boutros Boutros Ghali de Egipto (1992-1996) y Kofi Annan de Ghana.

Con una sola excepción cada secretario general desde U Thant ha estado al frente de la organización una década. La excepción fue Boutros Boutros Ghali cuya reelección fue vetada por Estados Unidos. De hecho algunos miembros permanentes del consejo de seguridad han recurrido al veto para impedir la elección de un secretario general. En 1981 Estados Unidos vetó en 16 ocasiones la candidatura de Salim Ahmed Salim de Tanzania. Ese año China hizo lo mismo también en 16 votaciones para impedir que Waldheim obtuviera un tercer mandato. El beneficiario de la actitud de China y Estados Unidos hacia esos candidatos fue Javier Pérez de Cuéllar.

Nacionales de Europa Occidental han estado al frente de la secretaría general de la ONU durante 25 años, seguido por África con 15 y Asia y América Latina y el Caribe con diez cada uno. Si vamos a insistir en la rotación entre regiones el puesto debería recaer en un nacional de Europa Oriental. Pero el grupo asiático sigue insistiendo en que vuelve a ser su turno.

Aparte de los cuatro candidatos oficiales de Asia hay muchos otros individuos que han sido propuestos. La lista incluye a nacionales de Turquía, Singapur y Jordania. También se mencionan los nombres de personas provenientes de otros 30 países. Inclusive se han sugerido los nombres de Bill Clinton y Tony Blair.

Lo importante no es el país de origen del individuo que aspira a ser secretario general. Olvidémonos del llamado principio de la rotación entre regiones. Busquemos a una persona que crea en el multilateralismo e impongamos un par de condiciones. La primera sería que el candidato sea inteligente además de buen administrador. La segunda sería que sea una mujer.

Carta de Delhi

28 de septiembre de 2006

Hacia muchos años que no venía por estos rumbos. Los colores y olores siguen siendo (casi) los mismos. La prensa mundial y muchos analistas hablan del avance económico de India. Se dice que, al igual que China, dará un brinco cualitativo en este siglo. En Pekín la transformación de la ciudad está a la vista. En Nueva Delhi no es tan obvio. Aquí se quejan de la falta de un "plan urbanístico maestro".

Al igual que hace 20 años, cuando estuve por aquí la última vez, el desorden preside la vida en la ciudad, su crecimiento y su tránsito. Sigue siendo una existencia caótica. Empero, se dice que avanza. Los indicadores económicos avalan esa aseveración. El crecimiento anual sigue siendo muy alto (varias veces el de México). Desde luego que no todo el mundo está de acuerdo con la apertura económica e inserción del país en un mundo globalizado. Hay quienes se resisten y quieren evitar lo ocurrido en otras naciones que han seguido ese camino.

India pronto rebasará a China en habitantes. Hoy cuenta con una población de 1.1 mil millones (10 veces la de México y la sexta parte del mundo) en un territorio de 2.9 millones de kilómetros cuadrados (50 por ciento mayor al nuestro). Por aquí se ufanan de ser la "democracia más grande del mundo". Es una república con un sistema parlamentario. Desde 2002 su presidente es A. P. J. Abdul Kalam (les encantan las iniciales) y desde 2004 su primer ministro es Manmohan Singh. El primero es musulmán y el segundo sikh. No está mal, ya que se trata de un país en el que más de 80 por ciento son hindúes. Por cierto, su población musulmana es la segunda más numerosa del mundo (después de Indonesia). Constituyen 13.4 por ciento del total mientras que los sikhs no alcanzan 2 por ciento y los cristianos apenas lo superan. En un país con la población de India, un 2 por ciento es muy significativo, ya que se traduce en más de 20 millones de personas. No cabe duda que los sikhs son los que más fuerza tienen relativamente hablando.

India es un país de marcadas tradiciones regionales. Inclusive hay partidos en el parlamento nacional que representan apenas a una pequeña parte geográfica de la nación. Quizás no haya nada más regional que los idiomas que se hablan aquí. Se trata de una paradoja.

Tiene dos idiomas oficiales: el hindi y el inglés. Empero, ninguno de los dos es un idioma nacional. Un 45 por ciento de los habitantes habla hindi (sobre todo en el centro norte) y el resto de la población se entiende en uno de los otros 17 idiomas principales y los 344 dialectos. No todos los indios entienden hindi. El inglés es el otro idioma oficial. Lo habla correctamente apenas un 4 o 5 por ciento de la población (poco menos de 50 millones de personas). Las cifras son altas, pero el porcentaje es bajísimo. La clase pudiente suele hablar en inglés. En efecto, puede decirse que cuanto más dinero tiene una persona más probable es que hable inglés.

He ahí la paradoja: son dos los idiomas oficiales de India y buena parte de la población no entiende hindi y una proporción minúscula maneja el inglés. Cuando el primer ministro se dirige en hindi a la nación no todos entienden lo que dice. Las personas de clase media alta hablan su lengua materna, pero de repente cambian al inglés. Entran y salen de los distintos idiomas sin pensarlo. Hay dirigentes que insisten en la enseñanza del inglés a todos los niveles por todo el país. Esto afectaría a la gran mayoría de indios, las personas más pobres que sólo hablan su lengua materna.

Un día tuvimos que viajar con unos colegas indios desde muy temprano. Desayunamos a las cuatro de la mañana en un restaurante en el que había bastantes niños bien, tomándose un té o

café después de una larga velada. Algunos estaban bastante mareados por el alcohol y todos hablaban en inglés, unos con marcado acento británico y unos cuantos con acento estadounidense. Todos traían un teléfono móvil en la mano. En una mesa había tres individuos, cada uno hablando por teléfono. Era una escena típica de los jóvenes pípiris. En México (y muchas otras partes del mundo) ocurre lo mismo.

Después del desayuno emprendimos el viaje por carretera. Dejamos atrás a los representantes de la alta burguesía para hacer frente a una realidad totalmente distinta. Son los contrastes que uno sólo encuentra en países como India y México. Aquí en Nueva Delhi y el resto del país hay momentos en que uno se asoma al futuro. Cerca de un flamante parque industrial están construyendo viviendas y centros comerciales dignos del primer mundo. Pero pronto vuelve uno a la realidad: la pobreza y la miseria. En India a veces uno tiene la impresión de que se trata de una nación que aspira ingresar no al primer mundo, sino al tercero.

Desde el automóvil, que en India se maneja con el claxon, uno observa a los más pobres tratando de sobrevivir con un dólar diario. El conductor aleja a los peatones con un golpe de claxon. Hace lo mismo al toparse con cabras, borregos, vacas, changos, perros y camellos que está tratando de esquivar. De repente empezamos a rebasar a un autobús que, a su vez, estaba rebasando a un tractor. En más de una ocasión acabamos en la cuneta.

Ante escenas como la anterior, uno de mis amigos indios exclama: "¡Y pensar que estamos fabricando armas nucleares!" En un futuro artículo abordaremos este tema.

¿Bomba o bombita?

12 de octubre de 2006

El pasado lunes el gobierno de Corea del Norte anunció que había ensayado un artefacto nuclear. Ese mismo día el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas endosó la candidatura del ministro de relaciones exteriores de Corea del Sur para suceder a Kofi Annan. Tras ser ratificado por la Asamblea General de la ONU, Ban Ki Moon se convertirá, a partir del 1° de enero de 2007, en el octavo Secretario General de la Organización.

Horas después el Consejo de Seguridad inició la complicada negociación de una resolución para imponer sanciones a Corea del Norte, que se ha convertido en el octavo estado que ha proclamado poseer armas nucleares. (Israel las tiene pero nunca lo ha confesado.) Pyongyang supuestamente ingresa así al club nuclear que ya incluye a Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia, China, India y Pakistán.

Los ensayos nucleares son importantes por dos razones. Sirven a un país para comprobar que las bombas fabricadas funcionan, es decir, para demostrar al mundo la credibilidad de su arsenal. También son indispensables para mejorar el diseño de las armas nucleares. Por ejemplo, para hacerlas más pequeñas y precisas.

En 1996 se concluyó el Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares o CTBT (por sus siglas en inglés). En mayo de 1998 India y Pakistán llevaron a cabo sendas rondas de ensayos nucleares, mismos que fueron condenados por la comunidad internacional. Pocos días después el Consejo de Seguridad hizo suya la declaración conjunta de sus cinco miembros permanentes. En ella se exigió que India y Pakistán pusieran término “de inmediato a sus programas de desarrollo de armas nucleares”. Además se les exhortó a que se abstuvieran de fabricar o desplegar armas nucleares, y que dejaran de desarrollar misiles balísticos capaces de transportar ojivas nucleares y de producir material fisionable para dichas armas. He ahí los tres elementos básicos para ostentarse como potencia nuclear: producir material fisionable (uranio enriquecido o plutonio), contar con la tecnología para fabricar armas nucleares y tener los medios para transportarlas.

La primera detonación de un artefacto nuclear se llevó a cabo el 16 de julio de 1945. Desde entonces se calcula que han habido más de dos mil ensayos. Una cuarta parte se realizaron en la atmósfera y los demás han sido subterráneos. Estados Unidos es el responsable de más de la mitad de todos los ensayos nucleares. Rusia le sigue con arriba de 700 detonaciones.

A raíz de los ensayos de India y Pakistán, Estados Unidos les impuso más sanciones en el comercio e intercambio de equipo, material y tecnología en el campo nuclear. Pero la llamada guerra contra el terrorismo internacional convirtió a Islamabad en un aliado de Washington y hace poco el presidente George W. Bush decidió, por razones comerciales, levantar las sanciones que Washington le había impuesto a Nueva Delhi en ese renglón. ¿Con el tiempo ocurrirá algo parecido con Pyongyang?

A diferencia de las primeras potencias nucleares, Corea del Norte desarrolló sus proyectiles balísticos *antes* de fabricar un artefacto nuclear. Pero hay dudas acerca del tamaño de la explosión nuclear del pasado lunes. Francia dijo que fue una detonación muy pequeña que quizás no se haya realizado con éxito. Rusia, en cambio, la describió de entre 5 y 15 kilotones. La bomba de Hiroshima fue de unos 15 kilotones. Algunos observadores piensan que quizás el experimento norcoreano haya sido un fracaso. De ahí que Pyongyang se haya apresurado a anunciar que había sido todo un éxito.

Al principio de la era nuclear se trató de mantener en secreto los ensayos. La Unión Soviética sólo supo de la primera prueba estadounidense porque Truman se lo platicó a Stalin en Potsdam. Washington tardó varias semanas en enterarse del primer ensayo soviético en 1949. Hoy, en cambio, parece que tiene más sentido anunciar de inmediato que uno ha pasado a formar parte del club nuclear aunque, en el caso de Pyongyang, quizás no lo haya logrado completamente.

En estos días se está llevando a cabo en esta ciudad un seminario organizado conjuntamente por nuestro país y Canadá para promover la entrada en vigor del CTBT. Son 176 países que lo han firmado y cuenta ya con 135 ratificaciones. De las potencias nucleares sólo tres lo han firmado y ratificado (Francia, Reino Unido y Rusia), otras tres lo han firmado (China, Estados Unidos e Israel) y dos ni siquiera lo han firmado (India y Pakistán). Desde luego que Corea del Norte tampoco lo ha suscrito.

Las disposiciones del CTBT para su entrada en vigor son sumamente complicadas. Se requiere que lo ratifiquen todos los países que tengan un programa nuclear con fines pacíficos. Se trata de más de 40 naciones. Habrá que ser muy paciente. Peor aún el senado de Estados Unidos se rehusó a ratificarlo en época de Clinton y, a su llegada a la Casa Blanca, Bush consultó con sus juristas para ver la manera de borrar la firma de Estados Unidos del CTBT.

En vista del trato que Bush está otorgando a India y Pakistán y a la luz de su actitud hacia el CTBT, resulta un tanto curioso el escándalo que está armando en torno al ensayo nuclear de Pyongyang. De cualquier forma, habrá que seguirle la pista a varios aspectos del asunto: el tipo de sanciones que se le impondrán a Corea del Norte; el impacto político en Corea del Sur; el apoyo que recibirá Shinzo Abe, el nuevo primer ministro japonés que ha abogado por incrementar la fuerza militar de su país; el papel que jugará China en la búsqueda de una solución diplomática; y la intención de Estados Unidos de cercar a Corea del Norte, inspeccionar los cargamentos que entran y salen de ese país y congelar los activos financieros relacionados con su programa nuclear. Por lo pronto, Pyongyang ha anunciado que detonará otro artefacto nuclear si Estados Unidos no depone su “actitud hostil” hacia su país.

Budapest + 50

26 de octubre de 2006

El pasado lunes se cumplieron 50 años del inicio de la rebelión fallida de los húngaros en contra de las tropas soviéticas en Budapest. El 23 de octubre de 1956 hubo de manera casi espontánea una manifestación que inicialmente agrupó a más de 20 mil personas pero que luego superó las 200 mil. Invocaron la democracia, cantaron canciones prohibidas por las autoridades y derribaron una enorme estatua de Stalin en el centro de la ciudad. Los tanques soviéticos tuvieron que marcharse pero a la semana regresaron con mucha violencia. El primer ministro Imre Nagy hizo un llamado a la opinión pública mundial que fue desatendido. El político reformista y centenares de otros dirigentes fueron arrestados y ejecutados. Casi tres mil personas murieron y decenas de miles abandonaron su país.

Recuerdo que los acontecimientos de octubre y noviembre de 1956 en Budapest dieron lugar a lo que quizás hayan sido mis primeras discusiones de política internacional. Eran pláticas muy animadas entre adolescentes. Unos abogaban por el mantenimiento del bloque soviético. Otros defendían el derecho de los húngaros a sublevarse contra la URSS. Una década después, tras la rebelión de primavera en Praga, los ejércitos del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia.

Para justificar su intervención militar Breznev ideó una doctrina que llevaría su nombre: si se hubiera permitido a Checoslovaquia salirse de la “comunidad socialista” se afectarían “nuestros intereses vitales y hubiera sido en detrimento de los demás estados socialistas”. En otras palabras, Moscú se reservaba el derecho de intervenir para evitar un cambio de régimen en un país de su órbita. En diciembre de 1979 lo hizo también en Afganistán, con resultados desastrosos. No pudo ganar esa guerra, misma que contribuyó al fin del bloque socialista de Europa oriental y a la desintegración de la propia URSS.

En ese otoño de 1956 pocos de mis amigos aceptaban el pisoteo soviético en Budapest pero no lográbamos encontrar una respuesta adecuada. La intensidad de la guerra fría nos había empañado nuestra visión de un mundo libre y justo. Para algunos adultos con los que platicaba no había dudas. Mi tío Jaime condenó vigorosamente a los soviéticos. Como trotskista en los años treinta fue perseguido por los estalinistas en España. No les perdonaba que hubieran acabado con su sueño de un mundo mejor.

Lo ocurrido en Hungría en 1956 fue un indicio de que las cosas podrían cambiar dentro del bloque socialista de Europa oriental. Algo parecido se estaba gestando en Polonia. Pero también fue un indicio de que Moscú no permitiría esos cambios. Curiosamente fue el propio gobierno soviético que quizás haya alentado a los políticos reformistas en otros países. Tras la muerte de Stalin en 1953 empezaron las críticas al desaparecido dictador que culminaron en los ataques oficiales en febrero de 1956 durante el XX congreso del partido comunista de la URSS y en la disolución poco después del Cominform (“el buró de información” que agrupaba a los partidos comunistas del bloque soviético).

Los acontecimientos en 1956 en Budapest también revelaron los límites de la capacidad de acción de Estados Unidos. Lanzada por Truman y vigorizada por John Foster Dulles, la campaña anti comunista de Washington no se tradujo en hechos concretos en Hungría. Una intervención militar no era factible a menos que uno quisiera correr el riesgo de desatar una guerra mundial. Hay que recordar también que por esas fechas estalló la crisis de Suez.

Empero no es correcto incitar a un pueblo a rebelarse y luego quedarse de brazos cruzados. Hasta el 4 de noviembre de 1956 (el día en que regresaron los tanques soviéticos) *Radio Free*

Europe insistía en alentar a una revuelta popular, anunciando que Washington pronto daría una señal clara de apoyo. El 10 de noviembre todo había terminado. Casi cuatro décadas después, Estados Unidos haría lo mismo en Irak. En 1991 alentó a los curdos y chiítas a sublevarse en contra de Saddam Hussein y luego los abandonó a su suerte.

El presidente George W. Bush aprovechó el aniversario de lo acontecido en Budapest para comparar a los actuales dirigentes en Irak con los insurgentes húngaros de 1956. A los húngaros de hoy les dijo: “Hemos aprendido de su ejemplo y hemos resuelto que cuando un pueblo está dispuesto a luchar por su libertad, Estados Unidos estará a su lado”.

Para conmemorar la fallida sublevación de 1956 y rendir homenaje a sus mártires, el gobierno húngaro organizó una serie de actos a los que asistieron unos 50 jefes de estado o de gobierno, la mayor concentración de altos dirigentes políticos en la historia de Budapest. Pero la situación política en Hungría complicó los festejos.

El mismo 23 de octubre hubo una manifestación más en contra del primer ministro Ferenc Gyurcsany. Sus bonos han caído estrepitosamente en las últimas semanas a raíz de la divulgación el 17 de septiembre de una grabación en la que confesó haber mentido acerca del estado de la economía húngara en vísperas de las elecciones legislativas del pasado abril a fin de ganar los comicios. Hace un mes que se ha desatado una ola de manifestaciones encabezadas por miembros de la oposición conservadora (el Fidesz) cuya demanda es la dimisión de Gyurcsany. El primer ministro encabeza el partido socialista pero muchos de sus opositores le echan en cara el haber sido en el régimen desaparecido un dirigente de las juventudes comunistas. Luego se hizo muy rico y luego incursionó en la política.

Al inicio de los festejos, el presidente Laszlo Solyom instó a la unidad nacional. Pero los actos oficiales sólo pudieron empezar una vez que la policía, valiéndose de gas lacrimógeno y balas de goma, había dispersado a los manifestantes.

Intermedias

9 de noviembre de 2006

El pasado martes los estadounidenses acudieron a las urnas. Eligieron a una tercera parte del senado y renovaron la cámara de diputados. Esto ocurre cada dos años y cuando las elecciones federales son a la mitad del cuatrienio presidencial se les describe como intermedias (*mid-term*). También hubo elecciones para gobernador en varios estados. Antes de los comicios los republicanos tenían una mayoría triple: en la cámara de representantes, en el senado y los gobernadores de los 50 estados. Ahora ya no la tienen.

Por lo general más del 90 por ciento de los diputados de Estados Unidos se reeligen. En esta ocasión no ha sido el caso. Los que están en el congreso ahora pueden perder su silla con mayor frecuencia. La razón es clara: la situación en Irak. Trato de evitar la palabra “guerra” porque en mayo de 2003 el presidente George W. Bush anunció que se había ganado la guerra. Podría decirse que quizás haya ganado la guerra pero parece que está perdiendo la paz.

Con un ojo puesto en las presidenciales de 2008 los miembros del partido demócrata se esforzaron por dejar de ser minoría en ambas cámaras. En efecto desde enero de 1995 la cámara baja ha estado en manos del partido republicano que ha promovido una agenda bastante conservadora con el apoyo de lo que se denomina la “derecha religiosa”. Pero ahora las cosas empezarán a cambiar. Cuando menos así parece.

Algunos candidatos demócratas se esmeraron por conquistar el “voto religioso” en general y el de los evangelistas en particular. Hace dos años Bush ganó casi el 70 por ciento de esos votos. El tema de la economía (que suele ser muy caro para el electorado) fue importante pero no determinante. Lo que sí fue decisivo fue una palabra de cuatro letras: Irak.

Al hablar de las diferencias entre los dos principales partidos políticos de Estados Unidos hay que ir con cuidado. En términos generales son bastante parecidos. Piensen, por ejemplo, en la política económica de Bill Clinton. Para muchos, tras el intento fallido por reformar el sistema de seguridad social, fue más de centro derecha, más “republicana”. Inclusive Clinton le entregó a George W. Bush un presupuesto federal con superávit, mismo que Bush se encargó de dilapidar y ahora tiene un déficit enorme. En efecto, el superávit presupuestal de 2000 fue de 230 mil millones de dólares, el más grande de la historia de Estados Unidos. Ya no queda nada.

Durante muchas décadas la cuestión que más diferenció a los dos partidos fue su política económica. Ahora las principales diferencias entre demócratas y republicanos se encuentran más bien en cuestiones sociales. La ayuda a los más necesitados y la ley sobre el aborto son dos temas que los separan. Los demócratas también defienden con más ahínco al estado laico. Empero, hay que tener en cuenta que en ambos partidos hay políticos de todo tipo, sólo que en uno hay más que en el otro.

Irak es ahora el elemento de discordia. En 2003 el congreso de Estados Unidos dio su apoyo casi unánime a la invasión de Irak. Hoy el electorado ya no está tan seguro de que fue un paso acertado. El último mes ha sido el que más víctimas estadounidenses ha cobrado y el costo de la aventura ya ronda los 350 mil millones de dólares, según las cantidades autorizadas por el congreso.

El pasado sábado el presidente Bush aprovechó su programa semanal de radio para tratar de cambiar el tema que dominó la campaña para el congreso. Es más, lo pasó por televisión en un esfuerzo con fines propagandístico. Ahí, desayunando con dueños de pequeñas empresas,

insistió en el repunte de la economía de su país. Así quiso desviar la atención de su público del tema que lo ha hundido en las encuestas. No mencionó la situación en Irak, su tema predilecto hasta hace unos meses.

En efecto, mucho antes de la primavera de 2003 a Bush le había redituado políticamente su discurso agresivo sobre Irak y la supuesta guerra contra el terrorismo internacional. Esta última había sido su bandera de batalla en las contiendas pasadas. En la campaña previa a las elecciones intermedias de 2002 había afinado su mensaje político basado en el miedo. Logró convencer al electorado del camino que él había trazado para combatir al terrorismo al grado que los republicanos mantuvieron su mayoría en el congreso.

Según la sabiduría popular en Estados Unidos toda política es local. Por cierto, la frase se suele atribuir al bostoniano Thomas P. (Tip) O'Neill. Pero quien fuera líder de la cámara de representantes de 1977 a 1987 se la tomó "prestada" a un periodista de Chicago, Finley Peter Dunne. Otra frase de Dunne resulta pertinente para el mundo político estadounidense de hoy: "un fanático es un hombre que hace lo que cree que el Señor haría si conociera los hechos del caso".

Las elecciones del pasado martes han servido para demostrar que la sabiduría popular no es infalible. Irak es un tema de política local sólo para las familias de los soldados caídos. Otros temas de alcance nacional mas que local fueron la inmigración ilegal y el sistema federal de salud.

Quizás fue una mera coincidencia, pero la corte que condenó a muerte a Saddam Hussein emitió su fallo pocos días antes de las elecciones. Los republicanos de inmediato trataron de aprovechar al máximo esa condena. Irak le quitó apenas un seis por ciento del voto a Bush en 2004. Ahora le ha restado mucho más a sus colegas republicanos en el congreso. Inclusive, hubo candidatos republicanos que no quisieron que Bush fuera a apoyarlos públicamente

Esta misma semana Daniel Ortega obtuvo una abrumadora victoria en los comicios para presidente de Nicaragua. Cómo han cambiado las cosas en poco tiempo.

A la memoria de Werner E. Elsberg.

Carta de El Cairo

23 de noviembre de 2006

A la orilla de Nilo se reunió este año la conferencia de la organización de Pugwash. El movimiento se fundó en 1955 a instancias de Bertrand Russell quien convenció a Albert Einstein a firmar un manifiesto sobre el peligro de la confrontación nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Einstein murió semanas después. Cyrus Eaton, un capitán de industria canadiense y originario de la aldea de Pugwash en Nueva Escocia (Canadá), decidió sufragar los gastos de lo que fue la primera conferencia anual del movimiento. De ahí el nombre.

La conferencia se llevó a cabo en 1957 y reunió a científicos de todo el mundo. Se convirtió en el primer foro en el que físicos de Estados Unidos y la Unión Soviética empezaron a platicar. Ese fue su origen y su razón de ser: servir de centro de encuentros entre personas que rara vez podrían conversar. Desde entonces se ha venido reuniendo anualmente y en 1995 recibió, junto con Joseph Rotblat, su alma fundadora y creadora, el premio Nobel de la Paz.

Con el tiempo las reuniones anuales del movimiento Pugwash fueron cambiando. El corazón del movimiento siempre ha estado en la lucha por el desarme nuclear. Pero Pugwash se fue ampliando tanto geográficamente como temáticamente. Hasta su muerte el año pasado Rotblat no cejó en su cruzada en contra de las armas nucleares, mismas que rechazó en 1943 cuando se retiró del proyecto de Los Álamos al saber que Alemania nazi había abandonado su aspiración atómica. No aceptó trabajar en un proyecto nuclear cuando el enemigo había echado por la borda el suyo.

Hoy Pugwash examina una variada gama de temas internacionales. Sigue en la agenda el desarme nuclear, acompañado ahora por cuestiones de tensiones regionales. He ahí la fuerza de esta organización no gubernamental que apenas logra sobrevivir económicamente. No compite con grupos como *Amnesty Internacional* pero quizás sea la ONG que más hace con menos recursos.

La conferencia dura unos cinco días. El consejo de Pugwash sesiona un día antes y otro después de la conferencia. Ésta tiene una serie de sesiones plenarias y sus más de 200 participantes se reparten entre seis grupos de trabajo. En esta ocasión tanto las plenarias como los grupos de trabajo se concentraron en temas relativos al Medio Oriente: Irak, Líbano, Palestina, Israel e Irán, las relaciones entre el mundo musulmán y occidente, así como la prolongada crisis de Cachemira. Hubo también varias plenarias sobre el futuro del desarme nuclear y el peligro de las armas de destrucción en masa. Los grupos de trabajo examinaron temas muy parecidos.

Uno de los aspectos más interesante de estas conferencias de Pugwash es ver de pronto en una misma mesa de discusiones a un israelí sentado al lado de un palestino que platica también con un iraní o libanés. No todas estas personas se conocen de antemano. En el caso de Cachemira los representantes del lado indio no habían conocido hasta ahora a sus contrapartes pakistaníes aunque viven y trabajan a escasos kilómetros los unos de los otros. Pugwash también se apresta a promover los intercambios entre las partes en conflicto en diversos puntos de África.

En su declaración final el consejo de Pugwash insistió en la necesidad de que la comunidad internacional encuentre soluciones comprensivas a los conflictos en Medio Oriente y que eviten enfoques parciales o selectivos. Lo que ocurre hoy en Irak es prueba de que la política de Washington hacia la región requiere de un cambio fundamental.

Al igual que el secretario general de la Liga Árabe, Amre Moussa, el consejo de Pugwash subrayó la centralidad del conflicto entre palestinos e israelíes. Aquí cabe insistir en la propuesta de 2002 en la que todos los miembros de la Liga Árabe se comprometieron a reconocer al estado de Israel dentro de fronteras seguras a cambio del retiro de Tel Aviv de todos los territorios ocupados desde 1967.

¿Sirven de algo estas conferencias del movimiento Pugwash? Creo que sí. Desde luego que muchos de los participantes son los mismos desde hace décadas y que algunos de los enfoques sobre las armas nucleares y otras cuestiones relativas a los armamentos no han cambiado mucho desde 1957. Empero, se han abierto otros espacios de discusión que, como ya se señaló, permiten un intercambio de opiniones entre interlocutores que sólo platican en el marco que les ofrece Pugwash. Alentadora también es la activa e inteligente participación de muchos jóvenes del Pugwash estudiantil.

Pugwash se parece un poco a las Naciones Unidas. Se cuestiona su “utilidad” pero invariablemente se llega a la conclusión de que si no existiera habría que inventarlo. Así lo consideraron personas como Miguel Wionczek y más recientemente Ana María Cetto, cuyas contribuciones a Pugwash (y en muchos otros campos) han sido invaluable.

No había visitado la capital egipcia desde diciembre de 2002 cuando acompañé al secretario de salud en su periplo para afianzar su candidatura al cargo de director general de la Organización Mundial de la Salud. En esa ocasión tenía todas las de ganar pero no se le brindó oportunamente el apoyo necesario. Éste quizás sea tema de algún futuro artículo. Hace unos días volvió a fracasar en su intento por dirigir a la OMS. Estoy seguro de que era (y es) el mejor candidato. Por ello le aconsejo que diga: “*Frenkly, my dear, I don't give a damn*”.

Doble relevo en la ONU

7 de diciembre de 2006

A fin de mes Kofi Annan concluirá su segundo y último mandato quinquenal al frente de las Naciones Unidas. Para la organización y su secretario general ha sido una década de iniciativas esperanzadoras pero también un periodo de mucha turbulencia política. Buena parte de esa turbulencia ha sido el producto de las acciones unilaterales de Estados Unidos. La persona que más golpes le ha asestado a la ONU en estos últimos años ha sido John R. Bolton, primero como subsecretario para el control de armamentos en el Departamento de Estado y desde hace año y medio como representante permanente de su país en Nueva York. El lunes pasado anunció que dejaría ese cargo antes de fin de año.

La noticia de la inminente salida de Bolton fue recibida por muchos funcionarios de la ONU con una alegría difícil de disimular. El británico Mark Malloch Brown, el segundo de a bordo de Annan, debe estar particularmente contento ya que tuvo opiniones muy contrarias a la forma en que Estados Unidos trataba a la organización. Bolton tiene fama de ser un tanto brusco y nunca tuvo prurito en manifestar su desdén por la ONU y la diplomacia multilateral. Sus colegas en el consejo de seguridad han sabido disimular mejor lo que piensan de la renuncia de Bolton. Muchos embajadores han elogiado la forma en que supo trabajar a favor de las metas de su gobierno en la ONU.

Como subsecretario encabezó la campaña de Washington en contra de la Corte Penal Internacional, argumentando que el mundo debería abandonar esfuerzos de corte romántico. En un principio también estuvo a cargo de las negociaciones con Corea del Norte. Pero muy pronto tuvo que ser sustituido porque Pyonyang se rehusó a tratar con él tras sus insultos a los dirigentes norcoreanos. También se ha dicho que le movió el piso a su jefe, el secretario Colin Powell, y maltrató a sus subalternos.

Recuerdo que mi primer y único encuentro con Bolton fue en junio de 2001 cuando acudí a la ONU para participar en la conferencia sobre comercio ilícito de armas pequeñas y ligeras. En la imponente sala de la ONU Bolton se presentó rodeado de miembros de la *National Rifle Association*, el grupo de presión que aboga por el derecho de portar armas en Estados Unidos. Ello fue un indicio claro del respeto que le merece la ONU.

Por esas fechas la administración del presidente George W. Bush estaba haciendo una lista de la tarea que le asignaría a Annan en caso de que buscara su reelección en diciembre de 2001. Washington negoció rápidamente con el secretario general y en agosto ya tenía el visto bueno del consejo de seguridad para un segundo mandato.

Empero el secretario general y la ONU pagaron un precio muy alto. Entre otras cosas, Annan aceptó pedirle la renuncia a la alta comisionada para los derechos humanos de la ONU, Mary Robinson, la ex presidenta de Irlanda. Robinson había expresado dudas acerca de la legalidad de lo que Estados Unidos estaba haciendo con los presos en Guantánamo a raíz de la guerra en Afganistán. Otra petición de Washington fue que Annan sustituyera a su subsecretario para asuntos de desarme, Jayantha Dhanapala. Querían (y consiguieron) a un funcionario un tanto más dócil.

Por su parte, a mediados de 2001 Bolton ya había logrado torpedear varios acuerdos de desarme. Se opuso de manera virulenta al Tratado para la prohibición completa de los ensayos nucleares. Inclusive sus abogados trataron sin éxito de ver cómo se podría “borrar” la firma del tratado que había hecho el entonces presidente Bill Clinton. Además, Bolton logró

detener las negociaciones para dotar de un sistema confiable de verificación a la Convención para la eliminación de las armas biológicas. Hay otros ejemplos más del entusiasmo de Bolton por debilitar el proceso multilateral de desarme.

A mediados de 2005 llegó a la ONU con un nombramiento provisional expedido por Bush cuando el Congreso estaba en receso. Dicho nombramiento de embajador ante la ONU hubiera expirado en enero cuando el senado tendría que haberlo ratificado. Bolton hizo sus cuentas y llegó a la conclusión de que no tendría los votos necesarios. Inclusive algunos senadores republicanos habían indicado que se opondría a su nombramiento. El lunes presentó su renuncia, ahorrándole así otro descalabro político a Bush.

Hace años que John Bolton se convirtió en uno de los más feroces críticos del multilateralismo en general y de la ONU en particular. Durante su gestión declaró en más de una ocasión que si la ONU no funcionaba su gobierno buscaría otras instancias para resolver los problemas internacionales. En las discusiones del consejo de seguridad sobre Darfur, se opuso a que se escuchara un informe del enviado especial de la ONU sobre las violaciones de los derechos humanos en esa región de Sudán. Alegó que el consejo estaba ahí para actuar y no para hablar de las atrocidades que ocurren. Nadie en la ONU se ha olvidado de su comentario sobre la sede de la organización: “Es un edificio lleno de holgazanería e incompetencia y no pasaría nada si se le tumbaban diez de sus 38 pisos”.

Para evitar tener que pasar por el senado, algunos consejeros del presidente Bush le sugirieron que a Bolton se le nombrara representante alterno u otra cosa que no requiriese la aprobación de la cámara alta. Pero hubiese sido una solución poco decorosa y me imagino que el propio Bolton la descartó.

Cuando Bolton fue designado embajador ante la ONU, la portavoz de la Casa Blanca dijo que el presidente Bush lo había nombrado porque sabía que representaría los valores estadounidenses y que se enfrentaría con vigor a los problemas que aquejan a la organización. ¿Misión cumplida?

Hace unos días le preguntaron a Annan qué pensaba de la gestión de Bolton en la ONU. Su respuesta escueta fue: “Creo que hizo el trabajo que esperábamos que haría”.

Trident

21 de diciembre de 2006

El pasado 5 de noviembre el primer ministro Tony Blair planteó al parlamento la necesidad de modernizar el sistema de armas nucleares de Reino Unido. El arsenal nuclear británico y sus vectores son muy modestos comparados con los de Estados Unidos y Rusia. Se trata de un sistema de disuasión nuclear compuesto por cuatro submarinos con proyectiles balísticos de alcance intercontinental portadores de cuatro ojivas cada uno. Los submarinos son de la clase *Trident*.

Con ello puso sobre el tapete político de Reino Unido un asunto que ha provocado un muy sano debate nacional. No era la intención de Blair que el tema de la modernización del sistema de armas nucleares británico despertara tanto interés en la opinión pública pero así está ocurriendo. Blair jamás pensó que, enredado como está en la guerra en Irak y en vísperas de dejar el poder, se iría del número 10 de la calle Downing en medio de un feroz debate público sobre una propuesta que quería que la cámara de los comunes aprobara sin mucha discusión. La cámara habrá de tomar una decisión en marzo y Blair cuenta con el apoyo decidido del partido conservador mas no de todos sus laboristas.

Un sinnúmero de organizaciones de la sociedad civil británica se han movilizado para participar en el debate sobre el futuro de *Trident*. Éstas incluyen, entre otras, el Acronym Institute for Disarmament Diplomacy, el British American Security Information Council, el Oxford Research Group y el WMD Awareness Programme.

Cada proyectil del sistema Trident mide 13 metros de largo, con un diámetro de unos dos metros y pesa 58 mil kilos. Tiene un alcance de 7 mil 400 kilómetros y tiene un costo de 30 millones de dólares. Su poder destructivo equivale a ocho Hiroshimas.

Cada uno de los cuatro submarinos mide 150 metros de largo, es decir, dos veces el tamaño de un avión B-747. Entraron en servicio en 1994 y se calcula que su “vida útil” terminará hace 2020. De ahí la necesidad de tomar una decisión que permita reemplazar a tiempo dichos submarinos. Ésa es la opción que prefiere Blair. Él insiste en que Londres mantenga y mejore su capacidad de disuasión nuclear. Argumenta que el arsenal nuclear es necesario para defender al Reino Unido de grupos terroristas y de países que Washington califica de estados al margen de la ley. Lo que no dice es que, al igual que Francia, el arsenal nuclear de Reino Unido le otorga cierto peso político en el concierto de naciones.

Existen otras opciones para un primer ministro que se ufana de las posiciones de vanguardia que ha adoptado en materia de cambio climático y la lucha contra la pobreza en el mundo. Empero, no las quiere contemplar. Quiere un nuevo sistema de disuasión nuclear basado en un *Trident* último modelo. Pero ¿a quién pretende disuadir?

La construcción del *Trident* fue comisionada en 1980 para “disuadir” a la entonces Unión Soviética. Sin embargo, cuando entró en servicio el primer submarino la guerra fría había terminado. No ha surgido una nueva amenaza estratégica comparable a la soviética. Desde entonces Londres ha emprendido importantes operaciones militares en Bosnia, Kosovo y Sierra Leona. Además, soldados británicos participan en las prolongadas guerras en Afganistán e Irak. En ninguno de esos conflictos se pensó en la utilidad de las armas nucleares.

Es más, las percepciones de seguridad han cambiado. El propio Tony Blair ha abogado por una doctrina de intervención por razones humanitarias. Su gobierno ha proclamado la tesis de la “responsabilidad de proteger”.

De ahí que la mejor y más dramática opción sería que Reino Unido anunciara que, una vez concluida la vida útil del actual sistema *Trident*, iniciaría un proceso unilateral de desarme nuclear. Ello asusta a muchos políticos que recuerdan el precio que pagó el partido laborista hace 30 años cuando insistía en ese tipo de desarme.

Pero los tiempos han cambiado. La pregunta clave es ¿Para qué quiere un nuevo arsenal nuclear cuya “vida útil” se prolongará hasta bien entrado el presente siglo? Si el parlamento se lo aprueba, Londres estará enviando un mensaje claro al mundo: tiene la intención de mantener su arsenal nuclear y de ignorar sus compromisos en materia de desarme nuclear. ¿Qué dirán aquellos países que ahora quieren jugar la carta nuclear? O todos coludos o todos rabones. El flagelo de la proliferación nuclear sólo se empezará a combatir cuando los países que tienen armas nucleares prediquen con el ejemplo y eliminen sus arsenales.

Son rarísimas las ocasiones en que la sociedad civil puede incidir en la toma de una decisión gubernamental de gran trascendencia. La historia no suele ser muy generosa para brindar esas ocasiones. Pero lo ha sido ahora en Reino Unido cuando el primer ministro ha puesto en la agenda del parlamento la necesidad de modernizar el arsenal nuclear británico.

Lo que está ocurriendo en el Reino Unido seguramente no podría repetirse en otros países poseedores de armas nucleares. ¿Se imaginan un debate público en Francia sobre el futuro de su *force de frappe*? De todos los estados con esas armas, Francia quizás sea el que las tenga más envueltas en el ego nacional. Los franceses sencillamente no lo discuten. Es como su veto en el consejo de seguridad de la ONU. Es parte de la vara con que miden su status en el mundo.

Cual Neptuno, Blair va en busca de un nuevo tridente. Ojalá que abandone esa búsqueda para así pasar a la historia como el individuo que encaminó al mundo hacia la eliminación de las armas nucleares.

Ahora es cuando debería hacerse valer en Londres la opinión de países como México que durante medio siglo han abogado por la eliminación de las armas nucleares. Hay que animar al primer ministro a que salga por la puerta grande.

¿Justicia?

4 de enero de 2007

¿Qué fue lo que ocurrió el sábado pasado en Bagdad? ¿La ejecución de Saddam Hussein fue un acto de justicia o de venganza? Hay muchos hilos entrelazados en esta historia. Por un lado, las autoridades estadounidenses dijeron que los iraquíes habían precipitado la ejecución. Pero quién tenía la custodia de Saddam Hussein era Estados Unidos y lo entregaron a los dirigentes iraquíes. Éstos decidieron que fuesen chiítas los que llevaran a cabo la sentencia de muerte. Consciente de lo que estaba pasando, Saddam les espetó una serie de insultos camino al patíbulo. ¿Venganza?

Por otro lado, hay la cuestión de a quién se le hizo justicia. En la película *Divorcio a la italiana* hay una escena en la que Marcello Mastroianni intenta recuperar su honor ante quien le puso los cuernos. Desafortunadamente el objeto de su ira había sido liquidado minutos antes por otro *cornutto*. Al darse cuenta de lo ocurrido, Mastroianni se pregunta: ¿Qué pasó con *mi* honor?

Los curdos en Irak deben estar haciéndose la misma pregunta. También los judíos que aún se acuerdan de los linchamientos en Bagdad de sus correligionarios a raíz de la guerra de junio de 1967. Lo triste es que hay muchas víctimas del régimen que eventualmente encabezó Saddam Hussein.

El mismo día que Saddam Hussein subió al patíbulo en Bagdad y murió en la horca, se iniciaron los funerales de estado del ex presidente Gerald Ford en el capitolio en Washington. Resulta curiosa la coincidencia. Dentro de lo monstruoso que llegó a ser Saddam Hussein, su supervivencia política no se explica sin la ayuda abierta y decidida de Estados Unidos y muchos países de Europa occidental. Entre los ayatolás en Irán y Hussein en Irak, Washington se inclinó hacia el segundo, autorizando la venta de armamento de todo tipo y haciéndose de la vista gorda en cuanto a las violaciones de derechos humanos.

En los años setenta el sueño del diputado Gerald Ford fue convertirse en líder de la mayoría en el Congreso. Pero los republicanos no llegaron a ser mayoría y el congresista por Michigan tuvo que conformarse con encabezar a la minoría. Pensó en jubilarse pero de pronto ocupó la vicepresidencia y luego la presidencia de su país.

El 10 de octubre de 1973, tras la renuncia de Spiro Agnew, un funcionario de la Casa Blanca le habló a Ford para preguntarle si le interesaría ser vicepresidente. Al día siguiente el presidente Richard M. Nixon le ofreció el cargo. Para entonces ya había empezado el escándalo Watergate. Nixon le aseguró a Ford que él era inocente. Ford decidió defender a Nixon en público hasta que el presidente empezó a verse más y más enredado en el asunto.

En julio de 1974 surgió el asunto de la cinta magnetofónica que Nixon se rehusó a entregar a los investigadores del caso. En una reunión con su gabinete el 6 de agosto Nixon dijo que pensaba en renunciar. Ahí fue donde su vicepresidente le informó que “ya no puedo seguir defendiéndote en público”. El 9 de agosto Nixon dimitió y Ford asumió la presidencia.

En esa Casa Blanca había dos funcionarios relativamente jóvenes. Donald Rumsfeld acabó siendo el jefe del gabinete de Ford y Richard Cheney lo sucedería cuando el presidente nombró a Rumsfeld secretario de Defensa. Esos dos personajes han sido dos de los principales artífices del caos en Irak.

Hussein fue condenado a muerte por haber ordenado en 1982 la matanza de 148 chiítas en el pueblo de Dujail. Lo hizo en represalia por un frustrado atentado en su contra.

Las críticas de la ejecución de Saddam Hussein han sido muchas y muy variadas. Un buen número de gobiernos y organizaciones no gubernamentales se oponen a la pena de muerte y deploraron la ejecución. Ciertos musulmanes se quejaron de que la ejecución se hubiera llevado a cabo en una fecha de importancia religiosa. En efecto, el Aid al Adha empezó el mismo sábado para los sunitas y el domingo para los chiítas. Dicha fiesta es conocida como la del cordero porque fue cuando el profeta Abraham (Ibrahim) desistió de sacrificar a su hijo, cambiándolo por un cordero. Desde entonces quedaron prohibidos los sacrificios humanos. Otros han alegado que el juicio no fue legal. Se ha dicho que Hussein fue juzgado y ejecutado por un grupo de personas que fueron impuestas en Irak por las fuerzas de ocupación. Por lo tanto, todo ha sido ilegal, empezando por la invasión en 2003.

El resultado de la ejecución de Hussein ha sido el recrudecimiento de la violencia en Irak. El partido Baaz del desaparecido dictador ha pedido que se “ataque sin piedad” a las fuerzas de ocupación.

Si Gerald Ford hubiese estado en la Casa Blanca en lugar de George W. Bush, no hubiese ocurrido nada el pasado sábado. Él se opuso a la guerra, tildándola de ilegal. Así se lo dijo a Bob Woodward en una entrevista que le concedió con la única condición de que se hiciera pública sólo después de su muerte.

Ford criticó severamente a Bush y también a Cheney y Rumsfeld, dos de sus más cercanos colaboradores cuando fue presidente. Dijo que la guerra había sido un grave error basado en argumentos falsos. El primero de estos fue la supuesta existencia de armas de destrucción en masa. El segundo fue que había que liberar al pueblo iraquí de su opresor. Según Ford, la guerra nunca debió ser y ahora vemos lo que ha traído.

Saddam Hussein fue enterrado en su aldea natal, cerca de la ciudad de Tikrit. Gerald Ford fue sepultado en el pueblo que lo vio nacer en el estado de Michigan. A todos nos interesa la calidad de nuestras vidas. También debe preocuparnos la calidad de nuestras muertes.

¿Metamorfosis orwelliana?

18 de enero de 2007

Muy de vez en cuando los ingentes esfuerzos por lograr un mundo libre de armas nucleares reciben un espaldarazo insólito. He aquí un ejemplo. Como Reyes Magos, un cuarteto (no un trío) de los más fervientes defensores de las doctrinas nucleares estadounidenses durante la *guerra fría* nos obsequiaron hace 15 días con un regalo inesperado. Resultaron más magos que reyes.

El 4 de enero apareció en el *Wall Street Journal* un artículo muy revelador. Se trata, ni más ni menos, de un texto suscrito por cuatro apóstoles de la disuasión nuclear, cuatro políticos (dos republicanos y dos demócratas) que abogaron por la acumulación de las armas nucleares y su posible uso. Aquélla fue otra época. Entonces George Shultz y Henry Kissinger eran secretarios de estado, Sam Nunn era senador por Georgia y William Perry se desempeñaba primero como subsecretario y luego como secretario de defensa.

Ahora esos personajes de la vida política de Washington durante el último cuarto del siglo XX nos dicen que ha llegado el momento de acabar con las armas nucleares. ¿Eliminar las armas que ellos mismos calificaron en algún momento de indispensables para la supervivencia de Estados Unidos? Así es, mi estimado Ripley, aunque usted no lo crea.

Nuestros cuatro jinetes apocalípticos en materia nuclear ahora nos dicen que van a cabalgar hacia un destino más apacible. ¿Cómo se logrará? Sabemos que no basta con buenas intenciones. Hay que actuar. Así se lo aconsejamos hace poco a Tony Blair en cuanto al sistema nuclear *Trident* de Reino Unido.

El razonamiento de los cuatro autores es el siguiente. Primero, la doctrina de confiar en la disuasión de las armas nucleares es hoy cada vez más peligrosa y menos efectiva. Segundo, los grupos terroristas están al margen de la estrategia de disuasión. Tercero, estamos iniciando una nueva era nuclear que será más precaria, desorientada y cara de lo que fue la disuasión durante la *guerra fría*. Cuarto, los nuevos estados poseedores de armas nucleares carecen de la experiencia para salvaguardarlas y controlarlas que adquirieron Estados Unidos y la Unión Soviética durante la *guerra fría*. Quinto, el objetivo final del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) es la eliminación total de dichas armas. Sexto, los estados no poseedores de armas nucleares abrigan dudas acerca de la sinceridad de los estados nucleares para cumplir con sus obligaciones derivadas del TNP en cuanto a la eliminación de sus arsenales nucleares. Séptimo, existe una oportunidad histórica para eliminar las armas nucleares en todo el mundo. Octavo, para lograr lo anterior es menester una visión y acciones audaces. Noveno, Estados Unidos debe poner el ejemplo y convencer a los dirigentes de las otras potencias nucleares de convertir la meta de la abolición de dichas armas en un esfuerzo conjunto. A continuación, los cuatro autores enumeran los pasos que deberían darse para asegurar un mundo libre de armas nucleares.

Lo anterior es un planteamiento que muchos gobiernos y organizaciones no gubernamentales han venido haciendo desde hace décadas. Algunos políticos y militares estadounidenses también han propuesto algo parecido. Lo novedoso del texto de los cuatro individuos es que está suscrito por dos republicanos y dos demócratas. Además, el documento cuenta con el apoyo de una lista impresionante de estadounidenses.

Los chipoccludos en el poder suelen atenerse a sus posiciones declaradas. No importa cuan equivocadas sean. El chiste es “mantener el curso” hasta que dejen el puesto. En materia de armas nucleares ha habido ejemplo tras ejemplo de personas que cambian de parecer una vez

que han dejado sus cargos públicos. Algunos cínicos dirán que varios de los que suscribieron el texto están llegando al final de su vida y, al igual que la apuesta de Blaise Pascal de hace 350 años acerca de la existencia de Dios, han optado por hacerse pasar por creyentes en el desarme nuclear. Todo ello . . . por si las moscas.

Pascal argumentó lo siguiente: por un lado, uno puede creer en Dios y si existe irá al cielo, pero si no existe no ganará nada; por el otro, uno puede no creer en Dios y si no existe tampoco ganará nada, pero si existe será castigado.

Otros observadores quizás se expliquen de otra manera el porqué del texto aparecido hace 15 días. Aquí quizás aludan al filósofo alemán Arthur Schopenhauer quien escribió algo muy apropiado al caso que nos ocupa. Dijo que la verdad atraviesa por tres etapas distintas. Primero, la verdad es ridiculizada. Segundo, es objeto de una oposición violenta. Tercero, es sostenida como algo evidente en sí mismo. Al parecer, los otrora proponentes de las armas nucleares han entrado en la tercera etapa. Les parece obvio que la solución al problema de la proliferación de las armas nucleares es la eliminación de las mismas.

¿De qué sirve que, una vez fuera del poder, los políticos nos confiesen su verdadero pensamiento o revelen ciertos capítulos de su vida privada que habían mantenido en secreto. Hacia el final de su prolongada presidencia, François Mitterrand confesó que de joven había colaborado con el gobierno de Vichy. Además, presentó en sociedad a una hija que había tenido fuera de su matrimonio.

En el campo nuclear hay muchos ejemplos de cambios sorpresivos. Robert McNamara fue un ferviente defensor de una política nuclear de destrucción masiva asegurada cuando fue secretario de defensa de los presidentes Kennedy y Johnson. Empero, hace ya algunos años que viene predicando la imperiosa necesidad de abolir las armas nuclear. Otro que también ha cambiado de opinión una vez separado del gobierno es el general retirado George Lee Butler, que tuvo a su cargo, ni más ni menos, el comando aéreo estratégico de las armas nucleares de Estados Unidos. Tras su jubilación en 1994, se convirtió en un apóstol de la eliminación de dichas armas. ¿Qué les pasó? Escojan entre Pascal y Schopenhauer.

El Tratado de Tlatelolco + 40 (I/II)

1° de febrero de 2007

Durante la primera mitad del siglo XX se desarrollaron las armas de destrucción en masa: biológicas, químicas y nucleares. En la segunda mitad del siglo pasado la comunidad internacional llevó a cabo esfuerzos intensos con miras a abolir dichas armas. El verbo “abolir” es el indicado, como lo confirmaron los autores del texto que comentamos en nuestra pasada entrega sobre la imperiosa necesidad de eliminarlas.

La comunidad internacional ha tenido un éxito considerable en su lucha en contra de las armas de destrucción en masa. En 1972 se concluyó la convención para eliminar las biológicas y en 1993 se abrió a la firma el tratado sobre las químicas. Queda pendiente la convención para eliminar las armas nucleares.

La problemática nuclear se ha ido complicando con la aparición de nuevas potencias nucleares y la posibilidad de que actores no estatales consigan el material fisionable para construir una bomba. Desde el principio de la era nuclear se buscó la manera de evitar la proliferación de dichas armas a más y más países. Se hizo hincapié también en los usos pacíficos de la energía nuclear.

Con el tiempo se llegó a la conclusión de que la única manera de evitar la proliferación de las armas nucleares era establecer un régimen internacional con un sistema de verificación para la utilización de la energía nuclear con fines exclusivamente pacíficos. Ahí nació el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA). También se tuvo que buscar la manera de comprometer a los estados que ya las tenían arsenales nucleares a deshacerse de ellos.

En otras palabras, se fueron conformando los elementos de un contrato multilateral. La inmensa mayoría de estados se comprometerían a no jugar la carta nuclear a cambio de dos cosas: primero, que los países nucleares eliminaran sus propios arsenales y, segundo, que hubiera acceso a la tecnología y materiales para el uso pacífico de la energía nuclear. Dicho contrato se plasmó en 1968 en el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). Se pensó entonces que el TNP, calificado como la piedra angular del régimen de no proliferación, allanaría el camino hacia un mundo libre de armas nucleares.

El TNP cuenta con 189 estados partes, es decir, todos los países del mundo con excepción de India, Israel y Pakistán. Los 184 países sin armas nucleares están comprometidos a no adquirirlas y los cinco que sí las poseen están obligados a eliminarlas. Se trata de China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia.

De manera paralela, varias regiones del mundo se han convertido en zonas libres de armas nucleares. México, que participó activamente en la negociación del TNP, señaló el camino el camino a seguir para el establecimiento de dichas zonas. Alfonso García Robles fue el arquitecto del Tratado de Tlatelolco que convirtió a la América Latina y el Caribe en la primera zona libre de armas nucleares en una región densamente poblada. Su antecedente inmediato fue el tratado de 1959 que desmilitarizó por completo la Antártica. Pero sus habitantes permanentes son focas, lobos marinos, pingüinos y otras aves, peces y mamíferos.

Las 33 naciones de América Latina y el Caribe han ratificado el Tratado de Tlatelolco. El Tratado tiene dos protocolos. Los cuatro países (Estados Unidos, Francia, Países Bajos y Reino Unido) que *de jure* o *de facto* tienen posesiones en la zona se han comprometido, en el Protocolo I del Tratado, a aplicar el régimen de desmilitarización nuclear a dichos territorios. Cinco de las ocho potencias nucleares se han comprometido, en el Protocolo II, a no usar ar-

mas nucleares y a no amenazar con su uso contra los países de la región. Se trata de China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia.

El Tratado de Tlatelolco se abrió a la firma hace cuarenta años, el 14 de febrero de 1967. En 1982 García Robles recibió el premio Nobel de la Paz, que compartió con una distinguida sueca, Alva Myrdal.

El origen del Tratado de Tlatelolco nos ofrece una curiosidad histórica. A mediados de 1962, meses antes de la crisis de los misiles en Cuba, el gobierno brasileño decidió presentar ante las Naciones Unidas una propuesta para convertir a Latinoamérica en una región libre de armas nucleares. No tuvo mucho éxito. Se optó por la redacción de una serie de cartas suscritas por los presidentes de Bolivia, Brasil, Chile y Ecuador, a los que luego se unió México. Entonces, en 1963, empezaron las consultas para preparar la negociación del futuro tratado. Sin embargo, el 1° de abril de 1964 un golpe militar depuso al gobierno democrático de Brasil y los nuevos dirigentes abandonaron el proyecto. México lo retomó. De no haber sido por ese golpe de estado el tratado quizás se hubiera conocido como el tratado de Itamaraty.

El ejemplo de América Latina y el Caribe fue seguido por el Pacífico sur (Tratado de Rarotonga que entró en vigor en 1986), el sudeste asiático (Bangkok, 1997) y África, cuyo Tratado de Pelindaba aún no ha entrado en vigor. Si uno suma las zonas de aplicación de esos cuatro tratados, resulta que el hemisferio sur es una zona libre de armas nucleares. Más bien *casi* libre ya que los buques de las potencias nucleares que son portadores de armas nucleares o propulsados por energía nuclear se pasean por todos los mares. He ahí un problema que no se ha podido resolver. Las grandes potencias insisten en el libre tránsito por los mares. ¿Así es?

Hay otra cuestión relativa a las zonas libres de armas nucleares que merece nuestra atención y que también abordaremos en nuestro próximo artículo: la relación de las llamadas nuevas potencias nucleares (India, Israel y Pakistán) con dichas zonas.

El Tratado de Tlatelolco + 40 (II/II)

15 de febrero de 2007

Ayer cumplió 40 años el Tratado para la proscripción de las armas nucleares en América Latina y el Caribe, conocido como el Tratado de Tlatelolco. Hoy concluye en la cancillería una reunión de dos días para conmemorar el aniversario. Como lo apuntamos en la pasada entrega, el ejemplo de nuestra región ha sido la inspiración para otras: el Pacífico sur, el sudeste asiático, África y Asia central. Para promover una mayor cooperación entre dichas zonas, en 2005 se llevó a cabo en esta ciudad una primera conferencia de las naciones de esas regiones. También se invitó a Mongolia, país que se autoproclamó una zona libre de armas nucleares.

Cuando una región (o un país) se constituye en una zona libre de armas nucleares requiere de la cooperación de la comunidad internacional en general y de los estados poseedores de dichas armas en particular. En el caso de América Latina y el Caribe, al igual que en otras regiones, también fue necesario obtener el apoyo de aquellos estados que *de jure* o *de facto* tienen territorios en la zona. De ahí el Protocolo I del Tratado de Tlatelolco, en el que Estados Unidos, Francia, Países Bajos y Reino Unido se comprometieron a aplicar a sus territorios en la zona el estatuto de desnuclearización para fines bélicos.

En el Protocolo II de Tratado los estados poseedores de armas nucleares se comprometieron a respetar la condición de zona libre de armas nucleares de la región y, lo que es aún más importante, a no emplear armas nucleares y a no amenazar con su empleo contra las partes contratantes del Tratado de Tlatelolco.

Desde el principio de las negociaciones del Tratado de Tlatelolco, México decidió involucrar en el proceso a las Naciones Unidas. Funcionarios de la organización contribuyeron al éxito de la empresa encabezada por Alfonso García Robles. El canadiense William Epstein hizo una contribución notable. También resultó indispensable el apoyo decidido de la Asamblea General de la ONU. Las otras regiones siguieron ese ejemplo y también recurrieron a la ONU para echar mano de la experiencia de sus funcionarios en este campo y para involucrar a la Asamblea General en la búsqueda de la plena vigencia de los tratados y sus protocolos.

En la pasada sesión anual de la Asamblea General los integrantes de la zona libre de armas nucleares en el Asia central (Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán) se toparon con cierta resistencia por parte de Estados Unidos, Francia y Reino Unido. Estos últimos abrigan ciertas dudas acerca del posible tránsito de armas nucleares por el territorio de la zona. En particular, consideran que algunas disposiciones del Tratado de Semipalatinsk dejan a cada estado parte la decisión de permitir el tránsito (aéreo, naval o terrestre) de armas nucleares. Tienen en mente el armamento nuclear de Rusia.

La cuestión del tránsito de armas nucleares por la zona latinoamericana y caribeña fue uno de los asuntos más complicados durante la negociación del Tratado de Tlatelolco. La solución no satisfizo a nadie. Ante las exigencias de Estados Unidos, Francia y Reino Unido de permitir el libre tránsito de sus aviones y navíos portadores de armas nucleares, los negociadores optaron por hacer caso omiso de la cuestión en el texto del tratado. Sin embargo, en las negociaciones se aceptó que era prerrogativa de cada estado autorizar o no el libre tránsito. Curiosamente, la Unión Soviética argumentó entonces que la autorización del tránsito de armas nucleares en cualquier forma sería contraria al espíritu del tratado. Hoy Rusia tiene una opinión distinta en relación al Tratado de Semipalatinsk.

En todos los demás tratados que establecen sendas zonas libres de armas nucleares se reconoce explícitamente el derecho de cada nación a autorizar o negar el libre tránsito. El Tratado

de Tlatelolco también difiere de los otros acuerdos en dos aspectos adicionales. Por un lado, es el único que estableció un organismo permanente (el OPANAL) mientras que los otros tratados contemplan reuniones periódicas de consulta. Por otro lado, el Tratado de Tlatelolco no identifica a los estados poseedores de armas nucleares que pueden adherirse a su Protocolo II. Es el único que no lo hace. Los demás instrumentos regionales listan a cinco: China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia. ¿Por qué no se menciona a India, Israel y Pakistán?

La razón de lo anterior es una disposición del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) que se abrió a la firma en 1968. En él se dice que, para los efectos del TNP, un estado poseedor de armas nucleares es uno que ha fabricado y explotado un arma nuclear u otro artefacto explosivo antes del 1° de enero de 1967. De ahí la insistencia de los cinco en ostentarse como potencias nucleares “legítimas” ya que el TNP las reconoce como tales. Y ¿qué de las otras tres potencias nucleares?

Hasta hace poco, cuando el nuevo secretario de defensa de Estado Unidos “destapó” a Israel como estado poseedor de armas nucleares, Tel Aviv jamás lo había confirmado (pese a las denuncias de Mordecai Vanunu). Hasta hace poco las llamadas potencias legítimas se rehusaron a aceptar a India y Pakistán como sus pares. El presidente George W. Bush se encargó de cambiar esa política, cuando menos por lo que hace a India, al firmar acuerdos de cooperación entre Washington y Nueva Delhi en el campo nuclear que sin duda se traducirán en jugosos contratos. El presidente Jacques Chirac no tardó en seguir el ejemplo de Bush con India.

El Protocolo II del Tratado de Tlatelolco no especifica qué naciones lo pueden firmar. Por lo tanto, sería útil contar con la opinión de los estados partes acerca de la posibilidad de que India, Israel y Pakistán se adhieran a ese instrumento para garantizar a los países latinoamericanos y caribeños que no emplearán armas nucleares o amenazarán con su uso contra ellos.

Deporte blanco

1° de marzo de 2007

Esta primavera se cumplen 60 años de un acontecimiento que cambió el deporte y algo más en Estados Unidos. Fue el principio del fin de la política racial de los blancos hacia los negros resumida en la frase de "separados pero iguales" (*separate but equal*). La segregación racial cedería ante las presiones de los proponentes de la integración y de los derechos civiles, un proceso que duró décadas y cuyo dirigente emblemático y de más renombre fue Martin Luther King Jr.

El 15 de abril de 1947 apareció en la alineación de los Dodgers (entonces de Brooklyn, hoy de Los Angeles) Jackie Robinson, el primer negro que jugó en las ligas mayores de beisbol. Fue una decisión del dueño del equipo, Branch Rickey, quien la tomó por razones más bien de tipo económico que social. A Robinson le siguieron de inmediato otros jugadores de beisbol y esa ola integracionista se extendió también a otros deportes y a la sociedad estadounidense en general.

Hasta entonces los estadounidenses conocían bien pocos nombres de deportistas negros. Jesse Owens era uno y Joe Louis era otro. Lo que hizo Robinson fue allanar el camino para individuos de la talla de Althea Gibson, Muhammad Ali, Arthur Ashe, Michael Jordan y Tiger Woods.

En 1948 el presidente Harry S. Truman decidió integrar los contingentes negros a las fuerzas armadas estadounidenses. Pasarían 40 años para que un negro llegara a presidente de los jefes de personal comunes, el cargo más alto dentro de las fuerzas armadas estadounidenses (*chairman of the joint chiefs of staff*). Se trata de Colin Powell, nombrado por el presidente George H. W. Bush (1989-1993). Luego, en el primer cuatrienio del presidente George W. Bush, Powell se convirtió en el primer negro que encabezó el Departamento de Estado.

Los negros han recorrido un largo y difícil camino en la sociedad estadounidense. Empero persisten los estereotipos y falta mucho que corregir. Piensen en el Senado de Estados Unidos. Ha habido 1895 individuos que han ocupado un escaño en el Senado desde el año de 1789. De ellos sólo cinco han sido negros: tras la guerra civil, el congreso de Mississippi designó a dos senadores negros que estuvieron en Washington entre 1870 y 1881; en 1967 Edward Brooke llegó al Senado (por Massachusetts) como el primer negro elegido por voto popular (se retiró en 1979); en 1993 el estado de Illinois envió al Senado a Carol Moseley Braun, la primera mujer negra; y en 2005 llegó por ese mismo estado Barack Obama, hoy precandidato por el Partido Demócrata a la presidencia de Estados Unidos.

Carismático, inteligente y de fácil palabra, Barack Obama se ha convertido en un fuerte rival de Hillary Clinton, que está a la cabeza en muchas encuestas para conseguir la designación de su partido como candidata a la presidencia. Doña Hillary tiene mucho dinero y mucha infraestructura. Hay no pocos políticos demócratas que también se han lanzado al ruedo. Uno de ellos, el senador Joseph Biden, de Delaware, tuvo un inicio de campaña poco afortunado pero muy revelador de los estereotipos que aún abundan en cuanto a la población de raza negra. El día de su autodesstape se refirió a Obama como un negro "elocuente e inteligente y limpio" (*articulate and bright and clean*). Fue una metida de pata que retrató la actitud de algunos blancos hacia los negros. Lo que estaba pensando era: "Para mi sorpresa hay negros más o menos elocuentes que parecen no ser negros". Menudo error.

El propio Barack Obama suele autocriticarse al decir que es un "flaco medio chistoso" cuyo nombre la gente suele confundir. A veces -dice- me llaman "Alabama" y, en ocasiones, me

gritan "Yo Mama". Pero una cosa es la autocrítica del senador por Illinois y otra, muy distinta, son las palabras de Biden.

Si uno se acerca a una cancha de basquetbol profesional en Estados Unidos quedará asombrado por el espectáculo de una afición intensa, casi toda de raza blanca y vestida de corbata, alentando a su equipo, integrado por un 80 por ciento de jugadores negros. Esa es parte de la herencia de Jackie Robinson.

Robinson abogó también por la integración de los negros al cuerpo de entrenadores y dirigentes de los equipos profesionales. Aquí el avance ha sido modesto. Por ejemplo, si bien un 70 por ciento de los jugadores de la NFL (National Football League) son negros, sólo lo son 16 por ciento de los entrenadores y muy pocos ocupan los cargos más altos de los equipos. De ahí la importancia que muchos comentaristas le asignaron al hecho de que los entrenadores de los equipos finalistas que disputaron el *Super Bowl* el mes pasado fueran negros, asegurando así que por fin un entrenador negro llegaría a coronarse campeón.

En el beisbol de las ligas mayores, la proporción de jugadores negros fue aumentando hasta llegar a 27 por ciento en 1974. Desde entonces ha declinado y hoy está en 10 por ciento, aproximadamente la misma proporción que en la población estadounidense en general. Los jugadores de origen latinoamericano, en cambio, ahora constituyen cerca de 30 por ciento de los peloteros de las ligas mayores.

Cabe subrayar que la integración de los negros a la sociedad estadounidense ha sido lenta y aún no concluye. Tras la llegada de Robinson y otros negros a los deportes profesionales, muchos seguían sin poder hospedarse en los mismos hoteles o comer en los mismos restaurantes que sus compañeros blancos. Ese tipo de segregación terminaría en la década de los años 60. Pero, como lo demostró el senador Biden, persisten los estereotipos

Carta de Accra

15 de marzo de 2007

El día 6 de este mes Ghana cumplió 50 años de vida independiente. Hubo una gran fiesta. Nos citaron muy temprano para ver, bajo un sol muy potente, un interminable desfile militar en el que también participaron jóvenes estudiantes con su uniforme escolar color café y amarillo crema. Hacia el final (era ya la una de la tarde) apareció un contingente de gaiteros escoceses. Al verlos, una vecina ghanesa exclamó: "*Our colonial masters are back!*" Luego acudimos a una recepción en el palacio presidencial que ofreció el primer mandatario, John Kufuor. Había no pocos jefes de Estado. Los festejos terminaron esa noche con un banquete. Muchas damas ghanesas lucían vestidos con aspiraciones parisinas, pero siempre con un toque de color de su país. La organización de estos actos fue muy deficiente; sin embargo, los ghaneses compensaron las fallas con su acostumbrada amabilidad. Es gente muy sencilla y tranquila.

Ghana es del tamaño de Chihuahua y en medio siglo su población ha crecido de 5 a más de 22 millones de habitantes. La gran mayoría son cristianos (63 por ciento), pero hay una importante población musulmana (16 por ciento). Impresiona la presencia de misioneros cristianos. Trabajan en todo el país, incluyendo las regiones más aisladas.

Es una nación pobre en la que los portugueses descubrieron oro. De ahí que en la época colonial se conociera como la Costa de Oro. Luego llegó el cacao, también se explota la madera y hay muchos minerales. Los diamantes juegan un papel nada desdeñable.

El más destacado dirigente anticolonialista fue Kwame Nkrumah, quien se convirtió en el primer presidente de su país; en 1966 fue derrocado. Siguieron otros golpes de Estado y durante años Jerry Rawlings fue el protagonista principal de una etapa bastante violenta. Luego, de pronto, en 1992, el propio Rawlings restableció el proceso democrático.

Recuerdo que cuando se independizó Zimbabwe en 1980 muchos pensamos que quizás se evitarían los errores y problemas que aquejaron a tantos de los países que nacieron décadas antes. Pero no ha sido así. El presidente Robert Mugabe se ha encargado de destruir a su nación, política y económicamente.

El problema del desarrollo económico del Africa subsahariana es un tema recurrente en la agenda de organizaciones internacionales, incluyendo a las Naciones Unidas. A veces lo plantean los propios países de la región, pero por lo general son las ex potencias coloniales, en especial Francia y Reino Unido, las que insisten en encontrar un camino que permita un avance real en ese campo. Sus motivos son su propio interés económico, así como un sentimiento de culpa por no haber hecho más para los habitantes de sus colonias.

Entre las potencias europeas que se extendieron por Africa, muchos historiadores consideran que Gran Bretaña quizás haya sido la que más beneficios aportó a sus colonias. Además, como reconoció Julius Nyerere en 1961 tras la independencia de lo que más tarde se convirtió en Tanzania, su país tuvo la suerte de haber sido un territorio fideicometido bajo la administración británica y la supervisión de la ONU. Ello contribuyó mucho al logro de su independencia de manera pacífica. No fue así en el caso de diversas colonias portuguesas, españolas, belgas y francesas. Nyerere tuvo además el buen tino de no perpetuarse en el poder, cosa que no ha sabido hacer Mugabe.

Accra es un puerto importante y una ciudad agradable. Se siente el legado británico en sus edificios de la época colonial, oficinas de gobierno y hospitales, entre otros. El país cuenta

con un buen cuerpo de funcionarios públicos, otra herencia inglesa. Empero, resulta curioso que el edificio más imponente haya sido construido por los portugueses en el siglo XV. Se trata del fuerte de San Jorge, situado en la costa del este de la capital. Es el edificio europeo más antiguo del continente. Originalmente fue construido para recibir el oro que encontraron los portugueses en esa región. Su nombre era Fuerte de San Jorge de la Mina. Con el tiempo se olvidaron de San Jorge y luego el nombre fue cambiando hasta derivar en Elmina. Ahí los portugueses dieron inicio a la trata de esclavos con América. Les siguieron los ingleses, holandeses y otros europeos.

Se calcula que, entre los años 1450 y 1900, más de 11 millones de esclavos procedentes de Africa llegaron al continente americano. Portugal fue el pionero de este espeluznante capítulo de la historia europea. La mitad de los esclavos llegaron durante el siglo XVIII en la más cruel de las actividades comerciales. Es cierto que hacía siglos que los africanos eran esclavizados por los musulmanes del norte, pero la escala del comercio trasatlántico no tuvo paralelo. Se dice que hubo más de 50 mil viajes.

El llamado comercio de esclavos transahariano, entre el norte y el occidente de Africa, empezó hace unos tres mil años. Luego fue ampliado por los árabes y europeos.

Ghana alcanzó su independencia en 1957, hace medio siglo. Fue el primer país subsahariano que lo logró y el primero en detonar una avalancha de países nuevos que la ONU apadrinó. México, en la persona del embajador Eduardo Espinosa y Prieto, tuvo mucho que ver en este exitoso capítulo de descolonización en las Naciones Unidas.

Los pocos días que pasé en Accra me sirvieron para confirmar lo dicho por Nyerere, el maestro o *Mwalimu* de Tanzania. Dirigentes como él escasean en Africa y la mirada ocasional de los políticos europeos sirve para bien poco. La recién creada Unión Africana, sucesora de la Organización de la Unidad Africana, tendrá que realizar una ingente labor para levantar al continente. Los pesos completos (Nigeria y Sudáfrica) y los más ricos (empezando por Libia) tendrán que echar mano de países como Ghana para ir diseñando una estrategia que logre el avance político y económico de una de las regiones más explotadas por otros en el mundo.

Cuatro años miserables

29 de marzo de 2007

Hace ocho días Ban Ki Moon, el secretario general de las Naciones Unidas, se llevó un gran susto. A escasos metros de donde estaba hablando en Bagdad, en una de las zonas supuestamente más seguras de la ciudad, estalló un mortero que puso muy nervioso a Ban mas no a su anfitrión, el primer ministro Nuri al-Maliki. Este último ya está curado de espantos. Al día siguiente una bomba hirió a su vice primer ministro. Es el pan de cada día.

Tras la invasión militar, Washington decidió nombrar a un jefe de la llamada autoridad provisional de la coalición en Irak. Echó mano de Jay Garner, un general ya retirado que habría de durar sólo unas cuantas semanas. Fue sustituido por Paul Bremer y ahí empezaron los errores que llevaron a la situación actual. Fueron tres las principales pifias: no se había diseñado un plan claro para lo que habría de hacerse después de la invasión; escasearon los recursos para imponer una seguridad en todo el país; y no hubo un ciudadano de Irak que representara a la coalición. Bremer fue la cara de la autoridad provisional y los iraquíes le dieron la espalda. Desmanteló al ejército y purgó a los miembros del partido Baath, los seguidores de Saddam Hussein. Muchos de éstos son los autores de buena parte de la violencia en Irak.

Si alguien nos hubiera dicho hace cuatro años que en marzo de 2007 un 82 por ciento de los habitantes de Irak declararían que no confiaba en las fuerzas de ocupación seguramente lo hubiéramos tildado de loco. Le hubieran dicho ¿cómo crees que las fuerzas invasoras aún estarían en el país? Pero esa es la respuesta que dieron la semana pasada los iraquíes a los encuestadores de la BBC. Apenas un 39 por ciento de la población dice que se siente segura en su barrio. La mayoría de ellos son kurdos que se concentran al norte del país. Los demás, a sufrir los embates de una insurgencia cada vez más violenta.

El costo de la ocupación en vidas ha sido enorme y los gastos han alcanzado niveles inimaginables. Han muerto más de 60 mil civiles iraquíes aunque hay quienes calculan que el total es más bien diez veces esa cifra. En las cinco semanas que duró la invasión murieron 139 soldados estadounidenses. Desde entonces han perecido más de tres mil, muchos de ellos víctimas de artefactos explosivos improvisados. Los estadounidenses heridos ascienden a más de 24 mil. Las bajas entre los efectivos de las otras fuerzas de la coalición han sido pocas.

La invasión de Irak ha provocado una inseguridad que, a su vez, es la causa del mayor éxodo de personas en el Medio Oriente en 60 años. Los iraquíes, al igual que lo hicieron los palestinos, huyen de sus casas y buscan asilo en Jordania y Siria o en alguna otra parte de su propio país. En Damasco uno de cada ocho habitantes es hoy iraquí. En Jordania se han refugiado 700 mil personas. Se trata de un país con una población de poco más de seis millones de habitantes. El impacto social y económico es muy grande. Es como si a Estados Unidos hubieran llegado unos 33 millones de refugiados en los últimos años. Un 15 por ciento de la población de Irak ha sido desplazada: dos millones han salido del país y otros dos millones han optado por refugiarse en otras partes del país.

A Washington la invasión y ocupación de Irak le cuesta casi 300 millones de dólares por día. En otras palabras, en un fin de semana largo se gasta el equivalente del presupuesto ordinario *anual* de la ONU. Pensemos en términos de México. El presupuesto para 2007 del gobierno federal asciende a unos 2 billones 260 mil 412.5 millones de pesos o, a 11 pesos por dólar, a unos 205 mil millones de dólares. Cada año Estados Unidos ha erogado más de 100 mil millones de dólares en la guerra en Irak, es decir, la mitad del presupuesto anual de nuestro gobierno federal.

Como ha dicho en varias ocasiones Amre Moussa, el secretario general de la Liga Árabe: Estados Unidos nunca ha entendido que la democracia en Irak no puede llegar “sobre las alas de bombarderos”. Es una verdad evidente que ahora Washington empieza a aceptar.

Hoy hay más de 140 mil efectivos estadounidenses en Irak y pronto serán más de 160 mil. El presidente George W. Bush ha dicho en repetidas ocasiones que “una derrota en Irak es impensable”. Sin embargo, muchos de sus generales han llegado a la conclusión de que la situación en Irak no tiene una solución militar. ¿Cuáles son las alternativas?

Hay quienes creen que con el actual aumento de tropas será posible mejorar la seguridad de la población, sobre todo en la capital. Con ello las autoridades civiles podrán hacer su trabajo y los soldados estadounidenses podrán empezar a retirarse. Otros parten de la premisa de que el país es ingobernable y lo mejor sería su partición: una región para los chiítas, otra para los sunitas y una tercera para los kurdos. Pero, para muchos, una partición sería introducir una situación sumamente peligrosa. Así lo piensan sirios e iraníes, por no hablar de los turcos. ¿Y el petróleo?

Todo lo anterior ha obligado al autor de la frase “el eje del mal” a sentarse a discutir la situación en Irak con los vecinos de ese país, incluyendo a representantes de Irán y Siria. Es un amargo trago para alguien que pocas semanas después de iniciada la invasión había proclamado “misión cumplida”. Y pensar que la operación de la coalición en Irak fue bautizada con el nombre de “libertad perdurable”.

Átomos en Viena

12 de abril de 2007

La primera vez que visité Viena fue en 1970. Acababa de ingresar al servicio exterior mediante concurso público y don Alfonso García Robles, a la sazón subsecretario de asuntos multilaterales, me comisionó para que asistiera a una reunión organizada por los cuáqueros (*Friends Committee*). El tema fue cómo lograr que la República Popular China ocupara su lugar en las Naciones Unidas. Lo haría al año siguiente.

Así fue como en un *schloss* en las afueras de la capital austriaca inicié mi relación con las organizaciones no gubernamentales (ONG) dedicadas a temas políticos, especialmente el desarme. Esa relación se ha mantenido a lo largo de los años y ahora he vuelto a Viena para participar en dos reuniones. Soy miembro del panel internacional sobre materiales físi­les (IPFM, por sus siglas en inglés). Lo copresiden Frank von Hippel, un físico de la universidad de Princeton, y José Goldemberg, también físico quien fue ministro de ciencia y tecnología de Brasil hace 15 años y ahora es secretario para el medio ambiente del estado de São Paulo.

Fundado en enero de 2006, el IPFM ha venido analizando los aspectos técnicos para lograr la seguridad, consolidación y reducción de las reservas de uranio altamente enriquecido y plutonio. Estos materiales físi­les sirven para construir armas nucleares y su control resulta crítico para el desarme nuclear, la prevención de la proliferación de dichas armas y para asegurar que grupos terroristas no puedan adquirirlas.

Examinamos las reservas de materiales físi­les tanto para fines civiles como militares. Las reservas de los estados poseedores de armas nucleares son suficientes para fabricar decenas de dichas armas. Además existen reservas similares de plutonio con fines civiles que también podrían utilizarse en la construcción de un número parecido de bombas. El uranio altamente enriquecido es utilizado en los reactores civiles en más de un centenar de lugares. La reserva de ese material es suficiente para construir unas mil bombas del tipo de Hiroshima, un diseño asequible a los grupos terroristas. El problema, por lo tanto, es qué hacer con todo ese material.

La otra reunión que me llevó a Viena fue la sesión semestral de una ONG que se dedica a examinar propuestas para hacer avanzar el desarme nuclear. Se conoce como la iniciativa de las potencias medias (MPI en inglés) y agrupa a ocho ONG dedicadas a luchar por un mundo libre de armas nucleares. Formo parte de su comité ejecutivo que preside el senador Douglas Roche, de Canadá. El MPI ha contribuido a los trabajos de los países que integran la "coalición de la nueva agenda" de desarme (Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Suecia).

Ambas reuniones fueron en la sede del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA). Este año cumple medio siglo. Fue creado a raíz de la propuesta "átomos para la paz" que en 1953 hiciera el presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower. Era una época de mucho entusiasmo en las posibilidades de utilizar la energía nuclear con fines pacíficos. La finalidad principal del OIEA es doble: promover los usos pacíficos del átomo y vigilar que el material y tecnología nucleares no se desvíen hacia fines militares.

Algunos de los participantes en mis reuniones no estuvieron a gusto en las instalaciones del OIEA porque se oponen no sólo a las armas nucleares, sino también al uso pacífico de la energía nuclear. El debate en torno a la energía nuclear se ha intensificado y la industria nuclear está registrando un renacimiento importante. Ello se debe al precio del petróleo y, sobre todo, al cambio climático. Los capitanes de la industria nuclear argumentan que la suya es

una energía "limpia", ya que no contamina al medio ambiente. Insisten en que es la única alternativa al carbón. Lo que no dicen es que pasarán muchas décadas antes de que el mundo tenga una capacidad instalada de energía nuclear que pueda lograr reducciones significativas en la emisión de gases de efecto invernadero, empezando por el dióxido de carbono. Para entonces ya será tarde y el cambio climático irreversible.

Los promotores de la energía nuclear tampoco suelen hablar de los riesgos de accidentes en las instalaciones que la producen. Otro tema que pasan en silencio es la facilidad con que podría transformarse una central nuclear con fines pacíficos en una fábrica de materiales físiles para fabricar armas.

Austria y su capital han cambiado mucho desde 1970. Su desarrollo económico aún era bastante modesto. Por esas fechas se estaba construyendo la primera central nuclear, misma que nunca se inauguró debido a la oposición de la población. Desde entonces Austria es antinuclear. No deja de ser irónico que Viena sea la sede del OIEA. Resulta obvio que el mundo atraviesa por una crisis energética y el capítulo nuclear será fuente de muchos debates. Por un lado existen países como Francia que defienden la energía nuclear y están dispuestos a cooperar en este campo con estados como China e India, cuyo consumo de energía ya está creciendo mucho. Se dice que en menos de una década China superará a Estados Unidos en la emisión de gases de invernadero.

Por otro lado, países como Austria se oponen vigorosamente a la energía nuclear. Recientemente emitió una declaración junto con Irlanda, Islandia y Noruega en la que se subrayan los riesgos inherentes y los problemas derivados de la opción energética nuclear, misma que no puede ostentarse como una alternativa limpia a otras fuentes de energía. Agregaron que el debate actual minimiza cuestiones como el medio ambiente, los desechos nucleares, la proliferación de armas, la seguridad y la responsabilidad civil por daños causados por las instalaciones nucleares.

Pena ajena

26 de abril de 2007

Un día como hoy, hace 70 años, Alemania llevó a cabo el primer ataque aéreo indiscriminado contra una ciudad. En Gernika se inició una práctica militar que se intensificó durante la Segunda Guerra Mundial y que sigue hasta ahora. Durante décadas la sociedad alemana pasó en silencio la devastación de Gernika, pero ahora empieza a reconocer ese bombardeo que aterrorizó a la población civil. ¿Qué pensarán los alemanes de hoy de esa atrocidad cometida por sus antepasados?

Este 2007 está resultando un año de muchos aniversarios. A principios de mes se cumplió un cuarto de siglo del inicio de la guerra de las Malvinas. Han transcurrido 30 años desde que México normalizó sus relaciones diplomáticas con España y 35 desde que reconoció a la República Popular China. Hace 40 años se concluyó el Tratado de Tlatelolco y estalló la guerra de los seis días. Este año es el 50 aniversario del Organismo Internacional de Energía Atómica y de lo que hoy es la Unión Europea.

Hoy se cumplen 400 años del desembarco de un centenar de ingleses en Cape Henry, Virginia. Luego navegarían por el James River (el rey era Jaime I) y el 14 de mayo de 1607 fundarían Jamestown, primer establecimiento inglés permanente en lo que hoy es Estados Unidos.

Ya para entonces Portugal llevaba más de un siglo supliendo la escasez de mano de obra en sus colonias americanas con negros esclavizados. En el siglo XVIII Gran Bretaña se convirtió en el mayor traficante de esclavos. De ahí que me parezca que el aniversario más importante que se conmemora sea el bicentenario de la abolición por Londres de la trata de esclavos en el imperio británico.

En una ceremonia muy sobria en Westminster Abbey, el pasado 26 de marzo, Rowan Williams, arzobispo de Canterbury, dijo que la esclavitud era una ofensa a la dignidad humana y un problema mundial que "persiste horriblemente en nuestras naciones y culturas". Ante la reina Isabel II y el primer ministro Tony Blair, fue categórico: "Nosotros, que somos los herederos de las naciones que en el pasado poseían y comerciaban esclavos, debemos reconocer que nuestra prosperidad histórica se basó en gran parte en esta atrocidad". Concluyó señalando que los herederos de las comunidades asoladas por la trata de esclavos "saben muy bien" que mucho de su sufrimiento y carencias actuales son producto "de siglos de abuso". Hubo otros oradores de organizaciones cristianas. Algunos insistieron en privado en que el primer ministro debería pedir perdón. Cuando el acto iba a concluir, un activista británico de origen africano, invitado a la abadía, gritó: "este acto es un insulto para nosotros y a la reina debería darle pena", y condenó a "los cristianos de origen africano" que participaron en la ceremonia.

Lo ocurrido en Londres hace un mes es parte de un debate que se ha intensificado en décadas recientes en diversos lugares del mundo. El hilo conductor es hasta dónde y hasta cuándo una sociedad debe sentirse culpable por la conducta de sus antepasados. En algunos casos, habrá quienes digan que ya ha transcurrido mucho tiempo y que uno, al igual que Blair, ya no debe sentirse obligado a disculparse. En otros casos dirán que hay crímenes que, al igual que el genocidio, no prescriben. He ahí la disyuntiva y he aquí algunos ejemplos.

En 2001 se llevó a cabo en Durban, Sudáfrica, la conferencia mundial contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia. Dos cuestiones amenazaban dividir a las delegaciones. Una era la posible reaparición de propuestas tendientes a equiparar sionismo con racismo y la otra tuvo que ver con la esclavitud. Los dirigentes africanos estuvieron de acuerdo en que las potencias occidentales deberían pedir perdón por

la esclavitud y el colonialismo. Pero hubo opiniones divergentes sobre la cuestión de compensaciones. Algunos africanos se refirieron a las compensaciones que reciben los sobrevivientes judíos del Holocausto y sus descendientes. Pidieron un trato parecido para los descendientes de los que fueron esclavizados por los europeos.

En 2000 la Iglesia protestante de Alemania confesó que recurrió a la práctica de trabajos forzados durante la Segunda Guerra Mundial y ofreció compensar a esas víctimas del nazismo. El Partido Verde alemán instó a la Iglesia católica a hacer lo mismo con los trabajadores que esclavizó en esa época. Dos años antes, la compañía Volkswagen estableció un fondo para compensar a las víctimas de trabajos de esclavos durante la época nazi. Se trata de unas 7 mil personas. Tras la muerte de Franco el gobierno democrático español decidió recompensar, entre otras, a personas cuya carrera profesional fue truncada por la guerra civil. Hay otros ejemplos en otros países.

En Reino Unido, el debate sobre la compensación por la esclavitud se inició en el Parlamento británico en 1993. Hay propuestas encaminadas a que Londres cancele la deuda de los países africanos afectados por el comercio trasatlántico de esclavos. Dicen que sería una manera de pedir perdón. En 2002 la oficina del alcalde de Londres calificó de "válida" la campaña para conseguir una recompensa, ya que los europeos "se beneficiaron de la esclavitud".

Recuerdo que hace unos 15 años se descubrió en Nueva York una fosa común en la que se encontraron los restos de algunos de los 20 mil esclavos negros ahí enterrados. De inmediato se abrió un debate. Pocos sabían del papel de esa ciudad en la trata de esclavos. Hubo quienes dijeron que habían desmontado los bosques en Manhattan, Brooklyn y otros condados de la ciudad y habían construido las casas de los blancos.

En Japón sigue el debate sobre si hay que pedir perdón y/o compensar a las *comfort women* coreanas y de otros países que el ejército imperial esclavizó durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Hasta dónde y hasta cuándo debe apenarnos el pasado?

Albion try

24 de mayo de 2007

Hace 30 años me instalé por segunda vez con mi familia en Ginebra. A través de nuestros hijos en la escuela primaria conocimos a una pareja de Irlanda del Norte: ella protestante, él católico. Habían huido de la violencia sectaria que se fue arreciando y que habría de cobrar más de 3 mil 500 vidas.

Nadie pudo imaginarse entonces la escena inédita que se vivió en Belfast el pasado 8 de mayo. Ahí estaban el líder protestante Ian Paisley y el dirigente del Ejército Republicano Irlandés (IRA), Martin McGuinness, enemigos acérrimos durante décadas, dándose la mano y anunciando que habían acordado formar un gobierno compartido. Sinn Fein, el brazo político del IRA, y el Partido Unionista Democrático de Paisley están en un mismo gobierno.

Con ello parece que se pone fin a un trágico capítulo de la historia norirlandesa y se sella una importante victoria para el primer ministro Tony Blair y su contraparte irlandesa, Bertie Ahern. Sin duda trabajaron duro durante una década, construyendo este asombroso desenlace sobre la base que había creado John Major. Londres dejará de administrar directamente la provincia que ahora recuperará algo de su autonomía. Las autoridades en Madrid deberán tomar nota de cómo sí es posible terminar con un conflicto que parecía no tener solución.

Sin duda que es un éxito para Tony Blair, quien el pasado 9 de mayo anunció, por fin, que dejaría el poder a fines de junio. Dijo que "10 años es suficiente para mí y para mi país". Se irá con un indiscutible triunfo en Irlanda del Norte. En materia de economía muchos creen que su legado será positivo, aunque aquí también John Major le heredó una situación bastante favorable (si uno cree en las bondades de una economía casi de mercado).

En lo económico buscó una *tercera vía* parecida a la de su mentor, el presidente William Clinton. Lo consiguió jugando la carta de la derecha. Así lo hizo Clinton y así lo hizo Blair con la ayuda de Gordon Brown, quien lo sucederá en el cargo. Por algún arte de magia la relación de Blair con la Casa Blanca se mantuvo intensa, pese al cambio de inquilino. He ahí el principio del fin de su legado.

La gestión de Tony Blair no arroja resultados positivos en otros renglones, especialmente en materia de política exterior. En el rugby un *try* es un intento de anotación desde cierta distancia de la meta. Se trata de una especie de gol de campo como en el fútbol que se practica en Estados Unidos. Hizo el intento, pero se quedó corto.

De entrada dijo que él y su entonces canciller, Robin Cook, llevarían a cabo una política exterior "ética". Pues bien, se extravió la ética y Cook renunció. Trataron de redescubrir África, un tema recurrente entre las ex potencias coloniales. La pobreza en el África subsahariana se puso en la agenda de un sinnúmero de reuniones internacionales, pero Londres nunca logró avanzar sustancialmente. Ahí la Casa Blanca no ayudó mucho.

Donde sí se agarró muy feo los dedos Blair fue en su apoyo incondicional a la aventura del presidente George W. Bush en Irak. He ahí su punto más débil. Acompañó a Washington en la invasión a Irak sobre la base de la misma "inteligencia" sobre las supuestas armas de destrucción en masa en manos de Saddam Hussein. El costo de ese error es y será caro.

A los aliados se les pide su opinión, pero Bush no le hizo mucho caso a Blair. Las grandes decisiones (que, por cierto, han tenido resultados desastrosos) las tomó Bush sin consultarlo. Diseñó el proyecto inicial de gobierno. Disolvió el ejército de Irak y dismanteló la estructura burocrática por considerar que los mandos altos y medios eran incondicionales de Saddam

Hussein. Luego escogió a los nuevos dirigentes políticos. Nombró a Paul Bremer al frente de la autoridad provisional sin consultar a Londres.

Tras anunciar su retiro, Blair emprendió un periplo para agradecer y cosechar aplausos. Primero hizo un viaje relámpago a París para despedirse del presidente saliente de Francia, Jacques Chirac, pero también, y quizás haya sido el principal motivo de su visita, para platicar con el presidente entrante, Nicolas Sarkozy, un admirador del pragmatismo de Blair. Luego se trasladó a Washington para conversar con Bush. Pero su viaje más importante fue al sur de Irak para agradecer a las tropas británicas y felicitarlas por su "brillante" desempeño. Ya había anunciado en febrero el retiro de miles de esos efectivos. Quizás con Gordon Brown se acelere la salida de esas tropas.

Cuando en mayo de 1997 se instaló en el número 10 de la calle Downing, jamás pensó que se convertiría en el primer laborista en ganar tres elecciones al hilo. Antes de la tercera insistió en que completaría el ciclo, pero luego anunció que no lo haría. Una rebelión en su partido lo obligó en septiembre de 2006 a declarar que dimitiría en menos de un año. Tardó en fijar una fecha porque quería cumplir una década en el poder.

Hace 15 días, cuando anunció que se iría a finales de junio, Tony Blair pidió que se aceptara una cosa: "Con la mano en el corazón, hice lo que creía que era lo correcto". Dejará a un Partido Laborista dividido y a una opinión pública mucha más sospechosa de Estados Unidos. Se le recordará por lo que logró en Irlanda del Norte. Pudo también asegurarse un lugar prominente en la historia si hubiera hecho "lo correcto" en el caso del *Trident*, el arsenal nuclear británico. En lugar de tratar de disuadir a Bush de la aventura en Irak, se convirtió en su aliado mudo. Trató de justificar ese apoyo a Washington, pero el intento, el *try*, no tuvo éxito. El título de este artículo es un anagrama del nombre y apellido del primer ministro.

No me defiendas...

21 de junio de 2007

La relación entre Rusia y Estados Unidos atraviesa por una etapa de turbulencia política. Podría parecer extraño lo que está ocurriendo entre Moscú y Washington en vista de que sus respectivos mandatarios están de salida. Algunos dirán que quizás sea precisamente por esa razón que ha aumentado el griterío entre ellos en meses recientes. Empero hay que tener muy claro lo que está en juego: lo que hagan o dejen de hacer en los próximos meses Vladimir Putin y George W. Bush podría incidir mucho en el camino hacia el desarme nuclear.

Desde la caída del Muro de Berlín se han registrado algunos pasos positivos en la búsqueda de un mundo libre de armas nucleares. En particular ha evolucionado la actitud hacia esas armas de destrucción en masa entre no pocos de los dirigentes políticos estadounidenses durante la *guerra fría*. Quienes antes propugnaban el crecimiento y mejoramiento del arsenal nuclear de Washington como la mejor forma de disuadir a Moscú de alguna aventura militar en Europa hoy se han convencido de algo bastante obvio: la única manera de asegurarse de que otros países, e inclusive grupos de actores no estatales, no adquieran armas nucleares, es predicar con el ejemplo y lograr la abolición de esas armas, como ya se ha hecho con las biológicas y químicas.

Desde 1945 se han fabricado unas 130 mil armas nucleares, más de 98 por ciento en Estados Unidos y en la antigua Unión Soviética. En algún momento cada uno llegó a tener desplegadas más de 30 mil cabezas nucleares. Con la distensión de los años 70 empezaron a firmar tratados para limitar el tamaño de sus arsenales, y luego para reducirlos. Así ocurrió con los acuerdos SALT, y en 1991 con el tratado START para la reducción de armas estratégicas, es decir, cabezas nucleares montadas en proyectiles de largo alcance. También se concluyeron acuerdos para reducir o eliminar armas nucleares de corto y mediano alcance.

El tratado START fue el primer indicio claro de que la *guerra fría* había terminado. Es una especie de acuerdo marco en el que Washington y Moscú se comprometieron a reducir para diciembre de 2001 sus fuerzas nucleares estratégicas de unas 10 mil cabezas nucleares cada uno a no más de 6 mil. Y así lo hicieron. También se redujo a un total de mil 600 los proyectiles balísticos estratégicos, además de bombarderos pesados. Asimismo START introdujo un sistema de inspecciones y notificaciones que aseguran que cada parte tiene una idea fidedigna del tamaño y ubicación de las fuerzas nucleares de la otra.

En mayo de 2002, al suscribir con Putin el tratado SORT para las reducciones ofensivas estratégicas, Bush declaró que se había "liquidado el legado de hostilidad nuclear de la *guerra fría*". Es cierto que SORT obligó a más reducciones en las cabezas nucleares estratégicas ya desplegadas (unas mil 700 a 2 mil 200 para 2012). Pero SORT no prevé un mecanismo de verificación ni obliga a la destrucción de los sistemas estratégicos de entrega, y permite almacenar cabezas nucleares no desplegadas.

En los meses recientes se han intensificado las diferencias entre Washington y Moscú. El detonador de la disputa es la intención de Bush de instalar una base de 10 misiles interceptores en Polonia y un sistema de radares en la República Checa. La idea es defenderse de un posible ataque proveniente de Irán. Se piensa en una supuesta amenaza de Teherán, que hoy no tiene misiles de alcance intercontinental ni armas nucleares. Se dice que si Teherán disparara un proyectil a Estados Unidos, el radar le seguiría la pista y los misiles lo derribarían antes de cruzar los cielos de Europa. Esa es la teoría. En la práctica se trata de un derivado modesto del ambicioso proyecto conocido como *guerra de las galaxias* de la época de Ronald

Reagan. En realidad es un sistema de defensa aún no probado contra una amenaza aún inexistente.

A Rusia le molesta que sus ex satélites se conviertan ahora en bases militares de Estados Unidos. Siente que la OTAN la está cercando. También percibe el sistema antimisiles como una posible amenaza a su propia seguridad. De ahí su vigorosa oposición al proyecto de Bush. Este ha dicho que el sistema defendería no sólo a Europa sino también a Rusia, y está dispuesto a compartir la tecnología con Moscú. Por su parte, Putin no quiere que lo defienda Estados Unidos y le ha ofrecido el sistema de radares ya existente en Azerbaiyán. Pero también ha insinuado que quizás volvería a instalar misiles que apunten a Europa.

Ambos gobiernos han ido subiendo el tono de su retórica. Putin habla de una nueva *guerra fría* y condena el renovado imperialismo de Washington. Estados Unidos lo acusa de haberse despachado con la cuchara grande en Chechenia, de haber acotado algunas de las libertades civiles y sobre todo de querer dismantelar el proyecto democrático de Boris Yeltsin.

Se vislumbra quizás no una nueva *guerra fría* pero sí una inclinación por reiniciar una carrera armamentista. Ambos gobiernos han dejado entrever que no estarían dispuestos a renovar el tratado START cuando éste expire en diciembre de 2009.

Bush y Putin se reúnen con cierta frecuencia. Sin embargo, hace unas semanas en Alemania, al margen de la cumbre del G-8, poco avanzaron en su búsqueda de soluciones acordadas sobre las cuestiones que los separan. Quizás la brisa marina de Kennebunkport, en el estado de Maine, donde Putin hará una visita los primeros dos días de julio, ayudará a Bush a repensar lo que está haciendo. De otra forma su legado a su sucesor en materia de armas nucleares podría tener consecuencias nocivas para la causa del desarme nuclear.

Pugwash + 50

19 de julio de 2007

Explorar sin descubrir es algo parecido a viajar sin un destino claro. En materia de desarme nuclear no pocas organizaciones de la sociedad civil se encuentran a la deriva. Están en crisis por varias razones, empezando por la política de Washington en este campo y la predecible reacción de Moscú. Han ido perdiendo el rumbo desde que en 1995 lanzaron una campaña mundial para abolir las armas nucleares. Su agarradera principal es el Tratado de No Proliferación (TNP) de dichas armas, único instrumento jurídico en el que las potencias nucleares se comprometieron a concluir acuerdos para eliminarlas. Esa obligación quedó plasmada en el artículo VI del TNP y en él se fundamenta el reclamo a China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia de arrastrar los pies en materia de desarme nuclear. En la última década el TNP se ha visto debilitado. El principal, pero no único responsable, es la administración de George W. Bush.

Hay algunas organizaciones no gubernamentales (ONG) que sí han logrado seguir promoviendo el desarme nuclear con cierto éxito. Una es Iniciativa de las potencias medias (MPI, por sus siglas en inglés) que agrupa a ocho ONG y, entre otras cosas, ha servido de apoyo a las siete naciones que, con distintos niveles de entusiasmo, propugnan una nueva agenda de desarme nuclear (Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Suecia).

Otra ONG que busca hacer avanzar las negociaciones de desarme nuclear es el movimiento Pugwash, cuyo nombre oficial es Conferencias Pugwash para Ciencia y Asuntos Mundiales. El origen del movimiento fue el manifiesto que suscribieron en 1955 Albert Einstein y Bertrand Russell y otros nueve científicos de todo el mundo. Preocupados por la intensidad de la carrera armamentista entre Este y Oeste, y alarmados por la amenaza de un holocausto nuclear, convocaron a una reunión de científicos para alertar a la opinión pública e identificar medidas para eliminar las armas nucleares.

Dos años más tarde 22 científicos de 10 países (Australia, Austria, Canadá, China, Estados Unidos, Francia, Japón, Polonia, Reino Unido y Unión Soviética) acudieron a la conferencia que se llevó a cabo en la aldea de Pugwash en la provincia canadiense de Nova Scotia. Cyrus Eaton, el capitán de industria que sufragó los gastos de la reunión, había nacido en esa aldea. Y así nació el movimiento Pugwash.

A esa primera reunión (6 a 10 de julio de 1957) asistieron científicos que de alguna manera u otra habían contribuido al desarrollo de las armas nucleares. Luego cambiaron de parecer para convertirse en activistas en contra de dichas armas. El único que tuvo la conciencia completamente tranquila fue Joseph Rotblat, un físico de Reino Unido, pero de origen polaco, que abandonó el *Manhattan Project* en 1944, cuando se supo que Alemania había desistido en sus intentos por construir una bomba atómica.

Rotblat fue uno de los inspiradores del manifiesto Russell-Einstein y el motor del movimiento Pugwash durante casi medio siglo. En 1995 sus esfuerzos en el campo del desarme nuclear le valieron el premio Nobel de la Paz, mismo que compartió con el movimiento Pugwash.

Para conmemorar el 50 aniversario de la primera conferencia nos reunimos en Pugwash a principios de este mes 25 individuos de 15 países. Además de recordar a los socios fundadores se abordó una ambiciosa agenda bajo el título de "Revitalizando el desarme nuclear".

Algunas de las preocupaciones de los participantes siguen siendo las mismas que las de hace medio siglo: la cantidad y el creciente poder destructivo de los arsenales nucleares, la prolife-

ración de dichas armas a otros países (entonces eran tres las potencias nucleares, ahora son ocho), la convicción de que dichas armas deben abolirse, y la responsabilidad social de los científicos.

Hoy han surgido nuevos retos en el campo nuclear: se insiste en la imperiosa necesidad de *desalertar* las armas nucleares, es decir, medidas que deliberadamente reduzcan el estado de alerta de esas armas y eviten así un lanzamiento accidental o por sorpresa; el riesgo de que actores no estatales (terroristas) adquieran un arma nuclear, el papel de los estados no poseedores de armas nucleares en la búsqueda del desarme nuclear, la exacerbación de conflictos regionales mediante la aparición de armas nucleares, como es el caso de Medio Oriente; y la promoción de una convención para la eliminación de las armas nucleares como ya se ha hecho en el caso de las biológicas y químicas.

Una de las claves para allanar el camino hacia el desarme nuclear es cambiar la actitud de los países poseedores de armas nucleares hacia sus propias armas. Sólo dos de ellos (China e India) mantienen una política de nunca ser los primeros en utilizarlas. Los demás están dispuestos a ser los primeros en lanzar un ataque nuclear. Esa actitud está reñida con la obligación asumida por todas las naciones de "proteger la vida y derechos humanos de sus ciudadanos" que sin duda serían obliterados en un intercambio nuclear.

El desarme nuclear difícilmente se logrará sin el concurso de la sociedad civil y de la opinión pública internacional. El problema es que la visibilidad de la amenaza nuclear ha decrecido en décadas recientes, apareciendo de manera esporádica en función de Corea del Norte o de las supuestas intenciones de Irán. En sus relaciones bilaterales con Washington pocas naciones se atreven a plantear el tema. Los Gandhi, de India; Trudeau, de Canadá, y Palme, de Suecia, fueron notables excepciones.

En materia de desarme nuclear nuestro país se hizo acreedor de cierto prestigio en los foros multilaterales. Formamos parte de grupos de naciones que abogaron y abogan por esa causa. Sin embargo, el tema nunca ha figurado en la agenda bilateral con los países poseedores de armas nucleares.

Agosto angosto

16 agosto 2007

Agosto es un mes un tanto raro. Cuando hace siglos las autoridades de la Iglesia católica rehicieron el calendario que hoy nos rige, agosto se quedó como el último mes de los romanos. Resultó un huerfanito al que, sin olérselas, le seguirían cuatro hermanitos.

En México, cuando menos en el Distrito Federal (nuestro ombligo nacional), agosto empieza despacito, pero termina con cierta violencia. Se hace más angosto. Cuando menos las calles. Se trata de las mamás en sus todoterrenos entregando a un hijito en la escuela a cambio de un sinnúmero de litros de gasolina.

Este 2007, ya lo hemos dicho en este espacio, es un año de muchísimos aniversarios. Poco se ha dicho, por ejemplo, de los 500 años de la aparición en un mapa europeo de 1507 de la palabra "América". Se trata de la versión femenina de Amerigo, de apellido Vespucci y usurpador del bautizo del continente (hemisferio) que habitamos. ¿Hubiéramos preferido "Columbia" o "Colonia" o "Cristoforlandia" o "Cristobalandia". Gracias, Amerigo. Más bien, gracias a un cartógrafo de Saint-Dié-des-Vosges apareció el nombre de América que luego fue difundido universalmente por Gerardo Mercator en sus mapas a partir de 1538.

Pasemos al segundo de los cuatro temas que abordaremos en este espacio. La semana pasada, precisamente el día 7 de este mes, Barry Bonds llegó a 756 jonrones, superando así a Hank Aaron, quien, a su vez, había roto la marca de 714 toletazos que estableció Babe Ruth en 1927. El jonrón es la marca más emblemática del éxito en el béisbol.

Desde 1947 he sido fiel seguidor de los Gigantes, ahora de San Francisco y antes de Nueva York. Otro aniversario. Tras casi cinco décadas Aaron superó a Ruth en 1974. Este año, en poco más de tres décadas, Bonds logró rebasar a Aaron. La marca de Bonds no perdurará más de un decenio. Ahí viene Alex Rodríguez, seguido por otros. A Bonds el gusto le sabrá a poco. El bien lo sabe.

En su día lo controvertido de la marca de Aaron -hoy reconocida por todos en Estados Unidos- fue que hubo mucha resistencia en aceptar que lo que hoy se denomina un *African-American* haya batido la marca de un blanco, por barrigón y patiestevado que haya sido. El problema con lo alcanzado por Bonds es que muchos creen que lo consiguió con la ayuda de esteroides. No estaban prohibidos cuando los usó (si es que lo hizo). También se dice que otros jonroneros exitosos recurrieron a ellos. Se habla de Mark McGuire y Sammy Sosa. Pero siempre habrá dudas. Lo que le conviene a Bonds, cuyo reinado será corto, es un acto de contrición que tanto les gusta a los estadounidenses que aún sueñan en un protestantismo que es capaz de perdonar. Barry tendrá que confesar públicamente su pecado y pedir perdón. Entonces sus 756 jonrones, y los que consiga hasta que se retire, serán reconocidos y su hazaña respetada.

Tema tres. Esta semana también se está conmemorando otro aniversario, lo que la BBC y otros medios llaman eufemísticamente: "la independencia" de India y Pakistán. En efecto, hace 60 años las autoridades en Delhi, empezando por los británicos y avalados por Mahatma Gandhi, aceptaron la partición de India. Nos dicen ahora que Pakistán obtuvo su independencia el 14 de agosto de 1947. Luego se nos recuerda que India se independizó el 15 de ese mismo mes. ¿Qué pasó?

India es un miembro originario de Naciones Unidas (ONU). En otras palabras era supuestamente un estado independiente en 1945 cuando firmó y ratificó la Carta de la ONU. Es más, en las pláticas que los soviéticos, estadounidenses y británicos sostuvieron acerca de los que serían los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, India fue mencionado de forma reiterada. Hoy se nos dice que logró su independencia en 1947, el 15 de agosto para ser exacto. En otras palabras, se independizó de Londres cuando ya era miembro de la ONU y un día después de la independencia de Pakistán. ¿Qué tal?

Tema cuatro. La cuestión más significativa para mí de lo ocurrido en las semanas recientes es lo relativo a Kosovo. Aquí el flamante primer ministro de Reino Unido parece haberse agarrado los dedos. De ello no se habla mucho. Gordon Brown, que de entrada anunció una renovada pasión por el multilateralismo (para distanciarse de Bush y Blair), tuvo un éxito fortuito en su primera aparición en la ONU. Ahí logró (así se dijo) que el Consejo de Seguridad decidiera enviar una fuerza para mantener la paz en Darfur. Como dirían en Madrid, a buenas horas mangas verdes. Ya veremos lo que pasa con dicha fuerza.

Lo que no se mencionó es que en las últimas semanas el tema de Kosovo ha dejado de ser multilateral. En manos de la ONU desde hace casi una década, Kosovo ha desaparecido de la agenda del Consejo de Seguridad a petición de Washington, París y Londres. La amenaza de un veto ruso animó a los "multilateralistas" a sacar el tema de la ONU. Se lo llevaron a otras instancias. Hay que negociar con Belgrado que, a su vez, está buscando su ingreso a la Unión Europea. Como diría *Cantinflas*, "Ahí está el detalle". ¿Hasta dónde apoyará Moscú a un Belgrado dispuesto a arrastrarse en aras de ingresar a la Unión Europea? ¿Hasta dónde están dispuestos a claudicar los aspirantes a la Unión Europea? Y, quizás más interesante, hasta dónde están dispuestos los miembros del Consejo de Seguridad a permitir que los grandotes se lleven las canicas a su casa.

El Consejo de Seguridad no es ciertamente un entorno cómodo para sus miembros, sean permanentes o no. ¿A qué le tiran los aspirantes? De la candidatura mexicana al Consejo hablaremos en nuestro próximo artículo.

¿Pa' qué?

13 septiembre 2007

México ha decidido mantener su candidatura (presentada por la administración anterior) a un puesto no permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para el bienio 2009-2010. Las elecciones serán en el otoño de 2008 en la Asamblea General. Para esa vacante que le corresponde al grupo latinoamericano y caribeño no hay hasta ahora otra candidatura que la mexicana.

Soy un creyente en el multilateralismo. En los foros internacionales una nación como la nuestra puede actuar con cierta independencia y acreditarse como un país más o menos serio. La ONU nos ha ofrecido un espacio que hemos sabido aprovechar, cuando menos en ciertas épocas y de la mano de algunos individuos.

Piensen en los temas económicos o en la agenda de descolonización. Recordemos, entre muchos otros, a Daniel Cosío Villegas y la calidad de los integrantes de su delegación a las reuniones del ECOSOC (Consejo Económico y Social de Naciones Unidas), hace ya medio siglo. Por esas mismas fechas se escuchaba con atención la voz de Eduardo Espinosa y Prieto en los debates sobre el colonialismo. En materia de desarme la política de México también fue reconocida y respetada internacionalmente.

Pero todo ha sido en función del campo en que jugamos, es decir, la cancha multilateral. Cuando bilateralmente más nos apretaban —y las presiones no sólo venían de Washington— nos escudábamos en los organismos internacionales para sentirnos más o menos independientes. Y creo que lo conseguimos con cierto éxito. Un ejemplo: la organización World Federalists, que propugna un gobierno mundial basado en valores universales, estudia el patrón de voto de los miembros de la ONU en la Asamblea General de la organización. Califica el comportamiento de las naciones en el foro más representativo de la comunidad internacional. Invariablemente nuestro país ha figurado entre los que han obtenido las mejores notas.

Tradicionalmente México ha favorecido a la Asamblea General por encima del Consejo de Seguridad de la ONU. La razón es muy sencilla. En 1946 fuimos, junto con Brasil, el candidato natural para ocupar uno de los dos puestos asignados a Latinoamérica. La experiencia no fue buena. El margen de maniobra en un órgano de composición tan restringida y tan dominado por las llamadas grandes potencias convenció a no pocos funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores que deberíamos privilegiar nuestra participación en la Asamblea. Nos ausentamos del Consejo de Seguridad hasta el bienio 1980-1981. Luego volvimos en 2002-2003. En ambos casos el canciller que promovió nuestra participación se apellida Castañeda. En 1980 llegamos al Consejo por accidente. Colombia y Cuba se habían enfrascado en una prolongada contienda electoral que, a la postre, ambos reconocieron que no podrían ganar y acordaron retirarse a favor de México. El gobierno de José López Portillo tuvo que decidir si aceptaba el ofrecimiento. El canciller Jorge Castañeda opinó que sí y, pese a la resistencia de Manuel Tello Macías, su subsecretario para asuntos multilaterales, entramos al Consejo por primera vez desde 1946. En ese mismo lapso Brasil había sido miembro en cinco ocasiones (10 años).

Castañeda argumentó que México tenía ya un peso específico en el orden mundial y podía y debía asumir responsabilidades como las que conlleva la participación en el Consejo de Seguridad. Para su fortuna el primer caso importante que tuvimos que enfrentar en ese enero de 1980 fue la invasión soviética a Afganistán. Ahí no hubo roce alguno con nuestro vecino. Los habría en otros temas como el Medio Oriente y África meridional.

En el bienio 1980-1981 el Consejo logró aprobar 38 resoluciones. Se registraron 19 vetos: siete de Estados Unidos, cuatro de Francia, otros cuatro de Reino Unido, tres de la Unión Soviética y uno de China. Fueron años de mucho brinco en el Consejo, sobre todo en 1981, el primero de la administración de Ronald Reagan.

Muy distinto fue el ambiente en el Consejo en el bienio 2002-2003. En esos dos años aprobó 135 resoluciones y hubo sólo cuatro vetos, todos ellos de Estados Unidos. El peso de éste parecía incontenible hasta que en marzo de 2003 no logró los nueve votos necesarios para que el Consejo respaldara su aventura en Irak. Alemania y Francia le negaron el apoyo y otros países, incluyendo el nuestro, hicieron lo mismo. No obstante, junto con Londres, Washington invadió a Irak. La postura adoptada por el presidente Vicente Fox en vísperas de esa invasión quizás haya sido el mejor momento de México en el Consejo. El peor fue en julio de 2002.

Son contadas las ocasiones en que los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad pueden actuar correctamente y distinguirse de los demás. Una de esas oportunidades nos llegó en julio de 2002. Recién entrado en vigor el Estatuto de la Corte Penal Internacional (CPI), Estados Unidos pidió al Consejo, conforme a una disposición del propio Estatuto, que el mismo no se aplicara a sus nacionales. Franceses, británicos y muchos otros proponentes de la CPI –anhelo secular por fin conseguido– montaron en cólera, pero muy pronto se calmaron y decidieron presentar un proyecto de resolución que suspendía la aplicación del Estatuto por un año y para todos los nacionales de estados no parte en el Estatuto. Como subsecretario encargado de la ONU y con el apoyo de nuestro representante ante el Consejo y todos los funcionarios de la secretaría que tenían que ver en el asunto, insistí en que votáramos en contra de semejante propuesta burlesca. El canciller Jorge G. Castañeda no aceptó mi sugerencia. No quería hacer enojar a Washington. Poco después presenté mi renuncia.

En diciembre de 2000, cuando Jorge G. Castañeda me preguntó qué me parecía nuestra candidatura al Consejo de Seguridad, le contesté lo mismo que le había dicho a su padre dos décadas antes: bien, siempre y cuando hagamos un papel decoroso. En 2002-2003 no lo hicimos.

Otoño en Nueva York

11 octubre 2007

Pese a que estamos en otoño en Nueva York han persistido hasta ahora las temperaturas de verano. La Asamblea General de las Naciones Unidas acaba de iniciar su sexagésimo segundo periodo de sesiones.

La presidencia de la pasada sesión de la asamblea recayó (apenas por tercera vez) en una mujer. Se trata de una distinguida jurista de Bahrein, Jequesa Haya Rashed Al Khalifa. La primera mujer en ocupar el cargo fue Vijaya Lakshmi Pandit, de India, en 1953, y la segunda fue la liberiana Angie Brooks en 1969. Resulta curioso que las tres hayan sido nacionales de países en desarrollo. En la ONU se habla mucho sobre la equidad de género, pero se hace poco.

Jequesa Haya se despidió de la Asamblea General el pasado 17 de septiembre con un llamado a sus 192 estados miembros. Los instó a que alzaran la antorcha del multilateralismo para resolver los grandes problemas que aquejan al mundo, empezando por la pobreza y la guerra.

El debate general de la asamblea dio inicio el 24 de septiembre en su formato más razonable, menos días y discursos más cortos. Comparto la tesis de que si no puedes decir lo que quieres en 15 minutos quizás sea mejor que no lo intentes.

Mientras tanto el Consejo de Seguridad, pese a la estridencia de la retórica de Washington, decidió posponer la discusión sobre las posibles sanciones en contra de Teherán por sus supuestas aspiraciones nucleares. Volveremos a ese tema más adelante. Además el consejo se hizo pato ante los excesos de las autoridades de Myanmar (antes Birmania). China, apoyada por fuera por India y Tailandia, logró que el consejo pasara en silencio (por ahora) las violentas represiones impuestas por Yangón (antes Rangún) a los disidentes. Un país con muchas materias primas codiciadas por otros siempre tiene con qué defenderse.

La última semana de septiembre fue un tanto agitada en esta ciudad. Han sido días de mucho calor y, con la presencia (y para algunos la insolencia) del presidente de Irán, Mahmoud Ahmadinejad, aumentó también la temperatura política.

Ahmadinejad participó en el debate anual de la Asamblea General. El día anterior había sido invitado a dar una plática en la Universidad de Columbia. Algunos medios de comunicación atacaron a la universidad. ¿Hubieran invitado a Hitler? La respuesta del encargado del evento fue que sí. “*Evil Weasel*”, decía el pie de foto de Ahmadinejad en la portada del *New York Daily News*. Hubo un buen número de inserciones pagadas por grupos judíos.

El presidente de la Universidad de Columbia recurrió a rudeza innecesaria al presentar al presidente de Irán. ¿Para qué invitas a un jefe de Estado si luego te la pasas insultándolo? Pero Ahmadinejad aguantó, aunque tampoco estuvo a la altura. Para algunos sus planteamientos fueron confusos y a veces sus respuestas dieron la impresión de un dirigente travieso. Además se le olvidó que era un foro académico. A pregunta expresa de uno de los estudiantes acerca del trato que recibía la comunidad gay en su país, dijo que en Irán no había homosexuales.

Irán sigue en la mira del presidente George W. Bush. A muchos en Washington les preocupa la posibilidad de otra guerra o cuando menos de ataques aéreos contra ese país. La Casa Blanca está barajando varias opciones. Una invasión se da casi por descartada ya que tendría que contar con el visto bueno del Congreso y además Estados Unidos no cuenta con el personal militar necesario. Se cree que un ataque contra las centrales nucleares iraníes tendría poco

éxito debido a su número y construcción. Otra posibilidad sería que Israel lanzara un ataque y, ante la posibilidad de represalias por parte de Irán, Estados Unidos saliera al quite.

En vista del debate sobre una guerra contra Irán, el director general del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) se apresuró a concluir un acuerdo con Teherán. Mohamed El Baradei calificó de “loquitos” (*crazies*) a los que en Washington abogan por una solución militar en Irán. El Baradei logró convencer a Teherán de permitir inspecciones de sus instalaciones nucleares y así demostrar al mundo sus intenciones pacíficas. Ello permitió al Consejo de Seguridad posponer el debate sobre la posible imposición de un régimen de sanciones hasta no recibir el informe del OIEA.

Ahmadinejad acaparó los medios de comunicación estadounidenses y casi nadie se enteró del debate de alto nivel en la ONU sobre el medio ambiente. Se habló mucho del calentamiento global, frase que para algunos podría ser un albur, pero Bush trató sin éxito de desviar la atención de Nueva York a Washington donde había invitado a un grupo de jefes de estado para discutir el mismo tema pero con un enfoque muy distinto.

Esa última semana de septiembre concluyó con la eliminación de los Mets de Nueva York de la postemporada de las grandes ligas de beisbol. Esos Mets protagonizaron lo que quizás haya sido la mayor debacle en la historia del deporte en esta ciudad.

A principios de este mes el calor no había amainado. Por esas fechas se cumplieron 40 años de la muerte del *Che* Guevara. El hotel Plaza llegó a 100 años y se conmemoraron los 50 del inicio de la era espacial (éste es, lo repito, un año de muchos aniversarios). ¿Recuerdan el *Sputnik*? Fue el primer satélite artificial. Pesó poco más de 80 kilos y quizás nunca un artefacto tan pequeño haya detonado una carrera armamentista (desde luego que tecnológica y científica también) tan costosa para unos cuantos países. Por más de una década puso de muy mal humor a los dirigentes en Washington. Luego Neil Armstrong cumplió la promesa del presidente John F. Kennedy y el viento cambió. En Nueva York seguía haciendo mucho calor, pero esta semana ha empezado a bajar la temperatura. El otoño está por llegar.

Carta de Bari

8 noviembre 2007

La conferencia de Pugwash sobre ciencia y asuntos mundiales se ha llevado a cabo en Italia, en este puerto sobre el Adriático con la mirada fija en Levante, aunque siempre se ha tenido que cuidar las espaldas. Ahí les va un poco sobre Bari y algo más sobre Pugwash.

Por aquí llegaron hace poco muchos albaneses como en siglos pasados, tras su fundación por los ilirios, arribaron o pasaron griegos, bizantinos, romanos, árabes, normandos, españoles, turcos y un sinnúmero de otros grupos étnicos. Aquí se mezclaron los pueblos y los estilos arquitectónicos.

Hace más de medio siglo que vine a Italia por primera vez. El paisaje es muy bello y quizás no haya otro país con tantas ciudades bonitas y pueblos atractivos. Cada rincón tiene su encanto. En visita tras otra me ha impactado también el papel de las motos y automóviles. Al igual que en México aquí ganaron o se impusieron los vehículos.

De los países de la ahora Unión Europea, Italia es sin duda uno en los que el peatón tiene menos derechos. Los conductores de vehículos suelen ser muy agresivos, un reflejo quizás de una actitud de valemadrismo a ultranza. Van a la suya. De ahí que tampoco tengan mucho sentido de lo que es la atención al público, lo que en otros países se conoce como una cultura de servicio. Por ello no debió sorprenderme estar esperando varios minutos en el mostrador de Alitalia mientras el agente platicaba por teléfono con su novia.

El peatón también es agresivo, pero cuando se pasea por la banqueta. No cede un paso. Pero al cruzar la calle se amansa ante los conductores de vehículos. Cede el paso a los coches, aunque hay algunos que aspiran a ser toreros y otros que muestran claras tendencias suicidas.

Bari tiene un gancho de alcance universal, cuando menos en Occidente. Se trata de Santaclós. La basílica de San Nicolás fue erigida a finales del siglo XI y fue dedicada a San Nicolás de Mira. Ese santo nació en Turquía y fue obispo de Mira. Hijo de una familia acomodada repartió cuanto tenía entre los pobres. Tenía la costumbre de hacer regalos a los niños y así empezó la tradición navideña.

Tras su muerte en el año 345 se convirtió en patrono de los rusos, griegos y turcos. Cuando los musulmanes invadieron Turquía un grupo de cristianos ortodoxos llevaron sus restos a Bari. De ahí que el día que visité la basílica me haya encontrado a unos peregrinos rusos.

Pugwash requiere de un Santaclós moderno. Su estado financiero no anda muy bien. Lo cierto es que hace mucho tiempo cuenta con un presupuesto muy pequeño. Requiere una fuerte inyección de fondos. Pero de ello no se ocupó la conferencia. El tema se trató en las reuniones del consejo de Pugwash, celebradas antes y después de la conferencia.

El desarme nuclear, que dio origen al movimiento Pugwash hace medio siglo, sigue siendo el plato fuerte de la agenda de sus reuniones. Los altibajos recientes en la relación entre Rusia y Estados Unidos fueron analizados en la conferencia. Las amenazas de Vladimir Putin de salirse de algunos tratados de desarme de interés para los europeos fueron examinadas a la luz de la necesidad de George W. Bush de tratar de dismantelar los acuerdos logrados entre Moscú y Washington en las últimas décadas y relanzar el proyecto de un sistema de defensa antimisiles que propugnó Ronald Reagan hace 20 años. Empero, con el fin de la *guerra fría*, Pugwash se ha ido adaptando a la cambiante situación internacional. Ya no se trata sólo de acercar a los físicos y otros científicos del bloque soviético con sus colegas occidentales. Ahora se examinan también muchos aspectos de la proliferación de armas de destrucción

masiva. De ahí que se dediquen sendas sesiones a lo que está ocurriendo en esta materia en Irán y Corea del Norte, así como en India y Pakistán.

Además Pugwash ha ido definiendo discretamente un papel nada desdeñable como mediador oficioso, facilitando el contacto entre partes que no se hablan. Lo ha hecho en el caso de Cachemira y sobre todo en los problemas del Medio Oriente. Pugwash ha servido de puente entre israelíes y palestinos, promoviendo el diálogo entre representantes de la sociedad civil para luego incluir en el proceso de acercamiento a funcionarios gubernamentales.

En Bari platicaron palestinos, israelíes, sirios, jordanos, egipcios, iraquíes e iraníes. Podría decirse, inclusive, que se llevaron bien. La idea de Pugwash es empezar con algunos modestos pasos para ir acercando a las partes en conflicto y luego involucrar a otros actores e ir subiendo el nivel de los participantes hasta llegar a juntar representantes de los gobiernos.

Un tema que ha reaparecido en las discusiones de Pugwash es el relativo a la energía nuclear con fines pacíficos. En años recientes ésta ha registrado un renacimiento. El precio del petróleo y los cambios climáticos la han vuelto a poner de moda. Desde luego que hay quienes se resisten a aceptar más y más centrales nucleares. Pero no cabe duda que muchos gobiernos y empresarios están pensando en el renglón nuclear para hacer frente a la crisis energética.

En lo personal he cambiado de opinión sobre el tema. De chamaco y en la preparatoria creí en las bondades de los “átomos para la paz”. Luego en Naciones Unidas seguí defendiendo el uso pacífico de la energía nuclear. Pero los accidentes en varias centrales nucleares, junto con los estudios que han ido apareciendo sobre la relación entre el costo y el beneficio de dicha energía, me han hecho cambiar de parecer.

Jorge Castañeda + 10

6 diciembre 2007

No sé si haya sido el más notable de los secretarios de relaciones exteriores de México del siglo XX. Pero sin duda Jorge Castañeda estuvo entre los dos o tres mejores. El próximo 11 de diciembre se cumplen 10 años de su muerte.

A Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa lo conocí en Nueva York a principios de la década de los años 50. Poco después se casó con Neoma Gutman y luego, todavía de adolescente, traté a sus hijos Jorge y Marina, así como al hijo de Oma, Andrés Rozental. A Castañeda lo vi esporádicamente hasta que ingresé al servicio exterior en 1970. Al año siguiente fui adscrito a Ginebra, donde él encabezó nuestra misión permanente. Ahí fue cuando lo empecé a tratar y ahí fue también donde en 1973 el personal tuvimos un enfrentamiento con él. Dejé de hablarme durante años.

En 1976, siendo subsecretario, tuvo que platicar conmigo, ya que yo era el secretario privado del entonces canciller Alfonso García Robles. En 1977 nuevamente dejó de hablarme. De ahí mi sorpresa cuando en 1979, recién nombrado secretario, Castañeda me llamó por teléfono para preguntarme si aceptaría ser su secretario particular. A partir de entonces cambió nuestra relación y acabamos siendo buenos amigos.

El 15 de mayo de 1979 Castañeda estaba en su casa preparándose para salir al aeropuerto. Iba a viajar a Ginebra para asistir a la comisión de derecho internacional de Naciones Unidas. Sonó el teléfono y un miembro del Estado Mayor Presidencial le anunció que el presidente José López Portillo lo quería ver esa misma tarde. Se resistió, aduciendo su viaje inminente, pero acabó acudiendo a la cita.

En Los Pinos coincidió con tres miembros del gabinete: su buen amigo Jesús Reyes Heróles, Ricardo García Sáinz y Santiago Roel. También se encontraban Enrique Olivares Santana y Miguel de la Madrid. Estos dos últimos, junto con Castañeda, estaban a punto de ser nombrados en lugar de los primeros tres: en Gobernación, Programación y Presupuesto y Relaciones Exteriores, respectivamente.

Castañeda desarrolló buena relación con López Portillo. Se estrenó con la visita de Fidel Castro a Cozumel el 17 de mayo y del presidente costarricense Rodrigo Carazo a Cancún el 20 de ese mes. Ahí se anunció el rompimiento de relaciones con el régimen de Anastasio Somoza. Así empezó el involucramiento activo de México en la búsqueda de soluciones pacíficas a los distintos conflictos centroamericanos, especialmente en Nicaragua y El Salvador. Con Francia se suscribió un comunicado sobre la guerra civil salvadoreña.

La suerte de los refugiados guatemaltecos en la frontera fue motivo de consternación para el canciller. Logró un acuerdo con el secretario de Gobernación para instaurar un trato más humano a esos refugiados. Aquí los subsecretarios Alfonso de Rosenzweig y Rodolfo González Guevara jugaron un papel clave.

En septiembre de 1979 Castañeda acudió a la Cumbre de los Países No Alineados en Cuba. Ahí anunció que México había reconocido a la República Árabe Saharaí.

Con Castañeda México volvió a ocupar un asiento en el Consejo de Seguridad. La decisión de participar nuevamente en el consejo la tomó López Portillo, pero después de una reunión insólita que retrata el profesionalismo de Castañeda. Al debatirse el tema, llevó a Los Pinos a su subsecretario encargado de la ONU, Manuel Tello Macías, quien nunca estuvo de acuerdo con el reingreso de nuestro país al consejo. Ante el presidente expuso sus razones. Luego

López Portillo confesaría que pensó estar en un gobierno sueco. ¿Cuándo un miembro de su gabinete hubiera hecho algo semejante?

Con Castañeda México también regresó a la comisión de derechos humanos (CDH) de la ONU. Nombró a su mentor Luis Padilla Nervo nuestro representante ante la CDH y a Antonio González de León su alterno. Ahí empezó una actividad en este campo que no ha cejado.

López Portillo le fue encomendando a Castañeda tareas que no suelen recaer en los cancilleres. Por ejemplo, le pidió que mediara entre el director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, y el secretario de Patrimonio, José Andrés de Oteyza, acerca de las exportaciones de petróleo.

En la SRE trató de recuperar el papel que en materia de relaciones económicas internacionales había perdido la cancillería tras la gestión de Antonio Carrillo Flores, el último secretario que presidió el consejo de comercio exterior. López Portillo le encargó los trabajos preparatorios de la cumbre de Cancún de 1981 que México organizó junto con el gobierno austriaco sobre las relaciones norte/sur. La lista de los países invitados tuvo que ser elaborada con mucho cuidado. Y habría ausencias notables. Ahí fue donde el canciller Castañeda tuvo que valerse de sus dotes diplomáticas para no enajenar demasiado a Fidel Castro, a la sazón presidente del movimiento de los países no alineados. Recuerdo las reuniones maratónicas con el comandante en La Habana. Tras sus tres años y medio de secretario pasó un sexenio como embajador en Francia y luego se jubiló. Tras la muerte de Oma, Castañeda se casó con Alicia Cabrera. Su última década de vida hubiera sido muy distinta sin ella. En esos años nos veíamos en París y Ginebra.

Al final de su vida sufrió varios desencantos familiares. A raíz de su participación un tanto crítica de la administración de Carlos Salinas en el coloquio de invierno en 1992, el subsecretario Andrés Rozental se ofreció para contestarle públicamente. Ahí terminó su relación con su hijastro. Peor fue la actitud asumida por su hijo Jorge, quien dejó de verlo los últimos años de su vida, escondiéndole inclusive a su único nieto.

La gestión de Jorge Castañeda como secretario de Relaciones Exteriores duró relativamente poco, pero sus éxitos fueron muchos. Hacia dentro fortaleció al servicio exterior de carrera y el papel de la cancillería en el gobierno. Hacia fuera mejoró la imagen de nuestro país.

One more year!

3 enero 2008

Dentro de un año el presidente George W. Bush estará haciendo sus maletas y dejará la Casa Blanca. Seguramente regresará a su rancho en Texas para retomar su vida de vaquero de parabrasas, como lo describió Vicente Fox. De caballos sabe poco, pero promueve su imagen de *cowboy*. Prefiere la silla de un todoterreno a la de un caballo.

Del Medio Oriente tampoco sabe mucho, pero en estos últimos meses, a instancias de Condoleezza Rice, su secretaria de Estado, ha venido tratando de resolver un problema que parece no tener solución. Hace un mes, en Annapolis, Maryland, logró reunir a casi todos los principales actores de la región, incluyendo a Arabia Saudita y Siria, pero excluyó a Hamas (que ahora manda en la Franja de Gaza). Irán tampoco participó.

Al igual que Bill Clinton, Bush ha decidido involucrarse en el Medio Oriente en las postrimerías de su mandato. De hecho, el único presidente estadounidense del último medio siglo que se interesó en la región desde el principio de su gobierno fue Jimmy Carter. Y tuvo éxito.

Bush no puede seguir en el poder. En un principio la Constitución estadounidense no fijó un límite al número de veces que una persona podía ser elegida a la presidencia. En 1947, tras las cuatro elecciones de Franklin Delano Roosevelt (FDR), el Congreso se apresuró a aprobar una enmienda constitucional que entró en vigor en 1951 limitando a dos los mandatos presidenciales. Pero el Congreso no limitó los mandatos de senadores y diputados.

George Washington fue elegido dos veces y sin oposición, pero se rehusó a aceptar un tercer mandato. Thomas Jefferson insistió en que ocho años eran suficientes. Y así se quedó hasta FDR. En años recientes se han presentado varias iniciativas en el Congreso para abolir la enmienda de 1947. Los incondicionales de Bush han insinuado en más de una ocasión que la lucha contra el terrorismo internacional requiere continuidad en el mando y que Bush debería seguir.

Algo de envidia le habrá ocasionado a Bush cuando ve lo que ocurre en el mundo. Dejemos de lado el intento de Hugo Chávez por modificar la Constitución venezolana, adecuándola a la estadounidense original, es decir, nada de límites al número de elecciones. ¿Qué pensará Bush de lo ocurrido en Argentina? El pasado 10 de diciembre Néstor Kirchner le entregó la banda presidencial a su esposa, Cristina Fernández de Kirchner. Ésta se convirtió en la primera presidenta de Argentina electa por voto popular.

Por esas fechas Vladimir Putin consumaba una travesura parecida para perpetuarse en el poder en Rusia. Proclamaba a Dimitri Medvedev como su sucesor en la presidencia y éste declaraba que nombraría a Putin como primer ministro el año entrante.

Hace 10 días en Uzbekistán, el presidente Islam A. Karimov fue elegido por tercera vez, aunque la Constitución de ese país, al igual que la estadounidense, estipula que sólo puede haber dos mandatos. ¿Cómo le hizo? Bush debe preguntarse dónde quedó la bolita. De hecho Karimov gobierna desde 1989 cuando asumió el cargo de secretario general del entonces Partido Comunista de esa república soviética.

En Siria la presidencia de los Assad parece ser hereditaria. El asesinato de Benazir Bhutto ha resultado en la elección, como copresidentes del Partido Popular de Pakistán, de su hijo y marido. En India los Gandhi (Nehru) llevan décadas al frente del Partido del Congreso.

En Estados Unidos no cantan mal las rancheras. De ser electa Hillary Rodham Clinton podría pasarse (otros) ocho años en la Casa Blanca. De ser así, la residencia presidencial habrá esta-

do ocupada por dos familias desde 1989 y hasta el 2017, 28 años entre los Bush (padre e hijo) y los Clinton (marido y mujer).

A muchos mandatarios estadounidenses les entra cierta prisa en cosechar logros al final de su administración. Eso es lo que llamo el síndrome de Mount Rushmore, esa montaña de granito en el estado de Dakota del Sur en la que esculpieron las caras de Washington, Jefferson, Lincoln y Theodore Roosevelt. Todo presidente le gustaría acabar ahí, en esa especie de escalera al cielo político, cuando menos de manera simbólica. De ahí la incursión de Bush en la problemática del Medio Oriente.

De haberlo querido, Nelson Mandela aún sería presidente de Sudáfrica. Al igual que Washington tuvo el tino de autolimitarse a dos mandatos. Vean lo que ocurre en Zimbabwe, donde Robert Mugabe se ha perpetuado en el poder.

Bush no podrá prolongar su presidencia. De ahí su búsqueda de cuestiones que le proporcionen un legado positivo. Pero escogió el Medio Oriente. ¿Por qué no hizo algo bueno en la reciente conferencia sobre cambio climático en Bali? Ahí está Al Gore con su Premio Nobel de la Paz. Tony Blair, ya lo hemos comentado en este espacio, tuvo una oportunidad única cuando llegó el momento de renovar el arsenal nuclear del Reino Unido. Pudo haber pasado a la historia como el pionero de un verdadero desarme nuclear.

Bush no ha escogido bien su escalera para llegar a Mount Rushmore. Pero por muchos éxitos que pudiera conseguir en el último año de su mandato, su legado será negativo: Irak y un déficit presupuestario en términos reales sin precedente.

¿A quién le vamos?

31 enero 2008

La campaña presidencial en Estados Unidos está resultando sumamente larga y cara. Las elecciones serán el 4 de noviembre. Para entonces los candidatos llevarán casi dos años en campaña. Por primera vez en 80 años no hay ni un presidente ni un vicepresidente en funciones entre los candidatos.

Hay caras nuevas y otras no tan nuevas. Hasta ahora no pocos se han quedado en la cuneta (por los demócratas, Dennis Kucinich, el gobernador Bill Richardson y los senadores Joseph Biden y Christopher Dodd; por los republicanos, Duncan Hunter, Fred Thompson, Sam Brownback, Jim Gilmore, Tom Tancredo y Tommy Thompson). La razón principal de su retiro es la falta de fondos.

Por los demócratas aún están en la contienda Hillary Rodham Clinton, Barack Obama, John Edwards y Mike Gravel. Por los republicanos siguen Mitt Romney, John McCain, Mike Huckabee, Ron Paul y Rudy Giuliani. Están listados por el número de delegados que tenían antes de la primaria de Florida. Hombre adinerado, Romney es el único candidato que no tiene que preocuparse por sus fondos de campaña. Simplemente firma un cheque personal. McCain, en cambio, podría ser víctima de las leyes que él mismo promovió acerca de los límites en la recaudación de contribuciones financieras para las campañas políticas.

En una de esas Estados Unidos podría tener la primera mujer presidenta, o un mormón o una persona de raza negra. El caso de Barack Obama es sin duda el más interesante, y ha sorprendido a muchos estadounidenses por su frescura, inteligencia y elocuencia. Es de lejos el más carismático de los candidatos.

Las elecciones presidenciales en Estados Unidos no son directas. Al presidente lo elige un colegio electoral compuesto de 538 miembros (un total equivalente a la suma de los 435 diputados y 100 senadores del congreso y tres representantes del Distrito de Columbia). Uno puede ganar el voto popular y perder la elección. Esta circunstancia ha ocurrido en varias ocasiones. La última fue en 2000, cuando Al Gore obtuvo más votos directos que George W. Bush pero menos votos electorales.

La elección a la primera magistratura del país más poderoso (por ahora) es tan importante que hace décadas se sugirió que el resto de los habitantes del mundo también deberíamos tener voz y voto en su designación. ¿Ya escogieron a su candidato para la Presidencia de Estados Unidos? Los no tan jóvenes del estado de Iowa ya lo hicieron el 3 de este mes y cinco días más tarde lo mismo ocurrió en New Hampshire. Bueno, no fue lo mismo. En New Hampshire fueron primarias, mientras que en Iowa se llevaron a cabo *caucuses* (reuniones de unos cuantos ciudadanos que deben discutir las bondades de los distintos candidatos y llegar a un endoso unánime). Luego siguieron otros estados (Michigan, Nevada, Carolina del Sur) y el pasado martes le tocó el turno a Florida. Pero el plato fuerte será el 5 de febrero, cuando estén en juego los votos de los electores de una veintena de estados.

¿Por qué una “veintena” y no un número preciso? Porque el proceso que cada partido sigue para designar a su candidato a la Presidencia no es idéntico. Se trata de un ejercicio supuestamente democrático que se antoja un tanto arbitrario. No es parejo. No todos los estados tienen primarias el mismo día para ambos partidos. Además, en algunos estados los candidatos se reparten los electores según los resultados de la votación. En otros el que gana se los lleva todos. En algunos estados no es necesario estar afiliado a un partido para votar en sus primarias. John McCain, por ejemplo, consiguió el voto de muchos de los llamados “independien-

tes”, personas que no están registradas como miembros del Partido Demócrata o el Republicano. En Florida, en cambio, sólo votaron los que tienen una credencial del Partido Republicano.

En esta ocasión algunos partidos han desafiado a escala estatal a sus dirigencias nacionales al tratar de adelantar las primarias para restarle importancia a Iowa y New Hampshire. Eso hicieron los demócratas en Florida y el comité nacional del Partido Demócrata anuló las primarias en ese estado.

Los estados que quieren adelantar sus primarias tienen algo de razón. ¿Por qué un grupo relativamente pequeño de electores en Iowa o New Hampshire tiene el privilegio de iniciar la campaña presidencial? En esos pequeños estados se ha acabado más de una aspiración presidencial.

Hay que insistir en que el sistema de primarias es muy caro, muy poco parejo y bastante absurdo. Si un partido quiere designar a su candidato a la Presidencia debería hacerlo mediante un proceso que respete a todos los aspirantes, con o sin dinero para los anuncios de televisión y otros mecanismos de propaganda. Los debates públicos también deberían brindar una oportunidad a todos de hacer valer sus ideas y propuestas. Hoy el sistema premia a los que tienen más fondos y, por ende, están más organizados.

¿Por qué no recortar la duración y gastos de las campañas presidenciales? Lo importante es que el electorado conozca a los candidatos, y ello se puede lograr en menos tiempo y con menores gastos. Mitt Romney invirtió más de 30 millones de dólares de su peculio en su campaña en Florida. Lo hizo para quedar en el primer lugar en la primaria para luego proyectarse como el favorito en las múltiples contiendas del próximo martes.

Lo ocurrido hace dos días en Florida es un duro golpe para Rudy Giuliani pero no despeja el horizonte para los republicanos. Giuliani decidió no presentarse en Iowa y New Hampshire, concentrando su tiempo y dinero en Florida. Para los demócratas, en cambio, los resultados del sábado pasado en Carolina del Sur arrojaron un saldo curioso. Barack Obama ganó de manera contundente. Los Clinton están nerviosos.

¿Ya tienen a su candidato?

Coronación postergada

28 febrero 2008

No, no me refiero al caso de Carlos, el príncipe de Gales. Aludo a lo que está ocurriendo en la contienda por la presidencia de Estados Unidos.

En las últimas semanas la situación dentro del Partido Demócrata ha cambiado radicalmente. Los bonos de la senadora Hillary Rodham Clinton están bajando y los del senador Barack Obama están subiendo. Éste ha cosechado una decena de victorias al hilo en las primarias recientes.

En el campo republicano el senador John McCain parece haber amarrado la postulación de su partido tras el abandono del ex gobernador Mitt Romney. Otro ex gobernador, Mike Huckabee, sigue en la pelea, pero aun ganando todas las primarias restantes no lograría el triunfo de su partido. Los republicanos más conservadores tendrán que aceptar al candidato de su partido.

En casi todas las primarias republicanas, el triunfador se queda con todos los delegados estatales. Los demócratas, en cambio, se los reparten proporcionalmente.

La semana pasada se asomó otro candidato, el eterno independiente Ralph Nader. Su impacto, si es que lo tiene, será en los comicios de noviembre. Hace cuatro años no logró ni siquiera el uno por ciento del voto.

En 2000, en cambio, sacó una votación más respetable, que le mereció apoyo al vicepresidente Al Gore y así logró afectar el resultado final. Sin los 100 mil votos de Nader (Bush supuestamente le ganó a Gore por escasos 500 votos) se hubiera evitado el circo electoral en Florida.

Pase lo que pase, por primera vez en la historia de Estados Unidos los candidatos de los dos principales partidos serán senadores en funciones.

En el campo demócrata aún están en juego varios factores. ¿A quién respaldaría John Edwards? ¿Qué harán los demócratas con las primarias fallidas de Florida y Michigan? ¿Qué papel tendrán los llamados superdelegados?

Edwards cuenta con el apoyo de varios grupos incluyendo buena parte de la clase obrera. Son grupos no muy distintos a los que apoyan (¿apoyaban?) a Hillary Clinton.

En Florida y Michigan el comité nacional del Partido Demócrata anuló las primarias porque las autoridades estatales habían adelantado las fechas de las mismas. Lo hicieron para que tuvieran mayor impacto en el proceso de selección del candidato. Clinton aventajó a Obama (quien no se presentó) y por supuesto quiere que cuenten en la convención nacional del partido, a celebrarse en agosto en Denver.

¿Y qué de los llamados superdelegados del Partido Demócrata? Son 842 personas que no han sido elegidas y que no están comprometidas formalmente con un candidato. Constituyen una quinta parte de los delegados necesarios para obtener la postulación del partido. Son miembros del comité nacional (muchos de ellos nombrados por el jefe del partido, Warren Dean), gobernadores, representantes y senadores en el congreso federal, ex presidentes (incluyendo a Bill Clinton) y mandatarios estatales del partido. Se inventaron para darle cierta estabilidad. Antes los dirigentes, como el alcalde de Chicago, Richard Daley, ejercían una influencia desproporcionada en la selección del candidato y se pensó, en la década de los años 70, que un grupo como los superdelegados velaría por el bien del partido.

Se supone que cada súper delegado tomará en cuenta el voto popular emitido en las distintas elecciones primarias. Pero Obama teme que no sea así. He ahí otro problema que habrá que resolverse.

En esta época de primarias hubo un error táctico de Rudolph Giuliani. Evitó los concursos iniciales en Iowa y Nueva Hampshire (y otros) para concentrarse en Florida. Ahí perdió y ahí se acabó.

Hillary Rodham Clinton, en cambio, se organizó y se organizó bien para competir en todas las primarias iniciales. Su meta era terminar victoriosa en las elecciones del llamado *super-martes*, el pasado 5 de febrero, y así amarrar su candidatura. Ahí invirtió sus recursos y esfuerzos, pero no fue coronada.

El viento cambió a causa del pegue que empezó a tener Barack Obama. Él siguió consiguiendo respaldos de demócratas prominentes y recaudando fondos mientras que ella tuvo que poner dinero de su peculio para seguir en la campaña. Perdió muy feo en Maryland, Virginia y el distrito de Columbia. Aún peor, Obama empezó a sacar más votos que ella entre los hombres blancos ya mayores y los electores de origen *hispano*. También consiguió el apoyo de muchas mujeres. Ya tenía el respaldo de los blancos adinerados, los afroestadunidenses y sobre todo de los jóvenes.

¿Qué hacer? La senadora por Nueva York decidió concentrarse en las primarias del próximo martes, 4 de marzo, dejando de lado Wisconsin y Hawai. Volvió a perder. ¿Tropiezo a la Giuliani?

El margen de maniobra de la senadora se ha reducido considerablemente en febrero. Eso se reflejará seguramente el próximo martes en las primarias de Rhode Island y Vermont y, sobre todo, en Ohio y Texas. No debe sorprendernos, por lo tanto, que en días pasados el número de golpes bajos en contra de Obama se haya multiplicado. Son actos de desesperación.

La senadora Clinton tendrá que triunfar por un buen margen en Ohio y Texas para conseguir el número suficiente de delegados para alcanzar a Obama. Si no lo logra quizás tenga que pensar en abandonar su campaña.

Hace un par de días me encontré a uno de los principales asesores en política exterior de la senadora Clinton. Lo conozco desde hace varias décadas. De entrada me dijo que para el 6 de marzo se quedaría sin chamba.

Cinco años miserables

27 marzo 2008

La semana pasada se cumplieron cinco años de la invasión y ocupación de Irak por Estados Unidos. Washington improvisó una coalición de una veintena de países, cuya participación, con excepción del Reino Unido, ha sido discreta, por no decir simbólica.

La fase inicial del intenso ataque militar duró poco menos de ocho semanas. Con la toma de Bagdad, el presidente George W. Bush pudo declarar en mayo de 2003: misión cumplida. ¿Recuerdan esa imagen de Bush a bordo de un portaviones, con los brazos alzados? Era todo sonrisas.

La invasión fue fácil, pero la ocupación ha resultado ser una pesadilla. ¿Cuál es el saldo actual de esta aventura de Washington?

El pasado domingo murieron cuatro soldados estadounidenses, elevando así a 4 mil el número de efectivos muertos. Reino Unido ha perdido 175, y el resto de la coalición, 173. El 97 por ciento de las pérdidas estadounidenses han ocurrido después de que Bush proclamó la victoria.

Las autoridades estadounidenses calculan que cerca de 100 mil civiles iraquíes han muerto. El total debe ser mucho más alto, ya que no hay fuentes de información fidedigna.

Además de los desaparecidos, hay millones de desplazados. En 2003 Irak tenía una población de alrededor de 26 millones. Una quinta parte de sus habitantes se ha desplazado internamente o ha buscado refugiarse en los países vecinos, sobre todo Siria y Jordania. Se trata de uno de los mayores movimientos de personas en décadas recientes.

¿Cuánto está costando la guerra en Irak? Algunos calculan que se gastan unos 100 mil millones de dólares por año. Empero, la suma final será mucho mayor. Antes de la guerra, el entonces secretario de defensa, Donald Rumsfeld, había dicho que costaría entre 50 y 60 mil millones de dólares. Cinco años después Washington dice haber gastado 10 veces esa cantidad. Pero también se queda corto.

Una cosa son los gastos en los presupuestos que periódicamente somete la Casa Blanca para la aprobación del Congreso; otra muy distinta son los gastos escondidos o invisibles, es decir, los que no aparecen en las cuentas oficiales. La contabilidad de estos últimos es precisamente lo que analizan Joseph E. Stiglitz y Linda J. Bilmes en su libro que acaba de ser publicado: *The three trillion dollar war: the true cost of the Iraq conflict*.

Se trata de aquellas erogaciones que no aparecen en la contabilidad gubernamental. Por ejemplo, no se habla de los incentivos monetarios que se ofrecen para reclutar a más soldados. Tampoco se toma en cuenta el costo de rehabilitar a los efectivos heridos.

El tema de Irak ha incidido, aunque poco, en la campaña presidencial en Estados Unidos. Es obvio que la crisis económica y financiera de ese país preocupa más al electorado. Pero los candidatos se han apresurado a definir lo que sería su política hacia Irak. Desde luego que no es lo mismo hablar en campaña que actuar una vez en la Casa Blanca.

El senador John McCain, quien acaba de hacer un viaje al Medio Oriente, está satisfecho de la posición que asumió hace un año, cuando todos daban por muerta su candidatura. En 2007 McCain apoyó (él diría que fue su idea) un importante incremento en el número de efectivos estadounidenses (el llamado *surge*) para mejor controlar ciertas regiones y barrios de Bagdad y convencer a la población de la bondad de la presencia militar estadounidense. Según Bush y el artífice del plan, el general David Petraeus, la situación en Irak ha mejorado notablemente

en el último año. Los bombazos son menos y las muertes también han disminuido. Pero aún hay lugares donde no se notan los efectos del llamado *surge*.

Los candidatos por el Partido Demócrata, en cambio, abogan por un pronto retiro de las tropas de Irak. El senador Barack Obama, que se opuso a la guerra desde un principio, ha dicho que, de llegar a la Casa Blanca, ordenará el retiro inmediato de las tropas. Dicha posición tiene el apoyo de la mayoría de los demócratas.

Cuando la senadora Hillary Clinton se percató de lo anterior, cambió su posición. En un principio propuso un retiro escalonado, que se llevaría a cabo en varias etapas, empezando varios meses después de asumir la presidencia. Ahora ha adoptado una posición casi idéntica a la del senador por Illinois.

En este último año de la administración de Bush se debaten dos cuestiones: el retiro de Irak de las fuerzas de la coalición, y un posible ataque aéreo a Irán para destruir sus instalaciones nucleares. La insistencia de algunos en Washington de atacar Irán llevó al almirante William J. Fallon, el comandante de las fuerzas estadounidenses en el Oriente Medio, a renunciar a su cargo el pasado 11 de marzo. Simplemente no estaba de acuerdo con aquellos políticos que insisten en bombardear Irán.

Uno de esos políticos es el vicepresidente Dick Cheney. En su recorrido por el Medio Oriente, el domingo pasado, Cheney se entrevistó con varios dirigentes israelíes. Desayunó con el líder de la oposición, Benjamin Netanyahu, pero no hablaron de la deplorable situación de los palestinos en los territorios ocupados. El tema que dominó su conversación fue Irán, cuestión predilecta de estos dos políticos *halcones*.

En este año de campañas presidenciales el electorado estadounidense está más interesado y preocupado por cuestiones internas. Está buscando a un candidato que mejore la economía y resuelva la cuestión del desempleo. También quiere que se reduzcan los gastos médicos, que se proteja el medio ambiente, que baje el costo de la energía y que se reforme el sistema educativo. Estas son algunas de las cuestiones en que la administración de Bush ha sido un rotundo fracaso.

Entre la crisis económica y la situación en Irak, el nuevo presidente de Estados Unidos tendrá un difícil, por no decir imposible, inicio de gestión.

Politizar el deporte

24 abril 2008

El próximo octubre se cumplirán 40 años de la matanza de Tlatelolco y de los Juegos Olímpicos en nuestra ciudad. El 3 de octubre de 1968 los medios de comunicación dieron cuenta, con distintos grados de imparcialidad, de lo ocurrido el día anterior en la Plaza de las Tres Culturas. Los gobiernos extranjeros, el movimiento olímpico y la sociedad civil internacional reaccionaron tímidamente y los juegos fueron inaugurados el 12 de octubre. El Comité Olímpico Internacional (COI) se reunió brevemente para considerar la cancelación de los juegos. Decidió no hacer nada.

Hoy la reacción de la opinión pública mundial hubiera sido muy distinta. Muchos países hubieran cancelado su participación. En 1968 nada de ello ocurrió. Lo que sí conmovió a la opinión pública fue el gesto de desafío de dos atletas negros (hoy *afroamericanos*) estadounidenses. Al recibir las medallas de oro y bronce en los 200 metros planos, Tommie Smith y John Carlos alzaron el puño con guante negro para proclamarse en favor del poder negro (*Black power*). El COI, que no había dicho nada sobre lo ocurrido en Tlatelolco, decidió prohibir de por vida su participación en los Juegos Olímpicos. Avery Brundage, presidente del COI, consideró que una manifestación política no tenía cabida en un foro internacional olímpico.

Los Juegos Olímpicos siempre han tenido un aspecto político, a veces más, a veces menos. La designación de la sede de los juegos es un acto altamente político (y comercial). Los de 1916 iban a ser en Berlín, pero se atravesó la Gran Guerra. Luego, en 1931, el COI volvió a escoger a Berlín. Con ello quiso enviar una señal de que Alemania había regresado a la comunidad de naciones tras su aislamiento después de la Primera Guerra Mundial. Los juegos de 1936 resultaron ser los más politizados de la historia.

Con la llegada al poder de Adolf Hitler en 1933 surgió un movimiento en Europa y Estados Unidos para boicotear los juegos de 1936. Hitler no fue un gran entusiasta de los juegos, pero su ministro de propaganda, Joseph Goebbels, consideró el evento como una oportunidad única para dar a conocer “las bondades” del régimen nazi. El debate en Estados Unidos fue particularmente intenso. En un principio el presidente del comité olímpico estadounidense, Avery Brundage (los funcionarios vinculados a los Juegos Olímpicos suelen eternizarse en los cargos directivos), estuvo a favor de un boicot. Luego, sin embargo, tras un viaje VTP a Berlín en septiembre de 1934, aceptó la participación de los atletas estadounidenses. Pero tuvo que hacer frente a una vigorosa oposición de grupos judíos, sindicatos, agrupaciones de universitarios y no pocos atletas. ¿Su argumento? Los Juegos Olímpicos son para los atletas, no para los políticos.

Los Juegos Olímpicos han sido boicoteados por algunos países en dos ocasiones. En 1980, a raíz de la invasión de Afganistán por la Unión Soviética, el presidente Jimmy Carter ordenó a los atletas estadounidenses no acudir a Moscú. Otros siguieron el ejemplo. La Unión Soviética no tardó en reciprocarse y, junto con sus aliados, no asistió a Los Ángeles. En ambos casos los perjudicados fueron los atletas.

Se dice que el llamado espíritu olímpico busca crear un mejor mundo y en paz mediante la comprensión, la amistad, la solidaridad y el *fair play*. Se supone que es un movimiento ajeno a la política que busca enaltecer los valores más dignos de la humanidad. Pero poco de lo anterior se palpa en los propios Juegos Olímpicos. Para empezar, se compete en función del Estado-nación. En la ceremonia inaugural se agrupa a los atletas bajo sus respectivas banderas

nacionales. No pocos de los individuos triunfadores se envuelven literalmente en la bandera de su país. Los resultados se listan por nación y lo que empieza como una victoria de un individuo se convierte muy pronto en una contienda entre estados.

En estos días se está volviendo a poner a prueba el espíritu olímpico. En la medida que nos vamos acercando a los juegos de Pekín, a celebrarse la primera quincena de agosto, se han venido intensificando los intentos por presionar en varios frentes al gobierno chino. Es comprensible que haya opositores, dentro y fuera de China, que quieran aprovechar la coyuntura de los juegos para tratar de arrinconar al gobierno chino.

En una primera instancia sus críticos se concentraron en la crisis humanitaria en Darfur. Como el socio comercial más importante de Sudán, se exigía a China que presionara al gobierno de Jartum para que pusiera fin al conflicto militar en la región occidental de ese país.

Desde finales del año pasado, un pequeño grupo de activistas, incluyendo a la actriz Mia Farrow, proclamaron los juegos de Pekín como la Olimpiada del genocidio por las atrocidades que siguen ocurriendo en Darfur. Por esa misma razón en febrero Steven Spielberg renunció al cargo de director artístico de la ceremonia inaugural de los juegos. Pero no es fácil poner al gobierno chino contra la pared. Luego apareció y persiste la cuestión del Tibet. ¿Hasta dónde estarán dispuestos a llegar los disidentes tibetanos dentro y fuera de Tibet? Ya hubo un primer conato de violencia que las fuerzas chinas lograron controlar sin demasiada violencia. En India también ha habido manifestaciones vigorosas.

Por otra parte, el paseo de la llama olímpica por el mundo ha dado pie a incidentes, unos más violentos que otros. A raíz de lo anterior, el presidente francés Nicolas Sarkozy anunció que no asistiría a la ceremonia inaugural a menos que Pekín permitiera la presencia de los medios de comunicación en Tibet y entablara un diálogo con el Dalai Lama. Éste ha aconsejado calma a sus seguidores, quienes no parecen estar dispuestos a hacerle caso. Si hay un enfrentamiento violento en Tibet, la respuesta del COI no será la misma que hace 40 años.

El deber (¿obligación?) de proteger

22 mayo 2008

Supongamos por un momento que en algún país se ha desatado, por razones políticas, religiosas o étnicas, una intensa violencia entre diversos grupos de la población. El gobierno de ese país no quiere o no puede restablecer el orden. La situación se va agravando y la comunidad internacional (léase el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas) por fin empieza a examinar el caso. Ciertos miembros del consejo abogan por una intervención militar por razones humanitarias; otros invocan el principio de no intervención consagrado en la Carta de la ONU.

Sobre este principio la Carta dispone que la ONU no podrá intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los estados. Aquí la palabra clave es el adverbio “esencialmente”. Y es precisamente en torno de esta disposición que la opinión de la ONU ha venido evolucionando en las últimas décadas.

En teoría el Consejo de Seguridad puede autorizar el uso de la fuerza para contrarrestar una agresión. Así lo hizo en noviembre de 1990 en contra de Irak tras su invasión de Kuwait. También puede recurrir a medios militares para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales. ¿Qué constituye una amenaza a la paz y seguridad internacionales? En marzo de 2003 Estados Unidos trató sin éxito de convencer al Consejo de Seguridad de que la supuesta existencia de armas de destrucción en masa en Irak constituía una tal amenaza. De ahí la decisión de Washington, con el apoyo de Londres, de actuar sin la autorización del Consejo de Seguridad.

En los últimos 20 años ha venido evolucionando el concepto de la intervención con fines humanitarios. La idea ha ido ganando adeptos y su origen puede encontrarse en la consternación de la comunidad internacional ante las muertes causadas por el hambre en Biafra. En 1967 esa región oriental de Nigeria se proclamó independiente y se desató una guerra civil que duró hasta 1970. Hubo un millón de muertos, muchos de ellos por hambre. A raíz de esa catástrofe humanitaria y de la impotencia de la comunidad de proporcionar ayuda a los habitantes de Biafra se fundó en Francia una organización no gubernamental llamada Médecins Sans Frontières. Uno de sus fundadores fue Bernard Kouchner, hoy ministro de Relaciones Exteriores de Francia. La meta de la organización es promover el derecho a la intervención humanitaria.

Con el tiempo la ONU hizo suya la idea de que existe un derecho de intervenir por razones humanitarias. Aquí se ha intensificado el pleito entre los que defienden ese tipo de intervención y los que abogan por la soberanía del Estado aun en casos de una crisis humanitaria.

En 2001 Canadá propuso que más que un deber o derecho de intervenir por razones humanitarias existe la obligación o responsabilidad de hacerlo. La ONU aceptó la propuesta que ahora figura en las conclusiones de la cumbre de 2005. Ahí se habla de la responsabilidad de proteger a las poblaciones del genocidio, los crímenes de guerra, la depuración étnica y los crímenes de lesa humanidad. Es más, los miembros de la ONU declaran estar dispuestos a recurrir a medios diplomáticos, humanitarios y otros medios pacíficos apropiados para ayudar a proteger a las poblaciones de esos crímenes. Pero de no surtir efecto dichos medios pacíficos, el Consejo de Seguridad podría recurrir al uso de la fuerza militar.

Ahí no se habla de violaciones de derechos humanos o de las consecuencias de los desastres naturales. Empero lo ocurrido en Myanmar (Birmania) a últimas fechas ha dado pie a una interpretación mucho más amplia de esa responsabilidad de proteger.

El próximo sábado se cumplen tres semanas desde que el ciclón *Nargis* asoló Myanmar (Birmania). La junta militar que dirige el país desde hace dos décadas rehúye los contactos con el exterior y permite con cuentagotas la entrada a extranjeros. Su reacción inicial ante el desastre natural fue predecible. Aquí –dijeron los militares– nos encargamos nosotros. Pese a la dimensión de la tragedia humana, no aceptaron la ayuda que la comunidad internacional puso de inmediato a su disposición. Luego empezaron a permitir la entrada de un poco de ayuda, mas no de los funcionarios internacionales encargados de su distribución.

La cerrazón del gobierno militar fue fuertemente criticada por la comunidad internacional. Hoy se calcula que ha habido más de 100 mil muertos y habrá muchos más cuando empiecen las epidemias entre los sobrevivientes.

El secretario general de la ONU insistió en la necesidad de que la ayuda humanitaria pudiese llegar a las víctimas. Pero Ban Ki-Moon conoce muy bien los temores de la junta militar de Myanmar. Ésta teme que, bajo la bandera de la ayuda humanitaria, se busque intervenir políticamente para cambiar al régimen. De ahí la cautela con que ha ido actuando el secretario general. Apenas hoy iniciará una visita a la zona del desastre.

La reacción de algunos países ha sido mucho más vigorosa. Ante la lentitud de las acciones del gobierno de Myanmar y su rechazo a la ayuda internacional ofrecida, Francia observó que lo que estaba haciendo o dejando de hacer ese gobierno podría convertirse en un crimen de lesa humanidad. Reino Unido también ha sido muy crítico de la junta militar.

Francia llegó a proponer que se entregara la ayuda humanitaria por la fuerza y sin el permiso del gobierno de Myanmar. Apenas una cuarta parte de las víctimas ha recibido ayuda. Se calcula que son más de 2 millones de personas que requieren auxilio.

Finalmente, el pasado lunes el gobierno de Myanmar aceptó que sus vecinos del sureste asiático coordinaran la ayuda extranjera destinada a las víctimas del ciclón. Esa decisión fue en parte una concesión a la presión internacional encabezada por París.

China, Inc.

19 junio 2008

Pocos países han cambiado tanto en tan poco tiempo como China. En menos de tres décadas ha pasado de tener una economía centralizada y planificada a una con muchos elementos de una economía abierta y de mercado. Es cierto que los cambios han beneficiado a una minoría de sus mil 300 millones de habitantes y que aún falta mucho por recorrer en el renglón político y social.

El otorgamiento de los juegos olímpicos de este año fue, en parte, un reconocimiento a la apertura económica del país más poblado del orbe. Lo ocurrido recientemente dentro y fuera de Tíbet es un recordatorio de los múltiples problemas políticos y sociales que aún enfrenta China. Empero, también hay indicios de cambio en esta esfera. La reacción del gobierno ante el terremoto que azotó buena parte de la provincia de Sichuán el pasado 12 de mayo es un ejemplo de ello.

Tras el terremoto de 1976 en Tangshan, al noreste del país, Pekín optó por una política muy distinta. Tardó en anunciar los efectos del sismo, el más poderoso del siglo pasado, y declinó toda ayuda de rescate del exterior. Nunca se sabrá con certeza el número de víctimas que se calculan entre 250 y 750 mil. Ahora, en cambio, el gobierno no sólo actuó con celeridad, sino que mantuvo informada a la población. Lanzó una enorme operación de rescate y empezó a prepararse para hacer frente a las secuelas del sismo y las amenazas de las inundaciones que podrían seguir. Es más, aceptó de inmediato el auxilio extranjero y permitió la presencia de los medios internacionales de comunicación. La comparación con lo ocurrido en la tragedia de Myanmar es inevitable.

Los embates de la naturaleza continúan en China. El río Amarillo está crecido provocando inundaciones y la evacuación de más de un millón de personas. Es como si, de un día para otro, se pidiera a los habitantes de Puebla que salieran de la ciudad. Para algunos observadores los desastres naturales han servido para relegar a segundo plano la cuestión del Tíbet en vísperas de los juegos olímpicos.

China ha cambiado mucho en estos últimos 20 años. Su crecimiento económico ha sido espectacular, sus obras de infraestructura no tienen precedente y su acumulación de capital la ha convertido en una potencia financiera. Ha optado por abrirse a las inversiones extranjeras a la vez que busca colocar parte de su capital en el exterior.

Por un azar profesional me tocó ser testigo del inicio de esos cambios en materia de política económica. Hace dos décadas me correspondió presidir en las Naciones Unidas lo que resultó ser la última etapa de un proceso de negociación sobre un código de conducta para las empresas transnacionales. Dicho esfuerzo habría de fracasar. Se buscaba acotar el poder político de esas empresas en los países en que operaban y asegurar que parte de sus ganancias se quedarían en esos países. La propuesta de dicho código la había formulado el gobierno de Salvador Allende en 1972.

Lo ocurrido en Chile al año siguiente sólo sirvió de aliciente para avanzar en este campo. Tras encomendarle a un panel de expertos un estudio preliminar sobre un código de conducta para dichas empresas, la ONU estableció una comisión encargada de negociar dicho código. Esa comisión sesionó de 1975 a 1990. Asumí la presidencia de la comisión en 1985. Pese al apoyo de una gran mayoría de los miembros de la ONU, no fue posible concluir con éxito sus trabajos.

Eran dos los países que más se opusieron abiertamente al código de conducta: Estados Unidos y Reino Unido. Pero había un grupo de naciones que tampoco lo querían, aunque su rechazo fue discreto, ya que los delegados de Washington y Londres se encargaron de enterrarlo. Hacia 1989 pedí a esos delegados que entregaran un texto que fuera aceptable para ellos. Lo hicieron y cuando presenté el documento al pleno de la comisión se rehusaron a aceptarlo. Simplemente no querían un código de conducta para sus empresas trasnacionales.

Para entonces (1988-1990) muchos países en desarrollo habían empezado a cambiar su política económica, buscando, a como diera lugar, las inversiones extranjeras directas. Para mi sorpresa uno de esos países era China, que durante años había defendido el código de conducta para las trasnacionales. Recuerdo que el delegado de ese país, a quien conocía bien, me confesó que las cosas habían cambiado. Valiéndome de nuestra amistad le dije que la República Popular de China se había convertido en la república popular de Bloomington's.

Recuerdo también haberle comentado a mis colegas de nuestra delegación que quizás llegaría el día en que Estados Unidos empezaría a exigir ciertas reglas para las inversiones extranjeras en su país, resucitando así la necesidad de un código de conducta para las empresas trasnacionales. Y parece que así está ocurriendo.

En los años recientes China ha dado pasos importantes para convertirse en uno de los principales inversionistas en el mundo: sus reservas son del orden de mil 300 millones de dólares. En 2007 creó la Corporación de Inversiones de China (CIC) con un capital inicial de 200 mil millones de dólares. La CIC invierte por todo el planeta y ha sido especialmente activa en Estados Unidos, cuidando mucho en qué sectores participa.

Recientemente la CIC se ha topado con cierta resistencia del gobierno de Washington. Éste se ha quejado de algunas inversiones en sectores que considera de importancia para su seguridad nacional. Otros países europeos se han quejado de lo mismo, aunque los potenciales inversionistas son asiáticos y de Medio Oriente. Se trata de los llamados fondos de riqueza soberana y Estados Unidos ya ha dado aviso de que quiere unas reglas más claras que se aplicarían a esos fondos.

China, por su parte, se queja de las medidas proteccionistas que quiere implantar Estados Unidos. Hace escasos quinquenios Washington criticaba a Pekín de su falta de apertura económica. Hoy los papeles parecen haberse invertido.

Zimbabwe, R. I. P.

17 julio 2008

A Cecil John Rhodes se le recuerda principalmente por el programa de becas que se instituyó tras su muerte en 1902. Son estupendos estipendios para que unos 90 estudiantes provenientes de las ex colonias británicas se pasen uno o dos años estudiando en la universidad de Oxford. Rhodes fue un egresado de esa universidad aunque tardó muchos años en recibirse debido a sus constantes viajes al África meridional.

Los fondos de dicho programa provienen de la fortuna que Rhodes amasó en la explotación de las minas de diamantes en África meridional. Fundó la De Beers Mining Company. Luego logró monopolizar la producción de diamantes Kimberely y acabó encabezando una empresa que, se decía, contaba con el mayor capital del mundo. Sus derechos de explotación de los diamantes los obtuvo de la British South Africa Company y acabó controlando un inmenso territorio que llevó su nombre. Durante décadas lo que hoy son Zambia y Zimbabwe se conoció como Rhodesia.

A Robert Gabriel Mugabe se le recordará como un dictador que trató de arrojarse en un proceso democrático fallido. Poco se dirá del luchador por la independencia de Rhodesia del Sur (Zimbabwe), del dirigente de la Unión Nacional Africana de Zimbabwe, del prisionero político y del triunfador en 1980 en las primeras elecciones de un Zimbabwe independiente. Más bien se recordará a un hombre que se engolosinó con el poder y acabó por hundir a su país política y económicamente.

Zimbabwe es un caso distinto a las decenas de colonias británicas en África. Éstas accedieron a la independencia en los años sesenta mientras que Rhodesia del Sur quiso seguir el ejemplo de Sudáfrica y consolidar un régimen dominado por una minoría blanca encabezado por Ian Smith. El desafío de Smith duró poco debido, en parte, a las presiones de Londres.

Cuando Zimbabwe alcanzó su independencia en 1980 muchos pensamos que lograría evitar los errores de no pocos países africanos que lo precedieron en ese camino.

La guerra fría influyó de manera negativa en el desarrollo político y económico de las nuevas naciones africanas. A final de cuentas mucho dependió de la personalidad de sus primeros dirigentes. Julius Nyerere en Tanzania supo dejar el poder a tiempo para asegurar un sistema más o menos democrático y evitar los excesos de otros dirigentes con tendencias dictatoriales.

En Zimbabwe Robert Mugabe empezó relativamente bien. Respetó a la minoría blanca, un pilar económico indispensable. Sin embargo, muy pronto empezó a atacar a sus rivales políticos, imponiendo un sistema autoritario basado en la lealtad del ejército y en medidas demagógicas que acabaron hundiendo el país en la miseria. Fue especialmente feroz en contra de los habitantes blancos. Con ello acabó con la agricultura de su país.

Sus triquiñuelas políticas se convirtieron en fraudes significativos. Así, al perder las elecciones presidenciales del pasado 29 de marzo, manipuló los resultados para evitar que el líder del movimiento para un cambio democrático, Morgan Tsvangirai, obtuviera la mayoría absoluta y así asegurar una segunda vuelta el 27 de junio en la que acabó siendo candidato único.

La situación en Zimbabwe ha servido para confirmar la tibieza con que los dirigentes africanos reaccionan ante los excesos anti democráticos de sus colegas. Poco se puede esperar de la Unión Africana. Más de la mitad de sus miembros son producto de procesos poco democráticos. Los vecinos de Zimbabwe tampoco han reaccionado con energía. El caso de Sudáfrica es

especialmente preocupante. El presidente Thabo Mbeki ha optado por un bajo perfil, insistiendo en la búsqueda de una solución negociada entre Mugabe y la oposición. Pero ¿cómo se puede negociar con alguien que ha robado una elección?

Se dice que Mbeki no quiere violentar su relación con Mugabe. Se trata de una relación muy personal y bastante complicada. Mbeki considera a Mugabe como su mentor en su lucha contra el régimen de *apartheid* en Sudáfrica y en la organización de sindicatos.

La crisis en Zimbabwe también ha incidido en la relación entre Rusia y los países occidentales, especialmente Estados Unidos y Reino Unido. La semana pasada las cosas se complicaron dentro del G-8 (el G-7 más Rusia). Todo parecía encaminado a lograr una posición común en el consejo de seguridad de las Naciones Unidas tras la declaración conjunta del G-8 el 8 de julio en la cumbre de Japón. Ahí se habla de la crisis humanitaria que Mugabe causó al recurrir a la violencia en contra de los miembros de la oposición y de los que se atrevieran a no votar por él en la elección ilegítima que organizó para permanecer en el poder; se apoyan los esfuerzos de las distintas organizaciones africanas; se habla del nombramiento de un enviado especial de la ONU para facilitar la mediación entre Mugabe y la oposición y se deja entrever la posibilidad de sanciones económicas y financieras en contra de los responsables de la violencia en Zimbabwe.

Tres días después, el 11 de julio, el consejo de seguridad tuvo que pronunciarse sobre un proyecto de resolución coauspiciado por Estados Unidos, Francia y Reino Unido, entre otros. Dicho proyecto reiteraba lo acordado por el G-8 en Japón e imponía una serie de sanciones comerciales y financieras a Zimbabwe y los individuos responsables de la violencia. Es más, declaraba que la situación en ese país constituía una amenaza a la paz y seguridad internacionales en la región. Esto último resultó inaceptable para cinco miembros del consejo de seguridad. China, Rusia, Libia, Sudáfrica y Viet Nam votaron en contra. Indonesia se abstuvo y nueve países apoyaron el proyecto.

El veto chino no se hubiera dado sin el veto ruso. Londres y Washington deploraron esa acción de Moscú y declararon que su socio en el G-8 no era confiable. Los países occidentales quizás se excedieron al invocar las disposiciones de la Carta de la ONU que pueden derivar en una acción militar.

Por el momento, ahí sigue Mugabe.

Por Dios, por la patria y el rey

14 agosto 2008

Arrancaron los juegos olímpicos de Pekín. En la ceremonia inaugural desfilaron los más de 200 países (no todos son independientes) que participan en esta competencia deportiva cuatrienal. Cada contingente lo encabeza una persona que porta la bandera nacional. Detrás de cada bandera hay un mundo de historias personales.

En teoría los atletas participan individualmente, pero en la práctica lo que cuenta es el medallero, que se contabiliza por países. Con excepción de algunos casos notables, como puede ser el nadador Michael Phelps, el individuo es olvidado y lo único que se recuerda es el número de medallas que acumula un país.

Hay quienes critican a algunos participantes por no considerarlos representantes genuinos de la nacionalidad que ostentan. Es un debate que abarca muchos aspectos del deporte en el mundo. Pensemos en lo que ocurre hoy en México en torno a los futbolistas naturalizados y su eventual inclusión en la selección nacional. Aquí también se discute la pregunta de cuáles deben ser los criterios para escoger a los integrantes de una representación deportiva nacional.

En las Olimpiadas el atleta participa como individuo o parte de un grupo. Es seleccionado por un comité nacional que, se supone, es independiente del gobierno respectivo. En un principio sólo podían participar deportistas aficionados (amateur). Con el tiempo, y durante la presidencia del Comité Olímpico Internacional de Juan Antonio Samaranch las cosas cambiaron y se abrieron las puertas a deportistas profesionales.

Samaranch argumentó con éxito que las Olimpiadas deberían reunir a los mejores atletas, incluyendo a los profesionales. Ahí tienen a los tenistas y futbolistas y los practicantes de muchos otros deportes. Lo que muchos de estos atletas dejan de ganar durante su participación en Pekín lo recuperan mediante endosos de marcas comerciales.

En las últimas décadas ha aparecido otra tendencia, que pone en tela de juicio la idea de organizar las Olimpiadas por equipos nacionales. ¿Quién tiene derecho a ponerse la camiseta de un país? Aquí podríamos entrar en una discusión acerca de cómo se adquiere la nacionalidad.

En el caso de las Olimpiadas se han venido multiplicando los ejemplos de lo que algunos llaman atletas tráfugas, mientras que otros defienden su amor al arte, considerando a los Juegos Olímpicos como un festival deportivo internacional, más que una prueba que exige involucrase en la bandera.

A Becky Hammon le gusta jugar basquetbol. Desde chamaca en su natal Dakota del Sur quiso destacar en el baloncesto. Y lo consiguió siguiendo el camino de tantos jóvenes estadounidenses en diversos deportes. Primero, uno trata de conseguir una beca de una universidad para desarrollar su juego. Luego busca la manera de ingresar a las ligas profesionales de ese deporte. Hammon tuvo éxito. Es una estrella en la WNBA, la liga femenil de basquetbol profesional de Estados Unidos. Pero no logró ser convocada para formar parte de la selección olímpica de su país.

Durante el receso de la WNBA Hammon empezó a jugar en la liga profesional rusa. El año pasado fue naturalizada y ahora juega en el equipo ruso femenil de basquetbol. Su sueño – dice – fue participar en los Juegos Olímpicos. La entrenadora de la selección estadounidense dijo que lo que había hecho Hammon era una falta de patriotismo.

Un ambiente de patriotismo presidió la ceremonia de entrega de la Eurocopa a España, hace poco. La selección española de fútbol consiguió vencer a Alemania en la final del campeonato europeo y así vencer también un historial de tropiezos en competiciones internacionales. El estadio en Viena estaba lleno de ciudadanos españoles que bandera en mano festejaron el triunfo de su selección. Ahí estaba también el rey.

Los jugadores españoles desfilaron y luego se apiñaron en el podio para recibir su trofeo. Ahí estaba Marcos Senna, centrocampista nacido en Brasil, pero naturalizado español. En España no hay mucha discusión acerca de si Senna debió vestir o no la camiseta nacional.

¿Qué tiene de malo que un atleta naturalizado participe con el equipo de su nuevo país? ¿Qué pasaría si los once titulares de la selección nacional española de fútbol fueran todos naturalizados? He ahí el temor de algunos comentaristas mexicanos acerca de la selección nacional de nuestro país.

Brasil, y en menor grado Argentina, producen gran número de futbolistas de primer nivel. No pocos encuentran cabida en los equipos de las distintas ligas profesionales de otros países, especialmente europeos. Muchos jamás serán convocados para integrarse a sus respectivas selecciones nacionales. Es natural que algunos acepten ponerse la camiseta de otro país.

Esta tendencia llegó a un extremo absurdo hace unos años, cuando Qatar ofreció la nacionalidad a tres futbolistas brasileños que jamás habían puesto un pie en ese país. Qatar simplemente quería aumentar sus posibilidades de calificar para el mundial de 2006. La FIFA intervino de inmediato y decretó que sólo jugadores naturalizados que hubieran vivido un mínimo de dos años en su nuevo país podrían integrarse a su selección nacional.

Las Olimpiadas, como otras competencias internacionales, están organizadas con base en el Estado nación. En Pekín hay más de 10 mil atletas, casi todos apegados a una bandera y un himno. Estados Unidos participa con unos 500 atletas, más de 30 de ellos naturalizados. Éstos incluyen a varios miembros del equipo varonil que corre los mil 500 metros. Uno es Lopez Lomong, quien fue escogido para portar en la ceremonia inaugural la bandera de su nuevo país. Lomong es un sudanés que pasó 10 años en un campamento de refugiados de Darfur. Acabó en Estados Unidos y el año pasado fue naturalizado.

Otro es Leo Manzano, hijo de un trabajador migratorio mexicano que llegó a Estados Unidos cuando Leo tenía cuatro años. La nacionalidad estadounidense le fue concedida apenas en 2004. Si Leo consigue una medalla, ¿quiénes aplaudirán más, los estadounidenses o los de su país de origen?

El osito travieso

11 septiembre 2008

Mucho ha cambiado en Europa desde el derrumbe de la Unión Soviética hace más de tres lustros. La desaparición del pacto de Varsovia, la alianza militar creada para contrarrestar a la OTAN, es un ejemplo de ese cambio; la atomización de la antigua Yugoslavia es otro. Pero hay más.

Estados Unidos ha encabezado los esfuerzos por ampliar a la OTAN y ha tenido éxito. La alianza “atlántica” ha ido creciendo hacia el este, incorporando a los países otrora miembros del pacto de Varsovia: Bulgaria, Eslovaquia, Hungría, Polonia, República Checa y Rumania. A éstos se han agregado Eslovenia (que fue parte de Yugoslavia) y, aún más significativo, las tres repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) de la antigua Unión Soviética.

Washington ha seguido provocando a Moscú al instalar un sistema antimisiles en Polonia y la República Checa y al continuar con sus intentos de ampliar a la OTAN. Tiene en la mira a Ucrania y Georgia. Con toda razón Rusia se siente cercada por su antiguo rival militar. Los cínicos dirán que la solución está en la incorporación de Rusia. Por ahora las fricciones persisten.

Washington también ha venido asignando nuevas tareas a la OTAN. La intervención ésta en Kosovo dio lugar a la supuesta independencia de ese territorio serbio a principios de este año. Belgrado y Moscú no aceptan lo anterior, pero hay países en la OTAN que la han propiciado.

Los acontecimientos recientes en Georgia han causado mucho sufrimiento entre la población y han afectado la relación entre Rusia y los países occidentales. Moscú quiere poner un hasta aquí a la expansión de la OTAN a la vez que siente la obligación de defender a los rusos que viven más allá de sus fronteras.

Durante la época soviética hubo un movimiento importante de personas que salieron de Rusia para instalarse en otras repúblicas dentro de la URSS. Se calcula que en 1991 había 25 millones de personas de origen ruso viviendo en las otras 14 repúblicas de la URSS. Hubo también habitantes de esas repúblicas que emigraron a Rusia. En Georgia la presencia de rusos fue creciendo en varias regiones fronterizas, incluyendo Osetia del sur y Abjazia. Lo mismo ocurrió en partes de Moldova y Crimea, seguramente los futuros puntos de fricción con Moscú.

Estados Unidos parece haber abandonado por fin cualquier pretensión de llevar a cabo una intervención punitiva unilateral para hacer frente a las actividades militares rusas en Georgia. Se plegará a los esfuerzos diplomáticos de los países europeos. Hasta ahora Washington había calificado de tibios los pasos sugeridos por la Unión Europea, incluyendo sanciones económicas y exclusión de Rusia de algunas organizaciones como el G-8 o la organización mundial de comercio.

Al mismo tiempo, Washington anunció que tenía un paquete de ayuda para Georgia valorado en unos mil millones de dólares. Y Tbilisi necesita mucha ayuda para reconstruir el país. La intervención militar rusa es el episodio sangriento más reciente de una serie que ha azotado a Georgia desde su independencia en 1991 tras el derrumbe de la Unión Soviética.

La historia de Georgia independiente ha sido bastante atrabancada. Su primer presidente, Zviad Gamsajurdia, fue electo en 1991 y depuesto poco después tras un golpe de Estado sangriento apoyado por Rusia. Siguió varios años de guerra civil hasta que, en 1995, Eduard Shevarnadze fue electo presidente. Como el último ministro de relaciones exteriores de la

Unión Soviética Shevardnadze parecía un tipo honesto. De regreso a su natal Georgia en 1992 se unió al grupo golpista y ya como presidente fue dando muestras de inclinaciones corruptas.

En Osetia del sur y Abjazia se desataron movimientos separatistas y pro rusos que dieron pie a conflictos violentos. En 2003 Shevardnadze fue depuesto en un golpe sin violencia. El líder del golpe, Mijail Saakashvili, fue electo presidente y asumió el cargo en 2004. Saakashvili estudió en Estados Unidos y es el político georgiano predilecto de Washington. Su defensa de la integridad territorial de Georgia lo llevó a la supresión de las fuerzas separatistas en Adjaria y el éxito ahí lo animó a seguir el mismo camino en Osetia del sur. Ahí y en Abjazia fracasó.

El mes pasado Rusia reconoció la independencia de Abjazia y Osetia del sur. ¿Revancha por lo ocurrido en Kosovo? El despliegue de tropas rusas en Georgia fue calificado por Moscú como una operación para el mantenimiento de la paz. ¡Menudo eufemismo! El cese al fuego negociado por el presidente francés ha sido violado de manera reiterada. Los países occidentales han deplorado la acción rusa pero poco pueden hacer nada para detenerla. Los ataques verbales se han multiplicado pero Moscú sigue el camino que se ha trazado.

Georgia es un país pequeño. Tiene una superficie equivalente a la de Baja California. El tamaño de Osetia del sur es comparable al de Tlaxcala y Abjazia es el doble. La mayoría de los habitantes de esos territorios tiene nacionalidad rusa.

Detrás del conflicto está un factor importante: el suministro de petróleo y otros energéticos a Europa. Por un lado, está el gas que Europa recibe de Rusia. Ucrania aprendió la lección hace poco cuando Moscú dejó de proveerlo. Por el otro, por Georgia pasa el oleoducto Bakú-Tbilisi-Ceyhan (Turquía), una de las más importantes entradas de petróleo que tiene Europa.

No quisiera dejar de mencionar que hoy se cumplen siete años de los ataques terroristas a Nueva York y Washington. Tampoco quiero dejar de lado lo que está ocurriendo en la contienda presidencial de Estados Unidos.

Desde febrero pasado he venido insistiendo a mis amigos que Barack Obama no ganará las elecciones como tampoco lo hubiera hecho Hillary Rodham Clinton. Ojalá me equivoque. Éste será el tema de mi próximo artículo.

El factor raza

9 octubre 2008

La contienda electoral en Estados Unidos ha entrado en su recta final. En un mes se sabrá quién será el próximo inquilino de la Casa Blanca. Las encuestas recientes indican que el senador Barack Obama tiene una modesta ventaja.

Tras la convención de los demócratas en Denver, verdadero evento mediático con una coreografía digna de Hollywood, no hubo un aumento significativo en la popularidad de Obama. Su mensaje de que él es el candidato del cambio quedó muy claro, pero no pudo abrir una brecha importante en las encuestas.

Luego vino la convención republicana en St. Paul, Minnesota, un acto mucho más tradicional y, con una excepción, bastante aburrido y predecible. La excepción fue la presencia de la candidata a la vicepresidencia que el senador John McCain había designado días antes. Sarah Palin, la gobernadora de Alaska que podría ser la hija de McCain, revolucionó a la base más conservadora de los republicanos, precisamente el sector que más dudas abriga sobre las posiciones de McCain. De la noche a la mañana Palin pasó del anonimato político a ser la estrella, por fugaz que sea, de su partido.

La designación de Palin nos revela dos cosas. Primero, la audacia de una persona sumamente ignorante al aceptar un cargo para el que no está preparada. Debió haber dicho: gracias, John, pero no creo que esté a la altura. Segundo, y mucho más importante, su designación fue un acto de inconsciencia política del propio McCain. Sus bonos quizás hayan subido entre los grupos de evangélicos de extrema derecha, las mujeres trabajadoras con familia e ideas un tanto primitivas, y los demás ultraconservadores de su partido, pero fue un error garrafal. Recuerda al de George H. W. Bush cuando en 1988 escogió a Dan Quayle, el simplón senador por Indiana.

McCain sacó provecho de la popularidad inicial de su selección para vicepresidente y de pronto empezó a ostentarse como el candidato del cambio. Él y Palin estaban preparados y dispuestos para luchar por el pueblo estadounidense en contra de los grupos de interés que dominaban la política en Washington. Es el colmo que un individuo como McCain quisiera presentarse como un agente de cambio.

El efecto Palin duró poco. Ya había empezado a menguar hace unas semanas, cuando McCain envió a la gobernadora a Nueva York para darse un bañito de diplomacia internacional al inicio de la sesión anual de la asamblea general de las Naciones Unidas. Para entonces el tema de la campaña ya no era la supuesta frescura de Palin o las ideas de cambio de McCain, sino la debacle financiera que amenazaba con acabar con Wall Street.

El presidente George W. Bush, el gran ausente de la campaña de los republicanos, propuso un paquete de rescate de 700 mil millones de dólares. El campeón de la economía del libre mercado ahora tuvo que convertirse en el paladín de la intervención del Estado para salvar a las empresas financieras más importantes de Estados Unidos. Muchos congresistas dijeron que estaban dispuestos a ayudar a Wall Street siempre y cuando el paquete contemplara también medidas para aliviar el peso de las deudas que habían contraído las clases menos poderosas, sobre todo los que ya no pueden pagar las mensualidades de sus casas hipotecadas.

La mesa estaba puesta para que Obama mostrara sus dotes de líder y presentara sus propuestas para hacer frente a la peor crisis económica desde la gran depresión de los años 30. Casi

80 por ciento de los estadounidenses están convencidos de que la situación económica irá de mal en peor.

Las propuestas de Obama para revertir la crisis, por tibias que hayan sido, superan por mucho a las de McCain. Así lo evidenció el debate del pasado martes. De ahí que los bonos del Partido Demócrata hayan empezado a subir. Obama por fin rebasa 50 por ciento en las encuestas a nivel nacional y ha empezado a abrirse brecha en estados críticos como Pensilvania, Ohio y Michigan.

Las encuestas son peligrosas porque no muestran toda la verdad, sobre todo en una elección en que hay un candidato negro. Obama puede ser víctima de lo que se ha venido a llamar el *efecto Bradley*. Se trata del racismo omnipresente en Estados Unidos, que las encuestas disimulan.

Así ocurrió en 1982 cuando Tom Bradley, el popular y negro alcalde de Los Ángeles, se lanzó para el cargo de gobernador de California. En vísperas de la elección las encuestas le daban un buen margen de victoria. Pero perdió porque muchos de los encuestados indicaron que votarían por él, pero a la mera hora dieron su voto al candidato blanco republicano.

El racismo es un factor espinoso en la elección presidencial de Estados Unidos. Obama lo ha manejado bien, insistiendo en que él es el primer candidato de la era post racial en Estados Unidos. En parte tiene razón, y ha tratado de evitar el estereotipo del político negro enojado con el mundo. No quiere parecerse a un Jesse Jackson. Es más, para no pocos estadounidenses es más blanco que negro. En efecto, se crió en un hogar blanco, y luego, ya de adulto, tuvo que empezar a buscar sus raíces negras. Lo hizo en Chicago, tras egresar de la universidad.

El factor raza será importante el 4 de noviembre. Está presente en los comentarios de algunos congresistas republicanos. Así lo señaló hace dos semanas Brent Staples, editorialista del *New York Times*. Al describir lo que dijo Obama sobre Palin, hubo quienes calificaron sus palabras de “irrespetuosas”, término que utilizaban los blancos sureños cuando un negro se “sobrepasaba” en su conversación con un blanco. Para ellos Obama es un negro que se ha excedido.

¿Cómo? –se preguntan– ¿Un negro en la Casa Blanca? Ésa es una actitud que quizás se traduzca en una sorpresa en las urnas. Ojalá que me equivoque.

El efecto Obama

6 noviembre 2008

Hace poco un amigo de Nueva York, un republicano empedernido, me dijo que sus hijos lo habían convencido de votar por Barack Obama. He ahí una de las claves de lo que ocurrió el pasado martes en la vida política estadounidense. Se ha dado un cambio generacional que no puede sino inyectar una muy necesaria dosis de optimismo en ese país y en buena parte del resto del mundo. Confieso que me equivoqué, y qué bueno. Jamás pensé que vería a uno de los dos partidos principales en Estados Unidos designar a un negro como su candidato a la presidencia, y que ese candidato saliera victorioso. Repito, me equivoqué, y qué bueno.

En la recta final de la campaña presidencial, el cataclismo financiero de Wall Street se convirtió en su trampolín a la victoria. Los temas económicos dominaron el debate y John McCain no pudo sacudirse la camiseta republicana. El fantasma de la incompetencia de George W. Bush lo persiguió siempre. Bush, que había maltratado a McCain en 2000, sobre todo en vísperas de las primarias en Carolina del Sur, volvió a impactar de manera negativa su futuro político. Aun tumbado en la lona, Bush logró impedirle el paso a la Casa Blanca. Ahora su nuevo inquilino será un demócrata que ha hecho historia llegando a la presidencia pero que quizás no pueda superar la tremenda crisis que heredará en enero de 2009. Y pensar que Bill Clinton y los demócratas le dejaron un superávit presupuestario a George W. Bush en enero de 2001.

El electorado estadounidense está cambiando. Hace 20 años 86 por ciento de los estadounidenses empadronados eran blancos; hoy constituyen 74 por ciento. En otras palabras, hay más hispanos, negros y otras minorías que participan en el proceso electoral. En 30 años serán la mitad de los votantes.

Hace 20 meses, cuando el senador Barack Obama lanzó su candidatura, nadie (o casi nadie) en el Partido Demócrata pensó que podría llegar a la grande. Era el turno de Hillary y ella tenía una campaña bien organizada y con muchos recursos para lograr el apoyo de su partido. Pero Obama barrió en varias elecciones primarias, empezando en Iowa, un estado predominantemente blanco, y acabó con la senadora por Nueva York. Esa fue su gran victoria y los recursos que fue recaudando y su estilo político –calmado y sin estridencias– fueron ganándole adeptos, sobre todo entre los jóvenes, los negros y las muchas personas que se empadronaron por primera vez precisamente para poder votar por él.

Obama llega con una dosis de ilusión que supera con creces a la de los partidarios de Reagan en 1980 y de Kennedy en 1960. El hecho de ser el primer presidente de raza negra ha cambiado todo en el panorama político y social de Estados Unidos. ¿Cómo lo logró?

Primero tuvo el acierto de poner de lado el color de su piel. Luego puso en marcha una organización política en la que los jóvenes figuraron en un lugar prominente. Se valió de Internet para establecer contacto con el electorado. Siguió con una campaña de empadronamiento sin precedente. Recurrió a temas como el fin de la guerra en Irak (oposición que fue matizando), pero sobre todo habló de cambio (sin definirlo demasiado) en un país en el que apenas la mitad de los ciudadanos votaba en las elecciones federales.

Los jóvenes estadounidenses de hoy quizás sean menos racistas que sus padres y abuelos. Hace 20 años 56 por ciento de los blancos se oponía a la idea de parejas racialmente mixtas. Hoy es apenas 14 por ciento.

Obama ha hecho más para garantizar la participación de los negros en las elecciones en Estados Unidos que líderes tradicionales como Jesse Jackson. Empezó con problemas en Chicago cuando se le consideraba “poco negro” al lanzarse para el Senado estatal en Illinois. Hace apenas un año el llamado “voto negro” estaba en manos de Hillary Clinton. El pasado martes hubo personas de edad de raza negra que fueron a votar por primera vez porque el candidato era Obama.

Al final de la campaña presidencial suele acortarse la distancia entre los candidatos en las encuestas. McCain y sus seguidores trataron sin éxito de reducir aún más esa distancia al intentar colgarle a Obama el sambenito de amigo de terroristas y socialista. No surtió efecto.

Con todo, lo que impulsó a Obama a la presidencia fue la crisis financiera. Pero estaba listo para sacar ventaja de esa situación. Ahora Obama tendrá que hacer frente a una situación complicada. Estados Unidos tiene una deuda nacional gigantesca; atraviesa por su peor crisis financiera y económica desde la Gran Depresión de los años 30; requiere de trabajos urgentes en materia de infraestructura (puentes, carreteras, túneles, puertos y aeropuertos).

No deja de ser curioso que hace ocho años George W. Bush llegó a la Casa Blanca como un presidente ilegítimo pero con bastante dinero en caja. Hoy Obama llega como presidente legítimo pero sin disponer de muchos recursos. ¿Qué pasará si es el primer presidente negro malo? Haga lo que haga como presidente, Barack Obama ya ha cambiado el curso de la historia de Estados Unidos.

Hace unas semanas hablábamos del efecto Bradley; hoy debemos hablar del efecto Obama: lánzate para presidente aunque los miembros de tu partido digan que careces de la experiencia política necesaria; echa mano de Internet y de las donaciones pequeñas para tu campaña; preséntate como candidato de todos y habla del futuro; cultiva a los jóvenes; evita el enojo de los candidatos negros del pasado; ofrece esperanza y convence a toda la gente, sin importar raza, género, edad o nivel económico, que trabajarás para mejorar sus vidas y el futuro de su país.

Difícilmente podría exagerarse la trascendencia del momento histórico. Seguramente será un parteaguas en la historia de Estados Unidos.

A la memoria de Gustavo Iruegas

Sin novedad en la frente

4 diciembre 2008

Cuando un candidato a la presidencia de Estados Unidos logra el endoso de su partido tiene el derecho de designar al vicepresidente. En vísperas de la convención del Partido Republicano, el senador John McCain anunció que había nombrado a la gobernadora de Alaska, Sarah Palin, como su compañera de fórmula. La decisión causó mucha sorpresa y no poco estupor entre el electorado.

De inmediato la gobernadora Palin fue ridiculizada por los medios de comunicación. Las críticas se centraron en su ignorancia. En las semanas que siguieron a su designación como candidata a la vicepresidencia por el Partido Republicano dio repetidas muestras de su falta de conocimientos básicos. ¿Cómo era posible que McCain hubiese seleccionado a una persona tan ignorante? A fin de cuentas se trata de una mujer con un título universitario. Es licenciada en periodismo y ciencias políticas. Fue alcaldesa de su pueblo y en 2006 gobernadora de Alaska.

¿Por qué nos sorprende que haya políticos que sepan tan poco de tantas cosas? Vayan a nuestro congreso y hagan preguntas. A muchos estadounidenses les preocupó que una persona como la gobernadora de Alaska haya podido llegar tan cerca de la presidencia de ese país. Pero, ¿qué más da si la señora no lee ningún periódico o desconoce los países que integran el TLCAN? Y si piensa que África es un país, ¿a quién le puede importar?

Todo es relativo. El presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing no sabía lo que costaba subirse al metro en París. ¿Y? ¿Qué más da si hace unos 30 años el presidente de México desconocía la situación en Namibia o si un miembro de su gabinete no tenía la más remota idea del monto del salario mínimo en nuestro país?

¿Qué es lo que consideramos ignorancia en un político? Muchos coinciden en que el político ignorante no está preparado para gobernar. Pero, ¿por qué? Hemos tenido mandatarios muy ignorantes, algunos tan ignorantes que ni siquiera se daban cuenta de su ignorancia. Otros disimulan sus carencias. Lo mismo ocurre en otras partes del mundo. De pronto, cuando nos topamos con un político como Barack Obama, dejamos de tener pena ajena. El contraste con el actual inquilino de la Casa Blanca es notorio.

Hace poco en el Reino Unido surgió un caso curioso. Entre los requisitos para adquirir la nacionalidad británica hay que aprobar un examen. A los candidatos a ciudadanos se les entrega un libro intitulado *Life in the UK*, que deben estudiar para luego someterse a un examen sobre la sociedad, cultura e historia de ese país. Más de un político británico ha señalado que el examen es muy difícil y que quizás haya miembros del parlamento que no lo podrían aprobar.

En materia de geografía los políticos suelen ser particularmente ignorantes. Pregúnteles a nuestros dirigentes por qué países pasa el ecuador o qué países sudamericanos no tienen frontera terrestre con Brasil. Sus respuestas nos sorprenderían.

Al inicio del curso universitario que imparto sobre desarme y seguridad internacional les hago algunas preguntas a los estudiantes. Son alumnos de licenciatura en relaciones internacionales o ciencias políticas. Les pregunto cuántos miembros tiene el consejo de seguridad de la ONU, qué se entiende por *monsieur* PESC cuando se habla de la Unión Europea, a cuánto ascienden los gastos militares en el mundo o qué países tienen armas nucleares. Son contados los que saben todas las respuestas. No por ello dejan de ser buenos alumnos.

Algo parecido podría decirse de los políticos. No por ignorar algunos hechos fundamentales dejan de cumplir con las tareas que les encomiendan el electorado. Pero hay excepciones y una muy obvia.

En 1999, durante su campaña para convertirse en el candidato del Partido Republicano a la presidencia de Estados Unidos, el entonces gobernador de Texas, George W. Bush, tuvo un encuentro con un periodista que resultó bastante aleccionador.

Un reportero de una emisora de televisión en Boston pidió a Bush que le diera los nombres de los líderes de Chechenia, Taiwán, India y Pakistán. Bush sólo pudo mencionar parte del apellido del taiwanés y preguntó si se trataba de un programa de adivinanzas de televisión. Muchos comentaristas señalaron que los gobernadores estadounidenses tenían poca experiencia en asuntos internacionales y que los datos que desconocía Bush los podría ir aprendiendo una vez que llegara a la presidencia. Esa también fue la opinión del presidente Bill Clinton, quien antes había sido gobernador de su estado. El contrincante demócrata de Bush, el entonces vicepresidente Al Gore, fue menos generoso y criticó duramente la falta de conocimientos del gobernador de Texas.

En 2000 Bush se valió de una muy sucia para acabar con McCain en las elecciones primarias del Partido Republicano. Luego por arte de birlibirloque “ganó” la elección presidencial. Y así le ha ido a Estados Unidos estos últimos ocho años. Pocos dirigentes han sabido conjugar mejor la ignorancia con la incompetencia.

¿Por qué nos incomoda tanto la ignorancia de nuestros dirigentes? Pensamos (equivocadamente dirán algunos) que un político que tiene entre sus manos las riendas del poder en un país debería tener unos conocimientos básicos sobre el mundo y su propia nación. Lo importante es que un político como cualquier individuo conozca sus limitaciones y trate de ir poniéndoles remedio. No hay que enseñar el cobre o, cuando menos, no enseñarlo demasiado.

Sarah Palin tuvo un impacto positivo inicial en la campaña de McCain. Despertó el entusiasmo del ala más conservadora de los republicanos. Sin embargo, a la larga le costó votos a su partido. El electorado la consideró una ignorante. Y en la campaña presidencial ella se ganó a pulso esa fama. Quizás otro gallo le cantara si de entrada hubiese admitido sus carencias, agregando que las podría remediar. Una cosa es ignorancia y otra es falta de materia gris.

Desafío inesperado

2 enero 2009

La llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos ha despertado muchas expectativas en los más diversos campos. Desde los grupos que claman por una política más sana de medio ambiente hasta los que esperan un orden económico más justo, pasando por los que exigen medidas de desarme, hay una corriente de opinión dentro y fuera de Estados Unidos que podría describirse como “Obama sí lo hará”... *yes we can*. Empero, es un optimismo que resulta difícil de comprender cuando Estados Unidos y el mundo entero atraviesan por la peor crisis económica de los últimos 80 años.

En mi pequeño mundo de las organizaciones no gubernamentales estamos de plácemes porque Obama ha designado a un colega nuestro del movimiento Pugwash, John P. Holdren, como su asesor principal en materia de ciencia y tecnología. El nombramiento es indicio de que el futuro presidente quiere rodearse de gente conocedora de los temas que le interesan.

Tras ocho años de George W. Bush y de falta de esperanza, ahora todo parece posible. De ahí que Obama no pueda fallar o, cuando menos, no pueda fallar en mucho. Podrá quedarles mal a algunos grupos, pero no podrá defraudar a todos. El precio de dicho fracaso sería incalculable.

Obama se ha propuesto ser el presidente de todos los estadounidenses y, para conseguirlo, tendrá que ir haciendo concesiones a ciertos grupos que no lo ven con demasiado entusiasmo, incluyendo algunos dentro de su propio partido. La composición de su gabinete ya refleja bastante su intención de ser todo inclusivo. Y, parafraseando a Abraham Lincoln, no podrá ser todo para todas las personas. Tendrá que escoger y ahí empezará la turbulencia política.

Obama iniciará su mandato con una gran reserva de buena fe entre el electorado de su país, hecho sin paralelo en el siglo reciente. Tendrá también una opinión pública internacional muy favorable (aunque el caso que abordaremos aquí quizás indique lo contrario). A ver cómo se las ingenia para no despilfarrar esa fuente de buena voluntad.

En el terreno del desarme nuclear Obama tiene una oportunidad única: un congreso más o menos favorable y un momento histórico en el que Washington aún sigue siendo la principal potencia en el mundo. ¿Qué hará el nuevo presidente para ahuyentar el peligro nuclear?

En su campaña presidencial abogó por un mundo libre de armas nucleares. El logro de esa meta requerirá de una serie de medidas que no serán fáciles de lograr; algunas sí lo serán. Empezará por convencer al Senado de su país de que ratifique el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares (CTBT por sus siglas en inglés). Bill Clinton lo firmó en 1996, pero luego sus travesuras sexuales provocaron la ira en el Congreso y el Senado lo rechazó.

El CTBT es una medida indispensable para frenar los adelantos cualitativos de las armas nucleares. Los ensayos sirven para mejorar los diseños de dichas armas. También habrá que reducir la cantidad de las armas nucleares, así como los misiles para transportarlas. Ahí Obama podrá acordar con Rusia una reducción importante en el tamaño de sus respectivos arsenales nucleares. Se trata de ir acercando su nivel al de las otras potencias (China, Francia y Reino Unido). Tradicionalmente China ha abogado por la eliminación de las armas nucleares. En años recientes Reino Unido también se ha fijado esa meta. De ahí el interés que despertó el gobierno de Francia cuando hace unos meses su presidente anunció que preparaba una propuesta en materia de desarme nuclear.

A principios de diciembre, Nicolas Sarkozy por fin hizo pública su propuesta, que lanzó con el apoyo de la Unión Europea, que Francia presidió durante el segundo semestre de 2008. La propuesta dista mucho de ser un llamado a procurar un mundo libre de armas nucleares. No menciona la palabra eliminación. Se limita a pedir que todo el mundo se adhiera al CTBT (cosa que ya han hecho tanto Francia como Reino Unido) y pide la negociación de un tratado que prohibía la producción futura de material fisible que se emplea en la producción de armas nucleares y que las tres potencias nucleares occidentales ya tienen almacenado en demasía.

Sarkozy también propuso la conclusión de un tratado que prohibía los proyectiles (de tierra a tierra) de corto y mediano alcance. Ni los británicos ni los franceses tienen o quieren dichos misiles. En su mayoría los suyos están emplazados en submarinos o a bordo de aviones.

En otras palabras, Sarkozy propuso prohibir lo que ya está prohibido (los ensayos nucleares) o ciertas actividades en el campo nuclear que a Francia no le interesan (como la producción futura de material fisible). Pero no dijo nada de la eliminación de las armas nucleares. *Quelle honte*. La razón de esa omisión es muy sencilla: Francia es la única potencia nuclear cuyo ego nacional está envuelto en dichas armas. Y no se trata de una cuestión partidista. Todas las fuerzas políticas francesas apoyan el mantenimiento de la *force de frappe* nuclear: un arsenal nuclear pequeño, pero lo suficientemente potente para infligir daños incalculables al que se atreva a atacar a Francia primero. He ahí uno de los principales problemas al que deberá enfrentarse Obama en su búsqueda de un mundo totalmente libre de armas nucleares.

La propuesta de Sarkozy pareciera estar dirigida más bien a Irán. Se trataría de prohibirle la producción de uranio enriquecido (material fisible) y los misiles de corto y mediano alcance. Sin duda Obama buscará hacer lo mismo. Pero en esa búsqueda tendrá que tomar en cuenta también a Londres, Moscú y Pekín y a las otras potencias nucleares, las llamadas nuevas potencias (India y Pakistán) y la no tan nueva potencia (Israel). Estará complicado iniciar negociaciones cuya meta sea la eliminación de las armas nucleares. Pero Obama quizás sí logre entablar pláticas que vayan allanando el camino.

¿La cuarta será la vencida?

29 enero 2009

Desde el primero de enero México ocupa un lugar en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (ONU). El consejo es la instancia más relevante de la comunidad internacional para el mantenimiento de la paz y seguridad mundiales. Lo ha sido desde la fundación de la organización en 1945. También ha sido el foro más controvertido. Es, a la vez, un símbolo de la omnipotencia que pudo representar la ONU en algún momento y el ejemplo más patente de su impotencia.

La composición del Consejo de Seguridad explica en parte esa contradicción. Entre sus 15 miembros hay cinco permanentes (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia) con derecho a veto. Como consecuencia de la amenaza del veto, el consejo no ha podido pronunciarse de manera inequívoca sobre algunas cuestiones de gran trascendencia. Piensen en la política de *apartheid* de Sudáfrica o en la guerra de Vietnam o en los distintos conflictos centroamericanos, pero sobre todo en lo que ocurre en Medio Oriente. En suma, el consejo no ha podido desempeñar el papel para el que fue creado.

Pese a lo anterior, el consejo de seguridad sigue siendo el foro que más atrae a la gran mayoría de los miembros de la ONU. Así lo demuestran las luchas anuales para llegar a ocupar uno de los 10 puestos no permanentes que están disponibles a los otros miembros de la organización por dos años sin reelección inmediata. La asamblea general los elige por mayoría de dos tercios.

¿Qué hace que un país quiera formar parte del Consejo de Seguridad, aunque sea sólo por un bienio? Ciertamente prestigio acompaña dicho ingreso. La comunidad internacional lo reconoce como un país serio y quizás hasta responsable. Se supone que para ingresar deben estar dispuestos a asumir ciertas obligaciones, incluyendo una posible participación en alguna de las muchas operaciones para la paz que autoriza el propio consejo.

Algunas naciones buscan ingresar al consejo para estar en mejor situación para defender o promover alguna causa concreta. En América Latina tal fue el caso de Panamá durante la negociación de los tratados del canal, en la década de los años 70. Por otro lado, parece increíble que un país como Israel jamás haya podido acceder al consejo para defender mejor sus posiciones. Sencillamente no podría conseguir los votos necesarios.

De los 192 miembros actuales de la ONU, 74 nunca han ocupado un puesto no permanente en el Consejo de Seguridad. La lista incluye a 13 países de Latinoamérica y el Caribe, entre ellos. Belice, Guatemala, Haití y República Dominicana.

Las naciones de nuestro hemisferio que más tiempo han estado en el consejo son: Brasil (18 años), Argentina (16), Canadá (12), Colombia (12), Panamá (10), y Chile, Perú y Venezuela con ocho cada uno. Fuera de la región, figuran Japón (20) e India y Pakistán con 12 cada uno.

Ésta es la cuarta ocasión que México participa en el consejo y cuando concluya su mandato bienal sumará un total de siete años: 1946, 1980-1981, 2002-2003 y 2009-2010.

¿A qué obedeció nuestra renuencia durante años a formar parte de ese foro? La respuesta es relativamente fácil. Nuestra experiencia en 1946 aconsejó a muchos de nuestros diplomáticos evitar los empujones de Estados Unidos en el consejo. ¿Para qué agarrar pleitos con el vecino cuando teníamos todas las de perder? Mejor, nos decían, vamos a privilegiar nuestra presencia en la Asamblea General y evitemos los pleitos que tendríamos en el consejo.

Y así lo hicimos, y lo hicimos bastante bien. Nos distinguimos en la Asamblea General presentando muchas (y buenas) propuestas y donde nuestro patrón de voto ha sido encomiable. Además, cuando nos pareció oportuno participamos en los debates del consejo, que, por cierto, están abiertos a todos los miembros de la ONU. Nunca ha sido necesario reservar un lugar para hacer valer nuestra opinión.

En un principio llegar al consejo fue un proceso complicado. Empero, a partir de 1965 ha sido más fácil, con el reconocimiento de los cinco grupos geográficos que se repartieron los 10 puestos no permanentes: tres para África y Asia, dos para América Latina y el Caribe, otros dos para Europa occidental y uno para Europa oriental.

En 1946 no tuvimos problema en acceder al consejo. Fuimos un candidato natural debido a nuestro papel en los trabajos preparatorios que culminaron en la aprobación de la Carta de la ONU. En 1980 tampoco fue difícil llegar. Colombia y Cuba se habían enfrascado en una competencia que no fue posible resolver por votación en la asamblea. Ambos estuvieron de acuerdo en abandonar sus candidaturas a favor de México. Seguramente llegaron a esa decisión con un poco de ayuda de Porfirio Muñoz Ledo, nuestro representante ante la ONU. El caso es que el presidente José López Portillo y su canciller Jorge Castañeda estuvieron de acuerdo en que ingresáramos al consejo.

Dos décadas más tarde lanzamos con éxito la candidatura de nuestro país al consejo. En esa ocasión sí hubo campaña, ya que tuvimos que sobreponernos a la aspiración de República Dominicana. Cabe subrayar que en los bienios 1980-1981 y 2002-2003 nuestra participación en el consejo adoleció de una falta de entendimiento entre la cancillería y nuestro embajador en Nueva York.

En esta cuarta ocasión llegamos sin competencia regional. La administración anterior presentó la candidatura, aspiración que fue ratificada por el actual gobierno. Ahora debemos decidir si limitamos nuestra participación a reaccionar ante los asuntos que llegan a la mesa del consejo o si optamos por someter alguna iniciativa. He ahí una pregunta para la cancillería.

México debe aprovechar esta oportunidad para demostrar que sí importa que participemos en el consejo. De otra forma, ¿para qué tanto brinco?

Changaderas

28 febrero 2009

Lo que diga (o deje de decir) Vicente Fox no nos debería importar demasiado. Suele hablar primero para luego pensar. No es un caso de voy a pensar lo que voy a decir; es un caso de decir y luego pensar lo que ha dicho.

A finales de enero, Fox alentó a los alcaldes panistas a hacer campaña. Se le olvidó que los que ocupan cargos públicos deben abstenerse de hacer labor partidista. Les dijo que él había hecho campaña política durante su sexenio cuando encargó a otro(a) el changarro de Los Pinos. ¿Changadera o changarrera? Podría ser. Hay quienes piensan que con Fox nunca se sabe, que es capaz de sorprender a cualquiera, que es impredecible.

Lo cierto es que Fox no sorprende. Nos ha acostumbrado a escucharle las frases y comentarios más insólitos. La lista de tonterías dichas por él es muy larga y él es el primero en darse cuenta de que habla demasiado. En varias ocasiones me confesó que no debería abrir el pico tanto. Pero ello no lo disculpa.

Durante el sexenio del presidente Ernesto Zedillo estuve al frente del consulado en Barcelona. Hubo un desfile constante de gobernadores y alcaldes que vinieron a promover inversiones y programas de cooperación con las autoridades catalanas. Cuando supe que el gobernador Vicente Fox haría una visita, le pedí a su oficina en Guanajuato que me enviara el programa de sus actividades. Eran exclusivamente de carácter comercial. Insistí y conseguí que se incluyera algo distinto y le organicé una cena con intelectuales y académicos. Cuando llegó a la cita anunció sin ambages: Quiero que sepan que soy franquista.

Los comensales se quedaron fríos. Me apresuré a decirle que su comentario no había sido muy afortunado pero que podría remontar el marcador durante la cena. Y así lo hizo, hablando de sus aspiraciones presidenciales y de su gestión al frente del gobierno guanajuatense. Mis invitados pronto se olvidaron de su frase inicial.

Así conocí a Fox. Lo volví a ver en una recepción que le organizó el embajador en Madrid cuando hizo una visita como presidente electo en octubre de 2000. Ahí estuvieron muchos de los principales dirigentes políticos e intelectuales españoles. Tenían curiosidad por conocer al símbolo del cambio político de México. En esa ocasión hizo lo que sabe hacer mejor: relaciones públicas, apretones de mano y autopromoción. Tiene su pegue.

Luego lo traté con cierta frecuencia cuando fui subsecretario de Relaciones Exteriores. Me encargaron África, Asia, Europa y los asuntos multilaterales. Hubo muchos viajes y reuniones con el presidente. Me sorprendió el nivel de sus colaboradores. Eran muy pocos los que sabían leer y escribir. Recuerdo que viajando por Corea me puse a redactar una nota para el presidente. Mi vecino en el avión, un muy cercano colaborador del presidente, vio que estaba escribiendo algo y me preguntó: Oye, y ¿quién es ese cuate Pyongyang?.

Con Fox se cumplió a cabalidad el pronóstico que en 1952 hizo Daniel Cosío Villegas cuando escribió que si algún día el PAN llegara a gobernar, lo haría muy mal porque no contaba con los cuadros experimentados para hacerlo. Pero lo que más me sorprendió fue el propio presidente. Muy pronto caí en la cuenta que la mediocridad de muchos de sus colaboradores tenía un defecto de origen. Entre las pocas personas cercanas a Fox que creí que eran seres pensantes hubo dos que no habían surgido de las filas del PAN. Les pregunté en qué momento se habían dado cuenta de las limitaciones de Fox. Ambos contestaron que desde un principio, cuando lo conocieron. Les comenté que no se valía que no lo ayudaran.

Cada uno de esos individuos estaba más interesado en su propia agenda que en la del presidente. ¿Por qué no le dijeron que era descabellada la idea de los llamados súper secretarios o coordinadores de los distintos sectores? Ese experimento fue un fracaso rotundo. ¿Cómo fue posible que el secretario de Relaciones Exteriores manejara esa dependencia a su antojo personal, como si fuera su coto privado? ¿A quién se le puede ocurrir crear cinco subsecretarías? Ambos abusaron de la confianza que les depositó el presidente. No le echaron la mano.

Lo cierto es que a Fox le dio flojera ser presidente. Siempre prefirió las campañas políticas por encima de la chamba de oficina, el trabajo de administrador, la talacha de cada día. De ahí su llamado a los alcaldes panistas.

Recuerdo que recién iniciado el sexenio vino a México Tony Blair. Acababa de ser relecto primer ministro de Reino Unido. En una de sus pláticas con el presidente Fox, éste le confesó que le envidiaba el haber tenido dos campañas políticas y agregó que eso era lo que a él le gustaba y no la rutina de ser presidente. En efecto, para muchos el sexenio de Fox terminó el 2 de julio de 2000.

Vicente Fox no parece haber comprendido bien el momento histórico que le tocó vivir. Pensó que el mero hecho de haber llegado a la presidencia era suficiente. Se le olvidó que un sexenio consta de seis años. Dejó de lado las propuestas para una reforma de Estado. No sentó las bases para modernizar el sistema político mexicano, mismo que hoy da muestras de un resurgimiento de viejos vicios y prácticas. Su legado político en casi todos los renglones es negativo.

Fox pudo haber sido el artífice de una transición hacia un sistema político y social más transparente y justo, más acorde con las aspiraciones de buena parte de la población de nuestro país. El cambio que representó ese 2 de julio de 2000 se quedó en el tintero. No le interesó el changarro.

A la memoria de Beba Pecanins

Seis años miserables

26 marzo 2009

Hace un año dijimos que, entre la crisis económica y financiera y la situación en Irak, el nuevo presidente de Estados Unidos tendría un difícil, por no decir imposible, inicio de gestión. El artífice de la invasión de Irak ya no está en la Casa Blanca y su nuevo inquilino ha dado muestras de una hiperactividad en varios frentes.

La principal prioridad del presidente Barack Obama ha sido la desastrosa situación económica y financiera. Ha conseguido que el Congreso de Estados Unidos apruebe un enorme paquete de estímulos encaminados a reactivar la economía de ese país y poner un poco de orden en sus instituciones financieras. Ese paquete, junto con un presupuesto sin precedente, contempla el mayor gasto que el gobierno jamás haya autorizado. Se habla de casi 800 mil millones de dólares. Por otro lado, Obama ha presentado al Congreso un proyecto de presupuesto de 3.6 billones de dólares. La deuda interna de Estados Unidos ha rebasado ya los 11 billones (11 millones de millones). Estas cifras son estratosféricas.

Afganistán y la precaria situación en Pakistán también han sido objeto de su atención inicial. Además, Obama ha intentado enderezar la relación con Rusia y está buscando la manera de rehacer los contactos con Irán. ¿Dónde quedó Irak?

Para muchos observadores el caso de Irak se está resolviendo solo. El candidato Obama había prometido un retiro inmediato de las tropas estadounidenses. Luego, tras platicar con los dirigentes militares, aceptó un calendario para el retiro escalonado de dichas tropas. Sin embargo, antes de que tomara posesión, el Parlamento iraquí había ordenado el retiro de las fuerzas extranjeras. Su calendario es parecido al que estaban considerando los militares estadounidenses. Por su parte, los británicos y los pequeños contingentes de varios otros países habrán salido de Irak a finales de julio. Los de Estados Unidos permanecerán otro año y algo más.

Bagdad ha decidido que las fuerzas estadounidenses abandonen todas las ciudades y poblados para junio de 2009 y que salgan definitivamente de Irak antes de diciembre de 2011. Hace un mes Obama anunció el retiro de las tropas de Irak antes del 31 de agosto de 2010. Pero no será exactamente así. Ese retiro será más lento de lo prometido pues unos 50 mil soldados (de los 140 mil estadounidenses presentes en Irak) permanecerán hasta finales de 2011 en misiones de apoyo.

Durante años la ocupación de Irak fue una pesadilla. Luego, a partir de 2007, empezó a funcionar una nueva estrategia, llamada el *surge*, u oleada de tropas. Se autorizaron unos 20 mil efectivos adicionales para controlar mejor ciertas regiones y barrios de Bagdad y convencer a la población de la bondad de la presencia militar estadounidense. El plan fue ideado y llevado a la práctica por el general David Petraeus (aunque el senador John McCain insistió en que él había sido el padre del *surge*).

El plan de Petraeus ha tenido éxito (cuando menos desde el punto de vista de Washington). De ahí que la situación en Irak haya dejado de ser una de las principales preocupaciones de Obama ya presidente. Hay un calendario para sacar a las tropas de ese país, aunque no se sabe qué pasará una vez que los iraquíes se hagan cargo de su propia seguridad.

El juicio de la historia será muy severo con George W. Bush. Su invasión y ocupación de Irak quizás sea uno de los capítulos que más críticas le granjee en su ya de por sí desastrosa

gestión como presidente. Parece increíble que Bush haya podido desafiar a la comunidad internacional y embarcar a su nación en una aventura semejante. Cabe recordar lo difícil que fue para Franklin D. Roosevelt convencer a su país de participar en la lucha contra Hitler. Bush, en cambio, pudo engañar a su electorado con cierta facilidad. Pero no podrá engañar a la historia.

¿Cuál es el saldo de la aventura de Washington en Irak? Le ha costado casi 900 mil millones de dólares. Las bajas estadounidenses han sido 4 mil 260. Unos dicen que han muerto más de 100 mil civiles iraquíes, mientras que otros hablan de más de un millón. ¿Qué piensan los iraquíes de la aventura estadounidense? Según una encuesta llevada a cabo en agosto pasado por todo el país entre más de 2 mil personas, por las emisoras BBC de Reino Unido, ABC de Estados Unidos y NHK de Japón, un 70 por ciento de la población cree que el *surge* no ha servido de nada y otro tanto considera justificados los ataques en contra de las fuerzas de ocupación. Los iraquíes piensan que su seguridad ha ido empeorando y una mitad pide que las tropas extranjeras salgan ya de su país.

El presidente Obama ahora habla de la importancia de ir reforzando las tropas en Afganistán. Ya ha autorizado un pequeño aumento del contingente estadounidense y les pide a los demás miembros de la OTAN que hagan lo mismo. La reacción de Londres y otras capitales europeas no ha sido muy positiva. Históricamente Afganistán ha sido la tumba de las fuerzas invasoras. Así les fue a los soviéticos, y antes a los británicos. ¿Cómo pacificar un país ingobernable y encontrar a los que perpetraron los ataques del 11 de septiembre de 2001 y luego en Londres y Madrid? Esos terroristas se esconden también en aquellas regiones del noroeste de Pakistán que son igualmente ingobernables.

En esa lucha contra el terrorismo internacional Obama quiere evitar los excesos que autorizó Bush (y sobre todo Dick Cheney) en contra de supuestos sospechosos. La cárcel de Guantánamo se cerrará, pero aún no hay respuesta a la pregunta de dónde está Osama bin Laden.

Estreno nuclear de Obama

30 abril 2009

Parece mentira, pero hace apenas un año la entonces senadora Hillary Clinton insistía en que su contrincante, el también senador Barack Obama, carecía de experiencia política y desconocía las relaciones internacionales. Véanlos hoy. Hace un mes el ahora presidente Obama nos envió a Hillary, ahora su secretaria de Estado, para dar al presidente Felipe Calderón un espaldarazo y un apretón de manos.

Pocos presidentes de Estados Unidos han arrancado con tanta fuerza y un respaldo tan entusiasta como Obama. Kennedy y luego Reagan fueron casos parecidos, pero cometieron muchos más errores iniciales. Obama parece saber mejor lo que quiere y se ha trazado un camino para lograrlo. Desde su toma de posesión hace apenas cien días el presidente de Estados Unidos no ha parado. Sigue sembrando ideas y propuestas en los más diversos campos. Dentro y fuera de su país acapara diariamente los medios de comunicación. Vivimos una época de *obamitis* aguda. El nuevo inquilino de la Casa Blanca se ha paseado por todo Estados Unidos y ya ha emprendido varias giras al exterior. Estuvo en Europa y luego pasó por México en su viaje a la Cumbre de las Américas en Puerto España. Su estancia aquí se limitó a confirmar el espaldarazo que ya había dado al gobierno su secretario de estado.

En apenas tres meses Barack Obama ha logrado lo que muchos otros no han podido conseguir en años: sentar las bases de una revolución en lo interno y de una nueva era en lo externo. Está por verse si las medidas ya tomadas en lo interno surten efectos rápidos y si la retórica en lo externo se traduce en actos concretos.

En política exterior Obama empieza a destacarse como un presidente sensato y reactivo a repetir los errores del pasado. Desde la caída del muro de Berlín, los presidentes de Estados Unidos han tratado sin éxito de establecer unas nuevas bases de la convivencia internacional. George H. W. Bush se limitó a proclamar un nuevo orden internacional que nunca supo edificar. William J. Clinton trató sin éxito de encontrar una visión propia del mundo. George W. Bush, en cambio, logró imponer la suya, sólo que resultó ser tan primitiva que ahuyentó hasta a sus más cercanos aliados. Bush hijo descuidó sobre todo la relación con Rusia, quizás la más importante de Estados Unidos debido a la existencia de decenas de miles de armas nucleares.

Para la mayoría de los líderes del mundo la amenaza que representa la existencia de los arsenales nucleares sigue siendo el mayor desafío del siglo XXI. Supera a los desafíos que acarrea la pobreza de buena parte de la humanidad, a la crisis financiera y económica que aqueja al mundo, al cambio climático y a los brotes de virus que podrían convertirse en pandemias.

Desde la campaña presidencial, Obama indicó que estaría dispuesto a proponer medidas para avanzar hacia un mundo libre de armas nucleares. Sus posiciones en materia de desarme nuclear fueron de lejos las más avanzadas de los aspirantes a la presidencia de Estados Unidos. Hasta hace escasos meses en los círculos gubernamentales de Washington era políticamente incorrecto hablar de nuevos acuerdos sobre el control de armas nucleares y mucho menos de desarme nuclear. Ahora Obama ha puesto sobre la mesa de negociaciones con Rusia y las demás potencias nucleares la idea de eliminar dichas armas. Es un primer paso muy importante que deberá pronto traducirse en resultados concretos, si Obama quiere mantener cierta credibilidad en este terreno.

En principio el clima parece propicio para redoblar esfuerzos en el campo del desarme nuclear. Distintos grupos de ex dirigentes políticos, tanto dentro como fuera de Estados Unidos,

han señalado la imperiosa necesidad de avanzar hacia un mundo libre de armas nucleares. Ya se han prohibido mediante sendos tratados multilaterales las armas biológicas y químicas. Faltan las nucleares.

Reino Unido ya ha anunciado que está dispuesto a abogar por la eliminación de las armas nucleares. Empero, China y Francia mantienen el silencio. India, Pakistán e Israel tampoco han anunciado su disposición para conseguir su eliminación. Corea del Norte e Irán siguen siendo objeto de reiteradas declaraciones de muchos gobiernos que los consideran una amenaza. Se les olvida que la mayor amenaza proviene de Washington y Moscú, que juntos detentan más de 95 por ciento de todas las ojivas nucleares. De ahí la importancia del paso que dio Obama: primero hay que reducir sustancialmente los arsenales de Estados Unidos y Rusia y luego habrá que negociar con los demás.

El pasado primero de abril el presidente Obama se estrenó en el escenario internacional en la cumbre del G-20, celebrada en Londres. Aprovechó su estancia en la capital británica para reparar y enderezar varias relaciones bilaterales. Se entrevistó con los mandatarios de Rusia y China. Con el presidente Dimitri Medvediev Obama acordó concluir antes de fin de año un nuevo acuerdo para reducir aún más sus armas estratégicas nucleares. He ahí el primer paso fundamental y la primera prueba de la buena fe del nuevo presidente estadounidense.

En un discurso pronunciado en Praga unos días después, el 5 de abril, Barack Obama afirmó la responsabilidad moral de su país de encabezar la lucha por un mundo libre de armas nucleares, una lucha que (según insistió) quizás dure muchas décadas. También convocó a una conferencia internacional sobre seguridad nuclear a más tardar el próximo año. Y ahí dejó entrever lo que realmente parece inspirar muchas de las propuestas para la eliminación de las armas nucleares: el temor de que caigan en manos de países supuestamente menos confiables o que grupos terroristas puedan hacerse de los materiales nucleares necesarios para construir una bomba o un artefacto por crudo que sea. De ser así durará poco el sueño de un mundo libre de armas nucleares.

Probando... uno, dos, tres... probando

28 mayo 2009

Éramos pocos y parió la abuela. Justo cuando parecía que el mundo se estaba encaminando hacia el desarme nuclear, la República Democrática Popular de Corea (RDPC) hace una de sus travesuras armamentistas periódicas. El pasado lunes Pyongyang anunció que había llevado a cabo otro ensayo de un artefacto nuclear. Fue su segunda prueba. La primera, en 2006, no fue muy exitosa. ¿A qué le tira Kim Jong Il?

La reacción internacional a este segundo ensayo nuclear fue inmediata y se ha especulado mucho acerca del propósito de esta prueba. Desde un punto de vista científico y técnico seguramente se debe a la necesidad de demostrar al mundo que sí posee una capacidad nuclear. Desde un principio los países que han jugado la carta nuclear han tenido que decirle al mundo: aquí estoy, soy potencia nuclear. Y lo hacen mediante una prueba. En el caso de la RDPC, la primera no fue del todo exitosa. Al parecer, esta sí lo ha sido.

Además, para tener una capacidad nuclear creíble es menester contar también con los vectores para transportar las bombas. Y aquí la RDPC ha manejado muy bien sus tiempos. Su ensayo inicial de hace tres años no hubiera provocado tanto el temor de sus vecinos de no haber estado lanzando durante una década proyectiles de corto, mediano y largo alcance. La República de Corea y Japón se sintieron aludidos. Ahora los norcoreanos han tejido más fino al ensayar un proyectil el pasado martes. En otras palabras, en espacio de 48 horas lograron demostrar los dos elementos antes citados: artefacto nuclear y vector.

Desde un punto de vista político, este ensayo de la RDPC podría obedecer a distintas razones. Una estaría relacionada con la sucesión que algunos insisten se avecina en Pyongyang. Según esta hipótesis, Kim Jong Il está muy delicado de salud y las fuerzas en el poder quisieran asegurar una transición tranquila, como la de 1994 cuando, tras la muerte de Kim Il Sung, el fundador de la RDPC en 1948, asumió el poder su hijo. Ahora algunos piensan en el nieto, Kim Jong-un, quien tiene apenas unos 25 años de edad. Quizás esté muy joven para perpetuar la dinastía. De cualquier forma, el ensayo nuclear sirve para demostrar a la población norcoreana que, pese a las carencias de todo tipo que sufre ese país (sobre todo alimentarias y energéticas), la familia de los Kim está velando por su seguridad frente a las amenazas del exterior.

Otra hipótesis de carácter político es que Pyongyang quiere que el nuevo presidente de Estados Unidos le haga caso a su gobierno. Desde el inicio de su gestión el presidente Barack Obama ha estado tratando de resolver una variada gama de problemas. Ciertamente no le ha dedicado mucho de su tiempo a la RDPC. Ahora lo tendrá que hacer. Y los norcoreanos quieren que lo haga directamente con ellos, dejando de lado los mecanismos diplomáticos multilaterales a los que Washington ha recurrido en el pasado, en particular el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y las llamadas pláticas a seis bandas (RDPC, Corea del Sur, Japón, China, Estados Unidos y Rusia).

¿Será este el desafío al que aludió en octubre de 2008 el senador Joseph Biden, entonces candidato del Partido Demócrata a la vicepresidencia de Estados Unidos? En aquella ocasión Biden pronosticó que al principio de su administración el presidente Obama enfrentaría una crisis internacional que pondría a prueba su entereza como dirigente.

Pues bien, Obama ya ha reaccionado y lo ha hecho de manera previsible. El mismo lunes pasado dijo que el ensayo nuclear norcoreano “es una violación descarada a la ley internacional”, agregando que “no sólo está profundizando su propio aislamiento, sino que también in-

vita a una presión internacional más fuerte”. Y concluyó diciendo que la RDPC “no encontrará seguridad y respeto mediante amenazas y armas ilegales”.

¿Por qué “ilegales”? Y, ¿qué será una “presión internacional más fuerte”?

Si las armas nucleares de la RDPC son ilegales, también lo son las de Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia, China, Israel, India y Pakistán. Pyongyang tiene el derecho de desarrollar un arsenal nuclear. Desde luego que cuando firmó el Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares (TNP) se comprometió a no hacerlo. Pero el propio TNP contempla la posibilidad de que un país se retire del mismo si decide que acontecimientos extraordinarios han comprometido sus intereses supremos. Y la RDPC se salió del TNP en 1993, para luego regresar, y volver a retirarse en 2003.

¿Qué más puede hacer el Consejo de Seguridad tras sus resoluciones de 2006? En ellas exigió que la RDPC dejara de lanzar proyectiles balísticos y abandonara su programa nuclear. Le impuso sanciones, incluyendo la prohibición de importar materiales susceptibles de ser empleados en la fabricación de armas nucleares.

Por un azar del destino desde un principio pude seguir de cerca esta cuestión. Cuando en 1993 el presidente Bill Clinton asumió el poder en Washington, yo ya llevaba casi cuatro años como representante en Ginebra. Un buen día mi colega de la RDPC me hizo una visita. El embajador Ri Tcheul había llegado a Ginebra en 1987 y ahí sigue más de dos décadas después. Era y es el representante permanente de su país ante los organismos internacionales con sede en esa ciudad. Al parecer su gobierno ha tomado muy en serio su carácter de representante permanente.

El embajador Ri me vino a ver en muchas ocasiones para platicar sobre la nueva administración en Washington. Quería mi opinión acerca de cómo tratar a esos funcionarios. Desde un principio le dije que encontraría a interlocutores honestos y dispuestos a escuchar. Ri me habló de las intenciones de su país acerca del TNP y me adelantó mucho de lo que ha ocurrido desde entonces. La RDPC sigue probando.

Vox populi

25 junio 2009

Hay elecciones que provocan un enorme bostezo. Así ocurrió en los recientes comicios para elegir al nuevo Parlamento Europeo. No hubo mayor entusiasmo del electorado en los 27 países que integran la Unión Europea (UE), salvo para castigar a los seguidores de los partidos socialdemócratas. Se dijo que los europeos, sobre todo los jóvenes, no saben lo que hace el Parlamento, y por ello no les interesa.

En otras elecciones la participación es grande y el entusiasmo de los votantes persiste aún después de los comicios. A casi 15 días de la elección presidencial en Irán, las manifestaciones populares han continuado (muy disminuidas), pese a que las autoridades han ido cumpliendo su amenaza de reprimirlas. Ahí los jóvenes (cuando menos en los centros urbanos) parecen muy interesados en desafiar al gobierno, exigiendo la anulación de la elección del pasado 12 de junio.

Lo cierto es que los electores iraníes no tuvieron mucho de donde escoger. Los cuatro candidatos presidenciales son un producto del aparato político que los clérigos instauraron en ese país tras la huida del sha en 1979. En teoría es un sistema presidencial democrático. Pero en realidad quien detenta el poder es el líder espiritual de esa república islámica, el líder supremo, el ayatola (¿con el dedo?) Alí Jamenei. Al presidente se le permite dirigir el rumbo de la economía y poco más. El líder supremo es, como diría en cierta ocasión un presidente mexicano, el fiel de la balanza. Él define el margen de maniobra de los políticos iraníes.

¿Hubo irregularidades en la votación del 12 de junio? El ayatola, por medio del consejo de guardianes, dijo primero que sí y luego que sí, pero que no fueron importantes, y luego dijo que no, que no hubo irregularidades. El presidente Mahmud Ahmadinejad ha sido declarado el vencedor, mientras que su principal contrincante, Mirhosein Musavi, pide la anulación de la votación y elecciones nuevas. ¿Hasta dónde está decidido a desafiar al líder supremo?

En 1988 Cuauhtémoc Cárdenas no se atrevió a llevar su lucha a la calle, el presidente De la Madrid no anuló las elecciones, y el PRI y el PAN (con la anuencia del entonces FDN) hicieron un pacto que para muchos aún perdura hoy. ¿Dónde quedó la voz del pueblo? Los manifestantes en Irán y los que los apoyan desde el exterior se preguntan ¿dónde está mi voto? Pero agregan otra consigna: *Allah akbar* (“Dios es grande”). Todo cabe en un plan religioso, sabiéndolo acomodar.

Estamos ya muy acostumbrados a aceptar la democracia como una cosa buena. Hubo épocas en que la gente luchaba y moría por lo que muchos consideran un ideal de la sociedad organizada. Tenemos el derecho a elegir a quienes nos gobiernan. Pero, ¿para qué ejercer ese derecho si acabamos detestándolos?

En noviembre del año pasado los estadounidenses votaron por un cambio y lo están viviendo. El presidente Barack Obama ha devuelto un poco de esperanza al electorado de su país. A ver cuánto le dura. ¿Será la excepción que confirma la regla?

La democracia (o la semblanza de un sistema democrático) es hoy un requisito para muchas cosas. Si una nación no es democrática quizás no sea acreedora a un préstamo por parte de otra o de alguna institución financiera internacional; tampoco tendrá acceso a ciertas agrupaciones de países, como en el caso de la UE. En los debates internacionales sobre los derechos humanos la democracia ocupa un lugar prominente.

En estos días se debate en nuestro país qué hacer en las elecciones del 5 de julio. Ante un panorama político altamente desalentador y una mediocridad de candidatos, se ha ido abriendo un abanico de posibilidades. Unos quieren que se apoye a un partido, independientemente de los candidatos del mismo. Otros insisten en la abstención, mientras que algunos propugnan el voto nulo. También hay quienes proponen un voto comprometido con aquellos candidatos que hayan proclamado ante notario que legislarán una serie de medidas concretas.

La idea de votar se basa en un mito. Se cree que el voto es un mecanismo mediante el cual uno puede convertir su aspiración personal en una realidad al depositarlo en un candidato o un partido que lo represente en un cuerpo legislativo. El representante que hemos elegido será, a su vez, nuestro agente del cambio al que aspiramos. De ahí el éxito (relativo) de la propaganda del Partido Verde. ¿Quieres acabar con los secuestros? Aplícales la pena de muerte a los perpetradores. ¿Quieres medicinas gratis? Exígele al gobierno que te las pague si no puede proporcionártelas. Se trata de un ejemplo de cómo perpetuar el mito del voto. Tu voto cuenta, se nos dice, pero ya no nos la creemos.

Los bonos de nuestro Congreso están muy bajos. Nadie parece creer en el Poder Legislativo, aquí y en otras partes. En sus momentos de mayor rechazo, la popularidad del entonces presidente George W. Bush estuvo por encima de la del Congreso estadounidense y sus dirigentes. Vea los que ocurre hoy con el Parlamento británico. El caso del Parlamento Europeo no es, por tanto, la excepción.

Si el pueblo se harta de sus representantes, su margen de acción dentro de la legalidad del orden constituido es bien pequeño. Échenlos, dicen algunos, y elijan a un nuevo Congreso. ¿Han visto las listas de candidatos que postulan los partidos a las elecciones del 5 de julio? Están para llorar.

En abril de 1931 los españoles votaron, y botaron a la monarquía. Se instauró la Segunda República. El voto de los ciudadanos sí contó en esa ocasión. A las fuerzas en el poder no les gustó la República y la desafiaron, primero en las urnas y luego con las armas. Y ese es el dilema de la democracia. Sirve mientras sirva a los grupos que en realidad detentan el poder. Por ello el voto del ciudadano es contado escrupulosamente (o eso creemos), a sabiendas de que a la postre no cuenta.

Lunáticos

30 de julio 2009

Hace 40 años el Apolo 11 salió de cabo Cañaveral en Florida, pero su viaje a la Luna se originó varias décadas antes en Alemania.

En la primavera de 1945, cuando estaba por derrumbarse el Tercer Reich, los aliados se apresuraron a reclutar a los alemanes empleados en el desarrollo y la producción de cohetes para fines militares. Se dirigieron a Peenemünde, en la costa del mar Báltico. Ahí los nazis habían construido un centro de investigación encabezado por Wernher von Braun, Walter Dornberger y Arthur Rudolf. Ahí desarrollaron y de ahí lanzaron los cohetes V-2 que aterrorizaron a los londinenses al final de la guerra.

Los británicos contrataron los servicios de algunos alemanes involucrados en la industria de los cohetes militares. El científico soviético Sergei Korolev también estuvo en Peenemünde y luego aplicaría al programa espacial de su país muchos de los conocimientos que ahí descubrió.

Los que se llevaron a los más destacados habitantes de Peenemünde fueron las tropas estadounidenses. El propio Von Braun había calculado que le convenía más ofrecer sus servicios a Washington. Al igual que Dornberger y Rudolf, tenía alergia al sistema soviético y los británicos simplemente no contaban con el presupuesto necesario para realizar su sueño de llegar a la Luna.

Un cuarto de siglo después Von Braun logró su meta.

El 20 de julio de 1969 el mundo fue testigo de un acto propagandístico sin precedente en la historia. Ese día estábamos en casa de mis tíos, pegados al televisor viendo cómo unas figuritas disfrazadas de astronautas pisaban la Luna y enterraban un asta con la bandera de Estados Unidos.

“Esto es teatro –espetó mi tío–: esos cuates están actuando en un estudio de televisión en gringolandia.”

No pusimos mucha atención a lo que dijo Neil Armstrong (*One small step for a man, one giant leap for mankind*). Resultó ser una de esas frases célebres que pueden catalogarse de espontaneidad programada. Fue un intento por dar una dimensión universal a la gesta de Estados Unidos cuando en el fondo todo el mundo reconoció de lo que se trataba. La bandera que llevaba el astronauta lo decía todo.

La hazaña estadounidense había sido fríamente calculada por el presidente John F. Kennedy. Tras su toma de posesión, en enero de 1961, triplicó el presupuesto del programa espacial de su país y en septiembre de 1962 anunció que antes de que terminara esa década se llegaría a la Luna. En un giro tragicómico de la historia, el presidente que habló con los astronautas ese día de julio de 1969 fue Richard M. Nixon.

Pese a la incredulidad de mi tío, el alunizaje fue un acontecimiento que aún repercute en la imaginación colectiva de los habitantes de nuestro planeta. Lo curioso es que se recuerda un acto que podría considerarse como la culminación de lo que sería un sueño truncado. Desde 1969 no ha habido momentos parecidos. La conquista del espacio ha continuado, pero lo que ha quedado grabado en la mente es esa imagen de 1969. Según Buzz Aldrin, el segundo en pisar la Luna, ya debería haberse llegado a Marte. Han pasado cuatro décadas.

Desde un punto de vista científico, y quizás hasta tecnológico, el alunizaje tuvo un valor relativo. Fue una prioridad establecida con un criterio político. Como tal, su impacto propagandístico fue incalculable.

Kennedy había llegado de panzazo a la Casa Blanca. Había autorizado el intento fallido de invasión a Cuba y ya se había enfrascado en lo que se convertiría en otro fracaso: la pesadilla de Vietnam. Pero estaba ansioso de ganarles la partida a los soviéticos.

La Unión Soviética llevaba la delantera en materia espacial. Había cosechado triunfos indiscutibles. Desde 1957 la presencia del Sputnik en el espacio trastornó a la opinión pública estadounidense. Los soviéticos colocaron a un perro en órbita y luego a Yuri Gagarin. El mensaje de Moscú era inequívoco.

Para entonces mi tío ya estaba curado de espantos. De joven creyó en que sí era posible construir un mundo más justo. Como tantos, se dejó llevar por el idealismo del socialismo y acabó militando en el POUM en Cataluña. Fue perseguido y encarcelado. Luego vino el exilio a México y la desilusión con los ideólogos del cambio social.

Ese día, en julio de 1969, mi tío seguía despotricando en contra de Stalin y sus sucesores, y también en contra de los dirigentes en Washington. Para él la *guerra fría* no era una contienda ideológica sino, más bien, una descarada lucha hegemónica. El supuesto alunizaje se inscribía en una campaña burda de propaganda.

Poner un ser humano en la Luna fue espectacular, caro e inútil. Sirvió de acicate momentáneo para la conquista del espacio y sobre todo hizo subir los bonos de Estados Unidos en el mundo. El país era el número uno del orbe. Pero la euforia de Washington no duró mucho. El programa espacial dejó de ser una prioridad y Nixon se dedicó a ver cómo se salía de Vietnam y luego cómo evitaba acabar en la cárcel.

En esa época se hablaba poco de un elemento fundamental en la llamada conquista del espacio. El desarrollo de cohetes capaces de poner en órbita satélites artificiales, así como de misiles intercontinentales para transportar ojivas nucleares con gran precisión, se hubiera retrasado décadas de no haber sido por la aportación de científicos, ingenieros y técnicos alemanes.

Con los años la contribución alemana a la era espacial ha sido reconocida ampliamente. Sin embargo, los éxitos iniciales de los programas espaciales de Moscú y Washington fueron atribuidos a la gloriosa revolución de octubre y a la ingeniosidad yanqui, respectivamente.

Mi tío se hubiera divertido al pensar que el circo mediático armado por Washington hace 40 años en respuesta a Moscú tuvo su origen en la Alemania nazi.

Vigencia de derechos

27 de agosto de 2009

Hace poco hice mi visita semestral a las oficinas del ISSSTE. Fui para decirles (y que vieran) que estoy vivo. Como todo jubilado del sector público tengo que acudir cada seis meses a esas oficinas para pasar revista y asegurar que me seguirán pagando mi jubilación. En algunas partes lo llaman fe de vida. En el ISSSTE lo describen eufemísticamente como vigencia de derechos. Uno presenta su credencial y se instala en la sala de espera. El trámite es bastante rápido y resulta difícil pensar en otro más expedito. Ciertamente es más complicado para aquellos jubilados que no pueden acudir personalmente. En los pocos minutos que esperé a que me llamaran me puse a pensar que la vigencia de derechos es un trámite que debería aplicarse a muchas otras situaciones. Luego, platicando con un amigo, hablamos del regreso de Brett Favre al fútbol americano, ahora vistiendo la camiseta de los Minnesota Vikings, rivales tradicionales de los Green Bay Packers, el equipo de la NFL con el que tantos triunfos consiguió Favre durante su larga y exitosa carrera.

¿No sería bueno que un jugador de casi 40 años, que se ha jubilado ya en dos ocasiones, pasara revista para ver si siguen vigentes sus derechos? Su capacidad como jugador ciertamente ha disminuido, pero su atractivo como peón comercial sigue vigente. Piensen en lo que habrán de recaudar los dueños de los Vikings cada vez que juegue el (ya no tan) joven *quarterback*. Veamos quiénes son los Brett Favre en otras profesiones.

En verano suelen estrenarse muchas películas. En India ya se han registrado no pocos fracasos. En Estados Unidos la presentación de las llamadas películas taquilleras de verano tampoco ha recaudado lo esperado. Esos filmes suelen recuperar con creces el costo de su producción durante su primer fin de semana en los cines. Pero no ha ocurrido con las que protagonizan actores de la talla de Julia Roberts y Denzel Washington. A los estudios de Hollywood, y de Bollywood, les interesa más lo que se recaude que los comentarios de los críticos de cine. Ese interés es netamente comercial, ¿así se pasa revista a las estrellas de cine?

Al resto de los mortales nos ocurre de distintas maneras. La familia y sobre todo los hijos y hasta los nietos suelen pasarnos revista con cierta regularidad. A veces llegan a poner en tela de juicio la vigencia de nuestros derechos como hijo, hermano, marido, padre y hasta abuelo.

Los adultos mayores (que antes nos agrupaban en el instituto de la senectud y ahora somos gente madura) también tienen experiencias que los chiquillos de menos de 60 desconocen. El despertar en la mañana es una manera de pasar revista. En ese momento uno se dice ahí sígo... por ahora.

Para los más jóvenes hay situaciones que tienen un efecto parecido. Recuerdo que hace casi 40 años, recién llegado a Ginebra como joven diplomático, me encontré con una colega (también joven) que se la pasaba criticando a los suizos. Los consideraba fríos e insípidos. En alguna ocasión me confesó que cuando cruzaba el puente de Mont Blanc les murmuraba en voz muy baja a los hombres que cruzaban su camino: Díganme algo, escúpanme o pellízquenme... pero háganme sentir que estoy viva. Quizás ésa era su manera de pasar revista.

¿Y los políticos? ¿Por qué no pedirles que pasen revista para ver si siguen vigentes sus derechos para gobernar? En las democracias parlamentarias ya existe algo parecido. Lo llaman un voto de confianza. Si lo gana el partido en el poder, ahí se queda; si lo pierde, se convocan nuevas elecciones. En los sistemas presidenciales resulta más difícil desafiar a los mandatarios. Empero, existen algunas posibilidades.

Una manera de oponerse al presidente en turno es protestar en las calles. En 1968 De Gaulle fue objeto de intensas manifestaciones en su contra. Al año renunció a la presidencia. Otra posibilidad de protesta se encuentra en las llamadas elecciones de medio camino en el mandato presidencial. Los electores pueden votar por los candidatos de la oposición para integrar el Congreso y así indicar su desacuerdo con el primer mandatario. En 1994 el Partido Demócrata de Estados Unidos perdió su mayoría en ambas cámaras del Congreso, obligando al presidente Bill Clinton a cambiar de rumbo, modificando su agenda política. Hay muchos republicanos en Estados Unidos que hoy quieren derrotar las propuestas del presidente Barack Obama para reformar el sistema de salud en ese país. Creen que si fracasa podrán obtener más diputados y senadores en las elecciones al Congreso en 2010. Ésa será una prueba importante para Obama. Entonces verá el estado que guardan sus derechos para gobernar.

¿Cómo sabemos si un político debe seguir cobrando su sueldo? ¿Qué pasa si, metafóricamente hablando, está muerto y ni él ni nadie lo saben? Si al gobierno de Gordon Brown en el Reino Unido se le obligara a presentar una fe de vida, hace tiempo que hubiera convocado a nuevas elecciones. A veces uno no sabe que ha caducado su vigencia de derechos.

Algo parecido está ocurriendo en México. Los tres años que le restan al sexenio podrían resultar muy largos. La política económica ha sido un fracaso, pero los diputados de la oposición, que ahora son mayoría en el Congreso, no parecen estar dispuestos a proponer una solución duradera a la crisis. El desempleo va en aumento y la violencia es parte de nuestra vida cotidiana. Los casos de indiferencia de la clase política se multiplican. Tras los desastrosos resultados de los recientes exámenes a los maestros, ningún dirigente se ha inmutado. La que lidera a los maestros aún no se ha dado cuenta que hace tiempo caducó la vigencia de su derecho a dirigirlos.

Resulta claro que no sólo los burócratas jubilados deben pasar revista periódicamente. ¡Órale! ¡Pellízquense! Ya me siento mejor.

Tarea nuclear

1° de octubre de 2009

Son pocos los políticos estadounidenses que se atreven a proponer la eliminación de las armas nucleares. Entre los aspirantes presidenciales sólo uno la había incluido en su plataforma electoral. Se trata de Dennis J. Kucinich, diputado demócrata por Ohio y ex alcalde de Cleveland. En 2008 Barack Obama fue el segundo en hacerlo.

Ahora, como presidente, Obama ha dado un seguimiento puntual a su visión de un mundo libre de esas armas. En abril comprometió a su gobierno a lograr la eliminación completa de las armas nucleares. Para hacerlo –dijo– empezaría por negociar con Rusia un nuevo tratado para reducir esos arsenales.

En segundo lugar, pediría al Senado de su país que ratificara el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares, actividad indispensable para mejorar el diseño de cabezas nucleares. Tercero, participaría en la elaboración de un instrumento jurídico multilateral para prohibir la producción de material fisionable (uranio enriquecido y plutonio), que se utiliza para construir bombas. Por último, colaboraría para mejorar la seguridad de todo material susceptible de ser utilizado en la fabricación de armas nucleares.

Lo más significativo del posicionamiento de Obama ha sido su intención de cambiar el papel que juegan las armas nucleares en la estrategia militar de Estados Unidos. Quiere reducir y eventualmente eliminar ese papel. Pronto sabremos hasta dónde está dispuesto a actuar en este terreno, cuando aparezca el Nuclear Posture Review que cada presidente elabora al inicio de su administración.

En abril el presidente Obama fue elocuente en ese discurso en Praga; en septiembre ya no lo fue tanto en su alocución ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Ahí desvió la atención hacia Irán. El reto es grande y no puede distraerse del objetivo final: la eliminación de todas las armas nucleares del planeta, empezando por las de Estados Unidos y Rusia.

¿Qué tiene que hacer? Debe moverse en varios frentes. El primero es demostrar con hechos que está dispuesto a reducir sustancialmente el arsenal nuclear de su país. Junto con Rusia (antes la URSS) Estados Unidos fabricó más de 95 por ciento de las casi 140 mil bombas producidas desde 1945. Con Rusia empezó a recortar su arsenal y hoy está negociando un nuevo tratado START para rebajarlo aún más: a menos de 2 mil armas nucleares cada uno hacia 2016.

El arsenal nuclear estadounidense llegó a unas 30 mil bombas en la década de los 60, mientras que el soviético rebasó las 40 mil en los años 80. Pero aun con las reducciones previstas en el tratado START, Washington y Moscú mantendrán una ventaja sustancial sobre los demás estados poseedores de armas nucleares.

China y Francia cuentan con unas 500 cabezas nucleares cada uno, Israel con unas 200, Reino Unido con menos de 200, e India y Pakistán con alrededor de 60. Y Corea del Norte podría tener hasta una docena de artefactos, por muy rudimentarios que sean. Éstas son meras aproximaciones. Además, todos esos países tienen los proyectiles necesarios para transportar sus bombas.

Aparte de las nueve naciones que ya han fabricado armas nucleares, hay otros 20 o 30 que tienen la capacidad para hacerlo. He ahí otra fuente de preocupación. Lo que pretende hacer Irán (enriquecer uranio) ya lo hacen muchos otros países para abastecer sus centrales nucleares que generan electricidad.

Lo importante no es cuántas armas nucleares tiene cada país, sino cuál es el papel que les asignan. Estados Unidos, Reino Unido y sus aliados en la OTAN se reservan el derecho de ser los primeros en utilizarlas. China proclamó desde un principio que jamás iniciaría un intercambio nuclear. Años antes la Unión Soviética había anunciado lo mismo. Sin embargo, Rusia abandonó esa doctrina y ha adoptado la de la OTAN. Todos ellos han manifestado, de una manera u otra, que estarían dispuestos a entablar negociaciones con miras a lograr el desarme nuclear. Francia, en cambio, no ha dado muestras de una disposición parecida. Empero, en días pasados parecería que se está gestando un cambio en París.

Hace poco hubo una pequeña sorpresa en Francia. El pasado 14 de octubre *Le Monde* publicó una propuesta de desarme nuclear firmada por dos políticos que ocuparon el cargo de primer ministro (Alain Juppé y Michel Rocard), un ex ministro de defensa (Alain Richard) y un general retirado (Bernard Norlain). Intitulada Por un desarme nuclear mundial, única respuesta a la proliferación anárquica, rompió con una tradición muy arraigada en Francia: nadie pone en duda la necesidad de su *force de frappe*. Se trata de la capacidad nuclear que sirve para disuadir a un enemigo en potencia.

En efecto, a diferencia de lo que ocurre en casi todas las otras potencias nucleares, en Francia no ha habido mucha discusión en torno a la conveniencia de mantener un arsenal nuclear. La sociedad civil en ese país no ha cuestionado a su gobierno. Es más, podría decirse que las armas nucleares forman parte del ego nacional francés. Piensen qué pasaría si Francia (o el Reino Unido) no tuviera armas nucleares o se quedara sin el veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. Sin duda que caería varios peldaños en la jerarquía de naciones.

De ahí la importancia de la propuesta suscrita por ex dirigentes políticos franceses. Empero, al igual que lo sucedido en el Consejo de Seguridad de la ONU el pasado 24 de septiembre, está basada en una premisa falsa. No se trata de prohibir las armas nucleares porque uno teme que caigan en manos de otros; deben eliminarse porque son armas de destrucción en masa y porque constituyen una amenaza para la supervivencia del propio planeta.

Un consejo para Obama

29 de octubre de 2009

Vamos a suponer. Supongamos que se sospecha que en el sótano de una casa en un barrio de una ciudad hay un individuo que quizás esté tratando de reunir el material necesario para construir un artefacto nuclear. Supongamos, asimismo, que los vecinos están preocupados. Se preguntan: ¿para qué querrá una bomba nuclear?

Supongamos también que a unas casas de ese sospechoso vive un individuo que sabemos que ya tiene un arsenal nuclear, pero nadie dice nada. Y supongamos que en otros barrios viven personas que tienen muchas armas nucleares y que también les preocupa el sospechoso, pero tampoco dicen nada del vecino que ya tiene armas nucleares. Tampoco les interesa deshacerse de las suyas. Se limitan a insistir en que la posibilidad de que el sospechoso se haga de un arma nuclear es un peligro para todos.

He ahí el guión de la obra de teatro estrenada en el Consejo de Seguridad el pasado 24 de septiembre. La sala estaba llena. La función duró escasas dos horas. La coreografía resultó casi impecable. La dirección y el papel principal estuvieron a cargo del presidente Barack Obama, de Estados Unidos, y el coro de 14 voces fue casi perfecto. Estuvieron los principales con excepción del corista de Libia.

El Consejo de Seguridad de la ONU se viene reuniendo desde 1946 y ha celebrado más de 6 mil sesiones formales y un sinnúmero de otras reuniones. Pero en sólo cinco ocasiones lo ha hecho a nivel de jefes de Estado o de gobierno. Se trataba, por tanto, de una ocasión muy especial.

En 1945 se inició la era atómica y al año siguiente la recién creada ONU se estrenó con un debate acerca de qué hacer. Hubo dos posiciones encontradas: por un lado, Estados Unidos (con un arsenal de cuatro o cinco bombas) propuso un régimen internacional de control de la energía nuclear y, si estaba convencido del buen funcionamiento de dicho régimen, entonces estaría dispuesto a eliminar su arsenal; por el otro, la Unión Soviética insistió en que primero hubiera un desarme nuclear completo y luego se creara un mecanismo para asegurar un mundo libre de esas armas. No hubo acuerdo.

Hoy el debate es muy parecido. Tras la adquisición de armas nucleares por nueve países y la fabricación de 130 mil de esas armas, se ha puesto fin a la competencia militar entre Washington y Moscú (responsables de 98 por ciento de esas armas) y han reiniciado un proceso de reducción de sus arsenales nucleares. Además, se cuenta con el organismo internacional de energía atómica que desempeña el papel contemplado por Estados Unidos hace más de seis décadas.

El argumento fundamental para la abolición de las armas nucleares es el siguiente: se trata de instrumentos de destrucción en masa que resultan inútiles desde un punto de vista militar y que, al igual que las armas químicas y biológicas, deben eliminarse porque constituyen una amenaza inmoral y seguramente ilegal.

En 2008, durante su campaña, el entonces senador Obama habló de un mundo libre de armas nucleares y del peligro que entraña la mera existencia de decenas de miles de armas nucleares. El mensaje era el correcto.

En Praga, en abril de este año, el ya presidente Obama matizó su plan-teamiento. Es cierto que reiteró su deseo de un mundo sin armas nucleares y que éstas son el legado más peligroso de la *guerra fría*. Pero argumentó que su diseminación a más y más naciones y su posible

adquisición por los llamados agentes no estatales, incluyendo grupos terroristas, es un desafío que hay que enfrentar primero, es decir, antes de eliminarlas de los arsenales existentes. Parecía que los expertos del Pentágono –muchos de ellos interesados en mantener el arsenal nuclear estadounidense– habían empezado a influir en el presidente.

En su discurso ante la asamblea general el pasado 23 de septiembre colocó el desarme nuclear como la prioridad de su política exterior, pero, una vez más, introdujo el peligro de la futura proliferación de las armas nucleares. Al día siguiente, en el Consejo de Seguridad, ya había seguido los consejos del Pentágono. En la resolución aprobada, que Estados Unidos redactó y consultó con el resto de los miembros permanentes (por cierto, haciendo a un lado a los otros 10 países en el consejo), el mensaje es claro: hay que acabar con la proliferación nuclear y luego veremos si nos desarmamos nosotros. Igual que en 1946, sólo que ahora todos los que ya tienen armas nucleares están de acuerdo.

El único mandatario presente que planteó sin rodeos el meollo de la problemática nuclear fue el presidente de Uganda, Yoweri Kaguta Museveni. Dijo que era evidente que la posesión de armas nucleares es la causa principal de que otros países quieran adquirirlas. Y agregó: No es lógico decir que algunos de nosotros debemos poseer armas nucleares y otros no. Se congratuló que algunos países que ahora las tienen estén dispuestos a deshacerse de todas ellas.

Los demás participantes evadieron el tema central y algunos desviaron la atención hacia Irán y Corea del Norte. Sólo Libia mencionó a Israel. De los cinco miembros permanentes, el peor fue Francia. A su presidente le encanta hablar de las armas nucleares que otros tienen o quieren tener. Jamás se refirió al arsenal que posee Francia. En cambio, el primer ministro de Reino Unido sí indicó cierta disposición para lograr un mundo libre de esas armas.

La sesión del Consejo de Seguridad que Obama presidió hace ocho días no hizo honor a su planteamiento de hace un año. Hoy en Ginebra se están viendo qué sanciones se deben imponer a Irán. El tren del desarme nuclear se está descarrilando.

Del muro a la muralla

25 de noviembre de 2009

¿Veinte años no es nada? Échenle un vistazo a lo ocurrido en las últimas dos décadas o piensen en los cambios geopolíticos que se anuncian para las siguientes dos.

Este noviembre pudimos aquilatar lo mucho que ha cambiado el mundo en dos decenios y lo mucho que quizás cambie en los próximos años. Los europeos nos lo mostraron con actos repletos de simbolismo (Angela Merkel y Nicolas Sarkozy juntos en el aniversario del fin de la gran guerra). El periplo asiático del presidente Barack Obama fue un testimonio de que el centro político y económico del mundo ya no es el mismo.

Para muchos europeos el siglo XX empezó en 1914 y concluyó en 1989, y ahí, según algunos, terminó la historia. Se dice que el siglo pasado fue el siglo de Estados Unidos. Quizás. Pero podría defenderse la tesis de que fue el siglo de Alemania. Sin sus científicos no hubiera habido mucha ciencia ni tampoco armas de destrucción en masa. Sin sus ingenieros no hubiera habido proyectiles que permitieran llegar a la Luna, cuando menos en 1969. Y sin el militarismo alemán quizás Estados Unidos aún sería una potencia en ciernes.

En Europa hay quienes dicen que el siglo terminó a las 23:17 horas del 9 de noviembre de 1989, el instante en que el guardia fronterizo de la entonces República Democrática Alemana (RDA) decidió que su chamba en Checkpoint Charlie había concluido.

A los conservadores estadounidenses les gusta identificar a Ronald Reagan como el factor determinante en la caída del muro de Berlín y, por consiguiente, del fin de la *guerra fría*. Pero la transformación de Europa oriental de satélite de Moscú en satélite de Washington no se entiende sin el activismo de Juan Pablo II y la pasividad (o tolerancia, por no decir complicidad) de Mijail Gorbachov.

En noviembre de 1989 el canciller federal Helmut Kohl se lanzó de inmediato sobre el cadáver de la RDA y lo resucitó como parte de una Alemania reunificada. Lo hizo sin preguntarles a sus electores si estaban dispuestos a sufragar el enorme costo de una reunificación y lo hizo sin pedirles permiso a sus socios europeos y aliados transatlánticos. París, Londres y Washington tuvieron que apechugar.

Este mes también nos ha permitido vislumbrar el futuro. ¿Cómo andará el mundo en 20 años? El presidente estadounidense nos dio una probadita durante su viaje a Asia. De ida a Singapur para asistir a la cumbre anual de APEC hizo una escala en Japón. Ir primero a Tokio fue su manera de rendirle homenaje al aliado que para Washington quizás ya sea la nación del sol poniente.

De regreso de Singapur estuvo varios días en China y luego hizo una breve escala en Seúl antes de regresar a Washington. Su estancia en China fue el plato fuerte de su viaje.

China se ha transformado en los últimos 20 años. Mientras los países de Europa oriental se apresuraron a ingresar a la OTAN y a la Unión Europea, la economía china fue creciendo a pasos agigantados. De pronto todo el mundo estaba inundado de sus productos. Hace dos décadas pocos hubieran vaticinado un desarrollo económico parecido. China es hoy el mayor acreedor del planeta y Estados Unidos el mayor deudor.

Aquí es cuando muchos analistas examinan la relación entre apertura económica y cambio sociopolítico. Suele decirse que la libertad en lo económico (léase capitalismo o globalización) conlleva adelantos en materia de derechos humanos. En Europa oriental se dio el cambio político, pero en lo económico hay serios problemas.

Los dirigentes comunistas chinos temen el cambio político aunque aceptan una economía de mercado. De ahí su oposición a los grupos que consideran disidentes. Hace 20 años, ante una ola de manifestaciones, el 4 de junio de 1989 las autoridades chinas optaron por la represión en la plaza de Tiananmen. Los dirigentes de Europa oriental se rehusaron a seguir el ejemplo chino.

El tema de los derechos humanos en China ocupa un lugar importante en la agenda bilateral de Estados Unidos. Pero hay otras cuestiones que le interesan más a Washington. El presidente Obama platicó de muchos temas con su homólogo Hu Jintao, preguntándole lo que Pekín podría hacer para reducir la tasa de desempleo estadounidense y el déficit comercial. Habló también del cambio climático y Corea del Norte. La lista es larga. Tiananmen y sus secuelas pasaron a segundo plano.

Podría ser que transitáramos del siglo alemán al siglo chino y descubriéramos que quizás Estados Unidos haya sido una potencia dominante por menos tiempo del que ahora pensamos. Quizás desempeñó el papel que le hubiera correspondido a Alemania de no haber sido por Hitler: convertirse en la principal potencia económica, conquistar el espacio ultraterrestre y desmantelar los imperios decimonónicos de Reino Unido y Francia.

Antes de su viaje a oriente, el presidente Obama había dicho que el siglo XXI será el siglo de la región Asia-Pacífico. De ser así, sus anfitriones chinos se preguntaron, ¿por qué no nos visitó antes? A Europa ya ha ido varias veces. Es más, es el presidente estadounidense que más ha viajado dentro y fuera de su país durante su primer año en el cargo.

La elección de Obama marcó un hito en la historia de Estados Unidos. Generó un gran entusiasmo entre sus compatriotas y en el extranjero. Pese a la profunda crisis económica que enfrenta, se fijó una agenda ambiciosa en lo interno y externo. Pero los resultados no llegan y ya se dice que habla bonito, pero camina despacio. Antes de cruzar la calle Obama suele echar un vistazo en ambas direcciones. En la política eso puede ser un arma de dos filos. Uno puede aparecer como un dirigente pensante, pero también puede dar la impresión de titubeante.

Pitufos y pirinolas

30 de diciembre de 2009

La Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) está de plácemes. En una época de crisis económica y desempleo galopante sigue abriendo a concurso público plazas reservadas para el servicio exterior mexicano (SEM). Acaba de cumplir un nuevo ciclo de su sistema de ingreso y ha incorporado a unos 130 jóvenes a sus filas profesionales.

El SEM está dividido en dos ramas: la técnico-administrativa y la diplomática-consular. De los nuevos funcionarios de carrera, 50 ingresan a la primera y 80 a la segunda. Es un número elevado en lo que ha sido el primer concurso de ingreso de este sexenio. Pero el total es inferior a los que ingresaron a finales de la administración anterior, cuando el canciller Luis Ernesto Derbez incorporó nada menos que a 175 nuevos miembros del SEM, algunos en concursos al vapor.

Digo al vapor porque hubo quienes ingresaron de manera apresurada. Eso sí, cubrieron todas las etapas del concurso, pero lo hicieron de manera abreviada, enviados al exterior con una mínima experiencia en la cancillería.

Desde el año 2000 se han concursado 350 plazas del SEM. Los aspirantes fueron muchos, ya que más de 5 mil presentaron el examen inicial. En otras palabras, sólo 15 por ciento de los aspirantes tuvieron éxito. Ello es prueba de que el SEM ofrece una alternativa atractiva para jóvenes con una carrera universitaria. En efecto, los sueldos, tanto en México como en el exterior, son buenos. Y, es más, se trata de una profesión que dura toda la vida. En cierto modo, es una beca vitalicia. He ahí su gran ventaja y, a la vez, su peor defecto. Una vez dentro es casi imposible perder el empleo. Eso ofrece estabilidad a la SRE, pero también acarrea problemas.

Cómo depurar el SEM ha sido un desafío constante para las autoridades de la SRE. ¿Qué hacer con un funcionario que no funciona? Los concursos de ascenso sirven un poco para identificar las capacidades de los miembros del SEM. Existe también el examen de media carrera. Pero aún no se ha ideado un sistema para deshacerse de aquellos individuos que no dan el ancho.

El filtro del examen de ingreso es importante, pero es imposible que detecte a todos los jóvenes que a la postre no serán buenos funcionarios. De ahí que el SEM esté lleno de individuos que nunca han madurado profesionalmente. A estos hombres y mujeres se les podría calificar de pitufos. Y ahí siguen, beneficiándose de esa beca vitalicia que consiguieron quién sabe cómo. Hay quienes llevan décadas en el mismo rango, sin lograr ascender y, al parecer, no les preocupa. Cuando les corresponde un traslado, las autoridades de la SRE suelen preguntarse qué hacer con fulanita o fulanito. Pero ahí siguen. En algunos países los miembros del servicio exterior que no ascienden cuando les corresponde suelen presentar su renuncia. Entre los miembros del SEM esa autocritica es inoperante.

Los recién ingresados son pirinolas, el rango burocrático más bajo. Algún día muchos dejarán de serlo. La pregunta es ¿cuántos resultarán pitufos? Sólo el tiempo lo dirá. Por lo pronto, la SRE se ha hecho de 130 nuevos funcionarios cuyas carreras habrán de durar unos 40 años, hasta alrededor de 2050.

Por lo pronto, han pasado varios meses en las oficinas centrales y ahora muchos de ellos serán adscritos al exterior. Podrán iniciar sus carreras en uno de los más de 70 consulados, 50 de los cuales se encuentran en Estados Unidos. O quizás empiecen su vida profesional en una

de nuestras 75 embajadas. Existen también representaciones permanentes ante una media docena de organismos internacionales. Además, la SRE cuenta con delegaciones foráneas en todos los estados de la República y 10 delegaciones metropolitanas en el Distrito Federal.

En los últimos lustros la SRE ha aumentado mucho su presencia en el exterior y en el interior de la República. Esto aumenta de manera considerable el número de posibles adscripciones para los miembros del SEM. Ojalá que los nuevos funcionarios no se topen de entrada con jefes pitufos. Podría desalentarlos.

En las próximas décadas México habrá de redefinir su política exterior, que en los más recientes decenios ha resultado muy discreta. A algunos de los nuevos funcionarios les corresponderá diseñarla y ponerla en práctica. Es obvio que antes tendrá que cambiar el país que les tocará representar. Quizás la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución logre convencer a nuestra clase política de la imperiosa necesidad de un cambio a fondo de cómo y para qué (y para quién) gobierna a nuestro país. En esos cambios los nuevos miembros del SEM quizás no incidan mucho, pero habrán de digerirlos y proyectarlos al exterior.

México atraviesa por una época particularmente difícil, complicada y triste. El modelo económico que el gobierno impuso hace un cuarto de siglo ha sido un fracaso. La pobreza aumenta y la violencia se generaliza. El modelo de transformación política que se nos vendió en 2000 ha resultado ser un espejismo. Los engaños de la clase gobernante se multiplican. Carecemos de un proyecto nacional coherente y justo.

En lo político nos han rebasado muchos países latinoamericanos y en materia económica nos encontramos en los últimos lugares de la región. En el campo de la educación estamos a la cola de las naciones de la OCDE, organización a la que ingresamos cuando por decreto presidencial pasamos a ser un país desarrollado. Hoy dependemos como nadie de un solo país y el precio de esa dependencia es prohibitivo.

A los jóvenes recién ingresados al SEM les tocará representar al país que tenemos hoy. No hay de otra. Tendrán que armarse de paciencia y tratar de mejorarlo. Siempre resulta más satisfactorio servir a México fuera de México cuando ese México es motivo de orgullo.

¡Alelula!

28 de enero de 2010

Hace siete años dediqué este espacio a unas reflexiones sobre el inicio de la gestión de Luiz Inacio Lula da Silva al frente de los destinos de Brasil. Los siete años que lleva en la presidencia (dos cuatrienios es el máximo que permite la Constitución) han confirmado mi optimismo inicial.

Hay dirigentes cuya visión y gestión perduran mucho más allá del ratito que les corresponde ejercer el poder. Lula parece ser uno de ellos.

Me da gusto porque desde chico me interesé por ese país, su lengua, literatura, música y cultura. Ha llovido mucho desde la aparición de la bossa nova y sus intérpretes: Dorival Caymmi, João Gilberto, Antonio Carlos Jobim, Vinícius de Moraes y tantos más. En esa época leía los libros del historiador Sergio Buarque de Hollanda, pero escuchaba las canciones de su hijo Chico. Luego impartí en la UNAM clases de historia brasileña.

Casi medio siglo después Brasil, el eterno país del futuro (valga la expresión paradójica), vuelve a ser fuente de esperanza. Buena parte de ese renacimiento se lo debe a su *manager*.

Hacia tiempo que Brasil no vivía una época de optimismo como ésta. Hace más de medio siglo tuvo un momento parecido, entre el suicidio de Getúlio Vargas en 1954 y el golpe de Estado militar en 1964. Esa década produjo mucho de lo que el resto del mundo aún hoy asocia con ese país.

No cabe duda de que Lula ha sabido construir sobre las bases que sentó su antecesor (y dos veces contrincante victorioso a la presidencia), Fernando Henrique Cardoso (1995-2002). Pero ha podido darle un valor agregado, que quizás se traduzca en hacer creer a los brasileños en sí mismos.

Es fácil exagerar el significado del momento histórico que vive Brasil. Como tantas otras cosas es una cuestión de percepciones. Me late que vamos bien, dirán muchos brasileños. La comunidad internacional parece tener una percepción igualmente positiva. Los medios de comunicación (cuando menos muchos) festejan al presidente y él se deja querer.

En los meses recientes ha habido muchas imágenes que han recorrido el mundo y que sirven para mostrarnos un jefe de Estado que parece saber lo que hace y que sabe que lo hace bien. Ahí lo vemos sentado en la Casa Blanca con el presidente Barack Obama y éste aparece realmente interesado en lo que le platica su interlocutor. Antes lo había hecho con George W. Bush. Exuda confianza y sus planteamientos son convincentes. En particular, su lucha por hacer de su país una nación más igualitaria lo ha distinguido a lo largo de su vida política. Abogar por la inclusión social ha sido su bandera y quizás falte mucho por hacer en ese campo, pero se le percibe como un líder que no quita el dedo del renglón.

Ha convencido a sus compatriotas a dejar (una vez más) de considerarse víctimas de la historia y de fuerzas exógenas y tratar de forjar un futuro para su nación, un futuro que les sea cómodo y que sea suyo.

Hace 60 años Brasil perdió la final de la copa del mundo de futbol en su casa contra Uruguay en el (entonces) flamante estadio Maracanã. Ocho años después, en aquella década de optimismo, conseguiría su primera copa en el mundial de Suecia. *Pelé* se convirtió en uno de los artífices de esa década de optimismo. Y *Pelé*, curiosamente, es uno de los vínculos entre aquel decenio y el actual momento de esperanza. Ahí estaba, junto con su presidente, cuando se anunció que Río de Janeiro será la sede de los juegos olímpicos de 2016. A Lula (y a *Pelé*)

le saltó un lagrimón. De inmediato, Río fue proclamada “*cidade maravilhosa...* e olímpica”. Ojalá que los juegos de 2016 sirvan para regenerar una ciudad muy venida a menos. Lula ya ha encaminado el esfuerzo.

El presidente también les consiguió a los brasileños ser los anfitriones del campeonato mundial de fútbol en 2014. Remozar estadios, ciudades y el país en general es otra tarea que les ha dejado Lula a sus compatriotas. Les sirve de estímulo y les genera más optimismo. Para entonces, algunos pronostican que Brasil ya será la quinta economía del mundo.

En los meses recientes el presidente Lula ha empezado a cosechar diversos reconocimientos internacionales. La revista *The Economist* le dedica su portada, en diciembre el diario *Le Monde* lo nombra hombre del año y *El País* hizo lo mismo.

En poco más de un sexenio Lula y su hábil canciller, Celso Amorim, han colocado a su país en un lugar prominente en la escena mundial. Brasil es un destacado miembro del G-20, se ha convertido en el primer socio comercial de China, se codea con las grandes potencias y éstas lo toman en serio. Tiene ideas e impulsa su proyecto en materia de comercio internacional y medio ambiente. Participa en las operaciones de mantenimiento de paz.

En lo interno ha tratado con no poco éxito de reducir las inmensas diferencias sociales. Desde luego que hay quejas. En ciertos renglones las cosas no han mejorado mucho. El sistema educativo, empezando por la primaria, deja mucho que desear; los programas de salud pública no acaban de arrancar; la burocracia a todos los niveles pesa mucho; la policía es muy deficiente, al igual que la impartición de justicia. Sin embargo, la lucha contra la pobreza empieza a dar resultados y las instituciones democráticas han mejorado. Y ha resistido la tentación de buscar la manera de permanecer en el poder.

En lo económico, Lula ha seguido una línea neoliberal trazada por su antecesor, pero ha sabido sentar unas bases sólidas que permitieron al país sortear con éxito la actual crisis mundial. El ex dirigente sindicalista, que alguna vez atacó las instituciones financieras mundiales, ahora confiesa que el Fondo Monetario Internacional requiere más de la ayuda de Brasil que viceversa. Y, por si no fuera poco, su país podría convertirse en un importante productor de petróleo.

Enhorabuena y ¡qué envidia!

Obama en líos

25 de febrero de 2010

Barack Obama lleva un año presidiendo los destinos de Estados Unidos. Es un lapso relativamente corto si uno piensa que quizás se pase otros siete en la Casa Blanca. Pero en poco más de 12 meses se ha complicado la vida de manera inesperada. Parece haber decepcionado a muchos de los que votaron por él en noviembre de 2008. Atrás quedó la ilusión de cambio que generó como candidato y ya pocos recuerdan las expectativas que acompañaron su histórica elección. Su toma de posesión fue aguardada como el nacimiento de una nueva, pero aún desconocida vida.

Su aparición en el escenario político nacional despertó una ola de esperanza de cambio en muchos campos. Su elección en sí fue una señal que se estaba gestando un relevo generacional con un ingrediente racial que anunciaba una nueva etapa en la vida política y social estadounidense. Atrás quedarían los pleitos estériles en el campo de batalla de Washington, caracterizados más por intereses mezquinos que por una visión de un futuro promisorio. Acabaría con la forma tradicional de hacer política y gobernaría con ideas de avanzada. Despertó a los jóvenes electores y entusiasmó a no pocos de los miembros de su partido. Aplacaría a Wall Street y pondría en cintura a los burgueses insaciables (y crueles). Embridaría lo que Eisenhower definió como el complejo militar e industrial.

Hacia el exterior, extendería una mano amiga a los opositores de Estados Unidos, negociaría acuerdos de desarme nuclear con los rusos, rescataría la diplomacia multilateral, cerraría la prisión de Guantánamo, sacaría las tropas de Irak y pondría un límite a la presencia militar en Afganistán, En fin, abandonaría el unilateralismo y los excesos de su antecesor.

Obama le debió a George W. Bush una buena parte de su popularidad. Pocos presidentes estadounidenses han dejado un recuerdo peor.

Así las cosas en enero de 2009. Bueno, casi así. Se había desatado una crisis de proporciones históricas en el sector financiero. El derrumbe económico del país estaba en el horizonte. ¿Qué hacer? Obama optó por seguir el camino trazado por Bush y sus consejeros de Wall Street. Había que salvar a los bancos e instituciones financieras. Para ello acudió a personas que conocían bien el problema, ya que algunas habían sido artífices del mismo.

Ignorar la crisis financiera acarrearía –les dijo a sus compatriotas– el derrumbe de la economía del país. Invirtió miles de millones de dólares en rescatar las chambas de los que más tienen. Mientras tanto, el desempleo entre los que menos tienen se disparó. Para hacer frente a las necesidades de la gran mayoría ideó lo que calificó de un paquete de estímulo de 787 mil millones de dólares. El déficit presupuestario que heredó de Bush siguió multiplicándose. Con el fin de asegurar la aprobación de ese paquete el presidente aceptó que muchos congresistas se despacharan con la cuchara grande al incluir programas de erogaciones para sus distritos electorales. Aceptó así recurrir a algunas de las prácticas de Washington que había prometido combatir.

Como si lo anterior no fuera suficiente, acto seguido decidió abrir otro frente. Empezó por enésima vez en la historia moderna de su país una reforma a fondo del sector salud. Para evitar los errores del presidente Clinton, decidió endosar al Congreso la redacción inicial del proyecto de ley correspondiente. Hubo cierta lógica en esa decisión, ya que los demócratas cuentan con amplias mayorías en ambas cámaras. Pero el tiro le ha salido por la culata. Por un lado, Obama no supo explicar al pueblo estadounidense el alcance de la propuesta que en general cuenta con el apoyo de una mayoría, pero que en lo particular se ha visto complicada

por la falta de visión de los propios congresistas y de los intereses de los grupos que les sufragan buena parte de sus campañas electorales.

En otros renglones la situación tampoco ha mejorado. En Irak sí parece haber programado el retiro las tropas de ocupación, pero en Afganistán podría estar metiéndose en honduras. No ha cerrado Guantánamo. Tampoco ha cumplido el plazo para concluir con Rusia un nuevo tratado que reduzca el tamaño de los arsenales nucleares. Peor aún, ha autorizado un importante incremento en el presupuesto para mejorar las cabezas nucleares existentes. No parece ser ése el camino que conduzca a un mundo libre de armas nucleares que proclamó en varios discursos el año pasado. La prueba definitiva de sus intenciones en materia de desarme nuclear la tendremos próximamente, cuando dé a conocer el nuclear *posture review* que fijará el rumbo de su administración para los años venideros en esta materia. De ello hablaremos en otra ocasión.

Hay que señalar que en el campo internacional el presidente Obama ha logrado enderezar las relaciones con muchos países y en la pasada sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas dio muestras inequívocas de un saludable cambio en la política multilateral de su país.

Al año de su toma de posesión los bonos del presidente Obama han sufrido una baja significativa. El salvavidas que les echó a los bancos, la lentitud de los efectos del paquete de estímulos, la impaciencia del electorado, la tasa de de-sempleo y el estancamiento del proceso de reforma del sector salud han provocado desaliento entre los que lo eligieron.

Obama se ha metido en muchos líos. Ha complicado innecesariamente su presidencia. Algunos tropiezos se pueden achacar a su inexperiencia; otros a sus nombramientos iniciales. Y, pese a que los demócratas cuentan con mayorías en ambas cámaras del Congreso, no ha podido sobreponerse a muchos de los intereses particulares que promueven algunos miembros de su propio partido.

Afortunadamente le quedan varios años para remontar el marcador. Ojalá que lo consiga. Según el dicho, quien tropieza y no se cae, avanza dos pasos.

El lunes pasado la secretaria de Estado, Hillary Clinton, compareció ante el AIPAC (American Israel Public Affairs Committee). Su presencia en la reunión anual del grupo judío de presión más importante de Estados Unidos no hubiera sido noticia de primera plana de no haber sido, primero, porque compartió la cartelera con el primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, y segundo, porque las relaciones entre Tel Aviv y Washington atraviesan por una etapa turbulenta.

La búsqueda de un acuerdo de paz entre israelíes y palestinos ha sido un tema que ha interesado a sucesivos inquilinos de la Casa Blanca. Algunos, como Jimmy Carter, se involucraron de manera personal en el proceso de paz. Otros, como George W. Bush, sólo promovieron ese proceso en las postrimerías de su mandato presidencial.

Desde el inicio de su gestión el presidente Barack Obama ha tratado de presentar una posición equilibrada en torno a la problemática del Medio Oriente. Tuvo un gesto exitoso hacia el mundo musulmán en un discurso en El Cairo hace un año, pero no ha podido avanzar en el caso de Irán. Tampoco se ha mostrado demasiado equidistante cuando de Israel se trata. En la ONU, por ejemplo, ha mantenido los votos que dejan a Estados Unidos aislado apoyando a Israel. En el caso de los excesos cometidos por el ejército israelí en Gaza en diciembre y enero de 2008-09 se opuso al informe que presentó la comisión encabezada por el jurista Richard Goldstone (un sudafricano judío y sionista).

Por otra parte, Obama ha tratado de encauzar el proceso de paz apoyándose en el llamado cuarteto mediador (ONU, Unión Europea, Rusia y Estados Unidos). Hace 15 días envió al vicepresidente Joe Biden a Israel para lanzar un proceso de pláticas indirectas entre palestinos e israelíes. Reconocido amigo de Israel, Biden (que alguna vez dijo que uno no tenía que ser judío para ser sionista) tuvo que hacer frente a una situación muy incómoda para él y su gobierno. Tras su llegada, las autoridades israelíes anunciaron que construirían mil 600 viviendas más para colonos judíos en Jerusalén oriental, ocupado desde 1967.

Biden se enojó. Obama se enojó. Y Hillary Clinton se enojó. Netanyahu pidió disculpas a medias y los palestinos retiraron su oferta de entablar pláticas con Israel, por indirectas que sean.

Estados Unidos tiene un interés vital en lograr un Oriente Medio que se incline hacia Washington. Se trata del petróleo. Así se explica en gran parte la invasión a Irak y su actitud tolerante hacia el régimen en Arabia Saudita. Si Israel tuviera petróleo no habría discusión y poco se hablaría de la suerte de los palestinos. En cambio, Israel tiene el AIPAC.

¿Cómo tratar (algunos dirían encarar) a Israel? Es una pregunta que se hacen a menudo los políticos estadounidenses. La respuesta hace 20 años del entonces secretario de Estado, James Baker, fue contundente y la dio en una sesión del AIPAC. Había llegado el momento para que Israel –les dijo– dejara de lado, de una vez por todas, su visión un tanto irreal de un Gran Israel y abandonar su política de anexión y detener su actividad de asentamientos humanos. Baker fue duramente criticado por sus anfitriones y por muchos políticos conservadores en Israel. Hace un año Biden les dijo algo parecido a los integrantes del AIPAC.

Hay un aspecto adicional que merece ser señalado: Estados Unidos tiene poca credibilidad en el Medio Oriente y es difícil que lo acepten como un mediador desinteresado. Es un tema que preocupa al Pentágono. Hace poco el general David Petraeus manifestó a un comité del Se-

nado que en la región del Medio Oriente está creciendo el sentimiento anti Estados Unidos debido a una percepción del favoritismo de Washington hacia Israel. Esto –según Petraeus– complica su tarea en Afganistán e Irak y pone en riesgo vidas estadounidenses. De ahí el discurso de Obama en El Cairo.

Hace décadas que la relación entre Israel y Estados Unidos se ha convertido en un tema político para el electorado estadounidense. El papel del AIPAC explica en gran parte la importancia del tema en el proceso electoral. Un ejemplo: en 1976 Patrick Daniel Moynihan consiguió un escaño de senador por el estado de Nueva York en parte debido al apoyo que recibió de los electores judíos que le reconocieron su defensa de Israel cuando fue embajador ante la ONU. Dejó el Senado en 2000 y su escaño lo ocupó Hillary Clinton. Para lograrlo, la entonces primera dama tuvo que modificar su entusiasta apoyo por un Estado palestino independiente. Cambió su canción y llegó al Senado.

Criticar a Israel (o defender a los palestinos) tiene su costo político dentro y fuera de Estados Unidos. No son pocos los israelíes que han optado por dejar su país ante la política de expansión territorial a ultranza. Peor aún es la tendencia de muchos judíos de tildar a cualquier crítico del Estado israelí de antisemita. Recuerdo el caso de Peter Hansen, un amigo danés y funcionario de la ONU durante tres décadas. En 1996 fue designado por el secretario general Boutros Boutros-Ghali para encabezar el organismo encargado de velar por el bienestar de los palestinos (UNRWA). En 2005 fue despedido de su cargo por Kofi Annan a petición de Washington y Tel Aviv. ¿Su pecado? Se atrevió a criticar algunos de los excesos de Israel hacia la población palestina. Dijeron que era antijudío.

El pasado domingo el presidente Obama logró que el Congreso aprobara una reforma al sistema de salud de su país. Fue un éxito histórico. Ahora tendrá que buscar resultados en otros campos como el desempleo, el medio ambiente, la reforma migratoria, el desarme nuclear, el proceso de paz en el Medio Oriente y, como se hizo patente en días pasados, la seguridad de su frontera sur.

A la memoria de Manuel Tello Macías

Primavera nuclear

22 de abril de 2010

Este mes de abril se han registrado algunos acontecimientos notables en el campo nuclear. En mayo las discusiones internacionales sobre el tema habrán de continuar en otros foros y con otro enfoque. Durante las semanas recientes Estados Unidos y Rusia suscribieron un nuevo Tratado de Reducción de Armas Estratégicas (START, por sus siglas en inglés). Washington hizo pública su nueva postura en materia de armas nucleares y el presidente Barack Obama encabezó una cumbre para tratar el tema de la seguridad de los materiales nucleares.

Al presidente estadounidense le gusta Praga y le gusta en la primavera. A principios de mes firmó en la capital checa un nuevo acuerdo con Rusia para reducir las armas nucleares estratégicas de ambas naciones. Hacía exactamente un año que en esa misma ciudad había pronunciado un discurso sobre la problemática nuclear, reconociendo la necesidad de seguir reduciendo los arsenales de las dos principales potencias nucleares (cosa que ha conseguido a medias con el nuevo START) y proclamando su visión de un mundo libre de esas armas de destrucción en masa.

Ese discurso alborotó y entusiasmó a muchas organizaciones no gubernamentales dedicadas al desarme en general y la abolición de las armas nucleares en particular. Pero el discurso también alborotó y disgustó a no pocos militares estadounidenses y a los laboratorios que surgieron en 1945 para diseñar mejores artefactos nucleares y han recibido un generoso subsidio federal desde entonces. Estos últimos se apresuraron a movilizar a sus congresistas predilectos para frenar al presidente Obama.

¿Cómo frenar al presidente de Estados Unidos en materia nuclear? La pregunta podría parecer ociosa, ya que algunos proponentes del desarme nuclear lo consideran un tanto titubeante (bueno para plantear, pero no cumple). Pero no lo es para los grupos conservadores en su país. Éstos no comparten los intentos de Obama por pactar con Rusia una reducción de sus aún cuantiosas armas nucleares y por haber tratado de matizar la actitud tradicional de Washington hacia su propio arsenal.

En efecto, en este mes de abril el presidente Obama dio a conocer la nueva política de Estados Unidos hacia las armas atómicas. Contenida en la llamada *nuclear posture review* (NPR) –revisión de la postura nuclear–, esa política contiene ciertos cambios. La cuestión fundamental es cuándo y contra quién está dispuesto Washington a emplear armas nucleares.

La NPR mantiene la posición de que Estados Unidos lo hará contra otro Estado que las tenga y se reserva el derecho de atacar primero. Los otros estados poseedores de armas nucleares son hoy Rusia, China, India, Pakistán, Francia, Reino Unido e Israel. Es obvio que esa política de primer ataque no se refiere a los últimos tres de esa lista.

Luego están los más de 180 estados que no tienen armas nucleares. Aquí la NPR matiza la posición tradicional de Estados Unidos. Hace décadas Washington aceptó a regañadientes conceder lo que se llaman garantías negativas de seguridad a los países que integran el Tratado de Tlatelolco. Estados Unidos se comprometió en un instrumento jurídico internacional a no utilizar armas nucleares (ni amenazar con hacerlo) contra los estados de la región. También lo ha hecho con los integrantes de algunos de los otros tratados que establecen zonas libres de armas nucleares. El caso de África es un ejemplo, pero hay regiones que aún esperan el compromiso de Washington.

La NPR anuncia lo que podría parecer una nueva actitud de Estados Unidos hacia los países que no tienen armas nucleares. Ahora se ha comprometido a dar garantías negativas de seguridad a todos esos estados siempre y cuando hayan suscrito el Tratado de No Proliferación de las Armas Nucleares (TNP). Se trata de más de 180 naciones. A primera vista parece un paso positivo. Pero la NPR agrega que sólo se aplica a aquellos países que cumplan con sus obligaciones derivadas del TNP. Ahí está el detalle. Según la NPR, hay dos excepciones a esa política: Irán y Corea del Norte. Pero podría haber otras. La idea de que Washington se reserva el derecho de lanzar un ataque nuclear contra Teherán o Pyongyang es una monstruosidad.

Curiosamente, esos dos estados no fueron invitados a la cumbre del 13 de este mes convocada por Obama sobre seguridad nuclear. En efecto, Irán fue el gran ausente, pero fue tema de buena parte de las pláticas. Por cierto, el primer ministro israelí no asistió porque temía que algunos de los participantes plantearan el caso de su arsenal nuclear.

Esa cumbre sirvió para subrayar el interés de Obama por asegurar que los materiales nucleares, en particular el plutonio y el uranio enriquecido, no caigan en manos de los llamados actores no estatales (léase terroristas). Es una preocupación legítima, aunque a veces se ha exagerado su peligro. A menudo se presenta como un tema nuevo –resultado del colapso de la Unión Soviética y sus carencias en materia de seguridad nuclear–, pero se trata de un problema que se ha venido arrastrando desde el inicio de la era atómica. Siempre ha existido la posibilidad de construir un artefacto nuclear en secreto y en privado. Más aún, se puede fabricar una bomba sucia para soltar una nube radiactiva que causaría estragos difíciles de imaginar.

De ahí la insistencia en proteger los materiales fisionables (plutonio y uranio enriquecido). De ahí también los gestos de Canadá, Chile y México, entre otros, de entregar dicho material a Estados Unidos. Son gestos simbólicos.

Obama tiene un don poco común entre políticos. Es capaz de contestar una pregunta y dar la impresión de que está de acuerdo con su interlocutor. Luego matiza, se explica y se explaya para decir algo distinto, pero logra convencer a la otra persona de que están de acuerdo. Es un método de dialogar muy eficaz. Lo empleó a fondo para convencer a sus partidarios de las bondades de la reforma al sistema de salud que consiguió hace poco, y ahora lo utiliza para hacer creer que vamos hacia un mundo libre de armas nucleares.

Irán sigue en la mira

20 de mayo de 2010

El pasado fin de semana los dirigentes de Brasil y Turquía concluyeron un acuerdo con Irán sobre su combustible nuclear. Irán se comprometió a enviar a Turquía en el próximo mes mil 200 kilos de uranio poco enriquecido a cambio de recibir en menos de un año 200 kilos de uranio enriquecido a un 20 por ciento que utilizaría en un reactor de investigación. Teherán tiene una semana para informar al Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) en Viena del acuerdo y éste deberá entonces pronunciarse sobre el mismo y, en su caso, hacer los arreglos para la entrega del uranio enriquecido.

Para los negociadores, el acuerdo es una muestra de que es posible encontrar soluciones negociadas a los problemas internacionales. El presidente brasileño, Luiz Inacio Lula da Silva, lo calificó como una victoria de la diplomacia. Según los dirigentes de Brasilia y Ankara el acuerdo evitará la imposición de nuevas sanciones a Irán que Estados Unidos y algunos de sus aliados han venido elaborando en el marco del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

En cambio, en Washington, Londres y París el acuerdo ha sido recibido con escepticismo. Estados Unidos y Francia ya han anunciado que pronto someterán al Consejo de Seguridad una propuesta para imponer a Irán una cuarta serie de sanciones. Dicen que Teherán no ha cumplido sus obligaciones con el OIEA como parte en el Tratado sobre la no Proliferación de las Armas Nucleares (TNP) ni tampoco ha acatado las resoluciones del Consejo de Seguridad.

Los críticos del acuerdo agregan que la cantidad de uranio que Irán se comprometió a traspasar a Turquía es sólo una parte del que ha venido enriqueciendo por su cuenta y en abierto desafío a lo exigido por el Consejo de Seguridad.

Lo curioso del acuerdo logrado en Teherán es que se inscribe dentro de lo propuesto en octubre del año pasado por Estados Unidos, sus aliados, la ONU y el OIEA. Pero hay algunas diferencias con esa propuesta original estadounidense. Primero, las cantidades de uranio que Teherán enviará fuera del país son muy inferiores a los niveles sugeridos por Washington. Y, segundo, Irán se reserva el derecho de exigir la devolución inmediata e incondicional de ese material si considera que no se está cumpliendo el acuerdo.

La administración del presidente Obama se encuentra en una posición muy incómoda. Por un lado, ha venido preparando una nueva serie de sanciones en contra de Irán y ha trabajado mucho para lograr que China y Rusia no se opongan a una nueva resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Hasta la semana pasada parecía que esa resolución se aprobaría muy pronto. Por el otro, dos miembros no permanentes del consejo de seguridad –Brasil y Turquía– han conseguido lo que Washington propuso pero ya no quiere: darle más oportunidad a la vía diplomática en la búsqueda de una solución a la crisis con Irán.

Lo ocurrido en días recientes en Irán es otro capítulo de un debate que empezó hace más de 60 años. El reto nuclear sigue siendo el mismo: ¿cómo lograr un mundo libre de armas nucleares sin perjudicar el desarrollo de la energía nuclear con fines pacíficos? En el último año el debate ha proseguido en varias pistas internacionales.

En abril del año pasado el presidente Barack Obama insistió en la necesidad de lograr un mundo libre de armas nucleares. Pero ese planteamiento se ha visto tergiversado. Entonces se habló de cómo eliminar esas armas de destrucción en masa de los arsenales de Estados Uni-

dos, Rusia, Reino Unido, Francia y China, así como de India, Israel, Pakistán y Corea del Norte. Ahora la atención se centra en aquellos países que no las tienen pero que se sospecha que quisieran tenerlas.

La discusión ya no se centra en cómo reducir los arsenales nucleares existentes sino en la prevención de que otros países o los llamados agentes no estatales (léase grupos terroristas) adquieran esas armas. Ese fue el enfoque que dominó los debates durante la cumbre del Consejo de Seguridad de la ONU en septiembre de 2009. En esa ocasión países como Francia lograron desviar la discusión de su propio arsenal al arsenal inexistente de países como Irán. Luego hubo otra cumbre en Washington sobre seguridad nuclear. Ahí se enfatizaron los peligros de que los materiales nucleares caigan en manos de agentes no estatales.

Durante este mes de mayo se está desarrollando en Nueva York la reunión quinquenal de los estados parte en el TNP. Ahí es donde se debería encaminar el debate sobre la problemática nuclear hacia el verdadero desafío: la eliminación completa de las armas nucleares. ¿Por qué se habla tanto de los peligros potenciales de la proliferación nuclear y tan poco de los peligros reales que entrañan las miles de armas nucleares ya existentes en los arsenales de unos cuantos países?

Como miembros del TNP China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia están comprometidos a negociar acuerdos de desarme nuclear. ¿Por qué no exigirles que lo hagan? India, Israel y Pakistán no han suscrito el TNP pero, ¿por qué no se les exige que hagan algo en materia de desarme? Corea del Norte se salió del TNP, ensayó un par de artefactos nucleares y se supone que ya cuenta con un pequeño arsenal. ¿Y por qué no se debaten los casos de aquellos países que tienen la tecnología y cuentan con los materiales nucleares para fabricar armas nucleares en unos pocos meses?

He ahí el valor del acuerdo suscrito en Teherán el fin de semana pasado. Ya no será tan fácil acusar a Irán de intransigencia. Brasil y Turquía han logrado algo que otros no pudieron conseguir: un diálogo con los dirigentes iraníes.

WASP swap

17 de junio de 2010

Hace unos días me visitaron los representantes del Censo de Población y Vivienda 2010. Preguntaron cuántas personas viven en mi departamento, su edad, lugar de nacimiento, nombre de pila y nivel de estudios. También anotaron mis respuestas acerca del número de piezas del departamento (incluyendo recámaras), electrodomésticos, radios, televisores, teléfonos y computadoras y si tenemos acceso a Internet.

Los censos sirven de mucho. Nos dicen cuántos somos, dónde vivimos, qué hacemos y quiénes somos. En Europa, y por extensión en América, la Iglesia fue la que más se interesó en saber quiénes vivían en sus parroquias. A través de las actas de nacimiento, matrimonio y defunción, le seguía los pasos a sus feligreses. Los registros parroquiales se remontan al siglo XIV, pero no fue sino hasta principios del XVI que se generalizó su uso. En España coincidieron con su expansión trasatlántica.

Las autoridades civiles iniciaron los censos en la Nueva España en el siglo XVI y como en otras partes sirvieron para contar y controlar a la población. Eran útiles para reclutar a los hombres y para recaudar impuestos. Pero fue a raíz de las reformas borbónicas del siglo XVIII que los padrones coloniales de población empezaron a generar estadísticas de cierto valor para el Estado.

En el México colonial el mestizaje habría de complicar el trabajo de los párrocos, que acabaron por mantener tres registros separados de los bautismos, confirmaciones, matrimonios y defunciones de sus feligreses: uno para los españoles, otro para los indios y un tercero para la gente de color quebrado. Hacia el siglo XVIII existía una nomenclatura racial sumamente complicada. El problema básico era qué hacer con el mestizo. ¿Cómo clasificarlo? Con la Independencia desaparecieron esas distinciones.

Algo parecido está ocurriendo en Estados Unidos. Como en tantos otros países también se está llevando a cabo el censo decenal. Las autoridades enviaron por correo un cuestionario con 10 preguntas dirigidas a los inquilinos de una vivienda, permanentes o transitorios.

Al igual que en México y en otros países del continente, la división racial en Estados Unidos fue relativamente clara en un principio. Había la población indígena autóctona y luego fueron llegando los europeos blancos que en su mayoría eran anglosajones y protestantes (los WASP). Con el tiempo creció también la presencia de negros, casi todos esclavizados. Se incorporaron también no pocos holandeses, alemanes, franceses y portugueses, pero el WASP llevó la voz cantante durante la colonia y los primeros dos siglos de independencia. Arribaron otras nacionalidades y razas (escandinavos, irlandeses, italianos, centroeuropeos y chinos). Pero el WASP siguió definiendo a la sociedad estadounidense.

Desde un principio hubo también una presencia *hispana* en lo que sería el territorio nacional de Estados Unidos. Hay una población numerosa de estadounidenses de origen novohispano, sobre todo en los estados del suroeste, y en el siglo XX se inició un flujo importante de puertorriqueños y cubanos. Pero todo ello no afectó la esencia WASP de Estados Unidos.

En el último medio siglo se ha transformado la sociedad estadounidense. Los negros dejaron de ser parte del paisaje y han incidido mucho en la cultura y sociedad estadounidenses. De hecho la han venido redefiniendo. Pero son relativamente pocos y no tienen un impacto político a escala nacional (Obama es una excepción).

En cambio la población de origen *hispano* ha crecido mucho en estas últimas décadas. Su presencia se extiende a lo largo del país. Y a las autoridades estadounidenses les interesa cuantificar ese crecimiento. De ahí las preguntas en el censo poblacional de 2010.

El censo pretende hacer un corte de caja al 1º de abril de este año. Pregunta cuántas personas residían en esa fecha en un determinado lugar (casa, departamento u otro tipo de vivienda), si había otras personas que no vivían ahí de manera permanente, si la vivienda era propiedad del censado o alquilada o prestada, número de teléfono, nombres de los demás inquilinos, sexo, edad y fecha de nacimiento. Esas son las primeras siete de las diez preguntas.

Para los organizadores del censo las preguntas más interesantes parecen ser la 8 y la 9 (la 10 tiene que ver con la permanencia en la vivienda del principal censado). Esas preguntas van precedidas de una advertencia: “Favor de contestar tanto la pregunta 8 sobre origen *hispano* y la pregunta 9 sobre raza. Para este censo, los orígenes *hispanos* no son razas”.

Se indaga acerca del origen “*hispano*, latino o español” del empadronado. Uno puede decir que ese no es su origen o señalar que sí lo es, aclarando que es *Mexican* (o *Mexican American* o chicano), *Puerto Rican*, *Cuban* u otro (argentino, colombiano, dominicano, español, salvadoreño, etcétera).

Luego se pregunta la raza del censado. Aquí también dan a escoger. Uno puede decir que es blanco o negro (*black*, *African American* o negro) o *American Indian* o *Alaska Native* (especificando su tribu), o señalar que es chino, japonés, coreano, filipino o una de muchas otras razas asiáticas que se listan. Por último, uno puede escribir que es de alguna otra raza.

Las preguntas parecen fáciles pero las respuestas pueden dar pie a mucha confusión. Por ejemplo, uno que haya dicho que es *Mexican American* puede luego agregar que es indio o blanco u otra raza. El interrogado decide.

Durante mucho tiempo los empadronadores estadounidenses se limitaron a dividir a la población entre blancos y negros. Los hoy *Native Americans* no figuraban en las estadísticas. Con el tiempo las personas de origen *hispano* fueron agrupadas bajo un nuevo rubro denominado no blanco. Cuando ese grupo empezó a crecer, se decidió crear un rubro más, el de *Hispanic*. Pero aún persiste la dicotomía entre blancos y negros aunque ahora los *hispanos*, los habitantes de origen asiático y otros han recibido su propio encabezado en el censo. Hay motivos para que los WASP se sientan amenazados.

Obamastán y doña Bárbara

15 de julio de 2010

Al presidente Barack Obama le está yendo relativamente bien. Si hacemos caso omiso de las virulentas críticas de los medios y comentaristas de la ultraderecha, sus bonos siguen bastante altos. Desde luego que tomó posesión en un momento sumamente complicado. Heredó una crisis financiera de proporciones sin paralelo, un déficit presupuestario gigantesco y dos guerras (Afganistán e Irak). Además, tuvo que rehacer una política exterior unilateralista y desdénosa del derecho internacional. Como si todo ello fuera poco, en los meses recientes ha tenido que hacer frente al desastre en el Golfo de México causado por la voracidad e imprudencia de la British Petroleum. Menudo paquete.

Su elección marcó un hito en la historia de Estados Unidos y Obama llegó a la Casa Blanca hace 18 meses con una agenda muy ambiciosa. Aguzó las orejas durante la campaña y fue conformando un plan de gobierno con miras a cambiar las cosas en Washington y aumentar la justicia social. Además, quiso agregarle una dimensión moral a la política y restaurar la legalidad en el comportamiento de las autoridades. Prometió luchar contra el armamentismo y buscar un mundo libre de armas nucleares.

En año y medio ha logrado (con no pocas concesiones) una importante reforma al sector salud, ha cambiado la imagen de Estados Unidos en el mundo y ha firmado un acuerdo con Rusia en el campo del desarme nuclear. También ha dado algunos pasos para restablecer el imperio de la ley en su país.

Sin embargo, se vio obligado a rescatar a los bancos. También tuvo que estimular la economía mediante un paquete de medidas que resultó sumamente costoso. Recientemente está tratando de introducir algunos cambios para supervisar el sistema financiero, una reforma que quizás se vea debilitada por los senadores republicanos. En términos generales, no está mal.

Pero también tuvo que definir su posición en torno a las dos guerras. Y aquí se le han complicado las cosas.

Por una parte, está cumpliendo su promesa electoral de poner fin a la presencia de tropas estadounidenses en Irak. El retiro total de las fuerzas armadas parece que se llevará a cabo dentro de los plazos fijados. Por la otra, Afganistán podría convertirse en una pesadilla.

Desde el inicio de su gestión el presidente Obama decidió aumentar en Afganistán el número de tropas estadounidenses y de la llamada coalición con miras a ganar la guerra contra los talibanes y fortalecer al régimen dizque democrático de Hamid Karzai. Empero, la presencia estadounidense en Afganistán peca de un mal de origen.

Tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, Washington lanzó una ofensiva militar contra Al Qaeda en Afganistán y luego contra los talibanes. La guerra continúa. El objetivo de acabar con Bin Laden no se ha logrado y Al Qaeda ha multiplicado sus sedes; derrotar a los talibanes se antoja misión imposible.

¿Qué hace que una persona, una institución o un gobierno decida seguir por el camino que se ha trazado a sabiendas de que terminará por fracasar? La historia está repleta de ejemplos.

Hace 30 años la ya reconocida historiadora Bárbara Tuchman emprendió un estudio para tratar de explicar el fracaso de la política de Washington hacia Vietnam. Lo intituló *La marcha de la locura* y lo precedió de una serie de ejemplos históricos: el caballo de Troya, los papas renacentistas, los dirigentes británicos ante sus colonias en América del norte, y los líderes de

Estados Unidos ante los acontecimientos en Vietnam. Todos ellos fueron ejemplos de casos de individuos que se empeñaron en seguir una política contraria a sus propios intereses.

Quizás hoy Tuchman agregaría el caso de Afganistán a esos ejemplos. En Vietnam se sabía que era imposible una victoria militar y que no se podría negociar una paz sin el retiro de las tropas estadounidenses. Esas eran las condiciones de las fuerzas vietnamitas. A la postre así ocurrió.

Hoy escuchamos muchos de los argumentos espurios que utilizó Washington para continuar la guerra: se trata de una contienda entre el bien y el mal; los talibanes deben deponer su actitud y sumarse a la sociedad civil que estamos construyendo; con un poco más de esfuerzo (y más tropas) se conseguirá la victoria.

Es cierto que los talibanes no son ninguna perita en dulce. Pregúnteles a los comandantes soviéticos de hace 25 años. Pero han sabido sobreponerse a los invasores extranjeros y en su momento estuvieron dispuestos a recibir la ayuda entusiasta de los entonces dirigentes en Washington para lograrlo.

También es cierto que han albergado a los líderes de Al Qaeda, mismos que siguen perpetrando atentados en todo el mundo.

Con la salida de los soviéticos, los talibanes se convirtieron en gobierno; con la llegada de los estadounidenses, se han vuelto insurgentes.

¿Por qué es tan difícil para un dirigente confesar que su política ha sido un fracaso? Sería un ejemplo de valentía.

Para demostrar que no piensa prolongar lo que ya es la guerra más larga en la historia militar de Estados Unidos, el presidente Obama anunció que iniciaría el retiro de sus tropas en julio de 2011. Teme el impacto de la guerra en las elecciones presidenciales de 2012. Sus colaboradores se apresuraron a matizar el significado de un retiro.

El anuncio de Obama tuvo también el propósito de presionar al gobierno corrupto de Karzai. Éste, empero, no parece preocupado por quedarse solo en Kabul. Por su parte, los talibanes saben que es cuestión de tiempo.

Las encuestas dicen que el presidente Obama va perdiendo la confianza del electorado estadounidense. Es normal que así ocurra, como también que su partido pierda escaños en el Congreso en las próximas elecciones. Con el tiempo el electorado se dará cuenta de los beneficios que le reportan los cambios que ya ha introducido el presidente, empezando por el sector salud. Pero si no cambia de rumbo en Afganistán, quizás no lo reelegirán. Eso no es normal.

La era nuclear + 65

12 de agosto de 2010

El pasado 16 de julio se cumplieron 65 años de la primera detonación de un artefacto nuclear. Fue un ensayo que llevaron a cabo los científicos que se habían incorporado al proyecto Manhattan del gobierno de Estados Unidos. Tuvo lugar en Alamogordo en el estado de Nuevo México, en un desierto atinadamente llamado Jornada del Muerto. Ahí empezó la era nuclear.

Esa prueba fue un éxito y poco después el presidente Harry S. Truman dio la orden de utilizar esta nueva arma en contra de Japón. Las condiciones meteorológicas determinaron el blanco y el día 6 de agosto de 1945 Hiroshima fue víctima del primer ataque nuclear, y Nagasaki del segundo, tres días después.

Ese ensayo en Nuevo México y los ataques a Japón fueron la culminación de una larga competencia científica y el inicio de otra larga competencia militar. Ciencia y militarismo son los dos aspectos que han definido la era nuclear.

El capítulo científico se remonta al siglo XIX. Se trata de una competencia entre científicos, hombres y mujeres, que se desarrolló en universidades europeas, principalmente en Alemania.

Cabe recordar que el director científico del proyecto Manhattan, J. Robert Oppenheimer, estudió química en Harvard pero para continuar sus estudios en física experimental tuvo que matricularse en la Universidad de Cambridge, donde trabajó en el laboratorio Cavendish, dirigido por Ernest Rutherford. Luego quiso estudiar física teórica y se trasladó a la Universidad de Göttingen, y a los 22 años obtuvo un doctorado bajo la supervisión de Max Born.

Uno de los asistentes de Born en esos años fue Werner Heisenberg, quien pronto se fue a trabajar con Niels Bohr en Copenhague y ahí conoció a muchos físicos teóricos, incluyendo a Albert Einstein. Dos décadas más tarde Heisenberg dirigiría (sin éxito) los esfuerzos alemanes para construir una bomba atómica.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Oppenheimer se incorporó al departamento de física teórica de la Universidad de Princeton, donde fue colega de Einstein. Princeton se convirtió entonces en un nuevo Göttingen.

El capítulo militar de la era nuclear se inició durante la Segunda Guerra Mundial cuando Hitler ordenó la construcción de una bomba atómica. Los aliados respondieron con su propio proyecto, primero en Inglaterra y luego en Los Álamos, Nuevo México.

La curiosidad científica influyó mucho en el desarrollo militar del átomo. Junto con Enrico Fermi, Oppenheimer fue el padre de la bomba atómica. Desde el inicio del proyecto Manhattan se quiso conocer la diferencia entre los efectos que tendría una bomba construida con plutonio y otra basada en uranio enriquecido. De ahí la planta para enriquecer uranio en Oak Ridge, Tennessee, y otra para producir plutonio en Hanford, estado de Washington.

De ahí también que las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki hayan constituido un experimento científico más en la cadena de conocimientos que se empezaron a perfeccionar en Göttingen. El ensayo del 16 de julio de 1945 fue llamado *Trinity* y se utilizó un artefacto fabricado con plutonio y conocido como el *Gadget*. La perversidad de la nomenclatura habría de continuar cuando los científicos bautizaron las bombas destinadas a utilizarse en Japón: *Little Boy*, de uranio enriquecido para Hiroshima y *Fat Man*, de plutonio para Nagasaki.

Llevamos seis décadas y media lidiando con la problemática nuclear. Las potencias nucleares se multiplicaron y se han realizado más de 2 mil ensayos, primero en la atmósfera y luego subterráneos. La posibilidad de poner fin a una carrera de armamentos nucleares se esfumó cuando Estados Unidos se rehusó a perder su monopolio nuclear. Desde 1946 Washington insistió en tener un sistema internacional para controlar el átomo antes de desarmarse. En 1949 la Unión Soviética empezó a construir su propio arsenal y le siguieron Reino Unido, Francia, China, Israel, India, Pakistán y Corea del Norte.

A instancias de Estados Unidos se creó en 1957 el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), cuya doble función es promover el uso pacífico de esa energía y controlar que no se desvíe hacia fines militares. Pero Washington y sus aliados han preferido implantar su propio sistema de verificación y han menospreciado los esfuerzos del OIEA y de la ONU. He ahí el caso de Irak y la actual política hacia Irán.

El uso con fines pacíficos de los conocimientos en el campo nuclear sigue siendo importante. Sus aplicaciones prácticas son muchas. Basten tres ejemplos. La medicina radiológica ha desarrollado técnicas para detectar y tratar tumores cancerosos. La radioterapia sigue siendo una técnica importante en el tratamiento del cáncer.

Un segundo ejemplo lo tenemos en la agricultura. Hace una década que la polilla del nopal amenaza a México. Tanto el OIEA como la FAO han venido colaborando con nuestros científicos para prevenir esta plaga invasora con medidas como la técnica del insecto estéril.

Por último, la construcción de plantas nucleares para la generación de energía eléctrica es quizás el ejemplo más conocido y a la vez controvertido. Algunos países como Francia han confiado en estas plantas. Otros, como Suecia, siguieron por ese camino hasta que los accidentes de Three Mile Island, en Estados Unidos, y Chernobil, en Ucrania, los obligaron a abandonarlo. Hoy las cosas han cambiado y hay un renovado interés en la energía nuclear.

El pasado 6 de agosto se llevó a cabo la ceremonia anual para conmemorar a las víctimas del estallido nuclear en Hiroshima. Tres días después hubo otra ceremonia en Nagasaki. Como siempre estuvieron presentes los *hibakusha*, los sobrevivientes de los ataques atómicos en esas ciudades. Este año hubo un cambio importante, ya que por primera vez participó un representante oficial de Estados Unidos. Es parte del mensaje que el presidente Barack Obama ha venido pregonando acerca de un mundo libre de armas nucleares.

Desafortunadamente, ese mensaje se ha visto empañado por los intentos del presidente Obama de aumentar mucho el presupuesto para seguir manteniendo y desarrollando el arsenal nuclear de Estados Unidos.

Vicentenario y chentenario

9 de septiembre de 2010

Hace 100 años Porfirio Díaz no dudó en organizar una gran celebración del centenario del inicio de la lucha por la Independencia. Con una década de antelación empezó los preparativos, que estuvieron a cargo del canciller Ignacio Mariscal.

Mariscal tenía una larga trayectoria diplomática en Europa y Estados Unidos y fue ministro de Relaciones Exteriores durante casi 28 años. Cumplió la encomienda pero no presenció los actos conmemorativos. Tras su muerte en abril de 1910, Díaz le pidió a Justo Sierra, a la sazón ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que se encargara de los festejos del centenario.

El binomio Mariscal-Sierra le dio a la celebración del centenario una doble dimensión: por un lado, Mariscal había procurado proyectar una imagen de un país moderno, cultivando a muchos gobiernos extranjeros y alentando a sus inversionistas; por el otro, Sierra se concentró en la educación y la cultura.

En 1910 se inauguraron obras públicas y se multiplicaron los monumentos en las ciudades y pueblos de todo el país. En la capital se develaron estatuas, no pocas de ellas donadas por los gobiernos invitados a los festejos o por las agrupaciones de extranjeros residentes en México: Garibaldi, Humboldt, Pasteur, Washington y el Reloj Chino. Empero, algunos proyectos se quedaron en el tintero. Por ejemplo, la construcción del Palacio de Bellas Artes no se terminó hasta 1934.

Con Justo Sierra los festejos del centenario incluyeron actos culturales y contribuyeron al establecimiento de la Universidad Nacional (cuya autonomía llegaría en 1929), un legado inapreciable a las futuras generaciones.

Hay, sin embargo, un aspecto curioso (y poco estudiado) de los actos conmemorativos de septiembre de 1910. Se trata de la presencia de Benito Juárez en los mismos. Si bien se rindió homenaje a los insurgentes con la inauguración de la Columna de la Independencia, también se terminó la construcción del hemicíclulo al Benemérito de la Patria en la Alameda Central de la ciudad, en la avenida que lleva su nombre.

El Ángel, en cambio, se colocó en una de las glorietas de la imponente avenida conocida como el Paseo de la Reforma. Otra vez Juárez. El trazo de la misma había sido ordenado por Maximiliano y se le puso el nombre de Calzada del Emperador. En 1877 Díaz la rebautizó tras asumir la presidencia bajo el lema de ¡no reelección!

¿A qué se debió la presencia de Juárez en los festejos de 1910? Quizás porque fue el artífice del mayor cambio que se gestó en México entre 1810 y 1910: la relación entre la Iglesia y el Estado. He ahí un aspecto fundamental para comprender la actitud de algunos de los actuales dirigentes políticos hacia los actos conmemorativos del bicentenario.

Lo significativo de la celebración de 1910 fue que al parecer no hubo sentimientos encontrados acerca de lo que se quería festejar. Ahí estuvieron los próceres de la Independencia y ahí estuvo Juárez y la Reforma del Estado mexicano.

Los festejos en 1910 del centenario fueron el último acto que presidió Porfirio Díaz. Pese a los esfuerzos propagandísticos de su régimen, no fue posible disimular las enormes carencias del país. Dos meses después irrumpió la Revolución, primero en lo político con Francisco I. Madero enarbolando nuevamente la bandera de la no reelección, luego con Zapata en lo social y económico, y también con Villa y Carranza.

Hace 10 años vivimos lo que muchos pensamos sería otro parteaguas en la historia de México. La idea del cambio se adueñó del país y dio pie a un momento de ilusión colectiva. Pero se esfumó. No hubo cambio. La reforma del Estado sigue pendiente, la reforma educativa no aparece, las condiciones en el campo siguen empeorando, los centros urbanos se deterioran y la inseguridad y la violencia prevalecen.

Hace 200 años se procuró un cambio político que convirtió a la Nueva España en México. Los dirigentes de ese cambio no buscaban transformar el país; meramente querían dirigirlo. Así los gachupines fueron sustituidos por los criollos. Desde luego que hubo un contenido social y de mayor justicia en el pensamiento de algunos de los insurgentes, pero la vida de los entonces 6 millones de habitantes no mejoró con la Independencia.

Hace 100 años se empezó buscando el fin de una dictadura y la instauración de un proceso electoral democrático. Se logró lo primero, mas no lo segundo. Sin embargo, el proceso revolucionario produjo la Constitución de 1917, en su momento un documento de vanguardia. Para entonces México contaba con unos 15 millones de habitantes, cuya vida no mejoró. De ahí los intentos por cambiar la distribución de la tierra, consolidar un movimiento obrero y promover la educación. Es cierto que hubo adelantos en la alfabetización y en el sector salud, pero ¿cómo se explica una reforma agraria que duró medio siglo y un sistema educativo que aún no produce los anhelados resultados?

Hace 10 años inauguramos un sistema electoral más democrático. Hemos avanzado en ese renglón y quizás Madero estaría contento. Pero la llamada alternancia en el poder no ha podido traducirse en logros concretos para hacer frente a los males que aquejan al país desde hace 200 años: la distribución de la riqueza, incluyendo la tierra y los medios de producción, y las injusticias de un pueblo cuya evolución social (como diría Justo Sierra) se ha estancado. En México parece que los de abajo están condenados a vivir en edificios sin elevador.

Hace años me sorprendió ver en muchos pueblos europeos un letrero que decía Todas direcciones. Es una manera de avisarle a un conductor de automóvil que va por buen camino aunque esté perdido. Hoy, por doquiera que viaje uno por México, se topa con un letrero que dice Ruta 2010. Nadie me ha podido explicar su significado.

Tony y Jimmy

7 de octubre de 2010

A finales de septiembre el Partido Laborista británico se reunió para renovar su dirigencia y definir su futuro rumbo. Tras la derrota electoral en mayo Gordon Brown se refugió en su natal Escocia y el partido tuvo que escoger entre cinco candidatos, dos de ellos hermanos, David y Ed Miliband.

Al final la lucha fue entre los dos hermanos, hijos de los mismos padres pero con padrinos políticos de dos tendencias rivales dentro del mismo partido. Su padre había huido de Bélgica en 1940 y está enterrado en Londres junto a la tumba de Karl Marx. Su madre, que nació en Polonia y de pequeña emigró con sus padres al Reino Unido, aún milita en el Partido Laborista.

David, el mayor, se identificó con el exitoso primer ministro Tony Blair y su *New Labour*, la izquierda pragmática inspirada en el modelo de Bill Clinton y dispuesta a abandonar a los sindicatos en su afán modernizador; Ed, cinco años menor, siguió a Gordon Brown y logró el apoyo de los sindicatos. Algunos periodistas describieron la contienda fratricida en términos de Caín y Abel. El vencedor fue Ed Miliband.

El Partido Laborista británico inicia ahora un nuevo capítulo en su ya muy accidentada historia del último medio siglo. La apuesta de Ed Miliband y el ala izquierda del partido es que el actual gobierno de coalición encabezado por el conservador David Cameron no durará mucho y que el electorado buscará una alternativa a la política que representó Blair. Su cálculo es que en las siguientes elecciones los británicos harán a un lado a los conservadores y desecharán también el legado de Tony Blair.

Y ese legado es lo que muchos británicos han venido discutiendo desde hace algunos años. ¿Qué tan importante y duradera fue la transformación del Partido Laborista bajo Tony Blair? El propio Blair ha participado en esa discusión con la publicación de sus memorias, que causó revuelo entre los laboristas. Una primera respuesta a Blair de su propio partido fue la elección de Ed Miliband. Al parecer un importante sector del partido, incluyendo a Gordon Brown, ha rechazado la herencia de Blair.

En sus memorias Blair narra y defiende su rompimiento con los postulados tradicionales y socialistas del Partido Laborista y, tras sus primeros encuentros con el presidente Bill Clinton, define el rumbo como *third-way progressives*: un tercer camino, ni derecha ni izquierda, más bien una ruta intermedia de supuestos progresistas.

Al igual que Bill (y Hillary) Clinton, Blair recibió un jugoso contrato para escribir sus memorias. El libro se ha vendido bien y Blair ha sido objeto de críticas feroces por su papel en la invasión de Irak. Avergonzado, Blair decidió donar parte de sus ganancias a la Royal British Legion. Veremos si lo mismo ocurre en noviembre cuando aparezca el libro de George W. Bush *Decision points*.

¿Por qué escriben sus memorias? El dinero es un motivo. Pero más importante es su legado y no pocos políticos quieren dejarnos su versión de los hechos. ¿Cómo será recordado? La respuesta es: mejor lo platico yo. He ahí la motivación de Blair.

En un texto bien escrito, Blair nos describe su lucha por llegar a la dirigencia del Partido Laborista, su visión por redefinirlo y sus 10 años como primer ministro. Su relación con Estados Unidos acapara buena parte del texto y nos ofrece varias ventanas para apreciar su gestión al frente del gobierno británico. Es un admirador de los estadounidenses y de Clinton.

También nos dice admirar a George W. Bush, aunque dedica varias páginas para tratar de convencer al lector de que Bush no es ningún tonto.

Donde Blair se muestra incómodo es en las muchas páginas que le dedica a su decisión de acompañar a Bush en su aventura en Irak en 2003. *Qui s'excuse s'accuse*. He ahí su pecado. Por mucho que quiera justificar su triste papel en la invasión de Irak, no puede superar la renuncia de su canciller, Robin Cook, quien inició su gestión proclamando que el Reino Unido anclaría su política exterior en la ética y el derecho internacional. Blair apenas menciona esa renuncia. Ahora hay voces que lo acusan de crímenes de guerra.

Hace poco salió a la venta otro libro de memorias. Se trata del diario que Jimmy Carter escribió durante sus cuatro años en la Casa Blanca. Su aparición nos sirve para aquilatar el valor de las reflexiones de dirigentes políticos.

En 1982 Carter publicó sus memorias, un texto honesto, inteligente y repleto de sentido común. Su diario tampoco tergiversa la verdad e incluye comentarios que aclaran y matizan lo que escribió cuando fue presidente. Nos dice exactamente lo que piensa. Describe sus logros y sus errores, y su autocrítica es sincera. Aparece como un hombre decente y hasta sabio.

A diferencia de Blair, Carter no disimula las divergencias que tuvo con sus colaboradores y sus competidores dentro de su Partido Demócrata. Por ejemplo, cuenta los pleitos que tuvo con su secretario de Estado, Cyrus Vance, y platica lo difícil que fue aceptarle la renuncia a Andrew Young, su embajador ante Naciones Unidas, que mintió a Vance acerca de una entrevista que tuvo con los representantes de la OLP.

A las personas con quienes difiere Carter les da su lugar y, al hacerlo, se da el suyo también. Su lugar en la historia y su legado están asegurados. Blair, en cambio, disimula, y si bien no miente tampoco dice toda la verdad. Cree que es capaz de convencer al lector de lo correcto de su papel en el caso de Irak como convenció a los electores británicos de la bondad de sus posiciones en las elecciones de 1997. Pero no logra su cometido. Los historiadores tampoco se la van a creer.

Otoño en Nueva York

4 de noviembre de 2010

El otoño es la mejor época del año en Nueva York. El cambio de estación es espectacular, especialmente en Nueva Inglaterra, donde los árboles se visten de una variedad de colores en una última explosión antes de las nieves de invierno.

En el otoño el calor ha terminado y el frío empieza a pellizcar. Las Naciones Unidas inician la sesión anual de su asamblea general y se intensifica la actividad comercial. Empiezan su temporada las compañías de teatro, la filarmónica y la ópera. Se multiplican los estrenos de películas y las televisoras lanzan programas nuevos. Los museos presentan exhibiciones especiales.

En los deportes también hay cambios. El beisbol termina su temporada mientras el futbol (a la usanza estadounidense), el baloncesto y el hockey inician las suyas.

Por cierto que en materia de deportes los estadounidenses se muestran proclives al autobombo. Piensen que la final del campeonato profesional de beisbol se llama la serie mundial. Hubo ocasiones en que se jugó entre los Dodgers de Brooklyn y los Yankees del Bronx, dos condados de la misma ciudad. Es como si una final entre el América y la UNAM se llamara la copa del mundo.

El sentido del humor en los deportes estadounidenses se encuentra también en la liga profesional de hockey sobre hielo. La llaman la National Hockey League. Hacen caso omiso del hecho que durante décadas más de 80 por ciento de los jugadores originarios de Canadá y no pocos equipos tienen su sede en ciudades de ese país.

Este otoño ha sido muy distinto para mí. Hace tres días los Gigantes, ahora de San Francisco y antes de Nueva York, ganaron el clásico de otoño. Llevaba 56 años esperando y por fin cumplieron. En efecto, la última vez que ganaron fue en 1954, barriendo a Cleveland en cuatro juegos, y ahora vencieron a los Rangers en cinco partidos. Para muchos neoyorquinos los Rangers son su equipo de hockey y los únicos Giants son los que juegan en la National Football League.

Éste también ha sido un otoño de elecciones en Nueva York y en Estados Unidos. Andrew Cuomo, hijo de un ex gobernador, ahora dirigirá los destinos de Nueva York. Como en muchas partes, hay cargos políticos que se quedan en familia en Estados Unidos. Por primera vez en casi 60 años no habrá un Kennedy en el Congreso.

A nivel nacional hubo las llamadas elecciones intermedias (a la mitad del ciclo de una administración presidencial). Se renueva la cámara baja y una tercera parte del Senado. Hubo también 37 comicios para gobernador. El Partido Demócrata perdió muchos escaños en el Congreso y no pocos gobiernos estatales. Pero la victoria del Partido Republicano no fue tan contundente como algunos habían vaticinado.

Ha sido una temporada muy larga de campañas electorales. Eso es normal en Estados Unidos. Pero ésta ha sido especialmente costosa y ruda. Se calcula que los candidatos gastaron arriba de 3 mil millones de dólares en campañas. Eso equivale a tres veces el presupuesto ordinario anual de la ONU.

Pero ha sido también una campaña en la que el electorado ha mostrado su enojo y algunos candidatos se sobregiraron en sus ataques de carácter personal. ¿Por qué está enojado el electorado? El desempleo es relativamente alto y la debacle financiera y económica aún no pare-

ce tener solución pese al gigantesco estímulo económico aprobado por el Congreso a instancias del presidente Barack Obama.

Los ciudadanos no están de acuerdo con mucho de lo que ocurre en Washington. Casi 60 por ciento cree que el rumbo del país que Obama ha trazado está mal. En orden decreciente piensan que se ha equivocado en cuanto a déficit presupuestario, economía, inmigración, impuestos, sistema de salud, la guerra en Afganistán, la seguridad social, la guerra en Irak, el medio ambiente y los derechos de los homosexuales.

No le achacan la crisis económica (eso se lo atribuyen a George W. Bush), pero no creen que la esté resolviendo. De ahí la inconformidad con los miembros del Congreso y de ahí el surgimiento del movimiento popular llamado el Tea Party, que ni es un partido ni sirve té en sus manifestaciones. Abarca a agrupaciones de ciudadanos que parecen tener poco en común salvo su odio por los que detentan el poder en Washington.

El Tea Party atrae a muchos votantes independientes que en 2008 se inclinaron por Obama, pero que ahora apoyaron más a candidatos republicanos. Pero éstos están divididos entre los tradicionales y los que podríamos llamar espontáneos, muchos de los cuales cuentan con el apoyo de Sarah Palin.

Pero detrás de toda esa aparente inconformidad con Washington se esconde algo que Obama tendrá que enfrentar en los próximos años: hay muchos estadounidenses a los que sencillamente no les gusta que sea presidente. Le cuelgan el sambenito de que tiene un acta de nacimiento falsa, que es un musulmán, que tiene inclinaciones socialistas, que tiene una agenda secreta y que es político poco conciliador.

En enero de 2009 Obama llegó a la Casa Blanca con sendas mayorías en las dos cámaras del Congreso. Ha logrado la aprobación de un importante número de leyes. Pero no ha logrado convencer a la oposición republicana ni, peor aún, ha logrado detener la erosión del apoyo de los jóvenes que se entusiasmaron con su campaña de 2008. La apatía del electorado estadounidense es más evidente en elecciones intermedias cuando apenas vota 40 por ciento. Y Obama ha sido víctima de esa apatía aunada al enojo de muchos votantes independientes.

Ahora tendrá que lidiar con un Congreso que en parte estará controlado por el Partido Republicano y que incluirá a personajes bastante más impresentables que los que suele enviar a Washington el electorado estadounidense.

El otoño suele ser una temporada agradable. Para Obama terminó con las elecciones del pasado martes.

La ONU + 65

2 de diciembre de 2010

El pasado 24 de octubre la Organización de las Naciones Unidas (ONU) cumplió 65 años. Lo increíble no es que haya durado todos estos años, sino que siga siendo una instancia multilateral relevante. Por supuesto que tiene sus fallas y críticos. Pero ahí está, tratando de reducir las tensiones entre los países y en el interior de algunos, y combatiendo la pobreza, el armamentismo, las violaciones de derechos humanos, las inequidades de género y un sinnúmero de asuntos que afectan a la humanidad.

La ONU nació de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial y su fundación reflejó una renovada fe en la posibilidad de crear un mundo mejor. Tres ejemplos bastarán para describir ese optimismo inicial. Primero, la ONU sería capaz de resolver cualquier problema, no sólo relativos al mantenimiento de la paz, desarrollo económico y defensa de los derechos humanos. Así, en 1958 en su canción *Summertime Blues* el rocanrolero Eddie Cochran señaló que para encontrar una solución justa a sus problemas de adolescencia plantearía su caso a la ONU (“*I’m gonna take my problem to the United Nations*”).

Segundo, Naciones Unidas podría legitimar las aspiraciones independentistas de los pueblos. Así lo haría con las colonias y así lo hizo con Israel en 1949 al admitirlo como miembro. Esa votación de la asamblea general fue transmitida en vivo a Israel, cuyos habitantes la siguieron por radio: 37 de los entonces 58 miembros en favor, 12 en contra y nueve abstenciones. Es curioso recordar esas abstenciones: Bélgica, Brasil, Dinamarca, El Salvador, Grecia, Reino Unido, Suecia, Tailandia y Turquía. Los votos negativos fueron más predecibles (Afganistán, Arabia Saudita, Birmania, Egipto, Etiopía, India, Irak, Irán, Líbano, Pakistán, Siria y Yemen).

Tercero, la ONU se convertiría en una instancia superior al Estado-nación. Quizás no llegaría a ser un gobierno mundial, pero sería una institución que lograría atraer la devoción de los individuos. Así, al discutirse los privilegios e inmunidad de los funcionarios de la nueva organización, el delegado británico insistió en 1946 en que deberían asegurar que la secretaría pudiera desempeñar sus funciones de manera independiente, imparcial y eficiente. Y agregó que la lealtad de una persona a su país de origen era muy importante, pero, en la medida en que el mundo avanzaba, quizás habría una lealtad aún mayor: la lealtad a la ONU.

Esa lealtad mayor aún no ha cuajado. La culpa la han tenido los estados que la integran y las personas que la han encabezado. Los estados no han querido ceder su soberanía a una sujeta entidad superior. El cargo de secretario general se ha adaptado casi siempre a las exigencias mezquinas de los estados, sobre todo los más poderosos. Así, ese funcionario resultó más secretario que general.

¿Cómo medir el éxito (o fracaso) de la ONU? Sus principales metas fueron cuatro: mantener la paz y seguridad internacionales y procurar el desarme; fomentar el desarrollo económico de los países, sobre todo los más atrasados; asegurar la libre determinación de los pueblos, y defender los derechos humanos. De las cuatro, puede enorgullecerse de su papel en el proceso de descolonización. En efecto, facilitó la independencia de casi un centenar de naciones. Desde luego que hubo casos, como Vietnam, en que no hizo nada. Las potencias coloniales se comportaron de manera desigual. Algunas (Bélgica y Portugal) se resistieron a perder sus colonias, mientras otras (Reino Unido) asumieron una actitud más positiva.

Naciones Unidas ha logrado resultados positivos en la defensa de los derechos humanos. Desde la declaración universal de 1948 sobre la materia hasta la recién creada oficina para la

equidad de género (encabezada por Michelle Bachelet), ha ido logrando avances no tan pequeños en la materia. Hubo casos vergonzosos, como su silencio en torno a ciertas situaciones como la *guerra sucia* en Argentina.

La ONU ha fracasado, en parte, en el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, y el consejo de seguridad nunca asumió su papel en materia de desarme, aunque en años recientes ha participado activamente en la aplicación de medidas contra el terrorismo internacional.

En el campo del desarrollo económico ha cedido su papel a otras instancias internacionales, algunas bajo su tutela, como el programa de la ONU para el desarrollo, y otras al margen de ella, como la Organización Mundial de Comercio.

Hoy ha aumentado la actividad del consejo de seguridad y veremos si logra su acometido, como en el caso de las elecciones del 9 de enero acerca del futuro de Sudán. Por su parte, la asamblea general sigue ofreciendo un foro único a los dirigentes políticos de los países y hoy tiene una agenda muy nutrida, empezando por el seguimiento al logro de las metas de desarrollo que se fijó en 2000 para el milenio.

Pero seguimos conociendo poco a Naciones Unidas. He aquí unas cuantas preguntas:

- 1) ¿Cuántos estados son miembros? ¿89, 151, 192 o 211?
- 2) ¿Por qué tiene su sede en Nueva York?
- 3) ¿Qué hizo la ONU en las guerras de Corea y Vietnam?
- 4) ¿Quién ha sido su mejor secretario general?
- 5) ¿Qué países son miembros permanentes del consejo de seguridad con derecho a vetar sus decisiones? ¿Qué naciones quisieran ingresar a ese club?

Respuestas: 1) 192; 2) porque Rockefeller donó los terrenos para construir el edificio; 3) luchó ilegalmente en Corea y guardó silencio respecto de Vietnam; 4) Dag Hammarskjöld, seguido de U Thant; 5) China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia; los aspirantes incluyen a Alemania, Japón, Brasil, India y, en menor grado, Nigeria y Sudáfrica.

Secretos de Estado

2 de diciembre de 2010

Concluye un año difícil para muchos países, incluyendo el nuestro. Los desastres naturales se multiplicaron, la crisis económica y financiera sigue, el desempleo y la pobreza aumentan y la violencia no cesa. Y cuando un mal año estaba por terminar en Estados Unidos, el partido republicano derrotó al demócrata en las elecciones de noviembre y poco después aparecieron en Internet 250 mil documentos secretos del Departamento de Estado.

Lo de *Wikileaks* es un escándalo porque los funcionarios gubernamentales no están acostumbrados a leer en el periódico lo que escriben en privado. Pero no hay que exagerarlo. Se trata de información que en unas décadas se hará pública. Para los historiadores simplemente se han recortado los plazos. Para los espías la divulgación de los documentos quizás les ha facilitado el trabajo.

Lo que viene haciendo Julian Assange, el fundador de *Wikileaks*, es proporcionar documentos a ciertos medios supuestamente responsables (incluyendo a *El País* y *The New York Times*) para que ellos, a su vez, publiquen la información que les parezca relevante. Los periódicos que recibieron los documentos se pusieron de acuerdo en borrar los nombres de algunas personas aludidas en los mismos para no perjudicarlas.

La divulgación de documentos secretos (y no tan secretos) siempre ha ocurrido. Lo que distingue el caso de *Wikileaks* es el tamaño del archivo. Y aquí se plantean dos cuestiones: cuánta autocensura ejercen los medios y qué decir de la divulgación de supuestos secretos en memorias y libros escritos por algunos de los protagonistas. Además, ¿qué decir de los documentos que funcionarios estadounidenses han venido filtrando a escritores como Bob Woodward?

¿Cómo obtiene *Wikileaks* los documentos? Lo hace a través de individuos que tienen acceso a los mismos: funcionarios y empleados gubernamentales o de alguna empresa. El gobierno afectado los considera traidores. Washington ha identificado a Bradley Manning, un especialista en inteligencia del ejército, como el culpable de entregar a *Wikileaks* los cables sobre las guerras en Irak y Afganistán y ahora los del Departamento de Estado. Lo someterán a un juicio militar.

Recuerden el caso de Daniel Ellsberg. El año pasado apareció un documental titulado *El hombre más peligroso de Estados Unidos*. Analista militar del Pentágono y luego de la corporación Rand, en 1969 Ellsberg se dio cuenta de las mentiras que su gobierno había difundido a la opinión pública de su país para continuar e intensificar la guerra en Vietnam. Fotocopió unos 7 mil documentos secretos y trató de interesar a aquellos senadores que se oponían a la guerra. A éstos les tembló la mano y no le hicieron caso. En 1971 recurrió al *The New York Times* y el *Washington Post*. Arriesgó su pellejo.

La reacción del presidente Richard Nixon se centró en dos frentes. Primero, trató de detener la publicación de los documentos; y segundo, acusó a Ellsberg de espionaje. En ambos casos las gestiones de su gobierno fracasaron en las cortes.

Quizás la historia se repita ahora en el caso de *Wikileaks*. El gobierno del presidente Barack Obama quiere que Assange sea juzgado en Estados Unidos. Algunos políticos en Washington lo han acusado de traidor y espía y hubo inclusive quienes pidieron que fuera asesinado. Pero nadie se ha metido con los periódicos que siguen soltando documentos.

La impotencia de Washington es evidente. A los burócratas se les pidió que no leyeran los documentos ya divulgados y la fuerza aérea prohibió el acceso a los sitios de Internet que publican los documentos de *Wikileaks*. Algunos bancos y otras instituciones de crédito le han cerrado las puertas a Assange.

Los supuestos secretos de Estado se han invocado para negar la difusión de cierta información. Ésta es la carta dizque patriótica que se juega a menudo y que le complicó la vida a Ellsberg y ahora a Assange. Pero los gobiernos tienen la de perder. *Wikileaks* y la reacción de algunos gobiernos han puesto al descubierto la hipocresía de no pocos dirigentes, aun en países supuestamente ilustrados. He ahí su verdadero significado.

Son ya muchos los gobiernos que tratan de aparentar transparencia. En 2005 Tony Blair logró que el parlamento británico aprobara una ley sobre la libertad de acceso a la información. Sonaba bien pero habría excepciones.

En 2007 un ciudadano pidió las minutas de las reuniones del gabinete de Blair en las que se aprobó intervenir militarmente en Irak en 2003. Cuando el gobierno se negó a divulgarlas el individuo apeló a una instancia prevista en la ley, el comisionado de información. Éste concluyó que el interés del público por conocer la base jurídica de la decisión del gabinete era más importante que la preocupación del gobierno por mantener la confidencialidad de las deliberaciones del gabinete. A principios de 2009 el tribunal de información falló a favor del ciudadano. El gobierno británico tuvo entonces que escoger entre llevar el caso a un tribunal superior o vetar la solicitud. Optó por lo segundo y las minutas se han mantenido en secreto. Lo curioso del caso es que varios de los miembros de ese gabinete han publicado detalles de esas reuniones.

En cuatro décadas hemos pasado de la fotocopia a la fibra óptica e Internet. Lo que Ellsberg hizo en su día ha tenido una secuela lógica e imparable. Lo que no se ha logrado a través de leyes sobre el derecho a la información, ahora se ha conseguido mediante una avalancha de documentos. Pese a su autocensura, los medios tradicionales se han visto fortalecidos. Curiosamente el Internet ha servido para revalorar el papel de la prensa escrita.

Lo de *Wikileaks* no asegura la transparencia total pero es un paso para que los gobernados sí sepan lo que hacen (y realmente piensan) sus gobernantes. Quizás habrá menos atole con el dedo. Y eso no es del agrado de muchos políticos.

Hu en Washington

27 de enero de 2011

Como una mujer codiciada por muchos, China exigió buen trato y respeto. Y lo consiguió la semana pasada en Estados Unidos, su mayor pretendiente.

Hace ocho días el presidente Hu Jintao fue recibido con 21 salvas en la Casa Blanca, al inicio de una visita de Estado a Washington. Con el presidente Barack Obama platicó mucho sobre una gran variedad de temas. Anunciaron acuerdos comerciales por un valor de 45 mil millones de dólares. Repasaron la agenda política multilateral y abordaron cuestiones militares.

También discutieron la situación interna en China. En un gesto sin precedente, Hu declaró que su país aún tenía mucho que mejorar en materia de derechos humanos. Curioso. Hu, que tiene detenido al premio Nobel de la Paz de 2010, se lo dijo al premio de 2009.

Sin embargo, Hu agregó que al hablar de derechos humanos y democracia en su país es necesario tomar en cuenta la complejidad de la sociedad china. Los dirigentes de otras naciones han esgrimido sin éxito argumentos parecidos. Pero cuando China lo hace, el resto del mundo escucha.

El presidente Hu va de salida y pronto habrá un relevo político más en su país. Insistió en que Obama lo recibiera con todos los honores, como lo hizo el presidente Bill Clinton en 1997 con el antecesor de Hu, Jiang Zemin. Hu quiso evitar una repetición de la visita que le hizo al presidente George W. Bush en 2006, cuando el protocolo fue inferior al de una visita de Estado. Al parecer, Hu quería que Estados Unidos le reconociera a China su lugar en el mundo. Y lo consiguió.

¿Quién lo hubiera dicho hace 40 años? Entonces Henry Kissinger andaba escondiéndose de la prensa mientras que en Pekín transmitía recados de Richard Nixon a Chou En Lai y Mao Zedong. Tras la muerte de éste y bajo la conducción de Deng Xiaoping, China inició la actual etapa de estabilidad política, desarrollo económico y apertura comercial que la ha convertido en el principal rival (y socio) de Washington.

¿Qué pensarán en Delhi, Moscú y Brasilia de la visita de Hu a Washington? Quizás *Wiki-leaks* nos proporcionará una pista. Se trata de los otros tres países que, junto con China, conforman el cuarteto del futuro, los llamados BRIC (un acrónimo inventado en 2005 por un economista de Goldman Sachs).

Nadie niega la importancia de esos cuatro países. Por minutos su crecimiento económico los está convirtiendo en el interlocutor natural (y preferido) de Estados Unidos, dejando en la cuneta de la historia a no pocos amigos tradicionales, incluyendo a los demás integrantes del G-7 (Alemania, Canadá, Francia, Italia, Japón y Reino Unido). Éstos se apresuran a colocar sus productos en los mercados de los BRIC. Piensen en las visitas de carácter netamente comercial del primer ministro David Cameron a China e India el año pasado.

Lo cierto es que los BRIC están dando mucho de qué hablar y sirven para imaginarnos el mundo del futuro. Hacia 2050, se dice, habrán transformado el paisaje internacional.

Para entonces China será la principal economía del mundo, seguida de India y Estados Unidos. Si al peso económico de China en 2050 le asignamos un valor de 100, India estaría en 70, Estados Unidos en 64, Brasil en 16, Japón y Rusia en 13 y México en 11. Los cuatro BRIC sumarían 199, mientras que los actuales miembros del G-7 tendrían un total de 116.

El mundo, según esos pronósticos, será muy distinto. En 2050 se seguirá hablando mucho inglés. El uso del chino mandarín habrá aumentado. Pero se hablará también más español (y menos francés).

Hay comentaristas en India que no están de acuerdo con algunas de las proyecciones acerca del mundo del 2050. Insisten en que hay una diferencia cualitativa entre su país y China. Se trata del bono democrático. Dicen que India está mejor equipada para ser una potencia mundial precisamente por su experiencia democrática. De ahí, en parte, las palabras del presidente Hu en Washington acerca de los avances políticos y en la esfera de los derechos humanos en su país.

Hacia 2050 el equilibrio militar en el mundo también será distinto. En teoría China se ha rehusado a embarcarse en una carrera armamentista con Estados Unidos. Sabe que los costos son altos y se acuerda de lo ocurrido en la Unión Soviética. Pero en la práctica ha aumentado su presupuesto militar (quizás tenga dinero para todo: desarrollo interno, inversiones, préstamos a medio mundo).

Entre otras cosas, China quiere convertirse en una potencia naval. No hay que olvidar que la resolución de la cuestión de su mar del sur sigue siendo una asignatura pendiente. Quizás también en cuatro décadas el océano Pacífico habrá dejado de ser un *mare nostrum* estadounidense.

Uno de los renglones más importantes de las inversiones chinas de las últimas décadas ha sido en el campo de la educación en general y la ciencia y tecnología en particular. India está haciendo esfuerzos parecidos. He ahí una de las claves del peso específico de esos dos países en un futuro no muy lejano.

No hay que olvidar que hace 400 años China e India representaban 50 por ciento de la economía mundial. A mediados del presente siglo quizás habrán recuperado esa posición.

Durante 300 años Europa, y luego con su hijo predilecto trasatlántico, han llevado la batuta económica del mundo. Ahora China los está rescatando con comercio, inversiones y muchos préstamos. Los europeos están en apuros y han envejecido, pero envejecen siendo ricos. Los chinos, en cambio, son muchos y quizás no logren enriquecerse antes de envejecer.

China y los demás países del BRIC aportarán mucho al desarrollo mundial. Pero nadie puede saber hoy el alcance de su impacto en la historia. De ahí lo entretenido de los pronósticos.

Obama se reconstruye

24 febrero de 2011

El pasado viernes el presidente Barack Obama hizo algo que no había hecho desde que llegó a la Casa Blanca, hace dos años: vetó una propuesta en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Se trata de un texto promovido por la autoridad palestina y coauspiciado por más de 120 de los 192 miembros de la ONU. Pedía que el consejo declarara ilegales los asentamientos israelíes en los territorios ocupados desde 1967.

La representante de Estados Unidos, embajadora Susan Rice, se valió de un poco de acrobacia diplomática para justificar el veto de su país. Entre otras cosas dijo que Estados Unidos rechaza en los términos más fuertes la legitimidad de la actividad de Israel en materia de asentamientos. La conclusión lógica de esa posición hubiera sido un voto a favor de la propuesta palestina.

El momento es particularmente delicado para Estados Unidos en vista de los acontecimientos en Medio Oriente y el norte de África. Si Egipto logra transformarse en un país democrático, los palestinos, en especial los habitantes de Gaza, encontrarán nuevos aliados en El Cairo. Washington se ha visto lento y torpe. Pero no es la primera vez. Tardó en pronunciarse en el caso de Túnez y luego titubeó cuando la revuelta popular se extendió a Egipto. Primero pareció preferir la permanencia del presidente Hosni Mubarak para luego distanciarse de él.

Ciertamente los egipcios no guiaron sus acciones por lo que decía o dejaba de decir la Casa Blanca. Pero a no pocos les sorprendió el abismo entre la posición asumida por Obama el 28 de enero y lo que les había dicho el 4 de junio de 2009 en El Cairo. Entonces, en un discurso de corte académico, pidió al mundo musulmán que se encaminara hacia regímenes democráticos.

Al estallar la revuelta en la plaza Tahrir, Obama apoyó al gobierno de Mubarak y lo alentó a entablar un diálogo con los manifestantes para lograr una mayor democracia y mejores oportunidades económicas. Pero hizo caso omiso de la demanda principal de los manifestantes: ¡fuera Mubarak! Ahí se equivocó Obama y perdió una oportunidad para cambiar la imagen de sucesivas administraciones estadounidenses.

Desafortunadamente para muchos de sus admiradores, Obama ha multiplicado sus tropiezos. Es más, Obama nos presenta un buen ejemplo de lo que le puede ocurrir a un político con instintos nobles y una decencia innata y con principios bien definidos, cuando menos intelectualmente. En su campaña presidencial de 2008 dijo muchas cosas que resonaron entre un electorado hartado de ocho años de George W. Bush. Planteó la necesidad de una sociedad más justa y equitativa.

Una vez en la Casa Blanca, empero, el candidato idealista empezó a transformarse. Frente a una enorme crisis financiera se rodeó de muchos economistas y funcionarios que de alguna manera la habían propiciado. Afortunadamente tomó una serie de medidas que seguramente resolverán la crisis a mediano plazo. Por ahora tiene que vivir con los problemas derivados del enorme déficit fiscal al que recurrió para hacer frente a esa crisis.

Luego se embarcó en una reforma del sistema de salud que finalmente logró pero que jamás debió dejar en manos de los dirigentes demócratas en el Congreso. Aquí la sombra de lo ocurrido en la administración del presidente Bill Clinton jugó un papel importante.

En 2009 logró también enderezar las negociaciones con Rusia en materia de armas nucleares. Y se atrevió (como lo había enunciado en su campaña) a ir más allá de negociar acuerdos para limitar y reducir un poco los arsenales nucleares existentes. En Praga, en abril de ese año, esbozó su visión de un mundo libre de esas armas. ¿Un visionario en el poder en Washington?

No tardó en defraudar. Muy pronto cambió su discurso para insistir más en que otros no obtengan armas nucleares, olvidándose de su propia propuesta de eliminar las ya existentes. Peor aún, ha aumentado notablemente el presupuesto para seguir desarrollando y administrando el arsenal nuclear estadounidense.

Otro ejemplo. En 2008 Obama prometió cerrar la prisión en Guantánamo. Hoy ahí sigue ese ejemplo de los excesos de Bush que tanto criticó como candidato.

Ahora, tras la derrota electoral de los demócratas el pasado noviembre, Obama ha decidido reinventarse. Como si fuera un juguete mecano, se está reconstruyendo. Hoy se rodea de colaboradores que son del agrado de los hombres de negocios. Habla más como militante de las cámaras de comercio y ha dado pasos que nadie hubiera imaginado hace dos años, como ratificar las concesiones que en materia de impuestos había concedido Bush a los más ricos.

¿Dónde quedó el candidato Obama? ¿De quién es la culpa? ¿De Obama, cuya linda retórica durante la campaña de 2008 despertó un gran entusiasmo entre los jóvenes? ¿Del electorado, que se dejó llevar por las propuestas de un político inexperto? Unos dicen que se está posicionando para reelegirse en 2012. Seguramente lo logrará, pero a un precio muy alto: no conseguirá pasar a la historia como un presidente excepcional.

En noviembre pasado los habitantes de Wisconsin eligieron al republicano Scott Walker como su gobernador. Ahora Walker ha desatado una tormenta al presentar un plan para recortar el presupuesto del estado y de pasadita eliminar los derechos de los trabajadores del sector público a negociar sus prestaciones. Lo que está ocurriendo en Wisconsin amenaza con repetirse en otros estados. Se dice que Wisconsin es el Túnez de Estados Unidos en la lucha entre el gobierno y los sindicatos de trabajadores del estado.

Pero Walker no ha hecho más que poner en práctica las ideas que lo llevaron a la gubernatura de su estado. Ha sido consecuente con su programa electoral y quiere cumplirle a su electorado. ¿Hay algo mal en que un político en el poder haga lo que como candidato prometió que haría?

Alfonso García Robles + 100

24 de marzo de 2010

El pasado 20 de marzo se cumplió el centenario del natalicio de Alfonso García Robles (Zamora, Michoacán, 1911- México, DF, 1991). Su medio siglo en el servicio exterior (1939-1990) constituye uno de los capítulos más sobresalientes de la historia de la diplomacia mexicana en el siglo XX. Su éxito más notable fue la concertación del Tratado de Tlatelolco, que estableció la primera zona libre de armas nucleares en una región densamente poblada. En 1982 obtuvo el Premio Nobel de la Paz, mismo que compartió con la sueca Alva Myrdal. Empero, a Alfonso García Robles se le conoce y reconoce poco en México. Se han publicado no pocos trabajos académicos y artículos sobre el Tratado de Tlatelolco, pero no existe una sola biografía a fondo de este distinguido internacionalista.

Es cierto que son contadas las biografías de diplomáticos mexicanos. Algunos, como Isidro Fabela, nos dejaron buena cantidad de libros y escritos. Es cierto también que García Robles publicó numerosos libros y ensayos sobre diversos temas, pero su valor para evaluar su pensamiento es muy reducido, ya que se trata más bien de recopilaciones de documentos. Así ocurrió en el caso de sus obras sobre desarme y el derecho del mar. Sus ponencias anuales como miembro de El Colegio Nacional son glosas de sus discursos en los foros multilaterales.

El archivo personal de García Robles tampoco contiene papeles o documentos que nos pudieran auxiliar en un intento de trazar su perfil como funcionario y como persona. Por cierto que ese archivo y su biblioteca fueron donados por su familia a la Universidad de Virginia en Estados Unidos, a raíz de las gestiones realizadas por un profesor de esa institución.

Por tanto, será una tarea difícil investigar la vida profesional del embajador García Robles. ¿Qué debemos intentar rescatar de esa vida?

Hay que empezar por subrayar que se trata de un individuo muy privado. No fue un comunicador natural. Tuve la suerte de trabajar con él desde que ingresé a la Secretaría de Relaciones Exteriores, en 1969. Veinte años después, en vísperas de su jubilación, me correspondió organizar los homenajes de despedida en Ginebra y en la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas (ONU), en Nueva York.

Alfonso García Robles fue un funcionario público fuera de serie y, a la vez, una persona muy complicada y difícil de catalogar, por no decir descifrar. Su vida profesional abarcó varios capítulos de particular interés y relevancia para la historia diplomática de nuestro país. Seguir sus pasos y reconstruir su aportación será tarea de los estudiosos de nuestro pasado.

Habrá que partir de un hecho incontrovertible: García Robles llegó siempre con cierto retraso a sus encuentros con la historia. Ingresó ya mayor al servicio exterior; se casó a los casi 40 años de edad; se asomó por primera vez a las cuestiones de desarme relativamente tarde, cuando ya había cumplido el medio siglo, y se dedicó de tiempo completo a esas cuestiones a partir de los 65 (cuando uno suele retirarse del servicio público).

Estudió derecho en la Universidad Nacional, en la ciudad de México, y luego en Europa (1934-1938), titulándose también en París y La Haya. En 1939 ingresó al servicio exterior y fue comisionado en Estocolmo poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial.

Son varios los aspectos de su vida profesional que sería útil aclarar: su participación en la explicación y defensa en Europa de la expropiación petrolera de 1938; su contribución al éxito

de la Conferencia de Chapultepec, en vísperas de la creación de la ONU; su aportación a la definición del papel de la secretaría de la ONU desde su cargo como primer director de asuntos políticos de la nueva organización mundial (1946-1957), y su gestión como embajador en Brasil (1961-1964).

En la Secretaría de Relaciones Exteriores se le conoce como el arquitecto del Tratado de Tlatelolco durante su gestión como subsecretario (1964-1970). Pero, ¿cómo se puede aquilatar su papel en esa dependencia en los años 1957-1964, y luego como canciller (1975-1976)?

Sería conveniente conocer mejor su indudable vocación internacionalista. Se esmeró por defender el papel central de la ONU en la definición de las relaciones multilaterales a partir de 1946.

Cómo y cuándo se interesó en las cuestiones del desarme, sobre todo del desarme nuclear, es un tema que debería explorarse. Otro sería el alcance de su contribución a la conclusión exitosa tanto del Tratado de Tlatelolco como de la Asamblea General de 1978, dedicada a cuestiones de desarme. Debería conocerse quién se opuso a la negociación del Tratado de Tlatelolco y cómo le hizo García Robles para vencer la resistencia a dicho tratado tanto fuera como dentro de México. Aquí es importante averiguar cuál fue su relación con los dirigentes políticos mexicanos, sobre todo Gustavo Díaz Ordaz y Antonio Carrillo Flores, y posteriormente con Luis Echeverría.

¿Cuáles fueron los motivos del comité Nobel para otorgarle el premio de la paz en 1982? ¿Por qué lo compartió con la señora Myrdal? Ella lo acompañó en la lucha por el desarme en la ONU en los años 60 y 70, pero antes había sido también su colega en la ONU, cuando fue directora de asuntos sociales, a partir de 1949.

De Alva Myrdal tenemos sus obras sobre cuestiones sociales (en especial la reforma penitenciaria en Suecia y la condición jurídica de la mujer), el desarme nuclear y las armas nucleares en Europa. Contamos también con biografías de académicos y sendos libros de dos de sus hijos.

De Alfonso García Robles tenemos pocos trabajos de fondo y escasos esbozos biográficos. Será difícil, si no imposible, averiguar los detalles de mucho de lo que hizo. En este espacio hemos tratado de identificar algunas pistas que podrían seguirse para conocer y reconocer mejor a Alfonso García Robles.

Obama *dixit*

21 de abril de 2011

En el siglo pasado la comunidad internacional logró adoptar una serie de medidas para reglamentar el uso de la fuerza entre los estados. Esa codificación del derecho internacional culminó en 1945 con la aprobación de la Carta de la organización de las Naciones Unidas. En ella se prohíbe la guerra y se limita el uso de la fuerza militar a la autodefensa.

Además la Carta le otorga al Consejo de Seguridad el derecho exclusivo de decidir cuándo es permitido recurrir al uso de la fuerza militar. Se trata de situaciones que constituyen una amenaza a la paz y seguridad internacionales. Sin embargo, en términos generales puede decirse que el consejo de seguridad no ha logrado desempeñar el papel que le asignó la Carta de la ONU.

Las grandes potencias militares que dominaron el escenario mundial desde 1945 recurrieron al uso de la fuerza al margen de la ONU. En algunos casos lo hicieron de manera directa (Vietnam y Afganistán) y en otro de manera indirecta en los innumerables conflictos en África, Asia y América Latina.

No es raro que los dirigentes de las principales potencias militares acaben por identificarse con su política en materia del uso de la fuerza. En casi todos los casos el telón de fondo fue la rivalidad ideológica de la *guerra fría*. En la entonces Unión Soviética surgió la doctrina Breznev.

Tras la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968 (y recordando su invasión de Hungría en 1956), el Kremlin señaló que era una obligación del campo socialista defender con la fuerza militar a los regímenes del Pacto de Varsovia. En 1979 se invocó también para invadir a un país fuera del Pacto (Afganistán). Se trataba de evitar reformas políticas y económicas que debilitaran al sistema socialista. Curiosamente la aventura en Afganistán contribuyó al desmoronamiento de la URSS y del Pacto de Varsovia. Mijail Gorbachov se encargó de ello y en 1989 su portavoz habría de proclamar la doctrina Sinatra (cada país debería desarrollarse a su manera).

Desde 1945 la política de Estados Unidos para contener la expansión de regímenes comunistas también se ha identificado con el presidente de turno: Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson, etcétera. Tras los ataques del 11 de septiembre de 2001 y en vísperas de la invasión de Afganistán, el presidente George W. Bush anunció una política antiterrorista que no distingue entre los terroristas y los que los albergan dentro de su territorio. La doctrina se definió como el derecho de Estados Unidos a defenderse mediante ataques militares y guerras de corte preventivo.

Las recientes revueltas en varios países del Medio Oriente y el norte de África han obligado al presidente Barack Obama a definir su política sobre cuándo y cómo recurrir al uso de la fuerza militar. Obama es un ser pensante y cuida mucho (demasiado, dirán algunos) lo que dice y lo que hace.

En Túnez y Egipto Obama mostró su cautela habitual, apoyando a la postre a los manifestantes que pedían un cambio de régimen. En otros casos (Yemen, Bahrein y Siria) no ha declarado de manera tajante su oposición al uso de la fuerza contra la población civil. Pero en Libia decidió actuar para prevenir una masacre en Bengasi.

Cuando empezaron las manifestaciones en Libia, Muammar Kadafi recurrió a la fuerza militar y policiaca. Para Francia, Reino Unido y Estados Unidos (y, por ende, para la OTAN),

Libia se convirtió en un presunto culpable. Para asegurarse de que actuarían conforme a la Carta de la ONU y evitar así los errores de Bush y Blair hace una década en el caso de Irak, las tres potencias militares occidentales acudieron al Consejo de Seguridad. El 26 de febrero éste aprobó por unanimidad la resolución 1970, exigiendo un alto a los ataques contra la población civil y remitiendo a la Corte Penal Internacional a los culpables de esos ataques. También impuso sanciones, incluyendo un embargo de armas.

Pero París, Londres y Washington querían más y el 17 de marzo el Consejo de Seguridad aprobó (ya no por unanimidad) una segunda resolución, la 1973, que les autorizó imponerle a Libia una zona de prohibición de vuelos y adoptar todas las medidas necesarias, excepto una ocupación militar, para proteger a la población civil. El 19 de marzo iniciaron los ataques aéreos.

El 29 de marzo la coalición de la OTAN y sus aliados se quitaron la máscara en la conferencia en Londres y anunciaron, en presencia y con el aval del secretario general de la ONU, que su meta era derrocar al régimen de Kadafi.

Un día antes Obama había explicado la actitud que había adoptado en el caso de Libia. Su mensaje (quizás no pueda calificarse de doctrina) fue que Estados Unidos estaría dispuesto a utilizar la fuerza militar para proteger la vida de civiles siempre y cuando tuviera el visto bueno de la ONU, fuera parte de una amplia coalición de estados, se hubieran agotado las instancias de solución pacífica del conflicto, tuviera objetivos muy concretos, no dependiera de un liderazgo permanente de Washington y no tuviera que sufragar todos los costos.

Es obvio que Obama quiere evitar involucrarse en una tercera guerra y menos en un país musulmán. Tampoco puede seguir gastando dinero que su gobierno ya no tiene.

Pero resulta también obvio que, como buen abogado, le dio muchas vueltas al asunto de Libia. Consideraciones de carácter humanitario pesaron mucho en su decisión de emplear el poderío militar de su país. Lo hizo, empero, asegurándose de que otros también participarían en la acción militar y en la eventual reconstrucción de Libia. Afortunadamente en el presidente de Francia y el primer ministro británico encontró a dos compañeros de viaje a los que les endosó el paquete por conducto de la OTAN.

Al autorizar el uso de la fuerza en Libia, el Consejo de Seguridad ha modificado la Carta de la ONU. Y Obama lo ha explicado.

La justicia según Obama

19 de mayo de 2011

Cuando el pasado primero de mayo el presidente Barack Obama anunció la muerte de Osama Bin Laden dio por terminado un doloroso capítulo de la historia de Estados Unidos. Dijo que se había hecho justicia, palabra que utilizó cinco veces en su breve alocución de ese domingo por la noche.

La historia y la literatura están repletas de ejemplos de individuos o grupos de personas que han clamado por la justicia. Hay quienes buscan una justicia divina, administrada desde el más allá. Los dirigentes políticos también son objeto de reclamos populares y en una época los reyes fueron la instancia preferida (del rey abajo, ninguno, y espero justicia de vos).

La justicia es una pena o castigo público, es darle a cada uno lo que le corresponde y es lo que debe hacerse según la razón o el derecho. De ahí las exigencias de la marcha caravana por la paz con justicia y dignidad que culminó en la manifestación en el Zócalo capitalino el pasado 8 de mayo y que tuvo eco en numerosas ciudades mexicanas y extranjeras.

El problema con el anuncio de Obama es que un asesinato, aunque se trate del de un monstruo como Bin Laden, no deja de ser un asesinato. La redacción de los periódicos se debatió acerca de cómo calificar lo anunciado por Obama. Este periódico dijo que Bin Laden había sido muerto por tropas de EU en Pakistán. El encabezado de *The New York Times* dijo lo mismo. Otros diarios optaron por el verbo liquidar o matar pero, de los titulares que vi, ninguno utilizó asesinar. En la prensa de Estados Unidos hubo de todo, incluyendo: Acabamos con él o Lo matamos.

Para buena parte de la opinión pública estadounidense lo que importa es que Bin Laden está muerto. Se trata de un poderoso sentimiento de revancha disimulado por un discurso sobre justicia. La reacción popular frente a la Casa Blanca así lo confirmó. La gente gritaba ¡U-S-A, U-S-A!, como si se tratara de un triunfo en una competencia deportiva.

Entre los familiares de las víctimas de los ataques del 11 de septiembre de 2001 prevaleció la idea de que se había hecho justicia. No pocos agregaron que la lucha había terminado y que, por lo tanto, ya podrían regresar las tropas. He ahí una clave de cómo muchos estadounidenses han justificado las invasiones de Afganistán e Irak.

Hace 15 días las autoridades británicas dieron a conocer los resultados de su investigación acerca de los bombazos que mataron a 52 personas en el metro londinense el 7 de julio de 2005. Entre otras cosas, declararon que las víctimas habían sido matadas ilegalmente. Curiosa expresión.

Un año antes, el 11 de marzo de 2004, otros atentados habían causado la muerte de 191 personas en Madrid. En Londres los que cometieron los actos terroristas fueron suicidas. En Madrid también hubo suicidas pero se juzgó a una treintena de otros acusados. En 2007 algunos fueron exonerados y otros fueron condenados a miles de años de prisión. Las asociaciones de familiares de las víctimas no estuvieron conformes con el fallo y exigieron que se aclarara quién (y por qué) había ordenado el atentado.

En Estados Unidos la procuración de justicia siguió un curso muy distinto. Se ideó la cárcel de Guantánamo, se recurrió a torturar a algunos de los acusados y luego, con la llegada de Obama, se quiso dar marcha atrás y buscar un camino más acorde con un sistema más civilizado de impartición de justicia. Esos esfuerzos han tenido un éxito relativo. Se descontinuó la

tortura pero la prisión en Guantánamo no se ha cerrado. Y ahora parece que nunca se pensó en capturar y enjuiciar al responsable de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Lo tramado por Bin Laden en contra de Estados Unidos fue un acto terrorista sin precedente. Vulneró a un país que se sentía ajeno a pérdidas de vidas en su propio territorio. Provocó un trauma nacional y una reacción que se ha prolongado durante casi una década. La llamada guerra contra el terrorismo internacional incluyó la invasión y ocupación de Afganistán e Irak y ha cobrado cientos de miles de vidas. Le ha costado a Washington más de un billón de dólares.

Los detalles que se han difundido del *operativo* militar revelan que los comandos se hicieron de un montón de información que manejaba Bin Laden. Ello habrá de facilitar la búsqueda de otras células de Al Qaeda y quizás resulte en su derrota definitiva.

Algunos estudios preliminares del tiempo que los medios de comunicación en Estados Unidos le han dedicado a Bin Laden y su secuela (la llamada guerra contra el terrorismo internacional) indican que se trata de casi la mitad de su tiempo al aire.

En inglés se suele usar la palabra “*closure*” para describir el fin de un debate. Significa también el finiquito de un asunto. Para muchos estadounidenses la desaparición de Bin Laden representa el fin de un debate nacional y el fin de una etapa para las familias de las víctimas de los atentados.

El *operativo* montado para localizar a Bin Laden ha sido la búsqueda más cara de una persona en la historia. Con su desaparición, Estados Unidos parece haber vivido una catarsis nacional. Termina una década en la que ha mostrado una obsesión por encontrar al culpable de los atentados del 11 de septiembre. Esa búsqueda ha cambiado la vida de ese país que quizás ahora pueda empezar a recuperarse.

La eliminación de Bin Laden tendrá consecuencias en muchos renglones de la vida de los estadounidenses. Quizás se traduzca en un retiro acelerado de sus tropas de Afganistán y en una disminución del presupuesto militar. Podría resultar también en un cambio muy saludable: una presencia más discreta del aparato de seguridad montado por Washington en el pasado decenio.

Bibi en apuros

16 de junio de 2011

Hace 10 días un grupo de manifestantes en Siria se acercó a la frontera en los Altos del Golán para protestar en contra de su ocupación por Israel. Las tropas israelíes los dispersaron con disparos. Según Tel Aviv hubo 10 muertos; según Damasco fueron 23.

El incidente coincidió con el cuadragésimo cuarto aniversario del inicio del conflicto que se conoce como la Guerra de los Seis Días (5 al 10 de junio de 1967). Israel venció a Egipto, Jordania y Siria y ocupó la franja de Gaza, la península del Sinaí, Cisjordania, Jerusalén oriental y los Altos del Golán. Desde entonces el futuro de esos territorios y los refugiados de los mismos han sido un tema central de las pláticas entre Israel y algunos de sus vecinos.

No se sabe si los manifestantes eran espontáneos o si habían sido movilizados por el presidente Bashar Assad para distraer la atención de la violencia que su propio gobierno ha desatado en contra de su población. Sea cual fuere su origen, el incidente sirvió para aumentar los temores en Israel en su actual etapa de creciente aislamiento internacional.

La llamada *primavera árabe* ya ha incidido en la cuestión palestina. El 4 de mayo las nuevas autoridades en El Cairo auspiciaron un acuerdo de reconciliación entre Fatah en Cisjordania y Hamas en la franja de Gaza que quizás haga posible un gobierno de unidad nacional (tarea nada fácil) y allane el camino hacia un Estado palestino independiente.

Los intentos recientes por encarrilar el proceso de paz en Palestina se han topado una vez más con la intransigencia del sector más conservador de Israel, uno que prefiere que las cosas sigan como están. El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, calificó el acuerdo entre los palestinos como una gran victoria para el terrorismo y se apresuró a tratar de convencer a los gobiernos europeos de no reconocer la eventual proclamación de independencia de los palestinos.

Netanyahu (cuyo apodo es *Bibi*) también viajó a Washington invitado por los republicanos del Congreso estadounidense. El presidente Barack Obama, un tanto molesto por las maniobras republicanas, se le adelantó a *Bibi* y pronunció un discurso en vísperas de su encuentro con el primer ministro. Reiteró que debe buscarse una solución basada en dos estados y las fronteras de 1967. Claro, no entró en detalles sobre un posible intercambio de territorios (trueque que está en la mesa de negociación) y ello dio pie para que Netanyahu montara en cólera.

La premisa fundamental de territorio a cambio de paz de las negociaciones sigue vigente, pero es natural que algunos la consideren una meta un tanto abstracta. La construcción de asentamientos en los territorios ocupados continúa y nadie tiene prisa en lograr una solución definitiva del conflicto. Israel lleva buena parte de su vida como Estado independiente administrando (y defendiendo) esos territorios. Al parecer se ha acostumbrado, inclusive, a vivir con la amenaza constante de ataques terroristas.

En efecto, hace casi medio siglo que Israel se convirtió en una potencia de ocupación. Con Egipto hizo las paces y en 1982 le devolvió el Sinaí. También se arregló con Jordania. Pero sigue presente en los demás territorios ocupados en 1967. Y hay muchos israelíes que no han conocido otras fronteras. Para ellos la ocupación es ya una costumbre.

Netanyahu es el primer primer ministro nacido en Israel independiente. Toda su vida adulta la ha pasado en un país definido por sus fronteras de 1967. No es un estadista y, al igual que sus antecesores, está acostumbrado a tratar (y entenderse) con gobiernos autoritarios. Ahora

tendrá que dialogar con vecinos más democráticos y quizás menos dispuestos a aceptar el *statu quo*.

En Nueva York se habla con insistencia de la posibilidad de que la ONU reconozca al Estado palestino. Para que ello ocurra es menester el acuerdo del Consejo de Seguridad y el endoso de la Asamblea General. Ello acarrearía un sinnúmero de problemas jurídicos y políticos para el gobierno de Israel. La pregunta es si Washington lo permitirá.

Es obvio que, a la luz de los acontecimientos en el Medio Oriente, la supuesta amenaza nuclear iraní ha pasado a un segundo plano en las preocupaciones de Tel Aviv. Sin embargo, en algunos círculos israelíes hay temor de que Netanyahu cometa un error de cálculo con Teherán. Meir Dagan, hasta enero pasado el director de la agencia de espionaje Mossad, recientemente criticó a los actuales dirigentes políticos de Israel y alertó que podrían atreverse a lanzar un ataque contra Irán, una aventura política que Dagan calificó de sumamente peligrosa.

Ahora parece que la *primavera árabe* y el inicio de un acuerdo entre los palestinos se ha convertido en el mayor desafío para Tel Aviv. Desde luego que los palestinos tendrán que dar pruebas fehacientes de una nueva actitud hacia Israel. Entonces Obama tendrá la oportunidad de contribuir a una solución duradera del conflicto

La relación entre Obama y Netanyahu nunca ha sido buena. Obama se siente incómodo y no debe sorprendernos. *Bibi* es un tipo complicado, inteligente, presuntuoso y manipulador. Conoce bien a los estadounidenses (de adolescente vivió unos años cerca de Filadelfia) y al poderoso *lobby* judío en ese país. Maneja bien el apoyo (casi) irrestricto que Estados Unidos ha venido otorgando a Israel.

Obama, en cambio, reflexiona más y no está dispuesto a aceptar ciertos planteamientos del actual gobierno israelí. Le cuesta entablar un diálogo constructivo con Netanyahu y matiza su apoyo a Tel Aviv.

En gran parte Israel debe su existencia a la ONU, organización que hoy considera dominada por sus enemigos. La ONU aceptó la partición de Palestina en 1947 y un año después aprobó el ingreso de Israel. Curiosamente quizás sea la propia ONU la que ahora, por fin, reconozca la parte olvidada de aquella partición y apoye el establecimiento de un Estado palestino. *Bibi* no la tiene fácil.

Pugwash en Berlín

14 de julio de 2011

A principios de este mes estuve en Berlín para asistir a la conferencia anual del movimiento Pugwash, fundado a raíz del manifiesto en contra de las armas nucleares que en 1955 suscribieron Albert Einstein y Bertrand Russell. En Berlín vivió Einstein hasta que, con la llegada de Hitler, huyó a Estados Unidos; en Berlín, durante la Segunda Guerra Mundial, se decidió hacer el primer intento por fabricar una bomba atómica, y en Berlín terminó la fase europea de esa contienda.

Esta conferencia de Pugwash fue la más concurrida de los últimos años. Participaron más de 350 representantes provenientes de 43 países. Una décima parte de ellos eran jóvenes que inician su vida profesional. Los demás éramos ya mayorcitos.

La conferencia me sirvió para confirmar una impresión que he venido madurando sobre Alemania, los alemanes y su papel en el la historia del siglo XX. Me explico.

De adolescente le tuve cierta alergia a todo lo alemán. Hacia 1960 conocí a unos estudiantes de Hamburgo y se me hicieron bastante normales, salvo el nombre de uno de ellos (Adolf). Lo habían bautizado así en plena guerra.

Con los años fue desapareciendo esa antipatía. Hace casi 40 años que vengo visitando Alemania con distintas cachuchas: turista, enviado diplomático y participante en reuniones de desarme, estas últimas en su mayoría en la desaparecida República Democrática Alemana. Con el tiempo fui entendiendo cosas que sólo el tiempo nos puede esclarecer. Son cambios generacionales y me fui dando cuenta de que no podía exigirles a esos estudiantes de Hamburgo una explicación de los pecados de sus padres.

Mi impresión hoy de Alemania es la de una sociedad sumamente responsable e interesada en la solución de los grandes problemas que aquejan al mundo. Piensan en la pobreza, el hambre, la violencia de todo tipo, el medio ambiente y el desarme. Por supuesto que mis interlocutores alemanes en la conferencia fueron personas más interesadas en esas cuestiones que el resto de la población.

Lo cierto es que estuve muy a gusto en Berlín y como en otras visitas a Alemania no dejé de sorprenderme lo mucho que ha logrado ese país. Tras su reunificación en 1990, los alemanes se mostraron muy dispuestos a ayudar a los habitantes de la parte oriental a lograr los niveles de vida de la parte occidental. Esa solidaridad se convirtió en un impuesto temporal (*Solidaritätszuschlag*). Hasta la fecha el gobierno federal lo sigue cobrando y equivale a agregar más de 5 por ciento a los impuestos que los alemanes pagan sobre todo tipo de ingresos.

Hoy esa actitud solidaria de los alemanes se ha visto confirmada (no sin cierta resistencia) a escala europea, sobre todo en el caso de Grecia.

Durante la semana que duró la reunión tuve ocasión de platicar con muchos alemanes, casi todos ellos vinculados a Pugwash, empezando por los miembros de la federación de científicos alemanes (VDW, por sus siglas en alemán). La VDW tuvo su origen en un manifiesto suscrito en 1957 por un grupo de científicos, incluyendo los premios Nobel Werner Heisenberg, Otto Hahn y Max Born. Siguiendo el ejemplo de Einstein y Russell, el grupo se declaró en contra del desarrollo de las armas nucleares en general y en particular de la presencia en territorio alemán de armas nucleares estadounidenses. Curiosamente, algunos de ellos habían colaborado en el proyecto atómico de Hitler. Y hoy Alemania y algunos otros países miem-

bros de la OTAN siguen debatiendo la permanencia de armas nucleares tácticas (de corto alcance) en su territorio.

Los científicos y delegados alemanes con los que platiqué están comprometidos con un mundo libre de armas nucleares y una Alemania pacífica y pacifista anclada en la Unión Europea. Pero sienten también algo que el ministro de Relaciones Exteriores, Guido Westerwelle, esbozó en su discurso de apertura de la conferencia: debe buscarse la manera de darle a Alemania su lugar en el mundo.

Ese reclamo se traduce desde hace décadas en su petición de un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Y basan su solicitud en su poderío económico. Argumentan que la composición del Consejo de Seguridad, con sus cinco miembros permanentes (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia), ya no refleja las realidades internacionales y que, por tanto, deberían agregarse más lugares permanentes.

Resulta obvio que el peso de Alemania en el escenario mundial y europeo no está reflejado en las estructuras de poder en los organismos internacionales. Piensen en el Fondo Monetario Internacional. Desde su fundación, en 1946, ha estado dirigido apenas cuatro años por un ciudadano alemán. En cambio, cuando Christine Lagarde termine su actual mandato, nacionales de Francia lo habrán encabezado durante 40 años.

Muchas personas mayores en Alemania no entienden por qué sus dos principales socios europeos (Francia y Reino Unido) siguen siendo miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Quítenles a esos dos países sus armas nucleares –argumentan– y ocuparían un lugar inferior al de Alemania en el concierto de naciones. De ahí que insistan en un reconocimiento internacional a ese pueblo que tanto ha logrado desde 1945.

Entre los jóvenes alemanes participantes en la conferencia Pugwash detecté una actitud muy saludable hacia la consecución del desarme nuclear y la solución justa de los problemas regionales más complicados (Medio Oriente y Asia meridional). No suelen compartir las quejas de sus mayores sobre un reconocimiento de su poderío económico. Muchos piensan que Alemania debe mantener su bajo perfil militar y contribuir a la construcción de una Europa económicamente sólida y socialmente solidaria.

Esos jóvenes apoyaron la posición que asumió el gobierno alemán en el caso de Libia. No sienten una gran simpatía por la OTAN y mucho menos por la actitud militarista de París y Londres. Son los hijos de la generación de alemanes de Hamburgo que conocí hace medio siglo. Me dio gusto escucharlos.

Sudando la independencia

11 de agosto de 2011

¿Qué hace que “un pueblo” quiera ser independiente, cómo lo logra y para qué sirve? Son preguntas a las que Woodrow Wilson, uno de los principales impulsores de la libre determinación de los pueblos en el siglo XX, no respondió cabalmente. En 1918 el presidente de Estados Unidos tenía en mente a los países que surgieron tras la atomización del imperio austrohúngaro y también a los que estaban cayendo bajo la órbita soviética.

Wilson pensaba en un reacomodo de fronteras en Europa más que en las colonias de países europeos en otros continentes. Estos últimos accederían a su independencia durante la segunda mitad del siglo XX: muchos de África, no pocos de Asia y algunos de Latinoamérica y el Caribe. Pero hay algunos pueblos que aún no consiguen su independencia y en algunos países independientes hay movimientos separatistas de cierta importancia.

El pasado 9 de julio Sudán, que se independizó en 1956, perdió casi un tercio de su territorio. Hasta entonces, con sus 2.5 millones de kilómetros cuadrados, había sido el país de mayor extensión territorial en África. Ahora es medalla de bronce en ese rubro, después de Argelia y la República Democrática del Congo. Jartum permitió la separación de su región sureña, que ahora se llama Sudán del Sur.

En teoría Sudán aceptó su desmembramiento en aras del principio del derecho de los pueblos a la libre determinación. En la práctica Jartum tuvo que ceder durante las negociaciones con los rebeldes en un proceso que culminó en los acuerdos de 2005 y que ahora llevaron a la independencia de la parte sur del país. La presión de los países occidentales fue decisiva y el presidente al-Bashir, que estaba contra las cuerdas por las acusaciones de genocidio en Darfur (la región occidental de Sudán), tuvo que ceder.

Ha nacido un nuevo Estado, Sudán del Sur, pero no le fue nada fácil obtener su independencia. Desde 1955 sus habitantes venían librando una guerra para separarse de Jartum. Ese conflicto duró, con algunos años de tregua, casi medio siglo y cobró la vida de casi dos millones de personas.

El Estado-nación se remonta (más o menos) a mediados del siglo XVII y desde entonces ha sido un factor determinante en la organización política de los pueblos. Querámoslo o no, pero así es, y hoy las Naciones Unidas (ONU) son por antonomasia el foro que agrupa a los estados-naciones. Cuando la ONU admite a un nuevo miembro está reconociendo su existencia como Estado-nación. El proceso de admisión consiste en dos pasos: el Consejo de Seguridad debe recomendar una admisión y luego la Asamblea General la tiene que endosar. En otras palabras, cualquier miembro permanente puede vetar la admisión de un nuevo Estado.

No cabe duda que entre los éxitos de la ONU el relativo al proceso de descolonización ocupa un lugar privilegiado. Desde su fundación fue una de las cuatro metas que se fijó la organización. Las otras son la seguridad internacional y el desarme, el desarrollo económico y los derechos humanos.

Muchos de los estados que han accedido a la independencia en los últimos 60 años han resultado poco viables. África quizás sea el continente que más ejemplos nos ofrece de cuán frágil y violenta puede ser la vida de un país independiente. Piensen en Somalia, en el ex Congo belga, en Rwanda donde en 1994 se masacró a casi un millón de seres y en otros casos parecidos de lo que ahora suele llamarse un Estado fallido. La pobreza, la falta de educación básica, la ausencia de infraestructura, la voracidad de algunas empresas trasnacionales y sobre

todo las diferencias étnicas y/o tribales han sido algunas de las causas principales del panorama lamentable que presentan muchos países africanos. Sus fronteras siguieron en gran medida las trazadas por las potencias coloniales hace un siglo y sirvieron en parte para exacerbar tensiones internas.

Entre los 51 estados originarios de la ONU en 1945 hubo sólo cuatro de África: Egipto, Etiopía, Liberia y Sudáfrica, que eran los únicos países independientes de ese continente. Ahora, con la llegada de Sudán del Sur, son 54 los miembros africanos de la ONU, en su gran mayoría ex colonias británicas y/o francesas. Únicamente falta la República Árabe Saharaui (antigua colonia española del Sáhara occidental) por ingresar a la ONU, aunque ya ha sido reconocida por la Unión Africana.

Frente a la sede de la ONU en Nueva York ondean las banderas de sus ahora 193 países miembros. El mensaje parece claro: si está mi bandera es que existo como Estado-nación. Pero esa independencia a veces resulta dudosa, por muy difícil que haya sido el camino para lograrla.

El próximo mes es probable que la ONU tenga que decidir si reconoce o no la existencia de otro Estado. Se trata de Palestina. Aquí no puede haber dudas acerca de cómo proceder. En noviembre de 1947 la ONU aceptó la partición de Palestina en dos estados: uno árabe y otro judío. Se pensó que sólo mediante una partición sería posible dar cabida a las aspiraciones nacionales de cada parte y concederles a los dos pueblos su lugar como estados independientes dentro de la ONU.

Jerusalén se convertiría en un cuerpo separado y habría una unión económica entre ambas partes. Se trazó un mapa que resultó ser un verdadero rompecabezas con pedazos de un Estado envueltos por el otro.

Al año siguiente la ONU admitió al Estado de Israel y 63 años después el caso de los palestinos árabes sigue sin solución. El reconocimiento de Israel por la ONU en 1948 es una cara de una misma moneda. Ahora le corresponde a la ONU aceptar la otra cara.

No puede aducirse el argumento de que la aceptación de un Estado palestino complicaría el proceso de paz que viene arrastrándose durante cuatro décadas. Ese proceso continuará de cualquier forma, pero ¿qué tiene de malo darle a los palestinos lo que los israelíes consiguieron de la propia ONU en 1948?

Década de guerras fallidas

8 de septiembre de 2011

En tres días se cumplirá el décimo aniversario de los horribles ataques terroristas a Estados Unidos. Recuerdo bien lo que estaba haciendo en ese momento. Había llegado temprano a mi oficina para desempapelar mi escritorio. Prendí el televisor para ver un noticiero que a los pocos minutos estaba anunciando que un avión había chocado contra una de las Torres Gemelas del World Trade Center, en el sur de Manhattan.

Era poco antes de las 8:00 am y la cámara estaba enfocada al rascacielos que se había convertido en una chimenea. El humo escondía las llamas. De pronto se acercó otro avión para incrustarse en la otra torre. Todo fue en vivo y en directo. Seguiría el ataque de otro vuelo comercial al Pentágono en Washington, y un cuarto avión que se estrelló en Pennsylvania. Cuatro pilotos suicidas habían causado la muerte de lo que luego supimos fueron 2 mil 977 personas.

Es difícil saber cómo reaccionará un dirigente político ante un acto semejante. El próximo 7 de diciembre se cumplirán 70 años del ataque sorpresa a Pearl Harbor. Las bajas militares fueron 2 mil 402 muertos y mil 282 heridos.

De inmediato el presidente Franklin Delano Roosevelt declaró la guerra a Japón y dijo que ese 7 de diciembre de 1941 sería un día que perviviría en la infamia. Estados Unidos se lanzó a la ofensiva y en menos de cuatro años había derrotado a Alemania y luego a Japón.

Para Estados Unidos, la Segunda Guerra Mundial trajo una actividad económica y una producción de armamentos sin precedente y daría pie a lo que años más tarde el presidente Eisenhower describiría como el complejo militar-industrial, una red de intereses poderosos (y poco pacifistas) que aún persiste.

En 1941 Roosevelt reaccionó con una serie de medidas de seguridad nacional que incluyeron algunas abiertamente racistas. Mandó a más de 110 mil japoneses a campos de concentración, incluyendo ciudadanos estadounidenses de ascendencia japonesa. Pero sólo internó a 11 mil alemanes.

Para el presidente George W. Bush el 11 de septiembre fue un parteaguas en su joven administración. Su mandato duraría hasta enero de 2009 y estaría marcado por las secuelas de esos ataques. A diferencia de Roosevelt, Bush no tuvo un enemigo identificable. Optó por declararle la guerra al terrorismo.

Hacia cinco años que Washington venía persiguiendo al saudita Osama bin Laden, el dirigente de Al Qaeda. Esta organización había surgido durante la invasión soviética en Afganistán y había ya perpetrado un buen número de atentados terroristas contra instalaciones militares y civiles estadounidenses. En 1993 un camión bomba había dañado el mismo World Trade Center.

¿Cómo llevar a cabo una guerra contra un enemigo tan elusivo como Al Qaeda? El presidente Bush empezó por Afganistán el 7 de octubre de 2001. El objetivo declarado fue desmantelar a la organización terrorista y capturar a Osama bin Laden y, de pasadita, tumbar al régimen de los talibanes e instaurar una democracia viable. De eso hace 10 años y apenas el pasado mayo Estados Unidos asesinó a Bin Laden. Falta derrotar a los talibanes y...

A los pocos días de los ataques me trasladé a Nueva York para asistir al inicio de la sesión anual de la Asamblea General de Naciones Unidas. El ambiente en la calle era increíble. Se respiraba el dolor de los neoyorquinos y muchos no disimulaban un patriotismo un tanto

ramplón. El histerismo colectivo se apoderó de la ciudad. Muchos habitantes oriundos del Medio Oriente y Asia meridional buscaron la manera de pasar inadvertidos. No pocos desaparecieron de la vía pública, mientras que otros decidieron que, si no iban a tirar la toalla, cuando menos la esconderían.

En 2001 Bush echó a andar un proyecto de seguridad nacional que resultaría sumamente exagerado y costoso. Creó la secretaría de protección de la patria. Movilizó al gobierno federal y a los gobiernos estatales y municipales. Y recurrió a empresas privadas de servicios de seguridad.

La llamada *war on terror* (así, terror a secas) ha engendrado una enorme industria en la esfera de seguridad, desarrollo de nuevas armas convencionales, espionaje y contraespionaje. El mundo académico también se ha beneficiado de un auge en estudios sobre el Islam, Medio Oriente, estados fallidos y muchos otros aspectos de la problemática. Se cree que hay más de mil oficinas gubernamentales que se ocupan de estos temas, y unas 2 mil compañías privadas que ofrecen sus servicios en este campo.

La guerra contra el terrorismo dio pie a las aventuras militares de Washington en Afganistán e Irak. Según algunos cálculos esas guerras han costado a Estados Unidos unos 4 billones (millones de millones) de dólares. Pero han tenido otras consecuencias muy caras. Esas guerras han acrecentado las tensiones entre los supuestos aliados de la OTAN. En Estados Unidos se quejan de que hay países europeos que no colaboran lo suficiente (léase efectivos militares y dinero) en esas contiendas. En Europa se quejan del aventurismo militar de la Casa Blanca.

A 10 años de ese 11 de septiembre la relación de Washington con el mundo se ha deteriorado. Con Europa hay tensiones y con el mundo islámico, pese a las buenas intenciones de Obama, las cosas van de mal en peor. La *primavera árabe* ha servido para aquilatar los bonos de Washington en Medio Oriente y los resultados no son positivos. El tema de Palestina tampoco ha servido para mejorar la imagen de Estados Unidos en la región.

En 2001 Bush desató una guerra *in abstracto* contra ciertos individuos de una determinada religión. Con ello detonó una cacería de brujas (muchas imaginadas), detenciones arbitrarias, tortura y otras violaciones de derechos humanos. Alentó también un cambio profundo en la actitud de los estadounidenses hacia los musulmanes, y esto sólo traerá más problemas.

Circo republicano

6 de octubre de 2011

Dentro de un año la campaña presidencial en Estados Unidos estará a punto de terminar. El presidente Barack Obama estará buscando su reelección contra el candidato del Partido Republicano. El nombre de ese candidato aún no se conoce. Por esas fechas en México ya tendremos presidente electo, y hay quienes piensan que desde ahora conocen su identidad, pese a que los principales partidos ni siquiera han seleccionado a sus candidatos.

El circo republicano consiste en una serie de debates entre los distintos aspirantes a la nominación del partido. Esa nominación se obtiene mediante la acumulación de votos en las primarias del partido en distintos estados y culmina en una convención nacional del partido, que en esta ocasión se llevará a cabo a finales de agosto de 2012.

Se han programado una veintena de debates, que empezaron en mayo y terminarán en marzo de 2012. En el primero participaron cinco aspirantes y nueve en el más reciente, el 22 de septiembre. Algunos candidatos, como el ex gobernador de Minnesota Tim Pawlenty, ya se han retirado de la contienda, y otros, como el gobernador de Texas, Rick Perry, apenas han iniciado sus campañas.

El problema con esos debates (aparte de que son muchos) es que los participantes se la pasan pensando lo que deben decir y casi nunca dicen lo que piensan. Aluden a los grandes problemas que aquejan a Estados Unidos, incluyendo el desempleo, la deuda pública, la inmigración ilegal y el déficit comercial. Pero lo hacen con miras a decir cosas que creen que serán del agrado del *Tea Party*. Éste se ha convertido en el juez de lo que debe ser el perfil del candidato republicano.

En teoría el *Tea Party* es un movimiento popular que agrupa a millones de estadounidenses que exigen menos intromisión del gobierno federal en sus vidas y menos impuestos, más mercado libre, una mayor defensa de las libertades individuales, así como un mayor papel de los gobiernos locales y estatales, y un mayor apego a las ideas e ideales de los fundadores del país. El movimiento se ostenta como ajeno a los partidos políticos y no pretende competir para cargos de elección popular.

Empero, en la práctica es una aglomeración de grupos reaccionarios cuya única meta es sacar al negro de la Casa Blanca. Tras la elección de Obama se fue conformando una oposición sistemática al carismático pero inexperto presidente para asegurar su no reelección.

Los presidentes de Estados Unidos siempre han buscado reelegirse y casi todos lo han conseguido. En las últimas décadas tres no lo han logrado: Gerald Ford en 1976, Jimmy Carter en 1980 y el primer George Bush en 1992. Ahora hay muchos republicanos que creen que Obama podría formar parte de ese grupo de presidentes de un solo mandato.

El *Tea Party* ya ha tenido un impacto importante en la vida política de Estados Unidos. El año pasado influyó en las elecciones al Congreso y ahora su peso es evidente en los debates que los republicanos han organizado para ir depurando la lista de aspirantes a la nominación del partido en 2012.

La principal tarea de un aspirante es conseguir los fondos necesarios para crear una organización a escala nacional, pero sobre todo en aquellos estados que pronto tendrán las elecciones primarias. Y los grandes contribuyentes al Partido Republicano aún no han encontrado un candidato que les simpatice del todo.

Como muestra de lo absurdo que pueden resultar esos debates baste recordar la reacción del *Tea Party* a lo declarado por Rick Perry en uno de ellos. Dijo que apoyaba la política de Texas de cubrir el costo de la colegiatura para aquellos estudiantes universitarios, incluyendo a los hijos de mexicanos indocumentados, que han residido en el estado tres años y son egresados de una de sus escuelas preparatorias. La ley también estipula que el estudiante deberá iniciar los trámites para conseguir la ciudadanía estadounidense.

Pues bien, en una encuesta los miembros del *Tea Party* se pronunciaron en un 80 por ciento en contra de lo sostenido por Perry. Aún peor, a los pocos días Mitt Romney puso un anuncio en la televisión en el que criticaba a Perry y mostraba unas declaraciones hechas en noviembre de 2003 por del entonces presidente Vicente Fox agradeciendo al gobernador de Texas haber firmado esa ley.

Perry había empezado bien su campaña y muy pronto encabezó las encuestas. Pero en los debates tuvo varios tropiezos y ahora el *Washington Post* ha publicado una nota en la que asegura que la familia de Perry lleva años yéndose de cacería a uno de sus ranchos, cuyo nombre sigue siendo Niggerhead.

Con el ingreso de Perry a la contienda por la nominación del partido republicano muchos pensaron que el número de aspirantes se iría reduciendo y que sería una lucha entre él y Romney. Sin embargo, Romney tiene problemas con los sectores más conservadores del partido y además tiene la desventaja de ser mormón. De ahí que muchos republicanos le hayan pedido al gobernador Chris Christie, de Nueva Jersey, que se lanzara para presidente. Hace un par de días, Christie dijo que no lo haría.

En estos días Romney aparece encabezando las preferencias entre los republicanos, aunque no ha podido hasta ahora rebasar un 25 por ciento. Empatados en segundo lugar están Perry y el empresario Herman Cain, que se hizo rico vendiendo pizzas. ¿Cuál prefieren?

Hoy por hoy Obama tiene las de perder si uno confía en las encuestas. Más de la mitad del electorado cree que no podrá reelegirse. Pero falta más de un año para las elecciones, y un año es mucho tiempo. Lo único cierto ahora es que los republicanos han organizado un circo entretenido.

Contra el muro

3 de noviembre de 2011

Occupy Wall Street es el lema de un movimiento popular que empezó en Nueva York a mediados de septiembre y que ha ido multiplicándose por Estados Unidos y otros países. Un conocido mío lo calificó de un bostezo del capitalismo y hace poco aproveché una breve estancia en Manhattan para darme una vuelta por Wall Street y observar a los manifestantes en vivo y en directo.

La calle se llama así porque a mediados del siglo XVII los holandeses ahí construyeron un muro de madera para proteger a los habitantes de su recién fundado pueblo que bautizaron Nieuw Amsterdam. Luego los británicos sacaron a los holandeses de la isla de Manhattan y hacia finales del siglo XIX en la zona de Wall Street instalaron su sede muchos bancos, corporaciones y la bolsa de valores. Desde entonces la calle ha sido el símbolo del poder del mundo capitalista.

Wall Street es el corazón del centro financiero de la ciudad más rica del país más poderoso del orbe. Me dio gusto que los manifestantes se hubieran dado cita en ese lugar tan emblemático. Cuando llegué me llevé mi primera decepción. Para mi sorpresa no estaban en Wall Street. Se habían instalado a unas calles al norte en un lugar llamado Zuccotti Park.

Al parecer, fue un grupo canadiense el que lanzó la idea de construir una barricada pacífica (¿otra pared?) y ocupar Wall Street para protestar por la creciente disparidad entre ricos y pobres, la influencia de las grandes corporaciones en la política y la impunidad de que gozan los financieros y banqueros que causaron la debacle en 2008. El pasado 17 de septiembre un grupo de manifestantes se dirigía a su destino cuando la policía les cerró el paso y los desvió. Recalaron en Zuccotti Park, un terreno de unos 3 mil metros cuadrados.

Ahí se instalaron los manifestantes y ahí han permanecido durante casi dos meses. Hubo intentos para desalojarlos y se ha debatido la legalidad de invadir lo que es un espacio público, aunque sea un terreno privado.

En un principio la ocupación del parque fue un tanto caótica y se presentaron muchos problemas, sobre todo de sanidad. Luego los manifestantes se fueron organizando y ahora cuentan con una infraestructura que incluye una cocina, algunos baños portátiles y regaderas. Tienen prohibido instalar sistemas de sonido y han optado por lo que han llamado un micrófono humano. Las palabras del orador en turno son repetidas por los oyentes. Tienen también una pequeña biblioteca y un centro de comunicaciones.

Mi segunda decepción fue constatar que el número de manifestantes es relativamente pequeño. Se calcula que el primer día fueron alrededor de mil personas y que hoy son unas 500, de las cuales no más de 200 duermen en el parque. ¿Qué pasará cuando arrecie el frío? Uno de los manifestantes dijo que se irían a su casa, pero que regresarían con la primavera.

Quizás el aspecto más interesante del movimiento Occupy Wall Street sea su organización democrática. Han constituido lo que denominan la asamblea general de la ciudad de Nueva York. Se trata de un intento por instaurar una democracia sin gobierno. La asamblea se reúne, establece comités para examinar ciertos asuntos y toma sus decisiones por acuerdo general sin recurrir a un voto.

El verbo ocupar es muy apropiado para describir lo que pretenden los manifestantes. Tiene cierta connotación militar al tiempo que denota el rescate de algo que fue de uno pero que ha perdido. Quizás los manifestantes busquen recuperar un sistema político y social que ha sido

tergiversado por la codicia de unos cuantos malhechores ubicados precisamente en Wall Street.

En un principio los medios de comunicación hicieron caso omiso del movimiento. Por su parte, los manifestantes se dieron a conocer por conducto de las redes sociales. Pronto hubo artículos en los periódicos y los comentaristas más conservadores calificaron a los manifestantes de insidiosos, sucios y socialistas. Algunos llegaron a decir que lo que buscan es quitarnos nuestro dinero.

Desde luego que hay de todo entre los manifestantes. Pero por lo general se trata de gente que ni está desempleada ni es pobre. Son mayoritariamente jóvenes de clase media que quieren declarar de manera pública y pacífica su inconformidad con lo que está ocurriendo en su país. En eso se asemejan a los egipcios que llenaron la plaza Tahrir en El Cairo. No tienen una agenda precisa con demandas concretas.

Pocos observadores quisieron aceptar que el mensaje principal de los manifestantes es de personas que han perdido la esperanza. Su cuita no es con el capitalismo, sino con sus abusos y corrupción. Les duele que siendo 99 por ciento de la población, como ellos mismos se anuncian, dispongan de tan pocas oportunidades para avanzar en la vida. En efecto, la actual generación de jóvenes quizás sea la primera en Estados Unidos cuyo nivel de vida resulte inferior al de sus padres.

Durante más de un siglo Estados Unidos ha estado a la vanguardia del desarrollo económico, social y cultural del mundo. No ha sido el origen de todas las ideas, pero las que fueron importadas encontraron su máxima expresión en ese país. En el renglón económico se convirtió en el pionero de las manufacturas, de automóviles a computadoras pasando por los electrodomésticos. Impuso la moda en el vestido y en la música popular, en el cine y la arquitectura. Si uno quería ver el futuro tenía que viajar a Estados Unidos en general y a Nueva York en particular.

Estados Unidos sigue manufacturando cosas, pero mucha de su riqueza la genera una bolsa de valores en la que se compran y venden acciones y se especula con el dinero de otros en cosas inexistentes o cuando menos poco tangibles. Ha llevado al capitalismo al mundo de las apuestas en cosas que no son cosas.

Plastilina

1° de diciembre de 2011

El pasado 29 de noviembre fue el Día Internacional de la Solidaridad con el Pueblo Palestino. Esa fecha fue establecida por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1977 para reflexionar sobre la suerte de los palestinos y promover una paz justa y duradera en Oriente Medio. La clave de esa paz, según la ONU, es una solución justa del problema de Palestina, mediante la realización de los derechos inalienables del pueblo palestino, incluyendo su independencia.

El 29 de noviembre coincide con el aniversario de la resolución de la Asamblea General de la ONU que en 1947 aprobó la partición de Palestina. Por lo tanto, hace casi 64 años que los palestinos están condenados a vivir en la cuneta de la historia. La tierra que habitaban fue dividida y una parte se convirtió en el Estado de Israel. Muchos se vieron obligados a refugiarse en los países vecinos y unos pocos se quedaron en lo que se autodenominó el Estado judío.

Lo que les ha ocurrido a los palestinos tiene múltiples causas. Han sido víctimas de las secuelas del colonialismo europeo, de las actitudes de las naciones árabes vecinas y de las políticas de sucesivos gobiernos israelíes. Pero, por si fuera poco, los palestinos también han sido víctimas de la corrupción y la falta de visión de sus propios dirigentes.

El Reino Unido se retiró de Palestina y en 1947 la ONU aprobó su partición en dos estados, uno judío y el otro árabe. Los habitantes de la parte judía, algunos de los cuales habían llegado desde principios del siglo XX y muchos otros eran producto de la diáspora tras la Segunda Guerra Mundial, se apresuraron a constituirse en un Estado, mismo que fue reconocido en 1948 por la propia ONU.

En 1947, las pocas naciones árabes independientes rechazaron la partición y los palestinos siguieron oponiéndose a la presencia de los pobladores judíos como antes se habían resistido a aceptar la administración británica. Ambos lados recurrieron a la guerra y al terrorismo. Los judíos habían sacado a los británicos a bombazos y los árabes pensaron que lograrían sacar a los judíos valiéndose de la misma táctica.

Son dos los factores que han incidido de manera constante y directa en la evolución de la situación del Medio Oriente desde 1947: la religión y la demografía. En un principio Israel tuvo gobiernos con inclinaciones socialistas. Se buscó una sociedad igualitaria en lo que parecía un experimento social europeo en el desierto. Luego, con los embates de los vecinos árabes y la llegada de otros grupos del norte de África y más recientemente de la ex Unión Soviética, aumentó la fuerza política de grupos religiosos, algunos bastante fundamentalistas.

Ante la presencia de un Estado judío, los países aledaños a Israel empezaron a definirse más y más como naciones árabes y algunos incluso como islámicos. La religión adquirió un papel político más destacado. Esto, a su vez, endureció la posición de sucesivos gobiernos israelíes.

La existencia (y permanencia) de Israel tardó en ser reconocida por sus vecinos. Aún hay países (y algunos grupos palestinos) que se resisten. Durante años Tel Aviv rehusó negociar con Yasser Arafat, el dirigente que presidió la Organización para la Liberación de Palestina, la Autoridad Nacional Palestina y el partido político secular Fatah. A la postre lograron un acuerdo y ahora el ciclo se repite con Hamás, el partido político islámico que en la actualidad gobierna la franja de Gaza.

Los palestinos han tenido un fuerte impacto en varios países de la región. En Jordania, por ejemplo, una tercera parte de sus 6 millones de habitantes son de origen palestino, incluyendo a la reina Rania.

La población de Israel ha aumentado 10 veces desde 1948, pasando de 800 mil a casi 8 millones en la actualidad. En un principio la gran mayoría eran judíos nacidos en Europa. Hoy 70 por ciento han nacido en Israel, pero su origen es mayoritariamente no europeo. Además, 20 por ciento de la población israelí es de origen árabe y palestino. Es más, el porcentaje de musulmanes se ha duplicado desde 1948, de 8 a 16 por ciento.

Los cambios demográficos han incidido en la política y muchos temen que la proporción de judíos siga reduciéndose. Por ahora, los israelíes han encontrado una fórmula para seguir prosperando pese a los embates terroristas periódicos. Y es ese *modus vivendi* el que sigue considerando a los palestinos como ciudadanos de segunda dentro de Israel y como el enemigo más allá de sus fronteras.

El hecho fundamental es que hoy los israelíes llevan más de 60 años viviendo en su país y más de 40 viviendo en los territorios ocupados en 1967. Han logrado ir consolidando su país y moldeando a su antojo la vida de los palestinos. No parece interesarles una solución justa y duradera a la cuestión palestina, y mucho menos un Estado palestino independiente. Prefieren que las cosas sigan como están. Y a menudo parece que cuentan con la complicidad de la comunidad internacional.

Falta ver cuál será la evolución política de la *primavera árabe*. En Israel hay quienes no quieren verse rodeados de gobiernos árabes democráticos en los que, al igual que en Israel, los grupos religiosos tengan una presencia significativa en los parlamentos. Tampoco quieren verse obligados a tener que negociar en serio con los palestinos de Cisjordania y la franja de Gaza.

De ahí la alarma que provocaron los palestinos durante buena parte de este año cuando insistieron en que se les reconozca su calidad de Estado independiente. Llevaron su caso a la ONU, pero se toparon con la resistencia del Consejo de Seguridad. Luego acudieron a la Unesco y tuvieron éxito. Pero el problema de fondo persiste.

A ver cuánto más tardarán los palestinos en poner orden a su vida política y a ver hasta cuándo la comunidad internacional tolerará que Israel siga jugando con plastilina.

Ahora ellas

29 de diciembre de 2011

Quizás lo más positivo del año que concluye haya sido la llamada primavera árabe. Con el tiempo, 2011 podría encontrar su lugar entre aquellos pocos años que marcaron un importante cambio en el curso de la historia. El más reciente fue 1989, con la caída del muro de Berlín.

Poco mencionado en los recuentos de los acontecimientos más relevantes de 2011 fue un hecho que apunta hacia un futuro más promisorio. Se trata del Premio Nobel de la Paz.

A diferencia de los demás premios Nobel (que los elige el parlamento sueco), el de la paz lo designa un comité del parlamento noruego. Es obvio que el premio es de los más prestigiados en el mundo, pero es obvio también que a veces se ha concedido a individuos que quizás no hayan estado a la altura. Piensen en Henry Kissinger en 1973. En algunos casos ha servido para enviar un mensaje político. Recuerden a James Carter, en 2002, y Barack Obama, en 2009.

Desde que se instituyó en 1901, el Premio Nobel de la Paz ha sido otorgado en 92 ocasiones, a un total de 23 organizaciones y 99 individuos. De estos últimos, tan sólo 15 han sido mujeres. De ahí lo trascendente de lo ocurrido este año.

Con miras a enviar un mensaje al mundo, los parlamentarios noruegos identificaron a tres mujeres que se han distinguido por su lucha no violenta en pro de la seguridad de las mujeres y los derechos de éstas para su plena participación en la tarea de consolidar la paz: Ellen Johnson Sirleaf (presidenta de Liberia), Leymah Gbowee (activista liberiana) y Tawakkol Karman (periodista y activista yemenita).

No es menester hacer un recuento de las muchas mujeres que han destacado en la ciencia, las artes, la industria, el comercio y la política. Empero, casi todas han tenido que superar una resistencia social que, en ciertos casos, ha sido feroz. Desde luego que, en las décadas recientes, las mujeres han ido superando en muchos países el denigrante papel que las sociedades machistas les habían asignado, un papel que se resume en la frase en la cocina con el gato.

Sin embargo, se han buscado caminos que quizás no logren su cometido. Se pretende otorgarles un trato igual, ofreciendo oportunidades en la educación y las distintas profesiones que hayan escogido. Pero aquí uno se tropieza con lo que podríamos calificar como un defecto de origen: a final de cuentas el éxito que pueda o no tener una mujer dependerá de la buena voluntad de una sociedad dominada por los hombres.

Por lo tanto, no se trata de ir ofreciéndoles oportunidades, de abrirles un huequito aquí o allá, para que puedan realizarse como personas y profesionistas. Se trata de reconocer que las mujeres compiten con los hombres partiendo de una posición desventajosa. Operan en un mundo definido por las concesiones que los hombres les han brindado. Y ahí está el problema.

Ello explica la actitud que muchas mujeres parecen haber adoptado para triunfar en un mundo dominado por los hombres. ¿Quién no ha visto a una empresaria o política exitosa asumir posturas y formas de trabajo que normalmente asociamos con los hombres? ¿Por qué se referían a Margaret Thatcher como *la dama de hierro*?

No cabe duda de que la comunidad internacional ha venido promoviendo el papel de la mujer en todos sus aspectos. Muchas organizaciones multilaterales y regionales han tomado medidas para fortalecer el papel de las mujeres en el desarrollo socioeconómico y la consecución de la paz. Las Naciones Unidas han creado un sinnúmero de instituciones y programas enca-

minados a proteger los derechos de las mujeres y las niñas, a fomentar su educación y salud y a asegurar su presencia en los altos puestos de los gobiernos. Todo ello en aras de lo que se llama equidad de género.

En 2000, el propio Consejo de Seguridad de la ONU se pronunció sobre la mujer, la paz y la seguridad. En su resolución 1325 del 31 de octubre de ese año, el consejo destacó el importante papel que desempeñan las mujeres en la prevención y solución de los conflictos y en la consolidación de la paz. Agregó que las mujeres deben participar en pie de igualdad en los procesos de paz y debe aumentarse su presencia en los mecanismos de toma de decisiones en dichos procesos.

En 2011, el comité del Premio Nobel de la Paz fue aún más lejos al señalar que no se puede conseguir la democracia y una paz duradera a menos que las mujeres obtengan las mismas oportunidades que los hombres para influir en el desarrollo a todos los niveles de la sociedad. El reto para todos, tanto hombres como mujeres, es cómo lograr esa contribución de las mujeres, que califican de indispensable, para asegurar el desarrollo cabal de la humanidad.

Ciertamente no habremos de avanzar si seguimos por el camino de tratar de conseguir una equidad de género. Ello se traduce en un sistema de cuotas, muchas de ellas simbólicas, que no atacan la raíz del problema. Y el problema suele ser la presencia (y papel dominante) de los hombres en casi todas las actividades humanas, empezando por la política y la economía.

En todos los países impera una cultura macho céntrica. Noruega y los países nórdicos quizás sean los que más se han ido acercando a la meta de equidad de género. Lo han hecho con educación, programas sociales y un sistema de cuotas.

No cabe duda de que en países en los que impera la violencia y la injusticia, como en Liberia y Yemen (y México), las mujeres se desempeñan con mayor decencia y comprensión. En la primavera árabe las mujeres han jugado un papel importante. Los hombres debemos hacernos a un lado y dejar que las mujeres se encarguen. Nadie podría pensar que lo harán peor que los hombres.

Cuota de pendejadas

26 de enero de 2012

Hace unos días un amigo me dijo que muchas de las declaraciones de los políticos en este y otros países se debían a que estamos en época electoral. Ello explica –me comentó– la amenaza del presidente francés Nicolas Sarkozy de retirar sus tropas de Afganistán tras el asesinato de cuatro soldados franceses por un militar y supuesto aliado afgano.

La plática con mi amigo derivó hacia lo que calificamos de expresiones absurdas de la democracia. En efecto, pareciera que el ejercicio democrático (léase elecciones periódicas) está degenerando en una serie de situaciones que poco tienen que ver con lo que inquieta a la población. Los gobernantes (y los aspirantes a serlo) operan de espaldas a los gobernados. Y todo indica que esa tendencia va en aumento.

En efecto, el espectáculo que ofrecen en estos días los aspirantes a un cargo de elección popular en México, Estados Unidos, Francia y Rusia no puede sino seguir enajenando a un electorado ya muy harto de la mediocridad de sus dirigentes políticos. Las encuestas en Estados Unidos le dan a su Congreso las peores calificaciones. Lo mismo ocurre en México.

En nuestro país se ha llegado inclusive a debatir si debe o no haber debates. En las semanas recientes los que buscan la candidatura del PAN a la Presidencia se vieron envueltos en una discusión sobre la legalidad de los debates en radio y televisión. Dudaban de cuándo y cómo pueden participar en los debates. Esa discusión resultó un tanto absurda.

Pero no pocos comentaristas calificaron dichos debates como un elemento fundamental para la vida democrática de nuestro país. Se nos dijo que son un ingrediente indispensable para permitir al electorado conocer mejor a los aspirantes a la Presidencia. ¿Algunos tuvieron ocasión de apreciar el triste espectáculo que en Estados Unidos ofrecieron los candidatos republicanos en sus numerosos debates?

Hace poco le preguntaron a Vladimir Putin si estaría dispuesto a participar en unos debates con sus contrincantes a la presidencia de Rusia. Respondió que su apretada agenda no se lo permitiría y que si querían conocer su programa de gobierno su portavoz se encargaría de difundirlo. Putin tiene razón de dudar de la conveniencia de unos debates. La oposición, por conducto de algunos de los candidatos, podría plantearle directamente y por televisión algunas de las quejas que dieron pie a las manifestaciones multitudinarias en Rusia y que el propio Putin ha menospreciado.

He ahí un ejemplo más de la brecha entre el pequeño mundo de los políticos y la población en general. Periódicamente los políticos se vuelven para ver al electorado y pedirles el voto a fin de conseguir un cargo o perpetuarse en el mismo. Y en esa época electoral inundan los medios de comunicación con propaganda y también participan en debates públicos. Éstos sirven muy poco para aclarar propuestas de solución a los problemas que aquejan a la población. En efecto, la clase política parece haber secuestrado el proceso democrático. Su actitud parece resumirse en una frase: me interesa tu voto, mas no tu opinión.

En los debates se pierde el sentido de lo que constituye gobernar. En Estados Unidos los innumerables debates entre los aspirantes presidenciales del Partido Republicano se han limitado a ver quién es el más conservador y así quedar bien con los militantes del *Tea Party*. Poco les interesa el rumbo del país en general. Se la pasan repitiendo frases hechas y banales.

La semana pasada en Carolina del Sur las primarias de los republicanos pusieron en un brete a muchos evangélicos. Tuvieron que decidir, entre otras cosas, si querían sacar al actual in-

quilino de la Casa Blanca para meter ahí a un mormón o un católico dos veces divorciado. Optaron por este último.

¿Para qué queremos debates públicos entre los candidatos? Desde luego que pueden tener un impacto importante en los resultados de los comicios. Se dice que Richard Nixon perdió la elección presidencial de 1960 porque salió muy mal parado frente al fotogénico John F. Kennedy en lo que fue el primer debate que se transmitió por televisión. Veinte años después Ronald Reagan ganó el debate con Jimmy Carter y luego ganó las elecciones.

Sin embargo, por lo general, los debates sirven de muy poco. No ilustran a la población y rara vez sirven para definir posiciones y presentar propuestas novedosas. Es obvio que una persona de mente ágil y fácil palabra puede meter más de un gol en los debates. Pero ¿estamos buscando a un buen orador? Barack Obama ha demostrado que un buen orador no es necesariamente un buen gobernante.

Los debates entre candidatos presidenciales quizás fueran aceptables si las autoridades encargadas de supervisar el proceso electoral fijaran lo que podría llamarse una cuota de pendejadas a los aspirantes. Consistiría en designar un jurado encargado de seguir de cerca las declaraciones públicas de los candidatos y llevar una cuenta del número de tonterías que esperan. Cuando agoten esa cuota tendrían que guardar silencio y si no lo hicieren tendrían que abandonar la contienda electoral. Quedarían inhabilitados para ocupar cargos públicos.

En México se transmite un anuncio que señala que la democracia es una tarea que compete a todos y todos deben ejercerla. Los políticos aquí y en otros países no parecen compartir esa idea. Al ciudadano común se le pide que participe acudiendo a las urnas, pero lo hace para darle un cargo de elección popular a una persona que ni caso le hace.

Y, ¿qué de los asuntos de actualidad que afectan a buena parte de la población? Los candidatos no se atreven a manifestarse sobre ellos. ¿Alguno de los aspirantes a la Presidencia de México se pronunció de manera inequívoca antes del fallo el pasado martes de la Comisión Federal de Competencia sobre la fusión monopolista entre Televisa y Iusacell?

Son raros los políticos que ofrecen apoyar los intereses verdaderos de las sociedades que supuestamente quieren gobernar.

Transición española

23 de febrero de 2012

España está en apuros. Los avances socioeconómicos de las últimas décadas están en peligro. En pocos años tras la muerte de Franco, España transitó a la democracia, ingresó a la OTAN y, con la ayuda de la Unión Europea, se convirtió en un país europeo. Hoy ya no lo es, a menos que el paradigma europeo sea Grecia.

Quienes visitan con cierta frecuencia España han detectado un malestar social sobre todo entre los jóvenes cuyo futuro profesional está en duda. Entre los que fueron testigos de la euforia de que ahora sí la hicimos no deja de colarse un sentimiento de *Schadenfreude*, como dice la canción, me alegro que ahora sufras. ¿Qué les pasó a estos creyentes en el milagro español?

La actual crisis económica y financiera aún no ha tocado fondo. La tasa de desempleo sigue aumentando y las medidas de austeridad del nuevo gobierno encabezado por el Partido Popular no tienen nada de populares. El paro, como le dicen en España, afecta a uno de cuatro de la población económicamente activa. Es un nivel semejante al de Estados Unidos en 1933, el peor momento de la Gran Depresión.

Pero las tristes cuentas del erario no son nada comparadas con las cuentas pendientes del franquismo. Muchos de esos creyentes en el milagro económico son los mismos que pensaron que se podría pasar del franquismo a la democracia a base de una fuerte dosis de amnesia. En el olvido estuvo el pecado. La Ley de Amnistía de 1977 fue pactada entre los herederos de Franco que estaban en el poder y los opositores del régimen que aspiraban a compartir ese mismo poder. Fue un acuerdo entre las elites políticas. Jamás se consultó a la población.

Los españoles son los primeros en rehusarse a olvidar y la secuela de historias de horror del franquismo han sido descubiertas por ellos mismos: los recién nacidos robados a sus madres biológicas para ser entregados a parejas simpatizantes del régimen, fosas comunes, desapariciones forzadas y asesinatos que han permanecido en el anonimato. Observadores extranjeros también han incursionado en la historia turbia del franquismo. El periodista británico Giles Tremlett los ha descrito como los fantasmas de España y la BBC ha abordado el tema en varios programas. Y en Argentina el abogado Carlos Slepoy busca enjuiciar a los responsables de lo que él describe como el genocidio de Franco.

Entre tanto, en España se enjuicia al juez Baltasar Garzón con el fin de silenciarlo. Su pecado ha sido apoyar los esfuerzos de aquellos familiares de las víctimas del franquismo. Se pretende utilizar al Poder Judicial para neutralizar a una persona que incomoda a algunos políticos.

La transición española –y hay españoles que suelen escribirla con mayúscula, olvidándose de que hubo otras transiciones, incluyendo las Cortes de Cádiz, cuyo bicentenario se conmemora este año– es un caso de un esfuerzo truncado. Cuando se transita de un régimen autoritario y represivo hacia otro, más acorde con los objetivos de una democracia representativa, es menester cuidar las formas. No se puede arrastrar ni mucho menos permitir la vigencia de un pasado que estás tratando de dejar atrás. Y España no ha sabido transitar sin romper.

Las izquierdas, y en primer lugar el Partido Comunista, decidieron pactar una especie de olvido o, cuando menos, silencio, con los capitanes de la transición (léase Adolfo Suárez) acerca del pasado a cambio de ser invitados a la mesa de la transición. De ahí una serie de aberraciones. He aquí algunos ejemplos.

La transición permitió la supervivencia del franquismo disimulado o reciclado pero no aceptó críticas al mismo. Ahí está el caso del recién desaparecido Manuel Fraga. ¿Cómo es posible que sucesivos gobiernos democráticos hayan promovido la carrera de Juan Antonio Samaranch, otro paladín del franquismo? Muchos franquistas se apresuraron a cambiar de camisa, maquillando sus currículos y ostentándose como demócratas.

Hasta finales del siglo pasado aún circulaban monedas con la efigie de Franco bajo el lema Caudillo de España por la Gracia de Dios. Ello explica que entre muchos jóvenes de bachillerato hoy se piense que Franco fue un presidente de gobierno como Felipe González o José María Aznar.

Pero hay cosas de la Guerra Civil y del régimen de Franco que no es posible ignorar. De ahí la importancia de lo que se ha hecho en otros países que también transitaron hacia regímenes democráticos. Piensen en la comisión de la verdad sudafricana o los juicios en Argentina.

Con o sin Ley de Amnistía hay capítulos del pasado franquista que merecen conocerse. De ahí la importancia de los esfuerzos de muchas organizaciones e individuos, incluyendo a Baltasar Garzón, por aclarar lo que pasó. Y lo que pasó habrá de saberse.

Hoy es el trigésimo primer aniversario del golpe del teniente coronel Tejero. Fue un intento por descarrilar el proceso de transición que puso en evidencia, entre otras cosas, la actitud titubeante, por no decir equívoca, del rey Juan Carlos I hacia la transición. Ello no debió sorprender a nadie, ya que quizás pueda incluirse al monarca en la lista de niños robados, aunque ya era mayorcito cuando dejó a sus padres para irse con Franco. Poco después hubo una campaña para presentarlo como el salvador de la democracia.

Desde luego que si uno revisa los libros sobre la Guerra Civil encontrará frases como hubo excesos de ambos lados. Sin duda que los hubo. No se trata de esconder lo que ocurrió en el lado republicano. Sencillamente se trata de conocer más sobre lo que ocurrió en España entre 1936 y 1977.

Hace un par de semanas murió el último veterano de la Primera Guerra Mundial. Con ello se cierra un ciclo que nos recuerda que el tiempo acaba con todo. Sin embargo, una sociedad que se respete no puede ni debe dejar que el tiempo le resuelva sus problemas.

Nueve (y 11) años miserables

22 de marzo de 2012

Resulta complicado evaluar lo que ha pasado en este principio de siglo en Afganistán e Irak. Son países con una historia de regímenes autoritarios e intervenciones extranjeras. No existe una varita mágica que pueda transformarlos en democracias de corte occidental.

¿Qué hizo que Estados Unidos y sus aliados occidentales invadieran y ocuparan Afganistán en 2001 e Irak en 2003? Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 explican y hasta justifican el primer caso. Así lo consideró el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En el segundo caso, sin embargo, se recurrió al uso de la fuerza de manera ilegal y en contra del derecho internacional.

Diez años antes Estados Unidos y sus aliados sacaron a Saddam Hussein de Kuwait en una acción bélica rápida y eficaz que fue autorizada por la ONU. Los aliados incluyeron a no pocos países árabes que sufragaron buena parte del costo de la guerra. El presidente George Bush (padre) fue el artífice de ese éxito militar y político. No obstante, algunos neoconservadores estadounidenses lo criticaron por no haber derrocado al régimen de Hussein y ejercer un control sobre su petróleo.

Alentado por esos mismos neoconservadores (léase Cheney y Rumsfeld), en 2003 el presidente George Bush (hijo) se embarcó en una aventura que apenas acaba de terminar. Justificó su invasión de Irak con pruebas (que resultaron espurias) de que Hussein tenía armas de destrucción en masa (químicas y nucleares). Convenció al primer ministro británico y al presidente del gobierno español de que lo acompañaran en esa invasión. Pero otros países europeos, incluyendo a Alemania y Francia, no se dejaron engañar. Como tampoco lo hicieron los países árabes. Ahora el costo recayó principalmente en Washington.

Antes de llegar a la Casa Blanca, Barack Obama su opuso a la invasión de Irak y prometió retirar las fuerzas estadounidenses en un plazo relativamente corto. Como candidato también dijo que reduciría las tropas en Afganistán. Como presidente tardó en salirse de Irak y en Afganistán se engolosinó con la idea de ir más allá de eliminar a Osama Bin Laden, debilitar a Al Qaeda y machucar a los talibanes, al creer que quizás se pudiera promover una transformación social y crear un futuro más promisorio para sus habitantes, sobre todo las mujeres y niñas.

¿Qué nos lleva a pensar que una invasión puede redundar en beneficio de los invadidos? La resistencia al invasor es una característica humana. Desde luego que en Irak la ocupación trajo el fin del régimen de Hussein, acontecimiento que contó con el aplauso de una mayoría, pero las fuerzas de ocupación muy pronto se granjearon el odio de la población. La mayoría chiíta está en el poder, los sunitas ahora se sienten perseguidos y los kurdos quizás sean los que hayan sacado el mayor provecho.

En Afganistán, la ocupación trajo la dispersión de Al Qaeda y la derrota del régimen de los talibanes. Pero para mantenerse en el poder, el presidente Hamid Karzai ha tenido que involucrarse en la bandera, negociar con los talibanes y recurrir a prácticas corruptas. Estados Unidos y sus aliados se han topado con los mismos problemas que antes habían asegurado la derrota y retiro de los británicos y luego de los soviéticos. ¿Por qué no se dieron cuenta las autoridades en Washington de que se estaban embarcando en una misión imposible?

¿Cómo se mide el éxito de una aventura militar? Una vez más los invasores han creado más enemigos que amigos. En Francia y otros países de las fuerzas de ocupación se preguntan por qué los afganos matan a los que los entrenan. No entienden el odio que han generado.

Cuando por fin concluyan las guerras se habrán perdido un cuarto de millón de vidas y creado cerca de 8 millones de refugiados. Estados Unidos habrá gastado unos 3.7 billones de dólares en sus operaciones en Afganistán, Irak y Pakistán. Esta cifra es el resultado de un estudio llevado a cabo por el Instituto Watson de la Universidad Brown y cuatro veces superior a la anunciada por el presidente Obama hace unos meses. Ese análisis concluye que Washington ya ha erogado casi 3 billones e incluye en sus cálculos los gastos médicos de los veteranos durante las próximas décadas.

Los costos de las guerras no terminan con el último disparo. En este caso, Estados Unidos ha pedido prestado casi la totalidad de lo que ha erogado y, por ende, deberá pagar los intereses de esa deuda.

Cuando se repasan las guerras en los cursos de historia se suelen listar las causas de los conflictos. Se pregunta acerca del origen de determinada guerra. Lo que resulta más difícil de saber es cómo terminan las guerras. En el caso de Afganistán e Irak, la respuesta es que acababan mal.

Es cierto que muchas de las empresas privadas que operaron (y siguen operando) en Irak y Afganistán, algunas con vínculos directos con políticos neoconservadores en Estados Unidos, consiguieron contratos lucrativos. Hay también compañías petroleras que han sacado provecho de la guerra en Irak.

Pero en términos generales las aventuras en Afganistán e Irak han sido un fracaso. Hoy dicen las autoridades estadounidenses que ha llegado la hora de salirse de Afganistán, como hace poco fue tiempo de abandonar Irak. En 20 años se dirá que ambas aventuras fueron un error. En 50 años los habitantes de Estados Unidos seguirán teniendo un recordatorio constante de esas guerras: el pago de los gastos incurridos durante las mismas. Quizás ese será el legado permanente de las aventuras iniciadas por el presidente Bush (hijo) hace 11 y nueve años, respectivamente.

Por último, un dato curioso. Desde 2001 la población musulmana estadounidense ha aumentado mucho. Así lo refleja el hecho de que el número de mezquitas ha pasado de mil 209 a 2 mil 106 en la pasada década.

Volver

19 de abril de 2012

En 1967, al término de los cursos de doctorado en historia latinoamericana en la Universidad de Columbia en Nueva York, hice un viaje por carretera por toda América. Con mi amigo Arnold Clayton, invertimos en un Land Rover no tan nuevo y recorrimos el continente durante ocho meses, de Canadá a Tierra del Fuego (y luego hasta Bahía). Visitamos todos los países excepto los caribeños y las Guayanas.

Hace poco volví con mi esposa a Uruguay, Argentina y Chile. Quería que conociera una parte del mundo que me impresionó mucho, sobre todo la majestuosidad de los Andes, las cataratas del Iguazú y el encanto mágico de Tierra del Fuego y la Patagonia.

El común denominador de los tres países es que hubo regímenes militares (en Argentina ya había una versión *light* en 1967) con distintos grados de represión. Guillermo O'Donnell los describiría como estados burocráticos autoritarios.

En los tres la represión ocasionó una diáspora de exiliados. Y en los tres están muy presentes las trágicas consecuencias de esos años de dictadura. En Argentina hay sectores de la población que no han quitado el dedo del renglón, exigiendo justicia para los desaparecidos. En Buenos Aires me impresionó una pintada en la Plaza de Mayo: Prohibido olvidar.

En Chile, en cambio, se optó por una solución a la española. Sucesivos gobiernos de la concertación han sido más cautelosos (¿timoratos?) en cuanto a un ajuste de cuentas con los regímenes opresores. En el barrio de Providencia en Santiago hay una calle que lleva el nombre 11 de Septiembre, fecha del golpe de Pinochet contra el gobierno de Salvador Allende en 1973. Ninguno de los transeúntes a los que les pregunté me supo dar el origen del nombre.

Pues bien, oficialmente, se trata del día en 1541 cuando la ciudad recién fundada por Pedro de Valdivia fue atacada por el mapuche Michimalonco. En ausencia de Valdivia, Inés de Suárez, la primera mujer europea en la región, defendió con éxito la ahora capital de Chile. ¿Por qué no ponerle su nombre a la calle? Porque algún lambiscón quiso complacer al dictador. ¿Por qué no cambiarle el nombre ahora que ya no está el dictador? Porque la concertación es así.

En 1967 mi impresión inicial de Uruguay fue muy positiva. Ahora pienso lo mismo: se trata de un país pequeño poblado por gente tranquila, bien organizada y bastante viejita. Entonces eran poco menos de 3 millones; hoy son alrededor de 3 y medio. Sigue siendo un país de viejitos. La emigración ha sido importante, causada por la represión militar pero también por la falta de oportunidades para los jóvenes.

Uruguay pasó por una época (1972-1985) de dictadura cívico-militar pero ha retomado la senda democrática y vuelve a estar a la vanguardia de los avances sociales en América Latina. Sucesivos gobiernos han introducido leyes relativamente progresistas y ello se ha traducido en un bienestar muy superior al de los demás países de la región. Además, han conseguido logros importantes en el fútbol a escala mundial. La característica principal de los uruguayos parece ser la humildad. Quizás no podría ser de otra manera. Tienen dos vecinos muy grandotes y con muchas ínfulas. La presencia argentina siempre ha sido grande y ahora el país (y toda la región) está lleno de turistas brasileños.

Los argentinos me siguen pareciendo un pueblo lleno de paradojas y contradicciones. Suele decirse que se trata de un país habitado por italianos que hablan español pero se sienten bri-

tánicos. En vísperas del aniversario de la invasión de las islas Malvinas se palpaba un nacionalismo un tanto extraviado. Ahora, se ha cambiado el rumbo con el caso de Repsol.

Hace medio siglo me impresionó la presencia ubicua de Juan Domingo Perón pese a que seguía en el exilio en Madrid. De chamaco en Estados Unidos había visto la foto de Franklin Roosevelt en muchas casas, pero ese culto a la persona no era nada comparado con el peronismo.

El peronismo tiene muchos herederos y hoy, a raíz de las presidencias de los Kirchner (Néstor y ahora Cristina), hay quienes piensan que Argentina atraviesa por una nueva aunque muy distinta etapa peronista. Los Kirchner han seguido una política de corte populista y han reabierto el tema de la *guerra sucia* de los regímenes militares. Al igual que el peronismo del pasado, los Kirchner tienen sus críticos pero también gozan de un fuerte apoyo popular. Fuerza Cristina, Néstor vive, decía un muro en el centro de Buenos Aires.

En Chile el gobierno es de un corte muy distinto. Lo encabeza Sebastián Piñera, un hombre de negocios, que dirige el país como si fuera una empresa. Cuando estuve en Chile en 1967 se hablaba mucho de la posibilidad de que los socialistas llegaran a la presidencia por la vía democrática en las elecciones previstas para 1970. El candidato de Unidad Popular, Salvador Allende, se alistaba para presentarse por cuarta vez a la contienda presidencial y la cuarta resultó ser la vencida. Pero no fue fácil. La coalición de izquierda encabezada por Allende obtuvo una mayoría relativa mas no una mayoría absoluta sobre su rival más cercano, el ex presidente Jorge Alessandri. Al Congreso chileno le correspondió decidir y Allende se impuso por un amplio margen gracias al apoyo de los demócratas cristianos encabezados por Rado-miro Tomic.

Ahora en Chile se debaten las consecuencias de una política económica inspirada en la llamada Escuela de Chicago, política instaurada durante la dictadura de Pinochet. Impresiona el grado de privatización en ese país. Abarca muchos servicios públicos, incluyendo los sanitarios, la electricidad, las telecomunicaciones, el agua, los puertos y, quizás el más controvertido, la educación. Y este es precisamente el renglón que más resistencia ha provocado entre los jóvenes chilenos. Se avecina un cambio importante que, sin proponérselo, quizás esté propiciando la torpeza política del propio Piñera.

None of the above

17 de mayo de 2012

En estos últimos días he tenido ocasión de platicar con algunos amigos franceses, estadounidenses y no pocos compatriotas acerca de las elecciones en nuestros respectivos países. El común denominador ha sido cierto desencanto con el proceso democrático. ¿Cómo traducimos nuestras inquietudes (y quejas) en acciones concretas del estado que habitamos? Los ciudadanos delegamos nuestro poder a los representantes en el Congreso y al jefe de Estado. Pero es obvio que nuestros representantes, nuestros delegados, no cumplen con sus responsabilidades.

Y el hilo conductor de esas conversaciones con mis amigos ha sido qué hacer como ciudadanos ante tal panorama. ¿Por qué participar en un ejercicio supuestamente democrático si sabemos de antemano que nuestro voto no surtirá efecto alguno, que los delegados que elijamos se olvidarán de quienes los eligieron y que muy probablemente actuarán según sus intereses personales y conforme a las directrices que reciban de los partidos que los postularon? Peor aún, ¿por qué tomar parte en unos comicios para elegir entre unos candidatos que no inspiren confianza y mucho menos simpatía?

Cuando oímos a los disidentes en Siria o Bahrein hablar de la necesidad de que el pueblo tenga la palabra en las decisiones políticas, nos provoca una sonrisa un tanto cínica. ¿En Estados Unidos realmente decide el pueblo? En las elecciones presidenciales apenas participa la mitad de los ciudadanos. Su Congreso responde más a los grupos de presión organizados (los llamados *lobbistas*) que al electorado. Esos *lobbistas* representan intereses económicos muy concretos. No sorprende, por tanto, que muchos congresistas salientes se conviertan en portavoces de esos grupos de *lobbistas*.

En Francia hubo 10 aspirantes en la primera vuelta de las elecciones presidenciales celebradas el 22 de abril. Un 26 por ciento de los ciudadanos que participaron en esos comicios dieron su voto a uno de los siete candidatos menores. Luego vino el concurso entre los dos finalistas: el presidente Nicolas Sarkozy y François Hollande (Marine Le Pen quedó en tercer lugar, con un porcentaje sorprendentemente alto). En ambas vueltas la participación rondó en un impresionante 80 por ciento.

En Estados Unidos, en cambio, apenas votó la mitad del electorado. Por tanto, ¿es un país menos democrático que Francia? Seguramente que Alexis de Tocqueville tendría unos comentarios muy pertinentes al respecto.

Mis amigos estadounidenses se mostraron un poco sorprendidos por la falta de resultados en el Congreso mexicano. Argumentaron que la no reelección les da cierta autonomía a los diputados y senadores y que, por consiguiente, podrían actuar de manera más independiente. En Estados Unidos, en cambio, los congresistas piensan más en cómo podrán reelegirse y para ello requieren de dinero para sus campañas. Y aquí los *lobbistas* tienen un papel preponderante.

Sorprenden también a los extranjeros las enormes cantidades que reciben del Estado los partidos políticos en México para sus campañas. Ahí está la intensidad de la propaganda partidista en calles, edificios, carreteras y, sobre todo, en radio y televisión. También les extraña la pobreza de los mensajes del Instituto Federal Electoral. ¿Por qué insiste el IFE en decir que participar en unos comicios es la esencia de la democracia? ¿Por qué insistió en el valor de los debates entre los candidatos? ¿Para qué sirven esos debates?

Según algunos estudiosos de las encuestas en Francia, los debates no han incidido en las preferencias del electorado. Más bien sirvieron para cimentar las preferencias ya declaradas. Así lo demuestran los debates, en 1974, entre Valéry Giscard d'Estaing y François Mitterrand, y entre éste y Jacques Chirac, en 1988. Y así lo demuestra el debate del pasado 2 de mayo. Fue muy acalorado y hasta entretenido, pero no parece haber cambiado muchos votos. En México, en cambio, el debate del pasado 6 de mayo fue acartonado y penoso.

Llegamos a la conclusión de que el problema básico de la democracia en nuestros tres países no tiene mucho que ver con la participación (alta o baja) de los ciudadanos en los comicios presidenciales. Más bien tiene que ver con el perfil de las personas que nos presentan los partidos. Pensemos en Mitt Romney, virtual candidato del Partido Republicano en Estados Unidos. Lleva meses peleándose con una serie de enanos mentales para ver quién refleja mejor el pensamiento neoconservador de su partido. Pues bien, ganó el menos conservador. Pero sus contrincantes le han regateado su endoso. Lo mismo hizo Marine Le Pen al declarar que votaría en blanco en la segunda vuelta.

El menú de candidatos fue mucho más atractivo en Francia. En México el cuarteto que desfila por la radio y la televisión es francamente penoso. Aun en Estados Unidos, ni el presidente Barack Obama ni el ex gobernador Romney levantan mucho entusiasmo. Obama ganó en 2008 con un mensaje esperanzador y ahora trata de religirse con un mensaje de ya verán lo que haré en mi segundo mandato.

También discutimos el papel de los medios de comunicación y su relación con los políticos. Hablamos del caso de Rupert Murdoch en el Reino Unido y de Televisa en México. Es obvio que el mundo cibernético está incidiendo en cómo se hace la política.

¿Qué hacer? Mis amigos franceses optaron por no votar en la segunda vuelta de las presidenciales el pasado 6 de mayo. Mis amigos estadounidenses, que apoyaron a Obama en 2008, ahora prefieren ignorar los comicios del próximo 6 de noviembre. Mis amigos mexicanos optarán por ir a las urnas para anular su voto el primero de julio. Ojalá que el IFE incluya ninguno de los anteriores en la boleta.

La democracia, ciertamente, no nos conducirá al paraíso terrestre, pero el electorado tiene derecho a aspirar a que se produzcan cambios positivos en la vida de los ciudadanos. Desafortunadamente no hay mecanismos que aseguren un control de calidad de los políticos.

Política exterior de Estado

14 de junio de 2012

Poco o nada han dicho los candidatos presidenciales en México acerca de las cuestiones de política exterior. Es comprensible ese silencio. Los temas internacionales no suelen incidir en las preferencias del electorado en México. Lo mismo ocurre en casi todos los demás países.

Curiosamente durante la actual campaña presidencial ha ocurrido algo en materia de política exterior que quizás no tenga precedente en nuestra historia: la aparición en una misma publicación de las posiciones en torno a temas internacionales de los tres principales candidatos. En su número más reciente, *Foreign Affairs Latinoamérica* recoge los ensayos redactados por los encargados de los asuntos internacionales de PAN, PRD y PRI.

La calidad de los ensayos no es pareja y es obvio que fueron redactados a la carrera. Sin embargo, son textos que resultan útiles para contrastar algunas ideas que la revista describe como propuestas para la próxima política exterior de México. Ese título tampoco es muy afortunado.

A veces pareciera que México no tiene una política exterior. Ciertamente México nunca ha tenido una política exterior de Estado. Por política exterior de Estado se entiende un comportamiento internacional acordado entre las distintas fuerzas políticas y con el apoyo de la sociedad civil. En una democracia la existencia de una política exterior de Estado se puede medir en función de la continuidad de dicha política durante administraciones encabezadas por partidos distintos.

En Francia, por ejemplo, hay un consenso nacional acerca del lugar de las armas nucleares en la política militar y exterior del Estado. Todos defienden la existencia y permanencia de la llamada *force de frappe* francesa. En el Reino Unido, en cambio, los partidos políticos difieren bastante en materia nuclear.

En Nueva Zelanda el Partido Laborista decidió hace casi 30 años que buques propulsados por energía nuclear o portadores de armas nucleares no podrían entrar en los puertos y aguas territoriales del país. Esa política es hoy una política de Estado, porque el Partido Conservador apoyó la legislación correspondiente.

En México existe una política de Estado en materia de desarme nuclear. Sorprende, por tanto, que en los trabajos presentados por los tres principales partidos haya apenas una tibia alusión al tema.

En el campo de los derechos humanos también podría decirse que hemos llegado a una política exterior acordada por todos los partidos. Pero aquí existe una brecha entre lo que abogamos en los foros multilaterales y lo que hacemos en casa.

Los ejemplos anteriores nos indican que no se llega a una política exterior de Estado por decreto. Tampoco se antoja posible consensuar una posición de antemano o en abstracto. Debe definirse dentro de un contexto específico.

Así ocurrió con la oposición de México a la proliferación de las armas nucleares. Esa política se definió a raíz del establecimiento de una zona libre de esas armas en América Latina y el Caribe. En otras palabras, se llega a una política exterior de Estado partiendo de una situación concreta, se define una posición general en función de un caso específico.

Lo que se debe intentar en los próximos años es ir afinando un mecanismo para definir una política exterior de Estado en ciertos renglones de interés nacional, empezando por la relación con Estados Unidos en la lucha contra el narcotráfico. Y aquí los candidatos señalaron

en el debate del domingo pasado que están dispuestos a modificar el papel de las fuerzas armadas y cambiar la estrategia en contra de los *cárteles* del narcotráfico. Es obvio que buscan reducir la violencia, y para ello el Poder Ejecutivo tendrá que consultar con el Congreso y la sociedad civil. Desde luego que un cambio de rumbo en este caso incidirá en la relación con Washington.

Cabe señalar que la ausencia de una política exterior de Estado no fue óbice para que México se distinguiera en varios asuntos fundamentales y que hasta finales del siglo pasado gozara de cierto prestigio en los foros internacionales y regionales. Ese reconocimiento se debió en gran parte a una serie de posiciones que fue asumiendo en la Sociedad de Naciones en la década de los años 30 bajo la dirección del presidente Lázaro Cárdenas y de su representante en Ginebra, Isidro Fabela: su defensa de la República Española y su repudio a las aventuras de Mussolini en Etiopía y el Anschluss austriaco de Hitler; las gestiones de sus agentes diplomáticos tras la expropiación del petróleo en 1938; y su labor humanitaria al proteger a los exiliados españoles en la Francia ocupada.

Tras la Segunda Guerra Mundial, México participó activamente en la creación y consolidación de la ONU y, a escala regional, defendió a la OEA ante los embates de Estados Unidos.

Hacia finales de la década de los años 50 México ya figuraba entre los países que mejor interpretaban el verdadero multilateralismo. Empero, sus posiciones en los organismos internacionales, al igual que su política exterior en general, no obedecieron a un plan bien estructurado y mucho menos a un proyecto que pudiera calificarse de política de Estado. Fue más bien el resultado de una serie de intervenciones individuales de sus representantes en los foros internacionales. Ofrezco tres ejemplos:

Primero, las posiciones asumidas por México en el campo de la descolonización, una de las metas fundamentales de la ONU. Ahí se fue forjando un prestigio que se debió sobre todo a la pasión con que Eduardo Espinosa y Prieto defendió en los años 50 las posiciones anticolonialistas. No fue una política elaborada en la cancillería mexicana, y mucho menos en el gabinete presidencial. Sencillamente, un individuo supo plantear, y luego defender con ahínco, un punto de vista moralmente correcto.

Segundo, la ingente labor desarrollada en la década de los años 60 por un grupo de diplomáticos encabezados por Alfonso García Robles para establecer una zona libre de armas nucleares en América Latina y el Caribe. Aquí fue el esfuerzo tesonero de un individuo que en más de una ocasión tuvo que convencer a sus autoridades del valor de la empresa que se había emprendido. El resultado fue el Tratado de Tlatelolco, y el premio Nobel de la Paz para su arquitecto.

Tercero, el papel desempeñado durante varios lustros por los delegados mexicanos en las reuniones que en 1982 culminaron con la conclusión de la Convención de la ONU sobre el Derecho del Mar. Esos esfuerzos fueron guiados por Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa.

Guerra a control remoto

12 de julio de 2012

El presidente Barack Obama busca reelegirse, pero se ha topado con muchos obstáculos. La economía estadounidense no se recupera y el desempleo se ha mantenido a niveles relativamente altos. Ciertamente heredó una situación económica (y financiera) muy mala y ha tenido que hacer frente y ofrecer soluciones a problemas que no causó. Además, ha tenido que idear una estrategia para sacar a sus soldados de Irak y Afganistán, otro legado muy pesado y costoso.

En su afán por resolver esos problemas se rodeó de personas que no fueron las idóneas, ya que algunos de sus consejeros más cercanos formaron parte del grupo que causó los problemas. Pienso en su equipo de economistas.

En el terreno militar sus decisiones ya en la Casa Blanca tampoco estuvieron muy acordes con sus promesas como candidato. Y una vez en la presidencia, sus palabras también han estado reñidas con sus acciones. Cambió los tiempos de la retirada de Irak y aumentó la presencia de tropas en Afganistán. Su discurso en Praga acerca de la eliminación de las armas nucleares no concuerda con su petición al Congreso para aumentar el renglón del presupuesto militar precisamente destinado a mantener y mejorar el arsenal nuclear estadounidense.

De ahí que Obama haya decepcionado a muchos de los que lo apoyaron en la elección de 2008. Su mensaje fresco, claro y esperanzador de entonces atrajo muchos votos, en particular entre los jóvenes. Ahora la lista de quejas incluye el rescate de los bancos e instituciones financieras; sus concesiones al Partido Republicano a fin de lograr su respaldo a la reforma del sistema de salud; su titubeo en materia de medio ambiente; la cárcel en Guantánamo, y varios otros asuntos que han decepcionado a quienes lo eligieron.

Hay otro tema que también es fuente de preocupación. En efecto, en los últimos meses se ha intensificado el debate sobre cómo Estados Unidos está cambiando la manera de conducir la supuesta guerra contra el terrorismo internacional. Al parecer, hacia diciembre de 2008 el presidente saliente George W. Bush le encomendó a su sucesor dos proyectos que estaban desarrollándose y que Obama aceptó y mejoró: el uso de vehículos (aviones) sin tripulación (los llamados *drones*) y la guerra cibernética. Sobre esto último hablaremos en un futuro artículo.

A principios del mes pasado murió Abu Yahya Libi en Pakistán, víctima de un bombardeo llevado a cabo por un *drone*. En otras palabras, fue asesinado a control remoto. Todos hemos visto los avioncitos que se manejan a control remoto y que son un juguete bastante exitoso. Pues bien, el *drone* es un juguetito que ahora lleva a cabo ataques contra los dirigentes de Al Qaeda. Estados Unidos los utilizó en Irak y ahora en Afganistán, Somalia, Yemen y Pakistán. En este último país los ataques han causado víctimas inocentes, complicando así las relaciones con sus dirigentes.

Libi era el número dos de Al Qaeda y su muerte fue festejada en Washington. Pero su muerte confirma que Estados Unidos se ha embarcado en un tipo de actividad militar sumamente peligrosa.

En un principio los *drones* fueron utilizados como un instrumento de reconocimiento de las posiciones del enemigo. Hoy aún se utiliza una pequeña versión con ese fin.

Con el tiempo fueron armados con bombas. Israel fue uno de los pioneros en este campo. Construyó modelos cada vez más grandes y sofisticados. Tras los ataques terroristas del 11

de septiembre de 2001, Estados Unidos hizo lo mismo. Hoy también los posee China, que los exhibió en la feria de aeronáutica en Zhuhai en 2010.

A partir de 2001, Estados Unidos empezó a explorar la manera de atacar a Al Qaeda en las regiones montañosas de Afganistán, a las que no podía enviar tropas terrestres ni tampoco aviones tripulados por personas. Lo que se inició como un modesto intento por la fuerza aérea fue tomado por la CIA y se convirtió en un proyecto importante y secreto. De ahí que no hubo discusiones en el Congreso ni el público en general. De hecho ahora parece que las operaciones militares de los *drones* están a cargo de la CIA y no del Departamento de Defensa.

El debate sobre los *drones* ha cobrado mayor interés tras las revelaciones de que en los casos más importantes es el propio presidente Obama quien decide cuándo y contra quién se utilizan. Las críticas le han llovido.

The New York Times manifestó sus dudas acerca de la legalidad de acciones que matan a individuos, incluyendo a estadounidenses y extranjeros, lejos de un campo de batalla sin saber a ciencia cierta de que se trata de terroristas. ¿Quién supervisa las decisiones del presidente y cómo las justifica? En 2008 Obama se pronunció en contra de la guerra en Irak y condenó el uso de tortura contra los prisioneros capturados tras el 11 de septiembre. Ahora parece preferir eliminar a los sospechosos de pertenecer a Al Qaeda en lugar de encarcelarlos.

Cada semana el presidente Obama recibe una lista de personas que se cree están vinculadas a Al Qaeda. Un equipo de expertos en terrorismo elabora esa lista y el presidente decide a quiénes se debe atacar con *drones* en Somalia y Yemen y en casi todos los casos en Pakistán.

Suele decirse que en la guerra y en el amor todo se vale. No sé si sea cierto en el caso del amor, pero ciertamente no lo es en la guerra. Hace ya unos siglos que se ha venido reglamentando la conducción de la guerra.

Como candidato Obama abogó por el respeto al marco legal en la lucha contra Al Qaeda. No cabe duda de que la guerra contra el terrorismo internacional no se puede catalogar fácilmente dentro de las guerras tipificadas y reglamentadas por el derecho internacional. Pero Obama, presidente y jurista, no debe actuar al margen de la ley.

La Corte Penal Internacional + 10

9 de agosto de 2012

Me resulta difícil creer que ya han pasado 10 años desde que se estableció la Corte Penal Internacional (CPI) y que, a raíz de ese acontecimiento, se truncó mi carrera en el servicio exterior. En efecto el pasado mes se cumplió una década de la entrada en vigor del Estatuto de Roma que creó la CPI. Con ello se hizo realidad uno de los anhelos del siglo XX: quienes lleven a cabo un genocidio o cometan crímenes de lesa humanidad o crímenes de guerra tendrán que responder por sus actos ante un tribunal internacional.

Los orígenes de la CPI se remontan a la violenta historia europea del siglo XIX. Se dice que se habló de la necesidad de establecer un tribunal internacional tras la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Pero fue después de la Primera Guerra Mundial que se empezó a hablar en serio de esa posibilidad.

Los tribunales de Nuremberg y Tokio fueron creados por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial para juzgar a los vencidos. Son el antecedente directo de los tribunales penales internacionales establecidos en 1993 y 1994 por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para los casos de la ex Yugoslavia y Rwanda, respectivamente. Y son el origen también de la CPI.

Con la CPI el Consejo de Seguridad de la ONU cuenta ahora con una única instancia para remitir casos relativos a los crímenes antes mencionados. A partir de 2017 se incluirá también el crimen de agresión. El Consejo de Seguridad ya le ha turnado los casos de Darfur en Sudán y Libia.

Desde luego que la CPI no tiene que esperar a que el Consejo de Seguridad le remita un caso. Puede iniciar un proceso siempre y cuando el supuesto crimen haya ocurrido en el territorio de un Estado parte o que el acusado sea un nacional de un Estado parte. Hoy son más de 120 países los que se han adherido a la CPI. Desafortunadamente algunos miembros permanentes del Consejo de Seguridad no lo han hecho (China, Estados Unidos y Rusia).

La CPI ya ha recibido quejas de supuestos crímenes en más de 130 países y ha iniciado una investigación en varios casos.

Muchos estudiosos del derecho internacional han criticado el estrecho vínculo entre la CPI y el Consejo de Seguridad de la ONU. En particular han señalado la disposición en el Estatuto de Roma que le permite al consejo suspender la aplicación del propio estatuto hasta por un año y renovable.

Fue precisamente una propuesta en el Consejo de Seguridad para invocar esa disposición en julio de 2002 que provocó mi salida del gobierno. En efecto, el Estatuto de Roma entró en vigor el primero de julio de ese año y Estados Unidos buscó la manera de que sus efectivos militares gozaran de inmunidad. Inicialmente propuso al Consejo de Seguridad que el Estatuto no se aplicara a sus nacionales. Era un disparate.

Países miembros de la CPI como Francia y Reino Unido se opusieron en un principio a la propuesta estadounidense, pero a los pocos días presentaron otra propuesta pidiendo que la aplicación del estatuto se suspendiera para todos los nacionales de un Estado no parte en la CPI y que aporte contingentes a una operación para el mantenimiento de la paz establecida o autorizada por la ONU (como la invasión de Afganistán un año antes). Fuimos de mal en peor.

Dicho de otra manera, el Consejo de Seguridad suspendería la aplicación del Estatuto de Roma justo en el momento en que entraba en vigor.

Ocupaba el cargo de subsecretario para Organismos Internacionales (además de Europa, África y Asia), y para mí no había otro camino que el de oponerse a esa propuesta. Consulté con los funcionarios encargados de la ONU y los asuntos jurídicos de la secretaría y le hablé a nuestro representante ante la ONU en Nueva York, Adolfo Aguilar Zinser. Todos coincidieron conmigo.

Traté el asunto con el secretario Jorge Castañeda Gutman y me llevé una sorpresa. Le expliqué con cierto detalle por qué deberíamos votar en contra. Me referí también en términos generales a la situación en el Consejo de Seguridad. Desde el fin de la *guerra fría* aprobaba casi todas sus resoluciones por unanimidad. El margen de acción de los miembros no permanentes como México era muy reducido. Teníamos ahora una ocasión para hacer lo correcto. Nuestro voto en contra no incidiría en el resultado pero serviría para distinguirnos como un país que sí es responsable internacionalmente.

El secretario escuchó lo que le dije y me contestó: Haz lo que quieren los gringos. Le respondí que no estaba de acuerdo, pero que seguiríamos sus indicaciones. Días después le anuncié que renunciaba a mi cargo de subsecretario porque estaba hasta la madre de su actitud. Le entregué una carta dirigida al presidente Vicente Fox. Me dijo que me quedara unos meses para auxiliar al presidente en varios viajes y agregó que él también estaba hasta la madre y que dejaría la cancillería. Buscó sin éxito reubicarse en el gabinete.

A principios de septiembre, en el viaje de regreso de la Cumbre de la Tierra en Johannesburgo, tuve ocasión de platicar largo con el presidente. Me ofreció un cargo en Los Pinos o cualquier embajada. Le agradecí su gesto pero le insistí en mi renuncia del gobierno.

El secretario y sus colaboradores directos se encargaron de difundir la versión de que yo había optado por la jubilación. No me importó. Lo que quería era apartarme de un secretario caprichoso y de un gobierno que ya empezaba a decepcionar mucho y a muchos.

Parece mentira que haya transcurrido una década desde que entró en funciones la CPI y que renuncié a mi cargo de subsecretario. Con la edad el tiempo acelera su paso. Mi madre decía que después de los 50 los años se cuentan en quinquenios. Quizás sean decenios.

Pa que gane Barack

6 de septiembre de 2012

Hoy concluye la convención del Partido Demócrata en Estados Unidos. El pasado jueves el Partido Republicano hizo lo propio. Con ello la campaña presidencial en Estados Unidos entra en su etapa final. El próximo 6 de noviembre los estadounidenses elegirán entre el presidente Barack Obama y el ex gobernador de Massachusetts Mitt Romney.

A primera vista parecería que Obama la tiene fácil. Primero, un presidente que busca reelegirse suele tener éxito, aunque ha habido fracasos recientes (Gerald Ford, Jimmy Carter y George H. W. Bush). Segundo, los republicanos se pelearon duro en las elecciones primarias para ver quién era el más conservador. A la postre escogieron a Romney, un político no tan conservador como quisieran algunos republicanos. De ahí que Romney haya a su vez seleccionado al congresista conservador Paul Ryan de Wisconsin como candidato a la vicepresidencia.

Sin embargo, un examen detenido de la situación política en Estados Unidos apunta a una serie de factores que quizás no favorezcan la reelección de Obama. Un factor sin duda es una economía raquítica y una elevada tasa de desempleo. Otro sería la secuela de los enfrentamientos políticos con la bancada republicana en el Congreso. El creciente déficit presupuestario y la deuda pública también influyen en el electorado. La guerra en Afganistán es otro elemento de desencanto.

Pero quizás el factor más negativo para Obama sea la lista de promesas no cumplidas que han enajenado a muchos que lo apoyaron con entusiasmo en 2008. Por lo tanto, el presidente tendrá que remontar un marcador poco favorable. Los comentaristas y encuestas señalan que si la elección fuera hoy, Romney ganaría por un pequeño margen. Calculan que cada uno tiene un apoyo seguro de alrededor de 47 por ciento y que entre el 6 por ciento restante Romney parece llevar la delantera.

En la convención republicana, la semana pasada en Tampa, los republicanos anunciaron su estrategia para derrotar a Obama: chamba para todos los desempleados. Por su lado, los demócratas insisten en que el país está progresando por el camino trazado hace cuatro años. El mensaje es: Vamos bien, pero hay que tener paciencia.

¿Cómo puede Obama conquistar el voto mayoritario de ese 6 por ciento del electorado que aún está indeciso? Hay quienes creen que no lo podrá hacer. Señalan que hace cuatro años el electorado estaba harto de los republicanos y del presidente George W. Bush y que el senador John McCain no pudo sacudirse el sambenito de que representaba más de lo mismo.

En 2008 Obama representó una cara fresca llena de optimismo que prometía un cambio de rumbo y estilo. Entusiasmó a los jóvenes (muchos de los cuales votaron por primera vez), amarró el voto *hispano* y de las mujeres. Pero no logró una mayoría entre los hombres blancos. Y aquí hay que insistir en que hay un sector de la población estadounidense que jamás votará por un candidato de raza negra.

En 2012 Obama ya no entusiasma tanto a los jóvenes, pero sigue teniendo una mayoría del voto *hispano* y de las mujeres. Su problema es que muchos de los hombres que votaron por él hace cuatro años hoy están desempleados y/o han perdido sus casas. Y los universitarios siguen acumulando deudas enormes debido a las colegiaturas descomunales.

Obama ya no puede reinventarse. Tendrá que recurrir a medidas que aseguren que la gente que lo apoya irá a las urnas en noviembre. Los republicanos ya están ideando obstáculos para

impedir que voten personas que no poseen una identificación con fotografía. Esto ocurre en algunos estados.

Una política de incentivos para que voten por él sería aconsejable. Algunos amigos mexicanos quizás le sugieran que reparta tarjetas con un crédito en alguna tienda. Otros sin duda le insistirán en que recurra a las técnicas de fraude electoral que perfeccionaron en el siglo pasado los políticos de Boston, Nueva York y Chicago. En aquel entonces votaban los muertos y los vivos lo hacían varias veces. La consigna en inglés era: “*Vote and vote often*”.

A diferencia de 2008, Obama ha recaudado menos fondos que su contrincante. En 2010 un fallo de la Suprema Corte de Justicia autorizó a los llamados comités de acción política a donar de forma anónima grandes cantidades a las campañas políticas en Estados Unidos. Conocidos como súper PACS, han llenado las arcas del Partido Republicano.

El presidente Barack Obama enfrenta un enorme reto en estas elecciones. Ciertamente ha tenido logros importantes: evitó una depresión económica aún mayor, sentó las bases para un sistema de salud menos oneroso para el ciudadano común y enderezó el rumbo de la política exterior.

Pero muchos estadounidenses que lo apoyaron y que se encuentran dentro ese 6 por ciento de indecisos no creen que su actuación como presidente haya estado a la altura de su oratoria que tanto entusiasmo despertó hace cuatro años.

Es posible que el presidente Obama consiga un segundo mandato. Quizás sus consejeros tengan razón al diseñar una campaña que busca convencer al electorado de que el país va avanzando y que sólo es cosa de tiempo para cosechar los frutos de la enorme inyección de dinero e inversiones del programa de estímulos que logró que el Congreso aprobara.

El sistema electoral de Estados Unidos para seleccionar al presidente es indirecto. Cada estado tiene asignado un número de votos electorales según su población total. Si un candidato gana el voto popular en un estado, se lleva todos los votos electorales. Uno podría ganar el voto popular, pero perder la elección. Así ocurrió en 2000, cuando Al Gore obtuvo medio millón de sufragios más que George W. Bush, pero perdió por 271 a 266 votos electorales.

Hay estados que están firmemente en el campo demócrata y otros en el republicano. La elección se decidirá en una docena de estados que podrían decantarse por un partido u otro. Ahí es donde Romney y Obama van a concentrar sus esfuerzos.

Relevo sexenal

4 de octubre de 2012

En la época dorada del PRI el último año de un sexenio solía provocar mucha inquietud entre los burócratas y la clase política del partido en el poder. Durante el año y pico que mediaba entre el destape y la toma de posesión del nuevo presidente surgía una tensión entre los integrantes de la administración saliente y quienes se perfilaban para sustituirlos. De ahí que se intensificara la especulación acerca de la composición del futuro gabinete.

En aquel entonces el presidente anunciaba el nombre de su sucesor y éste se apresuraba a nombrar a quienes lo acompañarían durante la campaña. Los comicios presidenciales eran una mera formalidad. Lo importante era el destape, y quienes buscaban un cargo en la siguiente administración se apresuraban a acercarse al candidato o, cuando menos, a sus colaboradores más allegados.

El mes pasado, tras ser declarado presidente electo por el TEPJF, Enrique Peña Nieto anunció su equipo de transición y aclaró que los integrantes del mismo no necesariamente figurarán en su gabinete a partir del próximo primero de diciembre. Bastó esa aclaración para que se desatara una tormenta de especulaciones.

El equipo de transición lo encabeza Luis Videgaray, quien se perfila como el brazo derecho del presidente entrante. Quizás tendríamos que remontarnos al sexenio de Carlos Salinas para encontrar un caso parecido, el de José Córdoba Montoya. Dado que Córdoba es mexicano por naturalización no podía ser miembro del gabinete. Le inventaron el cargo de coordinador del mismo.

A diferencia de Córdoba, Videgaray no aparece en escena como una especie de eminencia gris. Lleva tiempo en cargos públicos, incluyendo el Congreso federal y el gobierno mexicano. Está al frente de un equipo de más de una 50 personas con una experiencia muy variada y que procede de distintos partidos políticos. Hay apellidos conocidos y otros no tanto.

Desde Lázaro Cárdenas, la edad promedio de los presidentes entrantes ha sido de casi 48 años. Peña Nieto y su equipo de transición se inscriben en esa tendencia. En términos generales, sus colaboradores tienen entre 35 y 55 años de edad. Esa ha sido la norma desde hace décadas.

Hubo, desde luego, las llamadas *generaciones Gerber*, los muy jóvenes funcionarios que han rodeado a algunos presidentes. Hubo también el violento cambio generacional que representó la designación de Salinas. Fue un golpe para un sector importante de la familia política del PRI. Los mayores de 50 años, a quienes posteriormente la prensa calificaría de dinosaurios, no daban crédito y no pudieron digerir el trauma.

El gabinete le sirve al presidente entrante para colocar a sus colaboradores más cercanos. Sirve también para tener gestos conciliatorios con los partidos de oposición o para pagar deudas con algunos políticos. En los casos de Gobernación y Hacienda los nombramientos mandan mensajes claros a las fuerzas políticas y mercados financieros, respectivamente. El gabinete sirve también para buscar acercarse a esa anhelada equidad de género.

En esa era dorada para el PRI el relevo sexenal constituía un momento de esperanza. Cual sucesión monárquica, los súbditos abrigaban la esperanza de que con el nuevo las cosas mejorarían. Piensen en la campaña de renovación moral de Miguel de la Madrid.

Quizás lo más significativo de estos meses de transición haya ocurrido en estas últimas semanas. Al acercarse el fin de su sexenio, hay presidentes que no han podido resistir un último

intento por asegurar su lugar en la historia del país. En algunos casos fueron aún más lejos. Piensen en los intentos de Luis Echeverría primero por buscar la reelección y luego por tratar de convertirse en el secretario general de la ONU.

El presidente Calderón también está enfrentando dificultades en la etapa final de su administración. Así lo demuestra la incesante propaganda en los medios de comunicación. En su discurso en la Asamblea General de la ONU, la semana pasada, repasó lo que considera los mayores logros de su administración.

Pero el Presidente hizo un planteamiento que sorprendió a algunos. Pidió que la ONU examinar a fondo el tema de la demanda de drogas que, insistió, constituye la principal causa del enriquecimiento de los narcotraficantes y de las decenas de miles de muertes en Latinoamérica y el Caribe. Y exigió que la ONU se abocara al tema de los alcances y límites del actual enfoque prohibicionista en materia de drogas.

Al parecer, el Presidente saliente se está inclinando por las posiciones que ahora defienden, ya como ex presidentes, Fernando Henrique Cardoso, de Brasil; César Gaviria, de Colombia, y Ernesto Zedillo, de México. ¿Por qué se les prende el foquito cuando ya han dejado el poder?

En el caso del presidente Calderón hay también otro ejemplo. Se trata de la reforma laboral que envió al Congreso con un sello de urgente. Pues bien, al cuarto para las 12 propone una reforma que fue muy anhelada por su partido. Sin embargo, su propio partido en el Congreso acepta los ajustes propuestos por la mayoría relativa del PRI para salvaguardar los mismos privilegios de los líderes sindicalistas que pretendía abolir.

Lo que está ocurriendo en el Congreso quizás también sea un indicio de la forma en que el presidente entrante piensa gobernar.

Hace 60 años Daniel Cosío Villegas vaticinó que si el PAN llegaba un día a Los Pinos tendría dificultades en gobernar porque no tenía los cuadros experimentados para hacerlo. Agregó que el PAN no contaba ni con principios ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros. Señaló que el mayor sustento de Acción Nacional era el desprestigio de los regímenes revolucionarios. Los últimos dos sexenios parecen haber confirmado la certeza de la observación de don Daniel.

El regreso del PRI a Los Pinos ya no despierta el optimismo del cambio sexenal de antaño. Llega en gran medida como consecuencia del triste papel de los últimos dos inquilinos.

Trickle or treat

1° de noviembre de 2012

Lo que pudo haber sido una elección tranquila se le ha complicado al presidente Barack Obama. No está generando el tipo de entusiasmo entre los jóvenes que lo llevó a la Casa Blanca hace cuatro años.

Tampoco le ha ayudado a Obama su triste papel ante el ex gobernador de Massachusetts Mitt Romney en el primero de los tres debates televisados. Dichos debates no suelen influir mucho en la opinión pública, pero el papelón de Obama hizo subir los bonos de Romney entre el electorado. Según las encuestas, hoy hay un empate técnico entre los candidatos.

Obama ha ido perdiendo una pequeña ventaja que tenía tras las convenciones de los partidos. Romney le está quitando preferencias entre el llamado voto femenino, pero Obama parece mantener su ventaja entre los potenciales votantes no blancos (latinos y negros).

En ese primer debate Romney acusó a Obama de querer “*trickle down government*”. Se trata de un juego de palabras con la idea de que el partido republicano aboga por una economía en la que la creciente riqueza de los que más tienen irá filtrándose hacia abajo, a los que menos tienen.

Cuando se reduce a su mínima expresión la contienda presidencial en Estados Unidos nos quedamos con dos visiones encontradas del papel del Estado. Por un lado, están los herederos de la tradición de un gobierno intervencionista que busca incidir en la economía y asegurar el bienestar de los ciudadanos. Piensen en Franklin Delano Roosevelt y John Maynard Keynes.

Por el otro, están los que buscan reducir a un mínimo el papel del Estado y dejar que las fuerzas del mercado dicten el rumbo de la economía. Piensen en el liberalismo de la llamada escuela austriaca representada por Friedrich Hayek y luego ampliada por Milton Friedman y otros neoliberales. Ahí está también Margaret Thatcher y, en algunos aspectos, Ronald Reagan.

En Estados Unidos los neoliberales se refieren despectivamente al modelo europeo del estado del bienestar como el *nanny state* o Estado niñera. Se oponen a la idea de que el Estado cuide o proteja a los ciudadanos desde la cuna hasta la tumba. No quieren saber nada de los servicios sociales, los sistemas de salud, etcétera.

Desde Roosevelt, los dos partidos principales en Estados Unidos se han identificado con una u otra de esas escuelas económicas. Desde luego que las diferencias no siempre fueron tan tajantes como aparecen hoy. Con Bill Clinton se borraron muchas de esas diferencias, sobre todo durante su segunda administración. En el Reino Unido Tony Blair se encargó de imitar esa llamada tercera vía.

A George W. Bush tampoco se le puede identificar como un republicano de ultraderecha en materia de política interna. Pero algo ocurrió dentro del partido republicano a partir de la llegada de Obama a la presidencia en 2009. Surgió un movimiento llamado *Tea Party*, que exigió un posicionamiento más ortodoxo y de derecha. Cobró vida en las elecciones para el Congreso federal en 2010 y ahuyentó a los llamados republicanos moderados.

El *Tea Party* es un movimiento antigobierno, antimigrante, antigasto público con fines sociales y anticualquier acuerdo de compromiso con la oposición. Tomó su nombre del Boston Tea Party de 1773, uno de los detonadores de la guerra de independencia y un símbolo histórico de quienes se oponen a los impuestos.

Ello explica el triste espectáculo que ofreció el proceso de primarias del Partido Republicano para seleccionar a su candidato presidencial. Los aspirantes se esforzaron por complacer a los representantes del *Tea Party* y fueron adoptando una línea cada vez más reaccionaria. Mitt Romney tuvo que hacerles el juego y asumir posiciones muy conservadoras. Por ejemplo, tuvo que criticar el sistema de salud que había apoyado para el estado de Massachusetts, mismo que en muchos aspectos fue reproducido a escala nacional por Obama. También matizó su idea acerca del aborto.

Desde luego que el *Tea Party* agrupa a muchos individuos que no esconden su racismo. Son parte de ese sector de la población que simplemente no acepta a un presidente negro. También defienden a ultranza esa idea que la sociedad les ha inculcado a tantos estadounidenses: que Estados Unidos es lo máximo. Ésa es la llamada tesis del excepcionalismo.

Los políticos no se atreven a cuestionar esa tesis. Se les antoja suicida mencionar los puestos tan bajos que ocupa Estados Unidos en los estudios que miden los distintos factores de desarrollo de los países.

Mitt Romney ciertamente comparte la idea de que Estados Unidos es el número uno en el mundo. Su problema es que le gustan las máscaras. Un día aparece con la de un hombre de negocios exitoso y eficiente; otro día con la de un gobernador republicano en un estado mayoritariamente demócrata capaz de negociar acuerdos con la oposición en beneficio de los habitantes de Massachusetts, y en ciertas ocasiones se pone la máscara de un republicano ultraconservador y reaccionario. Como me decía un amigo hindú: “Romney tiene más posiciones que el *Kamasutra*”.

Anoche fue Halloween. Se trata de una fiesta tradicional céltica que los irlandeses introdujeron en Estados Unidos a mediados del siglo XIX. Es la víspera de Todos los Santos, las fechas en que los europeos recuerdan a los difuntos y se mezcla con una dosis de brujería y fantasmas. Los niños se disfrazan y van de puerta en puerta pidiendo caramelos y otras golosinas. Se no reciben sus dulces amenazan con gastarles una broma a los inquilinos de la casa. De ahí la expresión “*trick-or-treat*”.

Desde hace medio siglo, el *trick-or-treat* se ha comercializado mucho y se ha extendido a otros países. Entre los disfraces que uno puede comprar están las máscaras de los candidatos a la presidencia. Cabe señalar que desde 1996 se han venido monitoreando las ventas de dichas máscaras e invariablemente ha triunfado el candidato cuya máscara se ha vendido más. Al parecer, este Halloween la máscara de Obama se vendió mucho más que la de Romney. Quizás ésa sea la encuesta más fidedigna.

Gringos blancos y viejos

29 de noviembre de 2012

Con su reelección, el presidente Barack Obama ha asegurado que su paso por la Casa Blanca será visto como un éxito en la evolución política y social de Estados Unidos. De haberse limitado a un solo mandato, algunos hubieran interpretado su presidencia como un fracaso, como un accidente histórico.

Es más, con Obama se ha completado un ciclo que en muchos aspectos se inició en 1960. La vida de Obama (nació en 1961) ha coincidido con ese ciclo que empezó cuando John F. Kennedy se convirtió en el primer presidente de su país que no era protestante ni anglosajón. Con ello desquició en gran parte la idea del mundo de los *WASP*, es decir, de los blancos protestantes y anglosajones. Obama logró quitarle lo blanco al *WASP*.

La década de 1960 definió en gran medida lo que hoy es Estados Unidos. Fue un decenio turbulento que cambió para siempre a ese país. Fue una década violenta. John F. Kennedy y su hermano Robert, Martin Luther King y Malcolm X fueron asesinados.

Piensen en los grupos que votaron mayoritariamente por Obama el pasado 6 de noviembre: los jóvenes, las mujeres, los negros y otras minorías como los hispanos y asiáticos, los pobres y otros grupos que dependen de la ayuda que les ofrece el Estado, y la población gay. Hace medio siglo dicha coalición hubiese sido impensable.

Me tocó vivir buena parte de los años 60 en Estados Unidos. Pasé cuatro años becado en la Universidad Yale estudiando una licenciatura en historia, y luego un doctorado en Columbia. En 1960 Yale aún conservaba muchas de las características que motivaron su fundación en 1701: una institución de educación superior para hombres blancos, protestantes y de familias pudientes. Para finales de esa década había cambiado mucho.

Cuando llegué todavía era una institución bastante anticuada, por no decir retrógrada. Casi todos los profesores eran hombres y el enfoque de quienes impartían las clases de historia de Estados Unidos reflejaba una visión un tanto distorsionada del pasado de ese país.

En Yale los alumnos de licenciatura eran hombres. No fue sino hasta 1969 que admitieron a las primeras mujeres. El número de negros en cada generación podía contarse con los dedos de una mano. Había una veintena de latinoamericanos, casi todos hijos de ricachones. Los judíos eran relativamente pocos y los católicos un poco más numerosos. La gran mayoría eran blancos y protestantes. Pero las cosas empezaban a cambiar. Se abrían grietas en el mundo de los *WASP*. El cambio fundamental fue consecuencia de la lucha de la minoría negra y sus aliados dentro de la mayoría blanca por lograr el cabal respeto a sus derechos humanos. La sociedad estadounidense era (y en muchos aspectos sigue siendo) muy racista. Y el cambio se logró mediante la desobediencia civil y la no violencia.

El gobierno federal jugó un papel fundamental y venció a no pocos gobernadores reacios. Desde Washington el presidente Lyndon Johnson promovió unas leyes que cambiaron al país. Logró que el Congreso aprobara la Civil Rights Act y la ley del derecho al voto. También modificó las leyes sobre inmigración.

En el renglón social, Johnson luchó contra la pobreza e introdujo Medicare y Medicaid, el antecedente de la reforma del sistema de salud de Obama. Logró así fortalecer el papel del gobierno federal. Empero, al mismo tiempo, la guerra de Vietnam dividiría al país y acabaría con la carrera política del propio Johnson.

Los cambios sociales y políticos empezaron a reflejarse en las universidades. Por primera vez en décadas los estudiantes se politizaron. Y las instituciones de enseñanza superior se fueron adaptando a la nueva realidad.

La lucha por los derechos civiles empoderó a la población negra y aparecieron las carreras de *black studies*. El feminismo surgió como un movimiento sociopolítico importante y las universidades incorporaron cursos sobre temas de la mujer. A raíz de la revolución cubana, hubo un interés por el estudio del español y los asuntos latinoamericanos también se convirtieron en una licenciatura.

Junto con la población joven, esos son los grupos que llevaron a Obama a la presidencia. El Partido Republicano se ha quedado sólo con los hombres blancos ya mayores. Tendrá que reflexionar mucho ese partido si quiere volver a ganar la presidencia. Los herederos de los WASP cada día son menos y no parece que las tendencias demográficas les favorecerán en el futuro.

Los republicanos tendrán que redefinirse y dejar atrás al *Tea Party*, que agrupa a muchos de los elementos más reaccionarios de la sociedad estadounidense. Mitt Romney tuvo que darles por su lado para conseguir la nominación de su partido y luego se vio obligado a distanciarse de ellos para buscar el apoyo de los sectores más moderados de la población.

Hace ya tiempo que los estadounidenses se acostumbraron a ver caras negras en el Congreso, la Suprema Corte de Justicia y el gabinete presidencial. Johnson fue el primero en nombrar a un negro en el gabinete y en décadas recientes su presencia ha aumentado: Hazel O'Leary, Colin Powell, Condoleezza Rice y Eric Holder, por nombrar sólo algunos.

La elección de Obama en 2008 fue la culminación de un proceso que adquirió fuerza y forma hace medio siglo. Curiosamente los demócratas en 2008 tuvieron que escoger entre una mujer y un negro como candidato a la presidencia. Nadie en 1960 pudo imaginar tal disyuntiva.

Recuerdo muchas conversaciones con Magnus Mörner, uno de mis profesores en Columbia. Estudioso del mestizaje en América Latina, analizaba el problema de las minorías en Estados Unidos. En alguna ocasión llegamos a la conclusión de que antes que un negro llegaría un político de origen *hispano* a la Casa Blanca. Nos equivocamos.

Premios de consolación

27 de diciembre de 2012

Los fines de sexenio a veces traen sorpresas. Desde luego que todo gobierno saliente trata de aprovechar su mandato hasta el final. Pero algunos abusan del poder hasta el último minuto. Otros, como Felipe Calderón, nos dejan una imagen un tanto patética de un mandatario que no supo gobernar pero que insistió hasta el final que había mejorado al país. La irrisoria e irritante propaganda del último mes ciertamente no convencerá a los historiadores de las supuestas bondades de su administración.

La secretaría de relaciones exteriores (SRE) también ofrece ejemplos de cierto abuso de poder cuando el titular ya está de salida. Recuerdo que en 1976 el canciller Alfonso García Robles, al final de su breve paso por Tlatelolco, decidió llenar todas las vacantes de embajador cuando faltaban días para que terminara el sexenio. Argumentó, quizás con razón, que sería mejor que él designara a los nuevos embajadores a que lo hiciera su sucesor.

García Robles también se allanó el camino a Ginebra. Decidió establecer ahí una misión permanente para los asuntos de desarme y logró que se presupuestara para el año siguiente. Al fin de su gestión pidió que la nueva administración lo enviara a esa adscripción. Y así ocurrió. Permaneció en Ginebra hasta su jubilación en 1989.

García Robles creó la plaza que ocuparía cuando dejó de ser secretario. Otros cancilleres han aprovechado el cargo para aumentar el sueldo del titular de ciertas embajadas con la esperanza de que se les nombrara en una de ellas tras el relevo sexenal.

Durante su gestión como canciller (1979-1982), Jorge Castañeda logró, entre muchas otras cosas, reformar la ley del servicio exterior. La ley le dio más transparencia a los concursos públicos de ingreso al servicio exterior mexicano (SEM), instituyó los concursos de ascenso y obligó a la SRE a publicar anualmente el escalafón del SEM. Esa ley también creó el cargo de embajador emérito.

Castañeda se inspiró en el ejemplo de Francia y quiso “reconocer la dignidad de embajador emérito como culminación de una destacada y prolongada actuación de servicio a la República en el ámbito de política exterior”. Son cinco las plazas de embajador emérito y Castañeda le pidió al presidente que nombrara a cuatro (Luis Padilla Nervo, Rafael de la Colina, Antonio Carrillo Flores y García Robles). La quinta plaza la ocuparía el propio Castañeda al final del sexenio.

Esos nombramientos iniciales pusieron el listón muy alto. Era obvio que los futuros nombramientos difícilmente estarían a esa altura. Es más, en 1998, cuando se llenaron varias vacantes, se cambió el sentido inicial de dichos nombramientos. En esa ocasión, uno de los nombramientos estuvo motivado por la necesidad de dorarle la píldora a un funcionario que había sido separado de su cargo en la SRE. La “dignidad de embajador emérito” se convirtió en una especie de premio de consolación.

Ahora, en 2012, se ha repetido la historia. Faltando escasos días para concluir su sexenio, el presidente llenó dos vacantes de embajador emérito y ambas recayeron en mujeres. Eso está bien, ¿pero por qué nombrar a Sandra Fuentes? Hay quienes dirán que fue para compensar el hecho de que no fue designada canciller al principio del sexenio. Otro premio de consolación.

El segundo nombramiento de Calderón es más entendible ya que se trata de la secretaria saliente, Patricia Espinosa. Empero, aquí hay algo raro.

Es cierto que fue titular de la SRE durante todo el sexenio pero es cierto también que la suya no ha sido “una destacada y prolongada actuación de servicio a la República en el ámbito de política exterior”. Para empezar su gestión al frente de la SRE fue particularmente gris. Unos dirán que estuvo a tono con el sexenio. Pero pocos dudan de que fue más secretaria que canciller.

Su caso es curioso por otras razones. En los años ochenta Patricia Espinosa aparece en el escalafón de la rama administrativa. De pronto, a partir del 16 de agosto de 1990, figura como tercer secretario en la rama diplomática. Es decir, parece que ingresó al escalafón diplomático por arte de birlibirloque. Sería aconsejable que la SRE averiguara quién fue el prestidigitador.

Desde que Italia se constituyó en una república democrática en 1946 ha tenido casi sesenta gobiernos. Ese carrusel político no impidió que el país funcionara y prosperara. Según algunos observadores ello demuestra que una nación puede desarrollarse sin un gobierno central.

En México lo mismo ha ocurrido en materia de política exterior o, mejor dicho, en la SRE. En efecto, en los últimos 25 años la SRE ha tenido poca o nula incidencia en la política exterior del país. Con Salinas el gobierno se concentró en la concertación del TLCAN de cuya negociación se excluyó a la SRE. En años recientes los temas de seguridad y la lucha contra el narcotráfico han acaparado la atención del gobierno y las relaciones con Estados Unidos en este renglón han excluido casi por completo a la SRE.

Desde luego que en el sexenio de Calderón hubo ejemplos de un buen desempeño de nuestros diplomáticos. Pienso en el papel del embajador Luis Alfonso de Alba en los temas del medio ambiente y sobre todo del embajador Claude Heller en el bienio que México formó parte del consejo de seguridad.

Pero resulta imposible encontrar ejemplos en los sexenios recientes que puedan compararse con lo que hizo Jorge Castañeda. ¿Sería posible que hoy el presidente le encomendara a su canciller que mediara entre los titulares de PEMEX y SEPAFIN para fijar el precio del barril de petróleo? ¿Habrá un canciller capaz de plantear y lograr algo parecido a la declaración franco mexicana sobre El Salvador? Y ¿qué decir de los esfuerzos ingentes de la cancillería en el grupo de Contadora para promover la paz en Centroamérica en el sexenio del presidente Miguel de la Madrid?

No es lo mismo embajador emérito que ya merito embajador.

Política exterior/I

24 de enero de 2013

En las últimas décadas se ha venido uniformando la política exterior de muchos países. Desde luego que hay excepciones, empezando por las grandes potencias militares y/o económicas. Empero, en términos generales, podría decirse que el margen de una acción independiente y distinta que hoy tiene un gobierno en materia de política exterior se ha reducido notablemente.

Son varias las causas de esa creciente uniformidad: la globalización y la revolución en las telecomunicaciones, así como las grandes empresas transnacionales que nos van imponiendo gustos y modas. Sobre todo, la difusión masiva e instantánea de noticias va acercando el pensamiento de los habitantes del mundo y de sus respectivos gobernantes.

Los organismos internacionales también han servido para encontrar un denominador común en muchos aspectos del comportamiento de las naciones. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), que agrupa en su mayoría a países desarrollados, tiene entre sus metas fomentar la democracia y la economía de mercado. Establece normas e identifica pautas a seguir por sus miembros.

En las Naciones Unidas también se han multiplicado los puntos de acuerdo entre sus ahora 193 miembros. La ONU ha hecho una notable contribución a la codificación del derecho internacional y ha elaborado un sinnúmero de tratados y otros instrumentos internacionales que se han convertido en códigos de conducta en una variada gama de asuntos.

En la pasada sesión de la Asamblea General de la ONU se aprobaron muchas resoluciones que reflejan una creciente coincidencia en temas económicos. En las cuestiones sociales también hay más acuerdo. Por ejemplo y pese a la resistencia de decenas de países, desde 2007 la Asamblea General ha venido pidiendo una moratoria en la ejecución de personas condenadas a muerte. Por otro lado, hace escasas décadas hubiera sido impensable que la Asamblea General aprobara una resolución condenando la práctica de la mutilación genital femenina. Pero eso es lo que hizo el pasado mes por iniciativa de países africanos, declarando además que el 6 de febrero será el Día Internacional de la Tolerancia Cero contra la Mutilación Genital Femenina.

La defensa de los derechos humanos no tiene pasaporte ni requiere de visa para ejercerse. Eso ha sido un avance significativo. Atrás quedaron los argumentos de que no hay valores universales en esta materia. Hoy resulta inaceptable que se traten de justificar, alegando diferencias culturales, ciertas prácticas que vulneran los derechos humanos. Piensen en la reacción mundial en el caso reciente de una adolescente paquistaní que recibió una bala en la cabeza por atreverse a pedir educación para las niñas de su país.

Aparte de los temas económicos y sociales (con excepción de los casos de la situación de los derechos humanos en determinados países), en la ONU también hay una posición abrumadoramente mayoritaria en torno de la política de Israel frente a los palestinos. Sólo unos cuantos países se unen a Israel en su rechazo a las resoluciones sobre la situación en Medio Oriente: Estados Unidos es su principal apoyo, pero también lo tiene de Australia y Canadá, así como de las Islas Marshall, Micronesia y Palau. El año pasado Panamá se unió a ese pequeño grupo.

Asimismo, los temas de descolonización cuentan con un amplio respaldo dentro de la ONU.

Hay una que otra excepción al creciente acuerdo en la agenda internacional. El mundo sigue dividido en materia de desarme, sobre todo en el campo nuclear. Para empezar, están los países que poseen armas nucleares (China, Estados Unidos, Francia, India, Israel, Pakistán, Reino Unido, Rusia y seguramente Corea del Norte) y sus aliados, sobre todo los que integran la OTAN, cuya política contempla el posible uso de dichas armas. Luego, en el otro extremo, están los que quieren eliminar dichas armas, en su mayoría los que están situados en las zonas libres de armas nucleares en América Latina y el Caribe, África, el Pacífico sur, el sureste asiático y Asia central. Estas naciones cuentan con el apoyo de algunos países europeos (Austria, Finlandia y Suecia) y no pocos asiáticos.

En vista de lo anterior, ¿qué puede hacer un país mediano o pequeño para distinguirse en materia de política exterior? Si tiene dinero puede promover su imagen en el mundo a través de fundaciones y organizaciones con vínculos gubernamentales. Varias naciones del Golfo Pérsico, Qatar en particular, así lo hacen.

Noruega, otro país con riqueza petrolera, ha optado por patrocinar seminarios internacionales sobre diversos temas, incluyendo el medio ambiente y el desarme nuclear. Cabe señalar también que las pláticas entre el gobierno colombiano y las FARC-EP en Cuba se inauguraron en Noruega en octubre pasado.

Venezuela ha optado por abrirse un espacio político en América Latina y el Caribe mediante la ayuda económica que proporciona a regímenes afines. En la ONU, junto con otros países latinoamericanos, el gobierno de Hugo Chávez también ha logrado separarse en algunos temas del grupo latinoamericano y caribeño (Grulac). Junto con Bolivia, Cuba, Ecuador y Nicaragua se distanció del resto del Grulac en varias resoluciones, incluyendo las relativas a la situación de los derechos humanos en Irán y Siria.

En las últimas décadas, en cambio, México ha navegado en materia de política exterior sin brújula o quizás con una brújula deficiente. Como siempre, esa brújula suele apuntar hacia el norte. Pero desde hace más de dos décadas lo ha hecho en detrimento de otros derroteros.

En el pasado pudimos, sin dejar de privilegiar la relación con Washington, abrirnos unos espacios multilaterales en temas económicos y de desarme y actuamos también en cuestiones de pacificación en Centroamérica. Ello redundó en beneficio de nuestro prestigio internacional, que empezamos a ganar a pulso en la Sociedad de Naciones y afianzamos en la ONU hasta mediados de los años 80.

En los años venideros México debería intentar recuperar un poco de ese prestigio del que gozó durante medio siglo a partir del sexenio del presidente Lázaro Cárdenas. Ese será el tema de nuestro siguiente artículo.

Política exterior/II

21 de febrero de 2013

¿Cuál es el margen de maniobra en materia de política exterior para un país como México? En el anterior artículo describimos cómo se ha venido uniformando la actuación internacional de muchas naciones y cuán difícil resulta una acción independiente e innovadora. Explore-mos ahora aquellas cuestiones que quizás sean susceptibles de acciones alentadas por países como el nuestro.

Hay un sinnúmero de asuntos que constituyen un peligro a mediano y largo plazo para la seguridad internacional y la convivencia pacífica entre las naciones. Piensen en los conflictos que podrían desencadenarse a raíz del acceso al agua. Consideren también los efectos del cambio climático. ¿Qué orden internacional podrá hacer frente a la catástrofe que se avecina si no modificamos rápida y radicalmente los hábitos que nos impone la sociedad de consumo?

Es cierto que la comunidad internacional ha concluido acuerdos y creado instancias y mecanismos de negociación para frenar y revertir el calentamiento del planeta. En este renglón la conferencia mundial de Río de Janeiro en 1992 sobre el medio ambiente y el desarrollo constituyó un hito. Pero el paso ha sido lento y en cada reunión multilateral se puede detectar que siguen avanzando los que quieren privilegiar el desarrollo por encima del medio ambiente. A 20 años de la conferencia de Río quizás haya llegado el momento para introducir nuevos enfoques en esta materia.

He ahí un tema que debería impulsarse en los foros multilaterales y que México podría seguir promoviendo. Pero hay otras cuestiones que merecen ser examinadas en los organismos internacionales. Algunas son consecuencia de los avances de la ciencia y la tecnología y deben ser objeto de soluciones colectivas. Y ante esos avances el derecho internacional suele quedar rezagado.

La ONU y la familia de organizaciones multilaterales y regionales han venido estableciendo códigos de conducta en una amplia gama de actividades. La propia carta de la ONU es quizás el código más importante en materia de la paz y la seguridad internacionales.

Cabe tener presente también que hace apenas unos cuantos siglos que se ha venido reglamentando la conducción de la guerra. Los avances científicos y tecnológicos de principios del siglo XX hicieron posible el uso de armas químicas en la Primera Guerra Mundial y de armas nucleares en la Segunda. En la segunda mitad del siglo pasado se prohibieron tanto las armas químicas como las biológicas. Pero las nucleares aún no se han prohibido.

Tampoco se ha reglamentado el uso de los misiles. Y hoy el arma nuclear y el misil o vector para transportarla siguen amenazando la paz entre las naciones. Ahí está el desafío de Corea del Norte.

Ahora la guerra cibernética y el uso de vehículos (aviones) sin tripulación (los llamados *drones*) plantean retos parecidos a la comunidad internacional. Vean lo que está ocurriendo con Internet. Si una persona se mete a tu computadora es un *hacker*. Pero, ¿si el *hacker* es un gobierno? Si un individuo se dedica a contaminar las computadoras de otros con un virus, es un criminal. Pero, ¿cómo calificamos a un gobierno que hace lo mismo?

En estos días *The New York Times* ha presentado una queja ante el gobierno chino por un supuesto ataque cibernético. Pero hace años que los expertos han venido alertando sobre las

consecuencias catastróficas que tendría un ataque de esta naturaleza contra las instalaciones de otro gobierno y no sólo de empresas o particulares.

En los últimos meses también se ha intensificado el debate sobre cómo Estados Unidos está cambiando la manera de conducir la supuesta guerra contra el terrorismo internacional. Al parecer, hacia diciembre de 2008 el presidente saliente George W. Bush le encomendó a su sucesor dos proyectos que estaban desarrollándose y que Obama aceptó y mejoró: la guerra cibernética y el uso de vehículos (aviones) sin tripulación (los llamados *drones*).

De adolescente mi hijo empezó a construir modelos de aviones. Luego los hacía volar con un control remoto. Con los años esa afición lo llevó a sacar su licencia de piloto aviador.

La idea de contar con un avión que no requiera de un piloto ha entusiasmado a los dirigentes militares durante más de un siglo. Sus posibles usos son muchos: desde el espionaje hasta los bombardeos.

Durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes experimentaron con modelos de los llamados *drones* pero a la postre optaron por desarrollar proyectiles de corto y mediano alcance. Su éxito fue tal que después de 1945 muchos de los científicos e ingenieros involucrados en los proyectos de misiles se convirtieron en el semillero de los programas espaciales en Estados Unidos y la entonces Unión Soviética.

Hoy en día los *drones* se están usando en la agricultura, en la exploración de regiones remotas y también para el control de fronteras. Pero el debate va más allá del uso pacífico de esa tecnología. Cada día se recurre más a esos aviones tripulados a control remoto con fines militares. Sus ventajas son claras: son más baratos que los aviones convencionales, pueden volar hasta por más de 80 horas y no hay peligro de perder al piloto.

El problema es que Washington los está utilizando para asesinar a individuos con supuestos nexos con los terroristas internacionales, Al Qaeda en particular. Y el debate en Estados Unidos ahora gira en torno de si se puede eliminar a un individuo sin un juicio. Es más, se preguntan en Washington, ¿qué pasa si el sospechoso es un ciudadano estadounidense?

Sería aconsejable que la comunidad internacional se pronunciara sobre cuestiones como la guerra cibernética y el uso de *drones* con fines militares o policíacos. Suele decirse que en la guerra y en el amor todo se vale. No sé si sea cierto en el caso del amor, pero ciertamente no lo es en cuanto a la guerra. Y la ONU debería elaborar sendos códigos de conducta sobre las cuestiones aquí planteadas.

Estado de excepción

21 de marzo de 2013

En estos días mucho se ha escrito sobre el retiro de Benedicto XVI y el cónclave para elegir al nuevo papa. Se detallaron las diferencias entre los cardenales más conservadores y los que podrían calificarse de reformistas moderados o, mejor dicho, menos conservadores. Al parecer, con la elección del cardenal Jorge Mario Bergoglio ganaron los primeros.

El telón de fondo del cónclave ha sido la crisis dentro de la Iglesia católica. Esa crisis tiene varias vertientes, incluyendo: las intrigas y mal manejo dentro del gobierno del Vaticano, la curia romana; las actividades ilícitas de los administradores del banco del Vaticano; y los múltiples casos de encubrimiento de pederastas dentro del clero.

Implícito en los comentarios sobre la crisis del Vaticano está un hecho que quizás no haya recibido la atención que merece. No hay que olvidar que la Iglesia católica es única entre las instituciones religiosas del mundo. Hay países que se confunden con una u otra religión (estados confesionales). Hay varias repúblicas islámicas, Inglaterra tiene su propia Iglesia cristiana, los israelíes no suelen distinguir entre nacionalidad y religión, y no pocas naciones que se ostentan como laicas se identifican con una determinada religión.

Pero la Iglesia católica es la única que está reconocida como un Estado, a la par con cualquier otro miembro de la comunidad internacional. Tiene relaciones diplomáticas con otros estados, participa en conferencias internacionales y goza de los privilegios y derechos inherentes a un Estado-nación. Y ese es precisamente el aspecto que debería ocupar y preocupar más a los observadores y comentaristas de las relaciones internacionales.

La Santa Sede fue reconocida como un Estado en los Pactos de Letrán suscritos con el gobierno italiano en 1929. Desafortunadamente el Vaticano y la curia romana no han sabido (o querido) adaptarse a los cambios políticos y sociales que se registraron en el siglo XX.

Es cierto que el siglo XX fue el más turbulento y violento de la historia. Las muertes causadas por las guerras se cuentan en centenares de millones. Los regímenes totalitarios eliminaron a millones de sus habitantes. Empero, paradójicamente, el siglo XX también fue testigo de avances significativos en materia de la convivencia pacífica de las naciones.

Se desmoronaron los imperios coloniales y se establecieron organizaciones internacionales y regionales. Se instauraron mecanismos para supervisar la manera en que los estados se comportan en sus relaciones exteriores y en su trato a sus propios ciudadanos. Se robusteció el papel de las organizaciones no gubernamentales y de la prensa. Se aumentó la transparencia en el quehacer público y se incrementó la rendición de cuentas de los gobernantes a los gobernados.

Hoy resulta muy difícil que un gobierno actúe al margen de los códigos de conducta que la comunidad internacional ha acordado en una variada gama de ámbitos. Por ejemplo, la semana pasada en Londres los 54 miembros de la mancomunidad de naciones suscribieron la carta del Commonwealth.

Dicho documento recoge los valores y compromisos de sus miembros en materia de paz y seguridad internacional, democracia y derechos humanos. Incluye, entre otras afirmaciones, la siguiente: Estamos implacablemente en contra de cualquier forma de discriminación, sea por razones de género, raza, color, creencia, opinión política u otras razones. La frase u otras razones es importante porque abarca cuestiones sobre las que no existe acuerdo entre los integrantes del Commonwealth, incluyendo la orientación sexual de las personas. Hay miem-

bros del Commonwealth que aún no han descriminalizado la homosexualidad pero han suscrito el documento.

Como nación soberana, la Santa Sede determina la forma en que elige a su jefe de Estado por arcaica que nos parezca. En la época de Internet no deja de sorprender las multitudes que aguardan impacientes el humo de una chimenea para saber que se ha concluido una elección.

Sin embargo, como miembro de la comunidad internacional no puede mantenerse al margen ni hacer caso omiso de los códigos de conducta que han sido acordados multilateralmente. Piensen en los temas de gobernanza o gobernabilidad, la administración de su banco o la conducta individual del clero. En estos casos debe ajustarse a las normas aceptadas por todos.

Si un gobierno cualquiera actuara como la curia romana sería objeto de serias críticas. Si los funcionarios de un banco privado se comportaran como los administradores del banco del Vaticano serían perseguidos por las autoridades del gobierno del país sede. Y si los empleados de una empresa (ya no se diga de un gobierno) abusaran de menores de edad, serían entregados a la policía.

Mucho antes de convertirse en Benedicto XVI, Joseph Ratzinger conocía quizás mejor que nadie los problemas que aquejan al Vaticano. Distinguido filósofo y reconocido teólogo, era cardenal desde 1977 y en 1981 fue nombrado prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Por su escritorio pasaron innumerables casos que sin duda lo conmovieron.

Las filtraciones de las intrigas dentro de la curia romana (*Vatileaks*) y las revelaciones del mal manejo del banco del Vaticano, aunadas a los innumerables casos de encubrimiento de clérigos pederastas, seguramente influyeron en la decisión de abdicar de Benedicto XVI. Y quizás su renuncia haya sido el acto más significativo de su pontificado.

Conforme al derecho internacional, el Vaticano o Santa Sede es un Estado. Es un sujeto del derecho internacional y como tal tiene privilegios y responsabilidades. Pero también está obligado a rendir cuentas. Al no hacerlo de *motu proprio* se ha visto involucrado en juicios procesados en cortes civiles de muchos países.

El cónclave del Vaticano ha sido insólito por muchas razones: primero, se convocó por la renuncia y no la muerte de un papa; segundo, hubo una actividad sin precedente de la sociedad civil a favor y en contra de ciertos cardenales papables; tercero, se puso en evidencia la profunda crisis de la Iglesia católica; y, por último, demostró que el Vaticano como Estado sigue ajeno a los cambios que se han producido a lo largo del último siglo en cómo debe actuar un gobierno.

Obama y Palestina

18 de abril de 2013

Hace décadas que la problemática de Palestina gira en torno a la idea de que en ese territorio deben coexistir dos estados, uno judío y el otro árabe. Las negociaciones entre el gobierno israelí y los dirigentes palestinos han tenido sus altibajos, una nada desdeñable participación de las Naciones Unidas y un interés esporádico de Washington. Su historia es una de oportunidades perdidas.

¿Se imaginan cómo sería Palestina hoy si los árabes hubiesen aceptado la propuesta de la ONU en 1947? Ese año la Asamblea General de la ONU decidió dar por terminado el mandato del Reino Unido sobre Palestina y aprobó un plan de partición en dos estados, uno judío y el otro árabe. Se acordó una unión económica entre los dos estados y un régimen internacional para la ciudad de Jerusalén. Esa decisión fue aprobada por 33 votos contra 13 y 10 abstenciones. Los países árabes votaron todos en contra.

La población árabe de Palestina y una parte de los habitantes judíos también rechazaron el plan de partición. Los primeros porque se oponían al establecimiento de un Estado judío en Palestina y los segundos porque consideraban que Israel, el gran Israel, debería abarcar toda Palestina (y quizás algo más).

Los sectores más organizados entre la población judía, incluyendo las agrupaciones de izquierda que luego crearon el Partido Laborista, optaron por la independencia y así nació el Estado de Israel. Persistió el conflicto entre la nueva nación y los pobladores árabes dentro de la misma y los países vecinos, principalmente Egipto y Siria. Con el tiempo buena parte de los palestinos árabes, así como Egipto y Jordania, reconocerían al Estado de Israel. Ahora lo que falta es que Israel reconozca y acepte un Estado palestino. Eso ya se hubiera logrado en 1947 si los palestinos árabes hubiesen apoyado la partición.

Con el tiempo, las guerras y el auge de partidos religiosos en Israel modificaron la actitud de sucesivos gobiernos. Con el primer ministro Menajem Begin (1977-1983), el fundador del partido Likud, se inicia la actual etapa de la historia de Palestina, en la que la idea de dos estados pierde terreno.

Simplificando el problema, podría decirse que hoy prevalece la idea de que en Palestina sólo cabe un país y ese es el Estado de Israel. La población árabe tendrá que acomodarse a esa realidad y los israelíes tendrán que encontrar soluciones a la disparidad demográfica.

Desde la administración de Jimmy Carter (1977-1981), sucesivos presidentes estadounidenses se han involucrado de una manera u otra (y con distintos niveles de intensidad) en la búsqueda de una solución justa y duradera a un problema que la comunidad internacional viene arrastrando desde 1947.

El mes pasado el presidente Barack Obama hizo su primera visita a Israel. Algunos congresistas republicanos le echaron en cara que había tardado mucho en programar dicha visita y otros deploraron lo que consideran su mala relación con el primer ministro Benjamin Netanyahu. Dichas críticas son una secuela de los intentos de Mitt Romney en la pasada campaña presidencial por presentarse como el verdadero amigo de Israel.

Es cierto que el presidente Obama seguramente debió haber incluido una escala en Israel durante su viaje en junio de 2009 a Arabia Saudita y Egipto. Pero también es cierto que ha sido el presidente que más ayuda ha otorgado a Israel, que los presidentes estadounidenses no sue-

len visitar ese país (sólo Nixon, Carter, Clinton y Bush hijo lo habían hecho antes) y que en 2012 consiguió 70 por ciento del llamado voto judío.

La crítica es válida en un solo renglón: Obama y Netanyahu no se caen bien. De ahí que el equipo de Obama se haya esmerado por coreografiar los detalles de la visita de tres días. Hubo innumerables fotos y videos de los actos que mostraron lo bien que se llevan Barack y “Bibi” (el apodo de Netanyahu). Más importante fue el mensaje central que Obama envió al pueblo israelí.

Inició su visita con un recorrido por las instalaciones de la cúpula de hierro, un sistema móvil de defensa aérea capaz de interceptar y destruir proyectiles lanzados desde 70 kilómetros. Se siguen construyendo nuevas y más eficaces unidades de ese sistema, cuyo costo es sufragado en parte por Washington. La idea es afianzar la seguridad de los habitantes de Israel, convirtiéndolo en una especie de fortaleza impenetrable.

Obama aprovechó sus discursos para alabar las contribuciones del pueblo israelí en diversos campos de la ciencia y la tecnología y la construcción de una sociedad dinámica y democrática.

Luego, sin proponérselo (aunque creo que estuvo fríamente calculado), el presidente Obama concluyó su visita con un poderoso mensaje ante un grupo de jóvenes. Evitó hablar ante el Knesset, en el que su discurso caería en oídos sordos. A los jóvenes les dijo que es imposible que Israel sobreviva como una fortaleza y que sólo un acuerdo con un Estado palestino puede ofrecerles una paz duradera.

Si no se crea un Estado palestino y ante el crecimiento de la población árabe en Cisjordania, Israel podría acabar siendo un Estado judío en el que los judíos serían una minoría. Dirigentes israelíes han venido subrayando lo anterior desde hace años. Ehud Barak, por ejemplo, señaló que si no se logra la paz y, por ende, la creación de un Estado palestino, Israel tendrá que decidir entre seguir siendo un Estado judío o un Estado democrático, ya que no podrá seguir siendo las dos cosas.

Hace 66 años los habitantes de Palestina tuvieron la oportunidad de crear dos estados en lo que había sido el territorio administrado por el Reino Unido. Hoy hay quienes están tratando de lograr ese mismo objetivo. Israel, según les dijo el presidente Obama, tiene la posibilidad de contribuir a conseguirlo, y así asegurar su supervivencia como un Estado judío y democrático.

Ventanillas y juguetes

16 de mayo de 2013

En México los cambios de sexenio no solían acarrear grandes sorpresas. Desde luego que hubo excepciones. La elección del general Lázaro Cárdenas trajo cambios inesperados. Los “resultados” de las elecciones en 1988 y 2006 obligaron al gobierno entrante a recurrir a una serie de acciones insólitas encaminadas a legitimarse ante la opinión pública. En la primera y prolongada época priísta hubo también el rompimiento coreografiado entre el presidente entrante y el saliente.

Sin embargo, quizás no haya habido una sorpresa mayor a la que se encontró la administración del presidente Enrique Peña Nieto el pasado 15 de diciembre. Ese día, apenas a dos semanas de su toma de posesión, el nuevo secretario de Gobernación y el nuevo procurador general de la República, junto con otros funcionarios encargados de la seguridad nacional, se enteraron de algo que los dejó atónitos.

Ese día conocieron algunos detalles de cómo la administración del presidente Felipe Calderón había venido llevando a cabo su guerra contra el crimen organizado y el grado de participación en la misma de las distintas agencias de seguridad de Estados Unidos: la presencia de *operativos* estadounidenses en todo el territorio nacional; los sobrevuelos de aviones espías; el uso de *drones* para recabar información sobre los movimientos de los narcotraficantes, y el llamado programa Scenic que tiene la CIA para entrenar a los agentes de seguridad mexicanos con miras a reclutar a personal confiable y evitar la infiltración de narcotraficantes.

Y los funcionarios del gobierno entrante no se enteraron de todo lo anterior por parte del presidente saliente o sus colaboradores. Fue en la embajada de Estados Unidos y por boca de funcionarios diplomáticos, de la CIA, la DEA y otros representantes de las oficinas encargadas de la colaboración de Washington con nuestro gobierno en la lucha contra los narcotraficantes.

Y los habitantes de nuestro país nos enteramos de esa reunión del pasado 15 de diciembre por una nota publicada en un diario estadounidense y escrita por una periodista estadounidense. Se trata de Dana Priest, del *Washington Post*, cuyo artículo “El papel de EU en una encrucijada en la guerra de inteligencia de México contra los *cárteles*” apareció en su edición del 27 de abril pasado. La periodista platicó con unos 50 funcionarios mexicanos y estadounidenses, algunos de ellos aún en sus cargos, incluyendo diplomáticos y miembros del aparato de seguridad, militar e inteligencia de ambos países.

La investigación de Dana Priest también revela muchos otros aspectos del estilo de gobernar del presidente Calderón. Se involucró personalmente en muchas decisiones relativas a la guerra contra los narcotraficantes. Permitted que las distintas agencias estadounidenses trataran directamente con sus contrapartes mexicanas, multiplicando así las ventanillas abiertas a una colaboración cada vez más estrecha entre funcionarios de ambos países. Empero no aborda el papel que jugó en todo ello el gabinete de Calderón. Asimismo, la periodista se refiere a las reiteradas súplicas del presidente Calderón para que el presidente George W. Bush le proporcionara drones armados. Estaba impresionado por los resultados obtenidos por Estados Unidos en los asesinatos a control remoto de terroristas en Irak y Afganistán. Su solicitud no fue atendida. El presidente mexicano consiguió muchos juguetes en Washington, mas no el que más quería.

A mediados de abril el secretario de gobernación, Miguel Ángel Osorio Chong, encabezó la delegación de funcionarios encargados de la seguridad nacional que visitó Washington para

compartir con las autoridades estadounidenses el nuevo enfoque del gobierno mexicano en materia de lucha contra el narcotráfico. Se dice que Gobernación tendrá un papel central (¿ventanilla única?), habrá una policía nacional y se reducirá el uso abrumador de la fuerza militar. Al parecer también hubo gestiones ante la Casa Blanca a fin de reducir el papel predominante del tema de la lucha contra el narcotráfico en la relación bilateral. Y se obtuvo un cambio que quedó reflejado durante la visita del presidente Barack Obama a México hace 15 días.

En lo que va de esta administración la relación de México con Estados Unidos podría resumirse en tres actos: primero, la sorpresa del 15 de diciembre; segundo, las gestiones del secretario Osorio Chong en Washington, y tercero, el cambio del discurso político de uno dominado por la lucha contra el narcotráfico a otro sobre los avances económicos registrados en México y la futura cooperación de Washington en el campo educativo, el medio ambiente, energía y comercio.

Hay que reconocer que, tras la sorpresa y quizás hasta el trauma del pasado 15 de diciembre, la administración de Peña Nieto ha sabido conducir la relación con Estados Unidos. Ha conseguido, cuando menos en el papel, sentar las bases para modificar las actividades de los agentes de seguridad y militares de Estados Unidos en México. Y, quizás más importante, ha convencido al presidente Obama de que Washington altere su discurso sobre México.

Desde luego que todavía no se ha logrado reducir la violencia en el país. Quizás está cambiando la estrategia, pero los resultados aún están por verse. Lo que se ha modificado es el discurso. Atrás quedó el Estado violento y quizás fallido. Ahora, cuando menos según Obama, somos un socio confiable y un país con futuro.

Sin embargo, hay que insistir en que al presidente Obama le conviene políticamente hablar de México en términos positivos. Parece que al grupo de consejeros políticos que lo rodean en la Casa Blanca les gustó ese cambio. Si se describe a México como un socio y no una amenaza (indocumentados y narcotráfico), Obama quizás podrá convencer más fácilmente a su Congreso para que apruebe una reforma migratoria.

Hace 25 años otro presidente mexicano recibió un espaldarazo importante de otro mandatario estadounidense. En efecto, George H. W. Bush apoyó a Carlos Salinas y se convirtió en su jefe de relaciones públicas con los medios de comunicación. Ahora, con un estilo diferente, el presidente Obama ha hecho algo parecido para el presidente Peña Nieto.

En España las cosas parecen ir de mal en peor. La situación económica sigue deteriorándose y el desempleo aumenta. Hace poco se dio a conocer un dato que revela cuán profunda es la crisis económica en España: por primera vez en medio siglo el valor de sus exportaciones superó al de sus importaciones.

Funcionarios del gobierno español se apresuraron a señalar que ese cambio en la balanza comercial demuestra que la economía española gana competitividad. Los críticos del gobierno subrayaron que simplemente la población consumía menos productos importados porque su poder adquisitivo se ha disminuido.

El hecho es que en el último quinquenio el desempleo en España ha llegado a niveles sin precedentes. Y ha afectado más a la población joven. Se calcula que 60 por ciento de las personas que buscan trabajo tienen menos de 25 años. El futuro para los recién egresados universitarios es desalentador.

No sólo hay menos oferta de empleo sino que a muchos de los que contratan lo hacen en condiciones inaceptables en otros países europeos. Eufemísticamente se habla de *flexibilizar* el mercado laboral cuando en realidad se busca rebajar los salarios y abolir los sueldos mínimos ya acordados.

En pocos años España ha pasado de ser un polo de atracción para inmigrantes de todo el mundo a un país de emigrantes. En la primera década de este siglo llegaron unos cinco millones de inmigrantes; en 2012 la población total española se redujo en 200 mil habitantes. Esto se debió principalmente a que muchos inmigrantes regresaron a su país de origen, pero también hubo españoles que optaron por irse de su país.

Para los españoles las cosas no podían ir peor. Para algunos, el gobierno actual resulta inepto y las economías fuertes de la Unión Europea actúan de forma poco solidaria ante la crisis económica, financiera y bancaria, y el desempleo y la pérdida de sus viviendas. Pero ahora se ha agregado un elemento adicional: el comportamiento de la casa real ha logrado empeorar aún más la situación, aumentando así el pesimismo entre la población. Éramos pocos y parió la abuela.

La actual monarquía española tiene dos defectos principales, uno de fondo y otro de forma. El primero es su pecado de origen franquista y el segundo es la conducta de la familia real.

En 1931 los españoles optaron en un proceso democrático por un régimen republicano y el rey Alfonso XIII abandonó el país. Se instauró lo que sería la segunda República, pero el 18 de julio de 1936 el general Francisco Franco se levantó en armas y se inició una guerra civil que terminaría en 1939. Franco obtuvo el poder por las armas y moriría en 1975 en su cama.

Pese a sus vínculos con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, Franco se mantuvo en el poder después de la derrota de las potencias del Eje en 1945. Con el tiempo sería respaldado por Washington y España ingresaría a las Naciones Unidas. Pero a lo largo de sus casi 40 años de dictadura, Franco arrastró el fantasma de su ilegitimidad.

Franco se apoyó en una alianza clérigo-militar y se ideó la frase caudillo de España por la gracia de Dios. Pero no convenció a nadie y con el tiempo tuvo que encontrar otra fórmula para justificar su existencia. Trató de legitimar su régimen arrojándolo en el pasado monárquico del país. En 1943 resucitó a las Cortes y en 1947 decretó la ley de sucesión en la jefatu-

ra del Estado. Inventó así a un heredero y lo encontró en el nieto de Alfonso XIII, quien había muerto en 1941. Pero todo fue ilegal.

El dictador propondría a su sucesor pero éste tendría que ser aprobado por las Cortes. La idea no le gustó a Juan de Borbón, el heredero del difunto Alfonso XIII, pero a la postre renunció a su derecho de sucesión y en noviembre de 1975, tras la muerte de Franco, Juan Carlos fue proclamado rey de España, título que le reconoció la constitución de 1978.

Pese a sus orígenes franquistas, el rey tuvo buena aceptación entre los españoles. Recuerdo los elogios que recibía de muchos que en 1931 habían optado por la República. Se fue creando un mito en torno a su persona por su papel, junto con Adolfo Suárez, en la época de transición.

Confieso que nunca logré comprender el entusiasmo que despertó el rey entre los más diversos sectores políticos de la sociedad española. Tampoco entendí los aplausos que recibió en 1982 por su intervención ante el intento de golpe de Estado del teniente coronel Antonio Tejero, el 23 de febrero de ese año. Siempre he pensado que su papel fue más bien titubeante. El supuesto paladín de la democracia en España tardó varias horas en comparecer en la televisión. Sin embargo, una intensa campaña de relaciones públicas logró convencer a los españoles de las bondades de la monarquía. Se habló, incluso, de que el rey merecía el premio Nobel de la paz.

Hoy el monarca español ya no goza de una opinión pública favorable. La casa real no ha sabido comportarse con dignidad y honestidad. El rey ha dado muestras de gran frivolidad. Tras declarar que el desempleo entre los jóvenes españoles le quitaba el sueño, aparece en un safari de lujo cazando elefantes en África.

Además, hace más de un año que la casa real vive bajo la sombra de las acusaciones de corrupción contra el yerno del rey, Iñaki Urdangarin. Es cierto que los sondeos indican que tanto la reina Sofía como el príncipe Felipe aún gozan de cierta popularidad entre los españoles. Pero en muchas manifestaciones en contra de las medidas de austeridad del gobierno aparecen más y más banderas republicanas.

A quienes no les dice nada el título, les sugiero lo platiquen con algún conocido catalán.

No se atrevan (NSA)

11 de julio de 2013

Hace un mes, Edward J. Snowden era un desconocido. De pronto apareció en Hong Kong y confesó ser la fuente de los secretos acerca de los programas de espionaje masivo de Estados Unidos y la Gran Bretaña que días antes había divulgado el periódico británico *The Guardian*.

Snowden había dejado su chamba en Hawai en una empresa de consultores tecnológicos contratada por la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA, por sus siglas en inglés). Antes había trabajado en la CIA. De Hong Kong viajó a Moscú para instalarse en un hotel en la sección de tránsito del aeropuerto, en espera de que algún país le conceda asilo. Su gobierno lo acusó de espionaje.

La NSA es un bicho curioso. Existe desde hace seis décadas y se sabe que forma parte del aparato de inteligencia (léase, espionaje) del gobierno estadounidense. Pero pocos conocen en detalle sus actividades y su presupuesto anual es un secreto.

Hacía tiempo que Snowden se había enterado del alcance del espionaje electrónico y telefónico de la NSA. Sabía que se intervenían las comunicaciones de individuos en el extranjero que podrían estar tramando un ataque contra Estados Unidos. Pero le preocupaba que también se estuviera espionando a los habitantes de Estados Unidos y que toda la información recabada luego se estuviera almacenando para un posible uso en el futuro.

Snowden decidió revelar algunos programas de espionaje a un reportero de *The Guardian*. Sabía que podría acabar en la cárcel, pero quería que el mundo supiera lo que el gobierno estadounidense estaba haciendo. Al parecer, su meta era (y es) mantenerse libre hasta que sus compatriotas y el resto del mundo entiendan lo que está ocurriendo con el aparato de espionaje gubernamental.

Lo que ha hecho Snowden ha sido objeto tanto de ataques feroces como de elogios. Se le ha descrito como traidor y espía, pero también como héroe y un *whistleblower*. Esta última expresión merece unas líneas.

Si uno descubre que su empleador, sea el gobierno o una compañía, está llevando a cabo actividades poco éticas, con las que no está de acuerdo, puede renunciar a su cargo, guardar silencio o quejarse. Si opta por quejarse, puede hacerlo de varias maneras. Puede valerse de los mecanismos existentes para ese fin dentro de la oficina gubernamental o empresa en la que trabaja. La experiencia en este renglón no parece muy positiva. De ahí que haya individuos que opten por denunciar en público lo que han descubierto.

En los años 70 Ralph Nader, un activista estadounidense que una década antes había denunciado como defectuosos algunos modelos de automóviles, inventó la palabra *whistleblower* para describir lo que había hecho. El término sirvió para distinguirlo de un informante o, peor aún, de un soplón. Es como el silbatazo de un árbitro para señalar que se ha cometido una falta en un partido de fútbol.

Los ejemplos más conocidos en Estados Unidos de un *whistleblower* incluyen a los empleados de las compañías tabacaleras que denunciaron por esconder o minimizar los riesgos para la salud que representan los cigarros para los fumadores. También existen innumerables casos de denuncias de las condiciones de trabajo en ciertas fábricas.

El antecedente más parecido al caso de Snowden quizás sea el de Daniel Ellsberg, el empleado de la Corporación Rand que obtuvo documentos secretos del Pentágono en los que se de-

mostraba que el gobierno estaba mintiendo acerca de su conducción de la guerra en Vietnam. En 1971 *The New York Times* y otros periódicos publicaron esos documentos bajo el título de *Los papeles del Pentágono* y se desató una tormenta política y jurídica.

En el caso Ellsberg, el gobierno optó por tratar de detener la publicación de los documentos y, cuando no lo consiguió, llevó a juicio al periódico y al propio Ellsberg. A la postre las cortes estadounidenses fallaron a favor de Ellsberg y los periódicos involucrados.

Dos aspectos del caso Ellsberg son relevantes para lo que está haciendo Snowden. El primero es el papel de la prensa y la relación de confianza que debe existir entre el *whistleblower* y el periódico o medio de comunicación al que quiere entregarle la información pertinente. En ambos casos los respectivos periódicos resistieron las presiones y los embates de los gobiernos afectados.

El segundo aspecto es que el *whistleblower* debe aceptar las consecuencias de sus actos. Ellsberg estaba dispuesto a acabar en la cárcel y, al parecer, también lo está Snowden. Si es así, ¿por qué no se entrega a las autoridades de su país?

Al parecer, lo que está haciendo Snowden (viajar a Hong Kong y luego a Moscú) es tratar de ganar tiempo. Quiere que lo que ha divulgado (y sigue divulgando) detone un debate en Estados Unidos acerca del papel del aparato de inteligencia de ese país.

Quizás Snowden busca que el Congreso de su país lleve a cabo una investigación de las agencias de inteligencia como la que encabezó en 1975-1976 el senador Frank Church, de Idaho. En esos años se logró exponer los excesos de la FBI y la CIA en sus actividades de inteligencia y acciones encubiertas. Church temía que su país cayera en el abismo de la tiranía si la NSA y las demás agencias de inteligencia no operaban dentro de la ley y bajo una supervisión apropiada.

Empero, la reacción en Estados Unidos ante lo revelado por Snowden ha sido muy tibia. El gobierno ha insistido en que las agencias de inteligencia han logrado detener varios ataques terroristas y las encuestas indican que una mayoría de los compatriotas de Snowden aceptan que el gobierno espíe sus correos electrónicos, mensajes en el Internet y conversaciones telefónicas si ese es el precio que hay que pagar para sofocar la amenaza terrorista. Y muchos medios de comunicación y comentaristas han enmarcado el debate bajo el lema “seguridad *versus* privacidad”. Mientras los políticos no se atrevan a desafiar a la NSA, Snowden no conseguirá su propósito.

Obama en blanco y negro

8 de agosto de 2013

El pasado 19 de julio Barack Obama hizo algo que será recordado como hito en su presidencia. Irrumpió en la sala de prensa de la Casa Blanca, interrumpió a su portavoz y se dirigió a los corresponsales para abordar el tema del racismo en Estados Unidos. Obviamente tenía algo que decir, algo que le venía irritando desde que un jurado en Florida había declarado no culpable al asesino del adolescente negro Trayvon Martin.

Se trata de lo ocurrido la noche del domingo 26 de febrero de 2012 en un barrio residencial del pueblo de Sanford en el estado de Florida. El barrio es una urbanización cerrada, resguardada por policías de seguridad privada. Un joven de raza negra está regresando a la casa en la que está de visita cuando es observado por un vigilante armado de nombre George Zimmerman. Éste sigue al adolescente y, tras un altercado, lo mata de un tiro.

El juicio duró un mes y el 13 de julio pasado el jurado absolvió a Zimmerman. El jurado desechó los cargos presentados por el procurador del estado y aceptó que Zimmerman actuó en defensa propia. Hubo manifestaciones de protesta contra el fallo y se reabrió la cuestión del racismo en Estados Unidos. Es un caso que plantea también el tema de lo fácil que resulta portar armas en ese país.

Será un caso que se discutirá durante mucho tiempo. Piensen en la composición del jurado: seis mujeres –cinco blancas y una *hispana*–. Piensen también en el propio Zimmerman, hijo de un blanco estadounidense y una peruana, que se identifica como Hispanic.

La discriminación racial es un hecho cotidiano en Estados Unidos. Lo es también en el resto del mundo. Todos hemos enunciado palabras abiertamente racistas. Todos hemos escuchado chistes racistas. Y todos sabemos que la coexistencia de distintas razas en el planeta se ha tornado un problema universal.

Pero en Estados Unidos el racismo está estrechamente vinculado a los siglos de esclavitud de los negros. Y la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca ha cambiado la historia de ese país. Un tatarabuelo de su esposa Michelle fue esclavo. Obama, en cambio, tiene un historial muy distinto.

En sus libros autobiográficos deja entrever los vaivenes de su vida entre blanco y negro. Habla de su niñez y adolescencia con una madre y abuelos blancos y luego de su padrastro indonesio para luego enfrentar y tratar de resolver la influencia de su padre negro. La muerte de éste lo alienta a buscar sus raíces kenianas.

Para muchos *african-americans* Obama no es negro; para no pocos estadounidenses, Obama es inaceptable precisamente porque es negro. Esa tensión entre blanco y negro está presente en Obama y quizás lo haya definido como persona y político. Su actitud ante muchos problemas políticos deja entrever una formación pragmática de individuos (sus abuelos maternos) del Midwest de Estados Unidos. Rara vez presenta soluciones tomadas de la agenda de los tradicionales políticos negros. En muchos sentidos es un blanco de tez negra.

La negritud de Obama es algo que fue adquiriendo con la edad. Su vida hasta que ingresó a la universidad no fue un caso típico de un muchacho negro. Vivió entre blancos y luego pasó unos años en Indonesia. Desde luego que hubo instancias en las que sintió cierta discriminación. Pero, como él mismo lo cuenta, fue en Nueva York cuando salía con una mujer blanca que empezó a sentirse negro, un proceso que continuó en sus años de trabajo social en Chicago.

Lo que no deja de sorprender de Obama es que en sus pronunciamientos como político ha evitado jugar la carta racial, cuando menos hasta ahora. De ahí el significado de lo que dijo el pasado 19 de julio. Se trata de un intento por poner sobre la mesa de discusión el tema del racismo, pero desde la perspectiva de un ser pensante que da la casualidad que es negro y blanco y que es el presidente de Estados Unidos.

Obama dijo que el jurado había emitido su fallo y hay que respetarlo pero –agregó– hay que ponerlo en un contexto y hay que ver cómo la gente ha respondido y lo que está sintiendo. Recordó que cuando murió Trayvon Martin dijo que pudo haber sido su hijo. Ahora añadió que pudo haber sido él mismo hace 35 años. Insistió en el dolor que siente la comunidad negra en Estados Unidos porque lo ve a la luz de una serie de experiencias y una historia que no se ha superado. La frase en inglés es clave: *a history that doesn't go away*.

Luego reseñó algunas experiencias comunes a los hombres de raza negra en Estados Unidos, experiencias que él mismo había tenido: sentir que te están siguiendo cuando entras en una tienda departamental; escuchar cómo ponen los seguros de las puertas de coches cuando cruzas una calle; o ver cómo una mujer empuña su bolso cuando te subes a un elevador.

Según Obama, la población negra sabe que hay diferencias muy marcadas entre las distintas razas en la aplicación de leyes a criminales, incluyendo la pena de muerte y la posesión de drogas. Todos saben que un número desproporcionado de jóvenes negros se ven involucrados en crímenes y que muchos de ellos son víctimas de los mismos. Pero parte de la explicación se encuentra en una historia violenta y complicada.

El presidente reconoce que existe racismo, incluyendo la práctica del perfil racial en algunos cuerpos policíacos e insiste en la necesidad de cambiar ciertas leyes y de ayudar a los jóvenes negros a encaminarse hacia una vida mejor y más productiva.

Concluyó confesando que el caso de Trayvon Martin debe servir para lograr una sociedad mejor y que confiaba en la generación de jóvenes. Desde luego que un amplio sector de la población negra de Estados Unidos recibió muy bien las palabras de Obama. Falta por ver cómo reaccionará el resto del país. Pero lo importante es que el presidente las pronunció.

¿Bombero atómico o policía químico?

5 de septiembre de 2013

En 2011 Siria era un país de unos 21 millones de habitantes. Treinta meses de conflicto han resultado en más de 100 mil muertos, 28 mil desaparecidos, 4 millones de personas desplazadas internamente y casi 2 millones de refugiados en otros países. Lo que empezó como un tímido reto al régimen de Bashar Assad se ha convertido en una violenta y confusa guerra civil.

Hasta ahora Estados Unidos y sus aliados se han abstenido de una intervención militar directa. Afganistán e Irak los ha desgastado mucho. Según ellos, las secuelas de la llamada *primavera árabe* son, con una excepción, asuntos internos de los países afectados: Túnez y Egipto. La excepción fue cuando en 2011 el Consejo de Seguridad de la ONU autorizó la intervención militar de la OTAN en Libia por razones humanitarias.

En las últimas semanas el argumento humanitario ha surgido una vez más en el caso de Siria. Se trata del uso de agentes químicos, en particular el gas sarín, el pasado 21 de agosto. Hay indicios en cuando menos una docena de casos del uso de agentes químicos, pero ninguno tan contundente como este último. Y aquí se pone a prueba lo declarado por el presidente Barack Obama en agosto de 2012 en el sentido de que el uso de armas químicas por Assad en contra de su población constituiría una línea roja que, de cruzarla, tendría una respuesta militar de Washington.

Damasco supuestamente cruzó esa línea el 21 de agosto. Por una casualidad, un equipo de inspectores de las Naciones Unidas se encontraba en Siria investigando otros casos de posible uso de armas químicas. El secretario general de la ONU instruyó a los inspectores a desplazarse al barrio de Damasco en que ocurrió el ataque para recabar pruebas. Esos inspectores concluyeron su tarea, pero quizás tarden un par de semanas en dar a conocer las conclusiones de su análisis.

Las imágenes difundidas por televisión de las víctimas de esos ataques horrorizaron a la opinión pública mundial y Washington, Londres y París anunciaron que lanzarían un ataque militar. El primer ministro David Cameron convocó una sesión urgente del parlamento británico para que respaldara su decisión. Pero el parlamento votó en contra de su propuesta.

El presidente Obama recapacitó y el sábado pasado optó por recurrir al Congreso para obtener su autorización. El presidente François Hollande hizo lo mismo, aunque legalmente pudo haber recurrido a la fuerza militar sin autorización previa de la asamblea nacional. Se ha abierto por lo tanto un compás de espera.

En lo ocurrido en las tres capitales occidentales en las últimas semanas se conjugan tres factores que merecen ser analizados en mucho más detalle de lo que permite este espacio. El primero es un cierto grado de culpabilidad y frustración en Washington, París y Londres por su prolongada inacción ante la tragedia en Siria. Ahora se cree que con ataques precisos y contundentes a las instalaciones militares de Assad se puede remontar la situación. Grave error.

El segundo elemento es la sombra de Saddam Hussein. Hace 10 años un gobierno republicano en Washington, apoyado descaradamente por un primer ministro laborista, trató de convencer al mundo de que era necesario invadir a Irak porque tenía armas de destrucción en masa. En esa ocasión, un gobierno de derecha en Francia se negó a que el Consejo de Segu-

ridad de la ONU autorizara ese uso de la fuerza militar. Washington y Londres optaron por una invasión, violando así el derecho internacional. Otro grave error.

Ahora un gobierno conservador en Londres pierde una votación, mientras un presidente de izquierda en Francia apoya el uso de la fuerza militar y un presidente estadounidense le pide permiso a su Congreso. No hay que olvidar que Obama se opuso a la invasión de Irak hace una década. En efecto, somos testigos del mundo al revés.

El tercero de los elementos quizás no sea tan obvio. Se trata del tortuoso historial de Estados Unidos en materia de armas químicas. Tras la Primera Guerra Mundial, las potencias europeas se apresuraron a prohibir el uso en la guerra de agentes químicos y biológicos. La opinión pública en esos países se había horrorizado ante el uso de gases y otros agentes químicos durante la contienda mundial. De ahí el Protocolo de Ginebra de 1925. Estados Unidos lo firmó ese año, pero tardó medio siglo en ratificarlo. Lo hizo en 1975, cuando ya había terminado la guerra de Vietnam. Pero conservó su arsenal de armas químicas.

Entre 1983 y 1988 Saddam Hussein utilizó armas químicas en contra de los kurdos de su país y de civiles y militares en su guerra con Irán. Causó decenas de miles de víctimas y Washington no dijo nada aunque ahora se sabe que tenía pruebas de ese uso.

En 1991, tras su victoria en lo que fue la primera guerra del golfo Pérsico, Estados Unidos desmanteló buena parte del arsenal químico de Irak y llegó a una conclusión insólita. A la luz de la efectividad de sus armas convencionales en dicha guerra, decidió que ya no necesitaba un arsenal de armas químicas y presionó para la pronta conclusión de lo que en 1993 se convirtió en la convención para la prohibición total (uso y posesión) de las armas químicas.

El pasado viernes el secretario de Estado John Kerry presentó lo que calificó de pruebas incontrovertibles del uso de agentes químicos por las fuerzas de Assad en contra de su propia población. Los rusos pidieron que Washington comparta esas pruebas con el consejo de seguridad. No se sabe lo que hará el Congreso estadounidense y Hollande tampoco está seguro de lo que decida la asamblea nacional. Todo sigue en veremos.

Para muchos observadores se trata de una película que ya vimos en 2003 en el caso de Irak. Algunos dudan de la autoridad moral de Washington en materia de armas químicas. No pocos temen que una escalada en el conflicto sirio acarree consecuencias imprevisibles.

Gringo excepcional

3 de octubre de 2013

La Asamblea General de Naciones Unidas ha iniciado su sesión anual en Nueva York. Se trata de un ritual otoñal que se ha celebrado de manera ininterrumpida durante casi siete décadas. La asamblea desahoga su amplia agenda en seis comisiones y en el plenario.

Su sesión arranca con un debate general en el que participan decenas de jefes de Estado o de gobierno y un centenar de ministros. Las dos semanas que dura ese debate general es una ocasión que muchos mandatarios aprovechan para reunirse con sus colegas de otros países. Algunos también buscan entrevistas en los medios de comunicación.

Hace ya algunas décadas que se redujo el tiempo dedicado al debate general. Hoy cada orador tiene asignados unos 15 minutos y casi todos los dedican a un mensaje dirigido a la opinión pública de su país. Brasil es tradicionalmente el primer orador en el debate y la presidenta Dilma Rousseff aprovechó su alocución para regañar a Washington por el espionaje telefónico y cibernético de la Agencia Nacional de Seguridad. Su mensaje fue bien recibido en Brasil, pero la prensa internacional no le hizo mucho caso.

Los oradores que más interés despertaron dentro y fuera de la ONU fueron los presidentes de Estados Unidos e Irán. El nuevo presidente iraní, Hassan Rouhani, aprovechó su discurso en la Asamblea General para enviar un mensaje conciliador a las potencias occidentales en general y al presidente Barack Obama en particular. Repitió ese mensaje en las diversas entrevistas que concedió a los medios de comunicación.

El presidente Obama también dirigió un mensaje moderado al nuevo gobierno iraní y durante varios días se especuló acerca de la posibilidad de un encuentro entre ambos mandatarios. Al final el contacto, el primero desde 1979, se redujo a una breve plática por teléfono. Ello causó revuelo entre los dirigentes israelíes y el primer ministro Benjamín Netanyahu se apresuró a viajar a Washington para desalentar un acercamiento con Teherán.

Además de este giro importante en la relación entre Estados Unidos e Irán, durante la semana pasada el Consejo de Seguridad por fin pudo pronunciarse de manera unánime sobre el arsenal de armas químicas de Siria. La resolución aprobada señala el procedimiento que se deberá seguir para desmantelar ese arsenal pero no se refiere a lo que podrá ocurrir si Siria no lo cumple. Estados Unidos buscó sin éxito la inclusión del uso de la fuerza militar pero Rusia no lo aceptó.

En su discurso el presidente Obama reveló lo difícil que ha sido para él decidir cuándo y cómo recurrir al uso de la fuerza militar. Habló durante más de 40 minutos (la regla de los 15 minutos tiene sus excepciones) y se centró en el papel de Washington en Medio Oriente. Se refirió también al lugar de su país en el mundo y a la idea de que Estados Unidos es un caso excepcional en el concierto de naciones.

Obama dijo: “Hay quienes no estarán de acuerdo, pero creo que Estados Unidos es excepcional” y lo es “en parte porque hemos dado muestras de una voluntad... de defender no sólo nuestros intereses particulares, sino los intereses de todos”.

¿Cómo puede medirse ese llamado excepcionalismo de Washington? Lo cierto es que no es lo mismo actuar en defensa de los intereses de todos que actuar de forma desinteresada. ¿Cuáles son esos intereses de todos y quién los ha identificado?

Pensemos, por un momento, en lo que se ha logrado en la ONU desde 1945. Sus metas podrían considerarse como los intereses de todos y pueden resumirse en cuatro rubros: desarme

y seguridad internacional, desarrollo económico, derechos humanos y descolonización. En cuanto a los primeros dos podría concluirse que se ha logrado bien poco. El mundo sigue siendo muy violento y abundan los armamentos, desde pistolas hasta artefactos nucleares. Las disparidades económicas entre los países siguen siendo enormes y esas disparidades se observan también dentro de los países, ricos o pobres.

En lo que hace a los otros dos rubros (derechos humanos y descolonización) se han registrado avances significativos en las pasadas siete décadas. Los diversos aspectos de los derechos humanos han sido examinados y muchos ya han sido codificados en sendos tratados y convenios elaborados por la ONU. El proceso de descolonización, iniciado en serio en 1945, casi ha concluido y muchos de los hoy 193 miembros de la ONU son prueba de ello. En ambos casos, Estados Unidos fue uno de los principales promotores.

Aun en el campo del desarme y del desarrollo económico, habrá quienes defiendan el papel de Washington. Algunos dirán que el modelo capitalista propugnado por Estados Unidos ya ha sido aceptado por casi todos los miembros de la ONU. ¿Y qué decir de los acuerdos multilaterales de desarme concertados desde 1945?

Se nos dirá que la conclusión de los tratados que eliminan las armas biológicas y químicas fue posible porque Estados Unidos la impulsó. Pero lo que no se dice es que en ambos casos Washington había antes renunciado unilateralmente a poseer dichas armas y luego buscó la manera de que ningún otro país las tuviera. ¿Por qué no hace lo mismo en el caso de las armas nucleares? Es obvio que un mundo libre de dichas armas sería en el interés de todos. ¿Por qué se opone a la convención que prohíbe las minas antipersonales? ¿Y qué decir del comercio ilícito de armas convencionales?

En la esfera de la seguridad internacional habrá quienes nos recuerden que Estados Unidos ciertamente no se ha comportado de manera compatible con las metas de la ONU y el derecho internacional. Piensen en Cuba, Vietnam, Nicaragua, Granada y Panamá, y más recientemente en Irak. La lista es más larga.

Quizás Estados Unidos no sea una nación excepcional y lo único excepcional sea que hay estadounidenses que lo creen y lo pregonan.

El próximo 22 de noviembre se cumple medio siglo del asesinato del presidente John F. Kennedy. Pese al tiempo transcurrido persisten muchas incógnitas acerca de su breve paso por la Casa Blanca.

Se calcula que se han publicado unos 40 mil libros sobre JFK. Curiosamente aún no se ha escrito una biografía definitiva como la de Robert Caro sobre Lyndon Johnson, las muy buenas sobre los dos Roosevelt (Theodore y Franklin) o las recientes sobre Woodrow Wilson y Dwight D. Eisenhower. En el caso de JFK, siguen sin respuesta aspectos de su personalidad y su gestión como presidente. He aquí algunos apuntes un tanto personales.

Llegué a New Haven, Connecticut, en septiembre de 1960 para iniciar en la universidad de Yale los cuatro años de licenciatura. A las pocas semanas observé desde la ventana de mi habitación un acto de la campaña presidencial del candidato del Partido Demócrata, el senador Kennedy de Massachusetts. Ese noviembre JFK ganó la elección por un minúsculo margen. Tres años después, desde otra ventana en otro edificio en otra ciudad, un asesino acabó con la vida de JFK. Ahí empezó un mito que los historiadores aún no han podido descifrar.

Confieso que, tras la inauguración de JFK, me sorprendió el creciente entusiasmo que despertó el nuevo presidente entre mis compañeros universitarios. Se trata de jóvenes cuya adolescencia había transcurrido durante los ocho años de la administración de Eisenhower. La década de 1950 había resultado un tanto insípida, sobre todo comparada con la siguiente y muy tumultuosa década.

Critiqué que en abril de 1961 un grupo de exiliados cubanos hubiera intentado invadir a Cuba con el apoyo del gobierno de JFK. Es cierto que el plan fue ideado por la CIA durante el gobierno de Eisenhower, pero fue Kennedy quien lo autorizó.

Tampoco me pareció bien que nombrara a su hermano Robert procurador general en su gobierno ni que designara a otro hermano (Edward) para sucederlo en el Senado. Luego se supo que su padre le había insistido en que, una vez en la presidencia, sólo se fiara de su familia, ya que otros consejeros lo podrían traicionar o promover sus metas personales.

Es cierto que JFK se rodeó de intelectuales y académicos (no pocos de la universidad de Harvard, su *alma mater*) quienes se encargaron de autocalificarse de los mejores y más inteligentes (*the best and the brightest*). Pero muchos de sus consejeros lo alentaron a la aventura de playa Girón y a la intensificación de la presencia militar estadounidense en Vietnam.

La estrecha colaboración (¿colusión?) de Yale con el gobierno también me irritó. Como becario tuve que trabajar 10 horas semanales para la universidad: el primer año de mesero en los comedores de los estudiantes y los siguientes tres en alguna actividad más o menos académica. Tuve la suerte de encontrar chamba en el departamento de cartografía de Yale. Al poco tiempo empezaron a encargarme mapas muy detallados de lugares que desconocía. Al preguntarle a mi jefe acerca de esos mapas, me contestó que se trataba de un proyecto sobre aldeas de Vietnam que les había encomendado el Departamento de Defensa en Washington. Le pedí que me asignara tareas que no tuvieran nada que ver con mapas para fines militares. Estuvo de acuerdo.

Al igual que Barack Obama, JFK rompió con el molde presidencial tradicional: blanco, anglosajón y protestante. De familia irlandesa, fue el primer (y hasta hoy el único) católico en llegar a la presidencia de su país.

Además, fue el primer presidente que supo utilizar la televisión con fines políticos y lo hizo bien. Y su juventud (tenía apenas 43 años cuando llegó a la Casa Blanca) fue una inspiración para toda una generación. Hablaba bonito y sus discursos estaban bien escritos. Además, con los corresponsales de prensa instauró la práctica de entrevistas semanales que se transmitían por televisión en vivo.

Los medios de comunicación se entusiasmaron con el joven presidente y su familia. Su esposa se convirtió en un ícono de la moda femenina y sus pequeños hijos sirvieron para fomentar una imagen que los acercaba a la realeza. JFK cultivó con éxito la relación con la prensa y hubo muchos periodistas que lo adoraron. Se dice, inclusive, que no pocos se hacían de la vista gorda cuando descubrían que había echado una canita al aire. También amplió su círculo de amistades en Hollywood. El caso de Marilyn Monroe quizás sea el más conocido.

Años después, un colega diplomático estadounidense me confesó su sorpresa cuando, estando adscrito al consulado en Milán en 1962, le pidieron que discretamente ayudara en los preparativos logísticos de una escala técnica y secreta del avión presidencial. Al parecer, JFK quería visitar a una amiga.

En las últimas décadas se ha ido documentando el lado frívolo de la vida de JFK. Se trata de un capítulo que su familia y sus más cercanos colaboradores conocían bien y se esmeraron por encubrir. De ahí que los primeros libros que se publicaron tras su muerte hayan sido una defensa de lo que se consideró su mayor logro: su lucha por la justicia social.

En efecto, desde su toma de posesión buscó la manera de alentar a los jóvenes a comprometerse con las causas sociales más nobles. Instituyó el Peace Corps y, más importante, promovió los derechos civiles de la población de origen africano. Sin embargo, hay que subrayar que las leyes que idearon sus colaboradores en este campo sólo serían aprobadas por el congreso bajo la presidencia de Johnson. Esas leyes y el movimiento social que las engendró cambiaron al país para siempre.

Hoy es día de Halloween en Estados Unidos, pero es seguro que nadie se disfrazará de JFK. Sencillamente no sabrían qué disfraz ponerse: el de un dirigente visionario y estadista astuto o el de un político oportunista y mediocre y un hombre frívolo y mujeriego. JFK sigue esperando a su biógrafo.

Temas nucleares

28 de noviembre de 2013

El pasado fin de semana en Ginebra se concluyó un acuerdo entre Irán y los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia) más Alemania sobre las actividades de Teherán en el campo nuclear. El acuerdo tendrá una duración de seis meses, mientras se negocia uno mucho más amplio.

Son tres los requisitos para conseguir una capacidad nuclear militar: primero, se requiere de cierta cantidad de material fisible y fisionable (plutonio o uranio altamente enriquecido); luego hay que tener la tecnología para construir un artefacto (bomba) con ese material, y tercero, es menester un sistema para transportarlo (aviones o proyectiles balísticos). Hace tiempo que Irán, como muchos otros países, cuenta con la tecnología para construir armas nucleares y los misiles para transportarlas. Sólo le falta el material fisionable.

Irán aún no ha producido plutonio. Pero ha construido un reactor de agua pesada en Arak, al sur de Teherán, que podría procesar unos 12 kilos de plutonio por año a partir de 2014. Con esa cantidad de material fisionable podría fabricar un par de armas nucleares. Irán insiste en que el propósito de ese reactor es producir radioisótopos médicos y generar energía térmica. Pero también produciría plutonio. De ahí las quejas de la delegación francesa en Ginebra hace unas semanas.

En cambio, Irán tiene la capacidad de enriquecer uranio, ya que cuenta con unos 20 mil centrifugadores, aparatos que funcionan como el último ciclo (exprimir) de una lavadora de ropa. Para fabricar un artefacto nuclear primitivo es necesario enriquecer en más de 20 por ciento el uranio. La bomba que Estados Unidos arrojó sobre Hiroshima en 1945 contenía 64 kilos de uranio enriquecido a un 80 por ciento. La que detonaron sobre Nagasaki era de plutonio.

En el acuerdo logrado en la madrugada del domingo pasado en Ginebra, Irán se comprometió a discontinuar el enriquecimiento de uranio más allá de 5 por ciento, a diluir el uranio ya enriquecido por encima de 20 por ciento, a renunciar a la instalación de nuevos centrifugadores, a detener el desarrollo del reactor en Arak, y a abrir a los inspectores de la Agencia Internacional de Energía Atómica todas sus centrales nucleares.

Por su parte, las seis potencias se comprometieron a no imponer nuevas sanciones a Irán y a relajar temporalmente algunas de las que ya están en vigor, incluyendo algunas restricciones comerciales, sobre todo en materia petroquímica, y la liberación de una pequeña parte (unos 3 mil 600 millones de dólares) de los fondos iraníes en cuentas bancarias que se habían congelado.

A la luz de lo anterior, inicio un repaso de los aspectos más sobresalientes de la problemática nuclear. ¿Cuál ha sido el desarrollo de los arsenales nucleares desde 1945? ¿Cuál ha sido la actitud de los estados con armas nucleares hacia sus propios arsenales? ¿Cuál ha sido la actitud de los estados que no tienen armas nucleares hacia esos instrumentos de destrucción en masa? ¿Por qué ha sido imposible prohibir el uso y eliminar los arsenales nucleares existentes? ¿Qué ha hecho la sociedad civil para detener y revertir el desarrollo de armas nucleares?

Empecemos con una pregunta fundamental: ¿cómo fue posible que en el siglo XX individuos supuestamente cuerdos hayan ideado y luego desarrollado y utilizado los instrumentos de guerra más horribles jamás inventados? El siglo XX fue el siglo de las armas de destrucción

en masa; todas fueron utilizadas. Esto quizás constituya el mayor pecado cometido por el ser humano.

Los avances en la ciencia y la tecnología en el siglo XX hicieron posible la aparición de los tres tipos de armas de destrucción en masa: las biológicas (bacteriológicas) y tóxicas, las químicas y las atómicas o nucleares.

El debate netamente científico acerca del átomo se inició en el siglo XIX y se intensificó en el primer tercio del siglo XX en varias universidades, sobre todo alemanas. Ese debate habría de convertirse en una competencia entre Alemania y los aliados por ser los primeros en fabricar una bomba atómica. Esa competencia luego derivaría en otra, entre Estados Unidos y la entonces Unión Soviética.

La proliferación de las armas nucleares tiene dos aspectos fundamentales: la proliferación horizontal, es decir, la adquisición de dichas armas por más y más países (y actualmente se habla también de actores no estatales); y la proliferación vertical, es decir, el mejoramiento e incremento de los arsenales ya existentes.

Desde 1945 una de las metas de los debates y negociaciones internacionales ha sido la prohibición completa de las armas de destrucción en masa. Sin embargo, hubo (y sigue habiendo) críticas a los esfuerzos de Naciones Unidas en este campo. Se insiste en que las armas pequeñas y ligeras han cobrado muchas más víctimas que dichas armas. A esos críticos no les falta razón; pensemos en el machete, el arma que más muertes ha causado en las últimas décadas.

Además, la problemática nuclear se complica cuando evaluamos los posibles beneficios del uso con fines pacíficos de la energía nuclear. He ahí otro hilo conductor de los debates en torno a esta cuestión. El caso de Irán es ilustrativo a este respecto.

Hasta 1945 el mundo estuvo libre de armas nucleares. Tras la fabricación de unos 140 mil de estos artefactos, parece haber un cambio en el papel que algunos gobiernos les asignan. Ya no se les considera como un medio adecuado para afianzar su seguridad nacional. Los conceptos de disuasión y la destrucción mutua asegurada han pasado de moda en un mundo más preocupado por otros retos y amenazas, incluyendo la extrema pobreza, el cambio climático y la crisis financiera.

Más que nada, la motivación para lograr la eliminación de las armas nucleares parece ser el temor de que siga su proliferación horizontal a otros estados y posiblemente a los llamados actores no estatales, incluyendo a grupos terroristas. He ahí el problema.

¿Cuates?

26 de diciembre de 2013

Interrumpo los comentarios sobre temas nucleares que inicié el mes pasado para abordar una cuestión que se vincula con la reforma energética que acaba de aprobarse en nuestro país. Se trata de la forma en que sucesivos gobiernos mexicanos han intentado definir o quizás más bien matizar la relación entre México y Estados Unidos. Son dos los aspectos fundamentales de dichos intentos.

En primer lugar cabe recordar que, desde mediados del siglo pasado, el presidente electo en México ha pensado que podría llevar bien la relación con Estados Unidos. Hubo excepciones, pero en términos generales, esa intención duró unos dos años, seguidos de un periodo de desencanto que a veces dio pie a una fricción abierta. Quizás sea parte de la condición humana, pero lo cierto es que pocos mandatarios asumieron el cargo conscientes de las lecciones de la historia: la vecindad es canija. Un segundo aspecto es el afán por hacer cosas que pensamos pueden ser del agrado de Washington. Para algunos la adopción del llamado modelo neoliberal quizás constituya el gesto al exterior más dramático; para otros la reforma energética quizás sea el último capítulo de ese supuesto paso a la modernidad, como algunos lo han bautizado.

Al promulgar la reforma constitucional en materia energética el 20 de diciembre, el presidente Enrique Peña Nieto señaló: Con esta reforma mandamos una clara y contundente señal de que México se está transformando en el siglo XXI para bien de todos los mexicanos. Y agregó: Así se percibe ya en el exterior. Se trata de hacer cosas o de asumir posiciones que pensamos serán del agrado del exterior (léase Washington) y que serán retribuidas o compensadas con actos que indiquen cierta reciprocidad. Sobre una supuesta reciprocidad hablaremos más adelante.

Durante la *guerra fría* los gestos de nuestros gobernantes hacia Washington incluyeron manifestaciones de anticomunismo. Por ejemplo, en 1970 el presidente electo Luis Echeverría le habría asegurado al presidente Richard Nixon que sería tan anticomunista como presidente como lo había sido como secretario de Gobernación.

La idea de tener gestos o de enviar señales al exterior es un tema recurrente en nuestra historia. Y quizás se ha venido acentuando en las últimas tres o cuatro décadas. He aquí una pequeña muestra. Durante la administración del presidente Ronald Reagan, el gobierno estadounidense se encontró aislado, con un puñado de países europeos, dentro de la asamblea general de la ONU en los temas relativos al régimen del *apartheid* en Sudáfrica. Washington se quejaba de que los pronunciamientos de la asamblea general contenían alusiones directas a países y se opuso a lo que describió como *name-calling*. Pero, ¿cómo iba a ser de otra manera si eran precisamente esos países los que se oponían a las sanciones contra Sudáfrica? En algún momento el gobierno mexicano pensó que quizás podría atender las quejas de Washington al sugerir que se eliminara toda alusión directa a esos países en los documentos de la ONU. Se planteó el asunto a los delegados mexicanos encargados de dichos temas y, por fortuna, nuestro gobierno abandonó la idea.

Son muchos los casos de gestos del gobierno mexicano para congraciarse con las autoridades estadounidenses. Hace poco se publicó el libro *Diplomacia en tiempos de guerra, las memorias del embajador Gustavo Iruegas (1942-2008)*. Ahí se relatan detalles de la campaña que libró el canciller Jorge Castañeda Gutman en contra del gobierno cubano en 2001 y 2002. En esos años el embajador Iruegas era subsecretario para América Latina y el Caribe y describe

los intentos del canciller del presidente Vicente Fox por desprestigiar al gobierno cubano como una manera de quedar bien con la administración del presidente George W. Bush.

Comparto la opinión de Iruegas ya que, como subsecretario para asuntos multilaterales, fui testigo de una actitud parecida de Castañeda Gutman en torno a los asuntos que examinaba el Consejo de Seguridad de la ONU. El canciller no analizaba el fondo de las cuestiones sino que se limitaba a identificar lo que quería Washington y actuaba en consecuencia. Y lo hacía, según Iruegas, pensando que sacaría algo a cambio. Pero no hubo reciprocidad. Recuerden la idea de que Estados Unidos nos debería compensar de alguna manera por el llamado bono democrático tras la victoria de Fox.

Hace medio siglo que vengo observando a muchos dirigentes mexicanos esforzarse por quedar bien con Estados Unidos. Piensan que pueden entablar una amistad con Washington. Confunden lo que quizás sea cierta simpatía personal de algunos funcionarios con la política de estado que viene siguiendo Estados Unidos hacia México desde hace muchas décadas.

Washington simplemente tiene una idea de México que no cuadra con la que quisiéramos que tuviera. Suelen vernos como un problema, ya sea como violadores de su frontera o como proveedores de drogas. A veces nos consideran, como diría Carlos Fuentes, como un pozo de petróleo, o como una fuente de mano de obra barata. Pero jamás nos ven como amigos y mucho menos como cuates. Durante el sexenio del presidente De la Madrid, estuve adscrito a la misión permanente ante la ONU en Nueva York. Traté a muchos diplomáticos y recuerdo las pláticas que tuve sobre Estados Unidos con el embajador de la entonces Unión Soviética, Oleg Troyanovsky. Conocedor de Estados Unidos, se interesaba en las relaciones de nuestro país con Washington. Me insistía en que no comprendía por qué nuestros dirigentes actuaban como si fuéramos amigos. Ellos –me decía– no los ven así.

Resulta ingenuo pensar que la podemos llevar bien con Estados Unidos. En toda relación asimétrica el lado más débil suele salir perjudicado. No importa el tema. La idea es muy sencilla. Se trata de identificar temas que interesan a Estados Unidos y luego tomar medidas para complacerlos con la esperanza de que nuestras acciones se vean reciprocadas. Pero es un juego inútil y somos víctimas de nuestra amnesia (o ignorancia) histórica.

Temas nucleares/II

9 de enero de 2014

Retomo el repaso de las cuestiones relativas a la problemática nuclear que inicié el pasado 28 de noviembre.

Las armas nucleares representan una amenaza sin precedente para la supervivencia de la humanidad. No afianzan la seguridad de nadie; más bien ponen en peligro la existencia de todos. Deben eliminarse como ya se hizo con las otras armas de destrucción en masa: las biológicas y las químicas en las convenciones de 1972 y 1993, respectivamente.

Concentrarse en el peligro potencial de que las armas nucleares caigan en manos de otros es tergiversar el argumento para su eliminación. Deben prohibirse porque son inmorales y seguramente ilegales. Ni siquiera pueden ser consideradas como instrumentos de guerra.

Para acabar con los arsenales nucleares existentes resulta indispensable que los estados que los poseen cambien su actitud. Y hace años que la comunidad internacional ha venido tratando de alentar dicho cambio de actitud.

En el viaje hacia el desarme nuclear se han hecho muchas escalas. Los países y organizaciones no gubernamentales que lo promueven han intentado conseguirlo por distintos medios.

Se pensó en ampliar y definir mediante sendos tratados las zonas libres de armas nucleares: la Antártida, luego el espacio ultraterrestre, la Luna y otros cuerpos celestes, y los fondos marinos, seguido por zonas habitadas, empezando por América Latina y el Caribe. Con el tiempo se agregaron los países del Pacífico Sur, el Sudeste asiático, África y Asia Central, así como Mongolia.

Se organizaron diversas campañas a nivel mundial para promover el desarme nuclear. Se involucró a la Unesco en un esfuerzo educativo. Se comisionaron estudios sobre diversos aspectos de la problemática nuclear.

Se plantearon medidas encaminadas a detener la modernización de los arsenales ya existentes. Se abogó por una prohibición completa de los ensayos nucleares. Se buscaron acuerdos para limitar los proyectiles balísticos de corto, mediano y largo alcance.

Se elaboraron textos completos de tratados multilaterales para la eliminación de las armas nucleares. Y se planteó la cuestión de la ilegalidad de dichas armas.

En la actualidad hay un esfuerzo por difundir los efectos a corto y largo plazo de un posible uso de las armas nucleares. Se trata de alertar a la opinión pública mundial acerca del desastre humanitario y ambiental que ocasionarían dichas armas.

El año pasado el gobierno de Noruega organizó una primera conferencia sobre el impacto humanitario de las armas nucleares. A mediados del próximo mes nuestro país será el anfitrión de una segunda conferencia.

Se trata de un nuevo intento por encontrar la manera de movilizar a la opinión pública mundial en favor de un mundo libre de armas nucleares. No será fácil. Lo importante sería que los dirigentes de los países como Noruega y México presionaran a los gobiernos de los estados poseedores de dichas armas.

Son nueve los países que actualmente cuentan con un arsenal nuclear: Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia, China, Israel, India, Pakistán y Corea del Norte. Todos ellos insisten en que dependen de dichas armas para su seguridad nacional. Por lo tanto, hay que convencerlos de que esa dependencia resultará contraproducente.

Desde luego, no todas las naciones nucleares comparten la misma actitud hacia sus arsenales. Empecemos por Estados Unidos. En 1939 Albert Einstein firmó una carta escrita por el físico húngaro Leó Szilárd en la que alertaban al presidente Franklin Roosevelt acerca de la posibilidad de que los avances de la ciencia hicieran posible la construcción de una bomba atómica. Les preocupaba que Alemania lo hiciera primero. Roosevelt se interesó e inició la preparación de lo que se convirtió en 1942 en el Manhattan Project.

Durante la segunda guerra mundial, el gobierno alemán decidió explorar la posibilidad de producir una bomba atómica. Era natural que se le ocurriera, ya que fue en Alemania donde se registraron los avances científicos más notables en el campo nuclear en el primer tercio del siglo XX.

Los científicos alemanes involucrados en el proyecto atómico de Hitler eran bien conocidos por los físicos y químicos del mundo entero. El más famoso fue Werner Heisenberg. Muy pronto se supo en Londres y Washington de las intenciones de Berlín, y Churchill inició un programa para adelantarse a los alemanes. Reclutó a muchos científicos europeos, algunos de ellos alemanes que habían huido de su país.

Los ataques aéreos alemanes contra el Reino Unido complicaron el proyecto atómico de Churchill y muy pronto aceptó la oferta de Roosevelt de llevarlo a cabo en Estados Unidos. Así lo acordaron los gobiernos de Estados Unidos, Reino Unido y Canadá y así nació en 1942, bajo la administración del general Leslie Groves, el Manhattan Project.

Dirigidos por J Robert Oppenheimer, los científicos se instalaron en Los Álamos, Nuevo México, y en diversas instituciones académicas estadounidenses. La idea era producir una bomba atómica antes que los alemanes.

Identificaron los problemas teóricos y técnicos y buscaron soluciones. En 1943 se inició tanto la planta de Oak Ridge, Tennessee, para enriquecer uranio, como la instalación en Hanford, Washington, para producir plutonio.

Hacia finales de 1944 los Aliados habían iniciado su ofensiva final en contra de Alemania y entonces se supo que Hitler había abandonado su intento de construir una bomba atómica. Empero, el general Groves confesó que continuarían los trabajos en Los Álamos, ya que la intención era subyugar a los soviéticos.

Fue así como se tergiversó el intento inicial para evitar que Hitler obtuviera primero las armas atómicas. Cambió el planteamiento original y surgió el dilema moral entre los científicos involucrados en el Manhattan Project. ¿Estaban trabajando para evitar la victoria de los nazis o estaban al servicio de otros intereses de los dirigentes políticos y militares de Washington?

La respuesta no se hizo esperar. Alemania se rindió en la primavera de 1945, pero el 16 de julio de ese año Estados Unidos detonó el primer artefacto atómico. Semanas después lanzaría una bomba de uranio enriquecido sobre Hiroshima y otra de plutonio en Nagasaki. Continuaremos en el siguiente artículo.

Temas nucleares/III

6 de febrero de 2014

El desarrollo, fabricación y eventual uso de las armas atómicas o nucleares planteó una serie de consideraciones éticas y políticas tanto para los científicos como para los dirigentes de los países involucrados. Ni unos ni otros encontraron respuestas satisfactorias.

Hacia 1939 los científicos en Alemania, así como los europeos que se habían refugiado en Estados Unidos, llegaron a la conclusión de que era factible una reacción nuclear en cadena y, por lo tanto, la construcción de un artefacto atómico altamente explosivo. Para lograrlo, sólo era cuestión de tiempo para conseguir los recursos humanos y materiales necesarios.

Entre los científicos estadounidenses hubo cierto escepticismo acerca de la posibilidad de construir una bomba atómica. Pero hubo otros que estaban preocupados ante la posibilidad de que Adolf Hitler consiguiera una bomba atómica. Uno de ellos fue el físico húngaro Leó Szilárd, que se encontraba en la Universidad de Columbia en Nueva York.

Szilárd se acercó a Enrico Fermi, un reconocido físico italiano que se había exiliado en Chicago en 1938. Pero éste no compartía la preocupación de Szilárd, quien entonces buscó a Albert Einstein, su antiguo profesor en Berlín instalado en la Universidad de Princeton. En julio de 1939 lo convenció de enviar una carta al presidente Franklin Roosevelt para alertarlo del peligro de que Alemania construyera una bomba atómica.

Así se sembró la semilla de lo que en 1942 se convirtió en el Manhattan Project. El propósito de dicho proyecto era construir una bomba atómica antes de que lo logaran los alemanes. La idea inicial no fue la de utilizar la bomba sino la de construirla para disuadir al enemigo. Ahí nació la teoría de la disuasión nuclear, que dominaría buena parte de la rivalidad entre Estados Unidos y la entonces Unión Soviética durante la segunda mitad del siglo pasado. La idea era muy sencilla: no te atrevas a atacarme porque tengo un arsenal capaz de aniquilarte.

Se construyeron cuatro bombas atómicas: el artefacto que se ensayó el 16 de julio de 1945, las bombas que arrojaron sobre Hiroshima y Nagasaki los días 6 y 9 de agosto de ese año, y una cuarta bomba que no utilizaron. A finales de 1945 Estados Unidos había demostrado al mundo que tenía la capacidad científica, técnica e industrial para producir armas nucleares (aunque lo hizo con la ayuda de Canadá y Reino Unido y decenas de científicos extranjeros), que tenía un monopolio sobre esas armas (aunque sólo tenía una) y que estaba dispuesto a utilizarlas.

¿Cómo convenció Estados Unidos a tantos científicos de colaborar en un proyecto destinado a construir el arma más poderosa jamás ideada? ¿Y por qué esos científicos participaron en un proyecto netamente militar dirigido por el general Leslie Groves?

A muchos químicos y físicos que habían dedicado su vida a la investigación de la ciencia pura quizás los empujó la curiosidad de ver los resultados prácticos de sus descubrimientos teóricos. Otros estaban convencidos de que debían salvar a la humanidad de la amenaza que representaban los nazis. Hubo discusiones entre ellos acerca de la ética científica de lo que estaban haciendo pero, con raras excepciones, no tuvieron serias dudas sobre lo que hacían en Los Álamos y otros centros de investigación.

Una excepción fue el físico polaco (luego británico) Joseph Rotblat. En diciembre de 1944, cuando se supo que Hitler había abandonado su proyecto atómico, Rotblat decidió renunciar y se fue de Los Álamos. Fue el único que manifestó que el Manhattan Project ya no tenía

sentido. Una década después Rotblat ayudaría a Bertrand Russell y Albert Einstein a crear el movimiento Pugwash, que hoy continúa propiciando el desarme nuclear.

Pero Roosevelt, alentado por el general Groves, así como el director científico J. Robert Oppenheimer, decidió continuar con el Manhattan Project. Meses después, en mayo de 1945, cuando los alemanes se rindieron, no pocos de los científicos que trabajaban en el Manhattan Project pidieron que se descontinuara. Para entonces Roosevelt había muerto y su sucesor, el presidente Harry S. Truman, se había convertido en un entusiasta defensor del proyecto.

Curiosamente Truman sólo se enteró del Manhattan Project al asumir la presidencia de Estados Unidos en abril de 1945. Se encaprichó con la idea de producir una bomba atómica y en sus memorias confiesa que desde un primer momento decidió que la utilizaría si se cumplían dos condiciones: que se ensayara con éxito y que se identificaran centros de producción militar en Japón. Consideraciones militares influyeron en esa decisión: se precipitaría el fin de la guerra en el Pacífico y se enviaría una señal clara a la Unión Soviética, que Truman veía como una potencia expansionista en 1945.

A los científicos que observaron ese primer ensayo de un artefacto atómico les sorprendió su poder explosivo. De hecho nadie pudo calcular el tamaño de la explosión que se produciría. Enrico Fermi dijo medio en broma que podría ser un fracaso o que podría destruir el mundo. Resultó superior a la explosión que destruiría a Hiroshima.

Los científicos estaban divididos en cuanto a lo que habían logrado. Algunos abogaron por seguir produciendo bombas cada vez más potentes mientras que otros estaban horrorizados por la devastación que causaría su posible uso.

En junio un grupo de científicos encabezado por James Franck insistió en que no se utilizara la bomba atómica contra Japón. Es más, el grupo predijo que el secreto atómico pronto dejaría de ser secreto y que se desencadenaría una competencia nuclear con otras naciones (léase la Unión Soviética), que obligaría a Estados Unidos a seguir produciendo más y mejores artefactos nucleares. Así ocurrió.

La decisión de Roosevelt a finales de 1944 de continuar con el Manhattan Project a pesar de que ya se sabía que Alemania había abandonado su proyecto de construir una bomba atómica fue un grave error. La decisión de Truman de utilizar bombas atómicas contra Japón fue inmoral.

Temas nucleares/IV

6 de marzo de 2014

El uso de las armas atómicas en agosto de 1945 dividió a los militares estadounidenses, a los funcionarios del gobierno del presidente Harry S. Truman y, sobre todo, a los científicos. Albert Einstein manifestó que había sido un error lanzar las bombas en Hiroshima y Nagasaki, y años después confesó que su carta al presidente Franklin D. Roosevelt en 1939 había sido un error, aunque la amenaza de Alemania era real. También dijo que Roosevelt no hubiera utilizado las bombas atómicas contra Japón.

El almirante William D. Leahy, quien fue el jefe del gabinete militar del presidente Roosevelt y luego del presidente Truman, se opuso vigorosamente al uso de las armas atómicas. En sus memorias, publicadas en 1950, escribió que Truman se equivocó, ya que los japoneses ya habían sido derrotados mediante un eficaz bloqueo de sus puertos y una exitosa campaña de bombardeos con armas convencionales. Y observó que al ser Estados Unidos el primero en utilizar las armas atómicas habíamos adoptado un estándar ético común a los bárbaros de la Edad Media, agregando: No me enseñaron a hacer guerras de esa manera, y que las guerras no se pueden ganar mediante la destrucción de las mujeres y los niños.

Otros militares estadounidenses compartían la opinión de Leahy. Los generales Dwight David Eisenhower y Douglas MacArthur se manifestaron en contra del uso de las armas atómicas. Ninguno de los dos fue consultado por Truman y ambos estaban convencidos de que a principios de agosto de 1945 Japón estaba a punto de rendirse. Tokio sólo quería que permaneciera el emperador.

En 1953 Eisenhower sucedería a Truman en la presidencia y su actitud hacia el creciente arsenal nuclear estadounidense reveló un astuto manejo político que hoy ha sido documentado y reconocido. De ello hablaremos más adelante.

Cabe recordar que durante la Segunda Guerra Mundial ambos bandos recurrieron a los llamados bombardeos de saturación. Ensayados por la Legión Cóndor de Alemania durante la Guerra Civil Española, fueron utilizados indiscriminadamente en Europa y luego por Estados Unidos en Japón en 1945. Un ejemplo: en la noche del 9 al 10 de marzo de ese año, un intenso bombardeo aéreo con armas incendiarias causó la muerte de 100 mil habitantes de Tokio. Mucho antes de Hiroshima y Nagasaki, Washington ya había recurrido a una estrategia de destrucción de la población civil.

Al igual que los políticos y militares estadounidenses, los científicos que habían trabajado en el Proyecto Manhattan estaban divididos acerca del uso de las armas atómicas. Algunos no objetaron su uso inicial pero luego abrigaron serias dudas, y unos cuantos, incluyendo a J. Robert Oppenheimer, sufrieron una grave crisis de conciencia.

Abrumado por el remordimiento, sobre todo a raíz de la destrucción de Nagasaki, que consideró injustificada por innecesaria, Oppenheimer abandonó Los Álamos en octubre de 1945. Pocos días después visitó a Truman y le dijo que sentía que tenía sangre en sus manos. El presidente se enojó y más tarde comentaría que Oppenheimer era un bebé llorón y que no quería volver a ver a ese hijo de puta.

Por esas fechas el gobierno de Truman ya había aceptado que las armas nucleares constituían un instrumento legítimo de guerra. Su producción permitiría reducir las fuerzas armadas convencionales y serviría además para amedrentar a la Unión Soviética (el nuevo rival de Estados Unidos).

A finales de 1945 Truman autorizó un programa para seguir desarrollando la energía nuclear con fines militares e iniciar otro para promover sus usos pacíficos. Se decidió poner ambos bajo una única autoridad civil, la Comisión de Energía Atómica (AEC, por sus siglas en inglés), que inició sus trabajos en 1947.

La AEC tuvo a su cargo desarrollar el minúsculo arsenal nuclear, asegurando su mejoramiento constante: bombas más eficaces y potentes. También se decidió desarrollar nuevos sistemas para transportarlas. Así nació la proliferación vertical de las armas nucleares y sus vectores.

Pero también se vislumbraba la adquisición de las armas nucleares por otros estados, la llamada proliferación horizontal. Ello ocurrió en 1949 cuando la Unión Soviética se convirtió en el segundo país en detonar un artefacto nuclear. Para entonces Estados Unidos tenía un arsenal de 235 bombas. Ahí empezó una desenfrenada carrera entre las dos principales potencias, cuyos arsenales nucleares se emparejarían en unas 25 mil bombas hacia finales de los años 70.

En los años que mediaron entre 1945 y 1949 Estados Unidos tuvo la oportunidad de cambiar el rumbo de la historia de la era nuclear, pero no lo hizo. Inicialmente propuso un sistema para el control internacional de la energía atómica. La idea central de ese sistema, sugerida por Oppenheimer, era la de supervisar todo el proceso para la obtención de material fisionable. Esto fue en los primeros meses de 1946.

En un principio la Unión Soviética estuvo de acuerdo y aceptó discutirla en la recién creada Organización de las Naciones Unidas. De hecho la primera resolución aprobada por la Asamblea General de la ONU fue precisamente sobre los problemas que planteaba la aparición de la energía atómica.

Pero muy pronto surgieron diferencias entre Washington y Moscú. El gabinete de Truman estaba dividido: había un grupo que sabía que el secreto nuclear no podría mantenerse por mucho tiempo, que la energía nuclear debía ponerse bajo un régimen de control y verificación internacionales y que Estados Unidos debería deshacerse de su arsenal nuclear; otro grupo insistía en que Estados Unidos mantuviera y ampliara su arsenal nuclear para así subyugar a la URSS.

Prevaleció la opinión del segundo grupo y la presentación de la propuesta estadounidense en la ONU estuvo a cargo del financiero Bernard Baruch. Éste introdujo ciertos cambios al texto original: el país que violara lo que se acordara sería penalizado con medidas que no podrían ser vetadas en el Consejo de Seguridad; la URSS sería objeto de inspecciones ilimitadas, y Estados Unidos sólo empezaría a desmantelar su arsenal nuclear cuando tuviera la certeza del buen funcionamiento del sistema internacional de control de la energía atómica. Esos cambios aseguraron el fracaso de la propuesta.

¿Ruleta o montaña rusa?

3 de abril de 2014

Las maniobras militares y políticas de Rusia en Crimea han dado pie a una intensa discusión entre los dirigentes de los países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). De entrada descartaron una respuesta militar y optaron por imponer, junto con la Unión Europea, una serie de sanciones económicas y financieras a Rusia.

Son tres los aspectos que los comentaristas han abordado con insistencia: la ilegalidad de la anexión de Crimea; la personalidad del presidente de Rusia, Vladimir Putin, y la supuesta debilidad de las potencias occidentales, especialmente Estados Unidos.

En las discusiones se ha destacado la necesidad de respetar el derecho internacional, en especial la soberanía e integridad territorial de los estados. Pero hay otros principios, igualmente consagrados en la Carta de la ONU, que podrían poner en peligro esa integridad territorial.

Piensen en la autodeterminación de los pueblos. Los habitantes de Crimea decidieron ejercer ese derecho y optaron (al parecer, abrumadoramente) por unirse a Rusia. En el Reino Unido pronto habrá un referéndum para que los escoceses decidan si quieren ser independientes o quedarse como están. Tanto Londres como Edimburgo han dado muestras de cierta madurez política, cosa que no puede decirse de Madrid y Barcelona en torno a los intentos independentistas de Cataluña.

Para no pocos observadores de Europa y Estados Unidos, el referéndum en Crimea el pasado 16 de marzo fue una farsa, un intento de Putin de disimular su apetito anexionista. Pero si se aboga por la autodeterminación de Ucrania, ¿por qué negarle el ejercicio de ese mismo derecho a los habitantes de Crimea? No hay que olvidar que Crimea formó parte de Rusia desde su anexión en 1783 hasta 1954, cuando Nikita Krushev la regaló a Ucrania. Con la desaparición de la Unión Soviética, Crimea se quedó dentro de la ahora independiente Ucrania pero como una república autónoma.

Los países occidentales y el gobierno *de facto* en Kiev se han movilizado con cierta rapidez y unidad. En vísperas del referéndum el Consejo de Seguridad se pronunció sobre un proyecto de resolución que pedía que no se reconociera el resultado del referéndum y que se respetara la integridad territorial de Ucrania. El proyecto obtuvo 13 votos a favor y la abstención de China, pero fue vetado por Rusia.

Para hacer frente a la crisis financiera en Ucrania, el pasado jueves el Fondo Monetario Internacional le otorgó un préstamo de unos 18 mil millones de dólares pero condicionado a ciertas reformas. Ese mismo día la Asamblea General de la ONU aprobó una resolución muy parecida al texto presentado al Consejo de Seguridad. Titulada *Integridad territorial de Ucrania*, obtuvo 100 votos a favor, 11 en contra y 58 abstenciones (24 estados miembros de la ONU se ausentaron).

Para apreciar lo enredado del tema de Crimea/Ucrania basta examinar cómo votaron los 33 países latinoamericanos y caribeños. Dos no votaron y sólo 13 apoyaron la resolución. Cuatro votaron en contra (Bolivia, Cuba, Nicaragua y Venezuela) y 14 se abstuvieron, incluyendo casi todos los caribeños, así como Argentina, Brasil, Ecuador, El Salvador, Paraguay y Uruguay. ¿Por qué se abstuvieron si son tan importantes los principios de no intervención y de la integridad territorial de los estados?

Para intentar explicar las divisiones que han aparecido dentro de la ONU en torno a la situación en Ucrania, quizás sea útil recordar que el tema arrastra mucha historia. En efecto, para

muchos rusos Ucrania es parte de Rusia. Aquí no importan las tendencias políticas. Para ellos Ucrania no es un país. Así lo pensaba Alexander Solzhenitzin y así lo piensa Vladimir Putin.

Es cierto que hace siglos Ucrania fue el origen de Rusia. Pero también es cierto que desde hace siglos Ucrania fue parte de Rusia. Hoy muchos rusos consideran a Ucrania como parte de Rusia aunque aceptan que sea un Estado independiente. De ahí que, para Rusia, el problema de Ucrania es la propia Ucrania.

Para Moscú Ucrania es una especie de Pemex: una entidad rica, grande y corrupta. Como Pemex ha servido a su dueño histórico (el Estado, en ese caso Rusia) pero su tamaño y riqueza ha dado pie a mucha corrupción que ha sido difícil de abatir. También ha producido dirigentes un tanto inaceptables para el Estado. Lo que parece buscar Putin es sanear el gobierno de Ucrania y acercarlo a Rusia.

Describir a Putin (como lo hizo el propio presidente Barack Obama la semana pasada) como un resentido por el derrumbe de la Unión Soviética es caer en el tipo de psicoanálisis barato que ha caracterizado a muchos comentaristas. No creo que se trate de un personaje que quiera reconstruir la Rusia imperial de los zares o la Unión Soviética.

Lo que busca Putin es que Occidente respete su espacio geográfico y que deje de acorralarlo invitando a sus vecinos a incorporarse a la OTAN y quizás a la propia Unión Europea. Ucrania es demasiado grande y rica para dejar que le ocurra lo que ya ha pasado en los países bálticos. De ahí las propuestas de Moscú para establecer en Ucrania un gobierno neutral y federal, léase uno que no ingrese a la OTAN y que respete a los habitantes de origen ruso.

La reacción de los países occidentales ante las maniobras políticas y militares de Rusia en Ucrania se ha limitado a defender el derecho internacional, imponer sanciones económicas y financieras al gobierno de Putin y a los empresarios rusos, y buscar una salida diplomática.

En su paso por La Haya y Bruselas la semana pasada, el presidente Obama logró convencer a muchos países europeos de seguir ese camino. Algunos, como Alemania, tienen importantes vínculos comerciales y económicos con Rusia y se verán afectados mucho más que Estados Unidos por las sanciones impuestas. Sin embargo, a la larga, será mejor construir una Ucrania neutral y federal.

Temas nucleares/V

2 de mayo de 2014

Retomo el repaso de las cuestiones nucleares. En 1945 el mundo cambió para siempre. La Segunda Guerra Mundial llegó a su fin, los aliados victoriosos se repartieron Alemania, dividieron Europa y crearon la Organización de Naciones Unidas (ONU) para mantener la paz y la seguridad internacionales. Además, Estados Unidos ocupó Japón. Pero lo más significativo de ese año fue la aparición de las armas atómicas o nucleares.

Ese año Estados Unidos fabricó los primeros artefactos nucleares, ensayando uno en julio y lanzando en agosto sendas bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Washington tenía el monopolio de las armas nucleares pero sabía que otros las adquirirían. Propuso evitar esa proliferación y, a la vez, promover el uso de la energía nuclear con fines pacíficos bajo un sistema de control internacional.

Llevó a la ONU su propuesta en 1946, pero rehusó eliminar su pequeño arsenal nuclear. La Unión Soviética insistió en un desarme total, pero algunos en la administración del presidente Harry Truman optaron por mantener ese arsenal. Se desperdició así una oportunidad única de lograr un mundo sin armas nucleares.

En esos años empezaron a aparecer serias diferencias entre Moscú y Washington, sobre todo en cómo tratar a ciertos países europeos. Esas diferencias fueron exacerbadas por la actitud un tanto beligerante de Truman, actitud triunfalista que el presidente George H. W. Bush repetiría casi medio siglo después tras la caída del Muro de Berlín.

Cabe recordar que la alianza militar de Londres, Moscú y Washington había resultado en la victoria sobre Alemania. Pero hay que tener muy presente que ese triunfo sólo fue posible debido a los esfuerzos y sacrificios del ejército soviético. Un dato: la Segunda Guerra Mundial resultó en la muerte de unos 50 millones de seres humanos, de los cuales más de la mitad fueron soviéticos.

La cooperación entre los tres principales aliados terminó con la rendición de Alemania. La guerra contra Hitler los había unido y la paz en Europa los convirtió en rivales. Surgió la *guerra fría*, que se luchó en varios frentes.

Para empezar, la *guerra fría* fue una contienda ideológica; cuando menos así lo indicaba la encendida retórica del campo socialista y del campo capitalista. Salvo en contadas ocasiones (Berlín en 1948 y la crisis de los misiles en Cuba en 1962), Washington y Moscú nunca estuvieron frente a frente en un conflicto. Eso sí, fueron muchos los conflictos en los que se pelearon por conducto de terceros países (Corea y Vietnam, entre otros). También intervinieron militarmente para mantener el *statu quo* (Hungría y Checoslovaquia), o con dinero para evitar la llegada al poder de algún partido político (Italia en 1948).

Pero el componente más peligroso de la *guerra fría* sin duda fue la desenfrenada e irracional competencia armamentista, incluyendo las armas nucleares, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En agosto de 1949 la URSS se convirtió en el segundo Estado en adquirir una capacidad nuclear, al detonar un artefacto cuyo diseño fue casi idéntico al del primer ensayo estadounidense. El espionaje dio resultados concretos.

Para esas fechas Washington ya había decidido crear un sistema de seguridad paralelo al previsto en la Carta de la ONU. Establecida en abril de 1949, la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) tuvo como finalidad la defensa de Europa occidental ante una

posible invasión soviética. Sus miembros se comprometen a defenderse mutuamente, incluyendo el uso de fuerzas armadas y de armas nucleares.

Tras la incorporación de Alemania Occidental a la OTAN en 1955, la Unión Soviética estableció su propia alianza militar, el Pacto de Varsovia. Para entonces el Reino Unido ya había ingresado al club nuclear (1952) y Francia lo haría en 1960. Ambas potencias tuvieron que ensayar sus artefactos fuera de sus fronteras: Londres en Australia y París en Argelia.

Esas agrupaciones militares socavaron el papel de la ONU, intensificaron la competencia entre Este y Oeste y asignaron un papel preponderante a las armas nucleares. Además, no pocos observadores insistieron en que debilitaban la política adoptada por Washington hacia Moscú, la contención de la URSS.

Esa política fue sugerida por George F. Kennan, el encargado de negocios de la embajada estadounidense en Moscú, en febrero de 1946 en un largo telegrama al Departamento de Estado. Diplomático de carrera, hablaba ruso y era estudioso y admirador de la cultura rusa. Conocía como pocos diplomáticos la mano dura y los excesos de José Stalin (estuvo en esa misma embajada 15 años antes), pero conocía también la historia de ese país y las guerras que tuvo que luchar contra sus vecinos occidentales.

Según Kennan, la URSS no era por naturaleza expansionista, aunque sus dirigentes a veces se dejaban llevar por la ideología comunista. Lo importante era tratar de disuadirla de emprender aventuras extranjeras, mediante una política firme de contención.

No debe sorprendernos que Kennan se opusiera a la creación de la OTAN y luego a su expansión en 1955. Kennan también estuvo en contra de la guerra de Vietnam, del militarismo del presidente Ronald Reagan y de la ampliación de la OTAN hacia Europa oriental (Hungría, Polonia y la República Checa) que decidió el presidente Bill Clinton en 1997. Aunque hay versiones contradictorias, dicha ampliación parece haber violado un acuerdo entre Washington y Moscú de que la OTAN no reclutaría a nuevos miembros en Europa oriental. Kennan consideró esa ampliación de la OTAN como una provocación innecesaria y peligrosa.

Todo esto y mucho más lo describe el historiador John Lewis Gaddis en su magnífica biografía de Kennan que se publicó en 2011. En 1981, cuando Kennan tenía 78 años, acordaron que Gaddis escribiría la biografía en el entendido que se publicaría tras la muerte de Kennan. Pero éste tenía 102 años de edad cuando falleció en 2005. En más de una ocasión le pidió a Gaddis que le disculpara su longevidad.

Las ideas de Kennan nos ayudan a entender la actitud de Rusia hacia Ucrania y la OTAN.

Sufragio efectivo

29 de mayo de 2014

En lo que va de 2014 ha habido elecciones en un gran número de países, y habrá más antes del fin del año. Las hubo en Panamá y Colombia y las habrá en Brasil. En Malawi y Sudáfrica también acudieron a las urnas. En Afganistán e Irak los procesos electorales fueron sorprendentemente limpios y pacíficos.

El domingo pasado hubo elecciones en Ucrania. Ese mismo día concluyó la ronda de comicios para elegir al nuevo Parlamento Europeo. Pero sin duda la madre de todas las elecciones son las que se llevan a cabo en la India cada cinco años. Debido al crecimiento demográfico, el número de votantes ha ido en aumento en cada elección hasta llegar a más de 800 millones (100 millones más que en 2009). Y a los dirigentes políticos de ese país les gusta recordarnos que se trata del ejercicio democrático más grande del mundo. En efecto, el tamaño del padrón electoral obliga que las elecciones se realicen en nueve etapas a lo largo de cinco semanas y es un ejercicio caro (más de 600 millones de dólares).

El pasado 12 de mayo concluyó la séptima y última fase de las elecciones generales en la India. Participó 67 por ciento del electorado, el nivel más alto en la vida independiente del país. Hubo una participación muy alta de jóvenes. Se requirieron 272 escaños en el Parlamento para tener una mayoría absoluta y el partido nacionalista hindú Bharatiya Janata, encabezado por Narendra Modi, obtuvo 282. Ese partido formó parte de la Alianza Democrática Nacional, que consiguió un total de 336 diputados. Los resultados fueron un golpe muy duro al Partido del Congreso (una especie de PRI de familia). Dicho partido ha dominado la vida política de la India desde su independencia y ha estado en manos de la familia de Jawaharlal Nehru (primer ministro de 1947 a 1964), su hija Indira Gandhi, su nieto Rajiv Gandhi y la viuda de éste, Sonia Gandhi.

A diferencia de la India, en Sudáfrica no hubo sorpresas en las elecciones del 7 de mayo, las quintas desde la instauración en 1994 del sufragio universal tras la desaparición del régimen del apartheid. Participó más de 70 por ciento del electorado y el partido Congreso Nacional Africano logró mantenerse en el poder, aunque su mayoría cayó a 62 por ciento, comparado con el 66 por ciento que obtuvo en 2009. Empieza a crecer una oposición encabezada por el partido Alianza Democrática.

Fue la primera vez que votaron los miembros de la generación libre sudafricana, los jóvenes nacidos después de 1994. Y el desempleo y la situación económica dominaron los debates, aunque también crecieron las críticas al presidente Jacob Zuma y la supuesta corrupción del partido en el poder.

¿Qué nos dicen estos procesos electorales acerca del estado de la democracia en el mundo? Para algunos observadores son un indicio del avance inexorable de la democracia en el último siglo. Quizás así lo interpretaría Woodrow Wilson, quien fuera presidente de Estados Unidos entre 1913 y 1921, y un entusiasta promotor de la democracia. Hace un siglo eran contados los países medianamente democráticos, y aún más escasos los que habían otorgado el voto a las mujeres.

Hoy el mapa político del mundo es muy distinto. Han desaparecido casi todas las colonias y predominan los países con gobiernos emanados de un sufragio universal. Vivir en una sociedad democrática significa elegir a representantes que avanzarán ciertas causas o proyectos,

resolverán de manera civilizada sus diferencias con otros grupos políticos y buscarán mejorar la vida de quienes los eligieron. Cuando menos eso es lo que se cree.

Pero, ¿qué tan efectivo es el sufragio? Desde luego que las campañas electorales pueden despertar un gran entusiasmo entre la ciudadanía. Es un momento de esperanza, esperanza de cambio y, sobre todo, de un futuro mejor.

En la India, por ejemplo, Narendra Modi recibió el apoyo de mucha gente, incluyendo jóvenes y musulmanes, que no comparten sus ideas en torno al nacionalismo hindú. Más bien se guiaron por lo que hizo para levantar la economía del estado de Gujarat, que gobernó desde 2001. Entrevistados por los periodistas, no pocos jóvenes confesaron que habían votado por él porque creían que les conseguiría un buen empleo.

En Ucrania, la victoria abrumadora de Petro Poroshenko en los pasados comicios se debió al deseo generalizado de la población de lograr un gobierno estable y capaz de dialogar con Moscú. Pero también se inclinaron por un oligarca multimillonario que simpatiza con la Unión Europea y la OTAN. En la región oriental del país los llamados rebeldes pro rusos desquiciaron el proceso electoral, pero la comunidad internacional, incluyendo a Rusia, dio por buenos los resultados.

En las elecciones para el Parlamento Europeo hubo poca participación, pero los medios de comunicación enfatizaron las victorias de partidos anti Unión Europea como el Frente Nacional francés o el populista Independencia del Reino Unido. Lo cierto es que los partidos tradicionales de centro izquierda y centro derecha seguirán dominando el Parlamento. Lo curioso es que ahora habrá más diputados que quieren abolirlo.

En México parece que nos hemos olvidado del sufragio efectivo. Los partidos políticos no cuentan con la confianza del electorado: el nuevo PRI no es tan nuevo; el PAN defraudó cuando estuvo en el poder; y el PRD sigue fraccionándose. Peor aún, los diputados y senadores se han convertido en una especie de corporación que está por encima de las instituciones del Estado. Sólo velan por sus propios intereses y no permiten competencia (candidatos independientes) fuera de los partidos establecidos. Defienden sus prebendas y, pese a la propaganda oficial, poco parece interesarles el bien público. La brecha entre el electorado y sus representantes sigue creciendo.

¿Qué pasa una vez que un ciudadano ha emitido su voto? Con el tiempo sabremos si en otros países como la India los diputados cumplen con lo que prometieron a quienes los eligieron. Eso sería sufragio efectivo.

Sigue siendo el rey

26 de junio de 2014

Cuesta trabajo hablar de monarquías en el mundo actual. El espectáculo de una coronación a principios del siglo XXI se antoja insólito. Afortunadamente el pasado jueves en España nos ahorraron ese espectáculo pero sí proclamaron al nuevo rey, Felipe VI, hijo de Juan Carlos, quien había abdicado. El Congreso de los Diputados había acelerado el proceso legislativo para reglamentar el proceso de abdicación.

Por otro lado, el gobierno de Mariano Rajoy se ha apresurado a lograr la aprobación de una ley para el aforamiento de Juan Carlos y su esposa. De no ser así, los reyes salientes correrían el riesgo de convertirse en ciudadanos comunes.

Al aprobarse la ley de abdicación, Rajoy elogió al rey saliente. El portavoz del PSOE, Alfredo Pérez Rubalcaba, fue más cauto. Ambos refrendaron el pacto que hizo posible la restauración de la monarquía en 1975 y la aprobación de la Constitución de 1978. Pero Rajoy se refirió a Juan Carlos como el artífice de la nueva España, con una economía desarrollada, un país de derechos y libertades, una sociedad abierta al futuro. Somos una democracia consolidada y estable.

Pérez Rubalcaba dio a entender que su partido respetaba lo pactado en 1975 y 1978 pero que no podía descartar la opción republicana. Otros partidos de izquierda insistieron en que hubiera un referendo para decidir entre monarquía y república.

Los medios de comunicación y los comentaristas españoles se han esforzado por presentar la transición monárquica como algo normal. También han elogiado tanto al rey saliente como al entrante. Pero no por ser bonachón, simpático y sencillo un rey resulta (más) aceptable.

También se ha presentado el argumento de que una monarquía parlamentaria puede ser relativamente barata. A los suecos, por ejemplo, su monarquía les cuesta menos de dos dólares por persona por año. Se ha dicho que el presupuesto anual de la presidencia francesa es muy superior al de cualquier monarca europeo. Pero no por resultar barata se justifica una monarquía.

Hace un siglo el bisabuelo de Felipe VI reinaba en España. Duró en el cargo hasta 1931, cuando el electorado proclamó la República. Alfonso XIII se refugió en la Italia de Mussolini y murió en Roma en 1941. Tuvo siete hijos con su esposa y otros cinco fuera del matrimonio, incluyendo dos con sendas niñeras de sus hijos legítimos. En Roma nació su nieto Juan Carlos, hijo del pretendiente al trono, Juan de Borbón. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados iniciaron su invasión a Italia, Juan de Borbón se refugió en el Portugal de Salazar.

Tanto Alfonso XIII como su hijo trataron de convencer a Francisco Franco de que restaurara la monarquía. En 1947 Franco decidió hacerlo, pero a su manera. Con la ley de sucesión de ese año, sería el propio Franco quien designaría, según dijo su ministro Luis Carrero Blanco, al rey de España, pero de la España del Movimiento Nacional, católica, anticomunista y anti-liberal.

Con el tiempo Franco empezó a cultivar al joven Juan Carlos y lo fue educando, también a su manera. La pregunta es cómo consiguió el futuro rey sus credenciales democráticas. Si pasó su vida entre dictadores, ¿quién lo convenció de las bondades de la democracia y de todo lo que ese sistema representa? Cuando accedió al trono tenía casi 40 años. ¿En qué momento

sufrió esa conversión? Habrá quienes digan que cambió de parecer porque así pudo lograr permanecer en el trono.

En su momento se habló mucho del papel de Juan Carlos tras el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Se dijo que su aparición en la televisión desautorizando el golpe puso fin a la insurrección. Pero hay que recordar que tardó varias horas en reaccionar. Aun así no cabe duda de que, para muchos españoles que no eran monárquicos, ese día se consolidó el rey de España. Me consta que no pocos españoles que en 1931 votaron por la República, en 1981 empezaron a defender a la monarquía.

Durante años hubo una campaña para que se le otorgara el Premio Nobel de la Paz. No fue posible, pero sí tuvo la suerte de contar durante varias décadas con una prensa muy favorable. A diferencia de lo que ocurría en el Reino Unido, los medios de comunicación en España optaron por guardar silencio acerca de la vida del monarca y su familia.

Pero en los últimos años empezó a cambiar el viento. La supuesta corrupción de su yerno, los viajes de safari y algunas indiscreciones del monarca, empezaron a voltear a la opinión pública española. Decidió abdicar y pasarle la batuta a su hijo.

El gobierno de Rajoy busca la manera más rápida de otorgar a Juan Carlos y a su esposa un aforamiento especial para que sólo puedan ser juzgados en el tribunal supremo por cuestiones relacionadas con su actividad pública, no con su vida privada. ¿Por qué la prisa? Porque, entre otras cosas, hace poco más de un año dos personas presentaron sendas demandas de paternidad contra Juan Carlos en unos juzgados de lo civil en Madrid. Los jueces no admitieron las demandas.

De ahí la importancia de lo dicho por Felipe VI en su primer discurso como rey: Hoy, más que nunca, los ciudadanos demandan con toda razón que los principios morales y éticos inspiren, y la ejemplaridad presida, nuestra vida pública. Y agregó, distanciándose de su padre, que con él España tendría una monarquía renovada para un tiempo nuevo.

Felipe VI causa buena impresión. Parece que es un ser pensante. Pero, si es tan inteligente como dicen y tiene una esposa tan sencilla e igualmente inteligente, y hasta *progre*, ¿por qué no desbarata la monarquía, instaura una república y se dedica a otras cosas?

Si el pueblo español está compuesto por ciudadanos y no súbditos, y si ese pueblo es soberano, ¿por qué requiere de un soberano?

Ni fu ni FIFA

24 de julio de 2014

El pasado 13 de julio concluyó por fin el Campeonato Mundial de Fútbol. Mis amigos que saben del tema insisten en que fue un torneo espléndido, el mejor en muchos años. No estoy tan seguro.

Hubo partidos emocionantes y actuaciones individuales extraordinarias. Pero el arbitraje no estuvo a la altura y hubo incidentes que se alejaron mucho del llamado *fair play* (Luis Suárez, por ejemplo). También hubo sorpresas, incluyendo la eliminación temprana del campeón (España) y de Italia e Inglaterra. Por otro lado, otras selecciones brillaron inesperadamente (México y, sobre todo, Colombia y Costa Rica). El derrumbe del anfitrión (Brasil) y el juego atractivo de Alemania también sorprendieron.

Brasil defraudó en el terreno de juego, pero logró organizar bien el torneo. En general, se evitaron las temidas manifestaciones en contra del Mundial, pero hubo severas críticas al gobierno en los medios de comunicación y la presidenta Dilma Rousseff fue abucheada en los estadios.

Empero, lo que menos gustó fue el empeño comercializador del torneo por parte de la FIFA. Con el apoyo de las compañías de televisión, convirtió el espectáculo deportivo en un burdo negocio.

La Fédération Internationale de Football Association (FIFA, por sus siglas en francés) es el organismo rector del fútbol mundial. Reúne a las asociaciones o federaciones nacionales de sus 209 países miembros. La FIFA es autónoma y se supervisa a sí misma. He ahí un problema.

Más que un banquete de fútbol, el Mundial es un atracón comercial. Genera unas cantidades enormes de dinero y ello se presta a la corrupción. He ahí otro problema.

Desde su fundación en 1904 la FIFA ha tenido sólo ocho presidentes. El más longevo fue el francés Jules Rimet (1921-1954), quien sentó las bases de la FIFA de hoy, incluyendo su organización y torneos, sobre todo la Copa del Mundo.

Desde 1961 la FIFA ha tenido apenas tres dirigentes: el inglés Stanley Rous (1961-1974), el brasileño João Havelange (1974-1998) y el suizo Joseph (*Sepp*) Blatter (desde 1998). Rous firmó los primeros contratos para la transmisión de los partidos por televisión.

La gestión de Havelange duró casi un cuarto de siglo. Bajo su tutela la FIFA creció y se comercializó. Sus decisiones (elecciones, futuras sedes, patrocinadores y contratos con las televisoras) se convirtieron en transacciones comerciales y dieron pie a sobornos. Con su entonces yerno al frente de la confederación brasileña, Havelange hizo y deshizo a su antojo. Además, se alió con la dictadura militar en su país y defendió el régimen militar en Argentina. Su estilo de gobernar fue criticado duramente por Pelé y Maradona.

La sombra de la corrupción de la época de Havelange sigue extendiéndose sobre la FIFA y su sucesor, *Sepp* Blatter. Éste continúa insistiendo en que la FIFA puede autorregularse. Sin embargo, sólo un puñado de periodistas ha podido descubrir algunos actos de corrupción. Es cierto que hace poco la FIFA acusó a Blatter de malos manejos, pero ¿cómo averiguar la forma en que su comité ejecutivo le concedió a Qatar el Mundial de 2022?

La Copa Mundial es muchas cosas. Es el evento de mayor audiencia televisiva. Pese a que los dos países con mayor población (China e India) tienen relativamente poco interés en el fútbol, el Mundial quizás sea el mejor ejemplo de un mundo globalizado. Las redes sociales

estuvieron particularmente activas durante el torneo. Acaparó la atención de miles de millones de personas. Piensen en lo fácil que fue circular por las calles de las principales ciudades mexicanas cuando hubo un partido de la selección nacional.

El Mundial también es uno de los mayores negocios del planeta. Mueve sumas inimaginables de dinero y enriquece a las televisoras, a las federaciones nacionales y regionales y a los patrocinadores oficiales.

La Copa Mundial también es un escaparate para los jugadores jóvenes y poco conocidos. Piensen en el colombiano James Rodríguez. Él y muchos otros, incluyendo a varios porteros, aumentaron sus fichas y ya son objeto de ofertas de contratos millonarios. Pero también es un escaparate para los jugadores ya consagrados. Algunos se lucieron (Arjen Robben), otros sufrieron (Cristiano Ronaldo) y unos no tuvieron el éxito esperado (Lionel Messi). El caso de este último es curioso porque la FIFA lo designó el mejor jugador del torneo (Balón de Oro), pero luego no lo incluyó en la lista de jugadores en el llamado once ideal. Otro ejemplo de lo mal que anda la FIFA.

A los brasileños no les será fácil digerir la contundente derrota ante Alemania. Algunos comentaristas culpan al director técnico. Otros insisten en que el problema de la selección nacional se debe a que sus integrantes juegan en ligas extranjeras y aprenden un estilo de juego ajeno al *jogo bonito*. Pero la liga de fútbol brasileña sencillamente no puede pagar los contratos de los más destacados jugadores. Curiosamente en México hay quienes cotizan más a los seleccionados que juegan en ligas europeas. Quizás ello se deba a que son relativamente pocos los mexicanos presentes en dichas ligas.

Hay un último aspecto del pasado Mundial que demuestra lo mucho que ha perdido el espíritu del deporte puro.

Schadenfreude es una palabra alemana que nos sirve para describir lo que considero una de las principales características del pasado Mundial. Se trata de un sentimiento de satisfacción frente al sufrimiento del prójimo. Para decirlo de otra manera, cabe recordar la letra de la canción *Fallaste, corazón*: “me alegro que ahora sufras”.

Escuchar a grupos de argentinos cantando una canción mofándose del triste papel de la selección brasileña es un gesto antideportivo y vergonzoso. Ver a los jugadores alemanes celebrando su victoria junto a la puerta de Brandeburgo en Berlín es una cosa. Pero oírlos pitorearse de sus contrincantes en la fase final del Mundial es otra cosa muy distinta.

La gran guerra + 100

21 de agosto de 2014

Se cumple un siglo del inicio de la guerra que cambió al mundo, la gran guerra de 1914-1918. En agosto de 1914 hubo dirigentes en ambos bandos que pronosticaron un conflicto corto, que terminaría antes del fin de ese año. Se equivocaron. Los aliados (principalmente Reino Unido, Francia, Bélgica, Rusia y eventualmente Estados Unidos) se enfrentarían a las potencias centrales (Alemania, el imperio austrohúngaro y el imperio otomano) hasta noviembre de 1918.

La gran guerra puso fin a más de cuatro décadas de relativa paz en Europa. Tras derrotar a Francia en 1871, Prusia unificó a Alemania y la transformó en imperio. Siguiendo el ejemplo británico y francés, Alemania empezó a adquirir colonias, a ampliar su base industrial y a modernizar su aparato militar.

Durante buena parte del siglo XX la gran guerra fue presentada como una consecuencia del expansionismo alemán. Esa interpretación prevaleció hasta después de la publicación en 1962 del libro de Barbara Tuchman *The Guns of August* (Los cañones de agosto). En el último medio siglo se ha criticado esa interpretación y se han publicado versiones mucho más matizadas de las causas de la gran guerra.

Recientemente han aparecido muchos libros sobre el tema. Menciono dos que se publicaron en 2013: *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, del historiador australiano Christopher Clark, y *The War that Ended Peace: The Road to 1914*, de la historiadora canadiense Margaret MacMillan. Ambos me parecen espléndidos libros, aunque en medio siglo seguramente serán objeto de severas críticas.

La conducción de la gran guerra y las condiciones impuestas a los vencidos por los vencedores influyeron de manera directa en la historia del siglo XX.

Empecemos por el final de la contienda. La forma en que los aliados decidieron castigar a las derrotadas potencias centrales, sobre todo a Alemania, llevaría a Europa a una Segunda Guerra Mundial en escasos 20 años. Se le exigieron a Berlín unas reparaciones exorbitantes. Hubiera tardado casi un siglo en pagarlas. Esa humillación dio pie a cambios políticos en Alemania que llevarían a Adolf Hitler al poder.

Los aliados victoriosos también decidieron, a instancias del presidente Woodrow Wilson, instaurar un nuevo orden mundial, mediante la creación de una organización internacional, la Sociedad de Naciones. Sería la precursora de las Naciones Unidas. Curiosamente, Estados Unidos nunca quiso ingresar a la Sociedad de Naciones.

Estados Unidos también impuso su visión de un mundo compuesto por democracias. Ello tendría un gran impacto a lo largo del siglo pasado. Junto con lo anterior, Estados Unidos inició una campaña contra el colonialismo. Sería el fin de las colonias alemanas, pero también el principio del fin de los imperios europeos. Dicho proceso culminaría en la segunda mitad del siglo XX a raíz del proceso de descolonización promovido por la ONU.

Con el fin de la guerra se desmoronaron varios imperios. Tras seis siglos se vino abajo el imperio otomano, surgió el estado de Turquía bajo Kemal Atatürk, se transformaron los Balcanes, y Francia y el Reino Unido trazaron las nuevas fronteras de los países del Medio Oriente. Londres también autorizó la creación de un hogar nacional judío en Palestina.

Asimismo desapareció el imperio austrohúngaro, y el mapa de Europa central se transformó.

Con la caída del zar, el imperio ruso se atomizó. En 1917 los bolcheviques tomaron el poder y establecieron la Unión Soviética. Pronto lanzaron la Internacional Comunista, cuya influencia sería enorme durante el siglo pasado.

Durante la gran guerra se consolidaron varios otros movimientos internacionales. El más visible fue el pacifismo, que también jugaría un importante papel a lo largo del siglo XX. En los distintos países europeos crecieron los partidos socialistas y socialdemócratas y se afianzó el movimiento sindicalista.

La conducción de la gran guerra también habría de influir en otros conflictos bélicos en el siglo XX. Lo que empezó como un enfrentamiento de infanterías pronto se empantanó en una lucha de trincheras. Los avances industriales en las últimas décadas del siglo XIX y primera del siglo XX hicieron posible la introducción o el perfeccionamiento de armamentos durante la gran guerra.

En el mar aparecieron los submarinos y acorazados. En el cielo surgieron los aviones de combate y los bombarderos, así como los globos dirigibles. Pero fue en la guerra terrestre que hubo un cambio radical.

Se perfeccionó la artillería, incluyendo el cañón antiaéreo, el mortero, el lanzagranadas y el lanzallamas. Se introdujeron los tanques (o carros de combate). Todo ello habría de transformar la conducción de futuras guerras.

Las armas de destrucción en masa se convirtieron en un elemento fundamental de los arsenales de algunos estados. Es cierto que las armas químicas habían sido utilizadas durante siglos. Sin embargo, en la gran guerra se convirtieron en un elemento importante de la llamada guerra moderna. Por primera vez gases y agentes químicos fueron utilizados por ambos bandos y a gran escala. Las atrocidades de la guerra química llevaron a la prohibición del uso de gases y armas bacteriológicas mediante el Protocolo de Ginebra de 1925. La producción y almacenamiento, así como el uso, de armas biológicas (bacteriológicas) y tóxicas, no fueron prohibidos en un instrumento multilateral hasta 1972. Las armas químicas apenas fueron prohibidas totalmente en 1993.

Las armas nucleares aparecieron en 1945 y son las únicas armas de destrucción masiva que aún no se han prohibido. En materia militar, el legado de la gran guerra ha sido terrible.

Durante la gran guerra perdieron la vida entre 8 y 9 millones de seres humanos, casi todos ellos soldados. Otros 8 millones eran prisioneros o habían desaparecido. Los heridos físicamente fueron unos 21 millones, aunque nunca se contabilizaron los heridos psicológicamente.

Sean cuales fueren las causas de la gran guerra, su impacto en lo militar, social y político resulta imposible de aquilatar. En gran parte esa primera contienda mundial definió el siglo XX.

Escocia de la libra esterlina

18 de septiembre de 2014

Hoy es un día especial para los habitantes de Escocia. Lo es también para el concepto de Estado-nación, la unidad política que ha servido para organizar a los habitantes del mundo durante casi cuatro siglos.

Los argumentos a favor y en contra de la independencia de Escocia son parecidos a los de otras regiones que han buscado separarse de un Estado-nación. Piensen en los habitantes de Quebec o de Cataluña. Los ojos de otras regiones también están puestos en lo que ocurra hoy en Escocia. Piensen en los grupos disidentes en China y otras naciones con minorías étnicas, raciales y/o religiosas.

A favor de un acto de autodeterminación está la idea de que los habitantes de una determinada región estarán mejor si gozan de un gobierno propio que respete sus costumbres e idiosincrasias y, sobre todo, que maneje sus finanzas. En contra del separatismo están los que creen que destruirá al Estado-nación o, cuando menos, lo debilitará de forma considerable. Recuerden al primer ministro Jean Chrétien en vísperas del referéndum en Quebec en 1995. ¿Qué dijo? Que Quebec independiente destruiría a Canadá. Quebec sigue siendo parte de Canadá. El resultado fue una apretada victoria para los oponentes de un Quebec independiente, apenas 50.60 por ciento contra 49.40 por ciento de los votos.

Sea cual fuere el resultado del referéndum de hoy, Escocia cambiará, y también lo hará el Reino Unido.

Una Escocia independiente tendrá un impacto inmediato sobre un aspecto fundamental del sistema de defensa del Reino Unido. Hace décadas que la fuerza de disuasión nuclear británica está compuesta de cuatro submarinos Trident que tienen su base de operaciones en Escocia. Parte de la campaña pro independencia ha sido encabezada por grupos que se oponen a dicho arsenal nuclear. También habrá de verse si la OTAN acepta a una Escocia independiente. La Unión Europea tendrá que pronunciarse también.

La pregunta es sencilla: ¿Escocia debería ser un país independiente? Cualquier residente mayor de 16 años puede votar. Se trata de un electorado relativamente pequeño, poco más de 4 millones. Hay 97 por ciento de votantes que ya se han registrado y se espera que 80 por ciento de ellos acudan hoy a las urnas.

En 2011 el partido nacional escocés de Alex Salmond ganó las elecciones al Parlamento de Escocia. Salmond había prometido un referéndum sobre la independencia de Escocia si ganaba esas elecciones y el gobierno británico aceptó que se llevara a cabo. El auge de Salmond y su partido se explica en parte en la forma que muchos escoceses creen que sucesivos gobiernos conservadores, empezando por el de Margaret Thatcher, han tratado a Escocia. En Westminster hay un solo diputado escocés miembro del Partido Conservador.

Muchos observadores han calificado el proceso como un ejemplo de civilidad. Compárenlo, por ejemplo, con el desaguisado político que algunos partidos han provocado en Cataluña. La verdad es que lo ocurrido en el Reino Unido en torno a la posible independencia de Escocia es algo digno de encomio.

Sin embargo, la última semana de campaña en Escocia nos ha proporcionado un espectáculo insólito. En enero las encuestas indicaban que 60 por ciento de los votantes rechazarían la independencia. Hace ocho días salió una encuesta que revelaba un aumento importante en los votos en favor de una Escocia independiente, al grado que existía un virtual empate entre el

sí y el no. Ese resultado era entre los votantes que ya habían tomado una decisión, pero había 20 por ciento del electorado que se mostró indeciso.

Es cierto que muchos indecisos jamás acuden a las urnas. Pero los políticos en Londres se asustaron cuando supieron del auge del sí y del tamaño de los votantes indecisos. Lanzaron una embestida contra los independentistas. Les ofrecieron a los escoceses un mayor control sobre sus finanzas. Lo insólito fue que desfilaron por Edimburgo, Glasgow, Aberdeen y el resto de Escocia unos políticos –muchos de ellos escoceses laboristas– mayores de 50 años prometiendo al electorado que habría aún más devolución si los escoceses optaban por quedarse en el Reino Unido. Se trata de un vulgar soborno.

Fue insólito porque la mayoría de los indecisos son menores a los 40 años. Son jóvenes que deben sonreír cuando platican con los políticos de pelo gris de Londres (Gordon Brown y Alastair Darling, entre otros) que fueron a tratar de convencerlos de las bondades de mantener la unidad del Reino Unido.

El propio primer ministro David Cameron habló de la gran familia del Reino Unido. Alertó sobre la irreversibilidad de la decisión de los escoceses. El Reino Unido quizás no sea un Estado-nación típico; más bien es un amalgama, un conglomerado de cuatro naciones. El nombre lo dice todo: Reino Unido de Gran Bretaña (Gales, Escocia e Inglaterra) e Irlanda del Norte. La última vez que la unión del reino se vio afectada fue en 1922, cuando se independizó la república de Irlanda.

Hace unos días los dirigentes de los tres principales partidos en Londres –el primer ministro conservador David Cameron, el laborista Ed Miliband y el liberal demócrata Nick Clegg– acordaron ofrecer a Escocia un paquete adicional de medidas que se enmarcan en el proceso de devolución de poderes de Londres a Edimburgo.

Se trata de fortalecer el Parlamento escocés (que existe desde 1999) y de garantizar la solvencia económica del sistema de salud pública. Los independentistas calificaron dicha propuesta de un insulto y otros dijeron que se trataba de un soborno más.

Muchos de los escoceses entrevistados han confesado que su corazón les dice que voten por ser independientes mientras que su cabeza les aconseja votar en contra. A final de cuentas (y de cuentas se trata), los escoceses votarán pensando en sus bolsillos. Algo parecido ocurrirá en Cataluña si algún día logran que Madrid les acepte un referéndum sobre su independencia. ¿Qué pasará hoy en Escocia? Me parece que triunfarán los que se oponen a la independencia. A la postre es cosa de la libra esterlina.

Obama en apuros

16 de octubre de 2014

El presidente Barack Obama la está pasando mal. En víspera de las elecciones intermedias para el congreso, hay candidatos demócratas a diputado o senador que le han pedido que mejor no aparezca en sus campañas electorales. Su popularidad entre los estadounidenses ha llegado a su nivel más bajo.

Al término de seis años en la Casa Blanca, y con dos más aún por delante, Obama quizás esté pensando en ver cómo acorta su mandato.

Lo cierto es que buena parte de la población que votó por él en 2008 y 2012 hoy está decepcionada. En 2007 el joven senador Obama despertó un sorprendente entusiasmo entre el electorado demócrata. No pocos republicanos, entre ellos el general Colin Powell, también lo apoyaron.

En las primarias del Partido Demócrata Obama derrotó a la senadora Hillary Rodman Clinton, que había arrancado su campaña como la gran favorita. En las elecciones presidenciales de noviembre de 2008 venció al senador John McCain. Se convirtió así en el primer presidente de origen africano.

De entrada fue visto con buenos ojos en el resto del mundo. Empero la ola de esperanza y optimismo duró bien poco en Estados Unidos. Su decisión de plantear una reforma al sistema de salud se topó muy pronto con la resistencia de un grupo de legisladores republicanos. Pero Obama logró la aprobación de importantes cambios en el sector salud que muchos bautizaron de *Obamacare*.

En política exterior dio señales positivas: retirar las tropas estadounidenses de Afganistán e Irak, buscar una mayor colaboración multilateral en la solución de los problemas internacionales, incluyendo el cambio climático y el desarrollo económico, tender una mano al mundo árabe, promover la defensa de los derechos humanos, y avanzar en materia de desarme nuclear.

En 2009 pronunció una serie de discursos memorables. En mayo en Praga propugnó la idea de un mundo libre de armas nucleares. Ésa fue una de las principales razones por las que el comité Nobel le concedió el Premio de la Paz. En El Cairo en junio se dirigió al mundo musulmán y alentó un cambio en los países árabes. Le hicieron caso y hubo la llamada primavera árabe que arrojó resultados inesperados.

En abril de ese año Obama firmó con el presidente Dimitri Medvediev de Rusia un acuerdo para la reducción de armas nucleares, conocido como el nuevo tratado START. Con Vladimir Putin hubiera sido casi imposible concluirlo. También entabló pláticas con Teherán acerca de su programa nuclear con fines civiles y a finales de noviembre sabremos si se llega a un acuerdo que asegure a la comunidad internacional de las intenciones pacíficas de Irán en este campo.

Muchos políticos republicanos y no pocos comentaristas han dicho que el problema de Obama es que habla bonito pero no es capaz de tomar las decisiones importantes. Es un profesor de leyes que sabe discutir pero no sabe gobernar. Peor aún: titubea en lo político y lo militar. Como ejemplo de lo anterior, citan la amenaza de Obama de que habría graves consecuencias para Siria si su gobierno recurría a las armas químicas contra su población y luego no hizo nada cuando se utilizaron.

Como candidato en 2008 Obama prometió retirar las tropas estadounidenses de Afganistán e Irak. Y estaba cumpliendo su promesa cuando aparecieron los militantes del EI en Irak y Siria. Ahora ha emprendido una campaña aérea en ambos países y busca que los propios árabes lleven a cabo la lucha terrestre contra el EI. Sus propios militares le han dicho que no será posible derrotar al EI sin tropas estadounidenses sobre el terreno. La idea es clara: quizás se gane la batalla desde el aire pero se perderá la guerra.

Esa misma idea pero con un giro distinto la planteó Andrew J. Bacevich en un reciente artículo titulado “Aún si derrotamos al estado islámico, de igual forma perderemos la guerra más grande”. Este profesor de la Universidad de Columbia dice que Siria es el decimocuarto país islámico que Estados Unidos ha invadido, ocupado o bombardeado desde 1980. Concluye que el uso de la fuerza militar por Washington no ha dado ni dará los resultados que se buscan en el Oriente Medio.

Los defensores de Obama suelen decir que el presidente recibió a un país en guerra y una enorme crisis económica y financiera. Ha hecho lo que ha podido. Además, es un ser pensante. John Holdren es el principal consejero de Obama en materia de ciencia y tecnología. Cuando asumió el cargo en 2009 nos dijo a sus colegas del movimiento Pugwash que el presidente es una persona muy inteligente, que escucha, entiende y discute los planteamientos que le hacen los expertos y luego toma sus decisiones.

Lo cierto es que Obama es sumamente prudente aunque al ordenar el asesinato de Osama Bin Laden demostró mucha audacia. Trata de hacer cosas que beneficien a Estados Unidos y sus habitantes y, al mismo tiempo, ha intentado mejorar la imagen de su país en el mundo. Desafortunadamente hoy está en apuros.

Dejemos de lado la oposición de grupos y personas que simplemente no lo aceptan por razones de su raza. Hagamos caso omiso también de los críticos de su supuesto pacifismo. Pensemos únicamente en aquellos que se entusiasmaron con el candidato Obama en 2008.

La conclusión es poco alentadora. Se le considera un dirigente bien intencionado pero débil. Ha defraudado en muchos renglones: prometió una reforma migratoria pero se ha convertido en el presidente que más indocumentados ha deportado, dijo que acabaría con dos conflictos pero está conduciendo a su país a otra guerra, buscó una nueva relación con Rusia pero ha fomentado el expansionismo de la OTAN hacia Europa del este, y ha aumentado mucho el presupuesto para la modernización del arsenal nuclear estadounidense. Esto último Obama ofreció a los senadores republicanos a cambio de su apoyo para la ratificación del acuerdo START. ¿Dónde quedó un mundo libre de armas nucleares?

Nazis en Estados Unidos

13 de noviembre de 2014

A veces descubrimos algo de nuestro pasado que nos sorprende o, cuando menos, nos confirma algo que sospechábamos. En Estados Unidos (y otros países, incluyendo Canadá, Australia y Argentina), no pocos ciudadanos se han enterado de algo que los incomoda mucho: que sus padres, quienes creían que habían salido de Alemania como refugiados políticos tras la Segunda Guerra Mundial, en realidad habían participado activamente en el movimiento nazi.

¿Cómo fue posible que en la década que siguió a la rendición de Alemania en 1945 miles de nazis, en su mayoría alemanes, hayan emigrado a Estados Unidos? En los últimos años se han hecho públicos muchos documentos oficiales del gobierno estadounidense que nos ayudan a responder a esa pregunta.

Es un capítulo vergonzoso de la historia que el gobierno estadounidense, por conducto de la CIA y la FBI, logró encubrir durante décadas. Se trata de un caso de hipocresía de Estado.

Por un lado, hay que recordar la obsesión antinazi de Washington. Así lo demuestran los discursos del presidente Franklin Roosevelt. En Casablanca en enero de 1943, Roosevelt logró convencer a Winston Churchill y a Josef Stalin para que exigieran la rendición incondicional de Alemania y las demás potencias del Eje. Roosevelt habló de la necesidad de un proceso de desnazificación y de imponer duras penas a los dirigentes bárbaros que fueran culpables.

Por otro lado, al final de la guerra en Europa, Estados Unidos se apresuró a proteger a miles de nazis por dos razones principales: porque eran científicos reconocidos o porque tenían experiencia en el espionaje a la Unión Soviética.

Del primer grupo se ha escrito bastante y se sabe que Moscú también reclutó a muchos científicos alemanes. Al parecer uno de los primeros en sugerir ese reclutamiento fue el general George S. Patton, un admirador de los avances científicos y tecnológicos de Alemania. Se calcula que ingresaron a Estados Unidos unos mil 600 científicos, muchos de ellos miembros del Partido Nacional Socialista.

El más famoso en Estados Unidos fue Wernher von Braun, reconocido como uno de los responsables de la conquista del espacio. Se sabía que había diseñado los proyectiles balísticos V-2 con los que Hitler se entusiasmó y lanzó por toda Europa. Lo que el gobierno estadounidense encubrió, sin embargo, es que Von Braun fue miembro del partido nazi y militó en las Waffen-SS y, peor aún, conocía las condiciones infrahumanas, de esclavitud no disimulada, de los prisioneros de guerra que trabajaban a marchas forzadas en la producción en masa de los V-2.

Del segundo grupo, el de los espías nazis, apenas ahora se empiezan a conocer los detalles. Quizás el principal impulsor de su contratación fue Allen Dulles, quien durante la Segunda Guerra mundial trabajó en Suiza como agente de la Oficina de Servicios Estratégicos, la antecesora de la CIA (que él mismo dirigiría a partir de 1953). Dulles también fue un ferviente anticomunista y uno de los principales responsables de la rápida transformación de la obsesión antinazi en Washington en una cruzada contra el comunismo.

En los últimos años han aparecido muchos libros sobre los nazis que lograron escaparse de Alemania. A principios de este año salió a la venta *Operation Paperclip*, escrito por Annie Jacobsen, cuyo subtítulo es *The Secret Intelligence Program That Brought Nazi Scientists to America*.

Recientemente se publicó otro libro que describe con mayor precisión la forma en que unos 10 mil nazis emigraron legalmente a Estados Unidos. Eric Lichtblau, un periodista de *The New York Times*, echó mano de los documentos –informes secretos, entrevistas, correspondencia entre distintas dependencias del Poder Ejecutivo– que ahora se han hecho públicos. En *The Nazis Next Door: How America Became a Safe Haven for Hitler's Men*, detalla cómo Dulles, muchos meses antes de la rendición de Alemania, ya había empezado a reclutar a espías nazis.

El encubrimiento de las actividades de algunas agencias del gobierno federal, en particular la CIA y la FBI, en relación con la llegada de miles de nazis a Estados Unidos, se ha repetido a principios de este siglo en otros dos asuntos: primero, el Poder Ejecutivo estadounidense se hizo de la vista gorda en cuanto a las prácticas ilegales de financieros y banqueros que detonaron la crisis de 2008, y segundo, la actitud pasiva del gobierno ante algunos excesos de la guerra contra el terrorismo.

La verdad sobre este último caso quizás sólo salga con el tiempo a través de investigaciones periodísticas. Por ahora, el gobierno federal ha tratado de desalentar dichas investigaciones.

Así ocurrió durante décadas con los periodistas que se interesaron en el tema de los inmigrantes nazis. Uno de ellos, Charles (*Chuck*) Allen, no cesó en su búsqueda de ex nazis en Estados Unidos pese a que fue investigado por la FBI, que lo tildó de comunista.

El gobierno federal sólo reconoció su encubrimiento cuando algún individuo fue expuesto por la prensa. Las dependencias del Ejecutivo protegieron a muchos ex nazis durante más de cinco décadas y, curiosamente, pocas organizaciones judías se interesaron en descubrirlos.

En 1979 las cosas empezaron a cambiar. A instancias del Congreso, el Departamento de Justicia que encabeza el procurador general creó la Oficina de Investigaciones Especiales (OSI, por sus siglas en inglés) y el gobierno federal inició por fin una búsqueda sistemática de los ex nazis en Estados Unidos. Pero los investigadores descubrieron mucho más.

En 1986 la OSI encontró pruebas fehacientes de que Kurt Waldheim, el ex secretario general de la ONU y a la sazón candidato a la presidencia de Austria, había colaborado con los nazis siendo oficial en el ejército alemán en Yugoslavia. Al año siguiente, el procurador general se vio obligado a prohibirle la entrada a Estados Unidos al ya, para entonces, presidente austriaco.

Durante décadas Washington no siguió la política que Roosevelt había anunciado hacia los nazis derrotados. Con la OSI se corrigió el rumbo.

Política contaminada

11 de diciembre de 2014

La respuesta de un gobierno a las justas exigencias de sus ciudadanos sirve para aquilatar la legitimidad de dicho gobierno. En los últimos meses hemos visto a dos gobiernos —el de Estados Unidos y el de México— enfrentar situaciones que ponen a prueba el estado de derecho. No se trata de una comparación ociosa, ni mucho menos de una apología fácil, es decir, argumentar que en todas partes se cuecen habas. Se intenta apreciar la forma en que cada gobierno resuelve (o trata de resolver) una crisis. Empecemos por lo que ocurre en Estados Unidos.

En los últimos cuatro meses las tensiones raciales en Estados Unidos han vuelto a acaparar la atención del gobierno federal y los medios de comunicación. Las relaciones entre blancos y negros han dominado buena parte de su historia como nación y antes como colonia. Ahora se han multiplicado los casos en los que un policía blanco ha matado a un ciudadano negro.

El detonador ocurrió en Ferguson, pueblo del condado de Saint Louis, Missouri. El pasado 9 de agosto un policía blanco mató a un adolescente negro. Luego hubo casos parecidos en Nueva York, Cleveland y Phoenix. De inmediato el gobierno federal y los medios de comunicación se movilizaron.

No pocos comentaristas trataron (y siguen tratando) de desviar la atención de las justas demandas de los manifestantes hacia otras cuestiones: la violencia de algunos manifestantes; las estadísticas de los asesinatos de negros por negros; la idea de que se trata de un asunto de desigualdad económica, es decir, un tema de clase y no de raza.

Las primeras versiones de lo ocurrido estuvieron a cargo de testigos presenciales y amigos de la víctima. Las autoridades municipales guardaron silencio. Continuaron las protestas y el presidente Barack Obama tardó en pronunciarse, prefiriendo enviar a Ferguson a su procurador general de justicia, Eric Holder. La oficina de Holder también ha iniciado una investigación de lo ocurrido en Nueva York. Busca determinar si hubo una violación de los derechos civiles.

El gobierno federal decidió intervenir en esos casos porque la policía y autoridades locales parecen haber fallado. En un acto insólito el fiscal del condado de Saint Louis no presentó los elementos para enjuiciar al policía D. Se limitó a convocar un gran jurado. Éste escuchó los testimonios de los testigos y lo exoneró. Algo parecido ocurrió en Nueva York.

Las manifestaciones han continuado en muchas ciudades. Se trata de una protesta por la manera en que se comportan algunos policías blancos ante un sospechoso de raza negra. Son casos de lo que eufemísticamente se ha llamado *racial profiling*, la tendencia de perseguir a ciertos supuestos criminales porque son negros.

Algunos estadounidenses blancos se quejan de que los negros están jugando la carta racial cuando lo que deberían hacer es dejar a los policías cumplir su trabajo. Lo cierto es que sigue habiendo una marcada división racial en ese país. Muchos negros temen a la policía y dudan del sistema de procuración de justicia.

El presidente Obama no la tiene fácil. La semana pasada señaló que algunos estadounidenses no confían en la policía. Habló de que hay gente que cree que no se les trata de manera justa y agregó que es un problema de todo el país. Se pronunció en favor de la intervención del gobierno federal ante las carencias de las autoridades y policía municipales. Su respuesta sobre las tensiones raciales ha sido tibia.

En México los pasados meses han puesto al descubierto la gravedad de la crisis política y social del país. La clase política ha demostrado su ineptitud para asegurar un estado de derecho. No puede o no quiere combatir la corrupción del sistema, la violencia, la impunidad de los criminales y la influencia de los narcotraficantes. Sobre todo no ha podido aclarar las decenas de miles de muertes ni resolver el azote de las desapariciones.

La tarea del presidente Enrique Peña Nieto es mucho más complicada que la de Obama. Desafortunadamente no parece estar a la altura de las circunstancias. Así lo demostró en su discurso del pasado 27 de noviembre y así lo indica la respuesta que ha intentado para justificar su propio patrimonio.

El detonador de la actual crisis nacional fue la violencia de los hechos del 26 de septiembre que resultaron en la desaparición forzada de 43 normalistas de Ayotzinapa en Iguala, Guerrero. Se presume que la alcaldía los entregó al crimen organizado y que fueron ejecutados y calcinados. El pasado domingo el procurador general de la república confirmó que los restos encontrados eran de uno de los normalistas.

Las autoridades federales tardaron en reaccionar. Las investigaciones iniciales revelaron la existencia en Guerrero de innumerables fosas clandestinas. La pesadilla apenas comienza.

Luego se detuvieron a decenas de policías y autoridades municipales, incluyendo al alcalde de Iguala y su esposa. La intervención de las autoridades federales fue lenta. Las protestas se han multiplicado y el reto para el presidente es enorme. Al igual que en Estados Unidos, algunas televisoras se han concentrado en los actos de vandalismo en algunas manifestaciones.

En México tenemos un problema de ingobernabilidad y desigualdad. Se multiplican las propuestas reformistas, que van de seguir parchando la constitución a una refundición del estado.

En ambos países el meollo del asunto parece ser la desconfianza de la población en los sistemas de procuración de justicia. Obama sabe que hay límites a lo que puede hacer el gobierno federal. Peña Nieto no da muestras de oficio político y las instituciones encargadas de velar por el respeto a los derechos humanos también carecen de credibilidad.

Obama a veces confunde su papel de presidente con su pasado de catedrático de derecho. Peña Nieto opera en Los Pinos como si aún estuviera en Toluca.

Obama está viendo cómo asegura su legado en estos dos últimos años de su segundo cuatrienio; con cuatro años por delante, Peña Nieto debe estar pensando cómo salvarse políticamente. Tendrá que tener presente que legislar no es gobernar.

¿Obama se reinventa?

8 de enero de 2015

En 2009 el presidente Barack Obama empezó su gobierno en un ambiente de gran optimismo. La opinión pública abrigaba la esperanza de que el país mejoraría pese a la crisis económica que estalló en el otoño anterior. Se avecinaban cambios y la elección de Obama se convirtió en el símbolo de ellos. Además, el partido demócrata tenía mayorías en las dos cámaras del congreso.

Obama llegó con una agenda ambiciosa basada en sus propuestas y promesas durante la campaña electoral en 2008. En materia de política interna optó por concentrar su esfuerzo inicial en una reforma del sistema de salud. Y en 2010 logró la aprobación de “La ley de protección de pacientes y cuidados de salud accesibles” conocida como *Obamacare*.

Pospuso la reforma migratoria a fondo pero, a partir de 2011, con una mayoría republicana en la cámara baja, dicha ley se quedó en el tintero

En el terreno internacional Obama quiso cambiar la imagen de Estados Unidos en el mundo. Durante su primer año tuvo éxitos notables. En Europa y partes de Asia subieron sus bonos cuando anunció que terminaría con la presencia militar de Estados Unidos en Afganistán e Irak.

En 2009 Obama tuvo momentos memorables, cuando menos en el papel. En sendos discursos en Praga y El Cairo anunció que lucharía por un mundo libre de armas nucleares y que trataría de mejorar las relaciones con los países musulmanes del Medio Oriente. En 2009 Obama también extendió su mano al presidente Dimitri Medvédev de Rusia. Al año siguiente firmaron un acuerdo para reducir aún más sus arsenales nucleares estratégicos.

Pero luego vendría la resaca. Con el regreso de Vladimir Putin a la presidencia de Rusia en 2012 empezaron a deteriorarse las relaciones entre Moscú y Washington debido a las aventuras del primero en Ucrania y la obsesión del segundo por seguir ampliando la OTAN con países fronterizos con Rusia. Además, Obama decidió autorizar la modernización del arsenal nuclear estadounidense y la llamada primavera árabe ha tenido, salvo en Túnez, consecuencias imprevistas y desalentadoras.

Los presidentes de Estados Unidos suelen pasarla mal al final de su administración. Suelen pensar en su legado histórico, en lo que llamo el síndrome de Mount Rushmore, la montaña en el estado de Dakota del Sur que tiene esculpidas las cabezas de cuatro presidentes (George Washington, Thomas Jefferson, Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt).

Pero, sin posibilidad de seguir en el cargo, los presidentes salientes se convierten en lo que suele llamarse un *lame duck*, literalmente un pato rengo.

En 2015 Obama inicia los dos últimos años de su gobierno con mayorías republicanas en las dos cámaras del congreso. Es un *lame duck* en serio. Difícilmente podrá trabajar con diputados y senadores que tienen una agenda que él no comparte. De ahí que haya iniciado un ejercicio unilateral de intentar conseguir resultados mediante órdenes ejecutivas, medidas a las que han recurrido todos los presidentes estadounidenses con raras excepciones.

Las órdenes ejecutivas son un mecanismo que puede emplear el poder ejecutivo para llevar a cabo ciertas acciones de poca importancia pero también para aplicar ciertas disposiciones de una ley ya aprobada por el congreso. Así por ejemplo, echó reversa a su política de deportaciones masivas y evitará, cuando menos hasta el final de su mandato, dividir a las familias de millones de indocumentados.

Obama también ha ordenado la reanudación de relaciones diplomáticas con Cuba. Es un paso simbólico que le asegura un lugar en la historia. Desafortunadamente, las sanciones contra Cuba las impuso el congreso y sólo el poder legislativo puede levantar el embargo.

¿En que otros campos podría Obama incidir en estos años sin necesidad de recurrir al congreso? En uno — la promesa de cerrar la prisión en Guantánamo — ya ha avanzado bastante. Siguen 127 detenidos y quizás logre reubicarlos pronto.

Los críticos de Obama suelen decir que le gusta pedir disculpas por supuestos errores de Washington en el pasado. Citan como ejemplo a la prisión en Guantánamo. Lo que no dicen esos críticos es que es un símbolo de lo que no debe hacer un país como Estados Unidos. Tampoco mencionan su precio: cada prisionero cuesta anualmente unos tres millones de dólares cuando un detenido en una cárcel de máxima seguridad sale en 75 mil dólares.

Otra cuestión que quizás Obama pueda resolver desde su escritorio es la relación con Irán. Para ello tendrá que concluir con éxito el acuerdo que se está negociando con Teherán para asegurar que su programa nuclear se excluya exclusivamente con fines pacíficos. Ello podría resultar en algunas medidas para mejorar las relaciones con esa nación.

Las relaciones con México también podrían matizarse desde la Casa Blanca. El pasado martes el presidente Enrique Peña Nieto hizo una breve visita a Washington. Hubo protestas en Washington y en las redes sociales por Ayotzinapa y organizaciones no gubernamentales insistieron en que Obama abordara en detalle las violaciones de los derechos humanos en México.

Quizás nunca se sepa lo que Obama le dijo a Peña Nieto en privado. Lo que escuchamos de Obama en la mañana (no se permitieron preguntas) comparecencia ante la prensa fue una declaración muy tibia. Cabe recordar que tiene a su alcance medidas para reducir, si no se respetan los derechos humanos, la ayuda que México recibe de Estados Unidos conforme a la Iniciativa Mérida para combatir al narcotráfico y el crimen organizado. Ojalá que Washington ejerza una mayor presión en este campo.

Obama está resurgiendo como presidente. Los ejemplos anteriores son muestra de ello. También lo es el acuerdo firmado en noviembre con China sobre cambio climático que quizás asegure el éxito de la conferencia que sobre esta cuestión de vital importancia se celebrará en París este año.

En este último tramo de su presidencia, Obama está actuando con cierta audacia y viendo también la recuperación de la economía estadounidense y la caída del desempleo. No está mal para un *lame duck*.

El huracán Charlie

5 de febrero de 2015

Los jefes de Estado o de gobierno no suelen salir a la calle para encabezar manifestaciones multitudinarias. Asisten a concentraciones políticas durante las campañas electorales, pero rara vez salen a defender una causa o una idea como la libertad de expresión. Pero eso es precisamente lo que hizo el pasado 11 de enero el presidente François Hollande cuando se dieron cita en París un millón y medio de franceses y unos 50 jefes de Estado y de gobierno, en su mayoría europeos.

A primera vista se trató de un acto para reafirmar el derecho a la libertad de expresión y para repudiar el terrorismo tras los asesinatos en las oficinas del semanario satírico *Charlie Hebdo* y en un supermercado kósher. Pero Hollande, que se había visto muy activo ante los atentados, supo aprovechar la manifestación al grado de que subieron sus bonos políticos y ahora se habla del “espíritu de unidad del 11 de enero” y de un “frente republicano”.

En un principio se habló de que el gran perdedor de esa jornada histórica había sido el Frente Nacional que encabeza Marine Le Pen. No estuvo en la manifestación y se le criticó mucho por ello.

Sin embargo, el pasado domingo el Frente Nacional resurgió con fuerza en unos comicios parciales en el departamento de Doubs, al quedar en primer lugar, y por delante del candidato socialista, el partido que solía ganar las elecciones. Es cierto que hubo una participación muy baja y que los socialistas podrían triunfar en la segunda vuelta, que se lleva a cabo hoy. Pero es cierto también que el auge de la ultraderecha preocupa a muchos franceses. Durante la campaña en Doubs el Frente Nacional criticó “la inmigración masiva” y “el peligro islamita”. La popularidad del nuevo primer ministro, Manuel Valls, también ha registrado un aumento notable. En una rueda de prensa el pasado 20 de enero se refirió con contundencia a los problemas sociales de Francia. Dijo que existía “un *apartheid* territorial, social y étnico”. Dijo que había fallado la escuela laica y republicana y se comprometió a luchar contra las desigualdades. Insistió en que se deben “aportar respuestas republicanas; si no, los franceses buscarán respuestas estigmatizantes en el Frente Nacional”.

Al día siguiente Valls anunció un programa para reforzar con capital humano y material la lucha antiterrorista. En concreto aludió a los medios humanos y técnicos de los servicios de inteligencia. Aquí apunta a un paso parecido a la Ley Patriota que aprobó el Congreso estadounidense seis semanas después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Esa ley ha dado pie a un intenso debate en Estados Unidos sobre cómo luchar contra el terrorismo sin violar los derechos y libertades civiles. Ahora le tocará a Francia discutir la cuestión.

Hace 40 años que en Francia empezó a aumentar el número de migrantes del norte de África, en particular de Argelia y Marruecos. Los que cometieron los atentados del 7 de enero eran franceses. De ahí los comentarios de Valls acerca del fracaso de la educación laica y republicana.

Hoy hay unos 4.7 millones de franceses musulmanes. Es el país europeo con la mayor población islamista. Constituyen 7 por ciento de la población total y están concentrados en las *banlieues* de las grandes ciudades. Pero suelen ser tres veces más pobres que el resto de los franceses, su tasa de desempleo es el doble del promedio nacional y la tasa de analfabetismo de las personas entre 18 y 29 años de edad es de 12 ciento (cuatro veces mayor a la media nacional). He ahí el reto que planteó con franqueza el primer ministro. Tras los disturbios de

2005, la situación ha empeorado pese a las promesas de reformas profundas. Al igual que hace 10 años la pregunta es: ¿cómo asegurar que esa población se convierta en franceses que defienden los valores republicanos? Según Valls, requerirá de un esfuerzo de 30 años.

No cabe duda de que Europa en general y Francia en particular atraviesan por una etapa social, política y económicamente complicada. En Alemania y en otros países han aparecido agrupaciones como el movimiento islamófobo Pegida (el acrónimo alemán de Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente). Ejercen su derecho a la libertad de expresión y dan pie a contramanifestaciones para protestar por la xenofobia y el racismo de Pegida. Se perfila una lucha por la identidad de Europa. Y la religión, al igual que los valores republicanos emanados de la Revolución Francesa de 1789, jugará un importante papel en esa lucha. A los pocos días de los atentados en París, el papa Francisco dijo que la libertad de expresión no debe usarse para insultar a otras religiones.

Al día siguiente, el primer ministro de Gran Bretaña, David Cameron, le contestó al Papa: “Creo que en la sociedad libre existe el derecho a ofender las creencias religiosas de otros. Yo soy cristiano. Si alguien dice algo ofensivo sobre Jesús, lo encontraré ofensivo, pero en una sociedad libre no tengo el derecho a infligir venganza sobre ellos. Tenemos que aceptar que esos periódicos y revistas pueden publicar cosas que pueden ofender a alguien, al menos mientras no vayan contra la ley. Esto es lo que debemos defender”.

El Papa se vio obligado a matizar su comentario original: En teoría no se debe reaccionar de forma violenta a una provocación o una ofensa. Podemos decir aquello que el Evangelio dice, debemos poner la otra mejilla. Todos estamos de acuerdo en la teoría, pero somos humanos y la prudencia es una virtud de la convivencia humana. La libertad de expresión debe tener en cuenta la realidad humana y debe ser acompañada de la prudencia para no enfadar a los demás.

El debate va para largo y en Francia se ha iniciado una reflexión colectiva sobre lo que significa ser francés. La república tendrá que reinventarse, como dijo el reconocido politólogo Dominique Moïsi hace poco.

Bibi el travieso

5 de marzo de 2015

El primer ministro de Israel es un travieso. Benjamín Netanyahu (cuyo apodo es *Bibi*) suele patinar por la libre y lo hace con éxito. Casi siempre se sale con la suya. A últimas fechas, sin embargo, no ha conseguido su cometido. He aquí un par de ejemplos.

A raíz de los ataques contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* y un supermercado kósher, el presidente francés, François Hollande, convocó a una manifestación masiva en Francia para condenar esos actos terroristas. En París salieron a la calle un millón de personas, incluyendo a unos 50 jefes de Estado y de gobierno.

Netanyahu anunció que iría a la manifestación. El gobierno francés le pidió que no asistiera pero *Bibi* viajó a París. Hollande decidió entonces invitar al presidente de la Autoridad Palestina, Mahmoud Abbas.

El próximo de 17 de marzo habrá elecciones en Israel y Netanyahu está enfrascado en una apretada contienda con Yitzhak Herzog, el líder de la oposición laborista. Con su viaje a Francia quiso dar muestras de su vigorosa oposición al terrorismo y ostentarse como un hábil diplomático. Pero el tiro le salió por la culata cuando, estando en París, invitó a los judíos franceses a emigrar a Israel. Su oportunismo político se puso en evidencia.

Hace dos días Netanyahu se vio aún más oportunista al comparecer ante una reunión conjunta de las dos cámaras del Congreso de Estados Unidos. Desde luego que no tiene nada de extraño que un jefe de Estado o de gobierno extranjero hable ante el pleno del Congreso en Washington. Pero en esta ocasión fue un error.

Primero, Netanyahu está en plena campaña electoral en su país. Tanto es así, que un juez pidió que se transmitiera el discurso en Israel con un retraso de cinco minutos para que las autoridades electorales pudiesen censurar alguna parte del discurso que incidiera en la contienda electoral.

Segundo, la invitación a Netanyahu la hizo el presidente de la cámara baja, el republicano John Boehner, sin consultar a los diputados demócratas ni a la Casa Blanca. El presidente Barack Obama enfureció y más de 50 representantes demócratas se ausentaron.

Tercero, lo que hizo enojar a Obama no fue sólo la forma sino el fondo del contenido del discurso.

En noviembre de 2013 los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia) y Alemania acordaron un plan de acción para negociar con Irán el fin de las sanciones contra ese país a cambio de asegurar que su programa nuclear se limite a fines exclusivamente pacíficos. La idea es levantar las sanciones económicas en función de muestras fehacientes de que no existe una intención por parte de Teherán de construir una bomba nuclear.

Las negociaciones han entrado en su fase final y se espera un acuerdo a finales del presente mes. Aún no se sabe si habrá o no un acuerdo. Y Netanyahu fue a Washington para alertar a los congresistas estadounidenses sobre los peligros de cualquier acuerdo con Irán. Sea cual fuere el pacto que se concluya con Irán –dijo–, será un acuerdo malo.

Su presencia en el Congreso estadounidense fue todo un éxito. Fue ovacionado continuamente y, para efectos del electorado israelí, apareció como un estadista. Se mostró dispuesto a desafiar a cualquier país que pretenda negociar con Irán. Según Netanyahu, es imposible negociar con el diablo.

El primer ministro israelí conoce bien a Estados Unidos. Vivió en Estados Unidos, en las afueras de Filadelfia, unos seis años en dos etapas (cuando era chamaco y luego como adolescente). De ahí su inglés impecable. Eso fue una de las cosas que me impresionó cuando lo traté bastante entre 1984 y 1988. Él era el representante de su país ante la ONU en Nueva York y yo el alterno del mío.

Me pareció un tipo inteligente aunque chocante. Tenía una agenda clara aunque en esa época Israel ya había perdido su encanto: había dejado de ser el Estado socializante y secular conducido por el Partido Laborista.

Con Menajem Begin y luego Yitzhak Shamir el partido Likud, con sus aliados religiosos, inició una política muy dura contra los palestinos, tanto dentro de Israel como en Cisjordania y Gaza. Netanyahu es el heredero de esa política cuyo propósito fundamental es evitar la llamada solución de dos estados. Como representante de esos gobiernos a Netanyahu le tocó remar contra la corriente en la ONU. El aislamiento de su país en la Asamblea General era ya patente. Mas no en el Consejo de Seguridad, en el que Estados Unidos recurría a su veto para defender a su aliado.

Resulta imposible aquilatar el impacto que tendrá el discurso de Netanyahu en Israel. Los comicios dentro de 15 días nos dirán si logró cambiar el debate político de la campaña de los temas económicos que plantean los laboristas a los temas de seguridad nacional y la amenaza nuclear iraní.

Tampoco se puede saber cómo incidirá el discurso en el Congreso y la opinión pública estadounidense. Por lo pronto ha introducido un elemento de política partidista que ha ahuyentado a no pocos demócratas. Se pone en peligro así lo que han sido décadas de un apoyo irrestricto del Congreso en torno a los temas de Israel. Y en materia de seguridad, el respaldo del Congreso estadounidense a Israel ha sido total. Sólo cabe recordar el respaldo unánime de ambas cámaras en julio del año pasado a los ataques contra Hamas en Gaza.

Hace un cuarto de siglo que Netanyahu viene diciendo que Irán está a cinco años de adquirir armas nucleares. Hoy dice que está a un año. ¿Hasta cuándo lo seguirá diciendo?

Para mí, lo más curioso del debate sobre la presencia de Netanyahu en Washington es que en los medios de comunicación no escuché ni leí una sola mención al arsenal nuclear israelí.

Jamás Hamas

2 de abril de 2015

En mi pasado artículo dije que el primer ministro de Israel, Benjamin *Bibi* Netanyahu, era un travieso. Ahora me doy cuenta de que me quedé corto. En vísperas de las elecciones el pasado 17 de marzo mostró una cara muy dura al anunciar que no pondría fin a los asentamientos de israelíes en los territorios ocupados y que no habría un Estado palestino independiente mientras él fuera primer ministro. Esas declaraciones estuvieron dirigidas a los grupos más conservadores de la coalición que lo llevó al poder.

El mismo día de las elecciones *Bibi* alertó al electorado judío que los árabes israelíes estaban siendo acarreados a las urnas en manadas por organizaciones de izquierda. En el espacio de 24 horas Netanyahu reiteró en público lo que tanto le había molestado en privado al presidente Barack Obama en su primera entrevista en 2009 e insultó a sus conciudadanos árabes. Luego negó que hubiera abandonado el principio de dos estados y pidió perdón por sus excesos verbales.

Surtió efecto la táctica de Netanyahu, ya que se tradujo en una importante victoria electoral que lo convertirá, entre otras cosas, en el primer ministro más longevo de la historia de Israel. Pero el oportunismo político de *Bibi* y las connotaciones racistas de su comentario sobre los árabes israelíes ya han tenido un impacto negativo en parte de la opinión pública en Israel y en muchas organizaciones de derechos humanos, en agrupaciones judías en Estados Unidos y en su propio Congreso. El apoyo del Congreso estadounidense a Israel era total. Sólo cabe recordar el respaldo unánime de ambas cámaras en julio del año pasado a los ataques contra Hamas en Gaza.

Lo anterior también se reflejó en la creciente impaciencia de la Casa Blanca con Netanyahu. El enojo de Obama por el discurso del primer ministro ante el Congreso 15 días antes (en el que intentó socavar las negociaciones de Washington con Teherán sobre el programa nuclear iraní) se transformó en un profundo malestar que podría repercutir en el apoyo bilateral a Israel y en su defensa tradicional en los foros internacionales.

El primer ministro Benjamín Netanyahu ha dado señales inequívocas de que no tiene la mínima intención de modificar la política de su gobierno hacia los palestinos: continuarán los asentamientos en los territorios ocupados y no habrá negociaciones de paz que puedan resultar en un Estado palestino independiente.

La llamada tesis de los dos estados en Palestina se planteó en la ONU en 1947, cuando su Asamblea General puso fin al mandato británico y aprobó un plan para la partición de ese territorio en dos estados –uno árabe y otro judío–, pero con una unión económica.

Los dirigentes judíos aceptaron el plan pero los árabes lo rechazaron. Así nació el Estado de Israel y así se iniciaron las casi siete décadas de conflicto y guerras intermitentes.

Es obvio que la historia de Palestina hubiera sido muy distinta si sus habitantes árabes hubieran aceptado el plan de partición y la creación de dos estados. Es obvio también que al rehusarse a aceptar la existencia de Israel (y recurrir a una lucha armada) los palestinos se equivocaron.

Durante décadas, pero sobre todo después de la guerra de los Seis Días, en junio de 1967, los dirigentes de Israel se negaron a tratar con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) por considerarla una agrupación terrorista. Con el tiempo, la OLP se convirtió en el

interlocutor del gobierno israelí con los palestinos dentro y fuera de los territorios ocupados en 1967.

En 1993 el gobierno laborista de Yitzhak Rabin firmó los acuerdos de Oslo con Yaser Arafat, el dirigente de la OLP, ahora transformada en la Autoridad Palestina y aceptada como tal. Con ese reconocimiento mutuo terminó el estado de guerra entre ambos bandos. Sobre esa base se iniciaron las negociaciones sobre diversas cuestiones, incluyendo el establecimiento de un Estado palestino. Dichos acuerdos fueron denunciados por Netanyahu, a la sazón diputado de la oposición, y en 1995 Rabin sería asesinado por un fundamentalista israelí.

Mahmud Abbas, el sucesor de Arafat al frente de la Autoridad Palestina, ha dado muestras de una creciente impaciencia con sus interlocutores israelíes. Hace algunos años empezó a buscar el reconocimiento de un Estado palestino independiente mediante negociaciones bilaterales con muchos países y, al mismo tiempo, ha intentado que los foros multilaterales, empezando por la ONU, hagan lo mismo.

Internamente, sin embargo, en 2006 Abbas sufrió una derrota importante cuando el Movimiento de Resistencia Islámica (conocido como Hamas) triunfó en las elecciones y eventualmente se quedó con la Franja de Gaza al expulsar a los seguidores de Abbas (Al Fatah). Hamas había surgido en 1987 de las filas de los Hermanos Musulmanes y durante años se dedicó a ataques terroristas. Muchos países, incluyendo a no pocos árabes, lo consideran una organización terrorista.

Pese a unos acuerdos entre Abbas y Hamas, la presencia de este último en Gaza ha complicado mucho el trabajo de Abbas. Para los israelíes es una organización terrorista y su gobierno ha librado una lucha feroz en su contra. Recuerden los asesinatos de los dirigentes de Hamas por parte de fuerzas israelíes y recuerden también la brutalidad con que en julio del año pasado Netanyahu atacó a los habitantes de Gaza.

Hay israelíes que añoran los años de los gobiernos progresistas y de izquierda del partido Mapai, de David Ben Gurion, y luego de sucesivas administraciones laboristas. El panorama político ha cambiado mucho con los gobiernos de derecha del Likud y sus aliados religiosos y conservadores. Pero también hay muchos palestinos que se arrepienten de su decisión en 1947 y de la diáspora y sufrimiento que provocó.

Pero el futuro de Palestina (y el de Israel) pinta mal. Durante décadas los israelíes se rehusaron a negociar con la OLP. Ahora dicen que nunca lo harán con Hamas.

Comes y te quedas

30 de abril de 2015

Con un apretón de manos y una plática bilateral, los presidentes de Cuba y Estados Unidos concluyeron el primer tramo de lo que será un largo y complicado camino hacia la normalización de las relaciones entre los dos países. Ocurrió hace unas semanas en Panamá durante la VII Cumbre de las Américas, la primera desde que se iniciaron en 1994 en la que estuvieron presentes todas las naciones del hemisferio.

En días pasados mucho se ha dicho y escrito sobre el acercamiento (¿deshielo?) entre La Habana y Washington. Unos han aplaudido la actitud de Obama; otros la han calificado de una maniobra más del imperio. Se elogió el papel del Vaticano y Canadá al propiciar el encuentro. Se lamentó la ausencia de México en ese proceso. Se habló de los peligros de una apertura económica, la llamada *mcdonalización*. Y, sobre todo, se han descrito los múltiples obstáculos que habrán de vencerse para levantar el bloqueo contra Cuba, empezando por un congreso dominado por los republicanos.

De lo que no se ha hablado es del empeño de Cuba en la Asamblea General de la ONU por denunciar el bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por Estados Unidos. De este tema hablaremos más adelante. Antes subrayemos la importancia del gesto de Obama hacia Cuba.

En el homenaje a Nelson Mandela el 10 de diciembre de 2013, el presidente Barack Obama acabó con una obsesión de los mandatarios estadounidenses cuando saludó cordialmente a un grupo de jefes de estado latinoamericanos, incluyendo al presidente Raúl Castro. Un año más tarde, el 17 de diciembre de 2014, Obama y Castro anunciaron que Estados Unidos y Cuba reanudarían relaciones diplomáticas.

La alergia de los mandatarios estadounidenses a un encuentro (por casual que sea) con los hermanos Castro se remonta al inicio de las tensiones entre los dos países tras el triunfo de la revolución en Cuba el 1° de enero de 1959. En abril de ese año Fidel Castro viajó a Washington pero el presidente Dwight D. Eisenhower no quiso recibirlo y le pidió al vicepresidente Richard Nixon que lo viera. Para entonces Eisenhower ya estaba tramando la invasión de Cuba que su sucesor, el presidente John F. Kennedy, intentaría sin éxito en abril de 1961.

Castro quería normalizar la relación con Washington y pidió que se levantara el embargo de armas a Cuba impuesto por Estados Unidos en 1958. Eisenhower se lo negó y Castro se fue de compras. Encontró un socio en la Unión Soviética. Así inició una larga relación con Moscú.

Cuando Washington decidió en julio de 1960 reducir sus importaciones de azúcar cubano, Moscú ofreció comprarlo. Cuando los dueños estadounidenses de las únicas tres refinerías en Cuba se rehusaron a procesar el crudo soviético, Castro decidió nacionalizarlas. Estados Unidos respondió imponiendo su primer bloque comercial a Cuba y en enero de 1961 rompió relaciones diplomáticas con La Habana.

Siguieron décadas de enfrentamientos entre Cuba y Estados Unidos. Entre ellos, cabe destacar la expulsión de Cuba de la Organización de los Estados Americanos en enero de 1961, la ya mencionada fallida invasión en abril de ese año y la crisis de los misiles en octubre de 1962.

La llegada a Estados Unidos de miles de refugiados cubanos muy pronto se tradujo en la aparición de un fuerte grupo de presión dentro del congreso estadounidense. Se fue endureciendo el bloqueo económico, comercial y financiero contra Cuba.

Pese a su destacado papel dentro del movimiento de países no alineados y, paradójicamente, sus vínculos con el bloque soviético, La Habana no llevó el tema del bloqueo a la ONU durante el auge de la mayoría tercermundista en la Asamblea General durante las décadas de 1970 y 1980.

Curiosamente, no fue sino hasta 1992 que Cuba sometió a la Asamblea General el primer proyecto de resolución sobre el bloqueo. Lo hizo el 23 de noviembre y sin un solo copatrocinador. Fue una reacción a lo ocurrido en el congreso estadounidense.

En efecto, un mes antes la cámara de representantes había aprobado la llamada Acta de Democracia Cubana, impulsada por el congresista demócrata de Nueva Jersey, Robert Torricelli. La supuesta meta de esa legislación era promover la transición pacífica a la democracia en Cuba mediante la prohibición del comercio con la isla de filiales de compañías estadounidenses con sede fuera de Estados Unidos, de viajes a Cuba de ciudadanos estadounidenses y de remesas a familiares en Cuba.

La resolución se aprobó con apenas 59 votos a favor de los entonces 179 miembros de la ONU. Tres votaron en contra (Estados Unidos, Israel y Rumania), mientras que 71 se abstuvieron y 46 se “ausentaron”. Fue un resultado sumamente modesto pero desde entonces la resolución anual sobre el bloque contra Cuba fue obteniendo más y más apoyos. En 2014 fueron 188 votos afirmativos de los ahora 193 miembros de la ONU. Sólo Estados Unidos e Israel votaron en contra y hubo tres abstenciones. Esa participación masiva y positiva es un homenaje a la diplomacia multilateral cubana. (Los detalles de esas votaciones se pueden consultar en mis artículos sobre la ONU en el sitio desarmex.org.)

Hace años que el aislamiento de Washington en esta cuestión preocupa al departamento de estado y sin duda influyó en la decisión de Obama de modificar el rumbo de la relación con Cuba. Ese cambio, propiciado por el Vaticano y Canadá, también servirá para cerrar un triste capítulo.

En efecto, se trata de otro aspecto del gesto de Obama hacia Cuba que afecta directamente a México. En dos ocasiones la reticencia de los mandatarios estadounidenses de coincidir en una reunión internacional en México con Fidel Castro complicó nuestra relación con La Habana. En 1981 antes de la Cumbre de Cancún el gobierno mexicano supo explicárselo a Fidel; en 2002 en vísperas de la Conferencia de Monterrey fue muy torpe. Gracias a Obama, quizás no habrá una tercera ocasión.

La farsa del desarme nuclear

28 de mayo de 2015

El pasado viernes concluyó en Nueva York una conferencia más de los países que integran el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). El desarme nuclear es un tema prioritario de la comunidad internacional pero hay muchos obstáculos en el camino hacia esa meta. La cuestión se discute en las Naciones Unidas y en teoría debería negociarse en la Conferencia de Desarme (CD) en Ginebra. Sin embargo, hace dos décadas que la CD ha dejado de funcionar. Lo mismo ocurre con las conferencias del TNP.

Hagamos un poquito de historia (aunque sea un poquito aburrida). La era atómica o nuclear se inició en 1945, cuando Estados Unidos ensayó el primer artefacto atómico y luego lanzó sendas bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. La Unión Soviética adquirió una capacidad nuclear en 1949, el Reino Unido en 1952, Francia en 1960 y China en 1964.

Durante esas dos décadas se desató una desenfadada carrera armamentista entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Fabricaron decenas de miles de armas nucleares y desarrollaron proyectiles cada vez más precisos para transportarlas. A esto se llamó la proliferación vertical. Al mismo tiempo aumentó la preocupación por la proliferación horizontal, es decir, la adquisición de armas nucleares por más y más países.

En 1962 inició sus trabajos un comité para negociar acuerdos de desarme que luego se convertiría en la CD. Y ahí se planteó la elaboración de un tratado multilateral para prevenir la proliferación de las armas nucleares en todos sus aspectos. El TNP se concluyó en 1968 y entró en vigor en 1970. Por distintas razones ni Francia ni China participaron en la negociación y durante años rehusaron suscribirlo, al igual que muchos otros países sin armas nucleares.

Hoy el TNP cuenta con la adhesión de 191 estados. Uno (Corea del Norte) se retiró del tratado y adquirió una capacidad nuclear muy limitada, y otros tres que poseen armas nucleares (India, Israel y Pakistán) no lo han suscrito. Sudán del Sur, un país recién independizado, todavía no lo ha firmado.

El TNP fue un pacto basado en tres acuerdos fundamentales: primero, los estados con armas nucleares se comprometieron a negociar acuerdos para reducir (y eventualmente eliminar) dichas armas; segundo, los países sin armas nucleares se obligaron a no adquirirlas, y tercero, todos aceptaron impulsar la cooperación internacional para promover la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos.

Para asegurar su buen funcionamiento el TNP introdujo dos disposiciones novedosas. Una fue la celebración de conferencias quinquenales para examinar si las partes estaban cumpliendo con sus obligaciones, sobre todo en materia de desarme nuclear. La primera de dichas conferencias se llevó a cabo en 1975.

Otra cláusula innovadora del TNP fue la relativa a su duración. Se decidió que estaría en vigor durante 25 años, cuando las partes decidirían si se prorrogaba por otro periodo definido o si lo convertirían en un tratado permanente. Pero el TNP no es cualquier tratado y sus integrantes no nucleares querían pruebas fehacientes de desarme nuclear antes de descartar la opción nuclear para siempre.

En la primera conferencia de examen en 1975, que fue precedida por varias sesiones de un comité preparatorio, se sentaron las bases de lo que se convirtió en un ritual quinquenal carente de resultados tangibles. En los comités preparatorios no se abordan los temas de fondo. En las conferencias, que duran cuatro semanas, hay un debate general y luego una revisión pormenorizada de los tres aspectos fundamentales del TNP. Ese proceso culmina (así ocurrió en 1975) en la aprobación por consenso (sin objeción formal de nadie) de una declaración final.

Para no pocos países la aprobación de una declaración ha significado que la conferencia ha sido un éxito. Sin embargo, dichas declaraciones suelen ser ejercicios de redacción, de acrobacias verbales, para disimular las profundas diferencias que dividen a los integrantes del TNP en materia de desarme nuclear. Su valor político es mínimo. Además, cabe subrayar que no siempre ha sido posible aprobar una declaración final. En 2015 tampoco se pudo, pero el TNP ahí sigue.

Es obvio que los estados nucleares del TNP no van a negociar medidas de desarme nuclear en el contexto de las conferencias quinquenales del tratado, como tampoco lo harán en la CD en Ginebra. Los estados no nucleares del TNP perdieron su único instrumento de presión en 1995 cuando aceptaron que el tratado permanecería en vigor de manera permanente. Eso era lo que les interesaba a los países nucleares: atarles las manos a países como Alemania, Japón, Italia, Suecia, Argentina y Brasil, entre otros.

Los estados nucleares consideran que sólo ellos pueden decidir cuándo y cómo van a negociar medidas de desarme nuclear. Es cierto que Estados Unidos y la Unión Soviética (luego Rusia) entablaron y concluyeron

pláticas para limitar y luego reducir sus arsenales nucleares. Pero lo hicieron a partir de 1970 porque la producción de armas nucleares se había convertido en una actividad irracional. ¿De qué sirve aumentar un arsenal de 20 a 30 mil cabezas nucleares? Hoy cada uno tiene unas 8 mil armas nucleares. China, Francia y el Reino Unido poseen entre 200 y 300 cada uno.

El ambiente político internacional, sobre todo entre Moscú y Washington, no parece muy propicio para avanzar en materia de desarme nuclear. Y los otros tres estados nucleares del TNP han dicho que sólo se sentarán a negociar una vez que Estados Unidos y Rusia reduzcan sustancialmente sus arsenales.

Al resto de los países sólo les queda levantar la voz en la ONU y otros foros multilaterales. Tal es el caso de las tres conferencias recientes (Noruega, México y Austria) sobre los efectos humanitarios de las armas nucleares. En la última de ellas en diciembre pasado el gobierno austriaco propuso un compromiso humanitario para promover la prohibición y eliminación de las armas nucleares. Al término de la conferencia del TNP el pasado viernes 107 países lo habían suscrito.

Bakú juega

25 de junio de 2015

El próximo domingo se clausurarán los primeros Juegos Europeos en Bakú. Azerbaiyán. Participan 6 mil atletas de 50 países en 20 deportes. Rusia encabeza la lista con 359 deportistas, mientras que Mónaco envió apenas seis. La ceremonia inaugural fue espectacular (incluyó a Lady Gaga) y costó más que la de los Juegos Olímpicos de Londres en 2012.

Sorprende que los comités olímpicos de Europa hayan tardado tanto en organizar una competencia regional. Las hay en muchos otros deportes. En Asia, en cambio, hace más de un siglo que se iniciaron los juegos a escala subregional y desde mediados del siglo pasado a escala regional. En nuestro continente los Juegos Panamericanos se remontan a 1937.

Sorprende también que los europeos hayan escogido Azerbaiyán como sede inaugural de los juegos (en 2019 Holanda será la sede). En décadas recientes no se ha distinguido por su evolución democrática ni tampoco por su respeto a los derechos humanos. Su historia está repleta de contradicciones.

Azerbaiyán surgió a la vida independiente en 1918, durante el caos que prevaleció en la región durante la Primera Guerra Mundial y el colapso del imperio ruso. Y, curiosamente, lo hizo como la primera república parlamentaria islámica, concediendo el derecho al voto a las mujeres y creando la primera universidad pública en la región. Pero muy pronto su riqueza petrolera la convirtió en blanco de la naciente Unión Soviética. En 1921 toda la región, incluyendo Azerbaiyán, Armenia y Georgia, quedó bajo la égida de Moscú.

En 1991, tras 70 años como república socialista soviética, Azerbaiyán recuperó su independencia y, al parecer, también un sistema democrático. Este último se evanesció muy pronto con el golpe de Estado militar de 1993, que trajo al poder a Heydar Aliyev, el hombre fuerte del país durante los últimos 30 años del régimen soviético. Aliyev mantuvo su tradición autoritaria hasta su muerte en 2003.

Lo sucedió en la presidencia su hijo Ilham, quien sigue en el poder hasta hoy. Al igual que su padre, Ilham Aliyev ha tenido que hacer frente al conflicto con Armenia, sobre todo en la región de Nagorno Karabaj, y a las duras críticas por sus violaciones de los derechos humanos y su autoritarismo. Pero el petróleo le ha dado los recursos para lanzar una intensa campaña internacional de relaciones públicas. Y en gran parte ha tenido éxito.

Ese es el Azerbaiyán que buena parte del mundo conoce y que hace unos años llegó a nuestro país. Y llegó al Distrito Federal en un lugar privilegiado del Paseo de la Reforma, cerca de la avenida Mariano Escobedo. A cambio de un pago al Gobierno del Distrito Federal de unos 5 millones de dólares para renovar ese predio, Azerbaiyán colocó ahí un mapa en mármol de su país y una estatua de bronce de Heydar Aliyev que se develó en 2012.

Hay estatuas de Heydar Aliyev en varios otros países, incluyendo Egipto, Georgia, Irak, Kirguistán, Moldova, Rumania, Rusia, Serbia, Turquía, Ucrania y Uzbekistán. Pero que yo sepa, sólo en México ha sido retirada debido a las protestas de la sociedad civil. Así ocurrió en 2013.

Uno quizás entienda que el dictador Ilham Aliyev haya promovido un intenso culto a la personalidad de su padre, el dictador Heydar Aliyev. En todo pueblo y ciudad de Azerbaiyán hay una calle que lleva su nombre. Aparece también en decenas de edificios y espacios públicos. Pero, ¿cómo explicar su proyección al exterior? La respuesta es fácil: el dinero proveniente del petróleo.

Azerbaiyán ha encontrado muchos espacios para publicitarse en el extranjero. Siguiendo el ejemplo de los países del Golfo Pérsico, Bakú ha logrado contratos con varios equipos del fútbol europeo. Así como hace años que vemos camisetas con Fly Emirates, Qatar Foundation, Qatar Airways y varios anuncios más de gobiernos, ahora aparecen algunos equipos con el lema en inglés Azerbaijan: Land of Fire. Tal es el caso del Atlético de Madrid, que en la temporada pasada lució una variación: Baku 2015: First European Games.

Siempre me ha chocado la propaganda comercial en los uniformes de los equipos profesionales. En México tenemos cervecerías, bancos y refrescos por todos lados, y el ubicuo Bimbo, en los equipos de fútbol. Peor aún resulta en el beisbol de nuestro país, donde los uniformes están casi totalmente llenos de anuncios.

Pero una cosa es un producto comercial y otra, muy distinta, es el anuncio de un país.

En un principio pensé que los Juegos Europeos en Bakú eran un ejemplo más de la campaña propagandística de Azerbaiyán. Pero su política de chequera es sólo una parte de la respuesta. El principal responsable del lanzamiento de los Juegos Europeos es el irlandés Patrick Hickey, quien lleva más de tres décadas involucrado en las Olimpiadas y actualmente es miembro del Comité Olímpico Internacional y desde 2006 presidente del Comité Olímpico Europeo.

Hace años que Hickey viene abogando por los Juegos Europeos y su razonamiento es sencillo: hasta las Olimpiadas de Pekín, en 2008, Europa había venido conquistando 68 por ciento de las medallas; desde entonces, ha bajado a 50 por ciento. Es cierto que otros continentes han avanzado mucho, pero los atletas europeos deben lograr una mayor identidad regional. De ahí su insistencia en una competencia únicamente para Europa.

Al solicitar ofertas de sede, llegó una muy generosa de Bakú. Se puso a votación y se aprobó por 38 votos a favor, ocho en contra y dos abstenciones. Armenia decidió no participar en la votación, aunque envió atletas a competir.

Para unos cuantos europeos resultó difícil aceptar que un régimen como el de Ilham Aliyev fuera el anfitrión de los primeros juegos continentales. Otros argumentaron que no debería mezclarse la política con el deporte. Seguramente pensaron en los boicots del pasado y las Olimpiadas de Verano en Pekín y las recientes de Invierno en Sochi, Rusia.

Así fue como, con el empeño de un irlandés y el dinero de Azerbaiyán, Bakú consiguió los primeros Juegos Europeos.

Notable acuerdo nuclear con Irán

23 de julio de 2015

El pasado 14 de julio concluyó con éxito en Viena un prolongado y complicado proceso de negociación en el campo de la no proliferación nuclear. Se trata del Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC) que suscribió Irán con los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (China, Estados Unidos, Francia, Rusia y Reino Unido) y Alemania. El lunes pasado el Consejo de Seguridad endosó por unanimidad el PAIC.

Para los dos principales protagonistas de las negociaciones (Estados Unidos e Irán), el acuerdo constituye un triunfo diplomático. Desde que llegó a la Casa Blanca, el presidente Barack Obama ofreció dialogar con los supuestos enemigos de Washington. Ahora está consiguiendo resultados positivos con la apertura diplomática con Cuba y con este acuerdo con Irán. Y el secretario de Estado John Kerry está cumpliendo con su misión.

El PAIC es un compromiso a largo plazo y quizás tardaremos una década o más en cerciorarnos de su éxito. Pero ha sentado las bases para una nueva relación entre Washington y Teherán tras más de tres décadas de enfrentamientos. Obama, al igual que Kerry, se oponen a las soluciones militares. Y, a diferencia de las dificultades que ha tenido para salirse de Irak y Afganistán, el PAIC podría vindicar la tesis de Obama.

Es cierto que en el campo nuclear Irán no se ha portado bien. Suscribió el Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares (TNP) y se comprometió a no desarrollar ni adquirir armas atómicas y a colocar todas sus instalaciones nucleares con fines pacíficos bajo el régimen de inspecciones del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

Con el tiempo Irán fue diseñando un ambicioso programa nuclear civil y hace una década empezó a dificultar el acceso de los inspectores del OIEA. Eventualmente confesó que no había informado al OIEA acerca de todas sus instalaciones nucleares y en 2005 el Consejo de Seguridad inició la imposición de sanciones económicas, comerciales y financieras. La Unión Europea hizo lo propio.

Estados Unidos, que había iniciado sus sanciones contra Irán en 1979, fue aumentando su presión en la ONU y en Europa. Teherán ofreció entonces sentarse a la mesa de negociaciones, y así empezó un camino que ha tenido muchos altibajos.

Con la llegada del presidente Hasan Rohani, en agosto de 2013, mejoró la relación de Teherán con el exterior y le encargó al canciller Mohammad Yawad Zarif las negociaciones y éste se encontró al también recién nombrado Kerry como su interlocutor principal. Entre los dos construyeron un acuerdo histórico.

Como en toda negociación diplomática seria y entre iguales, ambas partes consiguieron algo (pero no todo) de lo que pretendían y ambas partes hicieron concesiones. En cuanto al embargo de armas, Irán quería que se levantara inmediatamente, mientras Estados Unidos quería mantenerlo. A la postre, Irán consiguió, con el apoyo de sus dos principales proveedores de armamentos (China y Rusia), que el embargo no sería permanente: durará cinco años en el caso de armamentos convencionales y ocho en cuanto a proyectiles balísticos.

Por lo que atañe a las sanciones económicas, Irán pidió que se levantaran todas al firmarse el acuerdo; Estados Unidos insistió en que se levantaran paulatinamente conforme Irán fuera cumpliendo con los requisitos del PAIC. Al final, Irán consiguió más de lo que Estados Unidos estaba dispuesto a conceder en un principio. Las sanciones en los sectores de energía y financiero podrían levantarse este mismo año si el OIEA certifica que Irán ha empezado a

cumplir algunos de los principales requisitos del acuerdo. Ello se podría traducir en una inyección de más de 100 mil millones de dólares.

¿A qué se comprometió Irán? Originalmente Washington había exigido el desmantelamiento completo de las instalaciones nucleares iraníes. Pero aceptó algo menos.

Para construir una arma nuclear se requiere de uranio enriquecido o plutonio. En el PAIC Irán se compromete a no desarrollar o adquirir armas nucleares. Con ese fin acepta: un sistema muy intrusivo de verificación del OIEA, no producir plutonio y reducir sus reservas de uranio enriquecido y desmantelar dos tercios de las centrifugadoras para enriquecer uranio. Además, no podrá enriquecer uranio para armas nucleares durante 15 años.

¿Qué significa lo anterior? Según los expertos, si Teherán hubiese decidido construir una arma nuclear ahora, lo podría haber hecho en cosa de dos a tres meses. Con el PAIC ese lapso será de aproximadamente un año. No hay ninguna certeza de que el PAIC funcionará, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Bombardear las instalaciones nucleares iraníes?

Además, está previsto que si Irán no cumple con sus compromisos, el Consejo de Seguridad impondrá nuevas sanciones y tomará las medidas del caso.

El PAIC no es un tratado formal y por lo tanto no requiere ser ratificado por el Senado estadounidense. Sin embargo, Obama ofreció enviarlo al Congreso para recibir su opinión, y éste tiene 60 días para pronunciarse. Es posible que la mayoría republicana le mande enmiendas al presidente que sean inaceptables y él decida vetarlas. En ese caso, el Congreso tendría que aprobarlas por una mayoría calificada que difícilmente conseguiría.

La oposición al PAIC en Estados Unidos tiene varias motivaciones. Hay los que nunca apoyarán a Obama, haga lo que haga. Otros tienen alergia a tratar con un régimen como el iraní. Y debe haber algunos que siguen a ciegas al primer ministro israelí, que lo calificó de un error histórico.

En Teherán también hay voces contrarias al PAIC. Algunas son de individuos que no quisieran ver reducido el programa nuclear de su país. Otros, sin duda, aspiraban a conseguir armas nucleares. Y luego, al igual que en Estados Unidos, hay los que sencillamente no pueden digerir la idea de tener tratos con Washington.

Creo que la apuesta de Obama (y Kerry) es la correcta. Quizás el PAIC sea el principio de un cambio en la relación entre Washington y Teherán. Sólo se sabrá en 10 o 15 años. Para entonces será otro el inquilino de la Casa Blanca.

70 años de pesadilla nuclear

20 de agosto de 2015

Mucho se ha dicho y escrito en estas semanas sobre el septuagésimo aniversario del inicio de la era nuclear. Ese verano de 1945 fue un momento decisivo en la historia del mundo. Y los dirigentes políticos del momento no supieron aprovecharlo.

Resulta difícil pensar cómo seres humanos supuestamente cuerdos diseñaron, desarrollaron, ensayaron y luego utilizaron la más potente y horrorosa arma jamás ideada. Sabemos que los avances científicos y tecnológicos de finales del siglo XIX y principios del XX permitieron imaginar la posibilidad de emplear material atómico o nuclear (uranio enriquecido o plutonio) para detonar una reacción en cadena de una potencia explosiva nunca antes vista.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial se pensaba que la construcción de un artefacto atómico sólo era cuestión de tiempo y dinero. Había físicos y químicos en Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, Dinamarca, la Unión Soviética, Canadá y Estados Unidos que estaban haciendo descubrimientos importantes que compartían con otros científicos. Había, por tanto, un importante elemento de curiosidad científica en la búsqueda del secreto del átomo.

Con el inicio de la guerra en Europa la construcción de un arma atómica se convirtió en una meta militar. Empezó en Berlín y muy pronto el Reino Unido comenzó a reclutar a científicos de todo el mundo para competir con Alemania. Lo que ocurrió con el proyecto alemán es uno de los capítulos menos conocidos de la guerra.

Del proyecto británico se conocen muchos detalles. Sabemos, por ejemplo, que los ataques aéreos alemanes complicaron mucho los trabajos de los científicos en el Reino Unido. Muy pronto, y a raíz de la entrada a la guerra por Estados Unidos, en diciembre de 1941, Londres recurrió a Washington para poner a salvo su proyecto atómico. De ahí surgió el acuerdo entre esos dos países y Canadá para concentrar los esfuerzos en territorio estadounidense.

Así nació el proyecto Manhattan con sus tres centros principales. Los científicos y técnicos se trasladarían a Los Álamos, en el estado de Nuevo México. En Oak Ridge, Tennessee, se construyó una enorme instalación secreta para fabricar uranio enriquecido. Y en Hanford, Washington, se construyó otra para producir plutonio.

Los trabajos fueron intensos y los recursos invertidos resultaron enormes. La idea original había sido que los conocimientos logrados en el proyecto Manhattan serían compartidos por los tres países: Canadá, Estados Unidos y Reino Unido. Pero la inversión de Washington fue de tal magnitud que muy pronto optaron por monopolizar los secretos adquiridos.

Además, hubo otro factor que contribuyó al cambio de actitud de Washington. La creciente rivalidad que empezó a surgir con Moscú en torno a la futura división de Europa y el papel que los militares estadounidenses querían asignarle a las armas nucleares.

El año de 1944 fue decisivo para el triunfo de los aliados en Europa. La Unión Soviética resistió la invasión alemana y empezó a recuperar territorio. En el frente occidental Estados Unidos y Reino Unido reconquistaron países ocupados durante años por Alemania. Ese año se supo también que Berlín había abandonado (supuestamente por caro) su proyecto atómico.

Esa noticia debió haber impactado en el proyecto Manhattan, cuya principal finalidad era ganarle la carrera atómica a Alemania. Pero no fue así. Sólo uno de los científicos decidió abandonar Los Álamos. Se trata del físico polaco Josef Rotblat que optó por regresar a Inglaterra. Años más tarde Rotblat convencería a Bertrand Russell y Albert Einstein de fundar lo

que en 1955 se convirtió en el movimiento Pugwash, que hoy sigue abogando por un mundo libre de armas nucleares.

En Los Álamos continuó el diseño de lo que serían los primeros artefactos atómicos. Éstos aparecieron en el verano de 1945. Para entonces la guerra había terminado en Europa. Franklin Roosevelt había muerto en abril de ese año y Harry Truman lo había sucedido en la presidencia de Estados Unidos. En el Reino Unido, Clement Attlee habría de suceder a Churchill como primer ministro en julio.

A mediados de julio, Truman viajó por mar a Europa para asistir a la conferencia de Potsdam, en las afueras de Berlín, junto con Josef Stalin y Churchill (sustituido ahí mismo por Attlee). En el trayecto Truman fue informado que el 16 de julio se había ensayado con éxito en Alamogordo, Nuevo México, el primer artefacto atómico. Se entusiasmó con la idea de llegar a Potsdam con la noticia.

Curiosamente, Truman sólo se enteró de la existencia del proyecto Manhattan al asumir la presidencia en abril de 1945. Al parecer hizo mucho caso a aquellos militares que favorecían el desarrollo de armas nucleares para contrarrestar a lo que consideraban (igual que el propio Truman) como la amenaza soviética. En los últimos años de la guerra hubo una serie de circunstancias que acrecentaron el valor potencial de las armas nucleares entre algunos sectores militares y políticos en Washington.

En Potsdam, con cierto triunfalismo Truman le platicó a Churchill (y luego a Attlee) del exitoso ensayo atómico y también se lo comentó a Stalin, quien no le dio mucha importancia (quizá porque ya estaba enterado). Lo cierto es que en esa reunión Truman no supo actuar con diplomacia con sus supuestos aliados.

Poco después cometería un error garrafal cuando ordenó el uso de sendas bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki el 6 y 9 de agosto. Nunca sabremos si Roosevelt lo hubiera hecho. Pero sabemos que el general Eisenhower consideró que Truman se había equivocado.

Ese verano de 1945 empezó lo que puede llamarse la esquizofrenia nuclear en Washington. Hay quienes quieren mantener un arsenal nuclear tecnológicamente avanzado y los que buscan reducir y eliminar las armas nucleares. Obama representa ambas tendencias: propone eliminar las armas nucleares, mientras al mismo tiempo aumenta el presupuesto para modernizar el arsenal nuclear estadounidense.

El mundo ha sobrevivido siete décadas de locura nuclear, una carrera desenfrenada de bombas y proyectiles cada vez más potentes y precisos. Pero quizá no lo pueda hacer durante muchas más décadas.

La ONU + 70/I

17 de septiembre de 2015

El pasado martes la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU) inició su septuagésimo periodo ordinario de sesiones. Esas siete décadas de existencia ininterrumpida constituyen un hito en la historia de las relaciones internacionales en general y del multilateralismo en particular.

La ONU ha tenido sus buenas y no tan buenas épocas. En este y el siguiente artículo intentaremos hacer un balance de sus éxitos y fracasos.

Empecemos por lo obvio. La ONU fue una creación de la alianza militar que triunfó en la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos fue su principal promotor. El presidente Franklin Roosevelt quiso sentar las bases de un nuevo orden internacional y convenció al primer ministro británico Winston Churchill y al líder de la Unión Soviética Josef Stalin de establecer una organización mundial que se encargaría de mantener la seguridad internacional, promover el desarrollo económico y social y avanzar en el terreno de un marco jurídico multilateral. Un cuarto de siglo antes, otro presidente estadounidense, Woodrow Wilson, había propuesto algo parecido al término de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la Sociedad de Naciones se fundó, pero el Senado de Estados Unidos se opuso al ingreso de Washington a la nueva organización.

De ahí que Roosevelt y sus aliados idearan una serie de *candados* para la futura ONU, empezando por el derecho (¿privilegio?) a vetar cualquier propuesta en el Consejo de Seguridad. Ese derecho se concedió a Estados Unidos, Reino Unido, Unión Soviética (luego Rusia), Francia y China. Ello resultó, durante décadas, en una parálisis en el consejo.

Como consecuencia de esa parálisis en el Consejo de Seguridad, la Asamblea General fue cobrando mucho más protagonismo en la ONU. Hoy, con sus 193 miembros, la Asamblea General es el órgano más representativo de la comunidad internacional. Desde 1946 ha aprobado casi 17 mil resoluciones sobre los temas más diversos. Algunas de esas resoluciones han tenido un impacto importante en el curso de las relaciones internacionales. En mi página desarmex.org se encuentra una compilación de esas resoluciones.

Pensemos en dos rubros: los derechos humanos y la descolonización. En ambos casos, el papel de Washington fue decisivo. La viuda de Roosevelt, Eleanor, promovió con éxito la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que se aprobó en 1948. La Asamblea General también ha logrado importantes avances en muchos otros aspectos de los derechos humanos.

Se han aprobado un sinnúmero de tratados y convenciones sobre los derechos de la mujer, de los niños, la tortura, las desapariciones forzadas, la discriminación racial, los derechos políticos, económicos y sociales, y muchas otras cuestiones. La importancia de estos instrumentos internacionales es que hay un proceso de seguimiento. Los países que los suscriben están obligados a informar periódicamente a grupos de expertos internacionales sobre lo que han hecho en la materia. Ello conlleva un escrutinio de la responsabilidad del Estado que antes no existía.

En materia de descolonización, la ONU quizás ha registrado sus mayores logros. Piensen en el centenar de países que han logrado su independencia en gran parte debido a los esfuerzos de la ONU. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, la Unión Soviética y muchos otros países, incluyendo los latinoamericanos, abogaron por un fin a los imperios coloniales.

De ahí que los británicos, franceses, belgas, portugueses, españoles y holandeses trataran de defender sus posesiones de ultramar. Pero no lo lograron.

La ONU, por conducto de su Asamblea General, instituyó un sistema muy modesto en un principio. Se trataba simplemente de que las potencias coloniales informaran acerca de la situación de los habitantes de esas colonias. Con el tiempo, el peso de los expedientes de esos informes fue suficiente para que las potencias cedieran. No todas actuaron con decencia. Como lo dijo Julius Nyerere en la Asamblea General, él tuvo la suerte de ser súbdito británico. Los que lo fueron de los belgas o portugueses corrieron una suerte muy distinta.

En cambio, en los temas económicos la ONU no pudo avanzar como se pensó en 1945. El Consejo Económico y Social (Ecosoc) se estableció como uno de los seis órganos principales de la ONU (junto con el Consejo de Seguridad, la Asamblea General, el Consejo de Administración Fiduciaria, la secretaría y la Corte Internacional de Justicia). Al igual que ocurrió con el Consejo de Seguridad, la Asamblea General le fue arrebatando funciones al Ecosoc. En las décadas de los años 70 y 80, con el auge del Tercer Mundo, la Asamblea General quiso fomentar un nuevo orden económico internacional.

El Ecosoc quedó relegado a un segundo plano y los temas importantes económicos, empezando por el comercio, pasaron a otras organizaciones internacionales. El Ecosoc es hoy una modesta instancia de debate sin mayor trascendencia.

En materia de desarme la ONU ha hecho una importante contribución. De ello hablaremos en nuestro siguiente artículo.

La ONU + 70/II

15 de octubre de 2015

En nuestro pasado artículo iniciamos y hoy concluimos un breve repaso de los éxitos y fracasos de Naciones Unidas (ONU) durante sus siete décadas de existencia. Ya señalamos los avances en el campo de los derechos humanos y los logros en materia de descolonización. También nos referimos al modesto papel que la ONU, en particular su Consejo Económico y Social, ha desempeñado en los asuntos económicos internacionales.

Pasemos ahora a los temas políticos y a los relativos al mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, incluyendo el desarme. Aquí hay que tomar en cuenta un par de factores que afectaron el funcionamiento de la ONU en sus décadas iniciales. El primero y más importante fue que, cuando la ONU comenzó sus trabajos en 1946, Estados Unidos poseía un monopolio de las armas atómicas (nucleares). Éstas fueron fabricadas, ensayadas y utilizadas después de la aprobación de la Carta de la ONU en San Francisco, en junio de 1945, y antes de su entrada en vigor el 24 de octubre de ese año.

De ahí que la carta no las mencione. Es más, la carta apenas alude al desarme y se refiere más bien a la regulación de los armamentos, es decir, de los arsenales de las potencias derrotadas en 1945.

En su primer quinquenio la ONU, por conducto de su Asamblea General, abordó el tema de las armas nucleares y de los armamentos convencionales en sendos comités que a la postre fracasaron. En el caso de las armas nucleares, Estados Unidos presentó una propuesta que resultó inaceptable para la entonces Unión Soviética (URSS).

Era obvio que la administración del presidente Harry Truman actuó de manera prepotente al proponer que todo el mundo se comprometiera a no adquirir armas nucleares y que lo hiciera bajo un régimen internacional de inspecciones, y luego Washington consideraría la posibilidad de deshacerse de su propio arsenal nuclear.

Ahí se desperdició una gran oportunidad para evitar una carrera armamentista nuclear, como ocurrió a partir de 1949, cuando la URSS empezó a producir esas armas. Ese mismo año Estados Unidos creó la OTAN, estableciendo así una estructura paralela de seguridad a la prevista en la carta. En 1955 la URSS fundó el Pacto de Varsovia y la *guerra fría* se intensificó.

El segundo factor que influyó en los trabajos de la ONU en sus primeras décadas fue que la URSS se sintió sumamente incómoda en la nueva organización. En efecto, al principio la ONU fue una especie de club de países latinoamericanos (17 de los 51 miembros originarios) y europeos afines a Washington. Por eso Roosevelt y Churchill aceptaron la petición (un tanto insólita) de Stalin de permitir el ingreso como miembros originarios de Bielorrusia (hoy Belarús) y Ucrania. Por otro lado, se aceptó también el ingreso de India aunque sólo logró su independencia en 1947. Es más, en San Francisco se consideró la posibilidad de que fuera miembro permanente del Consejo de Seguridad.

La inferioridad numérica del bloque soviético tuvo consecuencias inmediatas. En la Asamblea General se aprobaron un sinnúmero de resoluciones con los votos negativos de la URSS, Bielorrusia, Ucrania, Polonia, Checoslovaquia, hasta 1949, cuando el Mariscal Tito se distanció de Moscú, Yugoslavia. En el Consejo de Seguridad la URSS recurrió al veto repetidamente para evitar el ingreso de más países afines a Washington. Ese *impasse* se rompió en 1955 y la ONU inició el camino hacia su universalización.

Ante la intransigencia de la URSS en el Consejo de Seguridad, Estados Unidos privilegió los trabajos de la Asamblea General, asignándole algunas tareas que correspondían más bien al Consejo. Con el tiempo, Washington le daría la espalda a la Asamblea. Pero hasta 1970, año de su primer veto en el Consejo, dominó los trabajos de la ONU.

Con el ingreso de nuevos países, muchos de ellos ex colonias, la membresía de la ONU se transformó y entre 1970 y 1990 los países en desarrollo fueron definiendo la agenda de la Asamblea General. Ya fuera a través de los países no alineados o del grupo de los 77, intensificaron los debates sobre la política del *apartheid* en Sudáfrica, la situación de los palestinos en los territorios ocupados por Israel, los últimos vestigios del colonialismo, la invasión soviética de Afganistán, una variada gama de temas relativos a la economía mundial y a los países subdesarrollados en particular, y las distintas cuestiones de desarme, empezando por los ensayos nucleares y el desarme nuclear.

Empero, la ONU no se pronunció sobre algunas de las cuestiones internacionales más candentes. Por ejemplo, salvo algunas declaraciones del secretario U Thant (1961-1971) y sus esfuerzos secretos por lograr negociaciones, la ONU jamás se pronunció sobre la guerra de Vietnam.

Concluimos con los temas de seguridad internacional y desarme. En este campo, que más bien corresponde al Consejo de Seguridad, la Asamblea General ha hecho una importante contribución. Se han abordado los distintos aspectos del desarme, creado un gran número de grupos de expertos y establecido una base jurídica sin precedentes en la materia.

Durante años la Asamblea General intentó convocar a una conferencia mundial de desarme, imitando así los trabajos de la Sociedad de Naciones. A la postre tuvo que conformarse con sesiones extraordinarias de la Asamblea General. La primera y más importante de esas sesiones (han habido tres) se llevó a cabo en mayo y junio de 1978.

Esa asamblea extraordinaria aprobó por unanimidad un documento que es la expresión más completa y detallada de la comunidad internacional sobre las prioridades en desarme y cómo alcanzarlas. Los trabajos de esa reunión se vieron favorecidos por el hecho de que el inquilino de la Casa Blanca era el presidente Jimmy Carter. Pero la redacción y aprobación final sólo fue posible gracias al esfuerzo tesonero de dos diplomáticos latinoamericanos: Carlos Ortiz de Rozas, de Argentina, y Alfonso García Robles, de México. Idearon un mecanismo de negociación que podría denominarse el confesionario. Invitaban a los delegados a presentar sus posiciones y luego redactaban el documento. Fue uno de los éxitos más tangibles de la ONU.